

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Los ojos de los enterrados



se

Lectulandia

Diez años después de la publicación de «Viento fuerte» , con la que MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS (1889-1974) inició su «Trilogía bananera», «LOS OJOS DE LOS ENTERRADOS» completó el vasto ciclo que tiene como tema la penetración en Centroamérica de las grandes compañías multinacionales. Si la novela que inauguraba la serie narraba la lucha de los pequeños plantadores —encabezados por el norteamericano Lester Mead— contra la gran Compañía internacional y «El Papa Verde» denunciaba la intromisión de intereses económicos extranjeros en los resortes del Estado, «Los ojos de los enterrados» relata el fin de Maker Thompson y la organización de una huelga general que permite a los peones de la Bananera y del Sindicato de los trabajadores de Tiquisate imponer sus condiciones a la Compañía, provocando, finalmente, la caída de una larga dictadura. El clima de violencia alcanza la máxima cota de tensión en la novela que cierra la trilogía y le confiere una dimensión épica. Las peripecias personales de Juan Pablo Mondragón, Malena Tobay, Cayetano Duende y Andrés Medina ceden el primer plano del relato al protagonismo del pueblo en lucha contra la opresión. La antigua leyenda indígena, según la cual los enterrados esperan con los ojos abiertos el día de la justicia, se entrelaza con las incidencias de la trama y proporciona a la narración un fondo mítico y un elemento de lirismo. Novela evidentemente política, la prosa magistral de sus páginas, en que se aúna la frescura del habla popular con la brillantez heredada de la tradición modernista y las innovaciones técnicas de las vanguardias, revela que el Premio Nobel de 1967 fue un autor tan comprometido con la realidad sociopolítica de su país como con las más altas exigencias artísticas.

Lectulandia

Miguel Ángel Asturias

Los ojos de los enterrados

Trilogía Bananera - 3

ePub r1.0

Piolin 01.03.2018

Miguel Ángel Asturias, 1969

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

I

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

La Anastasia —Anastasia, sin apellido, ni reloj, ni calzón, todo al aire como la gente del pueblo, el nombre, el tiempo, el sexo— no se contuvo, lo soltó como los buenos días de todas las mañanas, al asomar la cara por la puerta del salón «Granada», salón de baile, bar, restaurante, donde vendían helados con olor a peluquería, chocolates envueltos en relumbres de estaño, sandwiches de tres o más pisos, refrescos con espuma de mil colores y trago del extranjero.

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

La puerta caía sobre un salón largo, espacioso, ocupado por sillones de cuero rojizo, angulosos, pesados, propios para gente holgazana o borracheras corcoveadoras y mesas redondas, amplias, bajas, con lo de encima de una madera porosa que en lugar de lustrar se lijaba todos los días, para que siempre estuvieran limpias y nuevas, como acabaditas de estrenar.

Y todo lucía, como las mesas, limpio y acabadito de estrenar, menos los lustradores, niños miserables, sucios y haraposos que parecían viejos con voces infantiles:

—¡Lustre!... ¡Lustre!... ¿Se lustra, cliente?... ¡Una sacudidita!...

Todo lucía nuevo a las 10 de la mañana. ¡Qué 10 de la mañana, si ya iban a ser las 11!...

Nuevo el piso de cemento que brillaba como alfombra de caramelo, nuevos los ventanales, nuevos los espejos por donde se perseguían a velocidad de relámpagos de colores, las imágenes de los automóviles que paseaban sus carrocerías flamantes por la Sexta Avenida; nuevos los peatones mañaneros que iban por las aceras empujándose, topeteándose, abriéndose paso, piropo va y mirada viene, entre saludos, abrazos, golpes de sombrero y adioses con la mano; nuevas las paredes decoradas con motivos tropicales, nuevo el techo alabastrino y las lámparas de luz indirecta, gusanos de cristal que soltaban por la noche alas de mariposas fluorescentes; nuevo el tiempo en el reloj redondo, nuevos los meseros de pantalón negro y chaquetín blanco a lo torero, nuevos los borrachos gigantes, rubios, contemplando con los ojos azules, conservados en alcohol, el hormiguero de la ciudad mestiza, y nueva la voz de la

Anastasia:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Jefes y soldados de uniforme verdoso, se acuartelaban desde muy temprano en el «Granada» a beber *whisky and soda*, masticar chicles y fumar cigarrillos de tabaco fragante —unos cuantos fumaban pipa—, todos ajenos a lo que pasaba alrededor de ellos en aquel país, totalmente ajenos, aislados en la atmósfera extraterritorial de su poderosa América.

La clientela matinal ocupaba las mesas vecinas. Agentes viajeros, sin más compañía que sus valijones de muestra, desayunaban almuerzos, mientras devoraban con los ojos las viandas de algún magazine, servidas en páginas de porcelana. No sólo de pan..., el *businessman* vive de anuncios. Entraban y salían bebedores del país, al trago mañanero. Lo ingerían y a escupir a la calle. Les disgustaba la presencia de la soldadesca extranjera. Eran aliados, pero les caían como patada. Otros, menos sudados de soberanía, por haber sido educados en los *Yunait Esteit* o haber trabajado en la *Yunait*, no les molestaba instalarse en el bar o en el salón junto a los yanquis, y no sólo hablaban, sino eructaban inglés, habilidad que lucían a gritos, sin faltar los que por dárselas de viajados, sin hablar ni entender aquel idioma, exclamaban a cada rato: ¡*O-kay —o-kay —America!...*

Los soldados se desvernancaban a sus anchas, una pierna alargada bajo la mesa y la otra en gancho sobre el brazo del sillón. Algunos, tras apurar de tesón el vaso de *whisky and soda*, golpeándolo al dejarlo sobre la mesa ya vacío, hablaban de seguido un buen rato. Callaban y seguían hablando. Hablaban y seguían callados. Como si cablegrafiaran. Otros, apartándose el cigarrillo o la pipa de la boca, soltaban exclamaciones tajantes, recibidas por sus compañeros con grandes risotadas. Los que estaban en el bar, de espaldas a la concurrencia que ocupaba el salón, se volvían con el banco giratorio, sin abandonar el trago, rubios los cabellos, azules los ojos, blancas las manos, para indagar quién había dicho lo que festejaban sus camaradas, y aplaudirlo. Lucían, como soldados imperiales, los dedos con anillos y las gruesas muñecas con pulseras de oro...

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

—¡Tía, cuidado la oyen!... —decía a la mulata un chiquillo flaco que la coleaba por todas partes.

—¡Onque me oigan... vos sí que me gustás... caso entienden castilla!

El *barman* recibía los pedidos de la bodega entre gruñidos y rascones de cabeza.

—No es que los traigan tarde —se decía—, es que esta gente de la base militar está aquí desde que Dios amanece...

Los ojos achinados, el tajo de la boca bajo los bigotes lacios, un puro tiburón en la penumbra.

De las cajas y canastas tomaba las botellas como espadas, las desenfundaba de sus vainas de paja, y las alineaba en orden de ataque, convertidas en soldados. Los whiskys a la descubierta, tropa de choque, seguidos de las botellas de ron importado

y ron del país, acaramelado y purgativo, de las botellas de gin, ladrillos transparentes llenos de fuego blanco, de los coñacs condecorados, de las botellas de vino generoso, envueltas en papel de oro, de las botellas de licores con algo de sirenas en las redes...

Y mientras el *barman* alineaba las botellas, el ayudante que atendía a la clientela, le decía:

—Moradas tengo las uñas de estar quebrando ajeno, señor Mincho, y lo peor es que por ratos se me va la cabeza...

El olor a elixir paregórico del ajeno, que no era ajeno sino pernod, le mareaba y se le amorataban las uñas de mantener entre los dedos los vasos con pedazos de hielo en que la gota del grifo iba quebrando aquella bebida de color seminal.

—Tía, yo digo que entro... —insinuó el chicuelo a la Anastasia, cansado de estar frente a la puerta, sin hacer nada, un pie sobre otro.

—Entrá, pues, entrá... —empujó la mulata al chiquillo flaco, tiñoso de mugre, casi con escamas tras las orejas y el cuello, rotas las escasas ropas, los pies descalzos y uñudos.

El chico, medio haciéndose el cojo, la boca torcida y un hombro caído para inspirar más lástima, entraba con el sombrero en la mano a pedir limosna. De la puerta corría a las mesas ocupadas por los gigantes rubios. Junto a ellos se miraba más negro. (¡Ay, suspiraba la Anastasia desde la puerta, qué prieto que se ve mi muchachito entre la concurrencia!) Los soldados sin dejar de mover las mandíbulas rumiantes y hasta las orejas masca que masca chicles, le botaban algunas monedas en el sombrero. Otros le ofrecían whisky, otros le alejaban con la brasa del cigarrillo. Los meseros le espantaban, como a las moscas, a servilletazo limpio.

Un sargento canoso de piel colorada, dirigiéndose al empleado que atendía la caja registradora detrás de un mostrador de cigarrillos, confites, chocolates y caramelos, gritaba:

—¡No espantajlo, matajlo de una vez..., insecto, matajlo..., matajlo..., todos los hispanish insectos!

Y reía de su broma, mientras el chicuelo ganaba la puerta más corriendo que andando, asustado por los trapazos que con las servilletas le lanzaban los sirvientes.

—Arreunite tanto así... —anunciaba la Anastasia al sobrino juntando y sopesando las monedas en una sola mano.

El chico le dejaba el sombrero y corría a pedir uno de los papeles con letras y caras de leones, caballos y gente, que repartían en la puerta del cine. Eso quería ser él, cuando le diera permiso su tía: repartidor de programas. Así entraría gratis en el cinematógrafo.

—¡Para estar encerrada en lo oscuro, Ave María, por cuánto iba yo a pagar!... — le cortaba la Anastasia, cada vez que él le pedía que lo llevara al cine—. Los pobres, sin necesidad de pagar, como no tenemos luz de esa eléctrica, cuando empieza la noche empieza nuestro cine. ¡No, mi hijito, cuesta mucho la vida para andar gastando... los ojos en lo oscuro!

—¿Insectos los hispanish?... —preguntó en inglés, recogiendo el dicho del sargento un parroquiano joven que ocupaba una mesa con otros amigos—. ¡Insectos pero necesitan de nosotros!...

—¡México, insecto que picar muy duro —tartamudeó aquél en español alzando la voz—, la Centroamérica, insectos chiquitos, locos... Antillas, no insectos, gusanos, y la Sudamérica, cucarachas con pretensiones!

—¡Pero necesitan de nosotros!

—¡En Minnesota no necesitamos, amigo! ¡Minnesota no ser Washington ni Wall Street!

La voz de un tercero, desde otra mesa, interrumpió vibrante:

—¡Díganle que se vaya a la... bisconvexa!

Bocinazos de automóviles último modelo que paseaban por la Sexta Avenida, entre el ir y venir de los peatones. Mediodía. Calor. El «Granada» a reventar. Todas las mesas ocupadas. El *barman* o el milagro de la multiplicación de los tragos. Tomaba las botellas al tacto, sin verlas y se las pasaba al aire de una mano a otra, ya listas, ya inclinadas para verter el líquido. Los meseros no se daban alcance. La caja registradora en un solo repique. El teléfono. Los periódicos. La rocola. La Anastasia...

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

En las calles, altoparlantes anunciando películas y teatros. —¡*El Gran Dictador*, de Charles Chaplin!... ¡*El Gran Dictador*!... ¡*El Gran Dictador*!...—, más galillo que megáfono; chóferes ofreciendo sus taxis, más labia que galillo; vendedores de billetes de lotería, la fortuna con la pobreza del brazo, y el sobrino de la mulata de mesa en mesa, aprovechando que el servicio por atender a la clientela, no tenía tiempo de ocuparse de su mínima persona.

Pero al mediodía no juntaba mayor cosa. Mucho caballero encopetado y mucha dama enguantada, emplumada, empolvada, pintada, peinada, perfumada, y apenas si sacaba dos o tres monedas. Unos se hacían los sordos, otros los distraídos y aunque el chiquillo se atrevía a tocarlos, urgido por la necesidad, con sus pobres manos sucias, seguían conversando, sin hacerle caso, como no fuera para echarle fuerte, amenazarlo con la policía o preguntarle en forma agria y destemplada, si no tenía padres que lo mantuvieran. El rapaz se quedaba sin saber qué contestar, los ojos y el olfato en las sabrosuras que los criados repartían en las mesas, entre el tragerío y los ceniceros, sabrosuras que aquella gente *bien* comía con los dedos, entre sorbo y sorbo de trago.

—Porque debes tener tus padres... —le reclamó alguien.

—Papá tal vez que tenga... —susurró el chiquillo.

—¿Y mamá?

—No, mamá no tengo...

—Se te murió...

—No...

—¿La conociste?

—Es que yo soy sin mamá...

—¿Cómo es eso? Todo el mundo tiene su madre...

—Pero yo no tengo... Mi papá me hizo en una mi tía...

Entre risas y chanzas, bromas y palabras que sonaban en sus oídos, pero que no tenían sentido para él que no las entendía: adefesio..., golfín..., homúnculo..., pasaba el andrajoso sobrino de la mulata, el sombrero en la mano tendida y en los labios la voz triste del que pide dinero con la boca que se le hace agua al olor del jamón y el queso servidos entre panecillos tostados, granos de maíz reventado al tueste, papalinas con picantes lunares de pimienta y aceitunas color de joyas comestibles.

A partir de ese día, todos lo llamaban y todos le daban monedas, haciéndole repetir, entre risas y risotadas: «Mi papá me hizo en una mi tía...»

El salón quedaba vacío después de la una y media, a eso de las dos de la tarde. La Sexta Avenida casi desierta. Toldos de lona echados sobre las aceras defendían la siesta del negocio, donde el *barman* y los gigantes rubios seguían en las mismas: *whisky and soda*, ajenjo, cerveza, gin, cócteles y «submarinos» de ron con cerveza o cerveza í con ron revueltos en un solo vaso. El orden de los factores no alteraba la borrachera.

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Un giba, enano, corcovado, de brazos muy largos, entró a ofrecer servilletas de papel. Al hablar le espumaban las comisuras de los labios, como si las muestras que sacaba de su bolsón de cuero negro fueran anunciadas por aquellas servilletas de saliva que le salían de la boca. Consiguió el pedido haciéndose la vista gorda con el gerente de compras que le restregó algunos billetes de lotería en la joroba.

—¡Las tres de la tarde, y yo sin probar bocado, maldita sea! —dijo al salir con su corcova, su bolsón, su saliva y sus servilletas.

Y ya en la calle.

—¡Y maldito sea este negocio en que se me toma de talismán de cabronzuelos!

En la puerta asaltó al gerente un gestor de anuncios con menos suerte que el jorobado.

—Si estoy lleno de gringos, para qué voy a gastar mi plata en publicidad...

—Para que vengan los del país...

—¡Mejor que no vengan! Si es por eso no anuncio. Sólo me vienen a armar líos.

A las cuatro de la tarde desaparecía en el cine el primer borbotón de gente y de flamantes automóviles de alquiler bajaban más soldados a la puerta del «Granada». Venían de la base militar situada en las afueras de la ciudad o, como se decía oficialmente, en algún lugar de América. Y apenas si se detenían a pagar al chófer. Uno, el que pagaba. Los demás precipitábanse al interior, cuatro, seis, ocho, cuantos cabían por las puertas, pidiendo whisky, cerveza, ginebra, coñac, ron, entre manotazos amigables, *clinch*es boxísticas y las acrobacias de los que agarrados a la barra del bar, desde las horas de la mañana, por instinto prensil, se despegaban de los

asientos, soltaban la barra y se iban trastumbando para dejar lugar a los compañeros del relevo.

No lejos del bar, damitas y caballeros iban llenando las mesas en el salón de té. Menos cinco. Las cinco menos cinco de la tarde. Señoritas cuya elegancia consistía en imitar a alguna de las artistas célebres de la pantalla, la de sus preferencias, y muchachos que vivían con ellas escenas cinematográficas, románticas o audaces. Penumbra cómplice, luz de terciopelo, música hawaiana. Entre los tórtolos, una que otra mesa de amigas recién casadas en edad de castañuelas, afanadas por no perder la línea y no perder a la sirvienta, maceta de barro que les acompañaba a todas partes con el bebé en brazos y los pañales y las mudas en el bolsón bordado. Por aquello de no dejar morir el gusanito alcohólico o curar al ro-ro de los cólicos, las más adictas se aventuraban a tomar anís con agua.

Colillas de cigarrillos rubios pintadas de rojo de labios llegaban en las tazas, como ex libris del té, al lavadero donde el señor Bruno y su equipo de lava-trastes iban dejando la vajilla como espejo, al par que comentaban:

—Se van las del té, entra y sale gente, y los soldados de la base sin moverse del bar. ¡Esos sí que le hacen fijo al tormento! Hay uno con cara de remolacha que se ajuma con los ojos abiertos, como si fondeara sentado y otro que se queda mirando, mirando, como si a cada trago se fuera yendo más y más lejos, y un como aviador él, grandononón, al que le agarra por tentarle la cara a los que están cerca.

—Pero las del té... quiero, son las que ensuceyan más trastes. ¡Chanclas de por... allí nomás, por no decir de por... quería!

—Y no dejan ni agua. Se salvan las tazas porque no se comen —dijo el más viejo.

—¡Ah, cómo no, abuelito, que le iban a dejar su pastel de coco, su embarrón de mantequilla, su chiquiador con betún colorado, de ese que se untan en la jeta!

—¡No seas tan cualquier cosa, vos hombre, ni que anduvieras por las «Cinco Calles», para hablar así! ¡Estás en el «Granada», joricón!...

El señor Bruno intervenía:

—Siquiera hicieran el oficio callados. Es el mayor defeuto de ustedes. ¡Jodidos, qué les importa que las señoras no se coman las tazas, porque no se comen, y que ensuceyan más trastes de los necesarios, qué!... Para eso hay agua, jabón y manos. El trabajo aquí es seguro y bien pagado. Para qué fijarse entonces en lo que a uno de pobre no le va ni le viene...

—Es que usted, don Bruno Salcedo, es del tiempo de la nanita en que el pobre como el buey. De los que creen que el rico porque tiene pisto vale más que uno...

—¡Más que dos..., más que tres!... Aquí no mascás nada, viejo, porque donde el rico masca, el pobre se queda al corte.

Los restos de cadáveres de pollo y gallina que venían al lavadero en los platos, enmantecados, anunciaban la cena.

—Los gringos sólo esto comen... —comentó un muchacho de ojos verdes,

levantando una pierna de pollo mal mondada para enterrarle los dientes de indio, afilados y con la boca sucia de carne pegada al hueso, agregó—:...y por decir pollo, dicen *chiquen*...

—Aguantan, muchá —dijo otro—, que yo estuve sirviendo en la casa de un español de por el «Puente Chispas», que tampoco decía pollo, sino polvo.

—Pues los de la base sólo esto comen, y a pura uña, sin tenedor ni cuchillo; quién sabe si en su tierra no son del «hotel de ios agachados» como nosotros y aquí vienen a pasar de místeres...

—¡Naide es profeta en su tierra pero, vos, prieto, aunque te vayás a la China nunca serás míster!

—¡Míster... ioso, no, pero seré don, donde quiera que esté parado!

—¡Donde puyan con caña serás don!

—¿Don?... ¿De dón... de, si es indio mi compañero? —interrumpió un tercero.

El agua bañaba las manos morenas que manipulaban los platos de porcelana blanca, las tazas floreadas, las copas de cristal, los vasos de todas formas y tamaños, los cubiertos de metal plateado, deshaciendo las nubes de jabón que momentáneamente enturbiaban las pulidas superficies.

—¡Ganancia! ¡Ganancia!... —gritaban a coro cuando se estrellaba un plato en el suelo.

Y el encargado de limpiar los platos de las mejores sobras de comida, antes de entrar en el lavadero, venía con una escoba a barrer las «chinitas» o pedazos de porcelana. Juan Nepomuceno Rojas, se llamaba.

Barría y rezongaba. ¡Rompen, rompen, rompen, como si fuera de ellos! Antes no era así. Lo ajeno se cuidaba más que lo propio. Había vergüenza, mucha vergüenza. Lo moderno es sinvergüencería y nada más...

Y, mientras rezongaba, se iba llevando a escobazos los pedazos de porcelana, que de los trastes rotos, él, Nepomuceno Rojas, era el primer pagano, fuera del dueño, pues no pocas veces se trozó los dedos al recoger la basura con restos de vasos o copas, ya que si no se hacían añicos a la vista de todos, buen cuidado tenían los responsables de esconder los pedazos, sin decir nada. Allá que se friegue el que saca la basura. Por algo se queda con las mejores sobras de comida. Juan Nepomuceno Rojas, como le llamaban, aunque por el uso y abuso que había hecho, como todo buen cristiano, de su tubo digestivo, mejor hubiera sido bautizarlo con el nombre de Juan Nepomuceno-como-desayuno-almuerzo-meriendo Rojas.

La Anastasia volvía de «La Concordia», un parque triste como el purgatorio, a eso de las diez de la noche. Antes de abandonar el parque, entre un árbol y una estatua, hacía su necesidad menor. El sobrino cuidaba de que no fuera a venir la policía o a pasar gente, silbando bajo las estrellas, silbando y jugando con los pies descalzos en la arena mojada de sereno.

—¡No tenes juicio con los pieses! ¡Te acomedís y no haces las cosas como se debe! Todo es que yo me encuclille para que empeces con la bailadera. Silbá cuando

venga alguno, pero no porque sí.

—Yo porque no oigan los ruidos que usted hace, tía...

—¡Malcriado! ¡Sólo para malcriado servís!

Tía y sobrino regresaban de «La Concordia» a la esquina del «Granada», aire de día, de noche cáscaras, trajinados y lentos, hurgando con los ojos que se les salían de los párpados, los escaparates con panes rellenos de fríjoles negros espolvoreados de queso duro, panes con encurtidos y lenguas de lechuga, panes con chorizo, chiles rellenos y rellenitos de plátano bañados en polvo de azúcar...

La Anastasia cerró los ojos y con el sobrino de la mano atravesó la calle para alejarse lo más ligero posible de aquellas tiendas con tilicheras alumbradas frente a la solemne oscuridad de San Francisco. Huía de las tentaciones, la manita helada del sobrino en su mano de vieja, el ruido de los pequeños pies del chico en las baldosas mojadas de sereno y la balumba de sus fustanes con aire, y no se detiene si no pasa frente a Santa Clara, pequeño templo vecino al gran templo franciscano, donde se santiguó y santiguó al sobrino, y profirió palabras misteriosas y amenazadoras contra los ricos, poniendo como testigo al Señor de Santa Clara, un lienzo de Jesús con la cruz a cuestas que al fondo del sagrado edificio estaría alumbrado con lámparas de aceite.

Ya se oía la música del «Granada», a donde llegaron casi en seguida. La prisa de las tripas. El peludo de don Nepo quizá les regalaba algo de comer. Llegar, asomar a la puerta y soltar la lengua la Anastasia, todo fue uno. Lo dijo, lo dijo, lo dijo, no pudo contenerse:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

—¡Cállese, tía, la van a mandar presa!

—Estarán para eso, con la música, el baile y la jáquima que se cargan. Y como no es de aquí y ni ahora que los conozco... En Bananera, . hace rato, los vi siempre borrachos... Pero mejor no me acuerdo que fui joven, porque me entra la duda de que lo fui, y es lo más triste de la vejez, dudar que una fue joven.

—Tía, si quiere, entro...

—Yo decía, M'hijo...

El rapaz se colaba, menudo, astroso, prieto, y lograba quedarse largo rato entre las mesas. Era mucho el gentío y los meseros se hacían los desentendidos para que también participaran en la fiesta los que, como el chico, entraban a pedir fichas, cigarrillos o comida.

Los gigantes rubios, cada vez más borrachos, compraban diarios en español para pasar la nariz por un idioma que no entendían, billetes de lotería, revistas en inglés y ramitos de violetas, jazmines, camelias, magnolias, flores que ofrecía en una canasta recubierta de musgo verde, una mujer de porte mediano que de joven debió ser bonita. Pellizcaba a los soldados. Así tal vez me compran, decía, pero era puro pretexto. Les enterraba las uñas por saber de qué estaban hechos aquellos muñecos de celuloide y porque de repente alguno de todo se entusiasmaba con ella, o con alguna

de las muchachas que ofrecía.

—¡Tengo un virguito..., le gusta el ramito?... ¡Tengo una casada..., le gusta el ramito de violeta morada?... ¡Véngase, don míster, es cuestión de ir a una pieza aquí cerca, aquí atrás, a la vuelta, en el callejón, allí le tengo a la muchacha!...

La Anastasia le cuidaba el canasto a la Niña Gúmer, cuando alguno de los gigantes, bestializado por la mezcla de bebidas, salía tras ella a tomar la mercancía allí cerca.

—Porque el míster ese no ha de querer ir más lejos, por la Veinte Calle sí que hay dónde escoger... —explicaba y hablaba la vendedora de flores al intérprete ocasional que los acompañaba, algún paisano agringado que a caza de fino que fumar y whisky que beber gratis, se prestaba a cualquier oficio.

—No, no, el señor está muy apurado, *my good*, traducía el intérprete.

—¿Por qué no han de pagar los hombres porque los engañen un rato así, si pagan porque los engañen toda la vida?... —se quedaba diciendo la mulata, con el canasto de flores a sus plantas, en la cruz de las calles como sueños. —¡Lo malo está en esas malditas que por necesidad..., necesidad putífera es ésa!... Ja, tener una que ver con un hombre que no quiere o que no le cae bien..., carroceada me daba el diablo! ¡Yo, no es por darme charol, pero sólo le di gusto al cuerpo con hombres que quise! Sin ir muy lejos: el padre del muchachito. Tía le impuse a que me dijera desde que nació, y así se acostumbró. Nada de mamá. Tía y nada más. Pero lo malo también está, no sólo en ésas, sino en esta tortolita vendedores que parece que no mata una mosca... ¡Ramitos! ¡Ramitos... y es pura conseguidora... y yo consentidora..., consentidora por estar cuidando este canasto!

Con la punta del pie, calzado con una chancleta, pateó la cesta de gardenias, jazmines, violetas, hasta media calle. De los cables eléctricos goteaba el sereno. Las estrellas numerosas, titilantes.

Un joven algo quitado de hombros se detuvo a ver qué pasaba. Alto, delgado, con cuerpo de botella.

—¡Pobre señora! ¿Se le cayeron las flores? La ayudaré a recogerlas...

—No son mías, no es mío el canasto... —apresuróse a responder la mulata, y estuvo a punto de añadir: —Caballero, cuándo me ha visto a mí planta de tabaculona...

Pero aquél fue el que ayudó a poner las cosas, y las flores en su lugar:

—¡Ah, son de la Gúmer!... Bien quería reconocer el canasto... —y mientras la ayudaba a recoger los ramitos de violetas y jazmines, le soltó al oído con la boca perfumada de sen-sen—¿No sabe si traería la Gúmer «iguanita del mar»?...

—No dijo nada. Dejó el canasto, y yo mé quedé cuidándoselo, y culpa del aire se me cayeron las flores que, Dios se lo pague, usted me ayudó a recogerlas.

—Pero tampoco trajo claveles. Si vuelve, dígame que no me trajo ni mi clavel ni mi «iguanita del mar».

La mulata, sin darse por entendida de lo que aquel vicioso infeliz le pedía, cortó

en secó:

—Cuando vuelva se lo diré...

—¿Iría lejos?

—No sé...

—O si no, dígame que me busque aquí en el «Granada». Voy a estar por el bar o por el pasillo que da al mingitorio.

La Anastasia se acomodó a la orilla del andén para hacer tiempo.

—¡Del agua mansa, líbranos, Señor!... —se dijo, hablando con los ramitos de jazmines que le recordaban bodas, primeras comuniones y muertes. Las violetas no le recordaban nada. Olor... olor a un perfume que tuvo un su fulano prieto que apestaba a buitre. —Del agua mansa..., esta Gumersindita que parece una dama de compañía, además de seguidora, comercia con «iguanita del mar». Por lo verde la deben llamar así, o porque las iguanas respiran y parece que estuvieran fumando mariguana, rociadas de chispitas, babosas y frutales. ¡Qué mala gente! ¡Comerciar hasta con «iguanita del mar» cuando lo que saca de las flores le da para vivir, de las flores y de las mujeres! Prueba, el negociazo que hizo la otra noche. Uno de los jefes, el que más galones tenía, dispuso comer ramitos de flores para que se le fuera el aliento de briago. Veintitrés ramitos se mascó, uno tras otro. Estaba que no podía tenerse en pie de la papalina y comía flores para que su novia no le conociera, por el huelgo, que no era huelgo, sino estocada, que había bebido más de la cuenta. «¡Déjese de novia, yo le tengo una buena muchacha!...» le respiraba encima la Niña Gúmer, acercándole el canasto lo más posible para que siguiera alimentándose de claveles, jazmines, violetas. Pero el jefe se quedó dormido, sin oír las ofertas, después del banquete de flores. Uno de sus compañeros, pelo color de zanahoria, celebraba el florido atracón a carcajada limpia, aplaudiendo, pataleando, dando puñetazos en las mesas, y sólo cuando estuvo extenuado de tanto reír, patalear y golpear con los puños, pagó a la vendedora el gasto de vitaminas perfumadas que su jefe devolvía en vómito de pétalos.

La mulata se rascó la cabeza. Pensar come por dentro. Y se levantó nalgueándose el trasero helado a dos manos, para botarse el frío y el polvo del andén. Entre recordar, cuidar el canasto y asomar a la puerta a ver qué pasaba con el sobrino, cupo una desperezada y un bostezo que la hizo decir con la voz aflautada:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Se asustó. En el silencio de la madrugada se oyó tan recio. Volvió a mirar a todos lados. Nadie. La calle desierta. Los chóferes dormidos en sus autos, como indios muertos encerrados en urnas de cristal. Los policías andando como sonámbulos. Capa amarilla y una toalla envuelta al cuello.

La Niña Gúmer vino, recogió el canasto y se hizo noche, sin decirle adiós. Mal agradecida. Tal vez no la vio. Aunque estuvo mejor. Era hacerse de delito cuidar el canasto en que quizás había «iguanita del mar» entre tanta flor de olor. Lo malo es que se fue y no le dejó lo que le tenía reofrecido. Por eso, sin duda, se hizo la

desentendida. Unas píldoras de valerianato de quinina contra la calentura y los fríos. Le volvió el paludismo de resultas de un aguacero que les cayó no hace mucho. ¿Un aguacero? Un diluvio. Llegó con el sobrino a la casa como nadando bajo el agua.

En el bar seguía el forcejeo obsequioso de los amigos que se brindaban tragos y más tragos, amigos y conocidos, y que terminaban bebiéndose los tragos de los otros cuando tocaban a rebato. Y más adentro, en el salón de baile, la rocola incansable. Una música intestinal salida del vientre iluminado del gran aparato de colores chillones, excremento resonante con todos los filos del chirrido, acompañaba el zangoloteo de las parejas que bailaban *cheek to cheek*. Los gringos no dejaban mujer sentada, ventaja inconmensurable para las poco agraciadas que no siempre encontraban en otras fiestas y reuniones de confianza quién las sacara a bailar. Aquí bailaba todo el mundo: viejas, jóvenes, bonitas, feas, y en bailando, aunque las llamaran «gringueras».

Las menos diestras en los *boogie-woggie* terminaban descuartizadas. A cada baile frenético, escabullíanse al interior. Se bebe mucho líquido tomando el whisky con agua, y luego que la vejiga se mueve de lo lindo con esos bailes modernos. La vejiga y todo lo que queda cerca. Por eso, tal vez y sin tal vez, son tal deli... los *boogies*, más deli... que los *blues*, por ejemplo..., aunque los *blues* también son deli... ¡Sí, sí... (todo esto se hablaba en la toilette de señoras), los *blues* son más deli... que los *boogies*, porque son más deli... cados, en eso estamos de acuerdo, pero que los *boogies*, son más deli... que los *blues*, tampoco se puede negar, porque son más deli... ciosos...

—¡Cuánto arrejuntaste, sobrino, cuánto!... —exclamó la Anastasia al salir el chico con la mano en el sombrero lleno de monedas. —Te fue mejor que a la parienta, la noche aquélla que el míster dispuso comerle las flores...

—¿Parienta? ¿Qué es nuestro, tía?

—Ser, no es nada, pero como es pobre es de la familia.

Sábados y domingos se arrinconaba la rocola. Jazz-band y marimba electrizaran las horas de esas noches de mayor concurrencia. La marimba en el suelo, como serpiente con patas, y el jazz arriba en un medio coro de iglesia, altura desde donde, bajo el dedo convertido en batuta de un mofletudo serafín de pelo color de fósforo, que actuaba como director de aquella nueva sublevación geológica, cuerdas, maderas y metales ensordecían el ambiente con todos los ruidos y silencios del comienzo del mundo, desde la percusión de las piedras hasta el vagido de la marea que hace pausa antes de reventar. Entre la hecatombe de la formación y las frustraciones de las sonoras islas, la mudez del silúrico profundo que el jazz repite, fragmenta, acompasa, convierte en frenesí, estertor, tempestad, estridencia cortados de golpe, sustituidos de golpe por abismos de silencio tan profundo, que se necesitarán nuevos y más brutales y más furiosos choques de moléculas de metal ardiendo, de maderas tremantes, de pellejos de bestias calcinadas por la vibración, para lograr el pleno sonido, el máximo clamor de las materias doloridas y gozosas, sólo que una vez conseguido,

súbitamente callara todo, todo..., el tiempo de un compás abismal que más pronto yugulará la tempestad del jazz en nuevas y furiosas combinaciones.

Las dos de la mañana. Faltaban mesas. Más mesas. Faltaban sillas. Más sillas. Más mesas. Más sillas. La pista de baile se reducía. Más mesas. Más sillas. Más sillas. Cada vez menos pista. Cada vez más parejas. No bailaban. Se movían en rededor de un mismo lugar, apretujadas, incrustadas, entre el sueño de la ebriedad y el humo de los cigarrillos, besándose, hablándose, lamiéndose como las primeras criaturas en medio de las conflagraciones del origen del mundo, de las que el jazz era imagen. No bailaban. No se movían. No hablaban. Se daban los huelgos de seres tiernos, nebulosa humana vulnerable en medio del furioso desbordamiento de las materias ígneas de los saxofones, de los platillos lunares chocando, del retumbo de los timbales, del zumbido de las cuerdas, de los panzazos del piano, del traqueteo de los senos telegráficos de las maracas, todo anterior al silencio que también es el jazz.

Aplausos, gritos, voces, risas... ¡Más whisky! ¡Más soda! ¡Más gin! ¡Coñac! ¡Ron! ¡Otras cervezas! ¡Champán!...

La sala a media luz. ¿Blue o tango? Tango... Los bandoneones se abren del tamaño de la pampa..., pampa argentina..., pampa que cabe en los brazos... Y después del tango, un bolero.

La concurrencia coreaba cuando sabía la *letrina*, como llamaba un poeta local a la letra de los boleros.

Y después de la orquesta, al terminar el bolero, seguía la marimba. Tres compases largos, lentos, a cargo del que tocaba los bajos:

¡Pon!... ¡Pon!... ¡Pon!...

Don Nepo Rojas, como le llamaban en su casa, en el trabajo, en todas partes, acortando aquel Juan Nepomuceno Rojas Contreras, con que lo bautizaron, al oír aquellos tres graves trémolos subir de la profundidad a la superficie del maderamen sonoro, bendecía las tres de la mañana. Lindo vals. El final de la tarea.

En sus dominios todo estaba listo para apagar la luz y marcharse: la basura en los toneles alineados a lo largo de un tabique construido con tablas de cajones de mercaderías. Como herrar bestias herraban estos cajones misteriosos nombres (Calcuta, Liverpool, Amsterdam, Hong-Kong, Shangai, San Francisco...), y bajo la capa, sobre una banca del zaguancito por donde salían los empleados, la bolsa con desperdicios de comida, los mejores para su casa, los otros, para la Anastasia. A la mulata lo que más le gustaba eran las salchichas, la gallina o huesos de gallina con arroz, los desechos de los *hamburgs picantes*, las papas fritas y la mayonesa. De todo iba, hasta pasteles medios mordidos para el sobrino mocososo.

Al iniciarse el vals, después de los tres primeros compases, con todas las teclas de la marimba vibrando, la concurrencia coreaba:

—¡Son las tres de la mañana...!

Y la Anastasia repetía:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Nadie lo oía, ni ella misma con el hambre que le zumbaba como panal en los oídos, ni el sobrino dormido en el quicio de la puerta vecina, la cabeza sobre el bracito que le servía de almohada, carne y harapos, la cara tapada con el sombrero de recoger las limosnas, los pies de cáscara de fruta, negra la planta de andar descalzo.

Sin perder tiempo, al oír el vals, John se levantó a bailar con una criollita modosa, con más películas en la cabeza que las bodegas de la *Metro* y pronto se perdieron entre las parejas que bailaban cantando: «Son las tres de la mañana...», cada vez que coincidía con la música.

John bailaba mecánicamente, un suave ruido de hélice de avión le zumbaba en las narices, bailaba por bailar, y la criollita por hacer la conquista, no porque le faltaran enamorados, tenía por cientos las docenas, sino por la novedad y porque se parecía a su soñadísimo.

Por momentos, John sentía la criollita apretarse lo más que podía a su flemática persona, mientras ésta, sin pensar en el ser físico que llevaba enfrente, entornaba los ojos y acariciaba con las pestañas el encanto de sentirse en brazos de su John, el de la pantalla. Su cabellera negra, partida en dos cascadas de azabache, seguía los compases del vals, como un péndulo que marcaba también las tres de la mañana sobre sus finos hombros. Se curvaba lo más que podía. Frotar la comba de su fino vientre a la hebilla del cinturón militar de John. La hebilla con la estrella dorada de los aviadores. En la última película, su John hacía el papel de soldado herido en el frente de batalla. ¡Tan redivino que estaba!...

—¡Tan redivina la guerra!... —dijo, y su compañero, el John de carne y hueso, sin esperar a que terminara el vals, ya interminable, se detuvo frente a su mesa y apuró su vaso de whisky.

—John!... John!... —trataba la criollita de contenerlo, pues tras apurar su vaso de whisky, se bebía los whiskys de las otras mesas.

La guerra..., la guerra... del otro lado de la noche de pestañas tropicales, la guerra...

Un «bolo»...

—¡Bolo, porque soy del país..., si fuera extranjero, sería ebrio! —salió diciendo un cincuentón. Llevaba el sombrero hasta las orejas para no perderlo y una botella en la mano para no perder la que llevaba... ¿la botella?... no, la que llevaba en él, no en la botella...

—¡Serían las dos..., serían las tres..., cuatro, cinco, seis de la mañana!... —cantaba. —¡Serían las dos..., serían las tres..., cuatro, cinco!...

Se le fue la voz. Una mujer estaba que ya mataba a un chico.

—¿En quién..., en quién te hizo tu padre?... ¿En quién..., en quién..., me vas a decir en quién?... ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí me lo vas a decir! ¡Pedazo de lépero! ¡Deslenguado! ¡Desacreditador!...

El sobrino fue sacado del sueño por la Anastasia que lo tenía de una oreja y lo levantaba en vilo. Sin saber bien lo que pasaba, dando gritos, los labios en un

temblor, se le mojaban los ojos con la pasta del sueño enlagrimado, mientras aquélla, enloquecida de ira, sólo miraba en el infeliz chiquillo al ingrato enemigo encubierto que la traicionaba.

El borracho se acercó a quererle decir:

—¡No sea bestia, cómo le pega a esa criatura!...

Pero todo se le fue en babas y eructaderas.

—¡Ya me contó, ya me contó el señor Nepo —seguía la Anastasia— que de gracia agarraste desacreditar a tu tía, para sacarle pisto a esas porquerías de la suciedad..., sí, sí... de la suciedad, porque éstos no son sociedad, sino suciedad!... ¡Prestarte por unos centavos para que se rían de nosotros!... ¡Pero me lo vas a repetir aquí que tu padre te hizo en una tu tía!... ¡Aquí estoy para oírte, para eso estoy aquí... decí... decí... ¡decílo ante mí..., en mi cara..., no por detrás... bandido!

El chico logró desasirse de las uñas de la mulata que lo hamaqueaba de la oreja, no sin dejarle en los dedos un puño de pelo, le arrancó hasta el cuero cabelludo, ciega de rabia, vociferante, mientras el ebrio, tras empinarse la botella, para no perder la consabida, siguió calle abajo cantando:

—¡Serían las dos..., serían las tres..., cuatro..., cinco... seis...

Los que tocaban la marimba, curvas las espaldas de cansancio, enguantadas las manos de sudor, el pelo en desorden sobre la frente, seguían tocando —tres veces hicieron repetir el vals— cuando la Anastasia se asomó a la puerta:

—Ja!, ¡ja! ¡ja!... el vals... Ja! ¡ja! ¡ja!... las tres de la mañana... Ja! ¡ja! ¡ja!... me hizo en una mi tía... Ja! ¡ja!... ¡ya se están mamando otra vez los gringos...

II

El señor Juan Nepo Rojas volvía de su trabajo en bicicleta, la mitad del año como hoy, entre la noche con estrellas y el alba calurosa, y la otra mitad cubierto por una capa que apenas le defendía de los aguaceros, la cara bañada por goterones de llanto dulce y la rueda delantera levantando abanicos de cristales al hendir las calles convertidas en ríos navegables. En verano y aun en invierno, la bicicleta rodaba sin esfuerzo del trabajo a su casa por el terreno que descendía de la parte alta de la ciudad, la Plaza de Armas y el centro comercial, a los niveles del valle hondo, valle de tierra de árbol, humedad de baldío y gente con su pasar y su trabajo, y se lo explicara o no física o milagrosamente, ser transportado por la inercia, el más silencioso de los motores, seguía siendo para el señor Nepo, un misterio, un enigma que se repetía todos los días de madrugada y que era como la devolución de lo que él pagaba también todos los días en las últimas horas de la tarde, cuando trepaba de por donde vivía hacia el «Granada» a golpe de pedal, hasta llegar que ya no tenía alientos, ni corazón, ni saliva, ni piernas. Pero iba de su casa, salía fresco y, como él decía: la gozaba sufriendo. Lo terrible hubiera sido pedalear en subida al salir del trabajo, después de horas y horas de estar en pie, muerto de fatiga y de sueño. Allí era donde el señor Nepo veía patente la mano de Dios. El poder regresar, después de la penosa faena nocturna, en la bicicleta que se deslizaba como por un tobogán, los pies en los pedales, sin moverlos, como no fuera sosteniéndolos hacia atrás para contener el avance de las ruedas que lo asomaban a ese otro mundo misterioso de la velocidad, cuando, tentado y atrevido, en lugar de frenar la bicicleta, le daba por pedalear, por imprimirle más impulso, presa de una embriaguez desconocida, de una delicia que lo extenuaba, como si el vulgar deslizamiento del cuerpo, le gastara el alma.

Perros despiertos, luces fofas, bultos humanos...

Se le escapó el pedal que se le escapaba siempre, el derecho, y en seguida el otro, pero el gastado era el derecho, tendría que hacerlo cambiar, y no le quedó sino timonear para no estrellarse, iba por la bajada de Santa Rosa, acababa de dejar el templo atrás, timonear a ciegas en la poca luz del amanecer, poco era su faro y escandalosa la campanilla en que llevaba el dedo pulgar como en un gatillo, disparando timbrazos para que se apartara el cristiano o semoviente que fuera por la calle a esas horas, todo mientras recobraba el control de los pedales que giraban a la alta velocidad de las ruedas o lograba encajar, como rozadera, la punta del zapato en el tenedor, hasta alcanzar la llanta de la rueda delantera.

Lo logró y tan a tiempo que un instante más y se estrella contra un camión que se desplazaba velozmente con todas las luces de sus faros encendidas. Lo que dura un parpadeo fue el cruzar de su pequeñez y la inmensidad en toneladas. Pero se le fue otra vez el pedal, el derecho. Echó el cuerpo de ese lado para alcanzarlo y apoyarse mejor, aunque ya por el Teatro Colón, la bicicleta dejaba de ser aquel milagro rodante y necesitaba de su impulso.

—¡Paciencia... —se decía—, paciencia, piojo, que la noche es larga!—, y pedaleaba, sin mayor esfuerzo, porque de allí, hasta su casa, se advertía el suave descenso de la calle que después del templo de San José se acentuaba a tal punto que volvía a dormirse sobre sus timones, envuelto, ya para llegar a la Parroquia Vieja, en un agradecimiento infinito hacia Dios que le proporcionaba el regalo de ser transportado, como en sueños, después de su penoso trabajo nocturno.

Y ante estos sentimientos: lo práctico que le resultaba la bicicleta y lo bueno que era Dios, daba por bien perdida su respetabilidad. Qué le importaba que dijeran sus vecinos que no era serio que una persona de su edad anduviera en bicicleta y él no *andaba*, si por tal se entiende pasear, como los jóvenes que le ponen al domingo las dos ruedas y se van de novia en el timón, él lo hacía exponiéndose a quebrarse el bautismo y a perder su aplomo de gente mayor, porque no tenía en la madrugada otro medio de volver a su casa.

El cochino pedal se le escapó de nuevo y logró pescarlo a la desesperada, al enfrenar por la Avenida de Chinautla, frente a la fonda «El Reloj», una flota de camiones gigantes que al desplazarse hacían temblar las casas. Se chupó el frío mocososo de sus bigotes. La luz lo cegaba. La luz entera de los faros. Y se le estremecieron las entrañas, al pasar raspando las ruedas inmensas como mundos y los motoronés tremantes. Pedaleó, pedaleó furiosamente. Le convenía dejar pronto la ruta recién construida para el acarreo de los materiales, piedra y cemento, de «La Pedrera» el aeródromo en que se estaban construyendo las nuevas pistas de aterrizaje. Y lo único que le faltaba, ya no sólo el pedal, sino un calambre. Se afirmó en la bicicleta como pudo. Los camiones pasaban uno tras otro, uno tras otro. Se subió a la acera, a la acera de unas casitas que temblaban, como en agonía, sacudidas del cimiento a las tejas por el paso rodante de aquella tropa de mastodontes de acero. Un nudo, un nudo ciego en el camote. Soltó el timón. La bicicleta se fue al suelo. Con las dos manos apretábase la pantorrilla el señor Nepo. Un despertador sonaba en alguna casa. Se extinguían las luces del alumbrado público. El día. Una fresca blancura sin color. Los colores empezarán cuando él apartara para su casa, por las Caleras del Norte. El perla empapado en rosa, en rosa amarillo, en oro naranja, en un amoroso lila de humo y no humo, y en la vehemencia del azul nuevo.

Nepo Rojas entraba en sus dominios ya de día, entre el desvelo y el sueño, devolviendo los saludos a los carreteros que le echaban los «buenos días, señor Nepo», a gritos, desde los corrales, donde los dormilones amarraban los yugos a las cornamentas de los bueyes, los tempraneros pegaban las yuntas a las carretas y los de fijo madrugadores ya iban de salida hacia las Caleras a cargar, seguidos de los perros y el canto de los gallos.

—¡Ese gallito es el de la señora Pola!... —distinguía don Nepo—. ¡Y ese otro, ese que se sintió afectado y le contestó, es el gallo ronco del español! No sé quién cuenta que la Pola y el español se entienden y se comunican sus cuitas a través del canto matinal de sus gallos. Y el gallito ese... qué feo canta..., puro silbato de tren...,

es el de mi nieto... Ya le dije yo que no era fino..., la pluma la tiene buena, pero le está creciendo en vicio el espolón y o lo cambia por otro que sea bravo para la pelea, o nos lo comemos en chicha el día de San Damián que es su santo.

El nieto lo esperaba, cuando no tenía que salir con su carreta de mucha madrugada, por quedarle lejos la entrega. Al muchacho, hueso y pellejo, pero macizo, le daba gusto ver al abuelo con tantos años, como diz que tenía, rayar el alba con su bicicleta, como si fuera jovencito. El viejo se apeaba por el pedal o al salto para más lujo, fiando los ojos cristalizados por la edad y el desvelo a la mirada dulce de su nieto, mientras éste se acercaba a tomar la bicicleta por los cuernos, que tal parecían los extremos calientes del timón, y en dejándola en su lugar, volvía a servirle, en taza de bola, el café negro, espeso e hirviendo, que era como le satisfacía.

Al señor Nepo le gustaba hacer sopas. Echar el pan en el café y comérselo con los dedos, que se chupeteaba con bigotes y todo.

—¡Lo que a uno le cuadra..., ¿verdad, Damiancito?, ¡y no como en ese lugar de mi trabajo, donde todos, hasta los pinches, se hartan con cubiertos! ¡Igualados, no saben lo que se pierden con tantos tenedores, cuchillos, cucharas y cucharitas...; con la yema de los dedos empieza a sentirse el sabor a la comida!

Y, mientras desayunaba, que dos panes, que tres panes, que pan desabrido, que pan dulce, lo que se conseguía, pensaba en lo que más le tenía que agradecer a Dios: el café con pan de la mañana, sin el enemigo en casa, es decir, sin mujer, en paz, sin guerra de mujer, que es la peor de las guerras. En su casa, desde que finaron su esposa y su hija, madre de Damiancito, no entraban faldas; mientras desayunaba echaba la lengua a retoñar, dado que en el trabajo no se hablaba con nadie, fuera de las cosas de educación y del oficio, y de día, sólo que hubiera hablado dormido.

—Los perros mueven la cola del gusto, nosotros los cristianos movemos la lengua, que es la cola del como sieso de chucho que tenemos en la campanilla...

—¿Le siguió molestando el pedal? —interrogó el nieto.

—Sí, Damiancito, y de esto te quería yo hablar, así es que hiciste bien en recordármelo. Está muy gastado y es mejor que lo cambien.

—Al solo regresar de mi entrega, vale que por aquí cerca voy a ir a dejar unas doce arrobas de cal, se la llevo a que lo cambien.

—Si por acaso estuviera dormido, cuando regresés acordáte que es el pedal del lado derecho.

—Que revisen los dos, pues cada vez está más peligroso el camino con ese mundo de camiones que no descansan ni de día ni de noche. ¡Hombres para ser bastos! Y es que creo que en las pistas le están metiendo tupido. Y ahora, acuéstese, que tenga buenos días... —y al decir así, Damiancito se quitó el sombrero, cruzó los brazos y le hizo una tímida reverencia.

—Que para mí son buenas noches, hijo, porque es a la hora en que vos salís al trabajo, que yo le encuentro acomodo al cuerpo. ¡Sea por Dios!

—Pero desvístase, quítese la ropa, los zapatos, no se descansa si uno no se quita

los trapos, y es feo dormirse vestido; sólo los muertos o los fondeados.

Y al día siguiente, de regreso de su trabajo, don Nepo no hacía sino ensayar los pedales, que, gracias a Damiancito, habían quedado como nuevos. Soltaba la bicicleta, la dejaba cobrar velocidad, lo hizo bajando por el Mercado Central, y luego la frenaba poco a poco, gozoso de que le obedeciera aquel engranaje misterioso, que era como de dientes, de dentaduras que se mordían dentro, para no dejar que naciera la velocidad. En una de tantas, frenó de golpe y casi se fue de boca, salióse del asiento, el timón le dio en el pecho.

No amanecía. Esa sensación angustiosa de que se va a quedar la noche. Las estrellas sin palidecer, cada vez más brillantes, y el cielo hondo. La luz eléctrica más oscurecía que alumbraba. Cruzó por entre los grupos de marchantes y bestias cargadas que al paso o al trote subían hacia el mercado y por entre barrenderos que pasaban de la nube de polvo a la neblina y de la neblina a la realidad, y más adelante empezó a cruzarse con los camiones del «Army». La luz de sus faros, flatulenta a la distancia, cobraba de pronto color de miel de membrillo, para en seguida abrirse en circulares relámpagos de ámbar. Cada camión era un peligro de muerte y era apenas un parpadeo el que duraba el cruce de la mole rodante y su insignificancia ciclística, defendida por la sensibilidad del pedal para echar breque y por el timón que burlaba como jugando las embestidas de los gigantes demoledores. La única amenaza latente era el calambre. Ese trenzarse de los músculos de la pantorrilla en forma tal que tenía que soltar la bicicleta y echarse al suelo, parado, cuando alcanzaba pie, y si no, como cayera. Y por eso sólo se sentía seguro cuando apartaba para su casa por el camino de las Caleras del Norte, dejando a la derecha, entre llanos, árboles y caseríos, la autopista de concreto utilizada en el transporte de los materiales para ampliar el aeródromo, autopista paralela a un ramal de ferrocarril por donde corrían trenes cargados de petróleo y explosivos. El aire lo favorecía. Soplaban viento sur. Era tan material sentir que lo empujaba. Casi todo el viaje sin pedalear. No amanecía. El temor de que la noche se quedara. ¿Quién garantiza el día? ¿Por qué no puede empezar en una noche la tiniebla para siempre? Abajo, a la distancia, por la autopista, los faros de los enormes camiones militares barrían la sombra, escobazos que aprovechaba el día cegatón para instalar sus neblinas fragantes sobre el silencio de la tierra. Camiones y trenes se movían como en campo de batalla, sin que faltaran para aumentar el desasosiego del vecindario, las incesantes detonaciones de las cargas de dinamita. Más camiones. Más trenes. Cerros de piedra que volaban en pedazos. Pronto estaría en su casuchita, con Damiancito, su nieto, al abrigo de aquel maremágnun, palabra que empleaba, porque se la tenía oída al español de las vacas extranjeras.

Le apuraba llegar a su casa por ver a su nieto, tomar café caliente y echar al cuerpo en algún lado. Lo de dormir se volvió cuento con tanto ruido extraño a la vida vegetal de aquellos sitios, donde el silencio majestuoso que bajaba de las montañas cubiertas de encinales o peladas por erosiones que parecían lastimaduras de bestia

matada, sufría sacudidas de muerte con el profundo palpar de los motores a lo largo de la autopista, los pitazos de los trenes, el enganche y desenganche de los vagones vacíos o cargados, y arriba, en «La Pedrera», el resonar trepidante de los barrenos, los golpes secos y brutales de los martillos mecánicos, y el interminable rumor a cascada de la piedra triturada que caía de los andariveles a la boca de inmensos embudos.

La cañada se hacía honda, parpadeante de mariposas, y el camino se doblaba en cerrado codo en un puente de la época de los españoles, puente imperial, por el escudo en piedra que ostentaba. Despertaba de su sueño de siglos en medio de aquella baraúnda guerrera, apocalíptica, entre automóviles con ruedas de oruga y hombres fantasmas, guantes, anteojos, overoles, que tendían cables eléctricos de alta potencia, en torres plateadas provistas de verdes ojos de gusano, que no otra cosa semejaban los aisladores de vidrio, en los que los cables quedaban fijos y distantes.

Un perro asomó ladrando después del puente, se lanzó contra la rueda delantera. Don Nepo pasó sin darle importancia —que ladre, se dijo, que cumpla con su deber— pero hubo que usar pedal y timón con suma maestría, para escurrir el cuerpo y la bicicleta entre un paredón de peñas y un carruaje destartado que tiraba un caballo de mala muerte. No pudo ser casual. Intencionalmente se lo echó encima el español de las vacas extranjeras, envejecido al servicio de una familia de abolengo, y ahora, desde que tenía una finquita, con aires de liberto. Sixto Pascual y Estribo, aunque éste último apellido se lo soltaban como apodo, por el honor que le hacía, pues decían que en todo y en todas partes, para lo único que servía era para meter la pata.

Y no sólo por poco lo atropella, sino apenas le contestó el saludo. Por una parte mejor. Otras veces se detenía a echar el párrafo, mientras alineaba un gusanito de tabaco picado en la canaleta que del pulgar al índice de su mano izquierda formaba una minúscula hoja de papel de arroz, para luego enrollar, ensalivar el borde con la punta de la lengua y hecho el cigarrillo, llevárselo a los labios enjutos, azulosos por el bigote rasurado, encenderlo con un yesquero y una mecha, y ponerse a echar humo, humo y palabras, sin importarles los bostezos de don Nepo, vacíos gritos de sueño y de cansancio, que más que bostezos eran aullidos. Nada. Entre gargajos y carajos, la gárgara de los grandes títulos de sus señores amos y sus pequeñas rivalidades por cuestiones de dinero.

El señor Nepo Rojas le llevaba la contra, no de mañana en el camino pues apenas le quedaban fuerzas para llegar a su casa y sólo por educación se apeaba de la bicicleta a escucharlo. Le contradecía los domingos y días festivos en la fonda de la Consunsino, la Marcos Consunsino, donde se juntaban después de misa, a beber cerveza y comer panes con curtido. A eso de las once encontrábase domingos y días de guardar, el arrugado peninsular desarrugándose el pellejo, se estiraba y se estiraba la cara, se estiraba el pescuezo, y Nepomuceno, desarrugándose el traje que de tenerlo guardado se mascaba en el cofre. El gusto, el placer, la fiesta dominical del castellano era desarrugarse y tardaba en desarrugarse todo el domingo. Entre semana no tenía tiempo y debía estar en pleno uso de sus arrugas furiosas que imponían

respeto a los peones, y de sus arrugas amables, redes con las que atrapaba la voluntad de sus patrones.

A los saludos de don Nepo, respondía invariablemente:

—¡Desarrugándome, amigo, desarrugándome..., este pellejo de prepucio que Dios me dio en la cara!

Pero esta vez no se detuvo en el camino a echar el párrafo. Por adiós un gruñido al estrechar el carruaje contra el paredón. Don Nepo pedaleó lo más rápido que pudo, si no lo deja estampado en la peña como calcomanía y hasta después, pasado el susto, se dio cuenta que el español se estaba cobrando de lo mal parado que salió de la última discusión que tuvieron, discusión que no degeneró en reyerta porque intervino a tiempo la Consunsino, la Marcos Consunsino.

¡Ni los reyes eran de origen divino, ni los toreros eran héroes ni sus amos, por nobles que fueran, eran santos!...

Fue lo que casi le hizo estallar y de lo que se estaba vengando. Sudaba calentura de una hija de sus patrones, nobles de España, casada con un enriquecido plantador de bananos, venido a pobre empleado con ínfulas de la gran compañía. Un hijo de aquellos que heredaron en la Costa Sur, la fortuna del famoso COSÍ.

¿Qué era lo que enfurecía al peninsular? ¿Que uno de los nietos de sus ilustres y rancísimos amos se llamara Lester Cojubul (no Kiejebul) Sotomayor, de los Sotomayores de cerca de Rodondela, provincia de Pontevedra, y de los Cojubules de todo eso de por allí por donde ahora él engordaba y ordeñaba sus vaquitas extranjeras?

—Sotomayor de los Sotomayores de los duques, no de los marqueses —precisaba don Sixto, desarrugándose—; parad mientes, de los duques de Sotomayor, a los cuales Felipe V otorgó este título con la grandeza de España de primera clase, y no los marqueses a quienes Carlos II hizo nobles setenta y tantos años más tarde.

—¡Jujunnnnn! —acotaba Nepo Rojas y reía.

—¡No me gusta esa risa!

—¡No tengo otra, don Sixto!

—¡Pues reíd! El Papa dijo en su famosa bula que los americanos no érais bestias, porque os reáis...

—Y de esa bula viene el apellido Cojubul, para que usted vea...

—Raras heráldicas...

—Cojubul viene de cojón y bula..., fíjese bien, de cojón y bula..., de familia de criollos que se pasaron las bulas por los cojones...

No se agarraron porque intervino la Consunsino, la Marcos Consunsino.

El señor Nepo conocía a los Cojubul de años, desde cuando se tiraron a la costa pobres, pobres, con sólo lo que tenían puesto, no tenían más, y a instancias de un tísico que había venido de aquellas tierras de fragua ponderando lo fácil que se ganaba en ellas. Bastiancito y la Gaudelia. Como si los estuviera viendo. Se fueron recomendados a un señor de apellido Lucero. Y enseguidita, casi pisándoles los

talones, salieron los Ayuc Gaitán, hermanos de la Gaudelia. Al que Dios se la da San Pedro se la bendice. Nada hubiera hecho con sus siembritas, con eso nadie ha pasado de zope a gavilán, pero heredaron la fortuna de uno de los accionistas más fuertes de la bananera, un tal Lester Mead, aunque su verdadero nombre era Lester Stoner, muerto con su esposa, Leland Foster, en el primer viento fuerte que pegó en el sur.

Todo esto lo sabía de memoria Pascual y Estribo: el origen telúrico de la familia Cojubul, la herencia fabulosa en acciones de la gran compañía, el trasplante de los herederos Cojubul y Ayuc Gaitán a los Estados Unidos, con sus esposas y sus hijos, y la pérdida de su fortuna al vender sus acciones de la «Tropical Platanera, S. A.», a Geo Marker Thompson, pirata conocido con el nombre del «Papa Verde», creyendo que el fallo en la cuestión de límites iba a darse a favor de la «Frutamiel Company», descalabro de fortuna del que no se rehicieron sino a medias, al lograr colocar a sus hijos, como altos empleados de la compañía.

Lo que por segunda y última vez hizo rechinar los dientes en un como chisporroteo al arrugado don Sixto Pascual, que de pascuas sólo el apellido tenía, y pasar del echar chispas con los ojos al escupir ralo, y del escupir al insultar, y del insultar a dar puñetazos en las mesas y puñetazos al aire, fue el nombre de la mulata Anastasia, a quien don Nepo, amigo de poner las cosas en su lugar, citaba como testigo de las barbaridades cometidas en la Costa Atlántica, para arrebatarse las tierras a los campesinos y formar esas grandes plantaciones. Los arrojaban de sus chozas a punta de bayoneta y latigazos, al darse cuenta de que el oro mellaba su poder de corrupción en la voluntad de los que no querían deshacerse de lo suyo, suelo regado por el sudor de sus padres y lo único que tenían para sus hijos. Se puso oídos sordos a las protestas de las municipalidades, se legalizó el despojo con decretos inconstitucionales y se diezmó a los hijos del país, ahogándolos en el Río Motagua o en el servicio militar, cuando empezaban a convertirse en rivales peligrosos para la producción de fruta.

—¡Nobleza obliga!... —Don Nepo tenía una voz de viento encerrado en un zanjón—. ¡Tanto marqués y tanto conde, para terminar toda la familia y hasta el criado, de rodillas ante la platanera!...

—¡Que no os lo permito, Rojas!

—¡Con un nieto evangelista y cuarterón! —remató don Nepo entre risas y pelos.

Por segunda vez intervino la Consunsino, la Marcos Consunsino, pues iban a golpearse, cada cual con el mueble que le quedó más a mano, enfurecido el español y a la defensiva don Nepo, aquél con una silla, y éste con un banco de tres patas.

Y no volvieron a verse hasta ahora que se encontraron.

Un gruñido rencoroso saltó de todos los pliegues de su cara alforzada y del frenillo, su más íntima arruga bajo la lengua, y fue patente su intención de atropellarlo con el carruaje, al reducir el espacio para prensarlo entre el paredón de peñas y la rueda trasera, tan patente que don Nepo Rojas apenas tuvo tiempo de escurrir el bulto.

En el último trepón, ya para subir a su casa, la bicicleta se transformaba en un mamotreto tan pesado que parecía otro vehículo, no el mismo que rodaba con él hace un momento por las calles céntricas, como exhalación de sueño.

Y después del trepón, el patiecito que seguía a la puerta tranquera. Por lo visto no estaba su nieto. Timoneó a la izquierda para ir a dejar el «caballo de ruedas» a una galera de aparejos, frenos, piales de uncir, yugos, tecomates, costales, zaleas y un arado viejo. Se apeó a la entrada de la galera tiesas las piernas acalambradas, jadeante, sudoroso e impulsó la bicicleta que siguió rodando ya sola hasta detenerse en su rincón. Su nieto se la recibía pero cuando no estaba la «cicle» tenía suficiente entendimiento para irse a colocar donde le tocaba... Entendimiento y buen corazón, se dijo mientras se desataba el pañuelo anudado al pescuezo y con el pañuelo enjugábase el sudor de la frente... Entendimiento y buen corazón... El buen corazón de no dejarlo a pie en las madrugadas y el entendimiento de identificarse como una segunda naturaleza con su instinto de conservación al sortear el paso estelar de los camiones que a esa hora del alba, viajando con todos los faros encendidos, eran como astros que cambiaban de lugar, y al evitarle el peligro de estrellarse con un poste o atropellar a un peatón, cuando volvía de su trabajo nocturno, un poco atontado por el cansancio y ciego de sueño, con las pestañas llovidas sobre los párpados como mechas de sauces llorones. No en otras condiciones salía, el cuerpo cortado, bascoso, adolorido de las coyunturas, sin más apoyo que su bicicleta, a enfrentar un mundo en que la luz era todavía sombra y la sombra comenzaba a ser luz, claror de clara de huevo, mundo en que las casas y los árboles vagaban, la ciudad entera vagaba en el espacio del duermevela a ras del suelo, desprendida de la realidad, como una emanación de ella misma, emanación hedionda, tufo de un cuero de res estacado por los cantos de los gallos.

Se frotó el pañuelo tras las orejas, por la nuca, sin dejar de experimentar por su bicicleta el conmovido agradecimiento del jinete por el caballo y ahora con mayor razón: le había salvado de quién sabe qué golpes y heridas al permitirle escapársele al don Sixto, cuya negra intención fue hacerlo cisco, polvo, dejarlo allí mismo tendido. Pero le soltó unas cuantas de su repertorio, aparte de gritarle: ¡Salvaje!... ¡Bestia!... ¡Animal!...

Se paró junto a la cama. Un catre de tijera con un petate, almohada, sábanas y tujas. Por debajo de la puerta, que al entrar entornó de golpe, furioso, y por las rendijas del techo, se colaba la luz de la mañana, blanda, calcinante, esa luz que en los hornos de las caleras se convertía en cal viva. No se acostó. Un trago. Eso. Con una copa de... cualquier cosa, en siendo fuerte, le pasaría el susto y el disgusto. Buscó en un medio aparadorcito, tras los cofres, igual que mono en la penumbra, porque se iba desvistiendo al mismo tiempo, y toda la pelambre lucía fuera. No había. Botellas de vino dulce, otras de licores de sabor, otras de cerveza, todas vacías, con mal olor de corcho en sus redondas bocas que fueron apetecibles y las que ahora don Nepo se acercaba al ojo, no a los labios, en su apremioso deseo de beberse un trago,

en busca de contenido. Mal olor a corcho podrido y peor olor de polvo que se embriagó y se durmió en el fondo convertido en inútil eternidad. Y entre las botellas y basuras, un corcho de champán... (el de la botella que, por ser galana, su nieto utilizó para guardar miel), ja, ja, ja... Para champán estaba él..., para todo, menos para reírse, porque no hubiera sido cosa de risa sino de agarrarse a mordidas... Que se riera, que se riera el que sólo servía para meter la pata, por algo se llamaba Estribo, viejo maldito, esquinudo, maldito... Que riera con sus dos dentaduras postizas que le sonaban a cuatro herraduras de caballo de tan malísimamente mal que le quedaban... Un corcho de champán... Lo bien que le caería un traguito... Pero no de champán... Eso es para las fiestas..., de puro aguardiente, de purita cushusha, de algo que le raspaba el garguero igual que papel de lija, sí, sí, le raspaba todo por dentro, hasta hacerle olvidar que tenía pecho y entrañas.

Ardor, ardor necesitaba, más que trago. Ardor en el garguero y el estómago. ¡Tonto! Pero si su bicicleta estaba allí, ¿qué esperaba para volverse a vestir y pedalear hasta donde la Consunsino? Imposible. Le había jurado no poner más los pies en su expendio. ¿Prometido?... Cuando se tiene necesidad de un «aguardiente» no hay juramentos que valgan. Y necesidad de contar..., eso, eso, ardor de trago fuerte, no para olvidar, como dice el común de los mortales, ésas son babosadas, sino para quemarse la rabia, la cólera, el disgusto, la contrariedad, todo lo que sentía; y darle movimiento a la lengua, pues sólo contando se le pasan a uno las cosas que lo ofenden, que le duelen; y tal vez se encontraba con su nieto en el camino, y también le despepitaba lo sucedido.

Se puso el pantalón, de pie. Era la prueba de que no estaba tan viejo. Una pierna, otra, enfundóselo o enfudillóselo. La camisa, la chaqueta, los zapatos, sin las medias, a pie desnudo, qué fregado si era sólo para irse a beber un trago, buscó el sombrero, sacó la bicicleta, se montó casi al salto y... el maldito carruaje lo detuvo. Muy frente a la Consunsino, a la puerta del fondín. ¡Qué bonito, de celebración estaban! La fondera reiría de lo que el vejete le estaría contando, como si se tratara de una broma pesada, pues, al no lograr su objeto, que era matarlo, diría que sólo lo había hecho para que se asustara y dejara de hablar mal de los Cojubul y la Platanera, que sólo beneficios acarrea al país.

No era cobarde, pero no entró por no verles las caras alegres y tener que pelear de nuevo. No valía la pena. Que lo siguieran celebrando. Se volvió. Lo cegaba el sol. Pocas nubes. Mucho sol. Rugían los camiones a la distancia, pastaban las locomotoras su carbón con fuego de llama, y retumbaba la tierra a cada explosión de dinamita. Tal vez era el fin del mundo y mejor que lo agarrara en su catre.

III

—¡Rojas y Contreras nació de nuevo!... —entró diciendo don Sixto a la fonda de la Marcos Consunsino.

—¿Quién es ése? —indagó la fondera, sin ponerle mayor asunto al español, por atender a sus copas. Las secaba con el delantal y cuando eran de vidrio fino las frotaba hasta hacerlas llorar.

—¿Cómo quién? Rojas tu vecino.

—¿Don Nepo?

—El mismo, mujer, el mismo. Es como cuando a mí me soltáis vosotros el Pascual y Estribo.

—No muy igual, que digamos, porque a usted, don Sixto, lo del Estribo le desespera.

—¡Mal rayo os parta a todos! Haber hecho del noble apellido de mi madre, que de Dios haya, un apodo, y de mi nombre un plural...

—¿Un apodo?

—¡Sí, un sobrenombre, y no veo la novedad para que hagas como que te desayunas de lo que bien callas!

—¡Ah, sí! Pero eso ¿qué le importa a usted? Con no hacer caso, asunto arreglado.

—Estribo... Me llamáis Estribo porque sólo sirvo para meter la pata, ¿no?... Como si yo os llamara a vosotros Esfínteres anales, porque sólo sois útiles para dejar paso al excremento de vuestras cochinas vidas.

—Lo que a usted le puede don Sixtos...

—Lo que a mí me pudre es que me tocó, por mi mala estrella, vivir entre cafres...

—¡Ay, usted, qué atrasado vive, en la capital ya no hay cofradías!

—¡Santa bestia me parió en mal día! ¡Voto a Dios! ¡Cofradías, no; cafrerías! ¡Cafrerías de cafres, que no es lo mismo que cofradías de cofrades!

—Pues a mí, para entenderle, don Sixtos, que me echen los Evangelios.

—Al que deben echarle los Evangelios es a Rojas. Le he dado un susto de muerte al estrecharlo con el carruaje, entre las ruedas y el paredón, en el momento en que pasaba saludándome, sinvergüenza, como si no hubiera habido nada entre nosotros, tan campante; ¡y no lo maté, porque no era su hora llegada!

—Lo único que yo sé es que él y usted, perdón..., usted y él, primero el español, después el indio, juraron no venir más por aquí, no volver a poner un pie en el negocio de la Marcos Consunsino.

—Pues soy y seré perjuro, porque me gusta tu olor...

—¡Que no vaya a ser mucho!

—¡No entiendo, me enfada oír decir dicharachos!

—¡Que no vaya a ser mucho lo de perjuro y lo de que le gusta mi olor! —y, cambiando de tono—¿Dicharachos?... Y una sí le puede aguantar a usted sus palabrotas, porque, ¡a la gran Santa Papuda!, usted, don Sixtos, sí que se dice unas

que ni el más peor de los carreteros.

—Cuando me pican me encuentran, pues soy como el alacrán. Pero venía por algo que te quería contar...

—Antes dígame qué le voy a servir...

—Es muy temprano...

—Bueno, pues, se quita la goma...

—Como no sea la goma del disgusto que tuve al encontrarme con ese tal por cual de tu vecino...

—Una taza de café caliente le cae bien...

—Si ya he tomado en casa...

—Se asegunda la bañada, me gasta algo... Si unos vienen a verme la cara, otros a contarme sus cuitas y otros a olerme, mejor cierro el negocio y me dedico a confesora o a que me miren y me huelan...

Soltó una carcajada bulliciosa y tuvo que volverse a la media cocinita con la taza en que le llevaba el café a don Sixto, pues parte del líquido se le derramó en la porcelana.

—Vives de muy buen humor...

—Y eso que todo lo que usted ve aquí, lo debo. Yo puse el negocio con mi persona, el aguardiente y ese Santo Domingo de Guzmán, al que como usted ve —y señaló hacia una repisa que estaba junto a la puerta—, no le faltan ni sus flores ni su candil.

—Santo español...

—Los santos son del cielo, no son de ninguna parte; ¿y qué pasó con el cafecito...? Bébaselo y me cuenta lo que me iba a contar. Es café hecho por mí, yo misma lo tuesto a modo de que no salga ni muy quemado ni muy crudo; canche es el color del café bien tostado, tostado a punto, canchón, canchusco; yo misma lo muelo, ni muy polvito de farmacia ni muy grueso; y yo misma lo cuelo en cafetera curada con un su primer remojoncito de agua fresca y luego por gotas el agua caliente, pero no hirviendo, para que vaya colando poquito a poco la pura esencia.

—Entonces no es café hervido...

—¡Seré su india para beber café hervido, o estaré presa!

El español apartó la mano de su faz pellejuda en busca de carne sin arrugas.

—No le busque tres pies al gato porque tiene cuatrero... —se retiró la Consunsino.

—Bueno, pues te venía a contar...

—Cuenta, pero de lejos, de lejos se ven los toros...

—Te venía a contar que...

—¿Qué es lo que me venía a contar? ¿Se le fue el habla?

—Lo tuyo ya no se llama escote, sino mostrador. Te venía a contar que por poco mato a ese picaro de tu vecino.

—¿Cuándo eso? ¿Esta mañana?

—Ahora que venía para acá...

—Y la culpa es de él, quién le manda calentar sudores ajenos. Al principio yo creía que era por no dejar que le discutía, por llevarle la contra.

El español pegó el pellejo de su boca atabacada a la taza de café para dar el primer sorbo.

—Tenga; cuidado, que para usted todavía está muy caliente, y volviendo a las cosas del señor Nepo, me da no sé qué que sea mi paisano. ¡Viejo lengua de trapo!... Y a usted, don Sixtos, lo que más le pudo fue lo que me contó de esos que se cambiaron el apelativo para aparentar de extranjeros. ¡Keijebul un nacido de a saber qué india culona! No lo conozco, pero el señor Nepo dice que tiene cara jicaque, y que por más que se agringueye el apellido, no puede pasar por gringo, porque por allá con ellos no hay gentes con la rabadilla verde.

—¡Qué sabe ese bruto! Los indios de allá son los pieles rojas...

—Entonces, allá también hay jicaquería...

—Sí que la hay, los pieles rojas, indios extranjeros que salen en el cine, no como los indios de aquí, pobres ixcorocos.

—Y usted, don, ¿habla inglés?...

—¡Ni lo permita Dios! ¡Santa bestia me parió en mal día, pero no tan malo, como para tener la desgracia de hablar inglés!V

—¡Que a usted lo libre y que a nosotros nos coma el chucho, qué bonito!

—Vosotros no tenéis un idioma propio, habláis el nuestro, un Idioma que os hemos prestado, ¿qué más da, entonces, que habléis el de los amos del siglo? ¡Mal habláis el castellano, qué más da que habléis mal el inglés!

La Consunsino guardó silencio y retiró la taza vacía. Don Sixto, después de alinear el gusanito de tabaco en la hoja de papel de arroz, envolverlo, ensalivar el borde, pegarlo, cerrar con la uña los extremos, colgárselo de los labios, encenderlo con el rayo del yesquero y chupetear el humo, sacó dinero para pagar lo que debía.

—¡Faltaba más! —saltó aquélla—. ¡Cómo le voy a cobrar una taza de café negro, si se lo bebió sin piquete! Al señor no le gustan las revoluciones. Su café aparte y su coñaquito aparte.

—El coñaquito será a la tarde cuando regrese.

—Condición, que no venga a pelear con el vecino.

—Si no presenta batalla. Lo que vomitó contra los extranjeros aún le escuece y, vamos, no se lo perdonaré nunca.

—Y en lo que dijo, viéndolo bien no deja de tener razón. No todos los extranjeros son como usted, que ya se olvidó del país con el tiempo que tiene de vivir aquí.

Pascual y Estribo intentó hablar, pero la Consunsino alzó la voz:

—¡Ya se va a llenar la boca con lo del mister... ioso de la Costa Sur ue dejó por montones los millones a gente de por aquí! Pero esas cosas no se ven todos los días y como lo que es del agua el río se lo lleva, ¿qué quedó de ese capital?... Una runfia de niños que hablan inglés, que visten como gringos, que viven como gringos, algunos

casados con gringas, que no se sienten de aquí habiendo nacido aquí... Concibe usted algo peor, no ser uno de donde nació? Es peor que ser extranjero, es ser un desgraciado. ¡Déjeme decirle lo que le quiero decir y después habla usted, que por hablar no se paga alcabala! Ninguno de los que se llenan la boca con los millones del extranjero, óigalo bien, ninguno, ni los que lo heredaron, comprende ni emprenderá jamás la grandeza de su gesto. Hay cosas que valen más, mucho más que el dinero; escuche, no se haga el sordo, a usted cuando no le conviene lo que se dice, se hace el que no oye. Ese extranjero demostró que se puede ir contra la bananera que empezó sus negocios apropiándose de tierras que tenían sus dueños...

—No lo niego, mujer. En apariencia...

—En realidad, nada de apariencias. Bonito estaba eso de que cuando son verdades las cosas, resultan apariencias. Por supuesto que los herederos más tardaron en recibir el dinero que en largarse con sus crios a donde después hasta vergüenza les da oír hablar de su patria.

—A ningún padre, que yo sepa, se le puede tomar a mal que trate de educar a sus hijos lo mejor posible, como hicieron los Keijebul. Tenían todo el derecho.

—Ese es derecho torcido, y diga Cojubul, para qué tanta planta y melindre, deben ser unos indios morados.

—A las personas se les llama como ellas quieren que se les llame, cuando se es bien nacido, ¡caramba!, cuando se es bien educado.

—Pues a mí tómeme por lo más malcriado que hay, pero yo jamás diré Keijebul, jamás, ¿Adonde, pero adónde íbamos a parar? Y en cuanto a que tenían todo el derecho, digo yo que antes estaba la obligación moral, porque la herencia no era sólo el dinero, sino el mandato de seguir luchando contra la bananera.

—¡Qué bien aleccionada por el vecino!

—Nada de echarle culpas al señor Nepo. Lo que estoy diciendo está en boca de todo el mundo, usted qué se cree..., que esa Anastasia de que habla el vecino no existe..., que la gente no habla todo lo que sabe y lo que no sabe lo inventa..., que nos beneficie la platanera, beneficie como se benefician las reses; está bueno, le dijo la mula al freno, pero que nos tape el hocico, está peor...

—Pues, como es cuestión de opiniones, para mí hicieron bien en marcharse con la herencia a otra parte, y educar a sus hijos en el extranjero.

—Exactamente lo que habría hecho Judas ni más ni menos, si en lugar de ahorcarse de un palo, se ahorca de una mujer y tiene hijos.

El viejo gargajeó, mientras desdoblaba su pañuelo que de tanto llevarlo en el bolsillo trasero del pantalón, hedía a tenedora de galápagos.

—Lo que me está haciendo falta —suspiró la Consunsino—, es encontrarme con un mi mister...ioso como ése de la Costa Sur. Hasta su muerte fue misterio, en medio del Viento Fuerte.

—Era loco... —cacareó el alforzado vejete.

—Sí, porque lo que hizo es hacer una raya en el agua...

—Me voy...

—¡Porque hablé del agua... tendrá rabia!

—¡Majaderos, vosotros sabéis que no me baño porque no me da la gana! ¡No y no, no me da la gana!...

El hongo sobre los ojos, los pantalones en bombacha sobre las botas, el faldón del saco taloneándole las nalgas, al salir el español de donde la Marcos Consunsino, se dio de narices con el nieto de Nepomuceno. «Hijo de su hija, su nieto es, se dijo hablando sólo para él, de su hija y de algún calabrés de esos de por los aserraderos, como lo proclaman sus ojos, retazos azules del cielo de Italia en cara de indio prieto tan prieto como el abuelo y la puta que lo parió... ¡Qué mal hablado eres, Sixto Pascual, qué mal hablado!...

Damiancito venía hostigando los bueyes en lo alto de su carreta cargada de cal, entre el silbido que iba dejando en el aire vivo de la mañana y el reguero de polvo blanco que al tranquear de las ruedas caía de los sacos de cal y pintaba el camino, una como gráfica ondulada del silbido del muchacho. Nostalgia, adolescencia, sonambulismo, todo eso en su silbido. Medio se alzó el sombrero de su cabeza llovida de pelo negro, con su mano blanca de polvo de cal, para saludar al caballero. Don Sixto no le contestó. Un regaderazo de silencio con todas las arrugas de su cara que mantuvo inmóviles para que aquel infeliz se diera cuenta que no se dignaba contestarle, porque siendo sangre de Nepomuceno, debía responder en medida, no proporcional, sino igual a la de su abuelo, de sus opiniones y conducta.

El carretero, sin darse por ofendido, rehízo el hilo musical que salía de sus labios, modulando con bastante claridad: ¡es... tribo!, ¡es... tribo!, ¡es... tribo!, ¡lechuuuu... zón!, ¡lechuuuu... zón!, mientras el furibundo tascalabios se mordía la boca de disgusto y al apoyar el pie para subir al coche, en el estribo (¡es...tribo!, ¡estribo!), convertía el carruaje en un edificio que se le venía encima y que a punto de desplomarse encontraba su centro de gravedad, tan pronto como él posaba el nalgatorio en el asiento, a la diestra los botijos de leche ordeñada de esa mañana, todavía caliente con el calor de la vaca y el hambre del ternero, y del lado del corazón, a la izquierda, los manojos de zacate pintados de verde como la esperanza.

Este venírsele el coche sobre la cabeza, bambolearse y no caer, confirmaba, prácticamente, la propuesta que para edificaciones antisísmicas hiciera al Honorable Ayuntamiento de la capital. Casas y edificios en aquel malhadado país, donde cuando no está temblando se está cayendo todo por los terremotos, deben construirse sobre cimientos de resortes y apenas si se sacudirían, como se bambolea un carruaje cuando va rodando.

La Consunsino salió a la puerta del negocio con una palangana llena de agua, siguiéndole los pasos a don Sixto. Diríase que para echársela encima y bañarlo por equivocación; pero no, la regó frente a la fonda, ahora que el sol empezaba a subir de la acera a la pared. Era un secreto. A la tierra no le disgusta el aguardiente, pero no el que se guarda en las botellas, sino el que ya probó jeta de hombre, y por eso hay que

darle a beber el agua en que se lavan las copas con residuos de licor y babas de briago, antes que apriete la fuerza del sol. Si se hace así todos los días, la tierra, que es humana, lo devuelve agradecida, pues como «sembrar milpa de bolos», éstos se multiplicarán en el negocio, igual que si brotaran del suelo, o pegados a las paredes, por ya no poderse mantener en pie, quedarán allí como plantas trepadoras.

Regó parte del agua haciendo girar la palangana para que cayera en abanico y al tiempo de oírse el ruido de brasa apagada que hacía el terreno sediente la fondera dijo en voz alta:

—¡Que los que agarran fuerza una vez que empiezan a tragar aguardiente, los alcoholizados, los viciosos, no pasen de aquí!... —fijó los ojos en la tierra humedecida frente a su puerta—; que entren, que reconozcan este negocio como su guarida y que no se sacien de beber solos o con amigos, hasta dejar aquí conmigo el último peso, el reloj, la cartera, el prendedor de corbata, la leopoldina, las mancuernas, todo lo de valor que lleven encima y se vayan contentos dando gritos... Que no se orinen aquí, que no vomiten aquí, que no se zurren aquí, que no peleen aquí, que todo eso lo vayan a hacer a otra parte, porque nada hiede tanto como el meado, el vómito, el insulto y la ca... sualidad del «bolo» —sacó el nalgatorio, las dos rodajas de ceiba de sus nalgas al inclinarse y saludar al sol, y temerosa de que alguien la viera, disimuló el saludo con el gesto de recoger con la mano derecha algo que se le había caído al suelo, mientras sostenía la palangana con la mano izquierda, la del corazón, ya lista para la segunda rociada sacramental.

—¡Que al que algo le gusta el trinquis y se las pela porque haya oportunidades de chupar, fiesta o velorios, no pase de aquí... —clavó los ojos fijamente en la tierra mojada y remojada por segunda vez frente a la puerta—; que se le despierte el gusanito, le entren ganas, se le encabrite el deseo y cuando sienta, si siente todavía, esté frente al mostrador ultimándose una botella de licor fino, una copa de alambre-espigado o un litro de cerveza!

Hizo la tercera reverencia al sol y concluyó, después de regar el último poco de agua:

—¡Que el que es virgen de sus labios antes jamás posados en una copa de alcohol, no pase de aquí, hoy; que entre a celebrar algún gusto o a quitarse alguna pena, que entre por curiosidad, por sentirse hombre, por saber a qué sabe el aguardiente, que pruebe por primera vez, que le guste y que vuelva con ganas de seguir chupando, porque el que nunca ha levantado el codo, lo levantará, si tú quieres, tierra, si tu quieres, sol, padre y madre de la caña de azúcar de donde sale el Todopoderoso Señor!

Y antes de entrarse susurró:

—¡Tata-Guaro, por vos nada es triste, nada es feo, nada es caro!

El retemblar de las casas menudas, bajitas, al paso de los camiones que acarreaban los materiales para las pistas de aterrizaje, monstruos sobre ruedas y resortes, más grandes que las casas, algunos como templos rodantes (el español

confirmaba plenamente su teoría de ciudades sobre resortes en países expuestos a terremotos, debía registrar su invento); el pitar de las locomotoras que reclaman vía, como vacas que han perdido sus crías, yendo y viniendo en enganches y desenganches de plataformas o vagones vacíos o cargados, entre altos cipresales y tierras de pastoreo, donde en épocas de lluvias se formaba una laguneta; los disparos de los que iban con sus escopetas a cacería de patos; los ecos rechinantes de las máquinas y los cables de acero en la extracción de la piedra, taladros, palas, hombres, su transporte en trenes diminutos, trenes ratones comparados con los grandes trenes, y su quebrantamiento de dentaduras al triturarla, molerla, pulverizarla; todo este universo sin desperdicio, sin tiempo que perder, sin domingos que guardar, caldera, condensadores, émbolos, hombres, yanquis, yunques, no pasaba de ser una mancha de aceite entre las nubes, altares del azul infinito donde decían misa los ángeles de la mañana.

El señor Nepo Rojas se tiró al catre vestido. Por segunda vez volvía a casa esa mañana y por segunda vez se acostaba. Por ahí somató el sombrero. Animal que duerme de día, de noche anda. Ni los zapatos se quitó. Se le estaba alborotando la maldita gana del trago y tendría que levantarse de nuevo, sacar la bicicleta y salir a buscar dónde, ya que no pudo ser donde la Consunsino. Pero hasta allá muy lejos por un trago. Por una docena y media, todavía. No estaba Damiancito. Andaría olvidándose de su abuelo por las Caleras del Norte... ¡Mejor!... ¡Mejor seguía él de su ingratitud, decir así de un nieto que le servía al pensamiento!... Pero, qué fregar, si no lo dijo por desagradecido, porque le cayera mal encontrarse con el que era el beso de Dios en sus mañanas. Se le salió porque no estando Damiancito, se podía echar al catre con trapos y todo, con chaqueta y todo, hasta con los zapatos, sin que hubiera quien le protestara ni le hiciera el feo, alegando que parecía muerto o fondeado.

¿Muerto o fondeado?... Si se descuida esa mañana no se queda en el parecido, pues estuvo a punto. No dejó el pellejo bajo las ruedas asesinas, porque Dios es grande; no era su hora llegada y gracias a su presencia de ánimo, a sus pedales y a su timón, no perdió la cabeza; pedaleó tupidito y timoneó que parecía torero por los quiebros. Pero si el carruaje no le hizo la malobra rodando, se la hizo parado frente a la Consunsino. Por eso no fondeó. Le quitó el ímpetu y la gana de beber aguardiente hasta que se fundieran los sesos y el corazón, con tal de no pensar ni sentir y lo obligó a regresar con la boca seca y la respiración trabajosa, como si se le hubiera desinflado el aliento, cumpliendo, muy a su pesar, la promesa que había hecho de no volver a poner los pies en «La Circasiana». Pero eso no hubiera sido obstáculo, si no hubiera estado el carruaje. El caso lo ameritaba de sobra, no sólo por la consigna que llevaba: tragar guaro, sino por tener a quién desembucharle lo que había pasado y lo que le estaba pasando. Ni el Damiancito. Brilló por su ausencia. Si se lo encuentra en el camino, se va con él a la entrega de la cal. Sube la bicicleta a la carreta, y a conversar mandan. El alivio de lo que se siente está en la palabra y él tenía que sacarse de dentro la cólera, la rabia, el susto, el disgusto, todo junto, pues si las tripas se le

revolvieron con la embestida traidora del don Sixto, peor fue el atropello del carruaje inmóvil, parado frente a la Consunsino, y más amargo no poder vengarse, sin hacerse de delito. Pagarle en la misma moneda. Desgastar una pared de abajo, cortarla del cimiento, dejarla sobrepuesta y casi en el aire, en una calle orillada, de las muchas por donde Pascual y Estribo acostumbraba ir y venir en su carruaje, y cuando pasara, dejársela caer encima, sepultarlo bajo sus escombros y comprar los periódicos con la noticia de su muerte y los comentarios de que había caído, víctima de la ciencia mientras experimentaba su invento de casas antisísmicas, construidas sobre resortes de carruaje.

Ni el café se bebió, ahora se daba cuenta, ni probó el pan. Estaba tan duro... Apenas si lo apretó con la mano pegajosa de sudor y hedionda a hule caliente. Morderlo habría sido como llevarse a la boca uno de los manubrios del timón. Ya no hacen ni pan bueno. Todo le molestaba y le molestaría, mientras no se vengara. La luz del sol se colaba por entre las tejas del techo que semejaban párpados cortados, y jaló la puerta, viva, blanca, calcinante. Faltaba el cielorraso. Machimbre de pino o tabla de cedro. Muchas cosas faltaban. Pero, viejo, sin dinero y sin ganas..., el que venga atrás que arree. Si se levantara y echara tranca... No sería malo asegurar la puerta. Después de lo del carruaje, el don Sixto era capaz de todo y a esa hora sabía que lo agarraría dormido. Aldaba y tranca. ¡Hombre precavido vale por dos! Pero tenía el cuerpo tan cortado... El desvelo destiempla. Se le cerraban los ojos. Quiso alzar los párpados. No pudo. Se le resbalaban. La tranca..., la aldaba..., sería bueno... Pero no se movió... Hasta la gana de defender la vida se va quitando con los años, el cansancio de los días, los disgustos, las decepciones, los desengaños, lo cotidiano, las injusticias... Si lo mataban que lo dejaran por muerto... Algo se encomendó a Dios... La puerta..., la tranca... la aldaba..., las cosas se iban volviendo palabras..., una fuercecita..., qué le costaba hacer una fuercecita... Desaparecería el peligro de que lo mataran indefenso, ¡ay!, ¡Dios, como chucho!...

Una fuercecita... La hizo sobre las cobijas al dar la vuelta por no asarse de una vez y se quedó como privado, con la cabeza fuera de la almohada las piernas abiertas, un brazo colgado a la orilla del catre, bocabajo, dando la espalda al posible, que podía ser el mismo don Sixto en persona aunque lo dificultaba, sólo que viniera enmascarado, pues lo más probable es que le pagara a otro para que lo matara.

Vestido, sudando, no parecía dormir, sino sacar tarea. Por eso pagan doble la ocupación nocturna. No por otra cosa. Es un adelanto al trabajo de dormir de día, trabajo de gusano: volver sueño el cansancio, sombra la luz del sol, paz y sosiego el trotar del mundo, y si se consiguiera pegar los ojos con el sueño, ya que no pocas veces el cansancio se convertía en dolor de huesos, la sombra en aguacerito de sangre entre el párpado y el ojo, y sólo se lograban retazos de silencio inmóvil en el torrente de los ruidos.

Manoteó en el vacío con la mano que colgaba del brazo al borde del catre, sin alcanzar la tierra, la realidad, todo lo que dejaba al perderse en el sueño, ventilando,

suspiro a suspiro, la pena que le daba entrar a lo que más parecía a la muerte, cuando afuera para todos comenzaba la vida. Y no se suspira ya, se aúlla... Si lo sabría él, encargado de mantener en servicio los ventiladores del «Granada», sucios de viento viejo convertido en polvo sobre la tristeza del metal frío. Antes arrancaban con un largo suspiro. Ahora aúllan cuando los echan a andar. También tuvo a su cargo la limpieza y el cuidado de media docena de jaulas de pájaros que deleitaban a la concurrencia con sus trinos, en la época romántica de aquel bebedero elegante. Pero cambiaron los tiempos. Se deshicieron de los pájaros —si estuvieran ahora aullarían— y trajeron rocolas que aullaban como perras de visceras de colores con hambre de monedas.

Se volvió de lado estrepitosamente como si botara el peso que echado de bruces le ahogaba y encogió y juntó las piernas con arrumacos de recién nacido que tratara de volver al vientre materno tan parecido al sueño, y luego de un largo no moverse, lo acongojó el oído, su viejo dolor de oído, se llevó el dedo al agujero de la oreja de donde le salía más pelo que de las ventanas de la nariz. Por algo le decían «Peludo», apodo que no le disgustaba.

Cambió otra vez de postura. Hablaba, como si le faltara la bóveda palatina, del resoplar al ronquido y del ronquido a la respiración parlante, el idioma del caldo en hervor haciendo pucheros de viejo condenado a morir bajo las ruedas de un carruaje por desacato a la Platanera y a los Cojubules, Sotomayores, Papas, Bulas y demás cosas consagradas. Y la sentencia se cumpliría sobre el momento, ya tenía encima el birloche, el inexistente jamelgo y el verdugo arrugadísimo desovillándose al viento, como un molote de venas de hojas de tabaco. Apretó los párpados a punto de gritar bajo las ruedas, pero no se cumplía la pena capital, no lo atropellaba, no lo despedazaba, pasaba sobre él volando igual que una lechuza, y se le aparecía pasos adelante, ya no lechuza, otra vez carruaje fantasmal, parado como ave de mal agüero frente a la puerta de la Consunsino.

(«¡Lechúúúú...zón!... ¡Lechúúúú...zón!, el silbido del nieto... ¿Lo oía o lo soñaba?... «¡Lechúúúú...zon! ¡Lechúúúú...zon! ¡Estríííí...bo!... ¡Estríííí...bo!...»)

Puso los labios como si fuera a silbar dormido. Demostrarle al carruaje que se le había incorporado unos pasos adelante, deletreando el apodo de su patrón en el silbido, que no era por habérselo encontrado allí plantificado que se volvía a casa, pues qué importancia podía darle un hombre como él, un hombre que desafiaba a la muerte todos los días, al enfrentar con su bicicleta los inmensos carruajones de toneladas y toneladas, manejados por titanes rubios movidos por cientos y cientos de caballos invisibles, sobre ruedas que parecían pedazos de catedrales. Verdad es que al verlos venir se le ponía carne de fusilado, como se lo confesó a una su fulana que ahora, que estaba vieja y feróstica, pasaba por su comadre, y la que al punto le contestó: «¡Por decírtelo estaba, Ponemo!... (Diminutivo cariñoso y secreto que ella, ¡ay!, usaba en los buenos tiempos.) ¡Por decírtelo estaba!... ¿Cómo no se te va a poner carne de fusilado, si es en la madrugada que salís a enfrentarte con la muerte?

... Pero, eso sí, el que por su gusto muere aunque lo entierren para... siembra en campo raso o para infeliz decoración en el cementerio... Cada cual la talla a su medida, sólo que los suicidas como vos, que tienen tanto donde escoger, deben regalarse una muerte de primera, que no es la que has escogido, Ponemo; hasta para eso tenés mal gusto, como cuando me dejaste por la Caifasia aquella. Morir en bicicleta, dónde se ha visto, y siquiera fueras joven y que te luciera, pero rosco como estás, hacéme favor..., te van a tener que meter en el cajón en cuatro uñas, sí, Dios guarde, chocas y te quedas tieso de golpe, porque eso de andar en bicicleta se me hace a mí que es como los antepasados que andaban a gatas, sólo que sobre dos ruedas... o te recogerán con cuchara o papel secante si causal te pasa encima uno de esos juguetillos que de un viaje carrocean un cerro pulverizado, dispuestos a ponerle zapatos de charol al ario... agrio... atriopuerto... a saber cómo se pronunciarán esas palabras nuevas, ¿verdad, Ponemo?...» Y se le recostaba en la cama. Fue mi quedar bien y su quedar mal. Pero de ella, ahora ni la sombra. Y cómo será la vida de injuriosa que hasta cuando la soñaba se le presentaba, no como fue, tan rechula, sino como estaba hoy, descarnada y en ruinas. Sólo la funda de pellejo lavado. Se le cayeron los pechos, agüita consentida en la camisa, que ahora nadie batucea y perdió los dientes, culpa de un sacamuelas acomedido que por ganarle le vació la boca con el conque de que el reumatismo le iba a botar el pelo, que igual se le raleó. Mermas que no compensaron una nariz casi adicional, dos ojeras de puntas de hojas de lechuga podrida y sobre el ojo izquierdo que se le salía a ratos, un párpado colgado como bitoque. Ahora es su comadre. Donde hubo fuego, disimulo queda...

El carruaje lo perseguía inmóvil y rodando. Inmóvil a sus ojos, parado pájaro rapaz, ave de mal agüero, lechuza sobre cuatro garras redondas frente a la puerta de la Consunsino, que si ya estaba salada por vender aguardiente, de ésta se acaba de torcer, y rodando en sus nidos sobre círculos sonoros presos de metálicas llantas, tirado por ecos galopantes que golpeaban en las piedras sus cascos y herraduras, entre silbidos, fustazos, maldiciones, blasfemias, escupitajos y moqueo de narices a medio limpiar con el envés de mano tan enjuta y avara que el cuero de la rienda que apretaba era gordo y comestible, diestra siniestra de Pascual y Estribo, tantas veces brindada en apretón amigo y ahora, no contento con no haberlo atropellado, guiando el coche a rienda suelta y látigo de viento para acabar con él de una vez...

Dio un grito... Por poco se despierta... La sonora armazón que rodaba por sus oídos acababa de juntarse con la imagen, hasta allí inmóvil, y ahora arrolladora, del carruaje que se hacía pedazos para alcanzarlo, volando sobre ruedas que no eran ruedas, paralizadas, estáticas de tan veloces que giraban, arrastrado por un caballo que ocultaba en los herrajes chispas de tempestad de fragua, bamboleante la capota, a reventar los arneses, los resortes cerrándose y abriéndose como en el peor de los terremotos...

Se sintió derrotado. No tenía más que su bicicleta. Ni aguaceros de pies sobre cientos, sobre miles de pedales, lo salvarían de morir aplastado. No tenía más que su

bicicleta, ya en marcha enloquecida a juzgar por el crujiir del catre la almohada por el suelo y la cobija a punto de caer. Pensó salirse de la ruta. Pero lo pensó tarde. No lo pensó tarde. Sí lo pensó tarde. En aquel encallejonamiento de peñascos lo acabaría Pascual y Estribo. ¿Y si abandonara la bicicleta y corriera a refugiarse en un barranco, donde no pudiera seguirlo el carruaje? Le quedaba ese recurso cuando ya, ya lo fuera a alcanzar, pues implicaría perder su bicicleta. Por de pronto, seguir pedaleando, seguir... Movía los pies, las rodillas, la cintura, los hombros y hasta la cabeza al compás de las ruedas que desanillaban interminable serpentina, de los pedales que se dormían dando vueltas como girándulas apagadas de toritos de pólvora, de la cadena que pasaba junto a sus tobillos una cosquilla sin fin. Pero, por pedalear tan de prisa, estaba dejando atrás al que roncaba. Frenó de golpe y tuvo la sensación de ser lanzado hacia adelante y caer hacia atrás en brazos de él mismo. Se llevó las manos al pecho apresuradamente. Exigir, exigir al que roncaba que roncara más ligero —había soltado las manos del timón—, que saliera pronto del hipo al jazz, de la respiración azarosa al zumbir de las batidoras eléctricas, del rechinar de sus dientes al chocar rechinante de aluminios y peltres en el lavadero, del *boogie* al vals... «Son las tres de la mañana»... ¡El timón!... ¡El timón!..., gritó, sin tener de dónde asirse, a menos que se agarrara de los ventiladores aulladores que le destrozarían las manos... ¡El timón!... ¡El timón!..., roncaba a la velocidad del eco, los ojos como pompas de jabón pegados a la cara velluda, el pecho hinchado de viento y ruido sin cuidarse de aquel otro él que al final de sus piernas moviendo los pies en el catre, venía a todo pedal, a todo pedal, por evitar que el carruaje lo triturara en una bicicleta de ruedas de alambre de trampa, trampas circulares llenas de ratones que emitían chilliditos mecánicos, no menos reales que los que se escuchaban bajo el lecho chirriante, donde el que les había dejado el desayuno casi intacto, se debatía entre pedalear o roncar, entre ayudar con los pedales al rezagado roncador adiposo o remolcar a todo roncar, a todo roncar, a todo roncar, al que pedaleando tan a la zaga, exponíase a que le diera alcance, no aquel coche escamoso y húmedo, sombra, hollín y luto, que ya no se tenía en ruedas ni podía con el caballo, sino una carroza del tamaño de un teatro, dorada a fuego de incendio, arrebatada por corceles de humo, rodando sobre círculos de llamas y ocupada por hombres y mujeres de tempestad que llevaban en las manos banderas, arados y fusiles...

Cada vez era menos la distancia que lo separaba de aquella nube encendida que había dejado atrás el carruaje en que venían, además del cochero español, arrugado y maldiciente, los Cojubules disfrazados de Keijebules, indios vestidos de jugadores de golf, y el presidente de la Platanera sosteniendo en la mano enguantada de verde, una penca de bananos, sin bananas, que hacía alargar y encoger el miembro al caballo, temeroso de que se lo hubiera cortado, tanto se parecía aquella parte de su caballuna impotencia, al cetro bananero.

Lo alcanzaba... La carroza lo alcanzaba... Le comía a ojos vistas la distancia que le llevaba... Lo alcanzaba..., y el que más riesgo corría... por pedalear estaba

dejando atrás al que roncaba..., y el que más riesgo corría... por roncar estaba dejando atrás al que pedaleaba... y el que más riesgo corría despertó y en el aire, fuera de él, fuera del sueño, alcanzó a ver todavía la carroza formada y entre las caras de los ocupantes, se le grabó la de un lampiño achinado, hombre de media edad, que gritaba: «¡Adelante, pueblo!... «¡Adelante, pueblo!...»

Lo sobrepasó en el instante en que abrió los ojos, pero al cerrarlos y dormirse, encontróse de nuevo con los pies en los pedales perseguido por el carruaje. Parpadear, botarse el agua de las pestañas, lágrimas y brisa, al ir huyendo a todo pedal, a todo pedal, a todo pedal..., ordenarse el pelo agitado por la ventolina..., volver la cabeza a todo roncar, a todo roncar, a todo roncar..., nada le era permitido, si no quería que lo atropellara aquel fantasma de carbón sin ruido..., ¿sin ruedas?... sí, hasta las ruedas había perdido y no le quedaba ni el don... de andarías... dónde andarías el don Sixto... ¡Fugado! Escondido en alguna de sus ciudades construidas sobre resortes de carruajes, donde las casas, cuando la tierra tiembla, lejos de caerse parecen carrozas rodando sobre empedrados, o estaría, donde estaba el carruaje que se había vuelto a formar, contándole lo sucedido a la Marcos Consunsino, sin gastarle un peso, desarrugándose, como si sus arrugas fueran cuerdas y le pusiera música de rasquido a su sermonear, escamoso de zetas.

Alguien abrió y cerró la puerta sin aldaba ni tranca. Un portazo. Casi. En el aire detuvo la puerta y al estar dentro apoyó la espalda a la hoja de madera que lo separaba de la calle, sin ver nada, tan deslumbrado venía de la luz. Pero no perdió tiempo. Al tacto, las manos delante para no tropezar, sobando los pies en el piso, se dirigió hacia donde se oía el como respirar rencoroso del señor Nepo. Pronto se habituaron sus ojos a la oscuridad y pudo ver en la penumbra, tendido sobre un catre, el cuerpo de un hombre que dormía profundamente. Lo contempló. Se había quedado vestido. Sin duda entró y se tiró al catre. Hasta los zapatos tenía puestos. No era viejo. Tampoco era joven. Cara de barro amarillento con muchas cejas, pestañas, bigotes y pelo. Las manos gordas, pequeñas, usadas. Por el suelo, la almohada y la cobija. Caerle encima. Lo arriesgado, que fuera a gritar. Hacerle perder la conciencia de un golpe. Cuando lo pensó ya le tenía la mano apoyada en uno de los hombros, tratando de despertarlo por las buenas. No despertó. Se dio vueltas, colérico. Aquél insistió. Imposible. Defendía su sueño a manotazos de muñeco. El desconocido lo sacudió más fuerte... ¿Qué?... ¿Quién?... gruñó don Nepo... ¿Quién?... ¿Un colado en la fiesta de su sueño en la que no había más que él?... ¡Fuera!... ¡Metido!... ¡Colado!... ¿Dónde se ha visto?... ¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Fuera de su sueño!. Y el último empujón se lo dio, ya en la orilla de la cama, a un bulto que lejos de retroceder, se le acercaba, se le iba para encima, palpable, palpable... No, no podía ser... No podía ser que el intruso que echó del fondo de su sueño, se hubiera convertido en aquel hombre... No, no, no... Aquel hombre ya estaba allí y venía a matarlo, a enterrarle un cuchillo, a vaciarle un revólver, a envolverle una sábana en la garganta para asfixiarlo... Pero, ¿cómo se explicaba entonces su lucha, su afán por

despertarlo?... Apretó los párpados y se hizo el dormido... Mientras no abriera los ojos, no podía quitarle la vida, por aquello de que el que mata a un hombre dormido no puede huir del lugar del crimen... Sólo a la perjura se le puede matar así... Y por eso lo sacudía y sacudía, premioso, desesperado, hablándole con la voz cortada por la nerviosidad, sin duda, de tenerlo que suprimir por cuenta del don Sixto, y tan en secreto que no alcanzaba a entender lo que le pedía... Sí, sí, que despertara..., que abriera los ojos...

Saltar de la cama, la escopeta de cacería de Damiancito, su nieto, y el machete estaban siempre atrasito del cofre, y jugarse el todo por el todo. Lo pensó, pero ¿los encontraría con los ojos cerrados? De sólo imaginar una rociada de balas yendo hacia el cofre, se puso rígido y mortalmente helado, con gran susto al parecer por la angustia con que empezó a sacudirlo, de aquel que creía vérselas con una persona en estado cataléptico...

Y si sólo fuera una pesadilla, se consoló don Nepo, si al despertar el hombre que sacó de su sueño, no fuera más que eso, un sueño... Pero, ¿cómo saberlo sin abrir los ojos y cómo abrir los ojos sin que aquel, que podía no ser un sueño, lo matara?... De la orilla de sus párpados fue colgando dos medias lunas visivas tan delgaditas que sin que el presunto asesino se diera cuenta, lo trasegó por el colador de las pestañas con trapos y todo. ¿La cara le era conocida... del «Granada», del Portal del Comercio, de misa de doce en San Francisco, de dónde... y no hacía mucho que se había encontrado con él... en un desfile? Precisó sus recuerdos. Sí, sí, lo acababa de ver en un desfile... Pero si hacía mucho que él no iba a desfiles...

—¡Favor!... ¡Favor!... —oyó que le decía.

La idea de que aquél no fuera sino un franco-bebedor que al sentir el tormento de la goma y encontrarse la puerta sólo entornada, se hubiera colado a pedirle dinero para tomarse un trago, pasó por la cabeza de don Nepo, y en esa confianza abrió los ojos sólo para cerrarlos de nuevo. Apretó los párpados más duro que antes. Debía seguir soñando. El hombre que le pedía por favor que lo ayudara, era el de la carroza, el que iba gritando: ¡Adelante, pueblo!... ¡Adelante, pueblo!... Pero el otro..., ¿cuál otro?... El que venía a matarlo... Si ninguno venía a matarlo, si el único que estaba allí era el de la carroza... ¿El de la carroza?... No podía ser..., no podía ser o seguía soñando despierto... ¿Y el otro?..., ¿cuál otro?... El que venía a matarlo... Pero si ninguno venía a matarlo...

Preso de miedo, si cerraba los ojos trasladaba la realidad al sueño; si los abría, volcaba su pesadilla entre las cosas; se echó párpados afuera con redondos ojos de enloquecido.

—¿Qué le pasa, amigo? —preguntó tajante.

¿Y el otro?..., ¿cuál otro?... El que venía a matarlo... Si ninguno venía a matarlo..., si allí no estaba sino el de la carroza pidiéndole que lo escondiera.

—Aparte de esta pieza —se oyó hablando don Nepo, hablando en realidad, qué horrible pesadilla esa que ya no se puede borrar—sólo hay una galera.

—No sé si me vienen persiguiendo —la voz de aquel sujeto de cara enmarcada en firmes y visibles huesos que desnudaba la piel pálida bajo la tostadura del sol, de pelo fino como pegajoso, labios delgados, crueles orejas separadas, volando, como ajenas; la voz de aquél era tan humana que don Nepo empezó a sentirse en sus cabales, fuera del sueño.

Pero, ¿y el otro?... ¿cual otro?... El que venía a matarlo... Si ninguno venía a matarlo, si allí sólo estaba pidiéndole que lo escondiera porque lo venían persiguiendo, el que iba en la carroza gritando: ¡Adelante, pueblo!... ¡Adelante, pueblo!...

—Me tiré del tren (de la carroza, se dijo don Nepo), y corrí, y corrí hasta encontrar esta puerta...

—Yo, por aquello de los temblores, nunca atranco... —qué gusto rico el de la voz humana, hablando de cosas que son de verdad, que existen, que se palpan; don Nepo hubiera querido repetirlo.

—Me valió su precaución...

—¿Lo traían preso?

—Vigilado...

—¿Lo seguirían?

—Por las dudas, me metí en su casa... Perdóneme, usted estaba descansando, dormía tan profundamente, que me costó despertarlo.

—Tengo un mi empleo mero feo —bostezó don Nepo— y por eso duermo de día. Pero qué horrible, si hasta da remordimiento, echadote uno en la cama cuando todos están trabajando. Y no sabe ni cómo acostarse: si se desviste se siente uno como enfermo del hospital, y si queda vestido, lo que usted debe haber pensado de mí, que había fondeado... Echó el ancla, dijo usted, y qué ancla: la tripa guarera con una botellota bajo la cama; y yo que pensé que usted me venía a pedir un trago.

—No me caería mal...

—En eso estaba yo pensando, pero rato hace que lo mismo me pasa a mí; tenía ganas de introducirme un guaro, lo necesitaba, y ni para remedio encontré aquí en la casa. ¿Y de dónde dice que viene el amigo?

—De la costa...

—Valiente, tirarse del tren...

—Por aquí aminora la velocidad, en esa curva que hace...

—Por aquí no, por el Puente de las Vacas, dirá usted...

—Sí, y desde allí me vine cruzando calles, terrenos mal cercados.

—Se les perdió entonces...

—Eso creo...

—Y viene de la costa...

—De allá mismo...

—Y por allí, ¿cómo es que andan las costas?

—Muy bravas. Lo peor puede suceder. Hay mucho descontento entre los

trabajadores.

—Eso es lo bueno...

—¿Cómo lo bueno?...

—Lo bueno que esto tiene, decía mi abuelo, es lo mal que se está poniendo...

Y a reír iban de la ocurrencia, pero quedaron en suspenso, como colgados del hilo del aliento, consultándose con los ojos... Un ruido... Alguien se deslizaba por fuera.

—No, no es nada —dijo el señor Nepo, pero se le había ido hasta la respiración—; es una chorcha de mi nieto. Debe de estarle pegando el sol en la jaula y se somata para que la entremos. La voy a ir a entrar. Con su licencia. Hay que acomedirse a estas niñerías, mi amigo. Si los viejos tallados a la antigua en puro roble, no nos acomedimos a salvar a las flores y a los pájaros, aquí donde todo se volvió cemento armado y hierro, qué va a quedar del mundo...

Salió, entornó la puerta, fue hasta la jaula:

—¡Venga, venga la mujercita de la casa, antes que se nos ahogue en seco!

El pájaro de pico reluciente, largo, agudo, ébano puro, ojos negros, y todo este lujoso luto resaltado en el plumaje color de fuego de oro, como si el oro se estuviera quemando en su pluma, vino con saltos y fiestas hasta la puerta de su encierro.

—Cuando mi nieto está aquí —entró don Nepo explicando al visitante— la saca de la jaula y la suelta para que ande por el frescor del suelo. Yo, no. Es mucho el cuidado que hay que tener con los gatos. Estamos en despoblado, pero hay gatos.

Y cambiando el tono de la voz para hablar a la chorcha:

—¡Mujercita, se la come el gato y por eso es mejor que se esté en su jaula! Es triste estar preso, pero es más triste estar muerto. De la cárcel se sale, y del cementerio, no. Y las mujercitas, para eso son mujercitas, para estarse encerradas.

Y mudando de nuevo la voz, de su entonación fingida al hablar a la chorcha, a su modo de hablar, interrogó al fugitivo sobre lo que pasaba en la costa atlántica. Los rumores eran muchos, pero no se sabía nada a ciencia cierta.

En la penumbra caliente —ya iba apretando el sol— se oía saltar la chorcha de lado y lado de la jaula, mientras los dos hombres conversaban.

—Allá abajo hay mucho muerto. Deshicieron la huelga del puerto con ametralladora. Mucho muerto y herido...

—A tiempo escapó usted...

—No me escapé, me vine por... —se arrepintió de lo que iba a decir, y no habría sabido explicar por qué, si el señor Nepo no interviene:

—Por evitar...

—Sí, sí... —se frotó las manos el de la carroza; para Nepomuceno seguía siendo el de la carroza, y por momentos le parecía que no había despertado, que estaba soñando.

—Y como evitar no es cobardía... Si yo le contara lo que a mí me pasó esta madrugada... Es increíble... Evité por no empeorar las cosas...

—Bueno, la verdad es que yo me vine, no tanto por evitar, en el sentido de

escaparme, el prudente tiene su punto de cobarde, cuanto por ver en qué se les ayuda, al cabo son paisanos, y es gente tan sufrida, tan valiente, tan heroica...

—Me parece...

—Pero disculpe, yo le corté lo que usted me estaba contando...

—Nada del otro mundo... —apresuró don Nepo, pensando que lo del otro mundo era estar de palique con un ser que había salido de su sueño y a quien vio por primera vez en la carroza, entre hombres y mujeres de tempestad que llevaban en las manos banderas, arados y fusiles. —Nada del otro mundo, una dificultad con un españolejo que vive por aquí y que les cuida unas cuantas vacas, una lechería y un zacatalito a otros españoles. Dice que todo es suyo, pero a mí se me hace que es de sus patrones, y que les dará vergüenza, por ser nobles de España, tener tan poco, más ahora que valiéndose de ínfulas y títulos, casaron a la mayorcita de sus hijas con un Cojubul, hijo de aquellos Cojubules, indios mis compañeros que heredaron un fortunón de un norteamericano que murió con su mujer, hace muchos años, cuando pegó el viento fuerte en la costa del Pacífico. Pues, ¿qué cree usted que hicieron estos Cojubules?... ¡Casi nada, cambiarse el apellido!... Ahora se llaman: Keijebul, juegan al golf, hablan sólo en inglés y no conocen a sus paisanos. Palabra uno, palabra otro, discutiendo con el español por esa tontería del Keijebul y el Cojubul, en un expendio de cerveza, me enchinché y le somaté unas cuantas verdades... ¡Tanto orgullo y tanta nobleza para acabar emparentados con un empleado de la Platanera, porque ahora ya ni accionistas son, compañía que empezó sus «operaciones» arrebatándoles la tierra a sus propietarios legítimos! Pero lo que más le ardió fue lo del robo de las tierras... ¿Llamar ladrona a la compañía que poco falta para que la hagan benefactora de la Patria?... Se lo puedo probar, le dije, con el testimonio de una mulata, mi conocida, hija de una de las familias que desposeyeron y echaron de por allá, Anastasia se llama, y si un testigo no hace prueba cabal, con el dicho de Juambo, su hermano, quien también vio cómo empezó la gran compañía robándoles las tierras, quemándoles los ranchos, botándoles los cercos, arrancándoles las siembras, matándoles los pocos animales que tenían... Y, para no hacerle largo el cuento... ¿Quiere un cigarro?...

—Yo tengo aquí...

—Le acepto, ¿qué son, Camel?...

—¡Camelo, mi amigo, puro camelo!... Son cigarrillos del país en paquete de Camel... Lo que es yo no les soporto ni los cigarrillos, pero cargo así, para que ni por ahí sospechen...

—Pues, para no cansarlo ni hacerle el cuento más largo, por esas discusiones el español me agarró tirria y dispuso suprimirme, así como lo oye, borrar me del mapa, y esta mañana, cuando venía de mi empleo —yo voy y vengo siempre en bicicleta— trató de atropellarme con su carruaje, y sólo porque Dios es grande no dejé los sesos estampados en una peña...

—Pues si es así, mi verdad es otra. Me vine de la costa atlántica, porque

necesitamos que nos secunde la gente de las plantaciones del Sur...

—¡El de la carroza!... —se dijo Nepomuceno—, ¡el de la carroza!... —y exaltado por esta idea, se le salió del corazón un: —Si lo puedo ayudar en algo, ya sabe que me tiene a sus órdenes...

—Sí, quisiera hablar con ese mulato que usted conoce, para tantear el terreno...

—Voy a ver cómo me las arreglo. Por de pronto, se puede quedar aquí escondido...

—Cuando las cosas convienen se hacen solas... —dijo y encendió otro cigarrillo.

—Y eso que no le he contado que cuando me despertó y lo vi, no me sorprendió. Tuve miedo al sentir el bulto. No sé por qué me acosté con la idea de que el español me iba a mandar matar. Estuve por levantarme del catre y echarle aldaba y tranca a la puerta, pero luego, me dije, sea lo que Dios quiera, y me dormí. Por eso tuve miedo al sentir el bulto. Creí que me despertaba para no matarme dormido. Pero al abrir los ojos, me encontré con la cara de alguien a quien yo había soñado..., mejor dicho, que estaba soñando en ese momento.

—Es lo que llaman la premonición...

—Eso es, ¿verdad?...

—Y le va a dar mucho gusto saber cómo lo soñé: montado en una carroza que era como un teatro con asientos superpuestos, un teatro rodando sobre ruedas de fuego, tirado por corceles de humo, lleno de hombres y mujeres que llevaban en las manos banderas, arados y fusiles...

—¿Y allí iba yo?

—Sí, sí, iba allí, gritando: ¡Adelante, pueblo!... ¡Adelante, pueblo!

—Pues amigo, aunque la explicación de su sueño es fácil, yo lo desperté en momentos en que usted soñaba en la carroza y unió su personaje a mi persona, quiero creer que no es así y que efectivamente iba yo allí...

—Sí que iba..., en la carroza del triunfo...

—Pues, amigo... —se levantó aquel emocionado y abrazó a don Nepo—, si es en la carroza del triunfo, que su boca diga verdad... —y antes que éste le correspondiera, agregó medio retirando el cuerpo: No me abrace, no ha llegado el triunfo... ¡Pellízqueme!... ¡Pellízqueme, que quiero estar seguro de que ahora soy yo el que no está soñando!...

IV

...Son... son... son... las tres de mañana...

—¡Ya se están mamando otra vez los grinnnn...

A la Anastasia le quedó el «grinnnn...» en la boca abierta alrededor de un vacío deforme que no era el de su encajadura, «grinnnn...» en los huesos de la nariz que le tronaron como cohetillos, «grinnnn...» en el labio golpeado y partido en banderola... «Grinnn...», «grinnn...» arañó pared, puerta, suelo, no supo lo que arañó, «grinn...» hasta enderezarse, encontrarse la lengua y escupir la primera baba de sangre espesa, después fue sangre más rala, revuelta con saliva, pero siempre pegajosa y caliente.

El más rápido de los pelotones de la policía yanki bajó de un camión militar y por la puerta lateral, donde la mulata estaba asomada al interior, tomó al asalto la parte del «Granada» correspondiente al bar. Algunos de sus efectivos se tiraron antes que el vehículo se detuviera, para actuar más rápidamente. Cascos, botas, correajes, silbatos danzando entre bastonazos de caucho, patadas, izquierdazos, rechazos, golpes bajos, y en la puerta medio enderezándose la mulata.

No la pisotearon ni la mataron, porque si de necesidad al pasar le dieron el gran empellón por la espalda, alcanzó a meter las manos y de ajuste la boca, con tal de salvar el sentido del filo de la puerta, donde espiaba a los enfurecidos borrachos tratando de linchar al *barman* que se había negado a servirles más tragos.

El pelotón de la policía militar impidió el linchamiento, libró al *barman* más pálido que amarillo, y empezó a cargar con los titanes que salían arrastrando los enormes pies, llevados de los musculosos brazos, las cabezotas rubias colgando, como peroles de miel. A los mas ebrios los alzaban del suelo, a donde habían caído en la lucha, sin poderse levantar, y los sacaban en vilo hasta uno de los camiones que noche a noche, al igual que los carros municipales de basura, recogían de los bares, cantinas, clubs, fondas y burdeles, a sus borrachos.

Fue una de las tantas «operaciones relámpago». Momentáneamente se respiró en el bar, pero otra perolada de los que bailaban en el salón, al terminar el vals de las tres de la mañana, ocupó con sus compañeras de juega los bancos vacíos, y empezaron a exigir whisky, cerveza, ron, coñac, y el que sustituía al *barman* a servirles sin medida.

La Anastasia se tocó con la punta de la lengua el labio partido, y tras escupir para no tragarse la sangre, masculló sólo para ella:

—¡Ya se están mamando otra vez estos hijos de...

El sobrino, que al entrar la policía militar había corrido a esconderse al zaguán más próximo, volvió al pasar el peligro, y la interrumpió:

—¡Tiíta, ahora sí que compró!...

—¡Consuelo con vos, infeliz!... Si compro, me mato. No vidiste que no caí dealtiro, que sólo mordí la pared... ¡Ah, pero ahora mismo me voy a ponerle la queja a yo sé quién...

—¿Al policía? —volvió a interrumpirle el sobrino.

—¿Al policía?... No soy tan bruta... no seas inocente... ¿Reclamar o quejarme con un policía de aquí? Ja! Ja! Ja!... Mejor me río con sangre... Me partí el labio, ve... Hasta los dientes se me destemplaron del golpe... Voy a irme a quejar con Jesús de Santa Clara..., vale que es aquí cerca...

—Pero ahora está cerrada la iglesia...

—Le digo lo que le tengo que decir desde la puerta. ¿Acaso no es Dios para oírme? Le voy a reclamar por las buenas que con él no es así el trato. Nosotros le gastamos en sus candelas todos los viernes, pero él debe velar por nosotros... ¿Qué es eso de dejarnos a la descampada y a la destampada? Sobre todo, a nosotros, que no tenemos materialmente donde estar, que no tenemos techo, que andamos como el Judío Errante, y no porque nunca le hayamos tenido, ¡achís la mierda!, o porque seamos de lo peor, hijos de las más malas malvas, sino por culpa de estos malditos gringos que nos echaron de nuestras propiedades en la costa donde hoy luce Bananera...

La presencia de don Nepo Rojas, que salía del trabajo a pie llevando la bicicleta por el timón, hizo que se olvidara del chiquillo.

—Le contaba a mi sobrino —dijo a don Nepo— lo requetebién que vivíamos cuando teníamos nuestras tierras, nuestra casa, todo propio. ¡Ah, porque usted no sabe que yo pagué el pato de la escandalada que armaron en el bar!

—¡Menudo escándalo —exclamó Nepomuceno—, por poco linchan al *barman*! y dentro también hubo su alboroto. El personal empezó a prepararse para salir a defender al señor Mincho: los cocineros con sus cuchillos, los de los lavabos con baldes de agua hirviendo, otros con hachas, barretas, picos..., y otros preparando botellas vacías con gasolina, todos... y no se han calmado, piensan presentar un memorial y no venir a trabajar si no les dan seguridades...

—Pues cuando se dejó venir la policía militar... —empezó la mulata.

—¡Por fortuna!... —le cortó don Nepo, mientras aquélla se quejaba del dolor del labio partido y de los dientes golpeados. —Por fortuna que vino, si no se arma la de Dios es Cristo, y en la tremolina me olvidé el paquete de comida que les tenía apartado...

—Pues cuando se dejó venir la policía militar —insistió la Anastasia entre escupida y escupida de sangre—, yo estaba en la puerta del costado y de necesidad al pasar me dieron el gran empujón, que si no meto las manos y el caite en la pared, me matan... Y diga que todavía alcancé a meter las ma... ñosas, aunque peligré la jeta, que si no doy con el sentido en el filo de la puerta y entonces sí que me hubiera tenido que ir a ver usted a la losa fría, porque no debe ser de los que si le conocí, no me acuerdo... ¡Ay —suspiró—, ay, Dios mío, Señor de Santa Clara, estarles sufriendo siempre a éstos!...

—¡Ah, es verdad que ellos los desalojaron de sus propiedades en la costa, pero de eso hace mucho tiempo!

—¡Como si hubiera sido ayer! —respingó la mulata.

—Lo que no recuerdo —dijo don Nepo, distraídamente, pero con toda intención—, es si les pagaron...

—¡Nos pegaron, qué nos iban a pagar! ¡Leño fue lo que nos dieron, y... labio condenado, cómo me duele..., que agradeciéramos que no nos mataban... ¡Hubiera sido mejor que nos mataran... —sollozó—, no dejarlo a uno sin sus cosas!

—No les pagaron, entonces...

—¡Ni entonces ni nunca! ¡Usted sí que la amuela! ¡No se convence que nos pegaban, nos pegaban, nos... ¿Y quién?... ¡Mejor le contesto como mulata:...chos, chos, moyon, con! ¿Sabe lo que significa?... ¡Nos están pegando..., manos extrañas nos están pegando!...

Don Juan Nepo marchaba a pie, medio apoyado en el timón de la bicicleta, al lado de la mulata que traía arrastrando de la mano al sobrino más dormido que despierto. Sombras por la sombra de la media calle. Era peligroso ir por la acera a esas horas. No falta gente mala que se esconde en las puertas. Y es de más confianza aprovechar todo el ancho de la calle olvidada a esa hora de vehículos y peatones.

No se oía lo que hablaban. La mulata alargaba el cartílago negroide, congelado como oreja de muerto, a los labios tiritantes del ciclista, cuyo bigotón entrecano parecía un pedazo de neblina y tiniebla pegado a su nariz para que lo fuera respirando.

El que respira así su bigote acompañado de un cigarro después de su trabajo es un hombre feliz y aunque la ocasión era poco propicia alas dichosidades, el señor Nepo, contento por el rumbo que llevaba su conversación con la Anastasia, lo respiraba feliz.

—¿Juambo mi hermano?

El nombre del mulato dicho por la Anastasia con la boca dolorida por el golpe y el alma adolorida por los recuerdos de pasadas glorias de tierras que fueron suyas, sonó como golpeándose en las paredes.

—¡Sí, Juampo!

—Ju... am... bo... —corrigió la mulata—, no Juampo. Yo no me hablo con él.

—¡Entre hermanos esas cosas!

—¡Es un infeliz! Abandonó a mis padres, se hizo el que no me conocía...

—¿Y vos no los abandonaste?

—¡Pero él era el de la obligacionota, era el hombre!

—Era el más chico, Anastasia, y vos misma me contaste que se lo iban a dar de comer al tigre y se salvó por milagro, porque lo recogió de donde tu padre en el monte lo dejó perdido, Maker Thompson. Creció con ese resentimiento contra ustedes...

—Yo inventé eso del tigre... —escupió la mulata saliva ensangrentada al decir así, con voz de la que se arranca una confesión muy íntima.

—Razón de más para que vayas a buscarlo...

—Creo que vive allí donde Maker Thompson y de buscarlo sería en otra parte; en la casa de ese maldito yo no pongo los pies...

—Háblale por teléfono...

—Seré yo de éstas...

—Pero, Anastasia, por mí tenés que buscarlo... en qué se conoce...

—Por usted, tal vez que me decida; le tengo recibido tanto favor.

—Bueno, te dejo apalabrada; Juambo debe venir por casa a buscarme hoy o mañana. Lo más tarde, mañana. Mi casa queda por las Caleras del Norte, o si le es más fácil, que me busque en las horas de trabajo, de las siete de la noche en adelante, donde vos sabés que se sufre con música eléctrica... Si así como su música es esa silla en que los sientan para matarlos, en lugar de fusilarlos, mejor mil veces que me fusilen.

Siguieron en silencio. No era el silencio de la calle. Silencio con temperatura de claridad que surge milagrosamente. Era un silencio más pegado al hueso, más de ellos, pegado a sus dientes, a sus pelos, a sus uñas, al silencio de la tierra que rodea a los muertos.

El Cerro del Carmen surgió con color de sueño, de sueño que se levanta hacia las estrellas, últimas, altas, y en cuya cima, entre las brumas, como entre espumarajos de mar revuelto, se adivinaba el mascarón de proa de una nave que era el frente de una ermita.

La mulata y el ciclista, como soñar andando, se vieron en una ciudad desconocida, entre personas de otra época. De Santiago de los Caballeros llegaban a caballo, personajes del más ridículo vestir carnavalesco. Algunas damas. Un obispo. Frailes. Tercios. Criados. Indios. Todo un séquito. Reunidos al pie de la colina, ascendían hacia la ermita, los más animosos delante, jóvenes de la universidad Carolina, las damas con los armados capitanes de pluma en el sombrero, sin faltar la auspiciadora de aquella visita en peregrinación a la imagen de plata y oro de la Virgen del Carmen que acompañó a Don Pelayo, cuando fue confiado al cesto, como Moisés.

Juan Corz, el fundador de la ermita, desvió su paso, venía al encuentro de los nobles y señoriales vecinos de la capital del reino, y fue hacia la Anastasia, el ciclista y el sobrino. Estuvieron cerca, prontos a encontrarse, a golpearse, cuerpo con cuerpo, si daban un paso más, y no se detuvieron ni se atropellaron; el ermitaño pasó por ellos atravesándolos de parte a parte y ellos pasaron por el ermitaño que huía despavorido.

—¿Qué le pasa, hermano? —le preguntaron.

—¡La Inquisición!... ¡La Inquisición!... —y añadió vehemente—. ¡No me detengáis, dejadme pasar!...

—¡Pase, hermano pase!

—¡Vuestros cuerpos me detienen, andáis en lo que yo anduve hace tres, cuatro siglos, en la gran caridad de defender a los indios de los españoles, y por eso me persigue el Santo Oficio!

—Hermano Juan...

—¡No me digáis hermano, os quemarán conmigo, me acusan de extranjero y predicador de milagros!

Y tras una pausa palpitante como las hojas de una palmera sembrada por el ermitaño, la misma voz, pero ya no se veía a Juan Corz, les dijo:

—¡Vayan, vayan, sigan en su lucha, yo les bendigo, mas no salgan sin ver este cuadro!

—¡Es el Infierno! —gritó la Anastasia momentáneamente corporizada en lo que ella era, por el horror.

—Y aquí estarán, ese demonio ciego y mentecato se encargará de atormentarlos eternamente, un arzobispo, un embajador y un teniente coronel, cuyos nombres execrarán los siglos...

Una extraña angustia, violenta huida de los árboles en sombra sobre el terciopelo rosa que subía por el oriente, desató aquel instante de conjuro en que se trenzaron el ciclista, la mulata y el chiquillo, de quien la Anastasia parecía que sólo el bracito llevaba, tanto lo había arrastrado, sólo el bracito, porque el cuerpecito quedaba atrás, deshecho de sueño, de cansancio, hambre y fatiga.

La mulata levantó al chico y se lo echó al regazo bajo el rebozo.

—Sólo porque es usted voy a ir a poner mi carota donde ese mi hermano. Me tiene tan ofendida que se me hacen nudo las tripas cuando lo diviso. Pero por hacerle el favor a usted, que es tan bueno con nosotros... Sé que me expongo a que me mande a freír niguas.

El señor Nepo ya no la oyó. Montando en la bicicleta escabullóse por las callejuelas de «El Martinico». Corrales, mugidos, caballos, ladridos, gallos y campanas. No eran calles sino veredas de arena húmeda en lo alto, lodazal en lo bajo, y pequeños pasos empedrados. Casas y patios, ranchos y desmontes. Hortalizas, jardines, establos, rehiletes girando en las torres a favor del viento, para extraer el agua de los pozos. Y el bandolerismo de los sanates que por su canto se diría alimentados con chicharras. Del naranjo al aguacate, del aguacate al jocotal, se paseaban en bandadas. Rociones de rocío, igual que lluvia, remojaban el capote del señor Nepo, al pasar bajo los árboles de donde se alzaban los sanates. Era tan pronto su llegar y pasar con la bicicleta, que apenas si tenían los pájaros tiempo para alzar el vuelo. Por fin, «El Martinico». El estanque para lavar ropa. Sólo se les veía el busto a las mujeres sobre los lavaderos. Unas pocas. Otras llegaban con tinajas a traer agua. De entre las rascadas peñas surgían filas de cabras seguidas del látigo del dueño. Moscas, mosquitos, carroñas de bestias muertas, cornamentas, quijadas y zopilotes, pesados por la traza, pero al salto, livianos. Saltaban al paso de la bicicleta trastumbante, pero ya en las rejoyas altas, guardadas por cercas de feroces alambradas de púa, cara a las azules montañas y a los cercanos montes, entre siembras de maíz y zacatales, dominando la autopista por donde circulaban a todo motor los veloces camiones militares con sus faros de luz hiriente y sus chóferes

embozados, sólo los ojos visibles, neblina y sueño con pestañas.

La Anastasia, en despidiéndose de don Juan Nepo, buscó como quien va hacia el Portero de Corona, el chico en brazos, la barba del rebozo terciado hacia atrás medio arrastrándola y en la pupila, el ermitaño. No se le borraba la imagen de Juan Corz. Por todo su cuerpo pasó, pero se le quedó en la frente, en lo menos inmundo, como una llamarada de barbas que agitaba el viento y ojitos que brillaban como carbones. La campana de la ermita empezaba a llamar a misa de cinco, sin importarle que no fuera una mañana del año de gracia de 1615, sino cualquiera de las mañanas desgraciadas...

En el portalón medio derruido por donde entró la mulata se movían los corraleros, las vacas, los terneros, las personas, los tarros de ordeñar la leche.

Múúúúúú... Múúúúúú... Múúúúúú...

Un mú... uuu... caliente, oloroso a leche cruda, a nata, a mantequilla, a queso, zacate, orines, estiércol, oloroso a verdura de campo y a respiración de tierra húmeda, a pezuña de hediondo casco y a flores amarillas como ojos olorosos en medio de la mañana.

—¡Marcial!... —gritó la Anastasia a uno de los corraleros y ya más cerca de un campesino enjuto, barbilampiño, de ojos achinados, agregó por puro presentimiento. —No me vas a hacer la mala acción de dejarme sin leche para el muchachito...

—Sólo que me la pague al contado. Supo el patrón que yo le estaba regalando sus vasitos de leche con el disimulo del fiado, y me regañó que por un poco me pega. Si le podés dar veneno a esa negra malvada, es que me dijo por último, pero leche ni una gota.

—El todo porque no le podido pagar el alquiler de tristes tres meses que le debo de la pieza. Tomá lo del vaso de leche. ¡Porquería de ricos, todos son de la misma mier... coles!

—Sólo porque me da lástima la criatura, porque la orden era de que ni pagándomela al contado rabioso se la vendiera.

—Eso sí no lo creo de «Peluca»...

—¡El patrón tiene su nombre qué es eso de llamarlo «Peluca»!

—Apúrate con mi leche vaso y medio quiero...

—Ahora ya se volvió vaso y medio...

—De paso que me olvidé de pasar a comprar las roscas, causa de venir hablando con el padrino...

—¿El padrino de quién?

—Del muchachito, caso no es cristiano y hay que confirmarlo, hay que llevarlo a la confirmación...

—¡Ínfulas!

—¿Cómo ínfulas?

—¡Ínfulas! ¡Los sacramentos son puras ínfulas! El bautismo, la ínfula del faldón, chinche de cuartillos y repique; la confirmación, ínfula del sopapo con esposa que le

da el obispo a uno; el matrimonio, ínfula de... de dos; y la extremaunción, ínfulas de la muerte...

—¡Qué bien que te enseñaron la doctrina!

—Me la enseñó a sopapo limpio una vegetariana que venía en tiempo de mi señor padre a beber leche con excremento caliente...

—¡Infula!

—Eso iba yo a decir...

—¡Infula de excremento, no de sacramento!

—Por supuesto que de vaca...

—Se entiende y en un galán vaso de leche, no como esta escupida que me estás dando. Vaso y medio te dije, no medio vaso.

—¡Qué viva es usted! Me mete la platicona para dar tiempo a que se le baje la espuma...

—El vivo sos vos, que para hacerle la bolsa a «Peluca» me querés dar medio vaso, por vaso y medio de leche...

Y mientras el corralero llenaba de nuevo los vasos ordeñando de mal modo y con una mano, la Anastasia se sacaba de por donde es el corazón y están las tetas, el pañuelo de nudos donde guardaba el dinero.

Ya dormía el sobrino prieto con la cara bañada en la regadera de luces que se colaban por el techo mal entejado, sobre el labio el bigote de la espuma seca de la leche, bigote que entre respiración y sollozo, se lamía y relamía saboreando el recuerdo de una felicidad pasada o la felicidad infinita de soñarse ternero. Sí, eso parecía soñar. Ternero. Ternero hijo de la vaca pinta. Iba con ella por todas partes, nervioso de patas y rabo, saltando y dándole de lengüetazos en las ubres para que le diera de mamar o de topetones con la cabeza cuando le escondía la leche. Topetón y topetón, mientras ella, su mamá, se quejaba de los malos tratos del hijo con un mugido largo, mojado, melancólico. Se atorzonaba y le daban purgante de miel de caña con sebo. Las moscas se lo comían, costroso de estiércol y más peludo que un gusano, se paseaba la lengua por los bigotes de la leche seca.

La mulata se echaba al lado del hijo en el mismo catre, después de pasarse al estómago con repugnancia de blanco y apetito de negro, las sobras de comida que le regalaba el señor Juan Nepo. Pero esta vez, con el amargor en la boca de tener que buscarle la cara al infeliz de su hermano, ni bocado probó. De la vecindad de la nariz se volvía el bocado. Mejor era acostarse sin comer aunque tuviera acabamiento. Es pecado estarle haciendo ascos a la comida. Se acostó vestida, es decir, sin la enagua y la camisa, con el algodón, el camión y los fustanes. Pulgas y hediondera. Pero ¿dónde se iba a bañar? Al Río de las Vacas, mucho bolo. Bolo y bolas, porque por ahí tiraban los desagües de la ciudad. A los «Baños del Cabildo», muy caros. A los del Administrador, Dios guarde, allí salen serpientes. Y en los del Sur, lo menos que le sale a uno es tiña.

Suspiró. Las pupilas se le salían de los párpados negras como sus pensamientos.

Ni dónde bañarse, ni dónde vivir ni dónde morir. Es el colmo, los pobres no tienen ni donde morir, y tienen que irse a morir al hospital. Los hospitales son para que se mueran los pobres, y ya ni allí quieren que se mueran; los sacan cuando están desahuciados. Mueren en los caminos, en las puertas, como morían, como murieron y siguen muriendo los que desalojó de sus tierras el entonces joven y guapo Maker Thompson aconchabado con doña Florona, para formar esas grandes plantaciones de bananos que no hay quien las recorra andando a pie.

Los sacaron. Sus padres y ella con lo que tenían puesto. Su madre se agarraba la trenza negra, mientras ardía la casa, babeaba lágrimas y escupía llanto. La ley, Mayarí, Chipó Chipó... Nada valió. De Mayarí y Chipó Chipó quedan sus nombres en forma de flores en la costa. La flor de Mayarí es una lluvia de lentejuelitas de oro. La de Chipó Chipó una orquídea macho en forma de boca entreabierta. Nada valió. Los lanzaron de sus tierras. La doña Florona, al final de yuntas, paró enredada con el gringo, a la vejez canela, porque le doblaba la edad y como no hay nada más sometido que una vieja caliente, resultó gruesa de una tal Aurelia, pero como de tal palo tal astilla, ésta tuvo un hijo sin padre, que lleva el nombre del abuelo, y al que le dicen Bobby. Eso debe querer decir bobo, pájaro bobo. Ella se quedó dando guerra en los Estados Unidos.

Las doce del día y su hijo a todo dormir. Ella también debía quitarse de la cabeza eso de hijo, sobrino, sobrino, ya dos o tres veces que ante la gente lo llamó hijo. Se echó la enagua y la camisa, se pasó por el pelo crespo un peine dientado y fue en busca de una su conocida para dejarle recomendado a su... sobrino, mientras ella iba a buscar a su hermano, por cumplirle al señor Juan Nepo, a quien tantos favores le debía.

La residencia de Maker Thompson, ahora presidente de la Compañía, por lo que desde hace tiempo residía en Chicago, era un cascarón de paredes y rejas, entre las rejas y paredes de un jardín con más monte que flores. La mulata tanteó el timbre con las puntas oscuras de sus dedos, hasta quedar el botoncito blanco bajo su yema. Un momento después vio venir a su señor hermano jugando con un perro lanudo... ¡Señor... ya señor, eso!... Su hermano, a secas, qué se estaba creyendo, que porque vivía en casa del «Papa Verde» era ya gran cosa...

Al ver, ya más cerca de la puerta, de quién se trataba, Juambo apuró el paso y abrió en seguida.

—Juann...

—¡Ta...

—...bo!

—...cha!

Encogieron los labios, al reír, hacia los pómulos y de los pómulos duros hicieron lavaderos de lágrimas al no poderse atrancar el llanto en los rincones de los párpados. Juan Tabocho. Ella joven y él niño jugando a ese personaje misterioso que formaban alternando las sílabas de sus nombres. Juan Tabocho. De Juan... bo y Ta... cha...

diminutivo de Anastasia.

Y tras abrazarse, casi al mismo tiempo se preguntaron, no por su padre, ya fenecido, padre enterrado en la costa sur, no por su madre sobreviviente y ciega, no por su hermana Toba, sino por Juan Tabocho que tan pronto se figuraban como uno de sus muñecos crucificados en los maizales, para asustar a los pájaros, como el San Joaquín de la iglesia del pueblo, o el pastor protestante oloroso a tabaco que se adelantó con la Biblia en la mano a querer convencer a sus padres que dejaran las tierras en manos de Maker Thompson.

—Pero, no te quedés en la puerta, hermana, pasá adelante... ¡Qué lejos estaba yo! ... Te dejaste venir el rato menos pensado... Pasá adelante...

La mulata no le perdía movimiento al perro que saltaba y alharaqueaba gozoso.

—No le tengás miedo, no muerde, juguetón es lo que es...

—¿Có, có, cómo se llama?

—Hasta tartaja estás del miedo, ya hora eso, ¿nunca has visto un chucho?

—Pero así tan imponente y lanudo...

—Se llama Júper... más bien Júpiter, pero le decimos Júper...

Al oírse nombrar el inmenso animal, del tamaño de un cordero, sobre las patas de un galgo, se deshizo en fiestas.

—Entra, Tacha, pasá adelante, pasá por aquí, voy a ir yo adelante para enseñarte el camino...

—Pero no me dejés sola atrás con el Dios sea con nosotros, tan grande, hasta los chuchones son bastos en estas casas...

—No le tengás miedo, si es muy noble, es un animal muy noble, sólo de noche se vuelve como fiera. Inmejorable para cuidar la casa, ¿no te parece? Pasá, pasá por aquí, vamos a celebrar tu venida; te resolviste a buscarme, y me alegro, quién, mujer, te puede querer más que yo que soy tu hermano, y ni te cuento, estuve en la costa con madre, padre murió... Fui cuando se hizo efectivo el testamento del millonario que les dejó su fortuna a unos de aquí... Toba me llevó con madre. Hablé con ella. Fue duro, pero hablamos.

Estaban con el inmenso animal de cuatro patas, en la puerta de una habitación no muy grande, donde, pegados a las paredes, se veían escaparates llenos de botellas, otros con latas de conservas, jamones y bolsas de nueces, avellanas, chocolates. Juambo le acercó un pequeño banquito a una mesa cubierta por una carpeta rojo oscuro, pero se arrepintió al verle el nalgatorio a su hermana. ¡Banquito para quien tanto merece!... Y se trajo una silla de cuero, propia para fraile grande o gran señor de la historia.

—Cerveza es lo que te gusta... Al menos te gustaba... —y extrajo de un mueble blanco, dos botellitas de cerveza que sudaban de heladas—. Los brequeros, los fogoneros, los maquinistas, siempre te regalaban cerveza negra revuelta con clara, para beberse tu sangre, porque te llamaban Claranegra. Con vos me llevabas, la presencia de un muchacho por chico que sea infunde respeto...

—¡Mordé, mordéme el dedo! —la mulata hablaba entre líquido y espuma, al tomar la cerveza, acercando el meñique de su mano izquierda a la boca de su hermano.

—¡No, Tacha, si no me estoy haciendo el chiquito! ¡Dejáme hablar, recordar, decir cosas que sólo a vos te las puedo contar, porque sólo vos me las entendés! Me llevabas de respeto, pero ellos me daban que un dólar, que dos dólares, para que me fuera a silbar por allí... Yo hacía como que me iba, pero me quedaba volando ojo, la curiosidad es lente fina... Te hociqueaban... Te metían las manos en el escote... Te querían levantar la ropa y eso sí, vos nunca dejaste que te la levantaran sin preámbulos, juntabas las rodillas duro, duro, apretabas las canillas duro, duro, mientras te ahogaban a besos y magullones de pecho...

La Tacha, que hasta allí se hacía la halagada desentendida, juntó las pupilas, como dos carbones de odio, sobre la cara de su hermano, obligándolo a callar. ¡Bonito estaba, so pretexto de recuerdos, sacarle los trapos al sol! Intencionalmente, la mulata dejó espesarse el silencio. El mejor tapabocas. Para un espeso otro más espeso. Se oía la respiración del perro, el volar de las moscas, la espuma que se iba desprendiendo del cristal de los vasos para fundirse en el líquido.

No hallaba la Anastasia, por más que le daba vueltas en la cabeza, al compás del vaso que hacía girar en su mano, no hallaba cómo decirle a su hermano a lo que venía, desembucharle el mandado del señor Nepo. Otras botellas de cerveza, negras y claras, para la mezcla de la claranegra. De pronto se le ocurrió algo que fue su salvación. Acercóse a la oreja de Juambo y le dijo:

—¡Chos, chos, moyón, con!...

No dijo más. No necesitó decir más. Aquellos sonidos lo explicaban todo. Un escalofrío helado y caliente recorrió la epidermis del Sambito. Algo se le trabucó en la garganta.

¡Chos, chos, moyón, con!...

Donde se escuchaban aquellos sonidos el suelo quedaba mojado de lágrimas, de sudor, de sangre...

¡Chos, chos, moyón, con..., nos están pegando..., nos están pegando..., manos extrañas nos están pegando!

Eran unos simples sonidos y pesaban como una cadena con retumbo de aguaje de río bravo.

Puso los ojos de anestesia, se limpió la boca con el revés de la mano y acercóse a la Tacha, el corazón ya como un nudo corredizo.

—¿Qué hay de nuevo?

—Hay...

—¿Hay de que hay o ay de que te duele?

—De las dos cosas, Juambo. Un conocido mío que vive por las Caleras del Norte, me encargó que fueras por su casa, está noticiado de que por allá por donde nosotros...

Callaron. «Por allá por donde nosotros...» Muy bien dicho porque, seguía siendo de ellos. Sus padres no vendieron las tierras. Se las arrebataron. Se las quitaron a la pura quién vive. Y si es verdad que ahora se admiraban a no creer sino viendo las gigantescas instalaciones de la «Tropical Platanera, S. A.», las inmensas plantaciones del tamaño de la luna, rutilantes, el río dividido en tomas de agua para los regadíos, los pastales mansos como el ganado, las ramas de los rieles igual que si hubieran sembrado un árbol de metal para tener ramazones Juambo y la Anastasia seguían considerando todo aquello como de ellos.

—Por allá por donde nosotros... —repitió Juambo con voz triste de autómata que no cree en lo que dice, sino en la medida en que para él es cierto, sustituyendo su deseo a la realidad que lo desmiente. —Por allá por donde nosotros...

—Tenés que preguntar por el señor Juan Nepomuceno Rojas. A un ladito de las Caleras del Norte. Pasás un puente viejo, medio enterrado que hay por allí. Y al solo pasar, después de un paredón de peñas rosadas, a mano derecha se ve la casa. Si lo fueras a ver hoy mismo, mejor.

—Tal vez aproveche ahora que vos te vas y salimos juntos, ¿no te parece? Claranegra, cómo te gusta la cerveza. Llévate unas tus botellas, y leche condensada, así en polvo y mermelada de fresas, y aceite de olivo, es del fino, y éstas tus galletas.

—Dios te premie tus favores, Sambito. Tenés tan buen corazón. Los mulatos diz que sacamos lo mejor del negro y lo mejor del blanco, y por eso somos mejores que los blancos y los negros... —titubeó antes de seguir, se había parado, era un mujerón de hombros caídos y amplias caderas—...somos mejores y yo te lo quisiera probar confesando mi mal corazón en algo que te hice, más para mi daño, vas a ver vos, que para el tuyo, porque desde entonces me remuerde la conciencia y no he vuelto a tener paz.

El Sambito hizo el ademán del que borra en el aire, con la mano, lo que oye, pero la Tacha insistió:

—Yo fui la que inventé que padres querían darte de comer al tigre, y esto sé que te ha hecho sufrir mucho y odiar a los viejos...

—¿Por qué te acusás, hermana, si madre ante Toba no dijo que tú...

—¡Perdóname!

—Padres me regalaron con Maker Thompson, y éste, para que yo no los quisiera ver, ni pensara volver a reunirme con ellos, inventó lo del tigre.

—¡Peor, entonces, Sambito, peor, mucho peor...; mi cuento le hizo el juego al que nos dejó en la calle; en cuántos designios estamos contra nosotros mismos sin saberlo!

—Así es, en lo que sabemos y en lo que no sabemos, estamos al servicio de ellos. Son poderosos, repoderosos, rerrepoderosos...

—Entonces no se les va a poder...

—Qué querés que te diga...

Habían cruzado el jardín en el que el viento soplaba haciendo ondular las escasas

flores y abundantes malezas con el peso de una mano que fuera buscando al tanteo lo más mullido para acostarse.

—Ahora ya conociste el camino y espero que has de venirme a ver más seguido. Vos te quedaste sola como yo, y ¿sola seguís?...

—Recogí a una criatura...

—Ya me lo habían contado...

—Entre el cielo y la tierra, no hay nada oculto, ¿verdad?, pues un día de éstos te lo voy a traer para que lo conozcás.

—¿De qué color es?

—De las dos cervezas, clara y negra.

Un día de éstos lo traes...

—¿Y no hay peligro de que regrese Maker Thompson? A ese gringo maldito no lo quiero volver a ver...

—¿Y nunca lo encontraste en la calle?

—Cuando lo veía venir, cruzaba.

—No creo que vuelva en muchos años. Ahora está de presidente de la Compañía. Es el famoso «Papa Verde». Su hija Aurelia suele venir de vez en cuando.

—¡Otra que bien baila!

—El mayordomo y yo ocupamos toda la casa. Nos dejaron solos. Ahora hasta el niño Bobby anda de temporada en la costa.

—En su casa, porque toda la costa es de ellos.

—Donde los señores Lucero, se han hecho muy amigos, después que el viejo les salvó las acciones, y muy partidarios de la Compañía.

—Así sabía yo. Me voy y hasta... a saber cuándo. Cuidáte bastante. No dejes de ir hoy o mañana lo más tarde por las Caleras. Caigo muerta si ese chucho se viene tras de mí. Llamálo... ¡Tamaño animal, parece el Cadejo! ¡Ve que me puede botar, llamálo!

—Júper!... Júper!... —se oyó la voz del mulato, el perro vino en seguida, tres, cuatro saltos, lo tomó del collar, y vio alejarse a su hermana pensando en Juan Tabocho. El misterioso Juan Tabocho los había vuelto a juntar.

V

Los ojos enrojecidos por el polvo vivo de la cal, tomate en llaga, la cara de ratón de amasijo y el pelo blanco, quién iba a reconocer bajo aquel disfraz de peón que ayudaba a Damiancito en el acarreo y entrega de la cal, al que días antes había llegado huyendo de los sangrientos sucesos provocados por las autoridades para acabar militarmente con la huelga portuaria. Nadie. Era otra persona. Ni el mismo Nepomuceno lo reconocía.

—Hasta ayudante se echó su nieto —comentó la Consunsino, la Marcos Consunsino—. Esta en todo se mete, dirá usted, como si le importara, pero es lo que pasa: una no se mete en lo que le importa, sino en lo que no le va ni le viene.

—Si le viniera...

—¡No sea liso, don Nepo, dése a respetar, conteste lo que se le está hablando!

—Sí, mi nieto no se alcanzaba, son tantos los pedidos, y tomó ese ayudante por día.

—¿Por día o por trato?

—Pues vea, la verdad no sé.

—El don Sixto que en todo se mete dice que ustedes empezaron por el ayudante...

—¿Por el ayudante?

—Sí, por el ayudante y que dentro de un tiempo van a comprar el camión... Por algo se empieza...

—Por la carne humana, verdá, porque es lo que cuesta más barato. Si fuera cara la carne humana no habría tanta guerra. Montones de hombres se están matando, cuando pienso que ahora mismo, en este momento, mientras hablamos, miles y miles de soldados caen para no levantarse más.

—No se vaya tan lejos, lo de por ahí, qué nos importa; aquí en Bananera están matando mucha gente. Sacude carne de gallina cuando se oyen las ingratitudes que están haciendo con la pobre gente.

—Pues dígle a don Sixto que ya tenemos el ayudante...

—¡Dígaselo usted!

—No, yo no le hablo, desde que me quiso matar. Por poco me deja hecho pozol bajo la rueda del carruaje. Me agarró así contra la peña y si no ando tan listo... Sólo porque no era mi hora llegada. Dígle a don Sixto que ya tenemos ayudante y que si él como buen Estribo sirviera para algo más que para meter la pata, nos daría el dinero para comprar el camión y se lo desquitaríamos acarreándole madera; él o sus patrones supe que están botando bosque allá por la Periquera.

—Pues lo sacarán a lomo de mozo, qué camión; los españoles saben que cien espaldas de indio cargan mejor que un camión, y no les cuesta nada.

—Por estar platicando, no le he pedido. Deme un anisado. Tengo un mi dolorcito

en la boca del estómago, aquí de este lado, que se me figura que es aire.

—¿Se lo toma solo? A muchos les gusta con agua...

—Esas son embelequerías...

—No, le llaman «Palomitas», anís con agua y hielo.

—Sí, ya sé, mujer, no soy tan ignorante, y sé más, la «Paloma» es el trago de moda entre las señoras... —no dijo más; por poco se ahoga se le fue el trago por otra parte.

—Dios lo castigó, por andar hablando lo que no debe, si a las señorones les gusta el anís con agua allá ellas. —La Consunsino, la Marcos Consunsino, aligeró sus ojos sólidos en un licor de sonrisa que la hacía verse más bonita, pupilas de tinta negra llenándole casi los ojos, boca aporrugada, labios finos y abiertos, nariz respingada, llena de hombros, llena de pechos; lo único que la afeaba, sin poderlo disimular con el pelo que por eso usaba siempre suelto, era el hueco de un ganglio que le quitaron bajo la mandíbula, cerca de la oreja, rodeado de costurones rojizos, y las dos enormes rodajas de ceiba del fandango.

—Otro anisado, pero ahora me lo voy a beber con agua...

—Después no diga que sólo a las señoras les gustan las «Palomitas», aunque usted, don Nepo, es hombre de pájaro en casa, porque esa chorchita se somata todo el día.

—La chorchita es de mi nieto...

—Pues es bueno que le abran la jaula y le den libertad, no sea que se les vuelva huevo duro.

—Por lo amarillo, dice usted...

—Por lo amarillo y porque un buen día la van a sacar tiesa...

Entre el pelo suelto brillaban sus dientes, entre sus dientes, su lengua, toda ella sacudida de risa.

—Pues si es de Damiancito, la paloma..., el pájaro, quise decir, allí me le da el mandado...

—Cuando regrese, porque se fue muy lejos, tenía entrega hasta más allá del Campo de Marte. Se está construyendo en grande por ese lado.

—Los militares... El otro día le oí decir a don Sixto que esto ya no parece la tierra, sino el Planeta Marte, y que un buen día el cura va a encontrar militares en el copón.

—Me repugnó el anisado así con agua...

—¿Ya no se lo va a tomar? ¿Le repugnó que le hablara del don Sixto, del copón y de los militares?

—No, me cayó mal el olorcito del anís, y lo que se me está antojado es un pedazo de cecina, una costillita de marrano, algo que se masque y sepa a carne, con su chirmol picante y sus tortillas...

—Me gusta que sea de buen diente. Longanizas es lo que tengo, longanizas con guacamol, guacamol hecho con aguacates de donde el mejicano, que son puritita

mantequilla, como dice él. Ese hombre me gusta, vea. Es brillante y limpio. Los de aquí tienen encima una conformidad que más parece mugre, esa suciedad de los iglesieros que se vuelven mansos...

La palabra se fue con ella y en el silencio que rodeó a don Nepo, oíase el reloj, el chisporrotear, de la candela encendida ante Santo Domingo de Guzmán, el vuelo religioso de las moscas, que era como el residuo del zumbar de los motores en la lejanía, las punzadas de alguna avispa perdida. Un agujón del diablo entró y salió después de golpearse en las botellas. Don Nepo seguía con el pensamiento, los ojos en el misterio de las cosas que estaban pasando, el rodar de la carreta en que el ayudante conversaba con el hermano de la Anastasia. Ningún sitio más seguro que una carreta rodando. El nieto atento a los bueyes, el ayudante haciéndose el dormido sobre los sacos vacíos después de la entrega, el sombrero sobre la cara, y a su lado, el mulato, sentado, igual que un pasajero amigo a quien se hace el favor de encaminarlo.

La única vez que Juambo vino a casa del señor Nepo, no convenían las visitas, éste le presentó al que ahora se hacía pasar por ayudante de su nieto. Era un hombre alto, esquelético, los ojos muy pegados a la nariz y muy hundidos en la cara, en la cara un poco triangular, escaso de mandíbula, los dientes fríos, desnudos, mostrándolos siempre con risa de calavera.

—*Chas, chos, moyón con...*—mordisqueó los sonidos, mientras el mulato, con la lengua hecha un nudo, se aflojaba el otro nudo, el de la corbata, para no ahogarse.

Donde se decían aquellos sonidos, el suelo quedaba mojado de lágrimas, de sudor, de sangre, de sangre en movimiento como si perpetuamente bajara de las heridas.

Se convino que se verían en la carreta. Ningún lugar más seguro. Tenían entregas por el Campo de Marte y conversarían largo y rodado, de regreso o de paseo, mientras el nieto se quedaba a pie cobrando algunas cuentas, buscando nuevas entregas de cal, o de compras.

—Octavio Sansur—repitió el fingido ayudante su nombre para que se le quedara al mulato, al tiempo de hundir la puya en el cuerpo del buey barcino que no tiraba parejo, y agregó mostrando los dientes fríos, afilados y granudos—: Octavio Sansur, o simplemente Tabio San . ¿Se acordará?...

—Pero también se llama...

—Sí, también me llamo Juan Pablo Mondragón. Este es mi verdadero nombre.

Sentados en la parte delantera de la carreta, uno junto a otro, fumaban unos chichicastes tan hediondos que era fragancia el aire que soltaba el pedorro buey barcino.

—¡Buey cochino, buey!... —lo castigó Sansur con la puya haciéndolo correr con todo y su manso compañero, y girar más aprisa las ruedas de la carreta.

—¿Cuántos quedarán de ustedes? Muy pocos... —siguió diciendo Sansur—. ¡Tanta buena gente sacrificada en ese primer momento!

—Sí, no quedamos muchos —contestó Juambo—; sabido es que en la costa no

dura la gente, y menos gente desposeída. Murió mi padre, murieron los Marín, los Salcedo.

—¡Sí, hasta esa ventaja nos llevan! Los nuestros desaparecen. Son rápido pasto de la muerte las víctimas y los testigos de sus métodos implacables, y como aquí no hay memoria de padres a hijos, diezman una generación y con la misma impunidad diezman otra, y otra...

—¡Pobre mi padre terminó de «jalador de fruta», que es como debo terminar yo, si es que quiero que me perdonen todo lo mal que me porté con él!

—Sin tener usted que «jalar fruta», va a hacerle justicia...

—Esa palabra no me gusta, Donnn..., pues lo que yo quiero es vengarlos, sí, que algún día nos paguen todo lo que nos han hecho: robarse las tierras, convertir a gente que tenía su buen pasar en una legión de miserables, y ¡la impotencia!, lo que más duele es la impotencia, no poder nada contra ellos... ¡Sólo el que como yo lo sufrió en carne propia sabe lo que es eso!

Un escuadrón de oficiales de caballería pasó junto a la carreta al trote inglés. Caballos, cascos, nalgas de militares entre la polvareda.

Y eso que había gente bragada. Tan es así que una noche, si no se embarranca un gringo en la «Vuelta del Mico», se doblan a Mister Thompson los Esquíveles, los Lezama y otros que lo estaban esperando en un puente. Se salvó del puente, pero esa misma noche lo pensaban rodajear en su cama a machetazos. En el puente iba a ser con pistolas y escopetas, pero en su camita a filo de machete, que para eso se tenían buenas guarisamas. Al no más dormirse, yo que me echaba al lado de su puerta, aullaría como chucho que ve llegar la muerte, y allí sí que la muerte... Pero el maldito no pegó los ojos. El remordimiento de haber ultimado a uno de sus paisanos, lo embarrancó para que no fuera a informar allá de sus fechorías, o la preocupación de la hija preñada por un tipo que decía que era arqueólogo, tan bien dotado que yo que lo vi todo tuve la impresión de que la había embarazado con manguera. Lo cierto es que amaneció despierto, fumaba y apuraba sorbos de whisky, ni siquiera se quitó la sobaquera cargada con todos los tiros... ¿Presentiría algo?... Y los muchachos afuera, esperando que yo aullara, echándole saliva al filo de los machetes.

Pero ahora creo que si las cosas salen bien, van a cobrarse ustedes de tanta ingratitud; no es que vayan a recobrar las tierras, pero al menos tendrán que reconocerles el valor, y pagárselos.

No sé si usted ha oído hablar de los hermanos Lucero. Ellos también nos prometieron algo, pues por ser accionistas de la Compartía, pensaban hablar por nosotros y que nos dieran algo... Algo es algo, ¿no le parece?, pero después ya no hicieron nada.

—Sé quiénes son los Lucero, gente rica e idealista que no sirve para nada, como no sea para ofrecer el oro y el moro. En lo de nosotros compañero, sólo hay que contar con nosotros, con nuestras fuerzas.

Es la peonada la que se debe alzar y exigir...

—La peonada y los *arrastrados* —dijo el mulato con toda picardía; se llamaba arrastrados a los que adulaban al gobierno, a los servidores incondicionales del dictador de turno.

—¿Los arrastrados? —inquirió Sansur lleno de extrañeza.

—Sí, porque se debe contar con nosotros que vamos complotando arrastrados...

El *toloc toc...*, *toloc toc...*, *toloc toc...*, de la carreta sobre el empedrado hizo más evidente el uso, en otro sentido, de aquella triste palabra, pues ellos, sin ser de aquéllos, iban arrastrados.

Sansur volvió a hablar en serio:

—En la costa sur nos faltan organizaciones, hay que ir y regar, como semilla en el aire, la voz de organizarse. Para uno será un mandato vago, para otros un sentimiento preciso, inmediato, instintivo ante el peligro...

Toloc toc..., *toloc toc...*, *toloc toc...*, seguía la carreta tras el desplazarse de los bueyes que apenas despegaban las patas del suelo.

—Dicen que en Bananera ha habido grandes matanzas; en Bananera, en Barrios, en todo eso de por allí...

—Desgraciadamente, sí —respondió Sansur a las palabras del mulato—; muchos compañeros cayeron bajo las balas de las tropas que movilizaron para defender los intereses de la Platanera; pero, ahí tiene usted, la huelga continúa, lo que significa que si hay organización, los sacrificios no son inútiles, como pasó con ustedes cuando los echaron de sus tierras para hacer las plantaciones; individualmente se sacrificaron muchos, pero nada derivó... —casi no se oía la voz del cabecilla la carreta iba por un empedrado—, nada derivó de allí...

—¡El *chos, chos, moyón, con...*! —clamó Juambo, descontento el respeto que aquel grito de guerra encontraba en todo hombre de pecho de macho que supiera su significado.

—Es cierto, quedaron esos sonidos proyectados hacia el futuro, como una exigencia...

Octavio Sansur dejó en blanco los dientes entre sus labios, pálidos y finos, como hilos de suturar heridas, mientras clavaba sus ojos en los ojos de Juambo.

El mulato le quitó la mirada para escupir al aire. El salivazo, al saltar de la carreta fue lluvia y al caer al camino vidrio apelonado brillando al sol de la tarde que se hundía entre los volcanes. El nombre de Chipó Chipó se le vino a la memoria. Lo conoció en su casa, cuando lo buscaban las escoltas vivo o muerto. Pero Chipó, aunque lejano en sus recuerdos de juventud, era la figura de un hombre existente, real, y este Tabio San, al que veía, oía, palpaba, sentía en aquella larga entrevista sostenida en una carreta rodante, para que nadie sospechara ni se pudiera oír lo que se hablaba, no pasaba de ser un fantasma de cal salido de un cementerio de gente viva, un hombre de hueso, hueso y pellejo, ojos sin párpados arrinconados contra la nariz, dientes filudos, labios sin sangre. Chipó Chipó hablaba de no dejarse arrebatar las tierras, Sansur de no dejarse arrebatar al hombre. Chipó se perdió en el río Motagua,

y toda la lucha se frustró; como una sombra, Tabio San podía desaparecer él, sin que nada se perdiera, porque otros quedaban en su puesto. A Chipó Chipó lo recordaba como un cansancio, el cansancio quemado por la desesperación con que lo miraban sus padres, un poco incrédulos ante sus prédicas; a Sansur lo encontraba numérico, incansable, exacto, demoledor, sin el silencio de enigma y agua con que callaba Chipó, silencio total, abismal, palpable al oído como el humo del tabaco a la nariz.

Sansur no se dejaba interrumpir por el *toloc toc, toloc toc, toloc toc*, de la carreta.

Si, señor, vamos a necesitar de su persona. Ha llegado el momento de romper el cerco. Volver a darle sentido al *chos, chos, moyón con...*; no con el sacrificio inútil del que opera solo, sino a sabiendas de que en las manos tiene las cartas del triunfo, porque lucha organizado.

Guardaron silencio para dar amplitud al sentimiento que les desbordaba del pecho, ese sentir cavadas las entrañas por un sacudimiento que no cabe en palabras, que no cabe en gestos, que necesita del callar para expresarse entero.

Juambo suspiró:

En la vida yo soy antes que usted, si se puede decir por el orden en que nacemos que en la vida hay antes y después. Lo cierto, en fin, es que yo soy más viejo y recuerdo que en la costa, abajo, en Bananera, cuando nos despojaron de lo que teníamos, se repetía un dicho así como profético del famoso Chipó Chipó Chipopó. Hablaba de que todo esto que está sucediendo ahora, lo verían los ojos de los enterrados, más numerosos que las estrellas... ¡Recobrar las tierras!... —la carreta tropezó con unas piedras cambiando su parsimonioso *toloc, toc, toloc toc*, por un *taca tocó lon tlac, toco lon tlac, toco lon tlac*, era ensordecedor—. ¡Recobrar las tierras!... —sacó Juambo la voz.

Murciélagos y moscas. Esas moscas pegajosas de la entrada de la noche. Araucarias, eucaliptos, nubes, rumor de viento.

La hora llegará —dijo Sansur—, la hora de recobrar la tierra o su valor. Por el momento hay que salvar al hombre, hay que organizarse para poder luchar contra ellos, que son muy poderosos. Vamos a necesitar de usted. Una pregunta quería hacerle: ¿puede usted ir a la costa sur? Tendría que ser en estos días.

¿Cuándo más o menos?

Eso usted lo dispone, pero no hay que dejar que se enfríen las heridas de nuestros muertos en la costa norte.

Podría pretextar que mi madre está muy vieja y que como se llevaron a la Toba, no tiene quién por ella. La Toba es mi hermana menor. Se la llevaron a educarla en Norteamérica los hermanos Loswell. Los abogados que hicieron el testamento de Cosi...

Sí, ya, ya...

—Con ese pretexto yo podría ir a la costa, y mejor si le pidiera, por cable, permiso al patrón.

—¿El Papa Verde sigue en Chicago?

—Dijeron que con los desórdenes de Bananera iba a venir, pero su hija habló por teléfono desde Nueva Orleans con el mayordomo, indicándole que su padre no vendría y que no se pintara la casa.

—Ahí tiene usted; lo que me está diciendo es para nosotros un dato muy valioso, que ya no viene el bandido ése, y son de esta índole los datos que más necesitamos. Por de pronto usted se va a la costa a cuidar de su señora madre, sin cable ni aviso a Maker Thompson, con sólo el permiso del mayordomo.

—No va a querer darme licencia sin la anuencia del patrón; es hombre quitado de ruidos y responsabilidades.

—La elocuencia de la madre enferma quebranta piedras...

El fiestero ladrar de un perro hizo que Juambo levantara la cabeza de la carreta donde venía tendido, y al ver de quién se trataba, exclamó con un extraño gozo en la voz, era tan difícil todo lo que venían hablando, algo así como un alimento que se apetece y se tiene temor de probarlo. ¡Qué gozo el de su voz ya humana, encontrada, sabida, al hablar al Júper!

—¡Animal, tené juicio! ¡Tan grande y tan juguetón! ¡Quieto! ¡Quieto! ¡Váyase quieto! ¿Cómo dio conmigo? ¿Cómo me encontró es lo que yo quisiera saber?...

El Júper ladraba, salto aquí, salto allá, intercalando sus ladridos entre los rayos de las ruedas, vacíos que, al girar rápidamente, le permitían una visión cinematográfica de luces y sombras en fuga nocturna.

—Perdone que lo lleve por estos ceniceros, pero es que me quiero quedar escondido. Por aquí crecí y conozco esto como mis manos.

La voz de Sansur también se había humanizado. La presencia del perro gigante, con toda la pinta del Cadejo, que cansado de ladrar a las ruedas, sin que las ruedas le hicieran caso, rifaba quejidos, bostezos, aúllos.

—¡Curruchiche, buey..., ¡eh!... obedezca, buey maleta!

Una de las ruedas se detuvo y giró sobre el sitio en que al varazo, el Curruchiche hizo girar la carreta, para seguir por la derecha a lo largo de un rellano de gramilla y tierra suave hasta desembocar en una callejuela desdentada, porque sólo tenía una que otra casa.

—¡A los cenizales nos estamos yendo!... —alarmó la voz de Juambo en la oscuridad parpadeante de la noche estrellada.

—¡Si es peligroso jugar con fuego, más peligroso jugar con fuego apagado! —flotó, porosa de nostalgia, la voz de Sansur—. Yo crecí por estos ceniceros y por aquí, del otro lado, más arriba, me voy a quedar, esperando que pase el tren que va para el Sur.

De los valles de ceniza asomaban unos seres tiznados, blanquicos, hablaban, reían, encendían cigarrillos y perdíanse por donde tal vez había casas. Un foco del alumbrado público, único en muchas cuerdas a la redonda, colgado de un poste en una como esquina, alumbró de la cabeza a los pies a estos seres blanquicos. Cuán diferente su blancor de ceniza de la blancura de los que trabajaban en las caleras. El

polvo de la cal era un polvo vivo; el de estos seudofantasmas un residuo sepulcralmente blanco de carbón quemado.

Más adelante encontraron una fila de gatos carcomidos por la ceniza, casi leprosos, con el pelo que se les caía a pedazos, maullantes, con ojos de baba azulhambre.

Sansur escupió maldiciendo:

—¡Por la gran... diosísima, todo está igual! Crecí por estos cenizales. Años después, muchos años después me vine a esconder de la policía que me buscaba como aguja cuando fusilaron a... no me acuerdo a quién... a varios fusilaron esa vez... Qué triste..., murieron como héroes y ya no nos acordamos ni cómo se llamaban..., y ahora que vuelvo, nada ha cambiado, todo, todo está igual...

—Y si ahora se queda usted, ¿quién se va a llevar la carreta? —inquirió Juambo — porque de eso no sé; lo que manejaba bien, en mis tiempos de Bananera, pero cuánto hace de todo aquello, era motocar.

—No hay cuidado, vendrá a reunirse con nosotros el hijo del señor Napo y se van juntos...

—¿El hijo?... El nieto, dirá usted...

—Eso es, el nieto. El viejo me resulta tan joven que no me hago a la idea de que es abuelo. ¿Hace tiempo que usted lo conoce?...

—No, de la que es gran traslapado es de mi hermana Anastasia.

—A su hermana no le vamos a contar nada.

—Algo habrá que decirle...

—Sí, le diremos que hay esperanzas de recobrar las tierras, pero de lo demás ni una palabra; ya está chocha y se le puede ir la lengua.

—Ya lo había yo pensado pero estuvo bueno muy bueno estuvo que me lo haya dicho.

De un salto Júper se había plantado en la carreta y ladraba y acometía a los murciélagos y a los bultos de los ceniceros que curvados de los quintales de ceniza, se miraban pasar, blancos, silenciosos. Ladrado aquí, ladrado allá, jadeante, nervioso, enloquecido contra las rúbricas de los murciélagos que se incorporaban y desaparecían al vuelo y contra las sombras que bajaban de la ciudad con sus fríos y pesados doble sacos de ceniza —nada pesa más que el polvo muerto—, desencantados de acarrear aquel residuo final de tanta hermosura de troncos y ramas de bosques enteros convertidos en carbón y leña, y después en ceniza utilizada, ¡ay!, utilizada en las lejías de las fábricas de jabón que repartían por allí su hedor a perro muerto, no lejos del rastro donde la sangre comenzaba a correr ni lejos de la Penitenciaría donde empezaban a despertar los carceleros.

Bajaban aquellas sombras de un gran río parpadeante de luces eléctricas y faros de automóviles que coronaban en alto la oquedad de la barranca en que se iba amontonando la ceniza entre casas y chichicastales. Iban descalzos unos, otros traían caites o zapatos viejos. Las gruesas alfombras de polvo se tragaban sus pasos. Y

vaciaban el doble saco de yute después de quitarse las cuerdas con que lo traían a memeches o con mecapal. La ceniza caía sin el menor eco en la ceniza, como la luz de la luna que acababa de asomar en el horizonte. Al terminar, sacudían los sacos, entre estornudos, toses y ahogos, quemados los ojos, seca la garganta, ardiente la nariz, y a saltos, sorteando a los zopilotes que velaban alguna agonía, promesa de futuro banquete, perdíanse en sus casuchas construidas con pedazos de tablas, latas y cartones, en los ya mares de plata, que tal semejaban las inmensas sábanas de muerte en que la luna vaciaba el blanco polvo de la noche, carbón quemado en las estrellas.

VI

—Y por estos cenizales, dice que creció...

—Sí. Quedé huérfano y me recogió una señora que me sirvió de madre y que vivía aquí cerca, en «Bellaluz». Mujer de hombre tomar, cuando fue joven, porque se casó y enviudó varias veces, y con una retahíla de nombres y apellidos que ella misma se quitó. Magdalena Angela Cenobia, así empezaba el nombre, y era de apellido Cañiz. Magdalena Angela Cenobia Cañiz, viuda de Vivanco, el apellido de su último marido. Se acababa el aliento si se decía sin respirar. Se puso Juana Tinieblas. Se puso o se lo pusieron, no sé bien. Lo cierto es que así la llamaba todo el mundo: Juana Tinieblas.

En nagüillas, transparentando unos enormes glúteos sostenidos por dos piernas escuálidas, manchadas de venas gordas, así la recordaba Tabio San, en la atmósfera astringente del cenicero, mientras rodaba la carreta, y en la carreta con él, Juambo y el Júper, sorprendidos de mirar aquel mundo blanco, postrero, helado como los huesos.

Cuando llegó a poder de la Juana Tinieblas, el pequeño Octavio era un ser endeble, los ojos vidriosos y recordaba que ya lo llevaban para el hospicio los vecinos de la pieza donde murieron sus padres de viruela, más bien de alfombrilla. Del cuarto en que vivía con sus padres sacaron camas, sillas, ropas, colchones y a todo le pegaron fuego en el patio, y ya lo llevaban para el hospicio, cuando de lástima lo recogió un señor llamado Tránsito, amigo o a saber qué de la Tinieblas, a donde lo vino a dejar recomendado.

—Te recomendaron conmigo, ¿no te gusta?... —le preguntó la señora de los promontorios de carne bajo las nagüillas y las piernas como varejones.

Tabio quiso esconder los ojos, pero como era algo escaso de párpados, apenas se veló la imagen de la tarasca que le hablaba, pasa que te pasa un peine de hueso finito, para sacarse los piojos, minúsculos puntitos que sobre el mismo peine tronaban al reventar bajo su uña.

—Las mujeres tenemos el pelo largo, porque así son nuestras penas; nos dejamos crecer las penas y el pelo...

Esto pasaba en el fondo de «Bellaluz», en un patiecito mal empedrado con un huizquilar seco enredado en una pared llovida. Al oír doña Juana que alguien andaba en el patio de la vecindad, alzó la voz para que la oyeran decir:

—Como ese gato condenado se siga viniendo a mearse aquí, le va costar muy caro.

—¡Mejor gato que lechuza! —contestaron del otro lado de la pared.

—¡Las lechuzas no se mean! —gritó la Tinieblas, ciega de cólera—.

No me den gente que aguante la hedentina de meado de gato...

—¿No se mean? —tardó la respuesta—, pero hieden a miedo, no a meado, a miedo hieden.

Por aquel diálogo de patio a patio enteróse el pequeño Octavio que en la casa había una lechuza, y esa misma tarde, después del almuerzo, la descubrió. No se sabía si dormía o estaba despierta. Inmóvil «Panegírica», la llamaba su protectora, y sólo a su voz despertaba, si por despertar se entendía el que espeluznara las plumas con los ojos cerrados.

—«Panegírica», tenemos un muchachito que nos regalaron ¿oís?, no es muy chulo, pero tampoco es feo. Después no vayas a reclamarme que no te lo hice saber a su debido tiempo. Es un muchachito que se llama Octavio. Sus padres eran de Sansur.

Y desde entonces no se le conoció por otro nombre que el de Octavio Sansur, como ante la lechuza lo bautizó esa tarde la Juana Tinieblas.

El pico en gancho, las plumas en remolino sobre la frente, las orejitas de ratón.

Jamás olvidaría Octavio Sansur la presencia de la «Panegírica», presidiendo la consulta de los viernes, cuando su protectora tiraba la baraja para indagar el futuro de las personas que la visitaban ansiosas de saber su porvenir.

Damas y caballeros llegaban los viernes hasta «Bellaluz», en el barrio de los ceniceros —también llegaban los otros días, pero el día principal y de más público, era el viernes—, a que les dijera la suerte, bajo la advocación de la «Panegírica», leída por sus ojos de agorera, en cartas de baraja hediondas a ombligo.

Aquí conmigo vas a estar mejor que en el hospicio —le advirtió de entrada, convencida de lo que decía—, porque en el hospicio tienen el mal de enseñar a ser humilde a la gente y para mí la gente humilde es lo más inútil que hay. Humildes y rezadores, que es como decir haraganes. Y los mantienen con hambre. Aquí, conmigo, eso sí que no. Vas a comer bien. Juana Tinieblas me llamo, no Juana Hambrusia. Empanadas en Semana Santa, de leche, de carne y de verdura; chiles rellenos con arroz blanco, para el día del Corpus; pepián de indio, para el quince de agosto; fiambre para el día de los Santos, y batido y buñuelos, para Nochebuena. Para mi santo, marimba, guaro y tamales.

Algunas señoras venidas de provincia, vestidas de trajes tiesos, como cáscaras de cacahuets, preferían que les leyera el «Oráculo*».

Al pie de la «Panegírica», bajo un cilicio de alambre trenzado que lucía en los extremos, fundidas en plomo, las siete uñas del dragón, cilicio que hizo las delicias de Fray Severando de la Porciúncula, dormitaba en párpados de cuero el *Libro de las Siete Letras*, como lo llamaba la Juana Tinieblas, y al que tomaba ceremoniosamente en nombre del Profeta, y lo besaba siete veces antes de empezar la consulta.

De las páginas del libro de los destinos, tras recorrer sus columnas, en las que Babilonia dejó una contabilidad completa del porvenir del mundo, despegaba la punta del dedo del corazón, con la que había palpado los símbolos y trazaba signos cabalísticos y letras árabes en el aire, introduciéndose después en el oído la yema de ese mismo dedo a fin de escuchar lo que decía el *Libro de las Siete Letras* a la dama que la consultaba, mientras por el escote le botaba los ojos, para ver qué clase de ropa interior llevaba, si de seda o de algodón, y cobrar en consecuencia.

Si intervenía el Profeta de las manos pulsadoras de la lira y el laúd, la tarifa era más cara (le llamaba la tarifa de los pezones rosados), y más barata si se consultaba al Profeta del yatagán, el de la tarifa de los pezones negros.

Andando el tiempo, su protectora lo entregó al propietario de una de las tres mejores peluquerías de la ciudad, en la que Sansur empezó a recoger el pelo de los clientes, con ayuda de una escoba y un cucharón de bronce, en los momentos en que no había que lustrar, limpiar o sacudir los zapatos a algún parroquiano. Dos o tres veces al día cambiaba las escupideras hediondas a desinfectante y a colillas de cigarrillos y puros habanos —detalle muy importante, porque una peluquería se juzga por las chencas de la clientela— y los papeles de moscas, en los que las moscas se iban pegando, atrapadas en miel y cola, y los que causaban, cuando ya estaban negros de insectos, no el asco, sino la envidia de los calvos a los que les arreglaban las uñas, los afeitaban, locionaban o les daban masaje vibratorio.

El operario más joven, un costarricense nacido en Puerto Limón, voz de tribuno y ojos de mostaza dorados, le fue mostrando las letras en los titulares de los periódicos, para que las conociera, y más tarde en un libro de lectura que le regaló el cliente más lustrado de la peluquería, quien se lustraba los zapatos dos y tres veces al día, a tal punto que ya no eran zapatos, sino espejos. «Zope» apodaban al costarricense, por su andado, el pelo sumamente negro y los ojos color mostaza. Daniel Mondragón era su nombre.

Si no es por este ciudadano se queda sin aprender a leer. A su protectora, con el poder sobrenatural que ejercía sobre las esposas de los jefes de policía, jamás la hubieran obligado a mandarlo a la escuela pública.

Mi muchacho es de colegio, no de escuda y como no soy rica para mandarlo al colegio, se quedará sin aprender. Faltaba más. Para que cualquier maistro hocicón de esos que abundan le fuera a echar en cara ser pobre. ¿A la escuela nocturna? Será preso...

Al enterarse la Juana Tinieblas que Sansur sabía leer, le dijo:

No me pesa haberte mandado donde don Pepeque López, no me arrepiento: te enseñaron a leer y se te han pegado los buenos modales de la gente con quien te rozas allí, toda gente distinguida. Bien pude meterte de aprendiz, pero, ¡Dios nos guarde!, el zapatero no pasa de la cuchilla y el cerote; o de panadero, para peor, terminan todos tísicos de no dormir de noche, salvo que se beban los huevos en lugar de echárselos al pan, como hacen muchos, pero eso ya no es honrado, y por eso dicen «panadero honrado, muerto horneado»...

La escuchaba la «Panegírica» y reflexionó para no apartarse un punto de la verdad.

Que aprenda de carpintero, pensé, pero luego me dije, ya pasaron los tiempos en que los carpinteros eran como Señor San José: ahora todo lo hacen a máquina, sierras para cortar las grandes trozas, cepilladoras, machimbradoras y corre el riesgo de cortarse una mano. Lo que sí nunca pensé fue meterte de herrero. Para que te

mantuvieran entre las patas de los machos y una mala patada en una mala parte, el rato menos pensado, quién la quita, o soplando el fuelle: junto al fuego, lo que abodoca la sangre.

El primer libro que leyó, *Los credos libertadores*, le hizo una profunda impresión. Lo olvidaron en la peluquería un día sábado. No lo soltó hasta el lunes. Los libros se leen, no se aprienden, le dijo el maistro Pepeque, al oírlo recitar de memoria lo que repetía de *Los credos libertadores*, de Bergua, feliz de oírse en los labios otro idioma que no era el cotidiano, y de poderse sumar a los comuneros que emputados por sus ideas dieron la batalla de los fueros en España.

Y de comunero pasó a formar parte del pueblo de la Revolución Francesa. Apasionado hasta los tuétanos por la figura de Marat, se bañaba en sus palabras. Otros se dan otras duchas. El, ducha de Marat, el «Amigo del Pueblo». «La Revolución está toda entera en el Evangelio En ninguna parte la causa del pueblo ha sido bien defendida; en ninguna se han lanzado más maldiciones a los ricos y a los poderosos de este mundo...»

Su primer artículo, publicado en «El Mutualista», bajo título de «Marat y el proletariado moderno», recogía en forma vaga y sentimental su dolor de desheredado, personificándolo en ese ente que va por las calles de la ciudad de puerta en puerta, preguntando: «¿Hay ceniz...?», y el cual, tras escarbar las hornillas en las casas burguesas, vuelve con su saco lleno del trágico residuo al barrio de los ceniceros y jabonerías, tan esclavo como los esclavos y más pobre que éstos.

En otro escrito, «Libertad sin pan», seguía más de cerca el pensamiento de Marat, al sostener que la «libertad no puede existir para los que no tienen nada». Lo publicó en «Renovación Obrera», y decía: «Los dueños de los periódicos se enriquecen, ¡viva la libertad!; los hijos de los ricos se ejercitan en los ocios de la poesía y de la prosa, ¡viva la libertad!; los comerciantes aumentan sus utilidades con la publicidad, ¡viva la libertad!; sólo el pueblo no puede repetir ese grito porque tiene hambre, lo envilecen los andrajos y lo enmudece el hábito de soportar callado a los verdugos».

Mal año el año en que leyó *El 93*, de Victor Hugo. Le contagian una enfermedad que será su bandera de hombre entre los compañeros y muere la Juana Tinieblas de «pálpitos indostánicos»; ella misma se diagnosticó y no alcanzó a preparar la medicina que la hubiera salvado, azúcar cándida y polvo de perlas martajadas, y día en que aparecen, igual que si brotaran de la tierra, un sinfín de parientes que Sansur jamás había visto en su vida de la que hoy, tendida en su cama de cajón, tenía la frialdad de la «Panegírica», prenda que ninguno de los miembros de aquella tribu, hombres y mujeres vestidos de negro, quiso llevarse, cuando se lo estaban arrebatando todo, y con la cual acarreó, así como con un estante de libros prohibidos (magia, quiromancia y astrología), el joven peluquero y rapabarbas a quien en esos días, en una francachela, don Pepeque López, fígaro decano del taller, le había dado la alternativa de la muleta blanca y la navaja y la tijera en lugar de espada, con la

advertencia de que nunca fuera a cortar orejas.

La cama de la Juana Tinieblas también se la dejaron y en una carreta tirada por una bestia humana (le salía el Marat), llevóse el lecho en que estuvo una noche entera doña Magdalena Angela Cenobia de Vivanco, antes de Calcaluis y más antes de Partegas (el orden de los maridos no altera el producto); una mesa de caoba, el estante de libros, los libros, un baúl de pino pintado de amarillo y la lechuza, pajarraco que hizo escupir ralo al semoviente humano que tiraba de la carreta, pues le parecía que era de muy mal agüero aquel viaje.

Amaneció con el día jueves en una pieza de la Avenida de los Arboles y muy de mañana se asomó a la puerta, pues quería ver la calle, ese placer infinito de ver la calle; respirar el fresco fuera de la cuadratura del círculo que representaba su pieza, que no tenía más que las cuatro paredes, el piso y el techo, y se la alquilaron como pieza redonda; y tantear por dónde iría a desayunarse. Sacó los ojos a la luz natural. Había leído casi toda la noche *Las mentiras convencionales*, de Max Nordaux. Repicaban las primeras misas. Mejor no hubiera salido a la puerta. Otras puertas se abrían y para su mal las de un negocio patibulario y extraño.

Más conocido en las montañas que el pino colorado, por ser el que pagaba mejores precios a los que venían a la ciudad a vender pájaros de vistoso plumaje o prodigiosa garganta y porque hablaba los dialectos de los cazadores y comerciantes de animalitos presos, abrió su negocio como todos los días el señor Roncoy Domínguez.

A su quejarse no le dejaba mayor ganancia aquel ir vendiendo pájaros cantores, pero lograba guardar algunos pesos porque vestía de jerga, una ingrima mudada para toda la vida, y comía lo que su plumífera mercancía: aguacate rayado, platanito, tortilla deshecha y miga de pan hecha polvo, sin beber más que agua, y eso que para que le pasaran las masudas viandas por el cerrado gaznate. Su único gasto mayor eran los zapatos, unos botines de elástico que no dejaban de gastarse de la suela y eso que sólo se los ponía para salir al centro, pues el resto del día lo pasaba en caites, desesperado por tener que sufrir en los empeines de los pies desnudos, sin calcetines, las gracias de los pájaros que lo pringaban de caca blanquisca, blanca y calientita al caer y al enfriarse dura y tostada como cáscara de viruela cascaruda. No sabía leer, contaba con los dedos, pero en lo de hacer cuentas con granos de maíz para no dejarse robar de las personas que le mercaban las existencias canoras era maestro. Ni dejarse robar de éstos ni robar él a los indios cobanes que le traían los pájaros de la montaña.

Un existir parejo era su vida entre las cuatro paredes de una amplia habitación con el piso más bajo que el nivel de la calle, y de cuyas paredes, en clavos y alcayatas pendían jaulas y más jaulas adosadas. al muro fuera de las que colgaban del techo y varias otras que acomodaba en la puerta a la hora del sol, como el mejor anuncio de su negocio pajarrero, y para que se alegraran aquellos prisioneros que sin ver el cielo se obstinaban en no cantar.

La limpieza de las jaulas, la muda de los trastos con agua de beber, el reparto de las raciones de aguacate rayado, guineo morado, miga de pan para unos y tortilla mojada para otros, se hacía a puerta cerrada, en el duermevela de la luz que se colaba por las rendijas de las puertas, casi al tacto, y al abrir la puerta, con una fuerte escoba dejaba limpio el enladrillado de la pieza y el piso de la acera, previa regazón de agua para que no se levantara mucho polvo. De su negocio, que atendía a todas horas, sólo se ausentaba el ratito que empleaba en ir a la panadería vecina a comprar las batidas de sus loros, gasto que le dolía, porque alimentar esperanzas que nunca se realizaban, ya que uno de los sujetos era mudo, y el otro ronco profundo, sólo sabía decir «¡Ah vaya...!» «¡Ah vaya...!» Y por la competición de los «jonógrafos, como él decía, ya que quién va a querer loro, gallina que come y no comestible, si ahora tiene el loro de cuerda...

—¡Domínguez, no los chingues! —le pasaba gritando muy de mañana un borracho, primogénito de una familia de ebrios que de buena hora, como el que va al trabajo abandona el caserón lleno de gritos, hipos, vómitos y miedo, casi de estampida, llevando en las manos libros, trastos, santos, cuadros para el noble ejercicio del trueque en cualquier venta de licor, donde saciaba *ipso-facto* la necesidad de beberse un trago.

Domínguez no contestaba.

—Una plasta de vaca te tiraba a la cara —seguía el borrachín amenazante— para cegarte con mierda, tanto pájaro preso por tu culpa...

Domínguez no contestaba.

—Espera, voy a traer a mi familia...

El beodo se alejaba paso a paso, tambaleante, pero al llegar a su casa, sus tres hermanos ya no estaban para insurgencias, yacían en sus camastros, el más viejo de ellos en el suelo, con los ojos cristalizados bajo los párpados y supuración de babas en los labios.

El menos tomado alzaba la cabeza para decir:

—¡Yo me quedo con el loro, si hacen eso de matar a ése, y lo vendo por un trago!

—Casi nada se te antoja a vos, Cejijunto, el loro ya se los tengo reofrecido en la venta de aguardiente por botella que está aquí a la vuelta de la casa. Me van a dar seis pescuezudas.

—Pues quédate con el loro... ¡Ah!, pero eso sí, no contés con tu hermano para pegarle al vejestorio ése... Me salgo de tu santa alianza para libertar a los pájaros, si eso querés vos... El loro o nada.

—Pues iré yo solo...

—Mejor acostáte y no jodás...

Roncoy Domínguez, el pajarero, seguro de poder repeler cualquier ataque con la tranca y una señora de la agonía, daga de doble filo, daba poca importancia a las amenazas de aquella familia de andrajos humanos que destilaban aguardiente, peludos, barbados, con los zapatos sin amarrar. Lo que quisieran es que les regalara

dinero para beber, pero eso no lo verán sus ojos, y menos con insultos y chantajeadas a base de acusarlo ante la Sociedad Protectora de Animales.

Por fortuna para Domínguez, tan tremenda familia tuvo que salir de la casa de sus mayores, expulsada porque un abogado usurero y libre pensador que les dio dinero en hipoteca, se las remató. Roncoy Domínguez casi aplaude al ver salir a los tambaleantes vecinos con sus trastos y tapalcates en carreta. Poco les quedaba. Armarios, consolas, mesas y otros muebles que no pudieron sacar a vender, porque pesaban mucho. Pero ya no pudo seguir curioseando, porque en eso llegaron los cobanes, indios vestidos de blanco, cuyos cargamentos volátiles bajaban a su puerta.

El más viejo de los cobanes, cara de cecina revolcada en ceniza, pelo que no era pelo, sino cáscara de tronco centenario, trataba con Domínguez la venta del cargamento sin alzar la voz, y Roncoy le contestaba en quekchí suavemente, como convenía al trato de personas como ellos.

La gente se detenía a espiar las jaulas amarradas una encima de otra, jaulas de caña de castilla, lustrosas y hechas como de marfil verdoso, y dentro de las jaulas, las chorchas color de fuego y sangre, el luto del ébano dormido en el pico, las patas y los ojos; los guardabarracas de ojos dulces como espejo; los pitos de agua, saltarines y con el violín de la garganta soltando, por gotas encadenadas, trinos de agua nacida; los cenizontes de pluma café y cuatrocientos sonidos de cristal en el pico.

Domínguez hablaba y hablaba, le contestaba el Cobán, el jefe de los cobanes, y el trato se iba cerrando, la cuenta hecha con maíces: dos con cuatro, seis con nueve, siete con quince, era lo único que se oía decir en español. Cerrado el trato, el Cobán llamaba a sus compañeros y les consultaba si estaban de acuerdo en dejar así. Y así dejaban.

Roncoy, al marcharse los cobanes —uno tras otro se iban seguidos de sus hijos y sus perros—, empezaba el acomodamiento de los recién venidos prisioneros, hablándoles con hipócrita dulzura de carcelero que sabe que aquellos infelices vivirían presos toda la vida y, observándolos, al soplarles las plumas, cuáles, por ser más finos, despuntarían más pronto con la magia de sus trinos de sombra y agua.

Mejor no se hubiera asomado a la puerta el joven fígaro aquella mañana, espiando un poco el barrio, tratando de ver si había cerca algún comedor para desayunarse, mejor no hubiera fijado los ojos Octavio Sansur en aquel comercio patibulario y extraño.

Domínguez acababa de abrir su negocio de venta de pájaros y éstos saludaban con sus trinos matinales el alborozo del día, una temblorosa orquesta que se regaba en las calles barridas, cotidianas.

Sansur endureció las facciones, atravesó la calle y de un salto —el piso del negocio quedaba más abajo que la calle— se plantó en medio de la habitación y pasó los ojos por las jaulas, como un poseído por una tempestad que era rayo, relámpago, trueno.

Un puñetazo hizo rodar a Domínguez por el suelo. Lo tomó tan de sorpresa que

no pudo echar mano a la daga, bien que ya en el suelo intentó arrastrarse para tomar la tranca de tras de la puerta. Un puntapié en el brazo, a la altura del hombro, que le alcanzó parte de la quijada, la oreja y la cabeza, lo dejó exánime, sin conocimiento, aunque más parecía haber quedado así, voluntariamente inmóvil, para dar la sensación de estar muerto, y que no acabara de asesinarlo aquel loco, loco al que manos le faltaban, manos, manos, manos, para abrir las jaulas, de donde los pájaros escapaban y tras revolotear en la negrura de la pieza, encontraban la puerta y se perdían en el resplandor luminoso del día azul.

Sansur volvió a su pieza a recoger algunas cosas, ropas, libros, lo más necesario, tijeras, navajas, peines y escapó hacia la Costa Sur, en busca de trabajo. Temía haber dado muerte al vendedor de pájaros.

Lo único que recordaba de aquellos momentos era su voz retumbante, sangre hecha aliento, cuando, cantando «La Marsellesa», mientras abría las jaulas, repetía «la santa libertad»..., «la santa libertad»...

La «Panegírica» y el carretero facilitaron a la policía el esclarecimiento de aquel tremendo desaguizado. Comprobado quién era el autor, se pudo establecer que el móvil había sido el robo. Interrogado Domínguez sobre una posible enemistad o venganza, contestó con filosofía de cimarrón: «Nunca le hice favor a nadie pa tener enemigos; ese hombre estaba loco». «Sí, corroboraba el carretero ante el juez de paz que instruía las averiguaciones, hacerme cargar unos cuantos tapalcates que él llamaba muebles, y una lechuga; loco de porra, me torció, no he hecho un solo viaje desde que cargué al maldito pajarraco.» «¿Cómo no iba a estar loco, si mientras me golpeaba y soloncontroneaba, que por muerto me dejó en el suelo, cantaba que el día de gloria había llegado y abría las jaulas gritándoles a los pájaros: “la santa libertad”, “la santa libertad”?»

Se dio orden de captura contra Octavio Sansur, pero a éste se lo tragó el mar. Anduvo escondido por las salinas del Puerto de San José, trabajando como peón, hasta conseguir plaza de peluquero en un barco que procedente de Salina Cruz se dirigía a Panamá. Allí se quedó y se hinchó de dólares trabajando en la peluquería del mejor hotel. Amistades encumbradas sometidas al filo de su navaja le facilitaron un pasaporte panameño con el nombre de Juan Pablo Mondragón. Lo de Juan Pablo se lo puso por Marat, su ídolo, y lo de Mondragón, en recuerdo del profesor costarricense que le enseñó las primeras letras. En su pasaporte se leía: nacido en Taboga (isla donde él hubiera querido nacer), padres desconocidos, religión católica, peluquero, de veintitrés años de edad. Trabajaba y leía. Poco era el dinero que ganaba para procurarse libros y estudiar inglés, idioma que llegó a dominar a la perfección. ¿Despegar de América?... Muchas veces estuvo en los puentes de barcos que zarpaban hacia Europa, y allí se quedó con la maleta lista y el contrato de trabajo. Una especie de elefantiasis, que empezaba en cosquilleo de hormigas en las plantas de los pies, le inmovilizaba, y nunca dio el paso decisivo. Cerraba los ojos y se llevaba las manos a los oídos, trémulo, como si su cuerpo fuera todo un pedazo de

sirena de barco sonando.

Roncoy Domínguez se paseaba en la habitación de su negocio, entre las jaulas vacías, verde de ira, con la bilis regada en la sangre, bascoso, espumante, la desesperación pintada en las manos contraídas. «¡Bien vengas mal si vienes solo, repetía, pero el contratiempo es que la desgracia siempre pare cuaches!... ¡Pagaría lo que fuera, aunque me quedara sin calzoncillo, sin nada, con tal que el juez no me nombre depositario de la «Panegírica»...!

Un abogado necesitaba, un buen abogado, alguien que lo defendiera de lo que ya no era una amenaza, porque lo andaban buscando del juzgado para notificarle y hacer efectivo el depósito, con el consiguiente traslado de la lechuza del cuarto del semiloco aquel que le soltó los pájaros, a su deshabitado negocio.

No hubo necesidad de abogado. La lechuza fue muerta de una pedrada y yacía por el suelo con el corazón roto entre las plumas suavísimas. El carretero se encargó de despenarla, para no morir de hambre. Desde que la trajo en su carreta le entró el tuerce. Nadie lo llamaba. No la mató. La despenó. Esas «animalas» son ánimas en pena.

Llegóse a su carreta y le dijo acercando los labios a la rueda, como a una gran oreja de triángulos vacíos: ¡Alegrémonos, carretilla, pues ahora sí vamos a tener trabajo; muerta la lechuza vamos a tener trabajo!

Bien noche era ya para andar carreteando, pero lo habían hablado todo. La «conspiración de los arrastrados». Juambo bajaría a la costa con un mensaje y allí, el segundo de Tabío San, le daría instrucciones. El nieto del señor Nepo les esperaba ahora cerca de donde pasaba la línea del ferrocarril por aquellos cenizales.

Allí estaba Damiancito. Había que despedirse. Juambo estrechó la mano sucia de cal y transpiración de Octavio Sansur, al tiempo de pronunciar, enfáticamente, el que seguía siendo su grito de guerra: ¡Chos, chos, moyón, con!...

Damiancito puyó los bueyes antes que se les hiciera tarde y la carreta blanca de acarrear cal, se perdió como la cama de un fantasma sobre ruedas de ceniza por entre las sabanas y volcanes silenciosos, plenilunares, con hedor de agua de cernada donde la luna era más humedad que oro. El «Júper» mostraba los dientes magníficos, pero no ladraba, cohibido por el inmenso sueño de la noche y el silencio de los cenizales.

Segunda parte

VII

El tren va perdiendo velocidad al entrar en una curva. Cada rueda es una herida de pestañas chirriantes a lo largo del filo de los rieles y cada ventanilla un lento parpadeo entre serranías de piedra y cielo y campos anegadizos que a esas horas, dos y media de la tarde, son un solo aguasol. La estridencia, el aullido, el rechinar de los vagones en las vías, sacude a una joven pasajera que viaja como ausente bajo un sombrero de paja de Italia, el cuerpo de niña grande enfundado en un traje sastre color de arena oscura que le da aspecto de persona seria, las briznas de sus pies en zapatos de tacones exageradamente altos y los párpados llorosos al amparo de anteojos ahumados. La estremece tanto aquel chillido de limadura inacabable que siente que el ruido le quema los oídos, el pelo, la raíz de los dientes destemplados y no apaga el sonido en sus orejas bajo las palmas de sus manos, apretándoselas enloquecida, al borde casi de un ataque de nervios, como a veces le pasasaba con la campanilla del despertador, por tomar sus valijas apresuradamente y prepararse a descender.

Rieles, durmientes, terraplenes, afirmados de piedra, postes, señales, ataujías, puentes, todo al arrastre detrás del culebrón de hierro en llamas y vapor que aminora la velocidad, se descoyunta y no quiere detenerse a sabiendas que allí no hay estación y que si la hay es sólo un contratiempo. Los trenes conocen las grandes estaciones terminales y las estaciones de tránsito y en ellas entran o por ellas pasan felices silbando al compás de la campana, el rezongo de las calderas y el estornudo de los frenos, y aunque el maquinista no maniobrara y .muque no tuviera que subir nadie o que bajar nadie, se detendrían misteriosamente, no como en ese momento, contra la voluntad candente de la locomotora, a la intemperie, en pleno campo, por cumplir con la pasajera del billete milla 177...

—¡Esto, compadre, es como atajar un río para que baje una sirena! —dijo galante el único pasajero con quien cambió algunas palabras la joven viajera de las antiparras negras que se dirigía hacia la puerta del vagón, pero ésta si lo oyó o no lo oyó y aunque aquél le quiso ayudar con las valijas, apenas se fijó en él. Un pasajero al que le dijo cómo se llamaba y le contó que iba de directora a la escuela mixta de Cerropom.

Todas las cabezas de todos los pasajeros en todas las ventanillas indagando por qué se había parado el tren. ¿Algún desnivel?... ¿Algún desperfecto?...

—¡Se enarenó la máquina! —grita un viejo que, curándose en su salud, añade: — ¡No lo afirmo!... ¡Pregunto!...

—¡Algún animal muerto sobre los rieles y hasta que no lo levanten de la línea no podremos seguir!... —grita otro, al que un tercero ataja allí mismo:

—¡El gran animal es él y habla porque tiene boca! ¡Lo que hay es un derrumbe para que ustedes sepan y ya nos llevó la gran... santa papucia, porque nos van a hacer traspasar! Vamos a tener que seguir a pie, dejar este tren aquí, pasar por el derrumbe, y del otro lado toman el tren que va a venir a buscarnos, a saber a qué horas...

—¡Déjense de alternancias fatales! —reclama una jamona que viaja medio desnuda, al sacar la cabeza por la ventanilla para que le chorreara el oro de las orejas y se le medio salieran las chiches del escote.

Pero todo lo hablado se les enfría, lo hablado y lo entablado al sólo soplar la trompeta del Juicio Final por boca y galillo de un espiritista que anuncia que un tren loco se aproxima y va a chocar con ellos de un momento a otro.

—¡Sólo que se despedace en el camino nos salvamos!... —vocifera el espiritista, pero nadie le hace caso—. ¡Sálvese el que pueda..., es un tren loco..., viene a todo vapor, sin maquinista!...

Pero algo hace callar a los pasajeros amotinados en las ventanillas, todos ojos y oídos por saber lo que pasaba. De uno de los coches de primera, el último o el penúltimo, se desprende la causante involuntaria de tanta alarma y alboroto, la sirena por la que se detuvo en descampado aquel río humano.

—¡Fue por... eso que *estopó* esta porquería! —gritó un zambo de cara acaramelada, lustrosa—. ¡No hay cuidado, caballeros!... ¡Fue para que se apareara esa *chancla* planta de lechuza!

«Has llegado..., quítate esos anteojos..., te están llamando lechuza..., ¿no oyes? ...», dícese la viajera al descender del vagón y dar los primeros pasos inseguros por los tacones altos y el peso de las valijas. «Has llegado, gracias a Dios, has llegado, has llegado y ahora que tienes los pies en la tierra pórtate como si fueras tú, no la ausente pasajera que ocupó tu puesto, la de la milla 177. Porque, parece mentira, pero no fuiste tú la misma que tomó el tren en la Estación Central. Otra viajó en tu lugar, con tu nombre, con tu equipaje, con tu cuerpo, con tu vestido, sin saber qué hacer ni qué decir y por eso actúas con la lentitud de la que recuerda movimientos ajenos, gestos que debe imitar, y hablas contigo como con un ser impresente, hablas y te hablan, sin saber bien cuándo eres tú y cuándo la otra, la que subió a usurpar tu asiento, la que montaron en el tren, y pensar que tú ayudaste a montarla, no tenías fuerzas, pero la empujabas, le exigías que obedeciera al destino, que no se quedara, que no perdiera el tren... Has llegado..., pero quién ha llegado, la otra; tú te quedaste entre los parientes y amigos que hicieron el sacrificio de levantarse temprano y

llegaron a despedirte medio peinados, la cara olorosa a jabón y los ojos con sueño; tú te quedaste en aquellos brazos que te estrecharon de ultimo, en aquellos ojos que de último con la mirada te besaron... Pero entonces, ¿quién fue la que agitó el pañuelo húmedo de lágrimas en la ventanilla diciendo adiós al que se iba haciendo pequeñito en el andén en la medida y a la velocidad en que iba creciendo en tu corazón?... ¡Ah! ..., también eras tú, la del cabello de cascada de espuma de sueño sobre la piel dormida, boca infantil de labios rellenos de cariño y afligidos hacia las comisuras, alta de hombros y bajo la veste los pechos sin corpiño, duros, sueltos, titilantes...»

Cabezas, pescuezos, caras, manos, sombreros, dentaduras con dientes de oro, orejas con aretes, cinturas con revólver o machetes en las ventanillas y las puertas de los vagones esperando que el tren arranque...

«¡Quítate esos anteojos..., te están llamando lechuza!... ¿No oyes?... Sirena... Chancla... Lechuza... ¡Ya quisieran!... ¡Fíjate en algo y no les hagas caso!... ¡Fíjate en esa bandera roja clavada a ras del Mielo, no lejos de los durmientes, ni muy cerca..., cómo aviva su fulgor de ascua la arena amarillenta del terraplén por donde van en fuga los rieles pavonados y cómo mueve los colores, los verdes de las vegas, de los pastos, de los árboles, de las cañas, de las serranías, los ocres, los azules que de la unánime quietud saltan y se mezclan en una nueva vida al conjuro de su latir aleteante!...

«La única que se apea eres tú... Estación de bandera... Milla itineraria 177... El tiempo de bajar con tus valijas y de treparse al estribo de un vagón de segunda un matrimonio de negros, color de brin alquitranado, la negra con el pelo en un turbante hecho con una media color naranja y el negro de corbatona colorada como la bandera que flamea al viento... Nada después... Pitazos..., pedazos del tren en el humo... Pitazos..., pedazos del tren en el eco... Pitazos..., pedazos del tren...

La sensación del campo decapitado...

«Tendrás que dejar o quitarte los zapatos...», te dices yendo con tus valijas hacia un gran árbol que lo domina todo, como la cúpula verde de una iglesia. «¿Los zapatos?... Arrugas el entrecejo... Se te mueven los anteojos... Te los quitas o los dejas, así no puedes seguir... Pero... Pero si los vas dejando clavados de tacones en las islillas de arena por donde te vas abriendo camino de equilibrio y saltitos, para no caer en los anegadizos que por ese lado separan la línea del tren del amatón en que ya debía estarte esperándote el carruaje., Los zapatos y el sombrero... ¿El sombrero?... Sí, te despides de él o te lo amarras..., ya no puedes defenderlo del viento con sólo el juego de la cabeza...»

Ni estación ni nadie a quien preguntar por el dichoso carruaje. Ni edificio ni nombre. Las estaciones de bandera no tienen nombre. Son como las Ánimas. Son anónimas.

«Pero alguien asomará..., piensas al llegar al amatíe, los brazos como desprendidos de los hombros por el peso de las valijas. Tendrá que venir el que cuida de la bandera, lo único vivo por su color de sangre y su moverse de muleta a ras de

aquestos campos quietos, de estas vegas ciegas de agua evaporada, y a él le preguntarás por el carruaje.»

No es hombre. Es una mujer la que viene y se lleva la bandera. La cabeza envuelta en trapos, las ropas raídas, descalza. Amarilla imagen de enfermedades de aguas quietas y miserias heredadas. La arranca de un tirón y no logra enrollarla. Se la arrebató el viento. Lucha, se da vuelta, como si fuera un barrilete sin flecos. Por fin la enrolla, se la pone bajo el sobaco y se va. El viento agita sus ropas, la palpa, la aúpa, la hincha, busca buscando dónde lleva escondida la bandera. El viento jamás se da por vencido. Por momentos diríase que la detiene, que le impide seguir adelante. Cerca debe tener su choza y hacia allí se dirige arrastrando los pies, levantando polvo.

«¡Anda! ¡Síguela! ¡Alcánzala! ¡Averigua con ella lo del carruaje! ¿No quieres saber nada? ¿Estás con el pesar del ramo de camelias que olvidaste en el tren?...»

Y en aquel desconsuelo de estación, si no había estación, era el descampado, sin teléfono, sin telégrafo, sin cómo poder avisar a la próxima parada del tren, que habías olvidado, en uno de los asientos del coche de primera, lo más preciado de tu equipaje, sus camelias rojas... ¿sus o tus...?

¿Olvidado?... ¿Dudas?... ¡Sería horrible!... ¡No, no, sería horrible que se te hubiera caído tras el asiento, al levantarte a tomar la valija, el ramo de camelias encarnadas que traías sobre el pecho, prendidas al vestido —«como un corazón de fuera», dijo el señor que te galanteaba, el que te dio su tarjeta—, o que las hubieras botado en el pasillo al salir precipitadamente!

Retira el pañuelo de tus ojos. Tus lágrimas asoman como pollitos gordos, pero no corren.

¿Y el carruaje?... ¿Y la mujer envuelta en llamas de viento, la que se llevó la bandera?... ¿Y tus anteojos ahumados?...

En la extensión, a la redonda, de un lado la tierra hacia el mar, y del otro, la tierra hacia el cielo. Al fondo, campos de clarísimos verdes prendidos a las faldas de las montañas más claros ahora bajo el sol fulgurante, y desde allí, hasta los albardones donde pasaba el tren, en una media vuelta, vegas y más vegas de un verde profundo, casi azul. Sin embargo, nada tiene que envidiar el amatle, a cuya sombra estás sentada en un como escaño, a tantos y joyosos verdes. Invierno y verano mantiene sus lampiñas hojas lustrosas, brillantes, esmalte sobre oro de orfebre, dibujadas, recortadas contra su tronco y sus ramazones de gigante nudoso de piel oscura. Aquéllos son pasajeros. El verdor de los campos se marchita, se pudre la esmeralda de las vegas, caen las hojas del encino, se tiñen de púrpura goteada los cafetales, de morado los jacarandas, se desnudan los tamarindos. Sólo el amatle sigue inmutable, fuera del tiempo...

¿Qué grito fue ése?... ¿Una lagartija?... ¿Una simple lagartija te hizo gritar?... ¿Creíste que era una culebra?... ¿Y por qué tanto espaviento, tanto mover las manos, los brazos, la cabeza, el sombrero de ala espaciosa?... Por una avispa... Es un

moscón y bien vengas mosca si vienes sola, pues son varios enormes tábanos que del aire saltan y se pegan a tu piel como ventosas de alambritos eléctricos y alas de humo caliente.

Las 3 y 35 minutos en el relojito de pulsera que te regalaron tus papas el día de tu recibimiento, y el condenado carruaje sin venir. A las 2 de la tarde quedó de estar bajo el amatle.

Unos pasos, levántate a dar unos pasos. Lo peor de esperar es que entumece.

¡Los maestros somos los grandes tullidos de las antesalas y por eso, señorita, permítame que no la felicite!... —te dijo uno de tus profesores cuando ya tenía sus champanes en la cabeza, el día de tu recibimiento—. Los grandes tullidos de las antesalas..., no lo olvide, ¿eh?, ¡y prepárese!

Unos pasos para allá, otros para acá, a manera de centinela, las manos trenzadas a la espalda, los dedos rígidos, doblados, entrelazados, pequeñitos y duros, como bocados de freno, y la cabeza sobre el pecho, lista la nuca para el tajo con tal de no seguir esperando el carruaje que no aparecía... —inútil registrar el horizonte, por más que te empinaras, que no necesitas empinarte mucho con tus tacones que te mantenían empinada, a punta de pescuezo y de hacerte visera con la mano sobre los ojos—, no aparecía, y no aparecía, y no aparecía...

Las 4 y 7 minutos...

+++ Las 4 y 9 minutos.

Las 4 y 13...

¡Mal agüero: 13! ¡Di, 14!... Las 4 y 14 minutos... y no aparecía, y no aparecía...

¿Qué hacer?... ¿Ir en busca de la mujer que arrió y arreó con la bandera y preguntarle?... Pero... cómo dejaba las valijas..., ¿abandonadas?... Y cargar con ellas ni pensarlo...; el peso y los zacatonales sembrados en agua donde se congregaban aves de todos colores y tamaños a simular bordados de plumas.

Las 4 y 15...

Las 4 y 16...

Ahora hasta que no sean las 4 y media no vuelves a mirar el reloj..., ¿convenido?... , salvo que el carruaje asomara antes, porque no esperarán que entre la noche para venir a buscarte ni pretenderán los muy salvajes que te echas las maletas al hombro y emprendas la caminata por esos cerros, sin conocerlos, hasta Cerropom...

Las 4 y 20...

¿Pero no era a las 4 y media cuando ibas a mirar el reloj?... Sí, pero algo tenías que hacer antes de caer en aquel escaño hecho de troncos y ramas, y que haya a quien le gusten los muebles rústicos, que son la negación de toda comodidad...

¡Las 4 y media...!

¡Por fin, las 4 y media!...

¡Los tullidos, no..., los maestros somos los acalambrados de todas las antesalas y de todas las esperas sin esperanzas!

Las 4 y 59...

Ayer a estas horas... A estas horas, no... Un minuto más tarde... Ya eran como las cinco cuando vino a buscarte a casa de la modista, más bien a la puerta, el futuro galeno, tu futuro marido, y te invitó a rodar en automóvil.

El paseo de la despedida. En amoroso relámpago, por dónde no te llevó, quería recorrer los lugares, todos los lugares de los alrededores de la capital en que fue dichoso con... ¿Con quién?... Con quién iba a ser..., contigo..., con la ausente, la que tomó el tren, no la que se quedó en sus brazos en el momento de la despedida y que también eras tú..., aunque... cómo estar segura de que no hubiera otra en sus brazos que no fuera esa otra que eres tú..., patatata..., pataleas... ¡Esa otra, no!... ¡Esta otra, no!... ¡Ni esa otra-otra!... ¡Ni esa otra tú!... Tienes celos hasta de tu persona y qué calvario el que te espera antes que él se reciba de médico y se puedan casar o logres tu traslado a una escuela de la capital...

Ahora, sí..., las 5 de la tarde...

A estas horas empezó el peregrinaje. Por dónde no fueron a que te despidieras y te vieran, decía, te vieran los paisajes con él... Los paisajes..., los rinconcitos..., los caminos..., las sombras de los árboles..., el agua..., las peñas misteriosas... No dejaron sitio por visitar..., sitio a donde no llegaran y después de un beso a seguir rodando, veloz el auto...; veloz, más veloz, la sangre...; veloz, más veloz, el tiempo... Desde las 5 de la tarde hasta salir los luceros, kilómetros y kilómetros, a borrar distancias, a borrar el tiempo, a convertirlo todo en recado de perfume apremiante, en vibración de madera dormida...

Primero fueron golpeteándose en el auto que saltaba por el asfalto resquebrajado de la ruta que va bordeando los barrancos detrás del Hipódromo del Norte, hasta la orilla de esos inmensos abismos de pájaro y luciérnaga, fatigada, llorosa de estar entre sus brazos, le dijiste al oído: «¡El canto de los nidos me está volviendo loca!»...

Y de allí, a velocidad de kilómetro contra reloj, hasta un pueblecito de indios invisibles, alfareros y carboneros que vivían ocultos en ranchos construidos entre riscos y follajes con tantas hojas como besos en su boca calcinante... Te besaba..., te besaba... hasta carbonizarte. barro y sueño..., movimientos adormecidos... y el gusano azulado del humo que subía de las hogueras enterradas... este pueblo de humitos perdidos, neblinas crepusculares y hondas, hondísimas cañadas, rodaron por caminos de tierra que se enrollaban como cuerdas alrededor de cerros en forma de trompos, hasta asomar a lo alto de las montañas desde donde tantas veces vieron encenderse los focos de la ciudad estremecida en el fondo del valle a esas horas por las campanas del Angelus. Miles y miles de luces eléctricas abrían los ojos al mismo tiempo y el rito era estar allí y darse un beso en ese momento...

El relinchar de un caballo que pringó de sonidos el silencio. ¿Sorprendida? Estabas tan ausente que fue un volver en ti misma despedazada, palpitante, un recoger tus manos hacia tu pecho y tus sentidos, contenta, inmensamente contenta de poder decir: «¡Allí está el carruaje!...» Lo que soñabas despierta retrotrayéndote a la tarde de ayer era muy lindo, pero se esfumó, se borró en presencia del destartado

vehículo tirado por dos caballos prietos, del que se apeó un hombre que dijo llamarse Cayetano Duende, campesino de cabeza semicuadrada, estrecha frente, grandes orejas, ojos saltones y con muchos, muchos modales.

Tomó las valijas, reverencia va y reverencia viene, y te invitó a subir al coche, una tartana en la que muy aseñorada ocupaste el asiento de atrás.

—Malo el carruaje y el camino peor; si no quiere llegar molida, mejor se viene conmigo aquí adelante... —te advirtió Cayetano Duende.

—Aquí voy bien... —le contestaste en seco, nerviosa, fastidiada, deseando que arrancara lo más pronto posible para sentirte en marcha hacia tu destino. ¿Prisa por llegar?... ¿Prisa por salir de allí?... Prisa por todo. Era como ir muriendo alejarte de tu amor, y el que siente que se muere tiene prisa de todo, no sabe de qué, pero tiene prisa.

—Los *mayorías* dicen su nombre y uno los oye —reclamó el cochero, las riendas en la mano, a punto de arrancar—, y como usted no me ha dicho cómo se llama, se lo pregunto, no por preguntar, por saber su gracia.

—Malena Tabay, para servirlo...

—¡No más faltaba eso! El que está a su servicio soy yo, Cayetano Duende. ¿Y es primera vez que viene a dar clases por aquí?

—Primera vez que doy clases...

—Primera vez que da clases... Vez, pues... —aupó los caballos y arrancaron—. La escuela quizandito que le parezca... Bueno, escuela propiamente no hay. Es una gran pieza donde se dan las clases. Tal vez que le parezca, que le guste. Se mandó pintar con Zonicario Barillas. Lo de pintar fue fácil. Cal y brocha. Lo tramado estuvo en la agarrada de las goteras. Zonicario cambiaba las tejas de día y de noche se las quebraba el Sisimite... Hubo que hablarle al cura para que bendijera el cielo de ese lado que daba al tejado de la casa y que lloviera agua bendita. Y llovió agua bendita y el Sisimite se fue arañando los tejados con sus uñas de gato de fuego. No le gusta al diablo que se cojan las goteras, porque es lo que más hace renegar y blasfemar al cristiano. También se habló donde la Chanta Vega, mujer que jamás saca el cuerpo cuando se trata de quedar bien con gente principal, para lo de su hospedaje y alimentación. Allí se va a quedar, allí va a comer, allí va a estar bien, yo sé lo que le digo, pues despuesendo el hotel de Santa Lucrecia, adelante de Cerropom aquí lo más granado es lo de la Chanta Vega.

Apenas escuchaba Malena las informaciones de Cayetano Duende, pendiente de la marcha del carruaje, con las llamas de sus ojos encendidas, su pulsación cosquillosa, el viento de la tarde helado en las narices, no porque fuera veloz, como ayer el automóvil de su adorado ausente —trepaba tan despacio que una persona podía seguirlo al paso— sino por los precipicios que iba dejando atrás. Las alternativas peligrosas de aquella ruta de deslaves entre barrancos sin fondo, piedra y arena, arena y piedra, le permitían dar forma de grito al sentimiento de pavor con que iba entrando, por entre los pliegues de la cordillera, a un mundo desnudo, desierto, y

de pedregales, donde la tierra, vegetal, quemada por la erosión, se refugiaba en las más altas cumbres.

El camino, aliviado de las primeras pendientes, tal vez las más acentuadas, se deslizaba por una planicie regada de pinos, milpas secas, pajonales y ranchos abandonados, de esos que sólo se ocupan en la época de la siembra y la cosecha. Disimuladamente, al sentir que iba cayendo la tarde, Malena empezó a seguir las agujitas del reloj. Quería decirse algo que ya se decía: ¡Ayer a estas horas se encendieron todas las luces de la ciudad al mismo tiempo, y mi amor estaba conmigo! ... Pero, qué rabia..., haber desperdiciado como locos, corriendo de un lado a otro, aquella última tarde, no haberse quedado en el automóvil juntitos, más juntitos, más juntitos, sin moverse, callados, silencio e inmovilidad del amor que toca el fondo de la vida, o besándose, abrazándose, estrechándose a pérdida de aliento, sin saber cómo volver de las profundidades, entre la tortura del deseo y la caricia que no puede ir más lejos... Pero no, ¡qué hombre!, le dio por única explicación plausible y allí fue la de anular distancias, quemar en velocidad lo que sentía al despedirse de ella, la de salir a todas partes a tiempo, la de ver encenderse las luces de la ciudad, darse un beso y correr camino abajo a ver salir la luna de las aguas de un lago, desde los miradores cercanos al aeropuerto, donde las matas de los maizales secos, sacudidos por el viento, sonaban como hélices de aviones.

Había oscurecido, pero la tarde quedaba latente, mineral, lustrosa, porosidad de luz de piedra que se corta. Malena trató de destaparse los oídos golpeando las palmas de sus manos sobre los helados pabellones de sus orejas. La altura la traía sorda y escuchaba muy lejos la voz de Cayetano Duende.

—¡Ea, niña!... —ella lo alcanzó a ver y había crecido en la oscuridad, como todos los cerros.

—Sí, niña, soy un cerro parlante —le adivinó el pensamiento— y por eso ahora que está oscuro, sólo yo voy a hablar.

Malena sintió que desaparecía en el asiento, irremediadamente, moviendo los dedos como manojos de llaves frías.

—+++Todo, niña, lo va a poder abrir con esas llaves —adivinó el cochero su sensación—, si no se olvida de Cayetano Duende —¡qué lejos, qué remota escuchaba su voz que salía de su cabeza de cerro!—; sus dedos son las llaves de esos abujeros... —y señaló las estrellas.

Los caballos empolvados de los cascos a las crines parecían de piedra y de piedra el sonido de las ruedas del carruaje.

Malena indagó si ya estarían cerca de Cerropom.

—Lumbre bonita se va a vistear ya mero —contestó Cayetano Duende.

Medio dormida, Malena le oía la voz de cerro.

—¿Las luces de Cerropom? —inquirió ella.

—No, niña, las luces, el lucerío de Cerropom todavía no. La lumbrera que se está empezando a vistear es del Cerro Brilloso. Junte los ojos para allá y vea qué le parece

tanto brillo. ¡Si Cerropom huele que perfuma, este Cerro Brilloso da lumbraje de lucero negro! Y nada es lo que brilla, si yo le cuentara lo que esconde... De Cerro Brilloso es aquella historia del hombre que pasó un año sin cabeza. Se la voy contar: el Cerro Brilloso se abre y se cierra todos los primeros de año.

+++ Hay mucha riqueza allí. Y por aquí vivían dos compadres. Yo los conocí. Uno de ellos resultó rico de la noche a la mañana. Halló entierro murmuraban unos; hace aguardiente en una gran clandestina murmuraban otros; y no faltó quien asegurara que era contrabandista, aunque lo más probable es que le hubiera vendido el alma al diablo.

Y qué va lo que fue. Se logró colar en el Cerro Brilloso y de allí salió con un tesoro de monedas de oro que pesaba tanto, tanto, que como dos días y medio estuvo acarreándolo a su casa. «Es maíz amarillo», no más decía a los que le preguntaban, pero qué maíz amarillo maíz de oro. Grande fue su riqueza, y como el dinero y el amor se lucen, no pueden estar ocultos, empezó a mercar buena ropa para él y su mujer y sus hijos, a comprar tierras y ganado, y a dar fiestas; gastaba en grande. Su compadre Jutiperto Arteaga le preguntaba cómo había hecho. Al fin le dijo. «Pues me vas a llevar», le pidió Arteaga, «porque es muy feo eso de compadre pobre y compadre rico». «Pues sí, te voy a llevar», le contestó aquél, «te voy a llevar el último día del año, a las doce de la noche en punto, para que amanezcas al día siguiente bien rico, tal vez más rico que yo». Y así se hizo. Se despidieron los compadres de sus mujeres y se fueron a la entrada del Cerro Brilloso. «Compadre», le dijo el que ya era rico, «hay una condición. No perder la cabeza». «Y para eso», le preguntó el compadre pobre, «¿qué debo hacer? Me vas a decir». «Sí, te voy a decir. No vas a volverte a mirar ni de un lado ni de otro. Te van a llamar por tu nombre y no vas a contestar. Te van a tocar un buen son y no vas a bailar. Te van a asustar con un lagartón que echa agua por los ojos y no te vas a asustar, no te va importar. Recto vas a entrar y después de agarrar tu riqueza, recto vas a salir». Y así instruido y muy recomendado, a las doce en punto de la noche, al abrirse la puerta del Cerro Brilloso, se entró el compadre pobre y el compadre rico se quedó esperando con un puro en la boca, calculando que al acabarse el puro, el compadre debía salir. Pero se acabó el puro, ceniza y humo se hizo, y el compadre pobre no salió. Con ruido de retumbo se volvió a cerrar la puerta y dentro se quedó el compadre. «¡Ay, comadre», volvió el compadre rico con la mala nueva, «mi compadrito se quedó adentro, no salió, a saber qué le pasó»... La mujer, triste, vino a estar palpando el Cerro Brilloso, lloraba y le pedía que le devolviera a su hombre, al padre de sus hijos. Pero el Cerro Brilloso es sordo, porque es un cerro muy rico. Y lo primero, para ser rico, es volverse sordo. Al necesitado, no se oye; al amigo que pide prestado, no se oye; al que se quiere regalar a costa de uno, no se oye... ¿Qué hacemos? No le puedo andar su novenario de ánimas porque no sé si está vivo, y no puedo dejarlo así como así, porque si está muerto por allí me espanta, en reclamo de que no atiende su memoria. «Pues, comadre, esperemos», es que le dijo el compadre rico. «Al finar el año, cuando se

abra otra vez la puerta, vamos a ir juntos y tal vez que sepamos el paradero del compadre.» Largos, interminables se hicieron los meses, hasta que por fin llegó el día de ir a Cerro Brilloso. Desde muy temprano de la tarde estaban, la comadre y el compadre, en espera de que la puerta se abriera. Trajeron sus bastimentos para no tener hambre y no desear nada. Salió la luna con su gran conejo en la cara a repartir conejitos entre los cerros, unos conejitos raros, de orejas de caracol de donde salían saltando otros conejos. Por fin las doce... «¡Comadre, ya va advertida!» le respiró encima el compadre rico, oyendo que la puerta se abría. Y entraron y vieron y por la ropa conocieron que era el compadre y más luego fue su mujer a mirarlo por delante, sólo que al entificarlo estuvo a punto de caer patas arriba, si no la sostienen los fustantes almidonados y la advertencia que llevaba del compadre rico. Su marido tenía la cabeza en las manos. Sin pérdida de tiempo, el compadre rico se la arrebató y se la puso en su lugar. Y aquél, después de algunos movimientos, como si le apretara el cuello de la camisa o hubiera tenido el pescuezo tieso, retrocedió con ellos hasta salir. «¿Qué tal?», fue lo primero que les dijo y luego agregó: «Hace un ratito que entré y perdí la cabeza». «¿Hace un ratito?», le lloró la mujer. «¡Hace un año, hace un año, Jutiperto!» Y efectivamente, lo que pasó fue que al encontrarse rico y oír tocar el son, se sintió tan contento que empezó a bailar, y en una de éstas, perdió la cabeza, y en lo que le pareció un ratito, había pasado un año...

Habían dominado la cumbre y al parecer empezaba el descenso que no debía durar mucho. Cerropom era la más alta ventana, de ese lado de la cordillera, sobre el Océano Pacífico, cuyas aguas alcanzaban a verse en los días muy claros.

Por una callejuela de lajas y piedras que todavía era camino, bien que en las esquinas, sobre cercos y ranchos colgaban los focos del alumbrado público, entraron a Cerropom despuesito de las siete de la noche, más o menos. Cómo más o menos, si ella tenía su reloj de pulsera. Las siete y treinta y ocho minutos eran exacta, exactamente, cuando Malena Tabay bajó del carruaje a la puerta de la pensión en que sería huésped principal, rodeada de las autoridades que la saludaban, la gente del pueblo que le sonreía y niños que le ofrecían flores, bajó sacudiéndose el vestido. Estaba literalmente bajo una máscara de polvo.

Cayetano Duende saltó para tomar los caballos de la brida, no fuera a varajustar el potro canelo que estaba medio entero, y al apaciguarse la bulla de la gente entró a dejar las valijas y a despedirse de la señorita Tabay. Más advertencias que adioses.

—No se vaya a olvidar de Cayetano Duende, el cochero que la trajo en el carruaje, el que para que no sintiera el camino tan largo, le hizo fingimiento de cosas. Sé que va decir que Cayetano Duende, es duende, y va a oír decir que Cayetano Duende es duende, pero no va a saber si es o no es, porque esas cosas no se saben... y un día voy a venir a llevarla a los baños de vapor de la Zanja Grande, y a los Cerros-palomos, donde el eco del viento se enreda en unas cuevas, y sonajea con arrullo de paloma. A su servicio, señorita, a su servicio... Al salir el cochero, un mensajero le entregó un telegrama,

No con goma, con cola le pareció que venía pegado, tal fue el apuro que puso al abrirlo. Mi amor, pensaba, mi dulce amor... Y leyó:

«Sin querer me dejó algo suyo. Gracias, Mondragón.»

Alegrón de qué le habían dado. Ese mensaje no era para ella. No conocía a ningún Mondragón ni sabía de qué se trataba. Sin embargo, mi nombre, Malena Tabay, y su dirección, Escuela Nacional, Cerropóm, eran correctos. Y ya salía tras el mensajero a devolvérselo, cuando recordó al señor del tren. Tal vez se llamaba así. En su bolso tenía la tarjeta. Efectivamente: Juan Pablo Mondragón.

«Telegrama doble urgente... Puerto de San José... Sin querer me dejó algo suyo. Gracias, Mondragón...»

Las camelias rojas que se había prendido en el pecho...

—Trae el corazón de fuera —le había dicho aquél.

La mano derecha en el anca y a la izquierda abarcando con todo el brazo a un crío que berreaba y pataleaba, detúvose la Chanta Vega a esperar a la recién llegada, bajo el foco que alumbraba la intersección del zaguán y el corredor. De lejos se les ve la pinta.

—¡Sho, patojo baboso, no dejás hablar! ¡Infeliz! ¡Gritón!... —se soltó la Chanta Vega para acallar al chico y luego con la amabilidad de su miseria malsana y triste, tras subirse los cabellos desflecados, añadió—: Por aquí, señorita, por aquí le voy a mostrar su cuarto.

Malena Tabay la siguió con sus valijas por un corredor que daba a una habitación bastante amplia, amplísima para el foco miserable que la alumbraba. Una cama baja, una mesa pequeña al lado de la cama, una repisa larga al pie de un espejo, el lavabo, consistente en una palangana y una jarra de agua en una trébede, una estera a medio cuarto, y una capotera.

Malena levantó disimuladamente la colcha de floronas amarillas sobre campo celeste, tratando de ver las sábanas y el colchón.

—Todo es nuevo... —se interrumpió la Chanta por cerrar la puerta al crío que pretendía entrar gateando y que al quedarse fuera se deshizo en berridos—, nuevecito, las sábanas, el colchón, las fundas, pero usted lo mejorará, si le parece, y si trae apetito, ya le puedo servir: tengo sopa y caldo, chilaquitas y platanitos en miel.

Al quedar a solas, Malena Tabay se desplomó en la cama. Se cubrió la cara con las manos y así estuvo largo rato. ¿De qué se quejaba, si ella había escogido aquel camino? Ella, no. La vida. Sus padres no tenían dinero y eran muchos de familia. Hubo de lanzarse al aprendizaje más corto y al que más pronto producía: *Maestra*. ¿Vocación?... Hace tiempo que esa palabra, en su forma teórica, sirve como tema de conferencias, se oye hablar de ella en la misa, por aquello de las «escasas vocaciones sacerdotales», es motivo obligado del editorial de la «Revista del Magisterio», ponencia trascendental de los congresos de Educación, porque en su forma práctica, se confunde con la necesidad. En la vocación hay inclinación, en la necesidad hay imperio. El que tiene medios económicos puede escoger, le es permitido el lujo de la

vocación. El que carece de bienes y dinero y tiene que subsistir con cierto decoro, acepta, se inclina, besa el yugo inhumano que le imponen.

Sacó los ojos de sus dedos y quedóse mirando el piso mucho tiempo. Había tan poca luz y tanta sombra en su corazón...

Sacudió la cabeza se puso de pie y fue hacia la palangana que llenó de agua, la trébede también parecía nueva. Se lavó las manos, se miró en el espejo y se vio como si se tratara de una aparecida y, antes de salir hacia el comedor, recogió el sombrero de paja de Italia de la cama se había sentado en él— y lo colgó en la capotera un poco al tanteo, con la mano sin tacto, como dormida.

—Aposéntese en ese banquito de tres patas; es el más seguro y trae buena suerte. Con decirle que allí estaba aposentado el mayor Eliso Lobos, hombrón ese, cuando recibió la noticia de su ascenso. Sientese y coma, mientras... ve qué arregla, porque se ve que está a disgusto. Por allí le puse en agua, las flores que le trajeron de bienvenida

—No, no es que no esté a gusto. Lo que pasa es que extraño las comodidades de casa.

—Y tiene razón. Gente tan fina traída aquí para enseñar a estos +++ litos. ¡Sea por Dios! Por eso no duran las profesoras. La última que vino se frunció el día que llegó y se fue fruncida. «¡A mí», decía, no me han educado para esto...!» Y eso dirá usted y con mucha razón.

Pues yo, al contrario, creo que la... (necesidad iba a decir), vocación me obligará a quedarme...

¿Tiene sus padres vivos?

—Sí...

¿Y cómo la dejaron salir a dar clases tan jovencita y a un lugar un repartado? Se lo deben ofrecer a todas las maistras y ninguna agarra viaje y cuando alguna llega a venir, se va hecha un basilisco: hasta en eso se conoce que es jovencita, porque, cuánto se le puede hechar..., 19 años...

—Cumplidos...

—No los representa...

—Esos también son *cumplidos*...

—¡No, no, yo dije 19, por no decir 20!... ¿Y tiene más hermanos?...

—Siete más pequeños que yo. Y su chiquitín —siguió Malena por cambiar de conversación, para no seguirse confesando—, ¿cómo se llama?

—Decí cómo te llamas, vos... ¡Pobrecito, 'ta muy chiquito pa'hablar! Se llama Poncio, no por Poncio Pilatos, Dios guarde, sino por Poncio Suasnavar, su mero hacedor, pues en el registro *vil* le aparece el que no es su hacedor sino su padre, Paulino Panzos... ¡Casi nada, verdad, m'hijo, hecho con cuatro huevos!

—¿Y con qué nombre está en el Registro Civil?

—En el registro *vil* está apuntado con el pelativo de Panzos.

El chiquitín venía gateando de cajete, la piernita a rastras. La Chanla lo levantó de

las manitas y se lo llevó a limpiarle el trasero.

—¡Cochinote, cuándo aprenderá a sentarse! ¡Eso no se hace! ¡lo voy a ir a lavar y lo acuesto! ¡Pobre hijo, quién lo salvará de la vida!... —y volviéndose a la profesora, le dijo: —¡Vea si se repite sopita y caldo, mientras le traigo sus chilaquilas!...

Malena quedó a solas con los ojos en la bombilla, pecosa de las moscas que tampoco aprendían a *sentarse*, los dedos de la mano derecha tecleando la mesa y en el oído con la música de la «Donna c mobile», este fraseado:

—...*Don automovilé,
cual pluma al viento...*

Esa noche le escribiría al acabar de comer, a *don automovilé cual pluma al viento*, contándole sus impresiones del primer día de ausencia, lejos de él, de la pérdida de las camelias, y del chasco del telegrama que abrió creyendo que era suyo, y se le cayeron los brazos al leer que era de un tal Mondragón, a quien vio en el tren, pero no recordaba cómo era. Juan Pablo Mondragón... No, no recordaba... Allá lejos..., una cara angulosa, achinado, con los labios muy finos...

La Chanta le trajo las chilaquilas nadando en caldillo de tomate, como barquitos de papel. Tortillas de maíz, dobladas a la mitad, con queso fresco dentro, envueltas en huevo y fritas. Y después de las chilaquilas, los plátanos fritos sacaditos del fuego, brillantes de manteca de cerdo, y reclamando el aguamiel que venía en un recipiente con un hisopo hecho de tuza desflecada.

—Le voy a dar mi parecer... —asentó al entrar—, sírvase y coma... Como que me llamo Chanta Vega Solís —tal vez por eso me decían la «Solissitatada»—, que si usted, señorita, hace el arresto de quedarse aquí, no se va más... —lucía la fila de sus hermosos dientes blancos tras los labios carnosos—, y se lo esclarezco por experiencia propia y por lo que he visto. La que de entrada no hace el ánimo recto de irse se queda en estos cerros de un día para otro, que, cuando se viene a dar cuenta, ha sido de un año para otro, de un año para otro... No sé si usted huma... Voy a encender esta mi chenca... Véngase conmigo para la cocina... Uno es y existe sin tiempo en estos cerros... —continuó la Chanta Vega al entrar en la cocina y apoyar la punta de su cigarrillo, medio mascado, en una brasa—. Y ese Cayetano Duende que la trajo en el carruaje, no por no dejar se llama Duende, y bayunco, como usted lo ve, sabe explicar mejor que ninguno, lo que le estoy contando que uno es aquí: un ser sin tiempo...

—Algo así como los arrebatos de los santos —opinó Malena.

—Algo así como estar en el infinito, explica Cayetano Duende. A mí, qué le parece a usted, vieja como soy, me da miedo lo que dice, miedo de criatura, y me quisiera ir de estos cerros, a esos lugares en que el tiempo pasa, pues como humanos que somos queremos que el tiempo exista... ¡Me desespera el señor Cayetano!... ¡Me va a volver loca!... ¡Sus ojos de ahorcado! ¡Su cabezota llena de fluidos!... ¡No, no, señorita, no se quede aquí, váyase mañana mismo, como todas las profesoras que se han salvado sin saber lo que les esperaba, porque no esperaron razón, se fueron!...

¡Qué les esperaba..., vivir sumergidas en esta claridad de los cerros, sin conciencia, al sol, como los garrobos!

—Cálmese..., hablaremos mañana..., le dije que me quedaba porque hay un sentimiento profesional...

—Y porque Cayetano Duende la trajo en el carruaje y es ahí donde empieza el maleficio. A mí también me trajo hace una pila de años que allá fuera diz que han pasado, entre estos cerros, no... ¡Ni el chino, con ser chino, se pudo ir de aquí! Allí está, viejo y transparente, hable con él y verá que no le miento.

—¿Y todo esto, perdóneme, se lo dijo usted a las otras profesoras?

—No hubo necesidad. Al solo darse cuenta que venían a enterrarse a estos montes sin pasado, presente ni porvenir, se fueron más corriendo que andando. Pero usted dice que se va a quedar aquí. Por eso hice la fuerza de hablarle y descorazonarla. Quiero que esté advertida y que si mañana se arrepiente, memore que la Chanta Vega se lo hizo ver.

VIII

—Y de esto hace once años... —golpeaba el lápiz en su escritorio, nerviosamente. Diríase que añadía aquella pulsación al tic-tac solemne del reloj de la dirección, como picoteando con la punta del lápiz los minutos.

—Once años... —repitió.

—¿Arrepentida?...

Suspiró, sin saber qué contestar luego se puso de pie, tan alta como era, y le tendió la mano al jefe de la Zona Caminera de Entrecerros, al que había conocido casualmente en el tren que la trajo hace... once años.

—Perdone si he prolongado esta visita —dijo aquél, a la pesca del casco que había dejado sobre una de las sillas—, pero estoy tan contento, ha sido tan grata la sorpresa...

Encaminóse hacia la salida y prosiguió:

—¡Tan grata..., tan grata! Espero que alguna vez nos hará el honor de visitar nuestro Campamento. No está muy lejos de Cerropom y no hay mucho que ver, pero nosotros la veremos a usted. ¡Y me voy antes que me vaya a preguntar por sus camelias!

—Se habrán secado después de once años... —dijo Malena; su impasible cara de barro no traicionó la ráfaga de desesperación momentánea que aquel recuerdo le causaba—. Pero, nadie lo está espantando... —arrepintióse ella de haber cortado la visita—, si tiene tiempo le quiero enseñar mi escuela.

—Es un hermoso edificio...

—¡No me diga que le gusta! Se construyó a iniciativa mía y un poco con mis ideas; por eso dije «mi escuela». Cuando llegué a Cerropom no había escuela. Se daban las clases en una sola pieza. Autoridades y vecinos aportaron los medios. Me alié con el párroco del Calvario (aquí no hay más iglesia que el Calvario, qué simbólico, ¿verdad?; en estos cerros todo es cuesta arriba) y hacíamos kermesses y de lo que se sacaba, descontados gastos, tomábamos, él la mitad para la reconstrucción de la iglesia, y yo la mitad para edificar esta escuela.

—Les llevaría mucho tiempo...

—No sé. El tiempo aquí no cuenta, no existe, y por eso cuando una envejece, lo sabe porque los otros se lo dicen...

—No, yo no he querido decir que es usted vieja, pero un edificio así y recaudando los medios con kermesses...

—De su galantería me dio suficientes pruebas el día que lo conocí en el tren. Déjeme seguirle explicando lo del tiempo; como recién llegado, le interesará saber que aquí no existe... Bueno, ¿explicarle?... Es inexplicable. Cuando vine, el mismo día de mi llegada me advirtió una mujer en cuya casa me hospedaron, se llamaba, o se llama, porque todavía vive, Chanta Vega. Debe ser Chenta diminutivo de Vicenta pero aquí dicen Chanta. Según ella, el cochero que me trajo de la estación al pueblo,

Cayetano Duende, era el que más sabía del tiempo infinito, del tiempo que no existe, tiempo en el que el ser queda sumergido como en un sueño.

Malena guardó silencio, como sorprendida de sus palabras, con ese callar hacia adentro de los cerros, mientras aquél, mirándola a los ojos, entre incrédulo y convencido buscaba el equivalente de la explicación en su lenguaje.

—Sí, parece que no ha pasado el tiempo...

—¡No parece! —rectificó ella vehemente—, no ha pasado...

—Muy bien, no ha pasado, por eso la eternidad dicen que es no encontrarse como uno se encontraba, y la estoy viendo, como la vi la primera vez en el tren, bajo un gran sombrero de ala amarilla, vestido sastre color de humo y en el pecho...

—El corazón de fuera...

—¡Qué bien se acuerda! Se lo dije por las camelias, que eran de un rojo tan encendido...

—¡Usted es el que cómo se fijó en mí!

—Me la aprendí de memoria... Lo malo es que el tren se detuvo en la milla 177...

—Como detener un río para que bajara una sirena...

—¡Pero, cómo se acuerda..., se le grabaron mis palabras!

—Yo también tengo memoria; pero volvamos a lo que le explicaba de la inmovilidad del tiempo en estos cerros. Déjeme que le cuente como se llega a no existir existiendo. Experiencia personal. Al principio se experimenta un gran desasosiego, espantoso, una verdadera agonía. Según Cayetano Duende, está muriendo en la persona el ser que vive diariamente y que diariamente muere, y al que sustituye el ser que ya no vive ni muere, que es, y es, y es...

—Algo de lo que logran los yoguis en la India...

—Otra cosa. Esas son prácticas individuales. Aquí también existen los que comen hongos de sol-naranja, hongos que inmovilizan la sangre en el punto que empieza la vida, según ellos, la prueba es heroica porque la mayoría muere o se vuelven locos, y los que consumen el cactus negro del ombligo de la tierra que traen desde muy lejos que les sirve para no rodarse de los cerros, mientras siembran,

calzan o cosechan sus milpas. Pero éstos son casos individuales y a lo que yo me refería es a la colectiva inanición ambiente por falta de un mecanismo que los haga vivir en el tiempo nuestro. Y por eso observará usted que yo trato de mecanizar al máximo el tiempo en la escuela. Por todos lados verá usted relojes, en las clases, en la dirección, en la sala de estudios, en el patio, en la portería, pues, para mí lo primero que hay que hacer aquí, es mecanizarle el tiempo a esta gente; lo primero y... lo último que le digo, porque ya va a ser la una tengo que almorzar; a las 2 de la tarde vuelven las alumnas...

—Antes de irme, una pregunta, ¿se acuerda de mi nombre?...

—Mondragón... Se me quedó por el telegrama que me mandó...

—Mi apellido, pero mi nombre...

—Sé su nombre, pero no me acuerdo...

—Juan Pablo, como Marat...

—Jacobino!

—¡Mejor que Girondino!

—¿Quién le ha dicho?... —cortó ella—. ¡Más jacobina que usted!... Pero Juan Pablo Mondragón echaba a andar el «jeep» y no la oyó. Las violentas sacudidas de aquel vehículo de trabajo en el que la persona o personas que lo ocupaban, se tornaban rígidas, no derramaba de su cabeza poblada de pensamientos dispares, contradictorios, uno solo de estos pensamientos, y tan pronto la veía bachillera como simple, práctica como quimerista, pretenciosa como humilde, desencantada como madura para nuevos encantamientos, ideas que se fragmentaban al particularizar sobre su rostro que era un rostro común con la piel y los rasgos afinados entre los empujones de la sangre y el viento de las montañas de piedra, sus ojos auditivos, oyentes, no hechos sólo para mirar y su boca de labios gruesos con un rictus de hegemonía triste. Y entre este bullir de pensamientos y fragmentarse de ideas, el apresurado hacer planes para no dejarla escapar... ¡No, no habría más la milla 177..., la vida no se pararía como el tren para que se bajara! Iban en el mismo vagón, entre los cerros, sin tiempo... El había arrastrado ya mucha existencia, sin gastarse, como los ríos en que van sirenas, arenas, y todo lo que todos arrojan a su corriente, y el amor hería su costado, ciego como Longinos... ¿Por qué aquella chica graciosa, aquella estampa de figurín de modas que viajaba en el tren, hace once años, se quedó allí sepultada, igual que esas vírgenes que los indios sepultan en las alturas para que las cubra la nieve?... Allí empezaba el enigma...

Pero ya se aproximaba al campamento que hormigueaba de peones camineros, maestros de obras, ayudantes, mecánicos, como tantas veces más volvería en el futuro del «frente» —¿no es el amor una batalla?—, perdido en el ruido de sus pensamientos, después de haber estado con ella ora en el recinto de su pequeña biblioteca, donde, poco a poco, habían pasado a la fila de los invisibles los libros de versos, novelas, ensayos, antologías, ocultos por la avalancha de los manuales prácticos, tratados de zootecnia botánica, veterinaria, primeros auxilios y obstetricia; ora en una galería interior, donde tenía improvisado un comedorcito infantil de treinta puestos, quince y quince en una sola mesa para darles café con leche y tortilla de maíz, o pan cuando había, a los alumnos que llegaban a la escuela, visitando con ella un taller también improvisado, donde un indio, habilísimo tallador y modelador, enseñaba, no estas artes, habría sido mucho pedir, sino algo más útil y sencillo, la fabricación de trastos de barro, a todos los que deseaban aprender, que eran muchos, tanto que dentro de poco ya no daría abasto aquella improvisada instalación...

—Y a ese escultor lo conocí —hablaba ella—, ¡ay, si le dijera, si le dijera cómo lo conocí! Esa tarde, hasta bien entrada la tarde, me quedé en el Cerro Vertical contemplando el mar... tan lejano. No sé, pero a mí me resulta dolorosa la visión del mar desde estas alturas y a la distancia de la falta de platita para poder viajar. Tenía el

infinito la evaporación de fuego azul que sube de la extendida e impecable lámina marina, y tanta inmensidad se acerca desde el Cerro Vertical, que coronas de pámpanos semejan los robles y pinos gigantescos en las recortadas cabezas de los otros cerros, emergiendo de las nubes, como de túnicas de espuma...

—¿Y allí lo conoció? —preguntó Mondragón, ligeramente pálido, con la voz que traicionaba sus sentimientos. ¿Quién podía ser aquel hombre, aquel escultor, aquel artista para ser digno de semejante panorama?

Malena libró el brazo que Mondragón le apretaba, en espera de su respuesta, entre amistoso e imperativo.

—No, a «mi» escultor lo conocí ese día, pero no allí —el «mi» lo clavó como una espina por dar rienda suelta a su instinto de gata que juega con el ratón— pero evoqué la visión del mar, desde el Cerro Vertical —nunca lo vi más bello— porque fue lo que señaló ese día, para mí inolvidable.

Mondragón encendió un cigarrillo y se puso a fumar, a fumar, a fumar, por no concluir allí mismo destruyendo a manotazos y puntapiés los cacharros de barro fresco, los cocidos, el horno, los bancos, como había acabado aquella vez con las jaulas de Roncoy Domínguez, para dar libertad a los pájaros.

Lo conocí en un corralón de carretas —siguió ella—. De regreso del Cerro Vertical di un rodeo y al pasar por aquel sitio llamó mi atención un bulto que se movía entre basuras y estiércol. Creí que era un animal. «Es Popoluca...», me informó una mujer con cara de batracio, que estaba cerca. «¿Y qué es Popoluca?», le pregunté... «Popoluca!»..., me contestó. Me llegué al bulto y era un hombre viejo, barbudo, con el pelo tan largo como el de una mujer, vestido de harapos podridos, descalzo, durmiendo entre la basura. «Popoluca no se mueve», agregó la mujer; «allí se está, y está, y de allí nadie lo saca, lo invaden las moscas caminadoras, azules, verdes, rojizas, negras, le caminan por encima, y Popoluca no se mueve; lo recorren rios de hormigas, se le meten entre las barbas, hasta le llevan las barbas que se arranca cuando se rasca, creyendo que son yerbitas, y Popoluca no se mueve; los zompopos, más vivos, se le meten por la boca y le despegan los pedazos de comida de entre las encías y los dientes, y Popoluca no se mueve: las moscas volanderas se afilan las alitas en sus pestañas, una vez se le metió un grillo en la nariz y allí estuvo cantando ratos y ratos y Popoluca sin moverse... No se mueve y no se mueve, y no da señales de vida hasta que vuelven las carretas renqueando, vacías; las carretas sólo cuando están llenas caminan bien,

cuando vuelven de vacías, renquean. Entonces, al oír entrar las carretas, Popoluca se levanta, da un salto increíble a su edad, se golpea las manos en los muslos, levanta los brazos para estirarse, hace como tirabuzón de remolino de basura en el aire, abre bien los ojos, y no sólo las moscas, las hormigas, los zompopos, los grillos, los piojos, las pulgas, las niguas, se espantan, sino las gallinas, los pollitos, las palomas, las ovejas y perros que se echan a dormir a su calor. Bosteza bien y luego se va con andadito de pieses que sólo apoyan la punta, a preguntar a los carreteros si estaba

abierto el paso para el Cerro de los Idolos había camino pero se lo tragó el abismo y donde él decía que tenían escondidas las esculturas que le robaron, y a las que sólo volvía a ver, como en sueños, recostado en las materias *más peores*, durmiera o no durmiera, pero inmóvil». Y ahí fue como encontré a mi escultor, a Popoluca.

Mondragón se la hubiera querido comer del gusto. La abarcó con los brazos, mientras le decía:

—Habría que curarlo. Ese hombre estaba loco...

—No, señor caminero, no hubo que curarlo ni estaba loco —y al verse rodeada por los brazos de Mondragón, apartóse suavemente,

antes de añadir: —Se le dieron los medios de trabajar en su oficio y allí lo tiene, éste es ahora su taller, de maestro de pequeños alfareros que yo llamo los «popoluquitas».

—No sé, hay personas, Malena, que no sabe uno si las quiere o las admira. Con usted me pasa: ¿la quiero?... ¿la admiro?

—Quereme como amigo y admirarme como nada, lo que hago lo puede hacer todo el mundo. Pero tenga las manos quietitas —le tomó las manos que había apoyado sobre sus hombros con peso de caricia se las juntó, y celando con una de sus manos que no volvieran a volar a sus hombros, le dijo: —Voy a darle el secreto de mi buen éxito. Si es capaz de guardar un secreto...

—Igual que una tumba...

—¡Hacer las cosas! Y ni siquiera hacerlas, empezar a hacerlas. Vea usted, tomé a dos alumnas, entre las más grandecitas, para organizar una biblioteca infantil. Las chicas jamás habían visto una biblioteca infantil, y yo tenía ideas generales. Bueno, pues conseguimos los libros y allí está funcionando. Después, para perfeccionar su funcionamiento, hemos estudiado con ellas el asunto ficheros, clasificación...

—Hacer las cosas, pero con un plan...

—Desde luego —contestó Malena—; yo aquí me he propuesto preparar una nueva generación de indias montañesas, con todas las dificultades que da trabajar con un material humano empobrecido física y materialmente, que come una vez al día cuando come. El trabajo que costó hacer desayunar a las chicas: «No como —decían algunas, las más pobrecitas— porque me acostumbro». Antes estaban juntos hombres y mujeres, pero creo que los separaron y crearon la escuela de varones, porque mis alumnos salían muy alzados y ya no se los llevaban a trabajar a otras partes como corderos, exigían contrato, seguridades y varios fueron a parar a la cárcel por rebeldes.

—¡Cien profesoras como usted!

—¿Para qué, para transformar esto en cárcel o cementerio? Educando hombres así, tendrían que multiplicar las cárceles y ampliar los cementerios.

Se dejó besar las manos por Mondragón.

—Sí, Monsieur Jean Paul, más jacobina que usted, que en caminos trabaja con cuadrillas de peones que no reciben jornal y tienen que pagarse ellos la comida...

—Se eximirían, si pagaran el boleto de vialidad...

—Bien sabe usted que eso es mentira, aunque lo pagaran tendrían que ir cuarenta días a los trabajos camineros.

—Una de las causas del gran descontento que hay —expresó Mondragón e insensiblemente volvió la cabeza a un lado y otro y encogió la espalda.

—No tenga cuidado, una escuelita insignificante como ésta, olvidada en estos cerros, es el lugar más seguro para conspirar...

Mondragón se dio cuenta, por el tono con que lo dijo, de la verdadera intención de su frase, reprocharle su cobardía por haberse vuelto a mirar a todas partes, cuando formuló aquella tímida objeción a la política del gobierno. Sin embargo, el corazón le latía, todo él estaba tenso. Le preocupaban dos cosas: que fuera ella, el ser que ahora más adoraba, a estar en una conspiración, o que él se hubiera traicionado con algún gesto, con alguna palabra. Más fue por ella por lo que se sintió aterrado, sin poder reaccionar. Por otra parte,

comprendió que se estaba traicionando como un estúpido.

—¿Qué le pasó? —apoyó Malena su mano tibia sobre sus manos frías, asomando a sus pupilas, por primera vez, dos inmensos cariños, dos inmensas ansias, dos inmensos ojos.

—Malen —así la llamaba él en sus soliloquios y ahora ya la llamaría así siempre —, no vuelva a decir esa palabra...

—¿Tan grave es?

—Pululan los espías, y por menos hay mucha gente en la cárcel.

—No fue por eso por lo que usted se puso así: cambió de color, se le trizó la voz y se puso a sudar fríos.

—Es verdad...

—¡Dígale entonces a Malen..., Juan Pablo, no me lo oculte, dígame que hay esperanzas! Algo sabe usted, en algo está y no quiere hablar.

—Nada de lo que usted se imagina...

—Yo no me imagino nada, pero quiero que usted me lo diga... Estamos tan humillados, que oír hablar es sentir que se vuelve a la vida...

—Malen, fue por usted por quien yo temblé...

—¿Por mí?

—Esa palabra, y su manera de hablar, hacían evidente que andaba usted metida en cosas políticas.

Ella guardó silencio. Algo quiso decir, pero las palabras quedaron en mis labios y su gesto evasivo acabó de inquietar a Mondragón.

—Después de la palabra «conspiración» pronunciada por usted en forma tan inesperada, temí...

—Que fuera a comprometerlo...

A lo lejos se oían los ruidos de la calle. Malena le tomó las manos como para sellar un pacto, murmurando:

—Entre los camineros, en su Campamento, podemos hacer algo...

Debe haber muy buen elemento...

—Yo Malen, me puedo comprometer, pero no puedo comprometer a mis compañeros.

—Ellos no se negarán...

—¡Cómo no se van a negar!... ¿Y quién les hablaría?...

—Yo...

—¿Usted?... —liberó sus manos de las de Malena y la tomó de los dos brazos, sacudiéndola, mirándola a los ojos, mientras le decía:

—La delatarían, y los que no, son casados tienen sus hijos... ¿O cree, usted, Malen, que cualquiera se embarca en un viaje con sólo dos salidas: el poder o la muerte?...

—Pero, ¿de qué diablos está usted hablando?

—¡De lo que usted está hablando!...

—Le decía yo que me ayudara a complotar en su campamento...

—Eso me decía...

—Para abrir una escuela nocturna destinada a los peones adultos...

—Malen —se sintió desarmado Mondragón—, ¡qué mal rato me hizo pasar!... — y mientras éste trataba de ocultar su cabeza junto a su pecho, ella se levantó, aún sostuvo, ya alejándose, aquella pesada cabeza de cabellos ensortijados, y desde la puerta le dijo: —Monsieur Joan Paul, si quiere, hago pasar a Carlota—. Y avanzó ella, simulando que era Carlota Corday, con un cortapapel en la mano.

Iba y venía al campamento perdido en el ruido de sus pensamientos amorosos, apasionados por Malena, que ya se dejaba rodear por sus brazos, que consentía que entre sus cabellos se perdieran sus manos, como en una música de hilos de sueño y se preparaba mentalmente a recibirla en su pabellón, disponiendo cómo debía colocar los pocos muebles que tenía. ¡Sí, sí, debía pedir a la capital unas camelias rojas! ¿Vino?... ¿Whisky?... Con una botella de cada cosa. Unos sandwiches o tortillitas con queso... por allí se conseguían. Pero todo aquel concurrir de sus sentidos a forjar las ideas más amables sobre la visita de Malena al Campamento, se perdía, cesaba la bulla del amor en su cabeza, y empezaba a cavilar en lo que ya no pensaba desde que conoció, o reconoció a Malena, su novia del tren, como la llamaba a solas, su noviecita de diecinueve años —treinta años tenía ahora— en lo del complot. Ella fue la que quién sabe si adivinando o porque el pensamiento se transmite, soltó aquello de «aquí, en esta escuelita, perdida entre altos cerros, se puede conspirar» más o menos eso dijo aunque después lo derivara todo hacia una inocente escuela nocturna para adultos allí en el campamento de caminos, tan peligrosa, a los ojos de las autoridades como cualquier conspiración. Pero ya llegaba. Las últimas vueltas en camino tallado en la roca viva y la explanada donde se miraban los fogaroncitos encendidos por los peones, alas de sombreros blancuzcos y sombras de hombres acucillados en derredor del tostarse de las tortillas en las brasas, el hervir del café en

las jarrillas, y el tufo de alguna pierna de venado, de cochemonte, de armado, de gallina, de algo más comestible, masticable.

¡Eh!...

Tuvo que sostener firmemente el timón, pues el golpe de algo que pasó le había desviado, y frenar, y pensando que podía ser una buena presa, saltar con la pistola en la mano.

Dos ojos alcanzó a ver, luminosos, y la sombra zigzagueante que se escurría por un huatal tupido. Corrió detrás, saltando, escapándose de caer, sin perder la huella que dejaba el movimiento del animal en el monte. Pero las hojas dejaron de moverse, aquietóse la superficie y toda señal de vida desapareció. El también se quedó inmóvil, suponiendo que el animal estaría por allí agazapado. Pero nada. Y se disponía a volver al «jeep», cuando entre el follaje escuchó un como retumbo. Levantó la mano y notó que no había mayor viento. ¿Por qué, entonces, no dejaban de sacudirse arbustos y yerbajos? Cautelosamente, apartando las ramas, inclinándose antes de dar el paso a ver dónde ponía el pie, empezó a mirar, a la luz tenue de la noche, la boca de un como subterráneo. ¿Qué hacer? No tenía linterna, no tenía nada con que alumbrarse. Grandes murciélagos entraban y salían. Era mejor irse y volver de día. Se detuvo a estudiar bien la posición en que se encontraban con referencia al campamento de los peones al punto en que había dejado el «jeep» y fue y vino contando los pasos, hasta estar seguro que no perdería aquella desconocida puerta que, llegado el momento, podía ser su salvación. Imposible, ya lo había meditado, noche y noche, sin encontrarse con el sueño en las vueltas que le daba a poder conciliar sus juramentos con la gente comprometida en la lucha por la libertad y la justicia y el amor que le salió, como salteador de caminos, a pedirle el corazón y la vida. ¿De quién era su corazón? ¿De quién era su vida?... De aquéllos, de sus compañeros de lucha... ¡Malen! ¡Malen!..., se revolcaba en la cama, no tengo qué darte, todo es un fingimiento, me estoy inventando un corazón y una vida...

Sacudió la cabeza como para botarse el pelo, como si entre el pelo le quemara el fuego de sus pensamientos, llevaba el casco bajo el brazo, y antes de subir al «jeep» pensó hacer algunos disparos a los peñascos, así los dejaría marcados; pero desistió, era peligroso, las marcas también podían servir a sus perseguidores caso que tuviera que huir por el subterráneo. Mejor así. No se le podía perder, tenía bien calculado todo.

IX

—¡Mecanizar..., mecanizarles el tiempo..., mecanizarles el tiempo a estas gentes..., permítanme que les diga que no estoy de acuerdo!... —el profesor Guirnalda abría la discusión.

Las sillas de mimbre de la dirección salían excepcionalmente a darse aire al corredorcito de la Escuela de Niñas que caía sobre un patio donde en flamantes macetas y humildes tiestos florecían geranios, claveles, hortensias, azaleas, rosas; y se agregaban a la tertulia de las tardes domingueras, el cura y el profesor Constantino Piedrafiel, director de la Escuela de Varones, más conocido entre sus compañeros por el sobrenombre de profesor Guirnalda.

—Amaneció despejado —exclamó el cura, tibión, trigüeño, menú do como caballito criollo se decía él mismo, autoelogiándose por aquello del galope corto y el aguante largo—. Amaneció despejado, luego se nubló y ahora como que quiere aclarar.

—¿Con qué derecho —siguió el profesor Guirnalda; las témporas del padrecito no lo iban a desviar de su tema— vamos a sacar a esta gente de su estado actual, de semiconciencia en relación con lo que pasa en el mundo, en la vida; con qué derecho, repito, y para qué...?

—Si no aclara —insistió el cura—, no les arriendo las ganancias a los que invitaban para ir a contemplar el vasto Océano Pacífico, desde el Cerro Vertical...

—¿Para qué? —contestó enfática Malena, directamente aludida por el profesor Guirnalda—. Para darles ocupación productiva y llevarlos a la civilización.

—Ocupación..., ocupación..., civilización... —repitió Piedrafiel. dubitativo...

—No creo —dirigióse el cura a Mondragón, que también participaba de la tertulia, y hasta ese momento había permanecido callado—, que se pueda ir al Cerro Vertical. Es una lástima, una verdadera lástima, porque se anuncia buena luna...

—¿Para darles ocupación?... —reflexionaba Piedrafiel, antes de decir, un poco para él y para que le oyeran los otros: —Aquí, que yo sepa, no hay problema de desocupación.

—Aparentemente... —intervino Mondragón, que sólo la oreja ponía al Padre, más atento a lo que discutían los profesores—, porque aquí la desocupación es la de las clases sociales que por no tener estímulo, no les interesa trabajar, que trabajan para comer; sólo que ahora, como están aprendiendo a no comer...

—Cada vez se está nublando más. No creo que despeje. Y lo siento, porque me habría gustado el paseíto.

—Sí, el profesor Piedrafiel, en parte, tiene razón —adujo Malena—, en el sentido que él le quiere dar; mas, como ha dicho Mondragón, la desocupación entre nosotros adquiere el carácter de un verdadero problema nacional.

—Que con el tiempo se irá agravando —agregó Mondragón—, al desaparecer por completo las antiguas industrias, las manualidades, restringirse los cultivos con

disposiciones tan injustas como las del tabaco...

—El problema es muy complejo... —acotó el cura para no quedar fuera de la discusión.

—Lo que no sabemos es si el Padre Santo...

—¡Padre Santos, nada de Padre Santo! —rectificó éste con toda energía a Piedrafiel.

—Lo que no sabemos, Padrecito Santos, es si su merced habla del tiempo que nosotros estamos hablando, o del de sus observaciones meteorológicas por ser un gran meteorologista.

—No nos salgamos de la discusión —pidió Malena—. Decíamos que si les damos a estas gentes un sentido actual del tiempo, el tiempo se les volverá riqueza. El atraso de estas poblaciones se debe, entre otros factores, a que a la mayoría de sus habitantes se les cortó el tiempo de sus calendarios y no se cuidó de incorporarlos al nuestro, y así fue como se quedaron, sin calendario, fuera del tiempo.

—Eso no sería lo peor —apoyó Mondragón—, no saber qué el tiempo es una riqueza, sino su falta de hábito para hacer uso productivo del tiempo.

—*¡Time is money!* —exclamó el Padre Santos.

—O el viejo refrán moro, que es más hermoso, Padre —alzó la voz el profesor Guirnalda, como si fuera a declamar: —...el tiempo es polvo de oro, colmillos de elefante y plumas de avestruz...— y dejando aquel tono que en las veladas de fin de curso siendo estudiante le había valido muchos aplausos, cuando interpretaba «La Bestia de Oro», volvió a la discusión: —Bueno, profesora Tabay y señor Mondragón, ya los tenemos con el tiempo mecanizado, rejo... jo... rejo lorizado...

—Esa ya casi es una mala palabra... —soltó el Padre riendo ruidosamente.

—No me interrumpa, Padre Santos. Ya los tenemos mecanizados.

¿Van por eso a ser más felices?

—Valle de lágrimas es éste y estamos de paso —dijo el cura—; felices solamente en el cielo —y entre canto y tarareo, añadió:+++ —¡Al cielo yo iré y en el cielo, yo te bendeciré!...

—No está a discusión el problema de la felicidad, profesor intervino Mondragón y, dirigiéndose a Malena: —¿No te parece?

Ella le reconvino con los ojos. Ninguna de aquellas personas sabía que se tuteaban.

—Y además —agregó Mondragón— se habla de una felicidad de pasividad, pasividad para soportar la miseria y todo lo que soportan.

Lo primero que exclama cualquier pelagatos que visita el interior del país es: ¡son pobres, pero felices! ¿Y es ésa la felicidad que no quiere que les quitemos, profesor?

Lo que se discute —se adelantó Malena a Piedrafiel, que se preparaba a responder, se había tocado la corbata, y encogiendo los brazos en las mangas, se había metido los puños que se palpaba con las puntas de los dedos— lo que se discute, si me permiten poner un poco de orden, es si conviene o no adaptar a esta

gente a nuestro tiempo. Lo otro, profesor, sería como ponerse a discutir a la orilla de un enfermo grave, que está en las últimas, que está boqueando, si conviene que siga agonizando, porque agonizando para nosotros es feliz, o si se le vigoriza a fin de que viva como debe vivir. ¿Conviene o no conviene, entonces mecanizarles el tiempo?

—Eso, desde luego, no se pone en duda —aceptó Piedrafiel—; el peso del tiempo muerto que por ellos arrastramos, reduce a cero todas nuestras posibilidades de progreso; pero si, sin emplear la palabra felicidad, nos preguntamos: ¿será para su bien o para su mal?

—Para su bien, ¿no te parece?... —dijo Malena dirigiéndose a Mondragón, no sin darse cuenta que ella, sin sentir, también lo estaba tuteando y que con aquellas familiaridades se exponía a los malos juicios del profesor Guirnalda.

—¿Para su bien? —se preguntó el profesor, antes de volverse a ellos y exclamar —: ¿Y alguien, acaso, sabe lo que es el bien?...

—Yo... —se le enfrentó el Padre Santos—; yo sé lo que es el bien y el mal... ¡Mi teología!... ¡Mi teología!...

—¡Nadie se la está arrebatando! —interrumpió Piedrafiel; y después de tocarse el nudo de la corbata, de encoger los brazos en las mangas del saco y palparse los puños tiesos de la camisa con las puntas de los dedos, prosiguió—: ¡Nadie le está arrebatando su teología! Pero yo creo que si discutiéramos el Padre sin la sotana, el señor sin uniforme y nosotros con la señorita Tabay, sin la toga del magisterio...

—¿Desnudos?... —gritó el Padre Santos, santiguándose apuradamente, mientras Malena y Mondragón reían.

—Padre Santo...

—¡Padre Santos, por el amor de Dios! ¡Padre San... tos!

—No le haga caso —intervino Malena, lo hace por molestar y por que siendo de origen nicaragüense no deja de comerse las eses.

—Pero permítanme hablar. Lo que yo proponía era que discutiéramos sin las ideas y límites que imponen la sotana, el uniforme y la toga, que discutiéramos como seres pertenecientes a una escala...

—¡Alto ahí con Darwin! —gritó el cura.

—Bueno, se armó... —exclamó Mondragón— antes de que el padrecito nos alimentara los vicios menores. A mí se me acabaron los cigarrillos...

—Con mucho gusto, Mondragón, con mucho gusto —se volvió a decirle el Padre Santos, y le brindó su cigarrera de cuero de fabricación mexicana, que de un lado tenía, realzada, la imagen de la Virgen de Guadalupe y del otro, el escudo de México—. Y por aquello de no defraudarlos en lo de que les alimento los vicios menores, sea por Dios a lo que se expone el que es caritativo, a que lo denigren, lo infamen, lo calumnien —esto último lo dijo el cura mirando de reojo al profesor Guirnalda—, aquí les traigo una botella de vino dulce, no sé si les complacerá, y unas pepitas de jocote marañón tostadas, saladas y... extranjeras... Vienen en estas latas «made in»... donde ustedes sa ben.

Malena intervino:

—No sé qué prefieren los señores, que les sirva antes el café,, ya está preparado, o que les traiga copas para tomar el vino... —y volviéndose al Padre Santos—: Usted siempre tan primoroso...

—¡El vino! ¡El vino! —gritó el profesor Guirnalda, ya de pie con la botella en una mano y en la otra el llavero de su escritorio en que llevaba abrelatas y tirabuzón.

—¡Voy por las copas! —se levantó Malena.

—Y yo voy al jeep, pues también había traído algo —dijo Mondragón, y se dirigió hacia la salida.

—Padre —aprovechó Piedrafiel la ausencia de aquéllos—, parece que la cosa anda muy fea.

—Así dicen que dicen que dicen, profesor, pero en concreto nada se sabe.

—Se habla de un complot. A usted alguna noticia le habrá llegado...

—¡Bueno! —se oyó la voz de Mondragón—, ¡vamos a creer en milagros; el profesor como que se está confesando!

—Le comentaba aquí al Padre —repuso Piedrafiel— lo que se suena andan tras los hilos de un complot que tiene ramificaciones en toda la República. Por estar usted militarizado, como todos los que trabajan en caminos, tal vez no sabe nada; pero el Padrecito sabe y no cuenta...

Mondragón dejó caer sobre la mesa una servilleta anudada. El cura la husmeó con ojos de niño alegre, frotóse las manos y la boca se le llenó de saliva:

—¡Chicharrones..., qué rico! —exclamó.

En hojas de plátano, verdes, lisas y mantecosas, venían los chicharrones de cerdo que alborotaron al Padre y a Malena, la cual entregó las copas que traía en una bandeja, al primero que se las recibió, Mondragón, y se puso a comer a dos manos.

—¿Y el profesor no se anima? —preguntó Malena.

—Me encantan, soy de aquellos —señalando al Padre— que se les hace agua a la boca, pensando en los chicharrones, de sólo ver un cerdo: pero me afectan el hígado.

El Padre Santos llevaba siempre los brazos pegados al cuerpo tan bien pegados a la sotana, que parecía manco de los dos lados: la nariz muy subida hacia la frente, lejos del mentón, terminada en punta, le daba aire de persona que no quiere oler las cosas; pero ahora a brazos arremangados y nariz olfateante de la grasa tostada, se batía con los chicharrones.

—Y qué buenos, Juan Pablo; ¿dónde los consigues?

—Cerca del Campamento —contestó Mondragón y volviéndose a Malena—, no sabía que a ti te gustaran tanto, Malena...

—Lo que no sabía —dijo Piedrafiel— es que ustedes fueran tan amigos desde hace tantos años. Lo que es la vida, volverse a encontrar aquí. De lo que sí puedo dar fe, como testigo ocular, es del cambio sufrido por la profesora Tabay de un tiempo a esta parte.

—¿Cambio?... —se interpuso Malena vivamente alarmada por lo que decía

Piedrafiel—. Al profesor se le ponen unas cosas...

—¡Y de qué manera ha cambiado! Se ha vuelto como más dueña de sí misma, más amable, más comunicativa...

—Y más agresiva —agregó Mondragón, entre la risa de todos.

—Habla de construir una gran escuela nocturna para adultos —refirió el profesor Guirnalda.

—La amistad debe envejecer como el vino para que suelte todo su dulzor —habló el Padre Santos, mientras daba vueltas en demanda de alguien que le sacara el pañuelo de la bolsa de la sotana, para limpiarse las manos y la boca enmantecadas.

—¡Ay, perdonen; me olvidé de las servilletas!... —se excusó Malena.

—Yo sé dónde están —se interpuso Mondragón al paso de ella y desapareció en busca de las servilletas.

—Señorita Tabay, ante él no se lo podía decir —le secreteó el profesor—, pero desde que vino este amigo de sus años mozos, tiene usted una cara de fiesta...

—Lo que a mí me parece lo más natural del mundo —profirió el Padrecito—, se conocieron hace años y al volverse a encontrar se sienten alegres, felices... Son cosas que a la cara salen que no se pueden ocultar...

—Su cigarrera, Padre —dijo Mondragón—, y las servilletas... Si no se la devuelvo me puedo quedar con ella...

—No le digo que lo haga, porque la conservo como un precioso recuerdo de mi visita...

—Ni yo la aceptaría, es objeto de mano santa...

—Aunque le parezca mentira tengo muy buena mano: planta que siembro se pega y matrimonio que bendigo, es indisoluble; pero les decía que conservo la cigarrera como recuerdo de mi visita a la Virgen del Tepeyac. Y a propósito de lo que ustedes hablaban de las industrias nativas, ésta es una prueba de las manualidades de México, y no me van a creer ustedes, pero le cuesta a uno decidirse entre tantas cosas que se ven en los mercados.

—Aquí también tenemos industrias de ésas —contrapuso el profesor Guirnalda.

—Pero tienden a desaparecer —habló Malena— por falta de apoyo; se las está dejando morir, mezclarse con lo de afuera, que también es una forma de morir, y nada más.

—Usted debía ser Ministra...

—Seré, profesor, seré ministra...

Un relámpago de memoria. Alzó el brazo nerviosamente y hundió la mano abierta en la oscuridad de sus cabellos. Cerropom..., el carruaje..., Cayetano Duende..., sus palabras... «¿Ves aquellos abujeros? (las estrellas); en ellos vas a meter los dedos».

Café, sandwiches (emparedados, decía Piedrafiel), chistes, chismes al salir a tomar el *jeep*, Mondragón con el cura y el profesor, la luna en su apogeo.

—¡El astro reina!... —escandalizó en medio del silencio de la calle el profesor Guirnalda y saltando de la monarquía a la república—: ¡La primera dama del cielo!...

—y de la república al ataque anticlerical—:

¡padre Santo, no es usted infalible!

Este, ya envuelto en su capa, la bufanda de lana gris alrededor del cuello, cubriéndole hasta las orejas, no oyó y lo que hizo fue reír cuando Malena y Mondragón soltaron la carcajada.

Achicándose entraron y se instalaron en el *jeep*. El Padre a su Calvario, Piedrafiel al caserón en que alojaron la Escuela de Varones y él, a su campamento.

En Cerropom y después en el camino, se detuvo a ver si le seguían. La luna, la luna que entre las nubes avanzaba tras él.

El profesor al oír alejarse el *jeep*, fue hacia la esquina y no contento, encaminóse a darle una vueltecita a la manzana de la Escuela de Niñas. El sobretodón pesado, color café, hasta los talones, la pesada cabeza melenuda sosteniendo un pesadísimo sombrero aludo de pelo de castor, el pesado reloj sonándole en el vientre potente, los pesados bigotes, pesados de algo de betún, las pesadas cejas, pesadas por el mismo motivo betunesco, todo él se aligeraba cuando le convenía y le convenía siempre que se tratara de faldas.

Mondragón detuvo el *jeep* matemáticamente en el lugar en que el destino en forma de animal le marcó el alto día atrás y al final de un rodeo por si le seguían la pista, desapareció en los matorrales. No le fue difícil encontrar el camino del subterráneo que descubrió en buenas vísperas. La entrada, alumbrada por la luna, simulaba la puerta de una iglesia gótica. Vampiros y pequeños murciélagos, inmóviles, dormidos, con las alas abiertas, se bañaban a la luz lunar. El rayo de su lámpara eléctrica los hizo removerse; algunos se sacudieron esta otra luz extraña, otros zarparon entontecidos hacia el plenilunio. La cueva mostraba, después de unos cuantos escalones una especie de tobogán lateral, que caía a una inmensa sala. Hasta allí bajó, pegado al muro, resbalando, medio sentado. Era como una sala de ecos perdidos, de donde partían varias galerías.

Se volvió satisfecho. El campamento dormía a máquinas sueltas. A la luz de la luna, la aplanadora mostraba su inmensa rueda como una cascada que en la caída se hubiera quedado inmóvil, esperando que la trituradora empezara a hacer pedazos la luna que escapaba en el agua por los caños de las instalaciones, hasta caer en los estanques, donde los chorros tejían inmensas telarañas de círculos concéntricos que se tocaban, se partían, se completaban, y separados de nuevo, se iban por caminos diferentes. ¿Cuál sería el de él?... ¿Cuál el de Malena?...

—Es una imprudencia —reclamó ella, días después, visiblemente contrariada—. Es de noche y van a ver el *jeep* en la puerta de la escuela...

—Vine a pie..¿Cómo iba a soportar una semana entera sin verte? ¡Esperar hasta el domingo próximo, imposible! Dejé el *jeep* y el uniforme; es mejor andar de particular.

—Pero hoy es lunes, hombre de Dios. Sólo ha pasado un día...

—¡Un siglo!... Ahora comprendo todo lo que cuenta esta gente de siglos que duran un minuto y minutos que duran un siglo..., y el duende eres tú...

—Juan Pablo!...

—¡Tus manos y el sabor de tu silencio, eso me basta!

—Me haces daño... —trató de retirar las manos que aquél oprimía fuertemente, pero Mondragón se aferró a ellas, y luego la envolvió en sus brazos.

—Es imposible... —articuló ella.

—Todo amor es imposible...

—Pero el nuestro es más imposible...

—¡Tu voz suena extraña! Oigo como si me hablara otra persona... ¡Malen!... ¡Malen!...

El la besó. La retuvo bajo un beso agotador.

—¡Me ahogas!

Sus voces jadeaban, sus manos saltaban, entrelazándose, palpándose, como las llamas sueltas de un incendio.

¡Qué voracidad la de las manos amantes!

—Juan Pablo, no es posible...

—Pero el amor es eso, el arte de lo imposible y así como te abandonaste en brazos de la vida...

—No me abandoné —murmuró Malena, poniéndole el índice en el labio para que callara, no para que se lo besara—, me dejé hechizar...

—Sin amor no hay hechizo posible...

—El amor... —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas—, no sé... —y tras una breve pausa, su llanto caía a goterones y corriditas por sus mejillas, agitó la cabeza con gesto bravío y añadió—: El amor verdadero es un estado visionario que no logró alcanzar...

—¡Tú lo has dicho, Malen! El verdadero amor participa de la conquista futura del mundo en la medida en que traspone los umbrales de lo personal y se convierte en el motor que nos impulsa a luchar porque ese estado visionario se torne realidad, y... ¿qué otra cosa es lo nuestro, Malen, qué otra cosa es lo nuestro?...

Ella apartó su boca de los labios quemantes de Mondragón. ¡Con qué dificultad, con qué dolor se alejó de aquel beso que, como los besos que no se dan, la seguiría buscando toda la vida!

—¡No llegué al estado visionario!... —como si se confesara, y, reprochándose, entristeciendo la voz hasta parecer que la desgarraban sus palabras, añadió—: ¡Me quedé en el pequeño amor!.../

—¡Malen!

—¡No me consuelo!... ¡No me consolaré nunca!...

Se levantó como ciega, sollozando, fue hasta la biblioteca, removiéndos dos pesados tomos de pasta roja en cuyos lomos se leía *Zootecnia* y *Veterinaria*, y de atrás sacó un cofrecito, de donde extrajo un cuaderno que puso en manos de Juan Pablo.

Ni una palabra. Volvióse de nuevo hasta la biblioteca y pegó las espaldas a los libros, hermosa, erguida, triste, los hombros altos y elocuentes, fuerte el busto, poca la cadera, proporcionados los brazos, la nuca de alfarería.

Mondragón hojeó el cuaderno, entreleyendo a saltos —era su «Dario»—, para luego empezar a leer con más atención:

Sábado, 3 de diciembre de 192... Recibí una carta de Luis Femando, en la que me dice que sólo le falta el examen general privado para ser médico. ¡Soy feliz! La noticia es el triunfo de mi amor y acerca nuestro matrimonio.

Viernes, 15 de febrero de 192... Fui donde el chino a buscar un generito para hacerle un pantalón a Pondo. Será su primer pantalón. No se lo hice. Me encerré a llorar. Luis Femando me envió una carta de despedida, en la que dice, lacónicamente, que la novia del estudiante no es la esposa del profesional, que él tiene que montar su clínica y que se casará con una mujer rica.

Lunes, 4 de julio de 192... El oficial de la guarnición, después de muchas promesas, trataba de hacerme su querida. Se emborrachó y me lo dijo con todas sus letras. Le dejé plantado. Fue en el baile que dio la Intendencia con motivo del aniversario de la Independencia Americana. Sacó el revólver y me amenazó con que si daba un paso más, me mataría por la espalda. ¡Mejor muerta!, le grité, y me fui, mientras él se enfundaba su pistola.

Martes, 17 de agosto de 192... *Sí, sí, creo que llegó la hora. Estuve feliz con J. E. en su hacienda. Es ganadero. Me quería poner en el dedo un anillo de compromiso, pero le pedí que esperáramos a que fuera la argolla matrimonial en la iglesia el día de nuestra boda, porque es de mal agüero adelantarse. Y bien hice. Esa tarde, con motivo de una cuestión de pago de jornales, flageló a uno de los mozos. El hombre, brutalmente golpeado por el que iba a ser mi esposo, fue llevado, amarrado de los codos, a la Comandancia militar y acusado de ladrón de caballos. Cuando volvióse a mí me dijo: ¡Con ese recadito fusilan al alzado éste! El otro día que acusé a dos rebeldes como éste, querían aumento de paga, ni siquiera los fusilaron, los enterraron vivos, porque el señor Presidente, cuando se le consultó qué hacían con los que se alzaban en demanda de mejores jornales, contestó: enterrarlos vivos o muertos. No lo volví a ver, y cuando pienso en él me erizo, como si me fuera a dar un mal grave.*

Noviembre, 9 de 193... Fui a la capital de vacaciones y conocí a L. C. en un baile del Casino Militar, pero toda la alegría de aquella noche, mi enloquecida alegría —bailé, bebí champagne, salí con él a la terraza a contar las estrellas, dejé que me besara los cabellos, que me tuteara—, todo concluyó en que él era más joven que yo, y...

Antes que Mondragón tuviera tiempo de dirigirle la palabra, Male na, que seguía de espaldas a la biblioteca, le dijo:

—Ahora quiero que te vayas. La próxima semana iré a visitarte al campamento y hablaremos de nuevo. Necesito estar sola...

Y se quedó, mientras aquél salía, de espaldas contra los libros, la cabeza en alto, los brazos caídos, como un mascarón de proa, llorando sin enjugarse las lágrimas que bañaban su cara de polvo de hojarasca endurecida.

X

¡Sólo cuando aquella profesorcita recién llegada a Cerropom, asomó la cara al espejo de la pensión de la Chanta Vega, hace cuatro mil quince días —en once años, día más, día menos, no cuenta—, tenias el aspecto de aparecida que se te mira ahora: la tez amarilla, excavados los ojos, arañado el pelo terroso, quebradiza la humedad del llanto!

Pero entonces fue por otra causa y más joven, más entera, menos abatida; no guillotinaste tu imagen, no terminaste con el carrillo pegado al espejo frío como tu carne, para no verte llorar...

Hace once años resististe el asalto de sus lágrimas poniendo ojos arriba, pero ahora ha pasado tanta agua salobre bajo los sueños colgados de los hilos de tus pestañas, que no te importa, y no sabes si eres tú la que llora o el hielo del espejo que se licúa en tu pañuelo...

¡Decídate! Anda a verle con el pretexto de organizar una «kermesse» y le sueltas la preguntita: «Padre Santos, ¿sabe usted algo de Mondragón? Quedó en buscarnos un día de esta semana para ir al Cerro Vertical, y no se le volvió a ver...»

¡Sinvergüenza!...

Insúltalo. Desahógate...

¡Pretencioso!... ¡Pesado!... ¡Farsante!... ¡Tonto!... proceder como un chiquillo... ¡Hipocritón!... Reaccionar como un puritano...

Pero, qué le pudo herir, molestar, escandalizar de tu «Diario», sino su insignificancia...

Vanidoso, cómo iba a interesarse por la directora de la Escuela de Niñas de Cerropom.

¡No llores!... ¡No llores!... ¡Sólo vino a trastornar tu vida... Habráse visto..., habráse visto!...

Pero la culpa no es de él. Es tuya. ¿Por qué le diste a leer tu

«Diario»?... ¿Qué te impulsó a poner en sus manos tu pobre contabilidad amorosa? ¿Corroborar con la prueba más cursi y pueblerina lo que afirmabas al decir que a tu puerta no había llamado ese gran amor visionario del que siempre hablan las que, como tú, se van quedando sin asunto *in mezzo* del camino? ¿Ofrecerle una prueba de confianza que lo asustó, olfato de solterón, en lugar de tomarlo como un acto de entrega de tu intimidad a un hombre que por sus ideas suponías más evolucionado? ¿Abrirle el universo de tu soledad para que entrara y tuviera piedad de tu corazón?...

No, no sabes bien por qué lo hiciste. No reflexionaste en lo tantas veces pensado. Lo poco atractivo que debe ser el mundo de la mujer que al escurrírsele los años, se va quedando sola o poblada de seres, sueños y afectos que la pobre trata de hacer suyos, desesperadamente de apropiárselos, de robarlos, y que no logra sino retener breves instantes, horas, días... Tal vez cuando se es maestra por vocación, pero tú

fuiste por necesidad y te encerraste después en estos cerros, como la que renuncia al mundo y va al claustro, ni más ni menos, golpeada para siempre por el desencanto de aquel primer amor... ..Por allí anda..., se casó con la mujer rica que le puso la clínica y que era mucho más vieja que él.....envidó y se volvió a casar.....tiene una runfla de hijos.....no lo has vuelto a ver..., dicen que está totalmente calvo... Maestra por necesidad, el trato con los niños y las niñas te hizo maternal los primeros años, pero después te fuiste endureciendo y apareció la madrastra al darte cuenta que no eran tuyos, que pasaban sonriendo y te dejaban sola, aislada, sin participar de tu existencia sino el tiempo que estaban en la escuela... Enemiguitos..., enemiguitos que tras picotear en tus manos las primeras migas del saber, volaban hacia la vida dejándote cada vez más sola, con la mano tendida en la inmensidad, como mendiga..., y así te encontró Juan Pablo, con la mano alargada, convulsa, en espera del gran amor, y no volvió...

Todo el martes, todo el miércoles, todo el jueves, todo el viernes, todo el sábado, hasta estas horas de la tarde...

Pero cuatro días y horas, no es para decir: «¡Nooooo volvió!»...

Lo que temes es que no regrese. En un instante de ausencia puede comenzar la eternidad.

Bajo sus besos, tus ojos eran lámparas. Ahora son oscuridad que llora. No los cierres. Mira, tras la niebla del llanto, las aulas en que oíste resonar sus pasos cuando se iba, quién te iba a decir que para siempre, como lo supones. ¡No los cierres, que no te acompañe como sombra el que debió acompañarte vivo! ¡No hagas recuerdo de su carne! ¡No hagas recuerdo de su rostro! ¡Echalo fuera de ti si no regresa, que no lo quieres tener en la memoria!

Mas, ¡cómo pedir a la piedra que se sacuda el polvo estelar que la hace crecer, cómo pedirte que renuncies a lo que aumentaba el volumen de tu corazón!...

¡Renunciar, no!... ¡Echarlo fuera, menos!... ¡Esperarlo..., esperarlo con paciencia mineral!...

Todo el martes..., todo el miércoles..., todo el jueves..., todo el viernes..., todo el sábado, hasta esta hora de la tarde en que no sabes si mañana domingo vendrá o no a la tertulia.

Lo más probable es que no falle. A la tertulia puede venir sin peligro para su comodidad de soltero. Llega un poco tarde, calculando que ya estén de palique el Padre Santos y el profesor Guirnalda, discute los temas que se presenten y se marcha con ellos, sin darse por entendido de lo que ha pasado contigo.

¡No, no, si es así que no venga, que se quede en su campamento, que se lo trague la tierra!

Sería horrible tener que permanecer sumergida, vigilante, a fin de que ni la palabra, ni el gesto, ni el silencio traicionaran tu angustia.

«¿Qué tal, Malen?», saludaría al entrar en la tertulia, muy campante, y tú le tendrías que contestar, en el mismo tono: «Muy bien..., trabajando... muy conten...»

¡Muerde ese sollozo que atajó en tus labios lo que no podrás decir! «contenta»!

...

No es fuerza que lo digas. Bastará responder: «Muy bien»..., y en esa forma él también te encontrará cambiada, natural, indiferente, amiga..

Pero, ¿convendrá hacerse la distante?....

¡Ah, si pudieras representar el papel de una mujer ligera que tomó a pasatiempo un amor empapado de tantas cosas irreales!

Qué bien se veía sin el uniforme blanco de caminero, vestido de civil, con aquel traje oscuro de lana peinada, la corbata roja como el color de la bandera que flameaba en la milla 177, donde le oíste decir, al parar el tren hace once años, que era como detener un río para que bajara una sirena cuando bajaste tú...

¿Cómo vendrá mañana, con uniforme o sin uniforme? Y tú, ¿qué vestido atrayente tienes que no sean esos trajes de tela gruesa, gris, que te dan aspecto de directora de orfanato?

¡Anda, remueve tus roperos, saca tus joyas! ¡Mira cómo es de frágil el cuello de ese frasco de perfume que soporta la llama sin soltar el tapón! ¡Alto; no puedes aparecer vestida, enjoyada, perfumada, como para una fiesta si es una tertulia casi familiar! Mejor es que pienses en los temas a discutir... cualquier tema..., lo importante ahora para ti, es él, no son los temas, que él venga es lo importante, porque acaso descubra en tus facciones, a pesar de tu indiferencia, en tu palabra, a pesar de la locuacidad con que intervengas en los asuntos que se traten, el sufrimiento interminable de tus jornadas y tus noches. De no haber sido el trabajo de la escuela que te absorbía algunas horas, te habrías vuelto loca. Desde que Mondragón vino a Cerropom, la profesora Tabay tiene otra cara, decía el domingo pasado el profesor Guirnalda, Tiene cara de fiesta. Pues han bastado cuatro días y medio para cambiar la fiesta en duelo y tener la cara bañada en lágrimas...

Doblas la cabeza y sigues por las aulas vacías. ¡Ah, cómo el sábado pasado y el anterior, las sentiste llenas! No estaban las alumnas, pero no te parecían vacías. Las colmaba tu presencia esperanzada.

Desengáñate, la que te has puesto la trampa has sido tú. Así ocurre un amor. Una se pone la trampa, cae en ella, y entonces se lamenta y llora. ¿De dónde sacaste que aquel hombre no lo hacía por pasatiempo? Enamorarte, visitarte, estar siempre pendiente de ti...

¡Agita tu pañuelo en otra estación de la vida, en una estación de bandera, anónima, y dile adiós a otro fantasma!

La tarde es de una luminosidad pasmosa. Diríase que se resiste a morir o que va acumulando sus riquezas de luz para hundirse con ellas en el gran esplendor del crepúsculo. Un piano y un coro de voces te desarman. Seca tus ojos. Ordena tus cabellos. No resistas más a la atracción de ese mundo que fue siempre el tuyo: la luz, el aula, las niñas.

—¡Buenas tardes, señorita directora!... ¡Buenas tardes!... ¡Buenas tardes,

señorita directora!... —salen a tu encuentro y te toman las manos, mientras la profesora Ana María Cantalá, encargada de repasar, los sábados por la tarde, los coros de la escuela, se levanta del piano y viene a saludarte.

—Está enferma, señorita Directora... —dice Ana María Cantalá, entre preguntando y afirmando.

—Un poco de jaqueca... —mientes y te llevas la mano a la cabeza, cuando debías llevarla al corazón.

—¡Que siga mejor, señorita directora... —se oyen las voces de las alumnas—; que siga mejor, señorita..., que siga mejor!...

¡Vuelve a tus habitaciones!... ¿Qué es eso de mostrarte en la escuela, divagada, ausente, enferma?...

Es inaudito. Pero aún más, verte del lado de la servidumbre, buscar, registrar con gesto arrebatadizo, la oscuridad de los rincones, ahora que todos se han ido, entre gatos que se mueven como sueños y perros que te reciben con fiestas.

—Seño... seño... seño... seño... —despertó el loro con aquella retahila nasal interminable—. ¡Seño... seño... seño... seño...

Saltaste del susto. Tú que venías con el miedo a los ratones.

—¡Seño... seño... seño... seño... —siguió el loro con la voz zumbándole entre la lengua y el pico... ¡Seño... seño... seño!...

Por fin encontraste lo que buscabas. Una tinaja vacía. Y la golpeas con el nudillo de tu dedo mayor indagando por el sonido si no está rebajada. ¡Hasta dónde has llegado! La sustraes presa de la más terrible turbación, como si no fuera en la escuela, sino en casa ajena, y escapas con ella de puntillas, tratando de ocultarla con tu sombra, hasta tus habitaciones, igual que si la hubieras hurtado. Va a comenzar para ti la noche más larga del mundo. Una noche vieja. La noche más antigua.

La noche más larga...

Pero no es posible. ¿La directora de la Escuela de Niñas con los labios pegados a la boca de una tinaja vacía llamando a gritos a un hombre?

Te erizas, tiemblas, sudas, has salido del rodar lógico de las cosas y estás a un paso del prodigio, de hacer posible lo imposible...

—Juan Pablo!... Juan Pablo!... —gritas con la voz desesperada, y el sonido, sonido todavía, no eco, enloquece en los redondos horizontes de la tinaja de barro que el fuego ensordeció.

—Juan Pablo!... Juan Pablo!...

A tu llamar plañidero ya no le basta la tinaja, el barro, y sales a llamar a la noche inmensa. Pero el frescor del viento te serena. Las estrellas alumbran tu pensamiento. Reflexionas. Reflexionas. No habrá venido por enfermedad. Quién sabe si le ocurrió algo, si tuvo algún accidente. Sí, sí era posible, pero en ese caso debió mandarte un mensajero. Dispone de tanto ayudante, o de un peón, para comunicarse contigo. Una carta, un papel. ¿Y si lo llamaron urgentemente, en el término de la distancia, a la capital? Pues un telegrama, un simple telegrama. ¡Ah, cómo es la vida! Leer ahora

«Mondragón» al pie del más lacónico de los mensajes, te haría feliz, feliz, y once años atrás ese mismo nombre, al pie de un telegrama doble urgente que decía: «Sin querer me dejó algo suyo. Gracias. Mondragón», te dejó indiferente.

—Juan Pablo!... Juan Pablo!... —sigue tu voz retumbando en el hueco de la tinaja y una como seguridad de que él te escucha alivia tu desasosiego, tu desesperación, mientras gritas su nombre con los labios sedientos a la boca del recipiente de barro que tiene orejas finas de animal, trasero de ídolo y redondez lunar.

Es un teléfono rudimentario, primitivo, en el que no sólo la voz, sino el eco, que es el corazón de la voz, parecen latir en el vacío. Un teléfono cuyas llamadas no fallan. Te aseguro que te escucha y que no faltará mañana a la tertulia, salvo que esté enojado considerando que a ti por ser mujer, no te eran permitidos ni los pequeños amores consignados en tu «Diario», pues debías haberlo esperado a él, a Él, a Él, al que apenas entrevistaste en un tren... ¡Qué vanidosos son los hombres!...

Y no lo son menos las mujeres...

¿No creíste, no estabas segura que Mondragón regresaría al día siguiente a pedirte explicaciones de lo sucedido y con ese pretexto a pedirte que cumplieras la promesa de visitar el campamento?

Confiesa que sí y que por eso te duele más que no haya regresado. Ni por tenerte en sus dominios, a solas en su pabellón, expuesta a todo en sus brazos...

—Juan Pablo!... Juan Pablo!...

Pero no sólo le llames, dile que venga mañana, háblale, pídele que no falte mañana a la tertulia..., recuérdale que es domingo..., por algo estás comunicada con él... Le arderán las orejas y pensará en ti mientras su nombre retumba en el ámbito del recipiente de barro.

—¡Tinaja!... ¡Tinaja!... Di las palabras del ensalmo: Por la tierra de que estás hecha, por el fuego que te quemó, por el agua que te colmo, por el aire de mi voz que ahora te llena con el nombre del hombre que quiero que regrese, no le dejes paz hasta que vuelva, que no resista al llamado de la tierra, el fuego, el agua, y el aire...

—Juan Pablo!... Juan Pablo!...

Pero ya no eres tú, es la brisa de la noche la que lo llama, y lo llama, y lo llama en la boca de la luna, la gran tinaja vacía.

Despiertas sin saber si has dormido o has ido andando a trechos por un río parado, los sentidos sobre el cuerpo inmóvil, sin saber la hora, si la criada trajo el desayuno y si habrá tiempo de levantarte a misa; te estiras, te desperezas, sientes la crueldad de volver a la desesperación silenciosa de lo cotidiano.

—Debe ser muy tarde —dices y saltas de la cama descalza, corres al baño, te quitas el camisón, te encajas una gorra de hule y a la ducha de agua de montaña, azulosa, fría, cristalina.

—Y esa tinaja vieja que está en su cuarto, ¿qué se hace con ella, señorita?...

El ruido del agua te ensordece y sólo a lo lejos oyes la voz de la sirvienta... ¿Ríes?... Fue cómico llamarlo en la tinaja, pero qué otra cosa quedaba...

—¿Qué se hace con ella, señorita?... —insiste la criada.

No contestes, ya habrá tiempo de explicar, al salir del baño, que la habías apartado para hacer una piñata.

Y, mientras te jabonas, otra sirvienta preguntará si se sacan las sillas de la dirección al corredor, como todos los domingos.

Contéstale que sí y de paso pregúntale la hora.

—Las dos y media de la tarde, señorita...

Y al oír que sales del baño precipitadamente, la toalla arrancada del toallero, el abrir y cerrarse de las puertas de los aparadores, inquirirá de seguido si se te antoja desayunar algo especial, si pasaste buena noche, si no estás enferma, si te sientes bien, no sin añadir oficiosa que no te despertó a misa de 8, porque dormías profundamente y porque desde hace días se te ve muy cansada.

Lo de tu desayuno es lo de menos —café, pan tostado y mantequilla—; lo que importa es preparar rápidamente la colación de la tertulia, sandwiches, pastelitos...

El tiempo de peinarte, vestirme y pasar al pequeño comedor que da a tu dormitorio.

¿Un ramo?... No preguntes quién lo mandó... Un ramo de carne lías... ¡Camelias rojas!...

No preguntes quién las mandó...

Hace once años las dejaste olvidadas en el tren y están allí, allí en tu comedorcito...

Acércate, no es un sueño... Míralas... ¿Qué haces?... Las vas a deshojar... El temblor de tus manos; el temblor de tus labios al besarlas..., tus ojos calientes con el remojón de la dicha... ¡Ah!, te las quieres prender en el pecho, lucirlas en la tertulia como si llevaras fuera el corazón, pero tal vez no se usa, sería inusitado, te expondrías a la tijera implacable del profesor Guirnalda.

La voz del Padre Santos te saca de aquel mundo de voces interiores en que absorta, agradecida —no fue inútil llamarlo en la tinaja—, te habías desplomado en la silla en que ayer te sentaste y levantaste mil veces, desesperada, atormentada, enloquecida, y en la que ahora estabas quieta, reducida, mínima, sin movimiento y sin saber qué hacer bajo el peso de la inmensa dicha que dejada atrás se fue en esas flores y que ahora la vida te devolvía intacta.

No era difícil suponer a lo que venía el Padre Santos. Se adelantaba a regañarte a solas, antes de la tertulia, por haber faltado a misa.

—Buenas, Malena... —se adelanta a rajasotanas, la cara descompuesta, la respiración alterada, volviéndose a mirar a todas partes, y sin dar tiempo a que Malena le contestara, agregó—: Me dejé venir antes de la tertulia y me entré hasta encontrarte, porque pasan cosas muy graves con nuestro caminero... ¿Podemos conversar aquí?... Sería mejor en otro lugar...

—Vamos a la Dirección... —dijo Malena, con los labios casi sin saliva, secos de angustia, imaginando lo peor: un derrumbe en el camino, el *jeep* en el fondo de un precipicio, la detonación a destiempo de una carga de dinamita.

¿Muerto?... ¿Herido?... ¿Cómo estará?...

—Vamos, hija, vamos... —la siguió el cura apresuradamente hasta la puerta de la Dirección, donde se detuvo un instante, a pedirle que echara llave.

Malena dudó.

—Cierra con llave... —insistió el cura y al oír en la cerradura el chasquido de la lengüita de acero, hizo saltar de los ocales unos cuantos botones de su sotana, a la altura del pecho, y extrajo un periódico.

—¡Mira!... —lo extendió ante los ojos de Malena, pero apenas lo podía tener en las manos sacudidas por un viento nervioso.

Malena se lo arrebató presa de angustia, ansiosa por saber de qué se trataba, aunque ya daba por descontado que era un accidente.

¿Donde sería? ¿Estará muerto? ¿Estará herido? ¿Cuándo sería? ¿Sería ayer? ¿Sería hoy?...

«¡ULTIMA HORA!... titubearon sus ojos en las grandes letras de la primera plana... *SE DESCUBRE UN COMLOT CONTRA LA VIDA DEL SEÑOR PRESIDENTE... ¡¡ATENTADO TERRORISTA!! —LOS INODADOS...*». Y aquí venían nombres y fotografías. «Algunos han sido capturados, agregaba el periódico, y otros se hallan prófugos, pero se les sigue la pista y no tardarán en caer en manos de la policía.»

Los ojos de Malena fueron a dar derecho a la fotografía de Juan Pablo Mondragón, no sólo más grande, sino encerrada en un cuadro ni el que se leía que las autoridades ofrecían la prima de 5.000 dólares al que lo entregara vivo o muerto.

Malena se sostuvo del escritorio, en el que momentáneamente depositó el periódico, al sentir que le faltaban las fuerzas, y se desploma si el cura no le trae en seguida una silla, tratando luego de darle aire con su sombrero de teja, lo que más pronto tuvo a mano, y después unos tragos de agua que vació de una garrafa en un vaso.

—Justifico, hijita, justifico lo que te pasa; a mí no se me va el temblor del cuerpo desde que leí la noticia, pensando en que por ser amigos de Mondragón, se nos fuera a querer complicar en un asunto tan delicado, y... fíjate que debe ser de los más comprometidos, dado que ponen su cabeza a precio: cinco mil dólares al que lo entregue vivo o muerto. Pero, no te aflijas, vamos a rezar para que no lo agarren, aunque tú eres medio hereje, hoy no te vi en misa, no fuiste a misa.

—Y a eso creí yo que venía, a regañarme por no haber ido a misa.

—No, no, me dejé venir antes, porque no conviene que sepa nada de esto el profesor Guirnalda; al menos, de nuestros labios que no lo sepa. El periódico llegó anoche y él mandó preguntar esta mañana si lo había recibido, pero le contesté que no, sin mentir, pues no fui yo quien lo recibió, sino la sirvienta.

Malena levantó el periódico y siguió leyendo en voz alta:

—«Juan Pablo Mondragón, individuo de antecedentes sumamente peligrosos, desempeñaba, hasta el momento de descubrirse la conjuración, el cargo de Jefe de la

Zona Caminera de Entrecerros, y se le acusa de haber proporcionado, sustrayéndolos a los Almacenes de Caminos, los explosivos que se emplearon en la fabricación de las bombas que iban a ser usadas en el atentado y de estar comprometido a manejar el camión que se cruzaría al paso del automóvil presidencial, obligándolo a reducir la marcha, momento que se aprovecharía para arrojar contra el mandatario las máquinas infernales que fueron descubiertas en poder de varios de los inodados...

—¡Esa palabrita! ¡Esa palabrita es la que a mí me da no sé qué... Inodados!

«Mondragón —siguió leyendo Malena— registra antecedentes en minales en Panamá, de donde dice ser originario, como contrabandista de armas, traficante de drogas y tratante de blancas, y no pudo ser capturado, a pesar de haberse destacado una brigada policial que se presentó en el campamento caminero de Entrecerros, el lunes de la presente semana en las últimas horas de la tarde. Vestido de particular y sin el vehículo que tenía asignado, había desaparecido. La policía se incautó de documentos y correspondencia que permiten establecer que Mondragón huyó a Panamá hace más de diez años, después de un ataque a mano armada contra la pajarería del señor Roncoy Domínguez, con el propósito de robar, hecho que disimuló, al no hallar las sumas de dinero que buscaba, abriéndoles las jaulas a los pájaros, como protector de estos animales...

—Inodados... —repitió el Padre Santos—; me pone nervioso, la palabrita me pone nervioso...

—La única ventaja que yo le encontré siempre a Cerropom —dijo Malena— es que está tan apartado, que no se acuerdan que existe. Creo que no figura ni en el mapa...

—Sigue leyendo...

—Ya no dice más —abandonó Malena el papel—, ya no dice más de Mondragón...

—Dice... —insistió el cura.

—Lo que ya sabemos, Padre, que ofrecen cinco mil dólares al que lo entregue vivo o muerto —y retomando el periódico para leerlo de lejos, añadió—: que la policía interrogó a casi todo el personal del campamento caminero y que ha redoblado su vigilancia en los caminos, puertos, fronteras y estaciones para que no se escape...

—Quién sabe si no está escondido en Cerropom, yo ya registré mi iglesia...

—¿Qué insinúa?... —dijo Malena juntando las cejas al fijar sus ojos extrañados en el Padre Santos.

—¡Nada!... Oh, sí, sí, o que imaginas, lo que cualquier otro podría imaginar, que estuviera escondido aquí en la Escuela...

—Ese es un disparate...

—¡No, no, hija; ¡tan disparate, no! Y debemos ponernos de acuerdo en lo que vamos a declarar, porque nos van a interrogar, ten seguro que nos van a exigir que declaremos...

—No tenemos nada que ocultar —suspiró Malena; el abatimiento la había dejado casi inmóvil.

—La última vez que lo vimos fue el domingo pasado... Se conversó... ¿de qué se conversó?...

—De todo, del tiempo...

—Sí, sí, del tiempo, que yo decía lo del Cerro Vertical, ¿te acuerdas? que el tiempo se estaba destemplando, que amenazaba con nublarse —y tras una breve pausa— que él trajo chicharrones, que él nos fue a dejar en el *jeep* primero a mí, después a Piedrafiel... Esto es muy importante. A mí me depositó primero y después al profesor Guirnalda. Quiere decir que yo no pude enterarme si hablaron entre ellos algo del complot, aunque no lo creo, porque el caminero era muy reservado. Lo que sí puedo asegurar es que ante mí no se habló más que del tiempo.

Buen cuidado tuvo Malena de callar que lo había visto el lunes —¡ese lunes!—, vestido de particular y sin el *jeep*, sorprendida por la sangre fría de aquel hombre que ni ese día ni antes dejó traslucir por algún gesto o palabra, la terrible actividad en que andaba, pues la única vez que estuvo a punto de caer fue cuando ella, sin saber por qué, dijo que aquella escuelita perdida entre los cerros sería un lugar seguro para conspirar, aunque luego, recobrando su aplomo, afirmó imperturbable que se había inquietado, temeroso de que ella fuera a estar metida en algún plan subversivo.

Y en cuanto a ese lunes, en ningún momento demostró que hubiera salido sin el uniforme y sin el vehículo a sabiendas que al final de esa tarde lo llegarían a capturar. Lo más probable es que el deseo de verla, que él le pintó como algo muy imperioso, y de verla a esas horas, sin comprometerla, lo que lo hizo llegar a pie y vestido de civil, hubieran servido para que se escapara. Faltaba saber cómo se escapó, pero en todo caso, se decía Malena, mi amor lo salvó...

—Tienes razón... —recapituló el Padre Santos sus argumentos, pero a Malena le dio un vuelco el corazón creyendo que el cura se refería a lo que ella estaba pensando, ahora sintetizado en esta breve frase: «mi amor salvó a mi amor»—, tienes razón... —repitió aquél—; si nos piden declaración, no hay que ocultar nada..., era un amigo como cualquier otro...

—¡Como cualquier otro, no!... ¡Como cualquier otro, no!...

El llanto no parecía brotarle de los ojos, sino venir de muy lejos y atravesarla con sus puñales. Todo, al principio, se borraba y empezaba en la tempestad de cada lágrima, pero, poco a poco, al perder hondura el dolor encajado en su carne así tan repentinamente, y tornarse superficie de vida inabarcable, la queja taladrante, rebelde y agresiva, dio paso a penar más sumiso, a un llorar en silencio...

—No puede ser..., no puede ser... —repetía a cada momento, trenzando una mano con otra—. ¡Padre!... ¡Padre!... —trataba de refugiarse en los brazos del sacerdote que se acercó a consolarla y le decía:

—Habla, hijita, habla... A mí no tienes nada que ocultarme..., hace tiempo que adiviné tus sentimientos...

—¡Por él Padre, por él!... Lo que a mí pudiera pasarme, no me importa.

¿Qué puedo, qué puedo hacer por él?... (Mi amor salvó a mi amor, pero ahora qué puedo hacer por él...)

—Lo primero y principal, calmarse. Hay que buscar la solución empezando por dominarte a ti misma. Cálmate y ya serena pensaremos en lo que se debe y puede hacer, que no será mucho, porque con un hombre con la cabeza a precio...

—En algún libro leí que antes los perseguidos políticos se refugiaban en las iglesias, como en lugar sagrado... *(Mi amor salvó a mi amor podría refugiarse en la iglesia...)*

—Antes... —y al cura se le movió la manzana en el dogal de su cuello de celuloide vuelto hacia atrás—; antes, hijita, antes, en tiempo de las «Bárbaras naciones», porque lo que es ahora, se llevan al refugiado, al cura, a la madre del cura, y demuelen la iglesia... Y por eso, lo que es yo, ya registré allá conmigo, no vaya a estar allí escondido y me comprometa.

—Pero... ¿qué clase de cura es usted?... —se retiró Malena repeliendo al Padre Santos, que trataba de mantenerla al amparo de sus brazos.

—De carne y hueso, hijita, de carne y hueso...

—Pues sepa que si viniera a refugiarse aquí a la Es...

—¡No digas lo que no debes decir! —alzó el cura los brazos escandalizado—. Y por fortuna —siguió que se ahogaba— que me lo estas diciendo a mí... —y más calmado—. ¡Guarda bien esa lengua si no quieres agravar las cosas! Piensa que él está escondido en algún lugar, pobrecito, con su cabeza a precio, pendiente de ti, de lo que a ti te pueda pasar... ¿Y qué haría, qué haría, di, piensa un poco, qué haría ese hombre si supiera que por él te habían tomado presa?... Salir de su escondite y entregarse...

Los ojos de Malena se posaron en los del cura, cariñoso, pensando «mi amor salvó a mi amor y cómo voy a perderlo, cómo por una imprudencia mía»...

—Y no hay que descartar —siguió el cura— la posibilidad de que se refugie en una Embajada...

—Tiene razón... —se inclinó Malena tratando de ocultar nuevos goterones de llanto, en las manos frías el pañuelo mojado, los pies pesados, el cuerpo dormido.

—Me voy, porque van a ser las cuatro de la tarde, la hora de la doctrina —dijo el cura; Malena se alzó a ver el reloj («mi amor salvó a mi amor y cada hora que pase sin que lo agarren»...)—, voy a regresar a la tertulia, pero si viene antes el profesor Guirnalda...

—¡No quiero que venga!... —la voz de Malena se oyó como un rugido y, más suave, doliente—: Vaya, Padrecito; dígale que estoy en cama, que no nos vamos a reunir, que estoy con fiebre...

—Sí, sí, iré, es mi camino, no te preocupes, hija; le haré saber que estás enferma..., aunque, reflexión hecha, más convendría buscar otro pretexto por si está enterado de lo del complot y sabe que nuestro caminero anda entre los inodados...

¡Qué palabrita, Dios mío, qué palabrita!... A mí me parece que lo mejor es decirle la verdad...

Malena levantó la cabeza que parecía que se la hubieran tronchado, tan agobiada sobre su pecho la mantenía, y fijó los ojos ansiosos en la cara del Padre Santos, en su palidez de blanco lavado, en sus cabellos canchuscos, en su nariz respingada que tan poco tenía que ver con la tierra.

—Lo que vas a hacer, va a ser la verdad —continuó aquél—. Busca unas cuantas alumnas y aprovechando que la tarde está muy linda Ir a dar una vuelta por el Cerro Vertical...

—¿Quién... yo? —casi se hizo para atrás al apoyar la mano en su pecho para ser más elocuente.

—Sí, y a Piedrafiel le diremos la verdad: que dispusiste salir de paseo.

—Lo que quiero es encerrarme y no ver a nadie..., a nadie..., y de ir al Cerro Vertical iría sola...

—¡No, hija!... ¡No, hija, qué son esos arrebatos!... Mal negocio encerrarte y peor que peor salir sola por esos cerros. Imagínate que te encuentre por allí una patrulla de las que, sin duda, lo andan buscando; y encerrarte, ni pensarlo...

—Quiere decir que no me puedo ni enfermar...

—En este caso, no... Sería sospechoso... ¡Ay, Señor! —levantó el cura los brazos que siempre mantenía pegados a la sotana, y juntó las manos—, las mujeres siempre encuentran la forma de hacer más grave lo que no es posible empeorar...

—Salir..., ver gente..., es superior a mis fuerzas...

—Pues vas a tener que hacerlo por ti y por él... En el periódico, me había olvidado, dan cuenta de la directora de una escuela de la capital que tenía escondidas las bombas, y que al llegar la policía las echó en un pozo... No sé qué corona vas a tener tú, si te ocultas, si no sales..., bien sabes que en estos casos es suficiente la más mínima sospecha...

—¿Me deja el periódico?

—Si para eso lo he traído, pero escóndelo donde en un momento dado lo puedas hacer desaparecer.

El Padre se encaminó hacia la puerta y ella no hacía el ánimo de despegarse de la silla, como si a partir de aquel momento, cada uno de sus pasos fuera a ser definitivo, como si fuera andando hacia el amor, si él se salvaba, o hacia la muerte, si él caía, con el mismo paso, con los mismos pies...

—Y para eso debes trazarte una conducta —decía el cura mientras Malena quitaba llave a la puerta—. Tú, que has sido siempre dueña de tus actos, prueba que lo sigues siendo. Por las noches, a solas contigo, da rienda suelta a tus sentimientos más hondos. Entre estas cuatro paredes que tú edificaste para gloria del saber, nadie sorprenderá tu verdad profunda, tu dolor sin testigos, pero de día... ¡Ojo!..., ¿eh?..., de día tienes que ser la directora, la que lleva el timón de la nave, la que en medio de este naufragio, de lo que más quieres no abandona el barco llorando, a su suerte, entre

las olas del mar, sino va adelante, con su nave, con su escuela, con su amor, y lo lleva a puerto...

En la garganta se le quedó la voz alumbrándolo por dentro. Otras muchas cosas pudo decir, pero tenía prisa, se le estaba pasando la hora de la doctrina, no era sitio ni ocasión para hacer galas oratorias y menos espectador, que aquella pobre mujer, hasta hace un momento enhiesta, no era posible imaginar.

Al borrarse la sombra del Padre se avivó el silencio del domingo, se vieron más solas las sillas de mimbre alineadas para la tertulia y Malena, como movida por un resorte, volvióse a guardar el periódico bajo llave en su escritorio, cerró también con llave la puerta de la dirección y fue hacia el comedorcito, tan agitada que creía que no llegaba...

¡Ay, si las camelias sólo hubiera sido una visión, un sueño! ¡Ay, si no estuvieran allí!...

El corazón brincándole en los labios, los ojos bajo los párpados hinchados de llorar, la respiración aleteante, ya besaba y rebesaba sus flores adoradas, más adoradas ahora... Venían de las manos de un hombre sentenciado a muerte, podían ser su último mensaje, ya que si lo llegaban a capturar vivo, lo fusilarían, y de todas maneras, lo matarían si lo encontraban y se resistía...

Pero, quién las trajo..., qué imprudencia del hombre..., su cabeza estaba a precio..., vivo o muerto..., cinco mil dólares al que lo entregara vivo o muerto..., y por las flores..., las camelias rojas, si averiguaba quién las trajo, podía llegar a su escondite y salvarlo...

¿Tocar el timbre? No había tiempo que perder. Cuando sintió estaba en las dependencias de servicio preguntando cómo habían llegado hasta la escuela aquellas flores.

—Las trajo un indito... —informó una sirvienta.

—¿Y no dijo quién las mandaba? —apremió ella.

—No...

—¿Y cómo era el indito? —cortó Malena con voz desesperada... La sirvienta, tomada de improviso balbuceó:

—Bueno, cómo era... Era así, descalzo, clinudo, sin sombrero...

—Pero, hija, cómo reciben las cosas sin preguntar de dónde las traen, qué persona las manda... Hay que agradecer las flores y a quién... —se le desplomó la voz.

—Si yo siempre que traen algo pregunto, señorita directora, pero esta vez era un patojo y no me dejó tiempo. «Aquí está esto...», es que me dijo y salió corriendo...

—¿Y no te acordás cómo era? ¿No le viste la cara? ¿No es algún conocido?

—No...

—Siempre que traigan algo pregunten, por el amor de Dios, que no se les olvide, pregunten —y añadió al volverse, sin saber qué hacer, vivamente contrariada—: ¿Qué es eso que no hay quien ayude?...

—¡Ah, señorita!... ¡Señorita!... —fue tras ella la sirvienta con la voz alegre de la

que acaba de ser favorecida por esa lotería terrible de la memoria—. ¿Sabe quién las trajo? Uno de esos muchachitos que están aprendiendo a hacer trastes de barro con Popoluca...

—¿Estás segura?

—Casi segura...

Ningún fuego se enciende con tanta llama y tan rápidamente como la esperanza. Debía trasladarse, sin perder tiempo, a donde Popoluca. Si uno de sus aprendices trajo el ramo de camelias a la escuela, fácil era averiguar dónde estaba escondido Mondragón. Pasó por su cuarto dándose unos cuantos toques de polvos, un poco de *rouge* en los labios, arreglóse el pelo rápidamente y al solo entrar a la dirección timbró una, dos, tres veces... La profesora Catalá... Sí, ya estaba allí...

—Dígame, señorita, ¿citó usted para hoy domingo a las niñas del coro?

—Algunas van a venir y creo que ya están llegando, señorita directora —contestó aquélla con acento obsequioso—. ¡Qué lástima!, de haber sabido que tal vez la señorita directora quería oír el coro... Cité a las más destempladas para estudiarles las voces por separado y no perder tiempo en los repasos.

Malena dejó pasar un momento interminable para la profesora Catalá, siempre temerosa. El solo silencio de la directora le parecía una reprimenda. Y por eso fue mayor su alegría al oírla decir:

—Pues las que estén se van a ir con nosotras. Daremos una vuelta, aquí cerca, por los alrededores. La tarde está muy linda...

La congoja le cortó la voz y el remordimiento cosquilloso, abundante, por lo que había dicho. Nada tenía de lindo aquella tarde espectral, propia para cerrar los ojos y no ver más un mundo que se le había tornado, en pocos momentos, extraño y enemigo. Pero los adjetivos aguantan, las palabras aguantan..., se puede decir todo... ¡Qué horror!...

—¿No es verdad que la tarde está *muy linda*?... —insistió sacudiéndose de pies a cabeza, pero sin dejar trasparentar nada de lo que le pasaba.

Ana María Cantalá asintió con un levísimo sí, ante la idea de salir con la directora, a quien de paso pensaba pedirle permiso para «hacerse un poco las manos» en el piano de la escuela, después de las clases o los domingos.

—Vaya hasta la despensa —le ordenó la directora—, pues hay que llevar fruta para repartirles a las niñas...

Malena, mientras la profesora Cantalá corría hacia el interior, volvió al comedorcito cercano a su dormitorio. Cuando se movía lograba recobrase, salir de su abatimiento. Sabía a lo que iba, aunque le pareció titubear, no estar segura.

¡Ah, si encontrara a su amor ausente —pensó mientras se prendía el ramo de camelias rojas en el pecho—, daría la vida por oírle decir traes de fuera el corazón!...

Ana María Cantalá, alta, regordeta, cabeza pequeña y ojos grandes, esperaba en el corredor que daba a la puerta de la calle, al frente de las chiquillas del coro que al saludar a la directora corroboraron lo que aquélla había dicho; eran las más

destempladas.

Y ya fue la de salir, la chiquillada descalza, pobremente vestida, en el tímido desorden del rebaño, la profesora Cantalá, con la bolsa de fruta al brazo, tratando de poner orden, más desordenaba ella con sus officiosas advertencias, y la directora a sabiendas que aquellos pobres pasos suyos, dados tan a la fuerza, pues para su gusto debería estar encerrada en la oscuridad, sin ver a nadie, la llevaban a donde Popoluca en busca de noticias, ya que si de allí habían mandado las camelias, el viejo escultor sabría el paradero de Juan Pablo.

—Si hay tiempo nos alargamos hasta el Cerro Vertical —dijo Malena a las chiquillas—, pero antes tengo que pasar por el taller de Popoluca y allí se les va a repartir la fruta.

—¡Muchas gracias!... Digan, ¡muchas gracias, señorita directora!... —ordenó la profesora Cantalá y por las calles de vértebras de piedra de Cerropom, repartióse el eco de las voces infantiles en un repetir a coro: «¡Muchas gracias..., muchas gracias..., señorita directora!...»

—Pero en orden, en orden... ¿Qué es ese desorden? —intervino la profesora, casi esgrimiendo contra las chiquillas más bulliciosas su bolsón de fruta y añadió a la vista del profesor Piedrafiel, que venía al encuentro del grupo— ¡Qué feo que el director de la Escuela de Varones las vea en el desorden que llevan! ¡Súbanse a la acera y caminen de a dos! mientras las chiquillas se apareaban y seguían de dos en dos por la acera, menudas, ínfimas, con las pieles de barro crudo, los pies descalzos y los colorines vivos de los listones con que las peinaban, Malena se detuvo a conversar con el profesor Guirnalda.

—¡Vaya que le llegaron y mucho que las viene luciendo!... —le dijo Piedrafiel al acercarse.

¿A qué se refería?... ¿A las flores?... ¿A las camelias rojas que ella llevaba en el peche?... ¿Y cómo sabía Piedrafiel que le tenían que llegar?...

Hombre de muchas palabras y más ademanes, ya se lo revelaba:

—El domingo pasado, después de la tertulia, en dejando en el Calvario al Tata Cura de indios (era como llamaba por detrás al Padre Santos), Mondragón me llevó a la escuela y aprovechó que íbamos so los para rogarme que recibiera a mi nombre un ramo de camelias rojas —se las iban a enviar desde la capital—, a fin de que *ipso facto* yo se las mandara a usted. Todo lo cual fue cumplido Pero como no le ví más y como no hubo tertulia...

—El Padre...

—Sí, sí, profesora Tabay, el Padre Santos me pasó dando el aviso de que se suspendía la tertulia por tener usted que salir con sus alumnas a dar un paseo campestre... —levantó los hombros, encogió los brazos en las mangas, se tocó los puños almidonados con las puntas de los dedos, y prosiguió—: Pues, como le iba diciendo, ¿verdad?, yo a Mondragón no le vi más, y si usted le mira, haga el favor de informarle que las recibió, que cumplí su encargo al pie de la letra, él no quería que

se marchitaran... Sacarlas de la caja..., ponerlas en manos de uno de los alumnos de la escuela... y hasta las diez azucenas de sus preciosos dedos en cuyo contacto lejos de marchitarse, veo que revivieron... ¡Ah!, la mujer... es el alimento de las flores... Aunque no habrá necesidad de que le diga nada, pues con sólo que le vea «el corazón de fuera», sabrá que cumplí su encargo... Sí, sí..., —agregó locuaz—; Mondragón me contó que cuando la conoció en el tren lucía usted sobre su veste un ramo parecido, y él, sin conocerla, le dijo así... Y no le extrañe, no le extrañe que se haya exteriorizado en mi persona, pues ya sabe usted que en el amor el que es desgraciado, como el que es feliz, lo cuenta todo a sus allegados, y este joven y simpático caminero ha intimado tanto conmigo, que me atrevo a decir que éramos amigos antes de conocernos. ¡Buen muchacho, leal, juicioso, viajado, joven y con un brillante porvenir!

—Hablabamos otro día, profesor... —le cortó Malena con las sienes bañadas en sudoroso frío y como embadurnada de palabras por aquel hombre que cuando hablaba parecía electrizado; tic por aquí, tic por allá, par-par-padeos superparpadeantes, saltos de hombros, codazos al aire. Por lo visto ignoraba lo que decían los periódicos del complot de Juan Pablo; si no, ni siquiera se detiene a saludarla, menos a elogiar a Mondragón y mucho menos a decirle que él había mandado las camelias rojas pedidas a la capital por aquel que ahora era requerido por las autoridades vivo o muerto.

—Hablabamos otro día, profesor... —repitió Malena—, salvo que quiera seguir con nosotras... —ahora poco le importaba que Piedrafiel la acompañara o no, si ya nada tenía que hacer ni nada que preguntar donde Popoluca—, vamos de paseo y tal vez nos alargamos hasta el Cerro Vertical, aprovechando que hace una tarde preciosa...

—¡Una tarde de estuche..., una joya, profesora Tabay! Pero mejor sigue usted solita y bien acompañada.

¡Una tarde de estuche..., una joya!, mascajó Malena, el llanto contenido a golpes de párpado, al despedirse del profesor y apurar el paso para dar alcance a las alumnas. Debía volver a encerrarse, quedar en tinieblas hasta que supiera de aquel que quién sabe si huía por esos cerros sin pegar los ojos, sin probar bocado, muerto de sed, como un animal, como una mala bestia perseguida... y ella paseando..., paseando, sí, paseando, porque ahora a qué iba a donde Popoluca, si ya sabía que las camelias rojas las había mandado el profesor Piedrafiel, director de la Escuela de Varones... y si lo hubieran capturado vivo y lo estuvieran torturando..., de la tortura al paredón y del paredón a no saber ni siquiera el lugar de su tumba, enterrado anónimamente, en un foso, igual que un perro... y ella de paseo con sombrero, con guantes, con sombrilla y el ramo de camelias en el pecho...

Daba pasos en falso, como si sus pies se negaran a seguir, pues a qué iba, a qué iba, si con lo que acababa de oír de labios de Piedrafiel se desvanecía su esperanza de encontrar la huella de Juan Pablo, en el taller del viejo alfarero, más barbas que cara.

¿Qué podía informarle Popoluca de aquel que de la noche a la mañana se había convertido en un peligro social, en un hombre que como a una bestia maligna, las autoridades requerían vivo o muerto... Era para trastornarse... Si ayer no era nada de eso ¿por qué lo era ahora?... , ahora que podían estar en tertulia discutiendo, barajando temas, conversando...

Al solo salir del poblado empezaba el movimiento de los cerros, unos más arriba, otros más abajo, cuáles intermedios asomaban entre las nubes y otros cerros, y cuáles más altos que los que acababan de divisar, señores de la excelsitud y la lejanía, y un más y más enhiestos otros, y otros, y otros... y allí la de la señorita Cantalá que sobre la marcha, sin detenerse, iba buscando con ayuda de las alumnas más vivaces, lo que parecían aquellas cíclopes de piedra desnuda.

—¡El cerro-guerrero!... ¡El cerro-brujo!... ¡El cerro-león!... —se oían los gritos, entre alharaca y polvareda, y el grupo se detenía un instante en su descenso vertiginoso a contemplar el auténtico perfil de guerrero de la gigantesca masa que el dedo de la profesora señalaba, o la cabeza de brujo que indicaba con su índice una niñita, o la forma de un melencido león echado que acababan de descubrir en la lejanía, inmenso vacío de oro vivo.

—¡Pero, qué desorden es ése... —alzó la voz la profesora—, van haciendo mucho polvo..., eh..., eh..., levanten los pies al andar o nos volvemos y no hay paseo!

¡Ah, cómo hubiera querido Malena volverse allí!... ¿A qué iba a donde Popoluca, si ya sabía que las camelias rojas las había mandado el profesor Guirnalda?

—¡Miren!... ¡Miren allá!... ¡Miren, niñas, aquel cerro —señaló la profesora—; parece una tinaja..., una mujer tomando agua de una tinaja...!

Malena, antes indiferente a aquel juego de parecidos, alzó los ojos al oír hablar de una tinaja y una mujer, y se estremeció. Era exactamente la figura de una mujer de piedra, no en actitud de beber agua, sino de gritar, de gritar a la boca de una tinaja, como ella había gritado tantas veces anoche, el nombre de Juan Pablo...

Juan Pablo!... Juan Pablo...!

Volvió a mirar a todos lados, pero no lo había dicho, fue en su cabeza donde resonó...

Vivo o muerto..., vivo o muerto...

La profesora se adelantó a decirle:

—Ya llegamos a donde Popoluca, señorita directora...

Sí, sí... —articuló Malena—, voy a entrar un momento, que las niñas esperen aquí fuera, hablo con Popoluca y seguimos hacia el Cerro Vertical... Déjelas que jueguen..., repártales la fruta...

Pero de qué iba a hablar con Popoluca. Llamó a la puerta con sus manos menudas, toquidos que sonaron como picotazos en un árbol gigante. Y no tardaron en abrir, Popoluca en persona, más barbas que cara, los ojillos perdidos como dos gotas

de agua quedaron un momento de fuera, inquiriendo quiénes más venían con la señorita directora. Saludó a la profesora Cantalá, hizo un guiño a las niñas pasmadas ante la aparición del viejo, y cerró la puerta de una sola hoja alta y ancha que giraba en goznes de tarugo.

XI

—¡Dios me la trajo! ¡Dios le dijo que viniera! ¡Dios, que a veces nos pide las cosas no sabemos cómo y nosotros las obedecemos sin saber por qué...! —Con este aguacero de palabras y exclamaciones inesperadas, en una mano el sombrero y en la otra un pañuelo con el que se limpiaba la frente sudorosa, recibió Popoluca a la directora, y no la dejó hablar. Se puso el sombrero, la tomó del brazo y la llevó, la llevó, la llevó hacia el interior del taller, hasta su casa, más corriendo que andando, y una vez que la tuvo en la última pieza, le dijo que esperara, pero se lo dijo casi por señas, salió de la habitación, anduvo espiando por todos lados y seguro de que no había nadie, vino como de puntillas y le secreteó al oído—. Aquí estuvo... —y ante la cara de estupor de Malena, más pálida que viva, apagó totalmente la voz—. El martes..., el martes de esta semana, hace cuatro días, estuvo aquí... Llegó pintando el día y se fue al anochecer... —un largo suspiro de alivio y una vueltecita afuera, precaución que tomaba a cada momento.

Malena se quedó clavada en el suelo, sin saber qué hacer ni qué decir; pero, mientras Popoluca volvía, tuvo tiempo de encontrarse las manos que colgaban de su cara bañada por un sudor glacial, se buscaba con los dedos temblorosos los labios, la boca..., quería hablar; tuvo tiempo de tragarse los sollozos, de serenarse, de reconstruir a ese ser superior que ella encarnaba, la señorita directora, y reclamar, con autoridad, por qué no se le había avisado.

—Seguro que lo primerito que se me pasó por la cabeza —se acordó entonces que tenía el sombrero puesto y se lo quitó—, correr allá con su merced a imponerla del asunto, era mi responsabilidad, pero él se opuso...

—¿Se opuso?... ¡Qué extraño!... —articuló Malena.

—¡No vas a asomar ni a la puerta, mientras yo esté aquí!, es que me dijo... (Malena hizo el gesto de la que alcanza a comprender). Sólo hoy voy a estar aquí. Después que yo me huya vas a salir, si querés vas a salir, vas a entrar, vas hacer lo que querrás, pero antes no y tampoco vas a hablar que me viste, ni vas a contar, solamente a la señorita Tabay, y a solas, cuando ella esté solita, se lo vas a decir todo.

—Necesitaba compañía. Debe haberse sentido tan solo...

—Necesitaba compañía —repitió Popoluca— o me desconfiaba en grande, porque no quiso que me moviera de cerca de él.

—Vamos a decir que necesitaba compañía; pero yo creo que me desconfiaba en grande —balanceó Popoluca la cabeza que mezclaba sus mechones canos con la barba de color sucio de basura.

—¿Por qué iba a desconfiar?

—¿Por qué...? Ya se lo vengo a decir... —y salió a dar una vuelta temeroso siempre de que alguien les estuviera oyendo.

No se sentían sus pasos cuando se iba ni cuando volvía. Regresó ordeñándose las barbas. Entre sus dientes goteaba una sonrisa de palo de leche, una sonrisa como

vegetal.

— ¿Sabe, su merced, por qué?... Pues porque se había hecho cimarrón y desconfiaba hasta de la sombra de su sombrero, como todo hombre al que la autoridad persigue con el aditamento de que debe ser habido vivo o muerto.

—¿Y él lo sabía?

—El me lo dijo, me lo apalabró aquí donde estamos nosotros, su referencia fue esa, y lo supo de chiripazo. Con decirle que se lo oyó decir al jefe de la escolta que lo buscaba en Cerropom, está dicho todo...

—¿Y eso fue el lunes en la noche?

—El lunes mismo...

—¿Y qué andaría haciendo en Cerropom, a esas horas?

—Andaría...

Se escabulló a echar un vistazo, no fuera a ser que se hubiera colado alguno y estuviera por allí escondido, escuchando lo que hablaban, y volvió con la palabra en la boca:

—Andaría andando, pero lo increíble no es sólo eso, que le haya oído decir al jefe de la patrulla que lo buscaban vivo o muerto, eso es lo de menos; lo que le voy a contar es lo que sólo porque uno lo oye le cabe en la cabeza... Pero permita que le acomode dónde sentarse...

—No sé si voy a poder estar sentada; todas estas noticias me ponen tan nerviosa...

—Diz que él estaba en el campamento, ese campamento caminero de Entrecerros, ya para acostarse, hasta el uniforme se había quitado, cuando le entraron ganas de salir a dar un colazo. Pero, hombre, diz que se dijo él mismo, ya es tarde, estás muy cansado, más vale te metés en la cama, te dormís, mañana es otro día. Así se dijo, pero estaba cada vez más desasosegado, con más ganas de salir que de acostarse. Pero, hombre, diz que se reconvino más en serio: es lunes, prencipio de semana, esperáte para otro día. No pudo y no pudo. Se vistió de particular, no quiso ponerse el uniforme que metió bajo el colchón para que amaneciera planchado, y se salió como atraído por un imán lejano, una fuerza que lo sacó de allí y se lo llevó a otra parte. Si no es eso lo agarran, cuando las ganas jalan no es así no más, es por algo, pues ni un rato hacía que se había ido cayó la patrulla en su pabellón con la orden de capturarlo vivo o muerto; pero ya se sabe lo que pasa cuando dan esas órdenes; allí mismo lo hubieran matado diciendo que se había opuesto a la autoridad.

Malena apoyó la mano convulsa en el respaldo de la silla para no parecer que se desplomaba al sentarse; luego dijo tratando de ocultar sus sentimientos, en una frase trivial:

—¡La suerte lo salvó!...

—¡La suerte y el amor!... —interrumpió Popoluca, los ojitos brillantes juguetones, entre las barbas que casi le llegaban a las orejas y las cejas de pelopluma —. Alguna su fulana que lo debe haber estado llamando en una tinaja...

Malena se puso lívida. ¡Otra, no sólo ella, lo llamaba en la tinaja!... Este viejo lo sabe todo, pensó, y tuvo vergüenza, aunque luego se dijo: ¿Por qué voy a tener vergüenza?... ¿No usan las civilizadas el teléfono para llamar al que quieren... y ahora la radio, que es lo que más se parece a esto de dar voces en una tinaja y que las palabras se transmitan, sin necesidad de hilos, hasta el corazón receptor?... Pero otra lo había llamado el lunes, la que lo salvó, porque ella fue el sábado cuando estuvo pidiéndole que no faltara a la tertulia... ¿Otra?... Pero sí; el lunes estuvo allí con ella hasta cerca de las once de la noche, hasta que ella, ¡estúpida!, le dijo que se fuera, no sabía que en la calle lo exponía a las balas de una veintena de forajidos, que lo mandaba a la muerte, mientras ella se quedaba llorando por paparruchas, por haberle dado a leer su «Diario»...

—Y en Cerropom, ¿dónde se escondería esa noche?... —indagó siguiéndole el hilo de lo que contaba Popoluca, aunque sus labios temblaron, temerosos al formular la pregunta, de que Juan Pablo tuviera algún otro refugio en el pueblo y Popoluca lo dijera.

—¿Que dónde se escondió?... Primero estuvo andando por las calles, él no tenía por qué esconderse, no sabía nada, si hasta pasó por en medio de la patrulla, que estaba como dispersa descansando en una esquina... No, si ese hombre, esa noche estuvo haciendo temblar al destino... Primero estuvo andando las calles, después...

Por señas le dijo que esperara. Salió a dar una vuelta por el taller, fue hasta el portón que daba a la calle, donde se oía la algazara de las niñas que jugaban, y volvió borroso, como si hubiera salido a recoger más penumbra.

—Se escondió detrás del sauce grande del Calvario, ese sauzón mechudo que saca sus ramas por encima del muro del cementerio. Y por eso es que fue todo, porque él estaba allí pudo oír lo que oyó. Dormitando estaba, acuñado estaba en el banco de piedra que cubre todo el frente de la casa conventual, esperando estaba que pasara el primer camión de caminos, para volver al campamento, cuando oyó venir la patrulla, primero muchos pasos oyó, después ya no sólo pasos, sino voces, bostezos, reniegos y escupidas que cortaban el frío de más de medianoche. Paso a paso, chasqueando las guarachas en el suelo, uno tras otro, pero allí la fila se detuvo, se había parado el jefe, delantito de donde él estaba. El jefe se rascó la cabeza, como para botarse el fastidio, y atronó cuando varios de los soldados se acercaron: «¡A ese Mondragón lo tenemos que agarrar vivo o muerto..., pues de írsenos, no se nos va, pero nos está dando trabajo!...». Y les seguirá dando, pues, para mí que ya no lo agarran; es hombre que hizo temblar tres veces el destino. Primero, cuando estuvo a punto de que lo pescaran en su pabellón, si no se sale a pasear; segundo, cuando pasó por entre la patrulla y no lo reconocieron porque iba vestido de civil y ellos lo buscaban vestido de uniforme blanco de caminero; y tercero, cuando oyó decir al jefe que lo buscaban vivo o muerto. Y nada más digo. Para mí que ya no lo agarran...

—¿Y no dejó dicho hacia dónde iba? —inquirió Malena, como si recobrarla la voz.

—No me dijo. Agarró camino cuando ya estaba oscuro, bien oscuro... Lo vi irse, la oscuridad se endureció a su espalda, y ya no supe más de él.

—Por qué no se quedó aquí, es lo que no me explico...

—Era peligroso...

—Más peligroso es que lo encuentren, lo reconozcan y... —se le encogió la lengua—, ahora ya saben, sin duda, que no anda uniformado.

—Difículto, señorita... Se fue vestido de... así como nos vestimos nosotros, de labriego, con caites, sombrero de palma y bigotes... Puso en unas árganas que yo le di, bastante tortilla, sal, un tocomate con agua; pero ahí está que olvidó los cigarros y la lumbre...

—¡Cómo pagarte, Popoluca!

—¿Y usted por qué?

—¡Bueno, sí, tienes razón! —se destanteó ella, apresurándose a decir—; ¿y todo lo que traía puesto dónde lo dejó?

—En el horno...

—¿Escondido?

—Hecho ceniza... Las ropas, los zapatos, todo se quemó... y las demás cosas que tenía, su cartera, su pluma, su llavero, pañuelos, se lo llevó... y ahora que digo pluma, si no me acordaba; me encargó que si usted venía por aquí o yo iba por allá por la escuela, le entregara este papelito...

—¡Pero, Popoluca!...

Se quedó con la palabra en los labios, Popoluca se había esfumado. Sin duda a buscar la carta de despedida, pero por lo visto, sólo salió a cerciorarse si no había entrado alguien, pues al volver, deshizo un nudo de su pañuelo, en el que tenía algunas monedas para despistar, y sacó un minúsculo rollito de papel.

El ansia de saber qué le decía por escrito, la hizo tomar, sin desilusión, aquel mínimo mensaje, en lugar de la carta imaginada. No tomar, arrebatarlo de las manos a Popoluca, desenrollarlo y leer: «*A bientót, Chérie! Jean Paul*».

—Lo debe romper... Eso dijo él, que al sólo leerlo...

—Sí, sí... —y mientras lo apretaba en la mano empuñada, hasta encajarse las uñas, se enderezó como tratando de salvar la cabeza— ¡No, no busco nada, Popoluca! ... ¡Siento..., pienso..., respiro..., vivo... aquí donde él estuvo el martes!...

—Todo el día, hasta bien noche...

—¿Y nada se ha vuelto a saber?

—Nada. Las escoltas van y vienen...

—¿Han entrado aquí?

—A pedir agua, a ver trabajar a los alumnos... De mí no sospechan...

Afuera se escuchaba el bullicio de las chicas que saltaban, corrían, se perseguían, se tiraban del pelo, se golpeaban, se revolcaban en la arena, entre el regañar y amonestar de la profesora Cantalá.

Malena leyó de nuevo: «*A bientót, Chérie Jean Paul*», y luego llevóse el papelito

a los labios, como si se lo fuera a comer, y lo deshizo a besos repitiendo:

—*A bientôt... a bientôt... a bientôt, chérie.*

Y sintiéndose sorprendida por los ojitos del viejo que brillaban amistosos y comprensivos en la basura de sus barbas, se volvió a él decidida a contarle todo.

—Popoluca...

—No tiene nada que decirme —la atajó aquél—; yo la vide una vez con el señor Mondragón, en el Cerro Vertical...

—Habíamos ido a ver el mar...

...Ahora quiero que te vayas... necesito estar sola... ahora quiero que te vayas... necesito estar sola..., las calles de Cerropom pasaban bajo sus pies... ahora quiero que te vayas... ahora quiero que te vayas... pasaban bajo sus pies... silenciosos ríos de piedras blancas... las calles... la plaza... la plaza ya había pasado varias veces y ahora otra vez..., y otra vez esta calle, y aquélla, y todas seguían pasando bajo sus pies inmóviles, fijos en las palabras con que lo había despedido Malena... ahora quiero que te vayas... la próxima semana iré a visitarte al campamento y hablaremos de nuevo... necesito estar sola...

Calóse el sombrero de medio lado, sin detenerse. La sensación de que las calles pasaban bajo sus pies había desaparecido. El era el que iba con el resonar de sus pasos turbando el silencio de un pueblo que por todos lados daba a precipicios cortados. No había más calles, no había más plazas en aquella isla de piedra rodeada por el vacío de las cumbres. Sólo que le nacieran alas..., tener alas..., dejar atrás sus pies que iban pisoteando aquel ahora quiero que te vayas... ahora quiero que te vayas... y lanzarse al silencio de la inmensidad...

Otro silencio atravesaba sin siquiera sospecharlo, una inmensidad mayor al cruzar por entre la patrulla que lo buscaba vivo o muerto. El silencio de su desaparición, el infinito, el inmedible silencio que habría seguido a sus pasos, si aquellos hombres, ávidos de aguardiente, no hubieran estado en la pugna de la copa, a la puerta entornada de un fondín, mientras el jefe, más sediento que sus hombres, la sed de la responsabilidad y el entorchado, echaba la cabeza hacia atrás, con riesgo de que se le cayera el quepis, empinándose un litro de cerveza, sin respirar, sin despegar los labios de la boca de la botella, la espada apretada en el sobaco y la cincha del correaje a reventar sobre su abdomen. ¿Repararon en Mondragón?... ¿Lo vieron pasar?... Sí, pero no estaban para perder tiempo con un particular, y manos les faltaban para apropiarse de más copas en aquella repartidera de mataburro, ellos iban tras un caminero, un oficial caminero vestido de blanco.

Pero a Mondragón se le despertó el gusano, la gana de beberse un trago, y a regresar iba cuando pensó que podía despertar y pedírselo al Padre Santos. Le tocaré por una de las ventanas, la que da a su dormitorio, se dijo andando hacia el Calvario, y abrirá en seguida creyendo que es un enfermo que necesita confesión o el profesor Guirnalda que viene a comentar con él algo de algo...

Desde que encontró a Malena en Cerropom, Juan Pablo evitaba pensar en lo

único que podía separarlo de ella para siempre, caso que fracasara. No sé consolaba de haberla encontrado, cuando ya no podía deshacer sus tremendos compromisos y era por eso que huyendo de pensamientos abismales, se refundía en la ceguera del amor que nace y olvidaba que el reloj iba aproximando para su vida el minuto decisivo. Apuró el paso hacia el Calvario, sin saber, sin imaginar siquiera que a esa hora todo había sido descubierto y que en aquel momento por esas mismas calles, la patrulla que acababa de cruzar, le buscaba vivo o muerto, acusado de haber sido el que proporcionó los explosivos con que fabricaron las bombas caseras y de ser él el que iba a manejar el camión que se atravesaría al paso del automóvil presidencial, en el instante del atentado.

El Calvario por fin y no en Gólgota alguno, sino al final de una planicie. Árboles telarañosos, más ramas que hojas, techaban la amplia calzada de tierra que iba a desembocar al atrio de la iglesia. A un lado, al fondo, se alzaba la casa conventual. Mondragón apuró el paso decidido a tocarle la ventana al Padre Santos y pedirle que le regalara un trago, pero no se atrevió y después de pasearse como enamorado frente a la ventana del cura, animábase y desanimábase, subía y bajaba la mano ya para golpear los cristales, se dejó caer en un banco adosado al frente de la casa conventual, larguísimo poyo de calicanto que extendía su lonja de piedra hasta perderse, bajo la sombra de un sauce en la esquina que daba al cementerio. Este sauce sembrado entre los muertos, saltaba la tapia y derramaba entre los vivos sus ramazones de pestañas espumosas. Se había dejado caer lejos del árbol, pero el frío le hizo deslizarse, sin levantarse del todo, por la piedra pulida del asiento, hasta quedar al cobijo de sus ramas. Se guardó las manos en los bolsillos del pantalón y alargó las piernas, un pie sobre otro, desesperado, sin saber qué hacer después de lo ocurrido con Malena. Cómo explicárselo. Va a la biblioteca, la ve levantarse, irse de sus brazos, de sus besos, de su calor amigo, sacar sus libretos de pastas coloradas, colocarlos de nuevo y volver con un cuaderno que le da a leer. Él, hasta que lo tuvo en sus manos no supo que era su «Diario». Lee. Inesperadamente, Malena le pide que se marche. Está bañada en lágrimas y solloza como arrepentida de haberle revelado sus secretos. El toma su sombrero y sale y sin atreverse a decir nada...

¿Qué ha pasado?... ¿Por qué le dio a leer su «Diario»?... ¿Para darle una prueba de confianza?... Por lo mismo él no debió abrirlo, ni siquiera abrirlo... Pero si se lo dio abierto... Pues al sólo darse cuenta que se trataba de revelar su vida íntima, cerrarlo y devolvérselo, caballerosamente... Ponerlo en sus manos intacto y besarle los cabellos significándola o diciéndole: «Mis labios en la noche de tu pelo sellan tu pasado que no quiero saber...»

Razón tuvo la pobre de amargarse tanto... Corresponder con la mas triste de las desconfianzas a la entrega amorosa de su vida... Someterla a la tortura de que asistiera de pie, sin salida, de espaldas a la biblioteca, igual que una acusada, a la lectura de letras y páginas que el devoraba con el corazón en los labios, tremante, temeroso de que Malena se hubiera valido de aquel ardid para hacerle saber que

estaba comprometida, que no podía corresponderle, que tenía hecho algún juramento, que se alzaba entre los dos un voto religioso...

Pero debió explicárselo, no salir como había salido entre corrido y avergonzado, el sombrero en la mano, repitiéndose sus últimas palabras... ahora quiero que te vayas... la próxima semana iré a visitarte al campamento y hablaremos de nuevo... necesito estar sola...

Se puso un cigarrillo en los labios, lo encendió y con el humo se fue desvaneciendo la imagen de Malena en la tormenta dura y alta como mascarón de proa y apareciendo la profesora de piedra cálida, los ojos auditivos, no sólo hechos para mirar, y la boca de labios gruesos con rictus racial de hegemonía triste.

Contó los cigarrillos que le quedaban y consultó el reloj. Teñía que racionarse si quería amanecer fumando. El primer camión de caminos no pasaba por allí antes de las cuatro y media de la mañana.

Separó los pies con la última bocanada de tabaco, cansado de tenerlos uno sobre otro, recogió las piernas, las cruzó y como escondiéndose del frío se subió el cuello del saco, apelotonóse y hundió la cara en el pecho para echarse encima la respiración caliente. El follaje del sauce lo cubría. Mosquitero verde detrás del que Mondragón con templaba las miríadas de moscas de oro que volaban en el cielo y era tanta la quietud que se oía el zumbido titilante de los astros y el fluir de su pensamiento, en la libertad de la noche.

Memorizaba los gestos de Malena, sus palabras sobre las cosas más insignificantes por el gusto de recordar sus actitudes, sus opiniones, el sonido de su voz y ahora al calor de su oferta de ir a su pabellón en el campamento, imaginándosela como esposa en futuras complacencias íntimas, desnuda entre sus brazos, mirándola y remirándola y volviéndose a mirar y a remirar, gozo de posesión visual acompañado del trizarse de las palabras en la garganta y el sollozar de la saliva en cada beso. Hasta cierta torpeza de niña envejecida que sorprendió alguna vez en sus rubores de maestra, le enardecía.

Se le cerraban los ojos, pero los abría en seguida, temor, remordimiento de perder instantes de aquella noche de cielo despierto y presencia dormida de Malena que se le entregaba con peso de oscuridad en los cabellos y la carne alumbrada por dentro, atmosférica y tibia. Cerraba y abría los ojos. Sentirse con ella en la curva inmensa de los astros, en el fragor celeste. Cerraba y abría los ojos, brasas de cigarrillos parpadeantes que su pensamiento colgaba de sus pestañas húmedas de sereno como las ramas del sauce empapadas de llanto dulce y encendidas de luceros. ¿Qué le recordó aquella «y» misteriosa que en el «Diario» de Malena cortaba y... no cortaba su aventura con el oficialito que conoció en el baile del Casino Militar? Sus pupilas quedaron fijas entre los párpados quietos, como si el torrente de su vida se hubiera cristalizado de pronto y cesado el viento que movía las aspas de sus ojos. Palabra por palabra reconstruía la parte final, la última frase: «todo concluyó en que él era más joven que yo, y...»

Y, y, y... ¿Qué significaba aquel corte enigmático, intencional, aquella incógnita «y» puntos suspensivos?... ¿Quería decir que pasó entre ellos algo que ella no se atrevió a confiar al papel?... O... ¿quería decir que no había concluido, que existía, que sobrevivía aquel amor inconfesable?...

Y, y, y... Seguía, seguía algo que ella no tuvo valor de escribir o no tuvo valor de cortar y que era como la continuación de un gran acorde que en su «Diario» dejó sonando aquellos puntos suspensivos...

Y, y, y...

Se revolvía como el pez que ha picado el anzuelo pugnando por desprenderse de aquella «y» que se le había trabado en la garganta y tiraba de él para sacarlo de su adormecimiento, de su inmovilidad conseguida a fuerza de estar en la misma postura; pero por más que hizo..., y, y, y..., se repetía entre la carne y el sueño..., por más que hizo: apretar las manos en los bolsillos del pantalón, dejarse caer la tiniebla de los párpados de la frente hasta los pies al tiempo de abandonar la cabeza hacia atrás sobre el muro, no pudo liberarse de la duda clavada en su cerebro como hipo mental..., y... y... y..., puntos suspensivos, primeras arenas en que apoyaba sus pies, titubeante, hipando..., y, y, y..., comprendiendo que empezaba para él otra vez la soledad y el desierto..., y, y, y..., como sombras bajaban sus sueños de dicha por los andamios de su respiración turbada, mientras imaginaba la más cínica aventura entre un oficial joven y una maestra de pueblo dispuesta a no perder sus vacaciones, a no desaprovechar sus días y sus noches en la capital donde se ven, se buscan, se aman, se encuentran, ella tratando de competir en la entrega, la caricia y la embelequería mimosa con las jovencitas que sin duda podía tener como rivales, y el párvulo uniformado, presumido y ganoso, haciendo sus primeras armas en aquel amor maternal de entrega agradecida, clocar embelesado, caricias recobrantes del tiempo perdido y... y... y... todo lo que ella por decoro, por vergüenza, por conveniencia, por lo que fuera no se atrevió a estampar en su «Diario», pero que estaba allí, allí..., en aquella penúltima letra del alfabeto uniéndolos para siempre con su forma misteriosa de germen, de atadura, de conjunción copulativa. No, no podía quedar eso así, era imposible, debía volver a exigir que le explicara lo que significaba, lo que quería decir aquella «y» seguida de puntos suspendidos en el vacío... Y... y... y... hi... po de duda que le golpeaba... y... y... y... le agarrotaba... y... y... y... oía multiplicado por un grillo, por mil grillos, por millones de grillos... criii... y... y... criii... y... y... y... criii... y... y... y... criii... y... y... y...

Se sacudió como azotado por dentro y por fuera. De hipo en hipo aquella y... y... y... le mutilaba el alma pedacito por pedacito, mientras se le enterraban en la carne los chorreantes latiguillos del chirriar seco de los grillos... criii... y... y... criii... y... y... y...

¿Qué hacer? La respiración le sonaba en las narices como un cepillo grueso. Hasta ahora se daba cuenta que aquel rincón hedía a meados evaporados, asoleados. Jugó los ojos de un lado a otro, rápidamente, buscando entre los grillos y el hipo, un

intersticio por donde sacar sus pupilas desnudas, cristalizadas, a lo que acababa de entrever. Tantas cosas imaginó él y hasta ahora no atinaba con el móvil que indujo a Malena a levantarse inesperadamente, como impulsada por un resorte, ir a la biblioteca, sacar su «Diario» y entregárselo. Detuvo sus pupilas y vio claro. La explicación estaba en aquella «y»... Le dio a leer su «Diario» para que se enterara de su aventura con aquel militarejo y... y... y... (el hipo, el hipo... de la duda multiplicado fuera por los grillos)... y... y... y... la dejara o la aprovechara...

En los labios le sonó la saliva como risa. ¡No, no, no era posible! En los bolsillos del pantalón sus manos candentes se revolcaron con el peso de sus virilidades. ¡Sí, sí, para que la dejara o la aprovechara él después del militarejo y... a saber cuántos más! ... Por eso su congoja de mujer que se ofrece, sus contenidos sollozos, sus lagrimones goteándole la cara, los brazos hacia atrás, todo su cuerpo largado hacia adelante, hacia él, que no comprendió, estúpido, romántico, que no fue hacia ella y la tomó en sus brazos, derribándola en cualquiera de los muebles para poseerla... Pero aún era tiempo... ¡No, no, la tempestad de la entrega dura lo que un relámpago!... Esperaría, esperaría su visita al campamento la semana próxima y, ahora sí, a sabiendas de lo que significaba aquella «y», la aprovecharía... Si hasta eso llegó... Cuando vio que él no había comprendido lo que significaba darle a leer su «Diario», le ofreció lo inesperado: ir al campamento, llegar a su pabellón.

Se volvió contra la noche azul, dura, traslúcida, que tenía tanto de hembra desnuda, vestida de joyeles, misteriosa, profunda, inalcanzable con los brazos y fácil de apretar con las pupilas.

Todo cambiaría. A partir de la visita de Malena al campamento serían... deshizo la palabra mentalmente despabilándose en lo oscuro, al final de una cadena de planetas, cosquilloso, distante, planetas, planetas... pronto a levantarse de aquel asiento de piedra y correr hacia la escuela a golpear las puertas y ventanas hasta que despertara Malena, saliese y le dijera si aquella «y...» era la del rumor de las campanas que para sonar dormidas atraen el viento a las torres de la iglesia...

Y. mánnnnn... ..iii... mánnnnn imantando la noche, polvareda de astros y los cuerpos amantes, polvareda de sueños... ..iii... mánnnnn... ..iii... mánn... ¡Sí, sí, debía correr, correr hasta la escuela y preguntar a Malena si era «y...» de imán... ..iii...mánnn... ..iii... man como el rumor del viento en las campanas, como el chasquido del beso del hierro dulce al pegarse en el imán... ..iii... mánnnnn...iii... mánnn...

Pero no tuvo acción, no pudo levantarse, inmovilizado por pesados soplos de murciélagos que giraban alrededor de su cuerpo, sensación de ataduras que se hundía hasta su carne en forma de tatuaje, y cómo salir de aquella cadena interminable de quirópteros ciegos, cómo romper aquella red de alas diabólicas, cómo desatarse de lo que no eran ligaduras, sino tatuajes...

Forcejeó por sacar la cabeza y el cuerpo de aquella camisa volante. Debía correr, ir hacia Malena y escuchar de sus labios de campana imantada de sus labios de metal

dormido, curvado por aumentar su poder magnético, qué eran ellos dos en medio de la noche de diamantes.

Vagamente recordaba, mientras seguían los murciélagos atándolo, no en materiales lazos, sino en soplos velludos que le embriagaban de tatuajes, sus juveniles teorías de barbería, cuando discutía con algún cliente, al compás de la tijera que también tiene música, sobre el amor y el magnetismo terrestre, época en que hablaba en serio de líneas ideales o ejes de inducción amorosa y de cuerpos que, imantados por el amor, pasaban a ser amantes.

Al rumor de las campanas siguió una granizada, como si en torno suyo se hubiera hecho pedazos el silencio de la noche. Lluvia de almendrones de córneas opacas y diáfanas pupilas que lo bañaron de miradas. Y otra, y otra ráfaga de granizo, como si bruscamente se solidificaran sobre el camposanto cercano millares de gotitas de llanto, lo golpeó con sus pepitas de ojos desnudos, acuosos, congelados. Se sobrepuso. Logró sacar los brazos de los tatuajes de murciélagos que lo ataban, lo cubrían, lo embriagaban y avanzar algunos pasos defendiendo la cara de aquella lluvia de ojos humanos, sin pestañas, sin párpados, fuera de sus órbitas, separados de sueños y visiones. (¿Quién va?... ¡Yo!... El eco repitió en cada tumba el monosílabo... ¡Yo!... ¡Yo!... ¡Yo!... ¿Yo soy todos los muertos?... El eco repitió... ¡...todos los muertos...! ¿Yo soy todos los muertos?...), volvió a preguntar... Y el eco repitió... ¡Todos los muertos!...) ¡Jaaa! Ja! Jaaa!... La risa saltaba de su cavidad bucal materializada en un gran tren de dientes y muelas que escupía, en lugar de reír, fritos en saliva de congoja, mientras arreciaba el granizar de ojos humanos, pupilones que con su mirada ausente, lejos de llenar, vaciaban el espacio. Envolvióse en un sudor tiritante, de plumas de frío, de plumas de sueño. Ojos con mirar de mujer, de hombre, de viejo, de joven, de niño, de idiota, de santo, de sabio, se tropezaban sin chocar, juntándose y repeliéndose, como si pasara sobre él, y junto a él, y bajo sus pies, una multitud sin cuerpo, sólo ojos, ojos, ojos... glaucos..., oscuros..., celestes..., claros..., una multitud sin sueño, despierta siempre de par en par las pupilas de granizo...

Alzó la cabeza desorientado... ...¿Y el rumor del viento en las campanas? ¿...Y el vuelo de los murciélagos?

Sobre su frente oprimía uno de los ojos humanos que logró retener bajo sus dedos, tan fuerte, tan violentamente, que lo deshizo, lo aplastó sobre la palpitación de sus sienas, al tiempo que se desandaba todo él en un espeluzno interminable, pues se había dado cuenta que lo que tenía entre sus dedos y su frente, lo que había atrapado, no era un ojo humano, sino una de las hojas del sauce...

Seguía sentado en el mismo sitio. ¿Quién fue, entonces, a gritar a la entrada del cementerio?...

Palpóse, palpó el asiento de piedra, buscando dónde había caído tanto ojo humano, qué había sido de la alfombra de granizos que veían, que giraban sus pupilas límpidas en las córneas blanquísimas, nevadas...

Todo yacía apagado, los ojos eran hojas, las hojas del sauce que disimulaba en apariencias vegetales, los cientos, los miles de ojos humanos que colgaban de sus ramazones llorosas. Sembrado en el cementerio sus raíces penetraban en los cráneos secos, en los cuencos vacíos de las caras óseas y extraían el mirar de los que ya no veían en forma humana, sino vegetal, de los que ya no tenían ojos, sino hojas...

Se quedó pasmado. Rodillas de cordilleras. La tierra de hinojos. ¡El lucero de la mañana!... Descolgado, suelto en atmósfera de eternidad, esa hora en que no es de día ni es de noche, es eternidad.

Tuvo la sensación de que Malena le acompañaba en aquel instante, no separada, sino como parte de su costado, contemplando el fanal de fuego, a través de la pureza del aire transparente, en el dombo afelpado, y este sentimiento de la mujer nacida de sus sueños, lo hizo levantarse, mínimo en él y sin límites en la visión del astro, apagados sus celos, sus instintos, sus dudas, comprendiendo que el amor se sube por las altas y afiebradas cumbres en que la voz se quema, se cierran los ojos, se pierde el tacto sumergido en otra piel, en otro tacto y la navegación del alma se hace de pecho a pecho, de boca a boca, de mirada a mirada, de palabra a palabra...

Ahogó su hablar íntimo y se hizo a lo más espeso de la sombra del sauce. La patrulla que al salir él de casa de Malena encontró frente a la fonda, volvía paso a paso. Se detuvo, mientras el jefe encendía un chancuaco, en el atrio del calvario. Mondragón vio crecer la cara del oficial al acercarse al fósforo que le apagó el viento. Otro fósforo. Esta vez la llamita palpitante iba en una cárcel de dedos, cuenco luminoso que acercó a su boca, como si fuera a beber fuego.

Y allí se enteró que la escolta buscaba a un tal Mondragón, vivo o muerto. Se les había ido de las manos, pues llegaron a capturarlo cuando acababa de salir de su pabellón. Después registraron todo el campamento y ahora andaban en el pueblo viendo si aparecía. La noche era oscura, pero no le *valerá*, dijo el jefe fumando a todo fumar porque anda uniformado de caminero y eso *inifica* que donde el bulto sea blanco, es él y va ser como tirar al blanco si no se da preso porque la orden es agarrarlo vivo para hacerlo cantar complicidades.

El grueso de los enchamarrados que formaban la patrulla cruzó frente a la casa conventual chacoloteando los caites, procesión interminable para aquel que escondido entre las ramazones del sauce, apenas se mantenía en pie, dos, tres veces sintió que se caía, que se le iba la cabeza, que se le doblaban las rodillas, acobardado por el peligro que corría y por la sorpresa de oír decir así, repentinamente, que lo buscaban vivo o muerto, por haber *suplido*, palabras del jefe de la escolta, los explosivos para las bombas del atentado terrorista y haberse *ofertado* como chófer del camión que se le atravesaría al auto del señor Presidente en el momento de su *ultimación*.

Frente a la casa conventual dudaron si seguir hacia el cementerio, pero el jefe no quiso. Cuando desaparecieron, ya él tenía su plan. Le había vuelto el aliento, la saliva, la sangre. Huir por el cementerio, no fue fácil despeñarse por entre rocas

desnudas que tenían la apariencia de gigantescas calaveras, y refugiarse en el taller de Popoluca adonde llegó pintando el alba su primer azul.

—Y esto que parece tan de antes, fue el martes —recapituló Popoluca—, este martes, hace cinco días... —la mano metida en la barba, dándose golpecitos con los dedos granudos como lenguas de terneros que pugnan por sacar leche de la ubre vacía...

Tanteó si seguía hablando o se quedaba callado. Siguió hablando:

—Difículto que sepamos de su paradero, salvo que pase una desgracia... Ni decirlo es bueno... ¡Ah, pero eso sí, casual me llegue alguna noticia me voy allá con usted! De eso esté segura... Ahora una cosa, si me quiere recibir el consejo, aunque quién soy yo para aconsejar a quien es de tanto saber como su merced: no hable del asunto con nadie y no vaya a ninguna parte.

Malena salió de donde Popoluca arrancada como una nave que la tempestad echa del puerto. Empezaba a caer la noche. En lo alto se veían ya encendidas las luces de Cerropom. Las niñas. La profesora Cantalá. Los grillos de chirrido seco, arenoso. Todo parecía detenido. Sólo ella iba andando. Sólo ella iba andando...

XII

El profesor Guirnalda no era masón, simplemente liberal presupuestero, de los que decían «cura, guanaco y sanate manda la ley que se mate», algo así como el Anticristo para Tancredo, el sacristán del Calvario, que engarabató los dedos y persignóse repetidas veces al verlo aparecer por el atrio y animarse a entrar en lo sagrado, hasta el cancel de la iglesia, tanteando por dónde andaba el Padre Santos de sus visajerías ante el altar.

—¡Tannn credo en Dios Padre que me llamo Tannncredo, pero el diablo metido en la iglesia sí que nunca se había visto, y tan luego darse conmigo el encontrón! —farfulló el sacristán y borróse por entre los escaños hasta aparecer en la sacristía.

Allí esperaba al Padre, que ya estaba en las últimas oraciones de la misa, para gritarle: «¡Hay moros en la costa!» Mientras tanto, echaba llave a las alacenas, los armarios, las cómodas y rezaba apresurado; «¡Santo Dios! ¡Santo Fuerte! ¡Santo Inmortal! ¡Líbranos, Señor, de este liberal!... A saber cómo se diría en latín. El Padre sabía y sabía más. En las oraciones al final de la misa, al invocar al Arcángel San Miguel su ayuda contra los espíritus malignos que andan sueltos en la tierra, los sustituía por los «liberales malignos», ya que aquéllos, por malos que fueran, eran sólo espíritu, y estos otros enemigos fungían en carne y hueso.

Pero todo cambió y en lugar del director de la Escuela de Varones, profesor Constantino Piedrafiel, asomaron por la sacristía grupos de soldados que se miraban chiquitos al lado de las tremendas escopetas que cargaban a la funerala. El Padre Santos, al oír ruido de armas y sables, apuró el final de la misa y cuando entró en la sacristía encontróse con Tancredo contra la pared amenazado de muerte, por no querer entregar un rimero de llaves a cuáles más grandes que llevaba atado a la cintura.

—Credo, entrégalas... —ordenó lacónico el cura y se dirigió a depositar el cáliz en uno de los armarios, luego de desvestirse de los ornamentos sagrados y ya en sotana, a tomar de una capotera su bonete negro.

—Estoy a sus órdenes para lo que se les ofrezca —dirigióse al oficial que encabezaba a los soldados, un hombre que le contestó, como si hablara por la nariz carcomida, sin hueso:

—Permiso pa registrar...

—Desde luego, traen orden escrita... —se atrevió el cura.

—Verbal... —sopletó aquél con la nariz comida por algún mal gusano.

—Credo, entrega las llaves y acompaña a los señores.

—No es necesario —dijo el jefe—; con que nos acompañe y abra donde le indiquemos basta.

—Anda, hijo... —asintió el Padre.

Tancredo alcanzó a decirle lloriqueando:

—¡Avísele a la gente..., toque las campanas!

Pero el cura juntó las manos y relamióse con las palabras de Jesús:

Regnum meum non est de hoc mundo... ¿verdad, profesor?... —alcanzó con el rabo del ojo a Piedrafiel que asomaba a la puerta de la sacristía.

—¡Padre!... ¡Padre!... —interrumpió el maestro—, ¿dónde podemos hablar? Es algo muy urgente y delicado...

—El confesionario es lugar seguro... —dijo entredientes y se adelantó seguido de Piedrafiel, que andaba de puntillas con más miedo que vergüenza.

—Tiene que hincarse... —aquel dudó—, ¡vienen!... —le dijo el Padre, y al oír que se acercaba la soldadesca, le flaquearon las piernas y no sólo se arrodilló sino que se introdujo dentro del confesionario, echado contra el sacerdote, para que no le reconocieran. Era el director de la Escuela Nacional de Varones y si lo descubrían confesándose, resultaba peor el remedio que la enfermedad.

Pero los soldados y el jefe, guiados por el sacristán, se desviaron hacia la puertecita donde comienza la escalera de caracol que va a dar al campanario y empezaron a subir uno tras otro. Piedrafiel respiró. Tendría tiempo de contarle al Padre lo de las camelias rojas.

—¿Qué camelias rojas? —preguntó el cura intrigado.

—Está en el periódico, ¿no ha leído?

—No he leído...

—Por encargo del contertulio, ¿me comprende?... —el cura asperjó un sí, sí, con la cabeza— le hice llegar a la profesora Tabay un ramo de camelias rojas que enviaron a mi nombre, desde la capital, en una caja, y esta mañana he leído en el periódico, entre las noticias del complot, que el santo y seña de los conjurados era «camelias rojas»... ¡Ay, Padrecito, debe ayudarme, debe ir a la Escuela de Niñas en este momento y recoger ese ramo que la boba esa debe estar cuidando como la niña de sus ojos!

—¿Y dónde está ese periódico?

—Lo ando cargando en la bolsa...

—Déjemelo y si llego a tiempo desaparecerá ese ramo de flores de cuyo nombre no hay ni que acordarse.

—¡Dios lo bendiga! —exclamó Piedrafiel.

—Se cambiaron los papeles... —dijo el Padre Santos, sacudiéndose las faldas de la sotana al levantarse del confesionario, como lo hacía siempre para botarse los pecados que le iban a soplar a la oreja y que sentía como pulgas y piojos andándole en el cuerpo, bichos que no pocas veces eran ciertos.

—Van a registrar todo el pueblo, casa por casa, según dicen... —fue Piedrafiel tras el cura que se dirigía al convento.

—Y ya usted lo ve, profesor, empezaron por la Casa de Dios, ¡qué sacrilegio!, seguirán con la casa conventual...

—¡Y con las escuelas! —le cortó—, con la Escuela de Niñas y mi miedo, Padre, es que no llegue a tiempo si no se va ya, ya... Vea que por esas flores pueden agarrar

el hilo y vamos a resultar inodados...

—Ya también usted usa esa palabreja que no está en el diccionario.

—¿Y el periódico?... Se va sin el periódico... Lléveselo, es el de ayer... —y de las manos de Guirnalda pasó a la sotana del cura una almohadilla de papel, tan doblado lo traía, tan sudado y tan oculto—. Muéstreselo a la profesora Tabay y que haga desaparecer esas flores antes que lleguen los soldados.

—Estos tienen para rato —dijo el Padre Santos—, porque deben haberse quedado viendo el pueblo desde arriba.

—Pero, Padrecito, en las que está usted, si es un batallón el que anda batiendo el pueblo, escoltas por aquí, escoltas por allá. ¿Acaso hubo carne esta mañana? Ni para el cocido. Clareando el alba le cayeron al menor de los Roldán que había matado y le exigieron que contribuyera con algo y el infeliz tuvo que contribuir con la res entera; ni tampoco hubo pan, porque pocas fueron las horneadas de las dos panaderías que hay en el pueblo. Ni pan ni carne, no sé qué va a comer la pobre gente...

—Verdolagas...

—Ni eso hay aquí, en estos cerros pelados, y como no dejaron pasar a los marchantes que suben la verdura y la fruta, porque hay tapadas en los caminos, se declaró la ley marcial... Pero, Padre, váyase, no pierda, no perdamos más tiempo, que si no son otros, son éstos que ya se oye que bajan del campanario los que pueden dar con esas flores.

Y en Cerropom aquella semanita fue como explicaba el profesor Guirnalda, de lunes sin lunes, de martes sin martes, de miércoles en miercolizado y juevesito de huevecito, porque hasta el viernes a mediodía no se levantó el entredicho, alzaron campamento tropas y policía montada y cesó aquel amenazante ir y venir de hombres armados por sus calles y alrededores.

Malena se propuso no pegar los párpados esa noche, al volver de donde Popoluca, un poco esperanzada, pero ahogándose, y amaneció con los ojos enrojecidos, como tomates, de tanto llorar y tenerlos abiertos, encendidos. ¿Cómo cerrarlos impunemente, cómo apagar los dos únicos focos que alumbraban la oscuridad? Mejor ver las cosas afuera que perderse en su tiniebla. Y por eso, al oír que alguien se anunciaba —lunes y tan temprano—, se caló los anteojos negros y sentada detrás de su escritorio, su trinchera, como ella decía, echó un vistazo a la Dirección para saber si estaba todo en orden. Podía ser algún delegado del Ministerio, algún inspector. A su lado, junto al cartapacío y el tintero, en un florerito, el ramo de camelias rojas. Mas al darse cuenta que la visita que tenía era el Padre Santos, se le llenaron los ojos de lágrimas y bajo los cristales de luto riguroso escaparon por sus mejillas hilos claros con peso de agua destilada. Sin decir palabra, el cura extendió ante ella el periódico. Encabezando la primera página, en letras grandes, se leía:

«CAMELIAS ROJAS»

Malena no supo si tomar el periódico o las flores. El periódico. Se quedó con el periódico. El papel llameaba en sus dedos convulsos. Le faltaban ojos. Ya las flores

las tenía el Padre Santos en las manos. ¡Camelias rojas! El Santo y Señá de los conjurados.

—Este ramo... —habló el cura en tono de exorcismo— no ha llegado aquí, nadie lo ha mandado, nadie lo ha recibido, ¡nadie lo ha visto! ¡Este ramo no existe ni ha existido!

Hubo regateo. ¡Cuándo no la mujer! Por regatear la engatusó Lucifcr. A falta del ramo, una flor..., a falta de una de las camelias, un pétalo..., ella no pedía más..., un pétalo... o la mitad de un pétalo...

—Es peligroso, hijita, es peligroso... ¿Para qué lo quieres?...

—¡Para comérmelo!... —se le salió a Malena de las entrañas y, satánica tratando de herir y escandalizar al sacerdote, por haberle arrebatado las flores, añadió—: para comulgar con él...

—Te lo doy, hija..., te doy la comunión... —accedió aquél pensando «¡qué menos puedo hacer por un alma tan agobiada, si ya hice la treta de confesar a un liberalote que no se confesaba!»

Malena recibió el pétalo en los labios, rojo como una gota de sangre, y agachó la cabeza llorando, mientras el cura salía con el ramo en la bolsa de la sotana. Al abrir los ojos sólo encontró frente a ella, el florero vacío, y las inmensas letras negras del periódico: CAMELIAS R O J A S... Las contó... Eran trece... Eran trece letras... No haberlo pensado los conjurados... O tal vez lo pensaron y por eso lo escogieron... ¡Fatal!... Trece letras...

Al cabo de un rato puso en orden sus cabellos, se detuvo a limpiar sus anteojos y salió de la Dirección a tocar la campana, como la que toca a rebato, y era sólo la señal de que empezaba el recreo. La presencia de una formación militar más numerosa que la que entró en la iglesia acabó con el recreo. Se oyó la campana seguida de la algazara de las chicas que se evadieron de las clases en gran retozo y en seguidita el silencio. Muy a tiempo se llevó el Padre Santos las camelias, En un ambiente de recreo apagado, los milicianos procedieron a registrar la escuela. Venían de la Escuela Nacional de Varones. Las salas de clase, la dirección, la casa de la directora, los patios interiores, cuartos de servicio, cocina, depósito de leña y rincones con cachivaches.

El más joven de los oficiales, alto, osudo, las botas impecables —los habían movilizado desde la capital— exclamó al salir:

—¡Todas estas maistras se enarbolan unos cucufates que ya los quisiera yo sé quién!

—¡Te callás o te meto un tiro! —lo amenazó otro oficial, ya pelando la pistola.

—¿Qué animal le picó a éste?... No era con vos... Vos fijáte en el pueblo, fijáte en la gente, fijáte en el paisaje, en ese chucho que va allí, ve... y así no oís lo que hablan tus mayores, tus meros tatas, los machos que tienen derecho a fijarse en cuerpiitos...

—¡Shooo... o... te callás o te morís! —arremetió el otro ya para quemarlo a

balazos.

—Pues para darte gusto y que no te gastes en amenazas, indio debías ser, voy a decir lo contrario, que las maistras esas no eran cholas, que tenían mal cuerpo, malos pechos, malas piernas, malo todo...

—¡Callate!... —imploró aquél, había bajado la guardia y tartamudeaba—, ¡no que de sólo pensarlo se me para el pelo y ando con la talpetatera que no puedo dar paso!

—Gota te habla...

—Militar por si al caso, pero no... Es nueva... Acabadita de estrenar y para servir a usted —se retorció del dolor, todo él cenizo. De los dientes le salió un—: ¡Ya mero me meto un tiro!...

—¡No seas bruto, eso se cura! —intervino aquél, temeroso de que su compañero se fuera a quemar los sesos, y ordenó que le quitaran la pistola—. Y si no se cura, se aguanta, que para eso se mete el hombre a cosas de hombre...

—¿Y quién sos vos para hablar así?

—Grado 33..., he tenido 33... y la primera es la que no se cura..., todas las demás, sí...

No quería soltar la pistola, pero al fin la dejó en manos de un sargento que le cambió el arma, por una pacha de aguardiente.

—Un trago le adormece el dolor, mi teniente...

—Gracias, sargento... —y antes de empinarse la pacha, gritó— : ¡Malditas sean las putas y la puta que las parió!

Y terminado el trago, se bebió la pacha entera, respiró rencoroso tratando de dar algunos pasos, con la cintura quebrada y las piernas abiertas.

Carretas, hombres a caballo, gente que pasaba, árboles, viento, polvaredas...

La señorita directora había vuelto a su trinchera, como llamaba a su escritorio, en lugar de escribir, golpeaba nerviosamente la punta del lápiz en un pliego de papel, al compás del reloj, sobre-tic... sobre-tic... entre su sangre el tiempo... sobre-tic-tac que dejaba en el papel con puntos y rayitas volantes la imagen de la lluvia que oía caer ínterinamente en sus oídos. De vez en vez, sin interrumpir el golpear del lápiz ni el ruido de la lluvia que la acompañaba siempre, se preguntaba si las camelias rojas que olvidó en el tren hace muchísimos años y las que se llevó el Padre Santos, eran las mismas. Movía la cabeza negativamente, pensando que sí, porque... le costaba encontrar la explicación, pero la hallaba..., porque las que olvidó en el tren, última llamarada de un primer amor, quemaron las manos del viajero desconocido que las hizo renacer años más tarde en un ramo, ya no de llamarada, sino de fuego, de pasión..., santo y seña de conjurados...

Se levantó como parte del reloj que acababa de dar las once y media de la mañana y fue a tocar la campana. Las niñas salieron formadas de las clases hasta la puerta de la calle donde las despidieron sus ojos vigilantes, detrás las profesoras, cada cual a su casa y de nuevo ella sola en la escuela.

Volvió a sus habitaciones. Los pasos de la servidumbre. Sus pasos.

El almuerzo. Distrajo sus ojos mirándose las manos. Antes de ir al comedorcito donde la esperaba un plato de sopa humeante, fue hasta una de las almohadas, la alzó y la puso de nuevo en la cama, dándole algunos golpecitos cariñosos. Era su consentida y la mullía. La que oía su pensamiento que era un llover continuo toda la noche, durmiera o no durmiera, después del día en que todo lo hacía como una autómatas, mecánicamente, bajo el aguacero de la pena.

El entierro con marimba y cohetes de un pastorcito de cabras que se despeñó cerca del Cerro Brilloso, reunió mucha gente en el cementerio de Cerropom. Hermano de un alumno de la Escuela Nacional de Varones, concurren al sepelio personas de rango: el Padre Santos y los directores y maestros de las escuelas.

Concluido el responso y las bendiciones, el párroco vino a colocarse entre Malena y Piedrafiel, a la espera todos de que terminaran de cavar la pequeña tumba.

—Aquí podemos hablar... ¿Hay noticias?

—Que sepamos, ninguna... —contestó Piedrafiel al Padre Santos.

—Entonces no lo han capturado. Para mí que se les fue...

A Malena le dolía aquella forma impersonal con que hablaba a veces el cura. («Para mí que se les fue...») Aunque era grato oírlo decir, saber que se les había ido, a la frase le faltaba cierto miramiento.

—El Padre lo dice como si hubiera apostado a que no se les iba... reaccionó Malena.

—¡Hija, por Dios! —juntó las manos el cura—, qué mal pensada...

—¡Por fortuna estuvimos tan a tiempo con lo de las flores! —terció el profesor Guirnalda, fugando por entre las mangas sus brazos, hasta palpase con las yemas de los dedos el filo de los puños de la camisa. Y añadió—: Lo triste del caso fue ese oficial que se suicidó...

—¿Quién sería? —preguntó Malena.

—Uno de los que vinieron con la tropa a Cerropom. Al llegar a su regimiento se pegó un tiro en la boca.

—Estaría complicado, pobrecito —adujo el Padre...

—Y muerto por fusilado —siguió Piedrafiel—, lo mismo da...

—¡No, señor profesor, el fusilado muere asistido por un capellán!

—¡Consuelo aquel..., un vestido de zopilote!

El estallido cercano y ensordecedor de dos cohetes que ascendieron en línea recta, segura señal de que el cuerpecito que en ese momento bajaban al agujero abierto en la tierra, subía al cielo, impidió que el párroco, que se había puesto en jarras, protestara de palabra contra la grosería de Piedrafiel, conformándose con hacerle gestos de que mejor era la sotana que orejas de burro o cuernos de diablo en la cabeza.

Del entierro sólo faltaba apelmazar la tierra y clavar sobre un montoncito de piedras la cruz que ya traían hecha y algo más difícil, irse, arrancarse de allí y arrancar a la madre que había echado raíces junto a los despojos de su pequeño. Nada

enraíza más luego ni más hondo que las lágrimas. Hubo que sacarla a la fuerza, casi cargada. Y ni así. No se conformaba, no quería dar la espalda, dejar solitaria la cruz en cuyos brazos se leía un nombre: VENANCITO...

Tancredo, el sacristán, se acercó a saludar a Malena a la puerta de la casa conventual. El profesor se había despedido al salir del cementerio y sólo ella se vino con el Padre. Llegóse con la cara alegre, tachada por sus inmensos labios gruesos, más zapatos que pies, más pantalones que piernas, más cabeza que cuerpo, más pelo que cabeza, y le dijo con lentos mascones:

—Me la andaba buscando Cayetano Duende...

—¿A quién, a mí?

—Sí, señorita...

—¿Y no dijo qué quería?...

—No, no dijo...

—¿Y no sabía que estaba yo allí en el entierro?

—Cuando se lo informé, movió la cabeza de un lado a otro, y se fue...

Un levante de clarineros. Volaron los pájaros azules hasta las torres de la iglesia.

Malena preguntó:

—Y ese sauce, ¿de quién es?

Tancredo se le quedó mirando con desconfianza, sin saber si le estaba tomando el pelo o ella había perdido el juicio. Preguntar de quién es un árbol...

—De quién va a ser, señorita, de él mismo... Así como usted es de usted, el árbol es de él...

—No me expresé correctamente, quise averiguar si ese sauce pertenece al cementerio o al convento.

—Está sembrado en el cementerio, pero cae para acá...

—Es muy lindo...

—¡Lindo sólo Dios!

—¡Y sus obras, Tancredo!

—¡Hasta allí no más, seño, hasta allí no más!

—Y el Padre que ya no volvió...

—¿Le iba a traer algo?

—Me dijo que lo esperara.

—Voy a ir a avisarle que usted lo está esperando, porque de repente se le olvidó... y... —se fue diciendo, puertas adentro de la casa conventual—, si estará chiflada, preguntar de quién son los árboles... ¡De Dios, de quién van a ser!... Y este señor párroco no está menos chifle que ella; todos los que leen mucho acaban por no saber mucho...

Malena, visiblemente agitada al acercarse al sauce, se había ido calmando bajo el rumor de sus ramas temblorosas como su carne convulsa, y lo contemplaba sin pegar los labios, hablándole mudamente, con el aliento, con los ojos, con las pulsaciones de su temeroso ser. Le hablaba, le agradecía el amparo que le prestó a su hombre, la

noche que la patrulla pasó cerca, y él oyó su sentencia. Aquí estuvo, aquí, bajo estas ramas, se decía, y revolviéndose sus entrañas de pensar que ella lo había sacado esa noche de su casa y que este sauce, sembrado entre los muertos, le había dado amparo... ¡Ah, si no lo hubiera sacado, si no le hubiera dicho «ahora quiero que te vayas», lo agarran, porque yo no era como tú, árbol y sombra!...

Disimuló su turbación, sólo Popoloca y ella sabían lo del sauce, y siguió con el Padre Santos, hacia la escuela.

—Recibí periódicos, pero no quisiera alarmarte —dijo el cura sobre la marcha.

Malena tropezó con sus propios pasos, antes de poder decir:

—¿Lo agarraron?

—No, hija, no; ni decirlo es bueno. Traen noticias de que han reforzado la vigilancia en las fronteras, y que a todos los complicados los sentenciaron a muerte, anoche, y los van a ejecutar mañana.

—Mi temor es que den con él, lo maten, le apliquen la ley fuga, y no digan nada, no se sepa...

—¡Eso jamás, quítatelo de la cabeza; iría en desprestigio del gobierno!

—¿En desprestigio del gobierno?

—Entendámonos, hija; éste, como todos los gobiernos de fuerza, cree que prestigio y sembrar el terror es la misma cosa, y no hay nada que aterrorice, que acobarde más que la muerte. Por el contrario —sacó el pañuelo para enjugarse el sudor de la cara y el cuello, se detuvo a restregárselo en la nuca—, por el contrario, mi temor es que un día de éstos ultimen a otro cualquiera en un camino, y digan que es él...

—¡Veintisiete días justos —suspiró Malena—, veintisiete días con hoy! No me he enloquecido, porque no debe ser fácil enloquecer...

—¡Dios es muy grande, hay que pedirle misericordia!

—¡Y usted muy bueno, muy santo!

—¡Cuidadito con blasfemar!... ¡Santo sólo el Señor! ¿Quieres los periódicos, te los dejo?

—Si no dicen nada de Juan Pablo, no. Lléveselos al profesor Guirnalda, que vive hambriento de noticias...

—¡Nuestro cómplice... —rió el cura—, ¡Ji, ji, ji!..., liberalote de porra, con lo de las flores se atrapó él mismo, y no te creas, está que no le llega la camisa al cuerpo y cada vez que me asomo, se queda sin saliva, temeroso de que yo le lleve alguna mala noticia.

Sin sentir había entrado la tarde. Olía, a lo lejos, la lluvia que estaba cayendo en la costa, muy lejos, como en sus oídos y al despedirse el cura y quedar sola, le pareció extraño ver la escuela cerrada. Hasta ahora no se daba cuenta que era sábado.

—Tienes visita, señorita directora —salió a informarle una de las que hacían la limpieza. Los sábados se barría a fondo. Se sacudían las paredes con escobas altas como pescuezos de palmeras para botar las telarañas. Se lavaban los patios a

guacalazo limpio. Se frotaban los pilares y en no lejanos días, se preparaba el lugar de la tertulia, esmerándose porque allí todo quedara como patena, no de balde venía el Padrecito, en quien pensaban las fregonas con vergüenza, mientras hacían ese lado del corredor, recordando cada una los pecados que le había ido a confesar.

Malena se detuvo vivamente contrariada. Ella no recibía visitas fuera de horario. Menos los sábados. Ese día la escuela estaba sola y no se abría la puerta a nadie que no fuera del personal.

—¿Y quién es el que me busca? —inquirió molesta.

—Un hombre la andaba buscando...

—¿Un hombre?...

—Sí, un hombre. Por allí como que se entró...

—Un servidor... —se alzó un vozarrón a su espalda, una voz conocida, pero que no oía hace mucho tiempo.

Cayetano Duende. Se adelantó a saludarla llevándose la mano hacia atrás para tomar el sombrero por el ala y sacárselo por delante.

—¡Qué va a decir que la vengo a ver, sin mandarle avisar!

—Nada, Cayetano, que le agradezco mucho que se haya dejado venir; hace tanto tiempo que no nos veíamos; pase adelante.

—Quería llegar a Cerropom primereando el día, pero todo se me fue en atrasos, empezando por el sueño que me atajó dormido y no me dejó empezar a caminar con el fresco del alba y además porque vengo de retirado. ¡Qué bueno que me la encuentro en salud, gracias a Dios!

—Entre a sentarse. Por usted sí que no ha pasado día. El mismo Cayetano Duende. Pase adelante, aquí es la Dirección. Siéntese, por allí puede poner su sombrero.

—No, niña, el sombrero conmigo siempre. ¿Y qué tal?... A mí se me hace que fue ayer que la traje en el carruaje a Cerropom... Era tiernita..., flor sin espinas, ¿verdad?... No había escuela, ¿se acuerda?... Una pieza que encaló a la carrera el Zonicario Barillas era la escuela... Y usted vino a dar donde la Chanta Vega, que ahora es difunta. No se murió aquí, se fue, y se murió en otra parte. Dejó al hijo que usted le conoció, Poncio Suasnavar, que era más bien hijo de un tal Panzós, y otros tres hijos que tuvo para ajuste de penas. Hay mujeres que se vengan de ellas mismas, pariendo. Eso hay. Y también estaba aquel

Cayetano Duende, ¿lo memora?... y digo aquél, porque yo soy otro; soy el mismo, pero soy otro, es una de las virtudes de nosotros los Duendes, ser distintos y siempre los mismos, menos el día de todos los Santos, porque ese día es también el día de todos los duendes. Dado que cada Duende tiene un Santo que lo persigue y cada Santo un Duende que lo defiende, si ese día se juntan todos los Santos, ese día se juntan todos los Duendes. (Malena empezó a sentir que se mareaba.) La Chanta Vega, Cayetano Duende, el chino, no había estación allá abajo, era estación de bandera, un telegrama que le llegó..., ¡ah!..., se acuerda..., acabandito de apearse del

carruaje, le llegó el telegrama, lo abrió y creyó que no era para usted y sí era, pero ¡ay!, no de la persona que usted esperaba. ¡Bienvenido todo lo que se ha olvidado, y que un día nos parece nuevo, como todo lo que se ve cuando se han comido nanacastes!

Malena lo vio todo de nuevo. No estaba sentada detrás de su escritorio, sino en el asiento principal del carruaje, y delante iba Cayetano Duende, espalda de cerro, sombrero de nube de cerro, hablándole mentiras...

—¿Ves que te dije aquella vez que las estrellas eran abujeros de oro y que tus dedos iban a entrar en esos abujeros?... No se ha cumplido, pero se va a cumplir y si salís conmigo al plan, vas a ver que los cerros se mueven como estandartes extendidos contra el viento del mar...

Malena saltó del asiento (hasta ahora realizaba lo que tuvo la intención de hacer once años atrás, cuando este hombre la conducía de una estación de bandera a las alturas de Cerropom, tirarse del carruaje, no seguir...) y apoyando las manos en el escritorio más bien deteniendo el escritorio, que sentía que rodaba como el carruaje por despeñaderos y sombras, le ofreció una taza de café, ella también necesitaba tomar algo, por de pronto, de ese licor de la realidad que se llama el aire...

Oyó a lo lejos las voces del coro. Encaminóse hacia allí casi corriendo temerosa de que Cayetano Duende la siguiera.

—Señorita —llamó a la puerta a la profesora Cantalá—, en la Dirección hay... —iba a decir un duende—, un señor, vea que le sirvan una taza de café y dígame que yo tuve que salir de urgencia. Sólo Dios sabe cómo termina una de cansada los sábados para tener que aguantar a los de la calle.

—Con mucho gusto, señorita...

—Y perdone, sólo la vine a interrumpir, pero ya me tenía desesperada; son de esas gentes que parecen el recuerdo imborrable, permanente de cuanto nos ha sucedido.

—Voy por el café...

—O pídale a una muchacha que se lo traiga...

Se entrecortaron las voces de la profesora y de la directora que ganaba sus habitaciones, más exactamente, su cama, de donde se levantó al sentir que no era su cama, sino el carruaje que la condujo a Cerropom, sólo que ahora no la traía, sino se la llevaba tendida, Duende en el pescante, con su insoportable risa de ciprés verde, sí, sí, ciprés saliéndole por la boca, y su mirada de ciprés verde, sí, sí, ciprés saliéndole por los ojos y cipresal cortado a tijera en la cabeza de pelo verde. ¡Muerta, no!..., gritó y saltó de la cama... El espejo lo diría y fue hacia allí, pero ni el espejo ni su imagen, el cristal vacío, su mano buscándose, queriendo penetrar, transponer, cruzar la delgada lámina, ir a lo que está detrás de los espejos de la vida... Su aliento..., la prueba de su aliento lo diría..., diría si estaba muerta o no... Se sacudió de alegría ante su imagen que asomaba borrosa al principio, pero después más y más clara, mejor dibujada al soplo de su boca... ¡Ah, si se pudiera alcanzar, pasar los brazos a

través del espejo para abrazarse y saberse ella misma!

—Señorita directora...

La voz de la profesora la sacó del espejo. Se detuvo a ponerse los anteojos. Sus ojeras escamosas eran como dos eslabones de cadena carcomida por la sal.

Estaba a la puerta con la taza en la mano.

—¿En la dirección, me dijo, señorita? En la dirección no había nadie...

—Pero si yo le dejé allí. Sólo que se haya ido.

—Pero por dónde, si la puerta de calle está cerrada con llave.

—Vamos a ver, señorita...

Y seguida de la profesora Cantalá fue, entró a la Dirección y evidentemente Cayetano Duende había desaparecido.

—Peor si no es conocido y peor si es mañoso...

—No, señorita, por eso no tengo pena; es muy bueno, de toda confianza, es el cochero que me trajo a Cerropom hace... hace muchos años... Lo que pasa con él es que me envejece más de lo que soy con sus historias...

—Pero, señorita, si usted no es vieja...

—Tenía su edad, Ana María, diecinueve años, cuando vine aquí como directora de la Escuela Mixta. Hace once años, saque la cuenta. Pero le estoy robando el tiempo; váyase con las niñas a seguir repasando; mi visita se debe haber ido a tomar café en la cocina.

—¡No, no, señorita directora, cómo le voy a dejar llevar la taza!

—Pero, vamos, suelte la taza, suéltela, suéltela, démela y así quedo bien con él, si lo encuentro por allá adentro conversando con las muchachas. Creerá que lo andaba buscando con el café. Después de todo, fue una pesadería dejarlo solo y con la palabra en la boca.

—Si es así, señorita —soltó la taza la profesora—; pero conste que yo la quería llevar.

Algo pasaba en las dependencias de servicio. De momento no se lo explicó. La ausencia del loro. Infernaba todos los días a todas horas, pero los sábados se convertía en un animal borrascoso. Sin duda por el silencio y la falta de las voces infantiles en los recreos.

Al no encontrar a Cayetano Duende, indagó si lo habían visto.

—Sí, por aquí como que anduvo —le contestó una de las sirvientas.

—¿Quién sos, la Goya?

—No, la señora Gregoria es aquella que está lavando los trastes en el lavadero. Yo soy Nicolasa Turcios. Anda ratito que estuvo por aquí ese señor que era algo así anciano. Dijo que ya la había visto, que estaba buena y que se iba. Con la señora Goya habló...

La otra sirvienta vino secándose los brazos con el delantal, las manos y los brazos que tenía mojados hasta el codo.

—Eso dijo. Eso que dice la Culacha. Que ya había vido que estaba bien buena y

que se iba. Hasta un día de éstos salí yo de metida a despedirlo. Hasta un día de éstos me respondió y agarró la puerta atrás.

—Pues yo lo andaba buscando para darle esta taza de café...

—¡Culacha, acomédate, quítale la taza de la mano a la señorita, no te quedes allí como si fueras de palo! —ordenó la Goya y en voz baja añadió—: Jurado amén que se lo va a beber, ¡porque para tragar y comer éstas no tienen precio, es a lo que más se acomiden! Dejás la taza en el lavadero de los trastes sucios y empezás a secar los platos que ya están lavados y que ya deben haber escurrido. Uno por uno los vas secando y los vas poniendo boca abajo.

—Si lo ha de botar, mejor que se lo beba —dijo Malena—, no está ni tocado...

—¡Y'unque fuera!, ¿verdad, Culacha? Cuando hay hambre no hay malas sobras y gente como ella que es joven vive con hambre, porque tienen mucho que depender de la naturaleza. ¡Que te valga, nalga, dice la silla al que cabalga!

—¡Dios se lo pague, me lo voy a tomar, está calentito! —agradeció la Nicolasa y alejóse hacia el lavadero hablando con el filo de los dientes—. Esta vieja Goya, si no es zajorina, es bruja. ¡Cómo adivinó que me quería beber el café! Hay noches en que hace sahumeros de caldo de tunas. Otras noches juega con una taba blanca sobre un trapo negro a la luz de la luna y habla con el loro, como si el animal fuera gente... y... ahora eso, qué se hizo el loro, no se oye por allí se volaría y mejor si no vuelve, es tan perjuicioso...

—¡Señorita —exclamó la Goya al quedar a solas con Malena—, pero ese hombre es el Cayetano Duende que le dicen!

—¿Lo conocías?

—Yo, sí; él a mí no me conoce, pero yo sí lo conozco a él de muchas resultas. Y no sé si usted sabe, pero las cosas hay que hablarlas claras, se gana la vida acortándoles camino a los que van lejos cuando quieren llegar pronto, o a los contrabandistas, o a los que persigue la justicia, pues conecedor es como pocos de extravíos subterráneos que salen a la costa directamente. Y... qué es eso, yo... por estar hablando del tal Cayetano Duende no le había dado ni las buenas tardes...

—Cierto que no nos habíamos saludado...

—Si vuelve, no se vaya a dar por entendida de lo que le estoy contando. Sáquele con divino modo lo de los extravíos subterráneos y se va a admirar de lo que cuenta. Cuenta y no acaba. Sólo él sabe por dónde pasó la lava debajo de estos cerros hace millares de años, siglos hace, y éstos son los caminos que él conoce, caminos de lava encuevada, de lava-luciérnaga les llaman, pues diz que a la luz de los derrumbes que les sirven de respiraderos, esos extravíos se ven como ríos de chispitas.

—Pero nada de eso se sabe en Cerropom o no lo cuentan, yo es la primera vez que lo oigo decir y tengo muchos años de estar aquí... —reclamó Malena mientras en su cabeza ataba y desataba pensamientos a la velocidad de la sangre en llamas..., caminos..., caminos subterráneos..., caminos subterráneos que van a dar a la costa..., policías..., escoltas..., hombres montados..., vivo o muerto..., vivo o

muerto... Cayetano Duende..., dónde estaba ese hombre..., le hablaría..., le hablaría en seguida..., Cayetano Duende... Cayetano Duende..., caminos subterráneos..., caminos subterráneos que van a dar a la costa..., vivo o muerto..., le hablaría..., Cayetano Duende... Cayetano Duende...

—Pues bien que se sabe. En Cerropom todo se sabe, pero es ocul to, señorita, secreto es. Güergüereando se me fue la lengua y por eso lo conté, ahora que como usted no se lo ha de bosticar a nadie, se me perdona que se lo haya dicho, queda entre las dos. Y yo lo supe porque enviudé de hombre cuando era jovencita y siendo viuda me casé con Celestino Montes otro hombre, tan hombre como el primero, tan hombre que por culpa de un caballo que había perdido y que dicen que tenía dueño, ultimó a uno de los de la montada que le pidió la carta de venta y si no es Cayetano Duende, después de Dios, que lo saca por extravío subterráneo, lo agarran y lo afusilan. Si hay que ver cómo lo buscaban. Como aguja. Nos quemaron el rancho. Yo me tuve que rodar por un cerro a unos breñales. Casi me mato. Perdí la criatura de que estaba gruesa.

—Pero a él no lo agarraron...

—¡Entuavía sudo, señorita, cuando me acuerdo que se les fue de las manos por bajo tierra! La montada sobre el camino, pólvora y plomo en los 30-30 y Celestino Montes por donde sólo los muertos ven.

—Nació de nuevo...

—¡Ya lo creo que nació de nuevo y con otro nombre!, y en el otro Estado, y tal vez con otra mujer, pero ésa es la maña de los hombres cacha, cambiar a la legítima siempre que pueden; y ahora que me fijo que no hay borrasca ¿qué se haría el loro?... ¡Ulacha —gritó a la muchacha que secaba los platos—, búscate al Tarquino que a saber qué se hizo, adonde se voló, no es cosa que se vaya a perder!

Esta fue hasta la puerta, atrás, y de allí volvió que las palabras se le quemaban en el braserío blanco de la risa:

—¡El viejo que andaba por aquí se lo llevó, pero allí lo trae de regreso, allí vienen con el loro!

—¡Ocurrencia de hombre —exclamó la Goya, yendo al encuentro de Cayetano Duende—, sacar a pasear a su compañero en lugar de sacarnos a pasear a nosotros!

—¡Goya! ¡Goya!... —la retuvo Malena—, dígame a Cayetano Duende que le espero en la Dirección...

—¡Pero sin el loro, señorita, sin el Tarquino..., quién los aguanta a los dos..., loro y chaneque!

Malena no se detuvo. Pilares, paredes, puertas, patios. Otros pasos la seguían. Los pasos de Cayetano Duende. No llegaba. No llegaba. Y no llegaba. Pero ella oía sus pasos. Los oía. Los oía. Los oía andándole sobre el corazón. La luz eléctrica. El péndulo del reloj. La punta del lápiz golpeando en el escritorio. Sí, sí, se lo pediría, el precio no importaba, ella reuniría cualquier suma con tal de salvarlo por uno de esos extravíos subterráneos... Los pasos... No llegaban a la puerta. No llegaban. Y no

llegaban. Pero si sería una ilusión de sus oídos... La puerta se llenó de una imagen que venía andando por la oscuridad y entraba a la luz un poco encandilada, real, palpable, los pies resonando en el piso, sobre el escritorio mismo, al lado de los puntazos de su lápiz, cada vez más rápidos, siguiendo el ir y venir del péndulo, cada vez más lento para la prisa que ella tenía de empezar a pedir, a rogar a Cayetano Duende que lo salvara... Vivo o muerto... iba y venía el péndulo... vivo o muerto... vivo... vivo... vivo. Pero también resonaban los pasos entre los libros, en la biblioteca, y en la bombilla de la luz eléctrica y en la garrafa de agua cristalina, y en el techo que se abría, se partía, le caía encima... Ella sintió..., no..., no era la boca de Cayetano Duende la que se abría, sino el techo, el techo que acababa de derrumbarse sobre su cabeza, golpeándola con estas palabras:

—¡Camelias rojas!...

El santo y seña de los conjurados, en boca de Cayetano Duende, qué significaba: Todo había vuelto al silencio, menos su corazón, el péndulo, su lápiz y Cayetano Duende que se había dejado caer en un sillón y molía bajo las suelas de sus botas, arenillas de alguno de esos caminos subterráneos.

XIII

Malena se puso en movimiento. La consigna era aprovechar el sábado y seguir a Cayetano Duende esa misma noche. Estaría de regreso mañana domingo por la tarde. Una valija hacía falta. Una valija o una bolsa. En la bolsa cabe más. Tenía una de lona. La valija apareció primero. No cerraba. La atarían con un cordel. Pero si allí estaba la bolsa bajo un montón de papeles. Pues entonces la bolsa. Entraba y salía a la Dirección. Iba y volvía a sus habitaciones. Las manos en las llaves, las llaves en las manos, abriendo aquí, cerrando allá. Dinero. Sacó lo que tenía en su escritorio. Revolvió la biblioteca buscando algunos libros. Fue a cambiarse los zapatos, el abrigo, pañuelos y un pañuelo grande para la cabeza y volvió a escribir unas líneas dirigidas a la profesora Cantalá. Pluma, tintero, papel, rápido, rápido, lo esencial y su firma. En la despensa se aprovisionaría de conservas, botellas, galletas, un poco de todo lo que hubiera.

Se adelantó Cayetano Duende y al asomar por la cocina sus ojos saltones, colorados, fijos, como brasas que se consumen fuera de la ceniza, asustó a la señora Goya que creyó que era el fuego el que le hablaba, el que le decía que se iba con la señorita Directora.

—A eso vine —sondeó Cayetano Duende la cocina con la voz, tanteando a que lo oyeran— a llevarme a la Directora, Popoluca está como estacado. Con dolencia de agua en el pulmón está.

La Goya no despertó del todo, la boca pegajosa, los ojos pegajosos, las pulgas pegajosas, gordas de sangre. No despertó del todo. El gran huevo vacío del bostezo se le hizo aire.

—¿Agua en el pulmón...? —se quedó rumiando—. ¡Ave María, de eso se murió... —el nombre se le borró en el sueño y tras dar un tremendo cabezudo al aire —, sí, sí, de eso se murió...!

Y ya no oyó cuando Duende adelantóse a desatranchar la puerta de atrás, una puertecita de lámina de cinc que chirriaba que ardía, hubo que cerrarla pronto a riesgo de despertar al vecindario y al loro que dormía en su estaca, ni cuando salió Malena, ni cuando se fueron despegando los pasos de la escuela.

—En la tiniebla no hay distancias y por eso, aunque está algo retirado, vamos a llegar luego —repetía Cayetano Duende cada vez que se acercaba a Malena, es decir cada vez que acortaba el paso, sus pies andando, pues él iba adelante, sus pies andando, y ella detrás, sus pies andando, sus pies andando...

Sus pies andando, Cayetano Duende agregó:

—La gran lava negra hizo esos caminos ocultos, pero también los rayos y las culebras de agua tienen sus caminos hechos, sus manejos.

¿Por cuál vamos a ir? Aquí sólo hay el camino que el rayo abrió bajo la tierra y el camino de la culebra de agua. Otros no hay por aquí. Esos de las grandes lavas negras, esos que van a salir al otro lado de los cerros, ya en la costa, esos no vamos a

andar nosotros, sólo por el Camino del Rayo y el Camino de la Culebra de Agua vamos a andar y andar hasta la Caverna Viva, que es donde él nos está esperando...

Sus pies andando, Malena volvía a ver a todos lados temerosa de que los siguieran, los detuvieran, ¡ay! si no llegaba a la cita, sus pies andando, sus pies andando, sí, sí, sus pies andando, sí, sí, sus pies andando, sus pies andando... caballos sueltos... voces sueltas... puertazos sueltos... pasos sueltos... nubes sueltas... y sus pies andando y sus pies andando, sin detenerse y sin oír lo que le decía aquel que se convino que por las calles de Cerropom marcharía adelante, a regular distancia, haciéndose como que no iba con ella. Ni perder el bulto ni perder el rumbo, se repetía Malena, pero al dejar una esquina se desorientó y pocos fueron sus ojos, no sabía si miraba o se tragaba lo que veía, sus pies andando, sus pies andando, pocos fueron sus ojos, no se encontraba, iba, iba, iba detrás de Cayetano Duende hacia la Gruta de las Centellas, sus pies andando, sus pies andando por una ciudad borrosa y clara como la Vía Láctea. Marchaban hacia el Sur. Fugazmente pensó en el Padre Santos al divisar el Calvario. No la vería mañana domingo en misa de ocho. Se inquietaría Le faltarían «dominus vobiscum» para volverse más veces a ver si estaba. Llegaría a la escuela. Preguntaría. Le dirían que andaba por donde Popoluca. Pero ya dejaban el Calvario, el viento en las campanas zumbando como lluvia de metal dormido; la Casa Conventual con el apoyo de calicanto y el asiento como una inmensa mojarra de piedra; el cortinón ondulante del sauce donde Juan Pablo pasó la noche y supo por boca del jefe de la patrulla que lo buscaban vivo o muerto, y al llegar a la esquina se internaban en el cementerio que en forma precipitada empezó a mover sus cruces en filas simples, dobles, triples, abanicos y rondas para cortarles el paso. Adelante, atrás, a sus costados, cerca y lejos de ellos giraban las cruces bajo un cielo de carbones encendidos.

Y no sólo las cruces sino los focos de alumbrado público, orillados solitarios y las últimas casas blancas, y el último puente, y los ranchos oscuros, y las ramas de los árboles, y el silencio parpadeante, todo giró en remolino sobre la cabeza de Malena, mientras sus largas piernas de humo se desprendían de sus pies por graderías que pasaban de la corteza vegetal húmeda, caliente, rumorosa de raíces, insectos, lombrices, vertientes, al reino de piedra en que el rayo dejó camino abierto.

Malena, a pesar de aquellas sensaciones extrañas, piernas de humo, pies desprendidos, trataba de conservar su conciencia y se dio cuenta que la entrada al oscurísimo túnel en que iban no quedaba lejos de un arenal seco y pedregoso que terminaba en barrancas y rezumaderos cubiertos por ramas y troncos de árboles tumbados. La Gruta de la Centella.

Uno de los dedos de Cayetano Duende echaba fuego, chispas y humo.

—No vas a creer, señorita, lo que se ve, que mi pulgar se quema. Así se mira, pero no es mi pulgar, sino mi primer dedo de ocote de los cincuenta dedos que traigo para el camino. Con eso nos va a alcanzar. Con eso nos va a sobrar. Cinco y cinco, cinco manos en cada bolsa de mi chaqueta. Y no quise encender afuera, antes de estar

a resguardo. Perdona te fuiste a entrar sin saber dónde ponías los pies, pero...

—No, no, me parece que fue una buena precaución, alguien podía ver la luz y seguirnos...

—Pero no sólo por eso, sino porque a la entrada de este camino oculto no se puede encender fuego. Ni siquiera de palo resinoso como el ocote. El rayo ve y cae la centella.

Avanzaban por una bóveda que se cortaba y seguía, se cortaba y seguía, zigzagueante como hecha por el rayo, entre rocas vitrificadas, baja temperatura, picante olor a azufre, amenazados por enormes manchas que se les venían encima. Malena las palpó en la parte abovedada, arriba, sobre sus cabezas y se dio cuenta que no se movían, que ellos eran los que se desplazaban como patinando por la claridad que al crecer de la llama se abría en superficies cóncavas.

—El ocote encendido bajo la tierra suelta la pura luz de la luna —dijo Duende—, lumbre amarilla, porque es la luna la que da a los pinos ese jugo resinoso que se quema con llama de oro... El mejor ocote se saca siempre de los pinos alunados, ebrios de trementina... Luz con jabón, luz resbalosa, luz que se enciende para no tropezar con el rayo...

Las manchas seguían avanzando contra ellos, sobre sus cabezas, pero ahora ya no en forma de nubes sino de enormes verdes gigantescas arañas de cobre, peces de hierros en fingidas aguas de encajes de arena, recónditas decoraciones de minerales y fulguritas que Malena examinaba sin perderse en fantasías, casi nombrando las sales y sustancias en que se originaban por conservar con esta pseudo ciencia elemental, su lucidez y su seguridad en sí misma.

Pero llevaba tanta angustia, todo lo dejó en la escuela tan a saber cómo, que no necesitaba de su pobre ciencia aplicada para mantenerse despierta en la realidad de las cosas y se le hizo insoportable irse diciendo que aquellas cavernas acaso se habían formado —ahora entraban en una cadena de pasadizos blancos y estrechos— por acción atmosférica, algún fluido, algún gas o el rayo mismo. Pero su mayor angustia no era la de la escuela abandonada así como así, era la primera vez que le ocurría, ni la de sus riesgos personales, sino la de no llegar a tiempo, la de no dar con él, la de que fueran a desencontrarse en aquellos laberintos oscuros, donde bastaba que la llama se comiera la lengua para que se perdiera todo, salvo que se buscaran a gritos, llamándose, nombrándose, pero dónde y por dónde, si todo era tiniebla y en el silencio los ecos burladores multiplicaban falsas voces. Por eso iba pendiente de la llama como de su propia vida. No le quitaba los ojos a la tea de pino y estuvo a punto de reclamar al guía su falta de previsión. Cincuenta rajadas de aquella madera inflamable que se consumía a velocidad de trementina. Por qué no se lo dijo y ella por qué no se lo preguntó... Pero ella... ella... acaso *maistra* quiere decir adivina... de haber sabido se trae su lámpara eléctrica... no lo pensó... o uno de los faroles de las ventanas de la escuela en las noches de vísperas o fiestas nacionales, o el humilde candil de la cocina... ah, si no llegaban a la cita... si se perdían en la oscuridad... si

se quedaban a medio camino... Pero cómo poder hablar con los labios pegados por el engrudo de la pena...

—¡Ya vamos bien, bien dentrooo...! —alzó la voz Cayetano Duende atajándose los respiros, y con el vozarrón levantó la mano y con la mano el hachón encendido.

Su grito se abodocó en el eco y las llamas ahumaron más de cerca la bóveda de la catacumba blanca por donde iban entre esqueletos de animales que más parecían parte del terreno calcáreo. De vez en cuando se oía dar la bota de Duende contra los huesos, costillares, quijadas, cornamentas... No los tropezaba, los pateaba... Había que acabar con aquellos fósiles que no eran sino acechaderos de la muerte...

La oscuridad que encontraban y dejaban, sólo comparable al silencio que también era completo, el movimiento de sus cuerpos y sus sombras por donde pasaban con el hachón encendido, la marcha incesante, incesante y el no llegar y no llegar y no llegar pronto que sin conocer el camino se convertía en no llegar y no llegar y no llegar y no llegar nunca, hacían que Malena perdiera por momentos el control de sus nervios y flaqueara, las sienes bañadas en sudor tiritante, apartando la pena dura y real que traía con ella, la pena por el que la esperaba en algún lugar de aquel mundo subterráneo. Iba a verlo. Y por oírlo decir se lo preguntaba a Duende en cuya mano seguía quemándose el ocote, astilla tras astilla, con fugacidad de meteoro vegetal. Iba a verlo, iba a verlo. Llamaba a Dios, llamaba a la Virgen, llamaba a todos los Santos, por el clamor su acaecido, su cansancio, la palidez de su cara bajo las lágrimas secas.

—Aquí lo tramado —parrafeó Duende—, es que cada quien tiene que cargar con su persona y su sombra bailando, echarse la sombra a cuestras y si fuera quieta, pase, pero bailando... ¡Disturbio más precioso e inevitable porque como no se puede andar de noche ni en camino de muertos sin luz apenas el fuego suelta la llama, la sombra salta a bailar y por fortuna que no pesa como abulta que en eso se parece a los pesares que sin peso agobian, pero sólo en eso y en lo negro, que en los demás todo con ella es baile! Tal vez uno va priso y ella bailando... tal vez va uno serio y ella bailando... tal vez uno va serio y ella bailando... tal vez uno va apenado como nosotros ahora, y ella bailandito adelante que no deja pasar, o bailandito atrás que hay que arrastrarla para que no siga bailando, o bailandito al lado de uno que hay que acompañarla y bailar con ella para traérsela bailando, que es donde empieza lo peor, pues hay que ir, como vamos nosotros, andando y bailando, andando y bailando...

Y así iban, sus pies andando y sus sombras bailando al son de llamas ladradoras que chisporroteaban racimos de fuego... sus pies andando y sus sombras bailando al manso compás de llamas con respiración de pumas dormidos... pies y sombras contra sombras y pies... sombras que subían a regarse con velocidad de relámpagos negros por las pantallas cóncavas y de las bóvedas desparramábanse en lluvia de pestañas que formaban en el suelo serpientes de cascabeles luminosos... pies y sombras contra sombras y pies... sombras que brincaban con golpe de saltamontes a posárseles sobre los hombros... sombras que volaban sobre sus cabezas como aves de plumaje de luto... así iban... así iban... así avanzaban contra asombro y marea... divididos sus

cuerpos en pedazos y los pedazos bailando... brazos y piernas aventados al aire... cabezas y manos aventadas al aire... mezclados... confundidos... él con la cabeza de ella... ella con las manos de él... el cuerpo de él sin cabeza... con dos cabezas el cuerpo de ella... él con cuatro piernas... ella con cuatro brazos... ella sólo cabeza... sin tórax... sin piernas... sin brazos... sólo cabeza... para luego aparecer intactos... iguales... como si no hubieran bailado... así iban... así iban... así avanzaban contra asombro y marea... caníbales de sombras que se comían uno al otro con dentelladas de fuego... así iban... así avanzaban...

El chaneque se detuvo a encender otra raja de cocote y anunció que llevaba gastadas cuatro manos, veinte astillas de aquella madera colorada. Le quedaban treinta. Había que apurar el paso.

¿Apurar el paso?...

Tropezosa, doliente, congelada de ir bajo la tierra, Malena empezó a ganar terreno a trancos angustiosos, sin saber ya ni dónde ponía los pies, apoyándose en los muros con las manos, los codos, los brazos, rota de dolor la nuca y medio quebrada la cintura de tanto ir agachada para no golpearse la cabeza, los labios con sabor a humedad y a humo de ocote en tal agitación que ella misma no sabía si tiritaba, rezaba o quería preguntar si aquel recodo era la salida, sin atreverse pues adivinaba que no, que no, que no..., que a ese recodo seguiría otra galería, y a esa galería otro recodo, y a ese recodo, otra galería en aquel encadenarse de formaciones calcáreas que no tenía fin... resistir... sacar fuerzas... ya tal vez aquí... allá... siempre más allá... y las sombras bailando... sí... sí... tenía razón Cayetano Duende... ellos en la pena y las sombras bailando...

Un soplo de aire fresco se llevó la llama y dejó un mechón de humo blanco en la punta del ocote. Salían de un campito de hierbas de sereno donde vieron las estrellas, qué raje de luces en el cielo, olieron la noche y sintieron los brazos del viento, pero poco fue el descanso y poco lo que estuvieron sobre la tierra sus pies andando, sus pies andando con ellos, porque dieron la vuelta alrededor de un cerro, sus pies andando sin ellos, y le dieron otra vuelta, sus pies andando sin ellos y otra vuelta más, sus pies andando sin ellos, tres veces lo circundaron con sus huellas candentes, hasta hacerlo girar, girar, girar con aullido de trompo coyote, desaparecer y en su lugar abrirse un boquerón de niebla de agua por donde sus pies andando sin ellos se perdieron bajo la tierra.

—Este extravío subterráneo ya no es el que trajinó el rayo —explicó Cayetano Duende al tiempo de encender los castillos de ocote de sus dedos en una galería de espejos escamosos que multiplicaban las llamas en millares de gotitas de lluvia— y en qué lo voy a conocer que no es camino de rayo... En que la piedra no está reventada ni sigue los rumbos de la torcidura... Este ya es camino manso de culebra de agua... Por aquí pasó la tromba y se fue vaciando de su cuerpo para dejarnos paso por esta cavidad de escama amodorrada... Otros dedos de ocote y asomaremos (directamente a la Caverna Viva, aunque antes hay que pasar por un empalme

sumamente peligroso, donde encenderemos las nueve astillas mayores y diremos: «¡La Hermosa Antorcha nos salve!»

Y todo se hizo como lo predijo Cayetano Duende. Antes de acercarse a la Caverna Viva se encendieron los dedos de la «Hermosa Antorcha», ya llegando al mal paso, entre peñascos cubiertos de murciélagos bamboleantes, quizás vivos, quizás muertos, con el cuerpo de moho y las alas cristalizadas, y vampiros que se desprendían con peso de baba de retumbo de las cornamentas de la sierpe de agua, hoy sólidos cornizamientos al borde mismo de barrancos abismales.

—Lo más peligroso de estas travesías subterráneas —siguió el chaneque— es quedarse sin luz. Fácil es salvar el ocote cuando lo arrebatara el aire... Se le hace pantalla con la mano o con un sombrero y basta. Lo costoso es defenderlo bajo la tierra de la tiniebla de agua que se come la llama a chupetones como si fuera dulce. Eso cuesta. Cuesta pensamiento. Pensar y pensar que no se la come y sólo así se logra que no se la coma. Y también es repeligroso que se apaguen las sombras de los viajeros. Peor si hay barranco escondido como hay por aquí. A la orilla de los barrancos corren más peligros de embarrancarse las sombras de las personas, sabido es... y sabido es también que persona de sombra desbarrancada pierde el *equilibrio* de la suerte...

Malena se arrimó al viejo más temerosa de sus palabras que de las grietas que se abrían bajo sus pies, aberturas negras, rojizas, anchas, profundas, como raíces de árboles-barrancos de tiniebla crecidos en la honda noche soterrada. ¿Qué sería de ella si su sombra se embarrancaba, si aquel hombre no cuidaba de su sombra bailando, si perdía el equilibrio de la suerte, si no llegaba al lugar de la cita por culpa de aquella inestable parte real e irreal de su persona dependiente de los relámpagos de las llamas bulliciosas?

—Si vas a sentir piedras que se mueven, no vas a tener miedo —le advertía aquél, la luz a la altura del enorme dado negro de su cabeza cuadrada—. Si vas a sentir piedras que se desmoronan y se quieren llevar tu pie, tampoco vas a tener miedo y no vas a gritar y no te vas a encoger si no oís dónde caen... y no vas a ver para abajo y no vas a ver para arriba y a tus costados no vas a ver, sólo tu camino adelante vas a ver en este mal paso que nos queda para llegar a la Caverna Viva, de donde arranca grande...

—Pero nosotros sólo vamos hasta la Caverna Viva —interrumpió Malena que sentía zozobrar sus fuerzas en aquel laberinto interminable.

—Sí, sí... —apresuróse a confirmar el chaneque—, pero lo que yo quería explicar es que dende allí arranca el subterráneo grande, el que cavó la serpiente de lava y al que le dejó su piel de piedra negra cuando fue a apagar su sed en el mar. Por eso es que va a salir al otro lado de estos cerros, mismo en la costa, y ya estaríamos en la Caverna Viva si no fuera porque el terreno niega de este lado la entrada fácil a esa inmensa bóveda colgada sobre una sala vacía tan grande que casi no se ve el «Galibal de los Tunales», un trono que se halla en el centro, labrado en piedra verde, con

asiento para nueve reyes y...

No pudo gritar a Malena que apurara el paso. La voz, el habla, la lengua, el aliento, todo se le fue para adentro ante el peligro que se cernía sobre ellos. Correr era lo único que les quedaba y ya él taconeaba rígidamente con sus botas igual que si fuera sobre zancos, iba sobre ecos; humo, hilachas de sombra y llamaradas en la cara descompuesta, los ojos de fuera y hacia atrás las orejas de martillo con dientes, atento a los trancos de Malena que lo secundaba haciéndose pedazos temerosa de que los hubieran descubierto y los vinieran persiguiendo, idea que desechó en seguida, pues de ser así Cayetano Duende habría apagado la luz en el acto, no la defendería como la iba defendiendo. Picor de miedo animal. Punteó su cuerpo un sudorcito fino. Se le agrietó la cara. Gesticulaciones de loca. ¿Una avalancha?... ¿Una avalancha subterránea?... Lodo... Lava... Arena. ¿Quedarían sepultados?... Ah, si pudiera preguntarle a Cayetano... ¿Quedarían sepultados de un momento a otro?... Ah, si pudiera preguntarle... Pero quién le daba alcance... ¿Qué vio?... ¿Qué oyó?... ¿Qué le hizo presentir la catástrofe?...

Nada había visto ni oído, nada, pero iba a todo llover de pies por algo tan espantoso como la misma muerte. La avalancha de la tiniebla se les venía encima. Quedarían ciegos. Las últimas rajadas de ocote ardían en sus manos. Ni una más en sus bolsillos. Y lo peor. Se acercaban a una peña rocosa de dos cuerdas de largo y media brazada de ancho, por la que aun con luz era temerario pasar. Peña y abismo. Peña y abismo. La salvación estaba en pasar por allí antes que se acabara el ocote. Sus dedos empezaron a retroceder perseguidos por la trementina caliente de la madera llorona, luego por las llamas, por el fuego. ¿De dónde agarrar las astillas, si cada vez le quedaban menos? Más y más de prisa. Sostendría el hachón en alto hasta donde pudiera. Tal vez si alcanzaban a cruzar el desfiladero. Más y más de prisa. Pero ya no era lumbre, sino un montoncito de brasas lo que llevaba en las uñas quemadas. Polvo de fuego. Llegaron al desfiladero, más solo para que Malena se horrorizara al comprobar con los últimos vislumbres de las llamas que lo que les esperaba era un puente de aire, tan en el aire, que ella se detuvo en un grito, fue más fuerte que la advertencia de no hacer ruido, más fuerte que ella...

Gritó, gritó, gritó...

—Por aquí... por aquí... —repetía el chaneque; la había tomado y la llevaba de la mano, borrado en la oscuridad, sus pies andando sin él.

—Por aquí... por aquí...

Duende conocía el desfiladero con memoria de ciego, pero ahora iba a pasos tartamudeantes. La responsabilidad de que se fuera a resbalar aquel ser inválido, endurecido, sin ojos, que arrastraba de la mano. El todo era ir como venían, el cuerpo pegado a las rocas, bien pegado a las rocas, pues el peligro estaba en orillarse o resbalar. Yendo contra las rocas, el cuerpo contra las rocas, siempre contra las rocas y avanzando a pequeños pasos, pronto estarían a salvo en la Caverna Viva. La imprudencia fue traer tan medido el ocote.

—Voy viendo... voy viendo... —repetía a cada momento Cayetano Duende, la llevaba fuertemente agarrada de la mano y la hizo creer, para darle confianza, que de tanto andar bajo la tierra miraba en la oscuridad y oía en el silencio, pero no veía ni escuchaba nada, como no fuera el ruido de las espaldas que raspaban las peñas en marcha dolorosa, más los mordían aquellas piedras y más ciertos estaban de llegar, y el llover arenas y pedruscos tras de sus pasos ciegos, perdidos en la tiniebla, sus pies andando sin él, sus pies andando sin ella...

No se quejaba. Malena no se quejaba. Se quejaba su cuerpo. Negábase a que sus pies andando sin ella la arrastraran más allá. Sus huesos confidentes íntimos del soliloquio blanco, el último, el soliloquio blanco, el último, el soliloquio de la cal y el sueño sin despertar. Rasgones y rasgones de cansancio. Se quejaban sus articulaciones de matraca, sus músculos de telaraña gastada, fluctuante. Y para qué si con sólo que se desvaneciera allí, acabaría todo, con sólo que se detuviera, con sólo que le soltara la mano Cayetano Duende, sin más, sin más, sin ir más allá, ya que era inútil, no llegaría, era inútil, si faltaba mucho, no llegaría...

—Estamos a cuadra y media... —oía la voz del cheneque, pero tan lejos, tan en el eco— es... ta... mos.. a... cua... dra... y... me... dia... —que no parecía la del hombre que la llevaba fuertemente agarrada de la mano—. Voy viendo... voy viendo... —menudeaba aquél—, por aquí... por aquí...

No llegaría... ella no llegaría...

—Voy viendo... voy viendo...

El silencio total. La tiniebla total. No se miraba ni se oía nada fuera del rasss... rasss... rasss... guñante raspar de hombros y espaldas en las rocas y el avanzar lento de sus pies andando sin ellos...

No llegaría... ella no llegaría...

Rasss... rasss... rasss... (No llegaría... no llegaría...) rassspaduras de arena y pedruscos caían tras sus pasos...

No llegaría... ella no llegaría... se le doblaban los tobillos...

—Por aquí... por aquí...

Le flaqueaban las piernas... sentía como que iba arrodillándose a cada paso o sería porque así quería caer, de rodillas, para seguir andando de rodillas...

—Por aquí... por aquí...

De rodillas hasta donde aguantara y después...

—Voy viendo... voy viendo... por aquí... por aquí...

Después que la arrastrara como una cosa inerte. Se lo diría... Le pediría con sus últimas fuerzas que así como ahora la llevaba de la mano la arrastrara aunque fuera muerta con tal de no faltar a la cita...

—Por aquí... por a...

Ahogóse la voz del guía al tiempo de soltarle la mano y Maiena habría caído si dos brazos no la arrebatan, inmensos, temblorosos, rígidos, glaciales, velludos, como alas de vampiro, y no flotan dos palabras en su oído:

—¡Ca... me... lias... ro... jas...!

La voz de Juan Pablo.

Contestó Maiena maquinalmente, sin aliento, sin articulaciones, y cerró los ojos que mantenía abiertos, candentes, temerosa de que todo fuera un sueño y que aquellos brazos varoniles que la ahogaban dejaran de oprimir su cuerpo con la violenta felicidad del encuentro, abarcándola silenciosos, tremantes, para comunicarle lo inexpresable en el mudo y ciego apretón del brazo y pasado aquel momento de dicha enloquecida, dejaran de estrecharla con la ternura roedora del que la cuidaba, como lo único que le quedaba en la tiniebla.

Pero qué premura por hablar, eran dos resucitados, dos resucitados qué se encontraban vivos bajo la tierra, qué premura por comunicárselo todo, por fundir sus pequeñas respiraciones, los racimos de sus lágrimas aniñadas, sus quejas, sus movimientos, ecos de sus invisibles personas...

XIV

Más dolor que hombros, más dolor que pies, más dolor que piernas, más dolor que espaldas, molidos pellejo y trapos, llegó Malena a la Caverna Viva, donde Juan Pablo la esperaba con los brazos abiertos y el santo y seña de su fallida conjura que para ella fue grito de resurrección y pasados los arrebatos del encuentro, guiada por aquél a quien no veía, lo oía, lo sentía, se fueron deslizando por la oscuridad profunda, hasta el «Galibal de los Tunales», trono de reyes sobre tunas, y allí se sentaron a esperar el alba, a esperar sus ojos para ser algo más que dos bultos perdidos en el vacío pegajoso de la tiniebla.

—¡Ay...! —se resolvió Malena dando un grito sin poderse liberar de los brazos que la retenían—, ¿y Cayetano Duende?...

Lo recordó de pronto y fue tanta su pena por haberlo olvidado que regresa en su busca, lo único que habría podido hacer ella es llamarlo a gritos, si Juan no le explica que el gran conocedor de aquellos subterráneos se hallaba sano y salvo y que si le soltó la mano al final del desfiladero, librándola a su suerte, fue porque se dio cuenta que ya él estaba allí esperándola.

Le suelta la mano y salta a la caverna, salta a la caverna y corre, no se detiene, corre hacia arriba a vigilar en lo alto la entrada cercana al campamento caminero, la misma que descubrió Mondragón aquella vez que le detuvo y desvió el *jeep* quién sabe qué animal. Pistola en mano lo fue persiguiendo por los huatales y si no hubo la presa, encontró la boca de la cueva que ya desde entonces fue para él, caso que el complot fracasara, un posible escondite.

Y hasta allí subió a montar guardia Cayetano Duende, pues sólo por ese lado, tenía acceso la Caverna Viva. Para llegar por las otras bocas había que cruzar interminables galerías subterráneas totalmente oscuras y el anticipado anuncio de luces, voces y pasos, daba tiempo a esconderse. Fue por una de esas galerías de negror y peligro por donde la condujo el chaneque. La habría podido traer directamente por el lado del campamento, sin tanta penalidad, pero era arriesgarlo todo a una sola jugada. Pero eso escogió el camino más largo y trabajoso, pero menos expuesto. Desaparecieron en las afueras de Cerropom, como si se los hubiera tragado la tierra y tomaron el camino del rayo estrecho, anguloso, zigzagueante, hasta salir de repente a una cumbre, descansar, respirar y hundirse en seguida, en medio de la reventazón de los cerros, en el subterráneo de la culebra de agua. Lo malo, que se les acabó el ocote y el último tramo, entre roca y abismo, en plena tiniebla, fue espantoso.

—¿Sabías que venía?

—Oí tus gritos...

—Fue una imprudencia, pero me horroricé cuando quedamos a oscuras...

—Y mi primer impulso fue correr en tu auxilio, pero no podía moverme del sitio en que habíamos quedado de hacernos encuentro con Cayetano Duende, y temí

extraviarme, es fácil perderse en estos laberintos...

—Tardamos en llegar...

—Sí, no venían. Me faltaban ojos buscando por todas partes la claridad del ocote, sin saber que se les había apagado.

—Se nos acabó...

—Y me faltaban oídos para navegar todo el silencio de estos benditos antros en busca de tus pasos. Pero ya estás aquí...

La besaba, la estrechaba, le pasaba la punta de los dedos febriles por la cara tratando de reconstruir su rostro su nariz afilada, sus ojos de pepitas húmedas, calientes, sus labios de comisuras afligidas, su nuca de vasija, sus hombros de diosa indígena, y olía sus cabellos, para saber qué aroma tenían sus pensamientos, qué perfume tenía la lluvia de aquellos hilos finos...

—Sabías que no podía faltar a tu cita. Oí decir a Cayetano Duende «Camelias rojas», y le seguí como hipnotizada...

—Quiero verte. Tarda el sol. Aquí al amanecer entra una luz muy rara. Es algo así como una claridad que saliera de las piedras.

—¡Qué suerte que hayas encontrado este escondite! No puedes imaginarte cómo han buscado en todo Cerropom, casa por casa, y los alrededores y a saber dónde más, las patrullas militares, la montada, los policías, de día, de noche, a todas horas. Registraron la Escuela, allá conmigo y la de Varones con gran susto del Profesor Guirnalda...

—¿Te mandó las camelias?

—¡Ah, sí, sí, ya te contaré lo de las camelias rojas! También registraron la iglesia, la casa conventual... qué no han registrado... ¿Dónde Popoluca? Donde Popoluca entraban y salían a todas horas con diferentes pretextos... No, no porque sospecharan que te tuvo allí escondido, no, sino más bien por ser una casa así algo orillada y por el taller. Si lo sospechan, ¡Dios guarde!, se lo llevan y lo torturan. Lo bueno es que aquí nadie te ha visto...

—Sólo Cayetano Duende, pero ahora dime, dime, dime...

—¿Qué quieres que te diga?

—Tú lo sabes...

—Si es eso, sí, sí, sí... —y lo besaba—, sí, sí... —lo besaba, mientras las piedras iban dando una luz de carne triste.

—Popoluca —siguió ella— me dio el papelito que le dejaste para mí, ¡A *bientót, chérie!*, pero debo confesarte que en mi angustia olvidé ese anuncio de que nos veríamos pronto, me pareció tan difícil, imposible, aunque de noche me levantaba a rondar por la escuela, a espiar las calles por las rendijas de las ventanas y si oía pasos me precipitaba a la puerta de calle, imaginando que podías ser tú y que ibas a tocar en busca de asilo; pero los pasos se alejaban, se diluían en el silencio de la noche, y comprendía que eran los pasos de los que te buscaban...

—Vivo o muerto... —la apretó Juan Pablo contra su corazón.

—Lo sé, mi amor, lo sé...

Y tras una larga pausa:

—Lo providencial fue que no me hayan encontrado en mi pabellón por ir a verte a ti...

—¡Amorcito, mi amor!

—¡Y que no haya sacado el *jeep* y que para evitar murmuraciones, el uniforme blanco es tan llamativo, haya salido de particular.

—Pasaste entre los soldados de la patrulla que te buscaba, me contó Popoluca...

—Sí, sí, y estuve a punto de regresar a pedirle un trago al jefe, con tanta gana vi que se arrancaba el chancuaco de la boca para empujarse la botella, pero como nunca me gustó beber ordinario, pensé que mejor me arrimaba al Padre Santos y le pedía un trago...

—Todo eso con puntos y comas lo contó Popoluca. Lo que no sé es cómo llegaste aquí, cómo sabías que existían estas cuevas que al decir de Cayetano son conocidas por muy pocos.

—También fue casual. Volví yo al campamento, creo que de allá contigo, sí de allá, y de pronto se me atravesó quién sabe qué animal, debía ser muy grande, porque detuvo mis ruedas delanteras, me desvió el timón totalmente y mientras yo paraba y saltaba para seguirlo, imaginé que era un tigrillo, casi le vi las pintas, tuvo tiempo de escapar por los huatales que se fueron haciendo tan tupidos que de pronto no me veía ni yo mismo, y me habría regresado, pero un temblor de viento los movía y no había viento. ¡Eh!, me dije yo, por aquí anda, y siguiendo el movimiento de las hojas y arbustos que se balanceaban, di con la entrada de la caverna, esa en que ahora está haciendo guardia Cayetano Duende.

Y mientras la luz transvasada por la altísima boca al interior de la tierra, modelaba flotantes bastiones que simulaban columnas, bóvedas que eran como naves penumbrosas de un gótico profundo, agujones y cavidades que parecían cúpulas sin revestimiento o cubiertas de murciélagos, Malena no sabía dónde poner los ojos, pavorizada convulsa. ¿Cómo podía ser aquel hombre que surgía de las tinieblas Juan Pablo Mondragón? ¡Imposible! La tez de color sucio aleonado, las pupilas infantiles, felinas, llenándole por completo los agujeritos de los ojos junto a la nariz, labios y orejas de paquidermo...

Ante la sorpresa de Malena, Juan Pablo ensayó una sonrisa triste con sus finos dientes de tiza y quiso retirarse. Ella no lo dejó. Lo retuvo medrosa. ¡Es él! ¡Es él!..., se repetía, tratando de olvidar la visión de aquella pobre bestia. Quedaron en silencio perdidos en la desolada claridad del fondo de la caverna.

—¿No me reconoces?... —y al oír que no le contestaba, apuró su reclamo—: ¡Malen!..., ¿no me reconoces?...

Ella sacudió la cabeza antes de despegar los labios.

—¡No! ¡No! ¡La verdad, no!

—Pero no te alarmes. No es enfermedad. Es una transitoria deformación de la

cara producida por un cactus que se mastica por la noche. Vestido de campesino pobre y con esta cara, ¿quién podrá decir que soy yo?

—¡Nadie!... —martilló Malena—, yo misma no sé si eres tú...

—¡Me felicito!...

—Pero... ¿no será peligroso?... ¡Sería horrible que te fueras a quedar así!... ¡Horrible!... —y se llevó las manos a la cara para cubrirse los ojos endurecidos como piedras de un cristal desamparado ante aquella visión imborrable de espanto y catacumba.

Luego dijo más serena:

—¿Has visto cómo estás?

—Cayetano prometió traerme un espejo, pero se le habrá olvidado.

—Espera, en mi bolsa debo tener —registró apresuradamente—, toma, es un poco pequeño, pero te alcanzarás a ver bien...

Juan Pablo enarboló el espejito después de soplarle algunas tripillas rosadas de la mota que salieron en el filo de sus bordes y tras mirarse concienzudamente exclamó:

—¡Perfecto!

—¡Perfecto personaje del Gabinete del doctor Caligarí! —le cortó Malena, asombrada, afligida.

—¿Te parece?... Pues a mí me parece que no. Un simple rostro de trabajador envejecido en la costa, bestializado en las plantaciones bananeras.

Y sin dejarse de ver al espejo, saboreando la deformación de sus facciones, añadió satisfecho:

—No hay por qué preocuparse. Esta hinchazón persiste mientras se mastican los cactus que me trajo Duende. Pero fue Popoluca el que me aconsejó que para poder escapar me deformara la cara con ayuda de esos cactus. Costó conseguirlos y antes de dármelos a mascar, fue toda una ceremonia. Tuve que arrodillarme y pedirle perdón a la tierra por lo que iba a hacer: cambiar mi faz, mudar mi cara, volverme otra persona...

—Salvo la voz... —atrevió Malena.

—Hablaré poco y gangoso.

—Si quieres quedarte con el espejo...

—Prestado, no regalado —interrumpió él—, salvo que tenga alguna moneda y te lo compre.

—Como quieras...

—Toma este cobre de diez, así se destruye el mal agüero...

—Y no lo quiebres, ¿eh?

—¿Quebrarlo?... ¡Ya resistió que yo me viera en él!

Rieron y a pedido de ella que sentía multiplicarse los brazos de Mondragón en círculos y círculos alrededor de su cuerpo, Juan Pablo le refirió todo lo sucedido desde que abandonó el obraje de Popoluca, aquel martes por la noche. A gasto de ojos, sin más brújula que su instinto, fue buscando la entrada de la caverna. Se jugaba

el todo por el todo andando por aquellos lugares cercanos al campamento, pero no le quedaba otro camino. Ahora lo importante era no equivocarse, pues qué hacía si no encontraba la boca de la cueva, ¿volver a donde Popoluca?... ¿seguir a salto de mata hasta que lo mataran o lo capturaran?... Pensó dónde había dejado el *jeep* aquella vez y deslizóse por el huatal tupido, medio defendiéndola celosamente los murciélagos. Se detuvo a oír si le seguían. Nadie. La respiración grumosa, palpitante. Mas apenas cruzó el umbral sintió que le seguían. El viento. Huracanado, musculoso, desnudo, bramó como fiera a la puerta del socavón. Luego, el gran silencio del aire adentro y la temible oscuridad. No pasó de la entrada. Era peligroso. Se quedó hasta donde le llegaba la luz de las estrellas, caer de oro lejano. Esperó que amaneciera para bajar al fondo de la caverna en que ahora refería a una Malena rodeada por sus brazos, manuable, amorosa, respirable, sus días y sus noches en aquellas catacumbas, donde la luz es reflejo y la voz se riega por el silencio mineral, sin penetrarlo, en ecos que se antoja que lo van venteando.

Malena se apartó para mirarlo. Increíble. Más lo miraba y más increíble le parecía. No era el pasajero del tren. No era el oficial en uniforme blanco de camionero. No era el labriego que le pintó Popoluca. Era... una persona extraña..., un ser fabuloso..., un habitante del fondo de la tierra...

Cerró los ojos, refugióse de nuevo en sus brazos y le pidió que le contara qué había hecho al llegar a la cueva.

—Dormir... —le contestó Juan Pablo—, venía muerto de sueño, no pegaba los ojos desde hacía muchas horas, todas las que pasé despierto en Cerropom la noche en que cierta personita me echó de su casa: «Ahora quiero que te vayas»...

Malena le tapó la boca con la mano, suavemente y no sin cierta aprensión, la misma con que le besaba al empezar a colarse la luz, temerosa del contagio de aquellos labios gruesos, monstruosos, calientes, como con fiebre, reconviniéndole por acordarse de cosas tan insignificantes en situación tan apurada.

—¡No tan... —le dejó ella hablar— insignificantes; si no me echas de tu casa, me capturan!

—En eso tienes razón, pero no digas que te eché, te pedí que te fueras...

—Suenan mejor, pero es igual...

—¡Malo!

—¡Monstruo, dime mejor!

—¿Por qué monstruo, si me explicabas que es la cara normal de los trabajadores de la costa?

—Exacto y es lo que ahora voy a ser: trabajador de las plantaciones de banano, empezando desde abajo, como esas semi-bestias que el paludismo se come en *amarillo*...

—Pero volvamos a la cueva...

—En ella estamos...

—¡Burlisto!... —reaccionó Malena tomándole las manos con amoroso enojo—,

bien sabes que lo que quiero es que me cuentes cómo hiciste para subsistir aquí tantos días, ya cerca de un mes, y cómo fue que te encontraste con Cayetano Duende.

La luz del amanecer se regaba como humo blanco en la tiniebla subterránea. Juan Pablo la levantó del «Galibal de los Tunales». A pesar de que Cayetano Duende cuidaba el acceso, en lo alto, era imprudente permanecer allí, mejor internarse, desaparecer de la gran cavidad, tomar por una galería retumbante, en busca de su refugio que esa hora recibía una espolvoreada claridad en la entrada, detrás de dos mil toneladas de lava, en una sola piedra. No necesitaba contarle cómo había hecho para subsistir. Lo iba viendo ella. Desde allí, sin moverse, por un ángulo, le era fácil observar, a unos ciento y pico metros hacia arriba, la boca que daba a los huatales, que era por donde podían sorprenderle, pues llegar por el camino de la culebra de agua, sólo los muy conocedores. Por eso escogió aquel sitio que al principio creyó su momentánea residencia, bajo la tierra. Pero no fue así. Al revisar los víveres que traía —más de cincuenta tortillas de maíz, sesenta y cuatro exactamente, doce pixtones de maíz con queso, un cartucho de sal, un cuarterón de dulce, unas cuantas tiras de cecina, media brazada para ser exactos y un tomatillo con agua—, se dio cuenta que había olvidado los fósforos, las candelas, el ocote y los cigarrillos, hasta puros traía en aquel matate que debe haber dejado donde Popoluca, y no lo sentía tanto por los cigarrillos y los puros, aunque sí, porque para un perseguido más alimento es el humo que la comida, cuanto por las candelas, los fósforos, el ocote, pues, cómo iba a seguir camino, sin tener con qué alumbrarse, por aquellos subterráneos profundos donde no se miraba nada. Acobardado, tamaño descuido reducía a cero sus posibilidades de evadirse por cavernas que sin duda salían muy lejos, fue colocando las cosas que traía, víveres y tujas, en lo que por falta de luminarias para marchar adelante, ya no sería, como pensó, su residencia pasajera, sino algo así como, su domicilio de enterrado vivo. Pero un golpe más fuerte le esperaba. Al levantar el tomatillo casi se le caen los brazos. No tenía agua para muchos días y menos con los alimentos que traía, cecina o carne salada y tortilla o masa de maíz, que no eran para ser comidos en seco, salvo que encontrara allí cerca bajo la tierra algún nacimiento de agua o un río subterráneo. Levantó una piedra pequeña y la puso en un sitio visible. Así no perdería la cuenta de los días. Aquel oscuro guijarro de su nuevo calendario correspondía a un miércoles, dado que lunes salió del campamento, estuvo donde Malena y el resto de la noche de Cerropom, martes le aclaró donde Popoluca, allí pasó el día, por la noche huyó a la caverna, para amanecer en el fondo el miércoles... qué... miércolessss... era... ¡Miércoles, no se acordaba de la fecha!...

Ni un solo día de los marcados con las diez primeras piedras falló el engranaje: racionamiento estricto de cecina y tortilla, ejercicios de inmovilidad, horas de sueño prolongado y largas incursiones por las galerías de lava, los túneles de piedra, los pasadizos de tierra arenosa, al tacto, al tacto, palpando los muros en busca de agua, del fluir de un torrente, del gotear de un manantial. Perdía el oído en el silencio, seco, tostado como sus labios; pegaba las orejas sedientas al frío de las piedras, igual que

lenguas que quisieran oír por percusión esa lejana gota que en algún lugar caía; dejaba sus pasos resonando en huecos y se volvía apresuradamente por el temor a extraviarse del todo y redobló la vigilancia sobre su persona al ir escaseando el líquido en el tecomate, arrebatándose de las manos para no consumir el resto de una sola sentada, siendo que le correspondía, al principio, cinco tragos al día, después tres, dos después y después... el ruido del recipiente vacío... ¡Ah, ese día... noche... a saber qué sería!... No estrelló el tecomate, cascarón vegetal, vacío en forma de ocho, por frotarse apresuradamente la manzana de Adán, donde sentía el peso de la calabaza llena de sed, y porque de encontrar agua, si lo estrellaba, en qué la traería. Quitárselo de enfrente. Esconderlo. Eso bastaba. Ganar días. No comer. Inmovilizarse del todo. Pero, para qué ganar días, si el problema iba a ser, no el mismo, sino cada día peor... Y qué remediaba con no comer, si ya no era sólo la sed que la cecina escondía en cada fibra empapada de naranja agria con sal secada al sol, ni sólo la sed masuda de las tortillas y los pixtones con queso, sino la otra, la indefinible, la que paseaba ante sus ojos cerrados, bajo su pequeña lengua de niño, granizadas de virutas de hielo cubiertas de jarabes, rojos, amarillos, lechosos; o los *ice-creams* que de joven devoró en Panamá con deleite sexual; o los refrescos de guanaba que aún sentía en la bóveda palatina, como gotitas de perfumes verdes; o los jugos de piñas dulces; o los tistes que pintaban en sus labios bigotes de sangre...

Era estúpido quedarse inmóvil y la sed no lo dejaba. Iba y venía juntando en los cuencos de sus manos, la tiniebla de su guarida para metérsela en la boca, metérsela así como suena, metérsela con los dedos, como algo materialmente bebible, como el deshielo del témpano de lava gigantesco que navegaba inmóvil frente a sus ojos abiertos en los ratos en que había algo de luz.

Se decidió. No podía morir de sed. El agua estaba allí, allí, allí arriba, al solo salir de los huatales, y peor para él si no la encontraba, masticaría hierbas, espinas si era necesario...

Pero se detuvo... a dónde iba de día... a entregarse... a caer en las manos de los que lo buscaban vivo o muerto... o... o... o... y la redonda o de su garganta se iba abriendo en círculos, en círculos, en círculos de agua... o... o... o... internarse en las galerías, perderse, no encontrar río ni vertiente y morir de sed en la trampa...

¡No! ¡No! ¡No!... ¡Por el laberinto, no!... Esperaría la noche y saldría al huatal... ¡ah!, si lloviera... se acostaría boca arriba a beberse el aguacero entero...

Tiritaba..., qué inestabilidad la de sus gestos..., qué temblor el de sus manos..., tiritaba esperando la noche..., esperando que partieran las flotas de murciélagos..., esperando que algunas luciérnagas perdidas entraran en la caverna, brilla que te apagas, como pedacitos de un cielo estrellado que se quebró como piñata...

De pronto arrancó de su guarida con manotazos de loco su revólver, sus papeles, sus pobres cosas y avanzó a largos pasos hacia arriba...; ¡que lo capturaran...! ¡que lo mataran... pero que antes le dieran de beber...! ¡vivo o muerto... vivo o muerto... no importaba con tal que le dieran de beber... de beber!...

Un relámpago de conciencia le hizo echar pie atrás y enfrentar la otra salida... ¿cuál salida?... ¿las galerías de lava?... ¿los túneles de piedra?... ¿Los socavones?... la red... la sed... el laberinto... la sed... la red... no... no... no... ¡cómo iba a caer en la trampa... cómo iba a internarse en las cuevas y a morir allí donde no tendría el consuelo de encontrar agua...! ¡mejor afuera... mejor afuera...; vivo o muerto... vivo o muerto... mejor afuera...!

XV

—Y ya iba de salida resuelto a todo —continuó Mondragón—, resuelto a entregarme, a que me mataran, a todo, con tal de no morirme de sed, cuando encontré a Cayetano Duende...

Ambos levantaron los ojos agradecidos hacia la entrada de la caverna donde ahora hacía aquél de centinela, sentado o yendo de un lado a otro, como el badajo de una campana.

—Pero... —recapacitó Juan Pablo—, mejor si nos vamos de aquí. Pudiéndonos ocultar en mi guarida confortablemente... —subrayó esta palabra con un gesto que quiso ser sonrisa—, no hay para qué exponernos...

El irreconocible Mondragón. Más lo miraba Malena y menos creía que aquel cascarón de carne ahumada, gordos labios y grandes orejas cascarudas, dócil y triste como una bestia que se desangra, fuese el Juan Pablo de rostro enjuto, boca fina y ojos arrinconados a la nariz, que ella conoció. De su antigua cara, hueso y voluntad, lo único que le quedaba era el hilván de sus dientes color de tiza que mostraba al hablar.

Decirlo Malena y hablar él de sacárselos...

—¡Júrame que no!... —saltó ella, lo detuvo del brazo, iban hacia la guarida, exigiéndole que la viera de frente con sus poquitos ojos apurpujados.

El la miró silencioso y tras sonreír y besarla, aclaró que era una broma. Tanto ansiar la luz para contemplarse y ahora Malena cerraba los ojos, instintivamente, sacudida de los pies a la cabeza, cada vez que la besaba aquel ser monstruoso.

—Me alarmé —dijo ella, ah... si pudiera hablarle como lo besaba, con los ojos cerrados—, porque eres capaz de todo con tal de salvar el pellejo, ya te has desfigurado la cara...

—¡El pellejo, no!... —interrumpió Juan Pablo—, ¡esto... esto que se llama pellejo...! —y levantó rabioso con los dedos en pinza un volcancito de piel del envés de su mano izquierda—, esto que se llama pellejo, no, sino mis ideas y con tal de salvar mis ideas, no digo los dientes, ¡los ojos dejo que me saquen!

Habían llegado a la guarida, afortunadamente más penumbrosa, cargando el bolsón de vituallas que Malena sacó de su despensa y Duende trajo a la espalda, lo llamarían más tarde para ofrecerle un bocadito, ahora que siguiera de centinela, y se acomodaron junto a la gigantesca mole de lava que amparaba con su sombra la entrada a la pequeña vivienda. Malena, más sobre él que sobre las piedras, temblorosa, feliz porque casi no lo veía, transportaba con diligencia de hormiga panes, rebanadas de queso, galletas de soda, una botella de cerveza, una lata de mortadela, sardinas, vasitos de metal, para todo tenerlo más cerca, más al alcance, mientras aquél la acariciaba, la palpaba, se adueñaba de su cuerpo a favor de los movimientos que hacía y en los que tan pronto le dejaba caer en la mano el peso de sus senos redondos, al acercarse a darle con la boca un dátil, como el relámpago de

sus muslos en la punta de sus dedos, cuando se aproximaba a beber con él en la misma copa, o el cordaje vibrante de la cintura al volverse de un lado a contemplar lo que Juan Pablo le iba mostrando; su calendario de piedras, veintitantos guijarros, hasta que la sed lo enloqueció dejó de contar los días; los sitios por donde se paseaba horas hablando en voz alta, por momentos le entraba el miedo de enmudecer, hablándose, escuchándose para saber también si no se estaba quedando sordo en medio de la total falta de ruido que lo rodeaba; y el lugar, no lejos de allí, donde divisó por primera vez a Cayetano Duende...

—No vi quién era, si un ser vivo o un desencantado hombre de piedra me le fui para encima temeroso de que fuese una visión creada ante mis ojos por la sed; que fuera el delirio lo que me llevaría a contemplar la figura de un viejo que avanzaba hacia donde yo estaba, con un tocomate colgado del hombro. Me le fui para encima, le arrebaté el tocomate, con los dientes le arranqué el tapón y vacié su contenido en mi boca, sin respirar, sólo que a medida que se iba apagando en mi garganta el horroroso témpano seco de la muerte, renacía en mi ánimo el miedo del perseguido y se evaporaba de mis labios la felicidad del animal que se relame saciado.

Malena le llenó de nuevo el vaso y él apuró de seguido unos cuantos sorbos de cerveza. Luego sintió el relato de su encuentro con aquel ser casi irreal al que quiso besarle las manos.

—Por fin aquel que yo creía fantasma me dirigió la palabra y comprendí que era de carne y hueso como yo. Hacía muchos días que me andaba buscando de parte de Popoluca. Pero, cómo pudo saber Popoluca que yo andaba por aquí, le pregunté inquieto. Por una sola cosa, me contestó; porque le encargaste mucha candela, mucha astilla de ocote y cajas de fósforos, atados de cigarros de papel y algunos puros, y todo lo fuiste a olvidar allá con él. No se dio cuenta sino hasta el día siguiente y entonces me mandó llamar y me dijo: «Sospecho que anda un hombre perdido bajo la tierra y no puedo dormir..., vaya y sáquelo, compadre, usted que conoce los mares negros de la tiniebla, Dios se lo ha de pagar, y sé que es ansina, porque olvidó aquí conmigo este matate con sus cositas de alumbrarse y fumar...» «Su sospecha es orden, compadre, le contesté yo, lo voy a ir a buscar, ¡enrédate, dijo Dios, y no maté!, porque yo tampoco voy a poder dormir sabiendo que anda un hombre perdido bajo la tierra y porque no soy desvoluntado para hacer el bien...»

—¡Y la suerte fue que te encontrara! —se apresuró a decir Malena incorporándose jubilosa, había abandonado la cabeza sobre el hombro del que ahora no menos sediento sorbía con ruido, como para hacerlo más sabroso, el último trago de cerveza que le quedaba en el vaso; solícita levantó ella la botella para servirle otro poco y añadió—: Popoluca sabía lo nuestro. El día que me entregó tu papelito, quise explicárselo todo, más por encontrar con quién desahogarme que para otra cosa, pero de entrada me atajó. Nos había visto juntos en el Cerro Vertical. La única vez que fuimos él nos vio...

Hubo que hacer una pausa al sentir que se le quebraba la voz profesoral y que de

adentro le salía una voz más íntima, propia para evocar los momentos que pasaron sumergidos en el silencio del cielo, tan diferente de este silencio de bajo la tierra, frente a la soledad del Océano Pacífico tendido al fondo como un sueño lejano.

—Aún me parece oírte en el Cerro Vertical... ¿Decías de memoria?... ¿Improvisabas?... ¿Te acuerdas?...

¡Qué ganas de irse huyendo hasta el mar!

¡Ganas de no regresar!...

¡Ganas de cerrar los ojos y oír decir: está muerto... y no parpadear!

¡Qué ganas de irse huyendo por puertas de par en par!

—Son las palabras de un perseguido, ¿no encuentras?... Quería huir de mí mismo, de la realidad...

—O de lo que ya no era posible escapar una vez empeñada tu palabra —le espetó Malena, violenta contra los hechos, no contra él— ¡Qué enredo el de ese complot, más parecía urdido por gente que los hubiera querido perder!

—Por desesperación se hacen tantas cosas...

—Sólo así se explica...

—No te tenía a ti...

—Eras el más comprometido...

—Y no porque estuviera de acuerdo con el atentado —interrumpió Mondragón movilizándolo sus mínimos ojitos alrededor de sus ideas—, sino porque operaba con gentes que no comprendían que mejor que acabar con la *fiera*, era alzar el pueblo para cambiarlo todo de raíz; y digo mal, no era que no comprendieran, comprendían demasiado y no se les ocultaba que en una revuelta popular, ellos también peligraban, sobre todo sus intereses...

—Pero entonces, ¿por qué te comprometiste tanto, tan a fondo?... Perdona, pero ante lo irreparable, es tonto, pero no queda sino hacerte y hacerte preguntas, las mismas preguntas... ¿Por qué te comprometiste tanto...?

—Porqueee... —arrastró el queee hasta la interrogación más desolada, antes de mover la cabeza de un lado a otro—, no sé bien por qué...

—¡Hasta comprometerte a manejar el camión que se cruzaría al paso del automóvil presidencial en el momento del atentado!... —le reprochó ella con tristeza y ternura.

—¡Diablos!... Yo era solo y todos los demás tenían hijos, hermanos, familia, alguien a quien dejar... Yo era solo y, además, fíjate bien, quería estar seguro que las cosas se harían a la fracción de segundo, que nada fallaría y... —confidencial—, como buen tirador llevaba mis armas en el camión, para liquidarlo yo si salía ileso del atentado... Allí mismo... —le apretó las manos y asomando a sus labios una risa juguetona, le dijo—: Y si supieras cómo me embarqué en esa ventura...

—Ya me lo imagino...

—Como el que acepta a ir a una partida de cacería, ni más ni menos, con mis rifles, cartuchos y dispuesto a cazar la *fiera*...

—¡Qué loco!

—Di en alta voz: ¡O!... la letra «o»...

—¡O!...

—¡O... o... o... o...!

—¡O... o... o... o...! —repitió Malena, mientras el eco llenaba las cavidades soterradas y rodaban por todos lados los sonidos de la redonda y penúltima vocal— ¡ooooo OOOOO!... ¡oooooOOOOO!...

—Imagina. Malen, que todos esos ecos son ruedas de automóviles y que todas esas ruedas, todos esos autos, avanzan por una avenida larga, larguísima, que va a dar a un paseo arbolado que conduce a un jardín zoológico, e imagina que entre esas ruedas, en esa calle, había un pobre diablo que era yo en el momento en que pasaba, a las cinco de la tarde, en su automóvil blindado, el «infinitamente poderoso», el «infinitamente justo», el «infinitamente sabio», el «infinitamente honrado», echado en el asiento de atrás con una perrita chiguagua en las rodillas, un rubí fulgurante en el dedo meñique y en la boca una cachimba de ámbar larguísima con un cigarrillo encendido. Por las esquinas, negocios, cinematógrafos y zaguanes se mira una inesperada concurrencia. ¿Qué pasa? ¿Por qué este zapatero dejó su trabajo a medio andar, aquellos marimberos las plaquetas del repaso, el dueño de un taller de muebles a clientes sin atender, y el barman del club apenas tuvo tiempo de ponerse el sombrero, y el sacristán de cerrar la iglesia, y el notario de guardar la «cola» de su «protocolo», y el médico de vestirse y salir, y los oficiales y policías de franco de llegar, y algunos maestros de escuela, y algunos empleados de caminos?... ¿Qué hacen?... ¿No es inusitado que gente de tan distinto pelo esté reunida a la misma hora, en la misma calle?...

—Sí, sí, realmente... —interrumpió ella enigmática—, pero no sé a qué viene...

—Viene a que entre toda esa gente estaba yo avergonzado, empequeñecido, enfurecido. Viene a que por un momento, al pasar por allí, formé parte de la cohorte que por sueldos o prebendas tienen que hacerse presentes en la gran avenida y cuidar la vida de aquel ser superior. Me tuve asco y para lavarme por dentro, para purificarme entré al primer fondín y pedí una botella de aguardiente que trasegué por vasos, hasta sentirme borracho. No sé si me dormí sobre la mesa y si dormido o despierto oí contar lo que acababa de suceder en la ciudad, da igual, porque estaba borracho, y lo que escuchaba de lenguas de otros bebedores que iban llegando con la gran noticia, me parecía verlo como en sueños o en un cinematógrafo.

El automóvil, aquel que a las cinco de la tarde cuidamos todos, que yo cuidé ese día odioso, detiene su marcha silenciosa en el jardín zoológico y entre el chofer que abre la puerta, y algún ayudante galonado que corre, y el director de la policía que se desvive por llegar a tiempo, y el público que vuelve la cabeza, suspenso y admirado, desciende el «infinitamente jefe». Chorrea de su labio inferior deformado por la cachimba que arrincona y mastica, una sonrisa, presagio de buen humor. Sin detenerse, avanza orondo y petacón, anda como loro con las puntas de los pies

metidas hacia adentro, caminando hacia la jaula del tigre, donde un grupo de oficiales y cadetes se divierte con el ir y venir interminable de la fiera enjaulada. Darse cuenta éstos de quién está allí y cobrar rigidez militar, todo uno. Firmes, cuadrados, la pechuga de fuera, la mirada lejos, la mano vuelta, tres dedos en el kepis tocándose ligeramente a la altura de la sien derecha. Así permanecen hasta que el «infinitamente complaciente» se acerca y les ordena bajar la guardia. Con un solo movimiento, como los martillitos de un piano, caen las manos enguantadas de blanco, hasta los pantalones colorados. El tigre, mientras tanto, sigue su paseo vespertino, bosteza, se relame, ensaya una especie de bramido quejoso. «¡Guardián!», se oye la voz del «infinitamente poderoso» en el silencio apenas quebrado por el andar de la fiera, «abra la jaula y que el cadete más valiente entre y acaricie al tigre»... Ruido de llaves y candados y el movimiento de repliegue de los muchachos, pálidos, temblorosos. El tigre, como si hubiera comprendido la orden, se detiene, inmovilidad que lo hace más amenazante. ¿No hay un voluntario entre los cadetes?... ¿No hay un valiente?... ¿No hay un hombre?... ¿No hay un macho?..., pregunta aquel que es todo eso en grado sumo. ¡Pues entonces que entre uno de los jefes!... ¡Usted, coronel!... ¡Usted, capitán!... ¡La jaula está abierta! ¿qué esperan?... El coronel era sólo una nariz larga, húmedo, gotero de sudor frío sobre el castañetear de sus dientes, y el capitán un par de hombreras gigantes que mantenían a flote una cabecita que se iba hundiendo a medida que se le doblaban las piernas en un temblor que más era terremoto. Ja... ja... ja...!, oyóse la carcajada de infinito desprecio del «infinitamente grande» por los infinitamente pequeños y a los ojos del guardián, en cuyas manos de carcelero de fieras tintineaban las llaves, lo sacudía el pánico, creció hasta agigantarse la figura del omnipotente que avanza hacia la jaula impertérito, entraba y, mientras todos los demás temblaban de miedo, acariciaba al tigre, sin inmutarse, en la boca la cachimba de ámbar con el cigarrillo encendido sin perder la ceniza de la brasa...

—¿Y el tigre qué hizo? —preguntó Malena...

—¡También estaba temblando! —apresuróse a contestar Juan

Pablo, riendo como un chico, porque la había hecho caer en la trampa del chascarrillo.

Ella aceptó la derrota, sin festejar la broma, no por amor propio herido, sino porque en el fondo era tan amargo lo que aquél contaba con tanta vida, posesionándose en tal forma de los personajes, describiendo tan acabadamente las situaciones, que cabía preguntarse si en verdad no era aquélla una explicación del acto desesperado de querer acabar, empleando bombas de alto poder, con la *fiera* que hacía temblar a las fieras en el jardín zoológico.

Guardaron silencio, besándose, acariciándose, pero el tiempo corría, poco les quedaba, tendrían que separarse, debían hablar.

No, del pasado no, aunque él quisiera con su pobre máscara que le daba aspecto de un gran hongo con ojos humanizados por los celos, en algo tan trivial como la «y» con que ella terminaba su «Diario», al hablar de aquel militarcito que conoció en el

baile del Casino Militar.

—¡Todo concluyó en que él era más joven y que yo y... —musitó a su oído cosquilloso la voz varonil—, y... y... y... qué pasó después!

—¡Nada!

—¡L. C... el jovencito L. C...!

—No lo volví a ver. Se llamaba, o se llama, León Cárcamo.

—¿Cartas?

—Algunas me escribió y yo le contesté como una simple amiga. Y a propósito de mi famoso «Diario» —sonrió, la halagaba sentirlo celoso—, te traje algunos libros.

—¡Ay, mi amor... los libros... fueron mi pasión; pero tendré que olvidarlos... mi físico de trabajador rural y mi nueva condición humana son más bien los de un analfabeto!

—Me escribirás cuando... cuando aprendas a escribir... —rieron y se besaron—, o pedirás a alguien —trató ella de liberar sus labios, sofocada, ya sin respiro—, pedirás a alguien que te escriba la carta...

—¡Sí! ¡Sí!... y tú pedirás a alguien que te lea, pues al que me escriba la carta le contaré que eres una pobre campesina rústica que nunca fue a la escuela —y, tras una pausa, agregó—: Hablando en serio, caso de escribirte con mano ajena tendría que ser a otro nombre, un nombre así de por estos lugares, que no diera lugar a sospechas...

—Rosa... —dijo ella sin pensarlo mucho—. Rosa Gavidia, ¿qué te parece?

—Si es corriente por aquí el apellido Gavidia...

—A mí me suena, en la escuela hay varias niñas con ese apellido.

—Pues entonces, Rosa Gavidia, aunque... —algo iba a decir, pero se conformó con mirarla de soslayo, temeroso de que ella hubiera usado antes aquel nombre que encontró tan pronto—. Y en cuanto mí —continuó—, muerto y sepultado queda en los archivos policiales, Juan Pablo Mondragón, ¡honor a Marat mi héroe, y al costarricense que me enseñó a leer en la peluquería!, y retomo mi primitivo nombre. Octavio Sansur, y mejor más corto, Tabío San...

—Suena muy bien...

—O simplemente, San...

—¿Arreglaste con Duende lo que va a cobrar por llevarte hasta la costa? Yo traje dinero...

—No hemos hablado...

—Pero el viaje, según él me dijo, será mañana. Te dejaré para que le pagues, pues vive de eso, de acortar distancias que —suspiró muy hondo— son separaciones...

—Préstamo reembolsable con intereses...

—¡Tonto... mi tonto... —él la había abarcado con los brazos y la oprimía—, mi tontito!

—¡Mía!

—¡Tuya!

—¡Málen!

—¡Sólo tuya!

—¿Ahora?

—¡Siempre!

—¿Ahora?... —insistió él desesperado...

Ella no contestó. ¿Pensar?... ¿Hablar?... Imposible, si era apenas una cosa maleable, una respiración... «¡Ahora!», le hubiera querido decir, contestar, pero qué sentido tenían las palabras en aquel hacer y deshacer anuencias y andamiajes de cuerpo de carne y beso, bajo hilos de lagrimones que saltaban de sus ojos, por momentos cerrados, por momentos abiertos, sin fijarse en nada... «¡Ahora, amor, ahora!»..., parecía implorar él buscando en sus ojos la aceptación... «¡Esperemos!»... suplicaba ella con la mirada dulce, sin oponerse a nada, sintiendo que se abandonaba a las exigencias precisas del que la había alargado sobre cobijas empapadas en sueño de tiniebla casi perpetua y se tendía a su lado con todas sus sustancias habitadas por un solo impulso, por una sola imagen de frutas de líquenes de luna, de armazones de castillos de ocote que era a lo que olía su pelo, el chorro de sus cabellos, a resina de pino, a hollín de cacharro de cocer alimentos, a humo de cocina de rancho... «¡Debemos esperar!»..., insistió ella con voz de lana pegajosa, ensalivada, sus senos vagando fuera del corpiño, cerrados los ojos, suelto el corazón, cada vez más unida con él en aquel universo que sólo a ellos dos pertenecía...

Cayetano Duende fumaba en la boca de la gruta, sentado, parado o paseándose como centinela, mientras los señores hacían sus arreglos. Algún tabaco le quedaba de los de Mondragón que no volvió a fumar desde que olvidó el humo en casa de Popoluca, el día que se vino a esconder a estas profundidades. Lo hizo para castigarse y le dio resultado. Mejor, así fumaba él, viejo aplicado a los chancuacos de hebra, fuertes, picantes, olorosos y a puritos hechos con muchos dedos y bien envueltas las capas, como párpados de muerto. Pero fumar no es así no más. Hay que pensar hondo al tragarse el humo y hablar al soltarlo para afuera, hablar solo, como él estaba hablando ahora, rascón y rascón de cabeza, frota que te frota una bota con otra. Cabeceaba. De vez en cuando cabeceaba como para botar lo que le pasaba por la cabeza: nubes, pájaros, ardillas... Y al abrir los ojos, medio desnucado, no sabía si en verdad salían o no de su cabeza nubes, pájaros, ardillas, mariposas... ¿Otro cigarrito?, se preguntaba. Y como no hay mejor ayuda que la del interesado, ya era de ponérselo en la boca y encenderlo.

Se hacía tiempo con el humo y el pensar, tiempo fuera del tiempo, entre la luna ciega de tan nuevecita y el sol que caía enrollado como gusano de fuego, sobre las cumbres de los cerros como si por encima les resbalara luz de espejo.

El cigarrillo se pulsa como cualquier instrumento de humo, como se pulsan los braseros en que se quema incienso, y por eso tiene su tiempo en la boca y tiene su tiempo en los dedos, tenso el índice listo para el golpecito de ala de mosca con que se bota la ceniza de vez en vez.

La primera estrella suelta. Debían regresar. No era cosa de esperar la noche.

Cerropom quedaba lejos. Se levantó como mandado de donde estaba nalgueando suelo y tierra y después de oír a campo redondo, suspendidos los ojos de su respiración de viejo, ya algo espesa, si no venía nadie, y de espantarse a manotazos un moscardón se coló por la gruta de la entrada, tupida de murciélagos, a la caverna de esponjosa penumbra con olor a babosidades de agua estancada. Pronto, mechado el silencio con sus pasos, quedó sumergido en una polvazón de luz verdosa, entre hiel y hielo de serpientes petrificadas en el «Galibai de los Tunales», ombligo de la Caverna Viva.

Hambre no tenía, pero mejor si apuraba. Tal vez ellos le regalaban un bocadito y un trago de algo. Con sólo eso se sacaría la espina que llevaba en el estómago. Marcaba los pasos en la piedra por oírse andar temeroso de haberse vuelto murciélago entre los murciélagos que surgían del mundo helado, giraban en el espacio de la caverna y se volatizaban convertidos en «murcielos» o ecos, no de sus pies andando, sino de pasos espectrales, como si resonaran debajo los pasos de toda la gente que se movía sobre la tierra.

Volvió a ver hacia arriba el lamparón de luz con forma de bestia echada, temeroso de que alguien le siguiera, y se enfundó en la galería entre oscura y tenebrosa que daba a la guarida del prófugo, «préfugo» decía él orquestando, por si al caso que lo oyeran llegar, entre santa y santo pared de calicanto, una de toses, estornudos, bostezos y suspiros que ya los quisiera para sus conciertos la banda municipal, de la que se salvó siendo muy joven, porque era bueno para la rienda. No lo pusieron a soplar y hacer sonidos en una de esas trompetonas hediondas a saliva de escupidera, porque lo destinaron a cochero. Años y años acarreó y acarreó gente de mucha mecha en el carruaje municipal, hasta... hasta que creció el primogénito del alcalde. Tomó las riendas líquidas y las riendas sólidas una noche de junio, a la puerta de la cofradía en que celebraban las vísperas de San Pedro y San Pablo, y con carruaje y caballos fue a dar al fondo de un barranco. Se salvó por milagro pedido en ese instante por su madre que soñó que su hijo corría peligro de muerte y que iba a morir sin confesión. «¡Virgen de Dolores, no lo permitas!...», gritó en sueños la madre y el portento se hizo y en la iglesia del Calvario, junto al altar mayor, del lado en que la virgen está al pie de la cruz, se admira, eternizado en una tablita pintada, el instante en que el carruaje rodaba al profundísimo barranco, los rayos de las ruedas erizados, de punta, como los pelos del hijo del alcalde que va cabeza abajo; arriba, en un medallón entre las nubes, la milagrosa imagen, abajo, a sus pies, la afligida madre orando, y más abajo, escrito con letra de carta, el lugar, la hora y fecha del milagro, nombre de las personas favorecidas, agradecimiento a Nuestra Señora y constancia de que al pintor se le habían olvidado los caballos.

Lo cierto es que hubo milagro, pero no para los caballos que perecieron, sin figurar en la tablilla milagrera —el carruaje se ve caer «acéfalo»—, ni para él que se quedó sin el puesto de cochero municipal. Y con lo que le gustaba ir arrastrado, interminablemente arrastrado. Ya tenía pelo y sudor de bestia y respiración de rueda y

quizás por eso mismo Dios lo castigó, lo dejó a pie, pues sin querer se estaba volviendo mitad animal, mitad carruaje. Y cierto es también que la última persona que acarreó de la estación al pueblo, fue una maestrita que dijo llamarse Malena Tabay. De esto hace sus años. No había estación, salvo un alto de bandera en medio de las ciénagas, donde los viajeros, en espera de seguir camino, resguardábanse a la sombra de un amatón de ramas abiertas como un inmenso paraguas verde. Ahora hay edificio, telégrafo y se lee el nombre de Cerropom, pintado, diríase muerto, con letras negras sobre fondo café. Y hay escuela, que entonces no había. La hizo construir la nueva directora, aquélla que él fue a encontrar tiernita, pichona, y que dio todo lo que dio a pesar de los anuncios fatales de la Chanta Vega, que de Dios haya si las circunstancias no la tienen en el Purgatorio. Se equivocó medio a medio. Allí sí que la Chantísima se equivocó medio a medio. Aquietando el ojo líquido y entrecerrado el ojo sólido que se le moría por temporadas, afirmaba que como no fuera para calentar el puesto, no serviría para nada una *maistra* que leía versos en voz alta, como loca, que lloraba a horas fijas, que era del oficio magisteril por necesidad y no por vocación y que se había enterrado en aquella infelicidad de pueblo, por pura decepción amorosa...

El viejo chaneque apagó los pasos ya cerca de la guarida, tan cerca que le parecía que las voces de Malena y Juan Pablo salían de bajo sus pies con quejido de hojas secas. Iba sobre hojarasca dormida, sobre palabras convertidas en polvo de sombras, andando y no andando, entre llegar y no llegar, asomar y no asomarse, sacar y no sacar aquellas dos vidas a la evidencia de tener que separarse.

Pasos. Malena se incorporó apresuradamente, los cabellos en desorden, las ropas toreadas por el diablo. Al tanteo extrajo el peine de su bolso y fue buscando las horquillas. Todo tan rápido. Una horquilla en los labios, otra pronta a clavarla y va buscando la otra. Mientras tanto Juan Pablo se levantaba e iba al encuentro del viejo que tardaba en llegar, como si se hubiera quedado allí cerca marcando el paso. Listo el peinado, ahora las ropas. La manga del brazo derecho no le bajaba. Le costó trabajo enderezarla. A duras penas. Con traquido de la articulación. Hasta le quedó dolor en el hombro. Atrás, por el omóplato. Trapos estúpidos. El cuello de la blusa. Las medias. Una atadera reventada. La encontró y atósela con un nudo y medio nudito. Cuánto ojal salido. Los aretes medio arrancados. Juan Pablo se detuvo y volvió. Un beso. No podía alejarse de ella sin un beso. La tomó de la barbilla, como a una niña, levantándole la cara, y se inclinó a besarla con ruido de sorbo. Estremecida botó los párpados sobre sus ojos. Al abrirlos, aquél había salido de la guarida, pero ella no se sintió sola. Alguien o algo la acompañaba. No sería tan terrible su soledad. En esto fue en lo primero que pensó. Por lejos que se fuera, lo sentiría cerca. La soledad sin él, sin nadie, ésa sí que era terrible. Pero ahora quedaba acompañada por... —su pensamiento, que era como una voz interna se soltó de su garganta en argollas de temblor que la estremecían—. ¿Por quién quedaba acompañada si al salir Mondragón de aquel laberinto de lava, tiniebla y piedra, lo capturaban?... ¿Por un

muerto?...

Dio un grito. Juan Pablo la acababa de tomar del brazo con la mano helada. Era la hora. Boca contra boca la cerró después en sus brazos. Un trecho de camino juntos. Hasta el «Galibal de los Tunales». Adelante Cayetano Duende. Bandadas de murciélagos salían hacia la noche. Imposible separarse. La dejaría más allá, cerca de la salida. Duende iba a la descubierta y les avisaría cualquier peligro. Duros como la piedra de lava, sentíanse aislados de su pena. Por momentos rompían con un beso aquella incomunicación dolorosa. Pronto se hizo evidente el calor frío de las estrellas. Debían separarse. ¡Hasta allí, hasta allí cuerpos extraños para los murciélagos! ¿Quiénes eran ellos para aquellas bestezuelas que los rozaban, los golpeaban casi, entre chistidos y aletazos? Se detuvieron. Nadie hablaba. Estaban frente a frente en la oscuridad, buscando a que la noche les bañara las caras para mirarse por última vez, antes de separarse quién sabe si para siempre. El la contemplaba como robándole el rostro para esconderlo en el fondo de sus ojos casi cerrados por la hinchazón de sus facciones. Esforzábese en vano por representársela alegre, sonriente, como en sus días felices y no con aquella máscara apergaminada, en la que sonaban al caer los cantos rodados de lagrimones inexpresivos, rotundos... ¡Ah cuando se pesa en lágrimas la frustración y lo imposible!... Y mientras la miraba y remiraba, Malena decía con la voz pastosa, mojada, medio pronunciando las palabras, al tiempo de recorrer con sus dedos fríos el rostro deforme de Juan Pablo, que así quería ella guardarlo en su recuerdo, para sostenerse en la espera y en la lucha, ya que aquella cara deshumanizada, pequeña montaña de hongos, escondía la voluntad de un hombre dispuesto a volver a la animalidad del trabajador de la costa, para empezar de nuevo. Sus dedos menos rígidos, la ternura ablanda los huesos, siguieron pasando sus pinceles de sueño sobre las facciones de la bestia que parecía herida...

Se desprendió de sus brazos y avanzó a pasos largos. Al volverse ya no lo encontró. Había quedado en las profundidades. Agitó su mano todavía para despedirse a ciegas, Juan Pablo miraba borrarse su silueta contra la bocanada de claridad nocturna que caía de lo alto. Rápidamente trepó tras ella lo que la faltaba para asomarse a la gruta de la entrada, y desde allí la siguió hasta perderla, con ojos de pobre ser que llora, embrocado sobre sus manos desnudas. Al levantar la cabeza de nuevo, ya no quedaba ni el rastro; adelante Cayetano Duende y atrás Malena. Luego ni el rastro de sus sombras en la noche inmensa, ciega de sal de luceros.

Tercera parte

XVI

—¡Ya, tía, ya!...

Acolitaba el sobrino sobre la misa del gallo de la Anastasia a la puerta del salón «Granada».

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

—¡Ya, tía, ya!...

Repitió el rapaz al tiempo de volver la cabeza de esponja vegetal negra pelada a tijeretazos de caridad y de fijar sus ojos de córneas blancas, abultadas en un hombre que acababa de apearse de una bicicleta. No hizo ruido. Se abatió como un insecto cascarudo, en medio de los timbalazos del jazz que se oía en la calle como si todas las ventanas se sonaran a la vez. Lo llamaba. El hombre de la bicicleta lo llamaba. Primero con la mano, haciéndole señas que se acercara, luego con el sombrero que se quitó y con el que se abanicaba en medio de la noche fría. Escupió. Salivazo. Se oyó, no se vio. Y nada se habría visto, ni saliva le quedaba en la boca. *Rintrintrin, rintrintrin...* Sin sentir golpeó con el codo el timbre de la bicicleta en que se apoyaba, parado, nervioso, el sombrero cada vez más abanico para no ahogarse.

Por fin el chiquillo se dio cuenta que lo llamaba o los llamaba, sólo que su tía no lo había visto, por estar atenta a lo que pasaba en el interior y repetir a cada momento: «¡Ya se están mamando otra vez los gringos!»

¡Una «cicle»! ¡... Una ci... una ci... una ci... cle...! se fue el chiquillo sobando los pies desnudos en el asfalto húmedo de sereno y hasta que estuvo cerca del que lo llamaba lo reconoció...

¡Unaaa-si... unaaaa-si... unaaa-si quería él... una ci... una ci... una cicle... volvió haciendo como que pedaleaba en el suelo, después de hablar con el ciclista, a donde su tía bostezaba cada vez con más boca, por momentos sólo boca era toda su cara, no se sabía si de hambre o de sueño o de las dos cosas, pues tenía acabamiento de estómago, acabamiento de ojos, acabamiento de todo, menos de su lengua:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

—¡Tiíta —la tiró el sobrino del brazo—, allá va el señor Nepo y dice que lo alcancemos!

—¿El señor Nepo?... ¡Quien te llama no te engaña!... —se arrebató la mulata de

la puerta y fue tras el ciclista, sin dar oídos a la vendedora de violetas, nomeolvides, jazmines, claveles, iguanita del mar, virguitos y casadas, que algo le quería decir. Alguna singraciada, como la de aquella Nochebuena que asomó a la calle, medio bebida, repitiendo: «¡Gúmer se sale del cielo, si no se desmaya, se desmaya... Son tan relindos esos ángeles rubios que es como estar en un cine de películas de carne, no de celuloide!»... «La calentura la hace ver lo que no es... ya ángeles esos hombrotos blancos con caras de nalgas uniformadas!»..., tuvo ella tiempo de responderle esa vez, pero ahora ya se iba sin oír lo que salía a contarle la niña Gúmer.

—¡Dos ruedas al lado de dos zapatos y un solo hombre verdadero!... ¿quién adivina?... y yo que me lo hacía en el trabajo... —saludó la mulata al señor Nepo que de un jaloncito detuvo la marcha de la bicicleta, iba a pie, hacia abajo, en dirección del Arco del Correo, y la rodaba, sin esfuerzo, sostenida con una mano de la cruz del timón.

—Pedí licencia para faltar al trabajo...

—¡Y como el trabajo es delito —le cortó la Anastasia—, y el criminal vuelve siempre al lugar del crimen, se dejó venir a estar ronciando por aquí!

—Pasaba, nada más de pasada, pero me paré al ver que estabas allí en la puerta...

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

—¡Qué noticia!

—¡No, si no es noticia, es verdad!

El sobrino los seguía a paso ligero con sus diminutos pies descalzos, contento de ir al par de la rueda trasera de la bicicleta, que giraba y giraba y giraba al lado suyo, ahora que don Nepo, como pobre, pedaleaba el suelo, que es lo que hacen los que van a pie. Ya se lo decía su tía cuando él le hablaba de tener algún día una «cicle». «Pedaleá el suelo, mi hijito, que es la bicicleta de los pobres.»

—¿Y ahora para su casa va?... —apuró la mulata el paso y la pregunta; el hombre aquel iba tan rápido que había que «pedalear» ligero.

—Es lo que he hecho hace rato, ir y venir, salir y entrar a mi casa en busca de mi nieto que se fue muy temprano y no ha regresado. La pena es que anda con la carreta y nadie está libre de una contingencia. Fui a preguntar por él a las obras donde suele entregar cal. Hasta por el Guarda Viejo, por el Lazareto, por todo aquello de allá me fui, y nada. Por el Campo de Marte, por Santa Clara, por la Villa de Guadalupe y donde los padres Salesianos, que están levantando...

—Yo que usted pregunto a la policía directamente...

—¿Por qué directamente?... —se le llenó de frío el corazón pensando en el ayudante que se habían echado, un sedicioso, un perseguido, aunque en verdad lo que la mulata decía era lo razonable; la policía podía informarle en el acto si le había ocurrido algo a Damiancito, pero por lo mismo del ayudante, no se atrevió a preguntar ni siquiera por teléfono.

—Directamente —insistió la Anastasia—, porque allí tienen los partes y saben si está «prisco», herido, en el hospital o ya «fiambre»...

—¡La boca se te tuerza!

—¡Si es broma...! ¡Cómo va a estar muerto...! Se supiera... las noticias vuelan, más ahora con la tarabilla de la radio del aire!

—¡Eso de radio no es conmigo! ¿Radio?... —frunció la boca don Nepo con todo y el bigote, gesto de asco que mezclado al gesto de aflicción que traía, deshizo en rabieta—. ¿Radio?... ¡Bastante tengo con oír a la puta que parió al radio, la rocola! ¡De sólo oír la palabra me da basca!...

—Lo que a usted le gusta, mañosote es el pon... pon... pon... de las tres de la mañana con la marimba, hombre de valeses, hombre antiguo...

—Pues hasta eso, Anastasia, hasta la marimba que antes me gustaba, oída por obligación, me hostiga...

—¡Diiiario del Aire!... —se soltó a decir el sobrino adelantándose a la carrera con un pie en la acera y otro en el pavimento de la calle igual que si fuera cojo.

—Ya ve que hasta mi «chiris» ha oído el «Diario del Aire»...

—O aquello que dicen, tía —volvió el chico—, aquello de «Rifafafa... rifafafarí... fafafa... de una bicicleta...

—A mí, la boquera que me saca franca, es cuando dicen: «¡Doctor, ya no puedo caminar... ¿qué me aconseja tomar?... ¡Tome un taxi azul!...»

—Ese es anuncio de los taxis azules... —terció don Nepo.

—Ni modo...

Doblados por el eco se oyeron golpes de campanas de reloj.

—La esperanza —siguió Nepomuceno— es que ahora que llegue esté en la casa. A Damiancito nunca le entró la noche sin volver. Es lo que más me apena.

—Pregunte a la policía...

—Es lo que voy hacer mañana...

—Peor, hombre, cómo se va a ir a acostar sin saber... Pregunte ahora mismo. Al pasar por «La Selecta», donde don Chaco, pide prestado el teléfono.

—No, sí, no me voy a ir a acostar. Lo seguiré buscando, qué quiere que haga. Y la policía... sí sí, la policía... Pero eso de la policía es una trampa y por preguntar hay muchos en «chirona».

—En esto tiene razón —y pasos más adelante, entre bostezo y medio bostezo adujo la mulata—: Pues no pregunte por su nieto, por Damiancito, qué fuerza es que diga el nombre. Pregunte por una carreta de bueyes...

—Es igual...

—Bueno, lo que usted no quiere es preguntar a la «chonería», pues no pregunte...

—Allí por el Colón vamos a comernos un tamal —dijo el ciclista apurando el rodar de la bicicleta y apurándose él que seguía desmontado y apurándolos a todos.

—Me parece, me parece —aceptó la Anastasia—, porque hasta las penas con pan son buenas...

—O aquí junto a Santa Rosa, donde el negro Raw...

—No, don, allí es muy caro y acuérdense que hay rocola. Mejor en el Colón, al aire libre, más de confianza y también porque si por un si al caso se le antojara otra cosa, del otro lado de la plazuela hay un chino que vende «hilachas»...

—No, yo mi tamal, con pan y café...

—Así me gusta, don, y comido con los dedos estilo pellizco.

La que vendía los tamales les entregó tres ladrillos de masa de maíz cocido, envueltos en hojas de plátano que la Anastasia tomó que se quemaba y se soplaba los dedos, cambiándoselos de mano, para llevarlos a los poyos de la plazuela donde, sentados de lado, los abrieron y se los fueron comiendo, sin pan ni café, porque no hubo, a puro dedo.

Dos cabezas se volvieron al mismo tiempo. La del señor Nepo y la de la mulata. De lejos se oía traquetear una carreta. Esperaron con el bocado en suspenso. Si fuera Damiancito... Aquél abandonó su tamal y se puso de pie... Era Damiancito... Venía solo, sin el ayudante... Le salió al encuentro... El nieto saltó de la carreta y corrió hacia adelante a detener los bueyes... La Anastasia también se levantó que pedazos se hacía tras el sobrino que acababa de botar la bicicleta por estar trasteándola, haciendo girar el pedal.

—¡Paráte, desgraciado, o te mato!... —gritaba la mulata corriendo tras el chico— ¡paráte!... ¡paráte!...

Damiancito saludó a su abuelo y luego añadió avivando la voz con el contento de la boca hecha agua por el olor de los tamales:

—¡Estaba de Dios que me tenía que comer un mi tamalito! Al pasar por la Placita vi una fila de tamaleras y me dieron ganas, pero no quise entretenerme más con la carreta, por los bueyes que andan muy cansados.

—¿Y a tu ayudante dónde lo dejaste?

—A mi ayudante... —a lo lejos se perdían los gritos de la Anastasia que no lograba darle alcance al chiquillo: «¡Paráte!... ¡Paráte!...»—, al ayudante lo dejé por el Rastro, donde comienzan y no acaban los cenizales. Allí se quedó atalayando la pasada de un tren.

—¿Y con Juambo se hablaron?

—Pues se hablaron, creo yo, porque yo los dejé solos...

—Se te enfrió tu tamal... ¡Y esa mujer parece loca, persiguiendo como energúmena a su criatura, porque botó la bicicleta!

A todo lo que daban sus dedos, se trasladaba Damiancito el tamal a la boca, saboreándolo como si nunca hubiera comido aquel manjar.

El abuelo bajó la voz.

—Pasé un mal rato al ver que no venías y no venías. Ni a trabajar fui. Pedí permiso. No hubiera podido estar allí preso. Mi pena era que los hubieran capturado por andar con la carreta sin luz...

—Ya por eso me paró y me quería cargar un policía...

—No ves...

—Pero ya venía solo...

—¡Por fortuna! ¿Y cómo hiciste para que te soltara?

—Ando llevando conmigo la factura de una entrega de cal que hice en el palacio que está construyendo el Director de la Policía, le dije, allá por Santa Clara, y eso me valió.

—Pues mi temor era ése, que los capturaran por una falta cualquiera y ya en la policía descubrieran quién era el ayudante. Ni al peor enemigo le deseo las horas que pasé pensando que te flagelaban, que te colgaban y... sólo la bicicleta me desaflija, aunque a veces era tanta mi aflicción que me sentí no encaramado en dos ruedas, pedaleando, sino encima de una larga meada. Y fíjate que uno se mete en estas cosas sin saber a qué horas y sin saber por qué. Eso lo que tal vez es el destino. A mí me parece que eso es. Resultar uno de la noche a la mañana ensartado hasta la coronilla en lo que menos se espera. Y al fulano ese, ni el nombre le supimos. Decía que se llamaba Tabío San. Pero eso más parecía apodo. Tabío San, vaya uno a saber...

Se medio alzó del poyo en que estaba sentado al lado del nieto que comía a pura uña el tamal colorado. Con tres dedos y el pulgar levantaba el bocado de masa y se lo metía en la boca bien adentro, para saborear no sólo el bocado, sino chuparse las falangetas y falanges que salían limpias a retirar del tamal otro bocado o un «tropiezo» de carne con huesito. Pero el abuelo en alzándose del poyo en que estaba sentado, estiró el pescuezo todo lo que pudo. Buscaba a la Anastasia y al sobrino. Ni sus sombras. Sólo la estatua de Colón, encaramado en una columna frente a una pileta de sapos y babas de agua verdosa.

—Esos se desaparecieron —dijo don Nepo que no alcanzó a ver a la mulata recogiendo piedras para arrojárselas al rapaz que huía como enloquecido por el Mesón del Teatro—; mujer más atravesada y más fea no he visto. El muchachito es el que da lástima. ¿Se te fue el pájaro, m'hijo?... —se volvió a Damiancito que parecía ausente.

—Estaba pensando en lo que usted decía... en esa mujer tan fea.

—Acabáte el tamal y nos vamos. ¿Querés otro tal vez? ¡A la juventud le luce comer!

— ¡Dios se lo pague, abuelito, pero ya estoy satisfecho! ¡Uno y a la barriga! —respondió el nieto yendo hacia donde estaba la bicicleta caída—. Si le parece, abuelo echamos su *caballo* a la carreta y así se va descansando.

—Todo lo que dispongas, m'hijo —se aproximó a hacerle cariño—. ¡Tenerte cerca, sin que haiga pasado nada, qué mayor dicha!...

Los bueyes echaron a andar, pesados, mansos, dóciles, la carreta a rodar y a rodar también el pensamiento del abuelo y el nieto. Ambos se preguntaban sin hablar. ¿Pasaría ya el tren que esperaba el ayudante? ¿Alcanzaría a saltar y marcharse? Probablemente, porque los trenes por allí no pasan muy ligero. ¿Y si casual se volvía a aparecer por casa, le diré que no puede quedarse, que es muy comprometido, muy comprometido. Él lo reconocerá. La primera vez pase. No sabía quién era y se me

entró por la puerta del sueño. Sí, yo dormía y al despertar ¿a quién tenía enfrente?... A ese personaje con el que soñaba, a ese cabecilla que acababa de estar viendo en mi sueño en lo alto de un carro de fuego gritando entre hombres y mujeres de tempestad que llevaban en las manos banderas, arados y fusiles: «¡Adelante, pueblo!»... «¡Adelante pueblo!»

Pero ése había sido un sueño del que despertó ya cuando aquel hombre de carne y hueso estaba junto a él. Bajó de la carroza de fuego y él lo fue empujando y empujando hasta sacárselo de adentro y sentirlo vivo, real, patente, a la orilla de su cama.

Ahora era distinto. Estaba despierto como después de una gran pesadilla. Despierto y temblando por lo que pudo pasar a su nieto y a él..., pero a él, qué, ya era viejo y aunque le quitaran la vida.

Cortó sus pensamientos, con no recibirlo en su casa si volvía, asunto arreglado, y preguntó:

—¿Y Juambo qué hizo, para dónde agarró?

—Para su casa —contestó Damiancito—, dejamos al ayudante esperando su tren y se vino conmigo hasta el centro. Lo más curioso es que el perro dio con él y allí lo traía de regreso, ¡animal más hermoso!

—¿Y el ayudante habló con Juambo?

—Deben haber hablado...

—¿No oíste, pues?

—No, porque me les desparté, fuide a uno de mis cobros y a pasear. Luego me topé con ellos de nuevo en el punto que me indicó el ayudante, la esquina de Las Araucarias.

—¿Y a vos, m'hijo, alguna vez te habló de algo?... ¡Qué preguntadera de viejo, pero es que si los viejos no preguntamos, qué jodido, nada nos dicen y está uno como muerto en vida!

—Sí, de una bulla grande que está preparando. Parece que es una cosa nueva, nunca vista. Todos los que trabajamos nos vamos a quedar parados a la hora 0 de un día que no se sabe todavía qué día será, y no vamos a trabajar mientras no se aumente la paga, se hagan más poquitas las horas de trabajo y no sé qué más cosas...

—¿Y con eso pretende palanquear al supremo gobierno? —planteó el abuelo en forma vaga, haciéndose el que sabía; a él también le parlamentó de sus planes Tabío San y aunque no lo hubiera hecho, por su sueño, por la carroza de fuego sabía que era el cabecilla; pero había que sacarle al nieto, con el pretexto de lo que le dijo, si le propuso participar en forma activa, si lo comprometió para algo, todo lo que no sería sino pura embrocada y embarrada, pues querer botar al gobierno sin armas, ¡ja!, ¿dónde se ha visto?

Los camiones de la Armada que venían de «La Pedrera» cargados de materiales para las pistas de aterrizaje, los bañaban a cada momento en el resplandor de sus faros y el ruido ensordecedor de sus motores; sólo a ratos gozaban del silencio de la

noche llena de ruidos misteriosos, picotazos de estrella y de la luz de la luna...

—Con eso, abuelo —respondió Damiancito, tardo como sus bueyes—, con eso de la huelga quiere tumbar al gobierno y poderle a la Compañía Frutera, a la Empresa Eléctrica y al Ferrocarril...

—Fortuna que se fue y allá Dios lo ayude. Para nosotros era mucho compromiso tenerlo en casa, pues, no sé si te fijabas, pero ya no eran miradas sino rebanadas, las que le daba la Consunsino a la carreta, indagando cada vez que pasabas, quién era ese ayudante que más parecía patrón.

En la esquina de Las Araucarias, donde había un paso a nivel, se quedó Tabío San, el ayudante, en la actitud del que espera el primer tren para saltar a él y seguir viaje. La luna proyectaba su sombra sobre la vía férrea que se le presentó como un reloj lineal sin horas y sin números, reloj en que cada durmiente era un minuto de eternidad. El no parecía atalayar el tren, sino el tiempo, esa hora 0 en la que todo se detendría, el tren, la luna, la carreta que ahora se alejaba sin ruido por los cenizales que eran como la leche en polvo de la muerte.

Echóse el sombrero sobre la frente de un tirón y no se detuvo, fosos desdentados, basurales, sombras de caballos, perros vagabundos, hasta dar con lo que debía ser una casa a la par de un árbol blanco de ceniza, donde llamó a una puerta color de costra vieja.

—¿Quién es?... —preguntó al rato una voz tosida.

—Chos... chos... moyón... con...

La puerta cedió dormida, de esas puertas que no saben quién pasa por ellas, y cayó a un patiecito de plantas secas, paralíticas, geranios y rosales, más hojas que flores, más troncos que hojas, recubiertas con el polvo mortal de la ceniza. Encaminóse directamente hacia una habitación que se abría por una puerta que debió ser una antigua ventana, sorprendido por el gruñir de un perro viejo, ceniciento, de mirar petrificado, en el lomo un mapa de peladuras, de esos perros que ya no saben hacer fiestas y gruñen de gozo. Medio levantó la cabeza y movió la cola cuando aquél se acercó a acariciarlo. La habitación quedaba en bajo. Descendió los escalones sin verlos. Poco había vivido allí, pero le eran conocidos aquellos tres escaloncitos. Un quinqué alumbraba las cosas, espejo, cómoda, mesa, sillas, recién sacudidas al parecer y ya empolvadas de cenizas. Pronto, siguiéndole los pasos, vino el perro viejo con las orejas caídas, sacudió la cabeza a la puerta, como para botarse el sueño y la modorra, y detrás asomó Judasita. Se había quedado en la puerta de la calle con la oreja pegada a la tabla, oyendo si alguien lo venía siguiendo. Lo saludó, sin alcanzar a llorar ni a reír, ahogada, mirándole y quitándole los ojos, los labios en movimiento, pero sin palabras. Sentía tanto gusto de tenerlo en casa sano y salvo, que...

—¡Pero qué es eso que parece payaso!... —fue todo lo que pudo decir.

—¡El payaso del circo de la gran *fiera* indomable!... —alcanzó él a bromear, antes que ella siguiera quejándose de verlo en aquel vestido de pobre, pantalón y camisa, con aquel sombrero de palma, viejo, medio roto, con guarachas en lugar de

zapatos, y todo bañado en un polvo blanco, más vivo, sin embargo, que el polvo canoso que deja la ceniza.

—Logré llegar aquí como ayudante de una carreta que hace acarreos de cal.

—No sé, pero la cara como que también se le ha cambiado. No era así. Está como más gordo, como hinchado.

—Los años, Judasita, y el trabajo en la costa.

—Pero por hablar se me está olvidando...

Se dirigió a una habitación que servía de dormitorio, vino con una bacinica oculta bajo el delantal y decididamente, con atropello de toda decencia, entre obligada y avergonzada, sin más, la puso encima de la mesa. Era una taza nocturna de peltre enlozado, fabricada en Alemania, de gran tamaño y doble fondo y las instrucciones de uso, aunque sencillas, siempre que él volvía, se las repasaba:

—Si oís tocar la puerta, antes de salir a abrir, la usás...

—¡No me resmuela con esas sus cochinas!

—¡La usás!

—Y si no me llama, casi siempre tiene una ganas...

—¡La usás! Tu obligación es mi... ar... bolito en la comadre...

—Bueno, la verdad es que de pensar que es la policía la que viene, la uso...

—Y el continente líquido, cculta el continente sólido... ja, ja, ja... —rió y la abrazó—. ¿Cómo has estado, Judasita?... ¡No te había dado tu abrazo!...

—¡Vea si me quiebra una costilla! A usted es al que hay que preguntarle cómo ha estado y, en cuanto a esa su comadre —señaló el bacín que presidía sobre la mesa—, lo mejor es mantenerlo lleno,

cuando hay cartas, aunque sea con orines de chucho, que lo llene el Blasco que ya está tan viejo que ni para eso sirve...

—¡Con meados del diablo..., Judasita, con tal que no encuentren mi correspondencia!

—Así se ha estado haciendo, de tal suerte que cuando saque las cartas, le voy a dar una lavada con agua hirviendo, cernada y creolina, porque ya no se aguanta lo que apesta...

—¡De ninguna manera... no es una bacinica cualquiera!

—¡Hasta en verso le salió!... Pero, si no deja que la restriegue-y lave con paxte y con arena, la casa va a heder a colchón de loco.

—Mejor. Menos peligro...

—Exagerado que es...

—Yo en estas cosas exagero siempre, ya lo sabes.

—Y tal vez tenga razón. Si mi hijo se hubiera cuidado no lo agarran. Hace seis años lo fusilaron. Seis fusiló ese día la *fiera*. ¡Ah, pero esa sangre tiene que ser vengada... como hay Dios que tiene que ser vengada!...

—¡Afuera, la comadre, ya saqué las cartas!

Judasita viuda de Marido, como la llamaba en broma Tabío San, retiró el

misterioso bacín que en la parte de abajo tenía doble fondo para esconder documentos con un mecanismo que permitía abrir y cerrar aquella caja fuerte.

—Esos sobres —explicó Judasita— vinieron todos en los sacos de ceniza que acarrea ese hombre al que jamás he podido verle la cara, por eso están así de sucios. Bueno, el hombre ese, asoma cuando va a caer la tarde, que ya por aquí es de noche. Donde viven los pobres amanece y anochece más luego que en los barrios de los ricos. No sé si le he contado. Asoma que parece alma de la otra vida, alma de algún cenicero que trajera en su costal ceniza de muerto y habla tan poco que si no fuera la obligación de dar el santo y seña, no le conocería ni la voz. Todo lo que me dijo la última vez que vino fue: «Señora, le recomiendo cernir la ceniza de estos dos costales que le dejo apartadlos, y guarde lo que traen...».

—¿Y lo hiciste?

—Por supuesto. Lo que me costó conseguir el tal cernidor, no quiero ni contarle. Había que mandarlo hacer. Pedían muy caro. En fin, que por'ai me las arreglé como pude y lo conseguí prestado. Como piojos iban quedando en el cedazo unos pedacitos de metal que resultaron letras. Fue trabajo. Hubo que cernir como dos costales de ceniza. Y no sé si va a traer más.

—Eso era lo primero que yo quería saber, si ya estaba aquí parte de la imprenta.

—Ya está. Pero ahora lea sus cartas.

La mano de Sansur no titubeó. Fue directa al sobre que supuso era de Malena y no se equivocó.

Uno, dos, tres pliegos que leyó de corrido. El informe era completo. Esta vez, si las cosas salían como las tenía previstas, discutiría con ella personalmente las conclusiones, demasiado optimistas y arriesgadas. El gremio maestril era el más dócil, atado al presupuesto nacional por el estómago con sueldos de hambre; pero también, y tal vez por eso, el más descontentadizo. En eso tenía razón Malena. Ahora, calar hasta donde llegaba ese descontento, no fuera el de fallidos ascensos o postergación de méritos, que nunca pasaba de la protesta palabrera.

La que cuidaba de la casa, que había salido con la *comadre*, volvió a ofrecerle lo poco que tenía de comida y ya fue de tender el mantel y poner los platos, operación que acompañó, repentinamente, jovial, con un como cacareo de gallina clueca. ¡Ah, cómo le divertía a su hijo aquella pantomima!

—Si es así, voy a lavarme un poco... —reaccionó aquel que se había quedado como ausente con el informe de Rosa Gavidia, que no era otra que Malena, en las manos doloridas, rajadas y blancas de polvo de cal.

—Yo digo que mejor sólo se sacudiera, pues si lo que tienen en el pelo y en la cara es polvo de cal viva, con el agua se puede quemar.

—Sí, es mejor...

—Sí, porque si no para qué quiso más. No le puedo ofrecer gran cosa. Unos huevitos revueltos con tomate y cebolla y un poco de arroz en leche, con canela, como le gusta. De haber sabido que venía le preparo un su pedazo de carne.

—Yo voy con vos a la cocina...

—Se va a meter en lo que no sabe y se me queman las cosas, mejor se queda aquí con sus papeles.

Comió con hambre. Los huevos hasta hacer sopas con el pan en el caldillo que quedaba en el plato. Y el arroz con leche, hasta el último granito, hasta la última rajita de canela. El café, un cigarrillo y un fósforo como escarbadientes.

—Y ya está su cama, por si se quiere ir a acostar... —dijo aquella aquejada por un fuerte ataque de tos, le pasó y pudo añadir—: En qué consistirá, digo yo, que unas cartas lee y otras no, y en que siempre conoce la que más le interesa... A mí no me la haces; la conoces en el color, en el olor, en qué la conocerá...

—Si fueras adivina lo sabrías...

—Sin serlo... en que la mano del corazón no se equivoca.

—Sería un peligro lo que estás diciendo; en la lucha en que estamos, no debe haber amores ni preferencias.

—Pero como el corazón va a donde quiere y no a donde lo llevan...

—Sería insensato...

—Lea, lea su cartita...

—Es un informe...

—Pero entrelineas qué dice...

—Lo que voy a leer son estos otros informes.

—Lo dejo, que pase buena noche.

—Así la pases vos.

—Ah, pero se me olvidaba... Tráigase el quinqué y viene a darle una visita a los tipos de imprenta. Verá cómo se los arreglé...

Se levantó de la silla, estaba molido, tomó el quinqué de la mesa y fue tras Judasita hasta un segundo patiecito en que había un resumidero de aguas invernales y un horno viejo. Allí, en una galera, estaban en fila cinco montoncitos de tipos de imprenta que la luz del quinqué hizo brillar ligeramente.

—Muy bien. Estos volcancitos de plomos van a hacer más estragos que una ametralladora.

—¿Le parece la forma en que están puestos?

—Muy bien. Tu idea de amontonarlos así me hace pensar en el escudo de la Federación. Si los cinco volcancitos fueran de tipos de imprenta e hicieran erupción al mismo tiempo, qué ducha... Pero, no hay que tenerlos al aire, hay que esconderlos, porque la policía tiene olfato de piedraimán para las balas y los tipos de imprenta.

—Eso se hará mañana. Ahora, me voy acostar. Que pase buena noche. Llévese el quinqué a su cuarto, que en mi pieza yo tengo candela. Hasta mañana.

Se fue. Se borró en ese mismo patiecito su palidez de ceniza húmeda, su cabello de ceniza en hilos, y su traje de ceniza vieja. El se volvió a su habitación con el pelo, la cara, la ropa, las manos, blanquizas de cal. Eran como dos fantasmas que se separaban. Un reloj sin cuerda marcaba una hora que no era.

De un sobre y otro fue sacando los pliegos y leyéndolos, sentado a la orilla de la cama, el cuerpo inclinado hacia la luz de quinqué puesto sobre la mesa de noche, ya sin zapatos, las mangas de la camisa que llevaba arremangadas arriba de los codos, sueltas, con los puños abiertos, suelto el pantalón que también llevaba arremangado, como peón de carreta, ya listo para tirar la ropa sucia de cal, blancura viva que mañana sepultaría la blancura mortal de la ceniza, y meterse a la cama. Dormía desnudo por todas las veces que fuera de su casa tenía que dormir vestido.

Informes de la capital. Gremio de los chóferes o pilotos automovilistas. Dan muestras de actividad solidaria, cuando se trata de obtener renovación de licencias de manejar, matrícula de vehículos y exoneración de multas de tránsito. Abarca a chóferes que manejan automóviles comprados a plazos en las casas importadoras que se los venden a precios usurarios, por abonos mensuales. Trabajan, en lo que creen de su propiedad. Para el pago de las mensualidades, la gasolina siempre en alza, los repuestos; es decir, para aumentar las entradas de los importadores de automóviles. Comprende también a los chóferes que manejan los taxis de las empresas que explotan esta rama del transporte, trabajadores que ya tienen carácter de asalariados porque devengan un jornal...

Bostezó. Fuera, en el silencio nocturno, se oían los ruidos de abrelatas de los murciélagos enloquecidos por la luna vestida de novia de ceniza, imagen romántica de su tiempo de aprendiz de peluquero y habitante del barrio de los carniceros, y hasta creyó oír el sopletear de la «Panegírica» que soldaba destinos y el habla gutural de la Juana Tinieblas, que era de la raza de las lechuzas. Estaba otra vez hundido, como flotando, en los cenizales donde creció, pero ya no existían «Bellaluz» ni tantas gentes de entonces que ya también eran ceniza. El perro arrastróse hasta sus pies, ciego, encenizado, pulguiento. Hay perros que de tan viejos se vuelven gentes. Lo acarició resbalándole la mano por el lomo áspero, por entre las orejas, por el hocico.

Las otras noticias e informes sobre sociedades de auxilios mutuos, gremios y federaciones fraternales que daban fiestas el Día de la Patria o cuando cumplían años de fundadas, no cambiaban de tono. La única solidaridad obrera visible y efectiva era la de los llamamientos en casos de muerte para sufragar los gastos del entierro del socio fallecido y ayudar a los herederos.

Auxilios mutuos... Auxilios postumos... Apagó el quinqué... Tenía razón Malena... Luchar en esas condiciones era como querer sacar fuego de la ceniza... ¡Y lo sacaría!...

Días después, al anochecer, se salió a buscar la huraña amistad de los indios que compraban ceniza en la ciudad para venderla en las jabonerías.

—¿Cuántos serán ustedes?... —preguntó a uno de aquellos silenciosos personajes que en una esquina, de espalda a la pared, se rascaba las monedas que tenía en el bolsillo, pegadas al cuerpo, como el que se rasca granos que le causan una grata cosquilla.

—No somos muchos y somos muchos... —le contestó el indio, después de

pensarlo y repensarlo; su boca quedó abierta, la lengua en agua de saliva y los dientes desnudos, filosos, como para morder o reír.

—No son muchos y son muchos... —dijo Tabío San como pidiéndole una explicación.

—Sí, así es... —confirmó el indio, distante.

—¿Me puedo ir con vos mañana, si vos querés? Soy pobre y quiero ganar un poco. Por aquí me dan posada, pero, ¡ah, compañero!, no tengo para mis frijoles, ni para tortillas tengo.

El indio guardó total mutismo.

Tabío San, no se dio por vencido, y añadió:

—¿Vas a querer que yo me vaya con vos a comprar ceniza a la ciudad?

—Sí voy a querer, pero no mañana. Pasado mañana vamos a ir.

—¡Dios te lo pague!

—¿Tenés tu costal para echar la ceniza?

—Tengo uno...

—¿Tenés tu fuerza para cargarla?

—Tengo voluntad de hombre necesitado.

—¿Y el pisto? ¿Vas a tener con qué comprarla?

—¿Cuánto se necesitará?

—No mucho, un poco...

—¿Como cuánto?

—Tenés, pues... —cortó el indio de mal talante—. Si tenés pisto, pasado mañana vas a ir conmigo a la ciudad a comprar ceniza y aquí la vas a traer después a vender más caro, al precio que yo te diga. No hay que vender barato. Más barato que los compañeros nunca, si no se echa a perder el negocio. Pero se me olvidaba una cosa. Tu costal, tu saco para traer la ceniza, va a ser de trama chiquita, de esos que no dejan pasar ni el polvo más fino.

—Sí, de esos grandes sacos en que traen harina...

—Mismo igual —se alegró el indio, aislado y siempre distante— están escasos y por eso te pregunté yo y vos me respondiste.)

—¡Gracias a Dios que sos bueno, que no sos egoísta, no voy a olvidar tu bondad!

—Yo te voy a enseñar, las primeras veces, si querés, vas a ir conmigo; después podés seguir solo vos, ya por tu cuenta. ¿Y de dónde sos?... —atrevió el indio, la cara cobriza, inmóvil, bajo el paño tiñoso de la ceniza.

—¿De dónde soy nacido, decías?... —se dio tiempo Tabío San, para pensar qué le contestaba—. Soy de por Chuacús, ¿conoces?... Allí nací yo... ¿Y vos sos de aquí?... —preguntó San a su turno, tratando de hacerse amigo del indio, que era como amigar con una piedra.

—¡Cómo va a ser eso! —chisqueteó el indio una escupida rala, más chasquido, al tiempo de volver la cara— ¡eso sí que iba a estar jodido, ser de aquí! ¡Soy sololateco puro, del mero Sololá!

—¿Y estás aquí o vivís aquí?

—Cuatro años estoy aquí, pero siempre pensando volver a mi tierra.

—¿Y dónde exactamente nos vemos pasado mañana?

—Misma esta esquina te voy a esperar a las seis en punto; me llamo Cecilio Yancor, quién no me conoce, pero no por Cecilio, sino por Chilo.

Al noticiar Mondragón a Judasita, su intención de pasear por las calles de la ciudad, como si no tuviera la cabeza a precio, aquélla se echó a temblar.

—Jamás ha sido usted imprudente! ¿por qué ha de serlo ahora?... —se tronaba los dedos, mordía la punta de su pañoloncito y ante la callada respuesta del cabecilla, lo amenazaba—: Si es verdad que piensa irse a meter a la ciudad, me lo dice ahora mismo, y ahora mismo yo agarro mis trapos y me voy a donde no sea yo la que tenga que ir a mojar con mis ojos esas piedras de la Penitenciaría, que ya bastante lloré cuando fusilaron a mi hijo.

—¡Lo sé, Judasita, sé que tal vez es una imprudencia!

—Tal vez... —recalcó ella como dudando de lo que oía.

—Sin el tal vez, es una gran imprudencia, pero tengo que ponerme en contacto lo antes posible con personas pudientes y... prudentes que sólo yo conozco, personas que estuvieron seriamente comprometidas en el complot de hace dos años y a quienes tengo que pedir ayuda para el nuevo movimiento.

—Y es tan niño que cree...

—Creo... en Dios Padre...

—¡Por poco me hace decir una barbaridá! le iba a decir: ¡cree mal! Es tan niño que cree que lo van a recibir. Ni en la puerta. Eso si no les da patatús al saber que el que los busca es el famoso Juan Pablo Mondragón, porque para ellos usted seguirá siendo, Juan Pablo Mondragón. Para ellos y para la policía secreta.

Llamaron a la puerta. Dos, tres veces. Pero con tan poca seguridad que parecía que no era allí donde tocaban. Insistieron en forma más fuerte y decidida. Judasita, nerviosa como estaba con la noticia que aquél le había dado, y el haber pronunciado el fatídico nombre de la policía secreta en el instante en que se oyó golpear la puerta, no sabía ni qué hacer y mientras San se escabullía, ella corrió a llenar el bacín, no sólo por cumplir las instrucciones, sino porque ya se estaba orinando del miedo.

—Quiééééén... —alargó en pregunta su voz seguida de secas tosiditas, Judasita, al acercarse a la puerta.

—Yo...

—Quién yo...

—Cecilio Yancor, el Chilo...

—Aquí no vive ningún Chilo —cortó Judasita, enérgica, al darse cuenta que no había peligro.

—No, si yo soy el Chilo Yancor...

—¿Y qué se le ofrecía?

—Saber si aquí posa un *gente* que se tiene que juntar conmigo pasado mañana,

para ir a traer ceniza.

—Pregunte en otra parte, aquí no es...

—Y dónde será, pues, que vive...

—No sé, y deje de estar molestando...

—*Disculpo*, señora... —se oyó la voz del indio que se alejaba.

San vino a ver de qué se trataba y Judasita le explicó:

—Era un indio tonto que anda preguntando si aquí vivía un su compañero que pasado mañana tiene que ir con él a traer ceniza...

—¡Yo!

—¿Usted?

—Disfrazado de cenicero puedo pasearme por la ciudad tranquilamente y entrar y salir de las casas de mis amigos...

—Lo van a reconocer...

—¿Acaso me reconocieron cuando andaba de ayudante de una carreta que cargaba en las Caleras del Norte y descargaba en los cuatro puntos cardinales de la capital?... La misma máscara blanca... sólo que va a ser de miércoles...

—¡No sea malcriado!

—¡De miércoles de ceniza, en lugar de óxido de calcio!

—¡Enredos los que hace con las palabras!

—¡Nada de enredo, en lugar de máscara de cal pasearé en la ciudad con máscara de ceniza!

—¿Y para qué, digo yo?

—Para vengar a tu hijo...

—Así me convence a mí, pero a los que no tienen hijos fusilados, cómo los va a convencer...

—¡Tienen hambre de libertad, Judasita, y otros hambre de que no han comido, y otros hambre de poseer la tierra!

—A cada cual le va dando mielita.

—Por algo, Judasita, cuando llegué me preguntaste de qué circo salía con la cara encalada como payaso. Del circo de la gran fiera enjaulada en el *guacamolón*, y como el espectáculo sigue, el payaso cambia la cal por la ceniza; es trágico, la cal viva por el polvo muerto, ese que asoma cuando ya se ha quemado todo, y sale con la pandereta a que le ayuden, porque los tipos de imprenta están allí, pero hace falta tener una casa donde instalarla, conseguir una prensa de mano, y conseguir papel, y conseguir tinta, y hay que pagar viajes de gente nuestra que se mueva para cumplir ciertas misiones, y hay que comprar policías, ¡sí, policías!, porque los policías, como los militares, se venden cuando los dólares que les damos nosotros, son iguales a los dólares que les dan ellos...

—¿Por qué no vienen aquí esos señorones?... —frunció el ceño Judasita al tiempo de fijar sus ojos en los del cabecilla—. ¿Por qué ha de ir usted, es lo que yo me pregunto? Y otra cosa, el indio ese lo va a llevar a las casas de sus marchantes,

peor si es indio viejo, y no a donde sus amigotes...

—En eso tenés razón...

—Y otra cosa más —dijo ella, temerosa, desesperada—, si va con el indio ese... ¿cómo dice que se llama... Yancor?

—Chilo Yancor...

—Lo he oído mentar. Es de los más ricos de los ceniceros. Si va con él no se puede dar a conocer de las personas que quiere que le ayuden, porque al indio ese no le habrá dicho quién es usted...

—Desde luego que no... —exclamó aquél con aire de fastidio al sentirse acorralado por Judasita.

—Entonces sólo va a ir a ponerse en peligro, sin sacar nada.

La vio ya más tranquila, más cariñosamente tranquila, pues creyó que lo había convencido.

—Judasita, tenés razón, pero pasado mañana empezaré mi humilde aprendizaje de cenicero...

—¿Aprendizaje?

—Como lo estás oyendo...

—Si eso no es cuestión de aprender...

—Y cuando ya sepa, iré por mi cuenta, ya sin Yancor, sólo yo, a casa de mis amigos. Lo que me hace falta y tengo que buscar es una nomenclatura de la ciudad con sus direcciones, que yo tenía entre mis papeles...

—Bueno ¿y si toca en esas puertas de esas casas de sus amigos y le dicen que no hay ceniza...?

Dejaré pasar unos días y volveré a tocar, hasta que haya ceniza...

—¿Y si se cambiaron de casa...?

—Preguntaré dónde viven, hasta dar con ellos...

—Algunos hasta se habrán muerto. Son dos años...

—Pues traeré sus cenizas... —¡Santo Dios, ni que fuera brujo!

XVII

Al cabo era una ocupación como cualquier otra, una ocupación ciudadana que nada tenía de denigrante y en la que se llegaba a ser famoso como Cecilio Yancor, artista que vaciaba un poyo de siete hornillas, sin ensuciar el piso con la más mínima partícula de aquel polvo pegajoso. Pero además de esta fama de limpio que en lengua de cocinera corría por los barrios, Yancor poseía el tacto de llegar a las casas a esa hora intemporal en que la presencia del cenicero no interrumpía ningún oficio y era preciso en el precio que ofrecía por la ceniza pura, el cisco no servía, con lo que evitaba el regateo, y honrado de sus manos, pues jamás había desaparecido un trasto de cocina o algo de comida, aunque lo dejaran solo en la escarbadera de las jaulas — tal parecían los hornitos bajo las parrillas— demoliendo encajes, agujas, torres, puentes, castillos, y demás fantasías de la ceniza apelmazada.

Y de este Chilo Yancor hizo su arquetipo de cenicero Tabío San. Sabía llegar a las casas a la hora oportuna, extraer el producto sin ensuciar el piso, pagar lo justo, dar los buenos días con una media reverencia, sin sacarse el sombrero del todo y dejándose puesto. El cenicero que sabe su oficio no se quita el sombrero aunque esté en casa ajena, para no tomar aire de visita, y retirarse a tiempo.

Pero, al contrario de otros ceniceros, las horas preferidas por

Tabío San eran aquéllas en que la cocinera salía al mercado con la señora, y la de adentro estaba haciendo los cuartos. Entonces, sin peligro, podía cambiar impresiones en el fondo de la casa, por allí quedaba siempre la cocina, con algunos de los que por haber estado con él en el complot que Ies fracasó, no se negaban a oírlo. El había sido, casi nada, quien suministró los explosivos de las bombas y el que se ofreció a manejar el camión que debía cortar el paso al coche presidencial en el momento del atentado.

—¡Ah, si es usted Mondragón!... —llevábanse los dueños de casa el gran susto, cuando aquél se identificaba—. ¡Mondragón!... —se tragaban el nombre aterrorizados de haberlo dicho en voz alta. A algunos hasta lo creían muerto y enterrado...

—Era Mondragón, ahora soy Tabío San y... revivo de la ceniza...

Aquellos se tranquilizaban. Con otro nombre y con aquel disfraz de cenicero no los comprometía llegando a su casa, salvo que hubiera alguna denuncia, y es más, le quedaban agradecidos de su visita, y de que ésta fuera en la cocina, pues tal y como andaban las cosas, era el lugar más apropiado para hablar de los negocios de Estado. Pero el plan que les llevaba no les gustaba y casi todos lo rechazaban por irrealizable, aunque por ser menos peligroso que los atentados, golpes de mano y revoluciones, en los que si fallaban les iba la vida, concluían aceptando. Una huelga se declara, surte o no sus efectos, son muchos los que en ella participan y la responsabilidad se diluye o pesa sobre gente de la plebe.

—La-la-la co-co-cosa esa no-no no dará e-e-e-efecto —sostenía un abogado

jesuitón, tartamudo de nacimiento, no de miedo—, pe-pe-pero si-si-si usted, Mon-mon-mondragón cree que sí, cue-cuenta conmigo.

—Eso de huelga me huele mal —decía otro—, me huele a cosa de obreros... ¿Cómo vamos a declararnos en huelga nosotros los médicos, si el juramento de Hipócrates nos impide negarnos a curar al enfermo que se nos presenta...? Será cuestión de hablar con los colegas...

—Por mi parte no hay inconveniente, acepto, Juan Pablo —le contestó sin mucho pensarlo un comerciante amigo.

—Nada de Juan Pablo; Octavio o Tabío...

—Acepto lo de la huelga, siempre que cierre todo el comercio y no vaya a suceder que los más vivos abran sus tiendas y almacenes, mientras nosotros, los patriotas, nos jodamos cerrando.

—Yo estoy de acuerdo en que se ensaye lo de la huelga... —decía otro.

El fingido cenicero era entonces el que saltaba:

—¡No, no, una huelga no se ensaya! ¡Una huelga se declara y se mantiene!

—¡Bueno, pues que se declare... la sostendremos!

—Lo único que no me gusta de su huelga —le dijo un hacendado con mentalidad de niño, que se las daba de gracejo—, es que tenga grado militar, que sea general, ya estamos tan cansados de los galones, aunque por aquello de un clavo saca otro clavo, siendo general la huelga, puede que saque al «General».

Y había los irreductibles:

—Eso sería el comienzo de la anarquía en el país... Todo el mundo va a querer meter las manos... Todos van a sentirse con derecho a mandar... Eso de huelga es socialismo... La situación del país no está para tafetanes... Un movimiento así se sabe dónde comienza, pero no dónde acaba... Quién se va a hacer cargo del gobierno...

Y los descabellados, no por calvos, como pasaba con don Anselmo Santomé, el cual, sin tirarse de ninguna fibra capilar, porque no tenía, tras el enojo, iba metiendo la cabeza a la guillotina:

—Acepto, acepto, por la libertad todo...; ¡movilicemos las masas... que caigan muchos de nosotros bajo esa aplanadora que se llama huelga general, con tal que caiga la *fiera* y recobremos las libertades perdidas! ¡Ah, pero eso sí, no se diga mañana que Anselmo Santomé no vio claro el problema social, los conflictos entre el capital y el trabajo que ya se plantean entre nosotros, como en todas partes del mundo. ¡Muy bien! ¡Muy bien!... —se frotaba don Anselmo las manos—, por la libertad cualquier sacrificio... le hablaré a mi sastre, a mi zapatero, a los del taller donde me arreglan el auto, y ¡guay!, si alguno de ellos se niega a secundar la huelga... y a mi peluquero... a mi peluquero, se me estaba olvidando y es el principal, por ser, como todos los fígaros, un gran loro.

San refutó mentalmente aquel concepto sobre los de su oficio, recordando de paso a su maestro costarricense, por el que tomó el apellido Mondragón, aquel que le

enseñó las primeras letras y le puso en las manos los primeros libros.

—¿Y los curas?... —seguía don Anselmo—. ¿Los curas podrán hacer la huelga? ¿Podrán dejar de decir misa? O que la digan, que la digan, pero con la iglesia cerrada, sólo para los sacristanes... Lo que sí pueden es no bautizar, eso sí, no confesar, no casar a nadie, no dar la extramaunción, qué se entiende, cruzarse de brazos... ¡Ah, pero es huelga general, no es huelga de brazos cruzados... ya ve, Mondragón, digo, San, cómo Anselmo Santomé está al tanto de lo que pasa en el mundo...

Hizo una pausa, frotóse las manos nuevamente, lo hacía con la fruición del que ve resueltas las cosas, y acercó sus labios y su bigote a la boulangier al oído del cenicero:

—¡Camelias rojas!

Ambos callaron. Santomé se llevó la mano al pecho y apretó contra el corazón la corbata de luto. Luego sacó su pañuelo y se sonó silenciosamente. Un lejano perfume del color de sus ojos de tabaco.

—¡Camelias rojas!

Qué lejano, qué romántico todo aquello, se dijo el cenicero al oír el santo y seña de los conjurados de hace dos años, que para él se proyectaba sentimentalmente hasta un tren en marcha que se detuvo en una estación de bandera, el olvido de un ramo, un telegrama y años después el mismo ramo, sí, porque era el mismo, en otras flores, el ramo que él le devolvía, sólo que ya con otro sentido sin prever que iba a descubrirse, que ya se había descubierto, la conjuración y que aquellas flores rojas eran peor que la dinamita.

La proletaria bola de ceniza crecía como la aristocrática bola de nieve. Al final ya no entraba el «cenicero de la libertad» a las casas por el humilde polvo de leña calcinada, sino a llevar y traer noticias de los preparativos de la huelga. Faltaba la chispa. Solamente la chispa. Graciosa estampa la de aquel hombre vestido a la usanza de los ceniceros, el sombrero de paja viejo encasquetado hasta las orejas, el cuello de la chaqueta de jerga rota de los codos, medio levantado, descolorida la camisa de apariencia de basurero o de haber sido sacada de alguna quemazón, y los pantalones escurridizos, llovidos sobre las piernas y con sendas rodilleras. El cordel al hombro, el doble saco de yute al brazo, las manos enguantadas de polvo de ceniza, y el andadito de indio que ha dejado el trote y que sigue echando pedradas al hablar, al preguntar a la puerta de las casas: «¿Tenés ceniz?», que la persona que salía a abrir, generalmente, la criada, contestaba a su capricho, sin firmeza, en forma indecisa, lo que obligaba a insistir, a tocar de nuevo la puerta y repetir la clásica pregunta: «¿Tenés ceniz?», y a quedarse en el umbral hasta que aquélla volvía con la respuesta afirmativa o a tirarle la puerta por las narices. Si le franqueaba el zaguán, al decirle de mal modo que sí había, la segunda pregunta clásica del cenicero: «¿No hay chucho?», pues debía cuidar su integridad y no pocas veces en aquellos pacíficos hogares existían tales fieras sueltas, que era mejor prevenirse y no salir corriendo, antes que el perro le diera alcance, o con alguna de las ropas desgarradas. La sirvienta aclaraba: «Sí hay, pero está amarrado». «Sí hay, pero no es bravo.» «Sí, hay, pero vení

conmigo, que conmigo no te hace nada.» El amparo de la sirvienta era lo mejor. Dejarla que se sintiera protectora, al llevarlo cruzando patios, corredores y pasadizos, hasta la cocina, donde la táctica con la cocinera era no quedársele viendo mucho para no darle pretexto a que soltara un «¿Qué me verá este indio de mierda... acaso tengo payasos en la cara?», y lo insultara. No verla mucho y con hablar humilde decirle: «La patrona manda que voy a sacar el ceniz, con tu permis puede ser...» La cocinera a veces se dignaba responder, otras le daba la espalda por respuesta y allá el cenicero que se las entendiera. Eso sí, el trabajo debía ser impecable, como el de Cecilio Yancor, porque al menor descuido, con un lamparón de ceniza que le quedara al piso, saltaba: «¡Todo lo han de ensuciar estos indios salvajes... te voy a traer una escoba para que barras antes de irte, para que no lo vayas a dejar como tu cara...».

La única hija de don Anselmo, ya casada, vivía aparte, pero mantenía alrededor de su padre viudo una estricta vigilancia, y así se enteró de las frecuentes visitas y coloquios de su padre con el cenicero. Hubo de explicarle que se trataba de un tesoro escondido y que aquel fulano además de un cenicero, era pocero, menester en el que cavando un pozo de sesenta metros, descubrió un entierro de botijas llenas de monedas de oro.

—¿En alguna de nuestras casas? —preguntó afanosamente la hija.

—No, niña, en casa ajena, si fuera en una de nuestras propiedades no habría problema.

—¿Y cómo vas a hacer?

—Ese es el asunto...

—Bueno, hay que hacer de manera que te podás quedar con todo...

—Con una buena parte, al menos, porque no pretenderás que el que me trajo el negocio, se vaya a contentar con las vasijas, para ofrecerlas al Museo Arqueológico, como hallazgos mayas...

Al marcharse su hija, don Anselmo empezó a pasearse por un salón alfombrado, después de cerrar una de las seis, siete, ocho ventanas... qué idiotez poner tanta ventana... El cigarrillo se le acababa de apagar. Lo de las seis, siete, ocho ventanas le había indignado siempre. Pero ya heredó así la casa de sus padres, con las seis, siete, nunca había contado por resistencia a la idiotez familiar cuántas ventanas tenía; y nunca se abrieron, él al menos nunca las vio todas abiertas; se abría una, dos, hasta cuatro cuando pasaba el Corpus, quién iba a mover aquellos maderámenes del alto de dos hombres, y las aldabas, y los cerrojos, y las cadenas...

Pero si todo aquello, ventanales y muros que eran verdaderas murallas, se había edificado así, en resguardo del indio levantado y el pirata, ¿de qué servían ahora, qué reparo, qué cautela, qué custodiar podían, si como el viento se colaba por sus intersticios ese fluido desintegrante del socialismo, del comunismo, del bolcheviquismo?...

Paladeó el cigarrillo y estaba apagado. Fue en busca de otro a la caja de cigarros abierta sobre una consola. El mármol blanco y el espejo del tamaño de las ventanas.

Seis consolas, siete consolas, ocho consolas. Tampoco las había contado. Ni un pitillo. Se los llevó su hija. Pero la caja estaba llena. Pero se los llevó. Alzóse de hombros, para qué quería comprender más si uno ya crece comprendiendo, se dijo, y corrió a su alcoba a robar de su cigarrera uno de los suyos.

Necesitaba fumar, echar humo para que le andara el caletre; hay gente que sólo fumando puede pensar, y él era uno de tantos.

¿Cómo darle una imagen a eso que era una huelga general?

Paseándose, con el cigarrillo encendido en la boca había quedado frente a uno de los seis, qué seis, siete, qué siete, ocho espejos, de espaldas a una de las seis, siete, ocho ventanas, y se vio adolescente vestido de obrero, revueltos los dorados cabellos que se quedaron en mil peines, la cara, los brazos y el pantalón de gabacha sucio de hollín, con una almádana de madera en la mano, recitando, para divertir a sus padres, parientes y amigos «La Huelga de los Herreros». Y contempló a sus papas, a sus tíos y amistades aplaudiendo a un huelguista. Su madrina lloraba. De sus párpados caídos por el peso de los años y por los golpecitos que se daba con los impertinentes que usaba cuando se permitía fijar sus ojos en alguno de los seres humanos que pululaban en redor suyo, desprendíanse goterones de lágrimas tan grandes como las perlas y brillantes que lucía en las orejas, en el pecho, en los dedos y antebrazos.

Fue la primera vez que oyó hablar de la palabra «huelga», eso que pasados los años, ya de viejo, trataba de representarse en algo más que una desintegración... en una desintegración integradora... Pero, ¿integradora de qué...? ¿Qué era lo que disolvía y qué era lo que formaba?... Porque sus movimientos eran dos: deshacer las cosas, sin hacer nada, con sólo no hacer, y luego rehacer lo que estaba mal hecho...

Tabío San al regresar de la ciudad se dejó caer en la cama con todo su peso y todo su cansancio, después de apurar unos cuantos vasos de agua, de esa horrible agua de pozo que también sabía a ceniza. Mediodía. Todo parecía cocinarse a fuego lento en el rescoldo del cenizal. De entre su pelo se oía salir el parloteo de su pensamiento. Necesitaba una casa para instalar una pequeña imprenta y en vano había llamado a todas las puertas.

—Con mucho gusto —le contestó un jorobado con cara de cancerbero, vestido con un impecable traje londinense—, pero siempre que la pueda poner a su nombre, Mondragón...

—San, nada más...

—Para mí, amigo, usted es Mondragón, el sobreviviente de la gran conspiración, no de huelguistas, y ya le digo, vamos a donde un notario y ponemos a su nombre cualquiera de mis propiedades, la que le convenga para instalar su imprenta.

Por algo se llamaba Juan Canalloto. El sabía que aquello era imposible y por eso la ofrecía.

Una casa... se repetía Tabío San echado en la cama, una casa... qué casa, un techo y una pared donde instalar la pequeña imprenta... Había apalabrado a un cajista de confianza, Ratampuro lo apodaban por su aspecto de rata y su afición al puro,

siempre con un puro más grande que él en la boca, y el rato menos pensado se le presentaría pegajoso como era con su eterno saco de jerga café relámpago, gastado del cuello y de las bocamangas, una camisa verde medio sucia, una tripa negra como corbata, y tendría que repetirle que la imprenta estaba, pero que hacía falta dónde instalarla...

Ratampuro, además de cajista veloz, infatigable, dedos de pico de gallo con hambre de picotear, como maíces, los tipos de las cajas, conocía el manejo de la prensa y estaba dispuesto a componer e imprimir solo él todo lo que hubiera: volantes, periódicos, panfletos, citaciones, si no lo lograba que le diera una mano Mejuque Salinas, as de los prensistas. Pero, eso sí, había que conseguir, no un lugar cualquiera, sino un lugar seguro para instalar la imprenta, sobre todo si se conseguía una prensa algo grandecita, pues la policía conoce muy bien el ruido de oleaje de mar profundo que produce una máquina al andar, y orejearía en seguida que se estaba haciendo pólvora con letras. Lo ideal sería dar con una de esas excavaciones de las afueras de la ciudad que sirvieron en otro tiempo para esconder los tesoros de la Catedral, cada vez que había peligro de piratas en las costas y que después, ya en nuestros días, sirvieron para alojar fábricas clandestinas de aguardiente; y a falta de instalación subterránea, *Ratampuro* se conformaba con dos piezas y un patiecito, pared de por medio, con un estudio de marimba de moda, que por lo mismo que está de moda, tiene que repasar todos los días y a todas las horas las novedades que va agregando a su repertorio. Cuatro, seis, ocho desafortunados golpeando las teclas de diferente tono, antes de unificar las partes de una pieza musical, es para enloquecer y ya unificados, mejor, pues el eco de la prensa se perdería en el ruido revuelto de las maderas de la marimba y el acompañamiento del contrabajo, platillos, bombo y caja...

Se medio recostó asfixiado por sus pensamientos y la sequedad del aire que al mediodía quemaba como la ceniza. No había noticias de Bananera, donde la lucha continuaba, ni de Tiquisate, donde estaba por empezar. Varias veces se acercó a examinar la bacinica-buzón y fuera del contenido que ya no eran meados lánguidos de vieja sino sus propios orines, no había nada. Juambo debía marchar a Tiquisate lo antes posible. Era la jugada. Mover al mulato como una pieza de ajedrez tallada en ébano y marfil, por su piel oscura y su cabello cano, en el gran tablero cuadrado de las plantaciones del Pacífico, donde con la huelga se le daría el jaque mate a la Compañía.

Era la jugada, mover a Juambo, pero...

Extendidas las piernas a todo lo largo de la cama, empezó a cavar un agujero en el colchón con el movimiento de su espalda, como si reculara acostado, entre más hondo mejor, hasta quedar cómodo...

La jugada era ésa, pero...

Entre ceja y ceja se le metió al mulato ir a trabajar de «jalador de fruta». Quería pagar, quería castigarse hasta lo último por el abandono en que dejó a sus padres. Su

padre murió jalando fruta. Morir así un hombre que tuvo su conqué, sus tierras heredadas de sus mayores y abuelos en la costa atlántica... morir sobre un vómito de sangre bajo el peso aplastante del racimo de bananos, embrocado como una bestia inútil, palúdica, vieja, embrocado, sin poder levantarse más, restregando en su propia sangre la inmensa herida muda de su boca. Debía pagar. Juambo debía pagar. No podía bajar a las plantaciones a trabajar en otra cosa que no fuera jalador de fruta...

Y se pegaba en la cara con las manos abiertas, como pegoteándose los golpes, berrinche endemoniado de mulato, o con las manos empuñadas por no clavar en sus ojos los puñales de sus dedos, puñales con uñas que arrancaban motas de sus cabellos, y habría querido rasgarse las ropas y pisotearse las puntas de los pies a taconazos, pie contra pie como gallos de riña en pelea, cuando se le paseaba por la sesera el remordimiento de haber dejado morir a su viejo, sin ayuda, embrocado sobre un vómito de sangre. Dios es testigo por qué. Por lo que inventaron: su padre llevándolo a perder al monte para que se lo comiera el tigre y su patrón rescatándolo de las garras de la fiera. De niño se lo contaron tan detallado todo, el tigre, el monte, la noche, el viento, la hojarasca con ruido de vidrio quebrado bajo los pasos del felino, los ojos de fuego fijo y su salto de catarata de pelambre grifa, que aún de hombre su única pesadilla fue soñar que se desclavaba de las garras de la fiera, aunque al despertar sólo tuviera en las carnes clavados los resortes mal avenidos de su colchón atigrado.

Una mentira piadosa. La Anastasia no quería que le doliera a su hermanito sentirse regalado en casa de Maker Thompson y por eso la inventó. Odiará a padre y querrá a patrón, decía la mulata, y así fue, sólo que de carambola aquella vieja patraña estaba a punto de dar al traste con el plan de mover a Juambo hacia las plantaciones del Sur, no para que fuera a jalar la fruta, sino como agente de enlace y espía si se lograba colar en la oficina de la gerencia o en cualquier otra oficina con algún menester secundario, cuidador, sirviente, barrendero...

Tabío San hundió la cabeza en la almohada, antes mullida y ahora apelmazada como un montón de ceniza, oyendo a larga distancia su voz y la de Juambo, en los intentos que hizo, mientras rodaba la carreta, por convencerlo...

«De fijo, puesto para mí, oficina del gerente y en oficina del gerente buen mandadero, buen cuidador, buen escoba, todo bueno y para mí fácil entrar. Todos conocerme. Desde chiquito criado de confianza de Geo Maker Thompson. Sí, sí, todo fácil, si no me agarra el otro idioma y caigo de jalador de fruta.» «¿Y qué idioma es ése, Juambo?...» «El otro idioma...» «Pero, jalador de fruta no conviene a la causa, Juambo, no conviene...» «Quizás sí. Primero arreglar cuentas con padre, sino torcido yo y torcido todo, la causa, ustedes, todo...» «Pero, Juambo, tu padre te perdonará el pago que le querés hacer jalando fruta, cuando se entere que su hijo le está metiendo el hombro en la huelga grande...» «Eso yo mismo consultarlo con madre en la costa. Padre muerto, pero madre viva. Consultarlo sin hablar de la huelga grande. Sólo consultarlo con madre en la costa. Y en lo de entrar a la gerencia, niño Bobby me

llevará y dirá a todos: ¡éste es Juambo!, y todos responderán: ¡éste es Juambo!, yo para mis dentro responderé: ¡*chos, chos, moyon, con* nos están pegando, manos extrañas nos están pegando... no el Juambo que ustedes creen, el Sambito del patrón, sino el Juambo movilizado por la huelga grande!...» «¡Muy bien, muy bien, ése es el Juambo que nosotros queremos, el de la huelga grande, no el jalador de fruta...» «Siempre que no me agarre el otro idioma, que no hablé con mi padre, el idioma en que le hablaré a madre, que es parecido pero sólo parecido al que hablo con usted!» «¡Pero Juambo!...» «Si no me agarra el otro idioma sí!...» «Juambo (desesperaba Tabío San a punto de tenerse que cortar de las manos las intenciones de tomarlo violentamente de los hombros y sacudirlo en la carreta como un saco de polvo de cal, ya vacío y lo que hubiera hecho con riesgo de echarlo todo a perder, si no tiene a la vista, como lección de paciencias, la pareja de bueyes mansos y cachazudos), Juambo, no hay tal idioma y por semejante necedad vas a echar a perder todo lo que esperábamos de tus servicios en la oficina del gerente, pues, ¿quién otro puede entrar allí sin despertar sospechas?... Por tu señor padre debes hacerlo, por él...» «¡Padre muerto con los ojos abiertos!...» «¡Todos los muertos Juambo, enterrados con los ojos abiertos!... ¡Todos Juambo, todos, mientras, reine en el mundo la injusticia, y por eso debes ayudar a la huelga grande, para que haya justicia y paz, y ellos cierren sus ojos!...» «Pero antes pagar yo, rescatar yo el cariño de padre con sufrimiento mío... el mismo sufrimiento de padre hasta la muerte, sufrimiento de hijo hasta la huelga grande...» «¡No habrá huelga grande, si no hay quién ayude, si cada uno hace su voluntad dado que la huelga grande es producto de la voluntad de todos en una sola voluntad...» «Sí habrá huelga grande, por qué decir que no habrá huelga grande, yo trabajar gerencia después de pagar a padre jala que te jala racimos de banano. ¡Por puños, por montones, tener patrón los dólares en las bolsas, en el escritorio, en la caja y decirme a cada rato: agarrá, Sambito, lo que te haga falta y a mí no faltarme nada, pero a padre todo le hacía falta... También tener patrón en la casa las despensas retumbando de comidas y bebidas sabrosas, y cómodas y armarios atestados de ropa de hombre, de ropa de cama, de zapatos, de medias, de sombreros, y patrón decirme a cada rato: agarrá, Sambito, agarrá sin pedir, lo que te haga falta, y a mí, en casa del patrón, no hacerme falta nada, tenerlo todo, mientras padre hambriento, desnudo...» «¿Y no crees, Juambo, que jamás habría aceptado tu padre dólares, ropa y comida que viniera del bandido que le desposeyó de sus tierras?...» «Sí, sí, pero si Juambo quererlo ayudar de verdad, callar, tragarse el origen de los regalos...» «Eso habría sido peor, tendrías más remordimientos ahora, eso habría sido engañarlo... y otra cosa, Juambo, ya estás viejo y no vas a soportar... jalar fruta es terrible...» «¡Padre estaba viejo y aguantó... y es a mi edad que debo pagar... ¿oís el otro idioma?... ¿oís el idioma de las coincidencias?... si fuera joven sería fácil y el pago resultaría trampa... viejo como estoy, las cosas saldrán cabales!...»

Apenas tuvo Tabío San el tiempo de incorporarse y salir de sus pensamientos. Abrió los ojos como si hubiera tenido la olla en hervor de su cabeza cubierta por las

hojas húmedas de los párpados. Alguien entraba. Cerraron y abrieron la puerta de calle. Lo tranquilizó la voz de Judasita y el ruido de sus zapatos golpeados de plano, como planchas a las que se sacude la ceniza. Pero qué extraño que se hubiera puesto los zapatos. Andaba siempre en pantuflas, salvo cuando salía a comprar por el centro o a llevar flores a la tumba de su hijo. Y qué raro que no le hubiera dicho nada. Al acercarse los pasos por los escalones que caían del patiecito al comedor, se dio cuenta que venía otra persona con ella y que hablaban en voz baja, creyéndolo dormido.

Y oír aquella voz de viento, de cerro, de árbol, de todo lo que bajaba con ella de Cerropom, a los cenizales, imagen sin imagen de un mundo consumido por la guerra; y saltar de la cama movido por el vuelco del corazón como por un resorte; y precipitarse con la alegría del inválido que de pronto recobra sus movimientos —en la puerta del dormitorio casi se lleva por delante a Judasita que venía a prevenirle que ya ella estaba allí, que la había ido a encontrar para que no se perdiera, a la salida de los cenizales—; y fundirse con Malena en un abrazo; y... y... y...

XVIII

Juntos!... Juntos!...

Les parecía mentira estar juntos...

—¡Malen!...

—Juan Pablo!...

Sus viejos nombres...

Se despidieron en la Caverna Viva hace dos años con un sabor a nada en los labios, a desgracia, a fracaso, a derrota, a incertidumbre; el amenazado de muerte y ella enloquecida de pena, y ahora, después de más de setecientos días de lucha, encontraban en sus brazos y en sus labios un sabor a todo lo que esperaban... Por eso él la oprimía contra su pecho y la besaba sin darle tregua ni respiro, porque besarle los labios, sorberle el aliento, la respiración, la vida, era comerse como posible el mañana de sus sueños y con igual intensidad ella le correspondía aquel beso interminable, interminable, borracha de lágrimas, borracha de lagrimones de alegría.

—Juan Pablo!...

—¡Malen!...

—¡Dos años!...

—¿Dos años?... ¡Más... trece años... una viajera en un tren... una estación de bandera... un ramo de camelias...

—¡Y un pasajero comedido y antipático!... —cortó ella.

—¡Que detuvo un río para que bajara una Sirena!...

—¡Una Sirena que no siguió en el tren y... siguió... —rió Malena— ¿Cómo...? No sé... Pero seguí contigo sin saberlo y sin conocerte, mientras me dirigía a Cerropom en un carruaje guiado por Cayetano Duende... —y tras una pausa y muchos besos de Juan Pablo, salpicados sobre su cara, su pelo, sus hombros, añadió ella—: Seguí contigo once años, sin conocerte, y tú seguiste conmigo once años, sin conocerme, hasta encontrarnos, inesperadamente, en aquella visita que hiciste a la escuela ¿te acuerdas?, vestido de oficial caminero... Tuve la impresión neta de que seguía en el tren, que seguía, que seguíamos en el mismo viaje, en el mismo vagón, sólo que en presencia tuya, yo y todo había cambiado, la realidad tenía un envés de sueño y el ensueño un envés de realidad...

—¡Malen!...

—Juan Pablo!

Se quedaron abrazados pensando... Cerropom... el Padre Santos... la tertulia... el Profesor Guirnalda... su «Diario»... «Ahora quiero que te vayas...» los periódicos con la noticia del complot que había sido descubierto... el nombre de Juan Pablo Mondragón, entre los más comprometidos... la orden de haberlo vivo o muerto... las escoltas... la montada... los pelotones de fusilamiento... el ramo de camelias... otra vez las camelias rojas, pero ya no sólo como el encendido lenguaje de un amor, sino como santo y seña de la libertad..

—Sabes... —murmuró ella— que no obstante la negrura que me rodeaba, por momentos era tal mi pena temerosa de lo que te podía suceder, que me quedaba sin respiración, ahogándome en seco, y tenía que ir de un lado a otro, mover los brazos, para poder respirar... Pues, como te decía, muerta, abatida, sonreí y me alegré al recibir un ramo que para mí era el mismo que yo había dejado en el tren cuando nos vimos por primera vez y que tú me devolvías al cabo de los años, fresco, fragante, encendido; lejos estaba de pensar que aquellas pobrecitas flores que el Padre Santos se llevó de la escuela ocultas en su sotana para hacerlas desaparecer, marcaban fatalmente la hora de una nueva y más terrible separación entre nosotros...

Envolviéronse en sus brazos, apresuradamente, como si se abrigaran, hasta sentir que al través de sus ropas pasaba el cuerpo de uno a impregnarse en el otro, a metérsele bajo la piel, como el tatuaje de una sustancia invisible.

—Sólo que ya no se fue la separación de la que deja a un desconocido amable en una estación donde una bandera señalaba la probable existencia de seres vivos en medio de vegas que eran como Purgatorios de agua, sino bajo la tierra, donde es infinita la mudez del silencio y ciega de nacimiento la tiniebla. El destino es un poco adivinanza. El cochero que me alejó de ti, el que me llevó a la estación donde tú me dejaste, hasta Cerropom, me trajo hasta donde tú estabas escondido en la Caverna Viva, a que te dijera adiós, adiós, como se decían los cristianos en las catacumbas...

La apretó contra su costado, palpándola, palpándola él y palpándolo ella. Necesitaban saber que eran realmente ellos. Habían vivido tantos años separados que la ausencia los habituó a soñarse mutuamente y ahora podía ser que no fueran, que se estuvieran soñando...

—No has cambiado... —atrevió Malena—, temí tanto...

—Temías encontrarme deforme...

—Temí encontrarte cambiado... no cambiado así, sino..., cambiado... En unas vacaciones probé los hongos deformantes y me puse más horrible de lo que soy, parecía una tarasca... quería estar segura de que tú no te quedarías así.

—Encontrarme cambiado... —insistió aquél con los ojos fijos en las negras pupilas de Malena—, cambiado cómo...

—¡Cartas de amor, sin amor! —quejóse ella.

—Sin palabras de amor, que no es lo mismo... —rectificó él—, porque no eran cartas escritas sólo para ti... —ella intentó separarse de sus brazos violentamente—. ¡Malen, sé reflexiva... no eran sólo para ti!... —y se le va de las manos, si Juan Pablo no la retiene y le secretea al oído—: También eran para Rosa Gavidia...

La desarmó...

—Y... Rosa Gavidia —siguió él—, no opinaba como tú. Recuerdo que en una de sus respuestas me decía: «Poco a poco tus cartas me van volviendo lúcida, amorosamente lúcida para todo lo que es salir de mi vacío, de mi muerte diaria al nacimiento de esa nueva era...»

La balanceó como bailando con ella, antes de agregar:

—O aquella otra en que me decías... ¡Ah, es verdad que no eras tú, sino Rosa Gavidia!: «...el amor que es sólo imagen de un mundo que no es, debe quedar atrás..., no corramos el riesgo de volvernos sustancias de imaginación y espejo...»

—¡Búrlate!... ¡Búrlate!...

—¡No es burla ni cosa que se parezca! Acuérdate que yo te contesté, ¿ya no te acuerdas?, «el amor, que es imagen de un mundo que se acaba, debe quedar atrás de nosotros..., no corramos el riesgo de volvernos sustancias de injusticia, descomposición y amargura».

—Para mí, no sé, qué quieres que te diga, para mí la mejor de tus cartas fue aquella en que me explicabas lo de la huelga, respuesta a una mía en la que yo te preguntaba si se trataba de algo así como un nuevo complot. La recordaba. «Nada tiene que ver con un complot, asonada o movimiento militar —me decías—. Es completamente otra cosa. Un complot, una asonada, un movimiento hecho por militares, aunque vaya contra la dictadura, es como parte de ella, cae en cierta forma dentro de lo militar y lo policial. Una huelga, no, una huelga revolucionaria, como la que nosotros planeamos, nada tiene que ver con polizontes y chafarotes que por insurreccionados que parezcan, siguen en el fondo siendo lo que son, representantes natos de la opresión del pueblo. Una huelga es todo lo contrario, no forma parte de la máquina estatal y rompe con el orden establecido...», y por allí seguías..., el último párrafo..., espera..., déjame que hace un momentito me acordaba..., hasta hace un momento... ¡Dios mío!... ¿Cómo decía ese último párrafo?... ¡Ah..., ya...; en forma irónica decías: «La huelga es la respuesta de los accionistas anónimos, los verdaderos accionistas anónimos son los obreros, frente a sus consocios —subrayó con una larga sonrisa—, participa de lo político y lo social y tiene las características de un fenómeno atmosférico...»

—¡Qué maravillosa memoria!... —celebró Juan Pablo, y la fue soltando, sin soltarla, le fue soltando la cintura, los brazos, hasta quedarse con sus pequeñas manos que se llevó a los labios para besar con besos muy chiquitos las puntas de sus dedos y con el pleno de su boca varonil las palmas de pulpa carnosa y en el envés de huesitos de ala de pájaro.

—Tuve buena memoria, pero la perdí con eso de haber probado los hongos deformantes. Me puse físicamente tan espantosa que tuve que esconderme donde Popoluca y contar en Cerropom que estaba de vacaciones en la capital. ¡Qué vacaciones..., hinchazones fueron aquéllas..., de llorar, me entró una especie de locura melancólica, y de los mismos hongos!... Cayetano me traía tus cartas, pero no me alegraban, me interesaban eso sí, me interesaban, ya sabía que eran cartas sin...

—Palabras de amor... —se apuró aquél a completar la frase.

—Lo único que me alegraba eran los relatos que hacía el viejo de cómo estabas tú, de cómo vivías, de tus proyectos y, lo más importante, si no habían sospechas sobre tu persona, y..., qué tonta se pone una con... —ríe—...los hongos... —iba a decir «el amor»—, le exigía a Duende que contara las veces que le preguntabas por

mí y ni cuando tomé los hongos...

—¡Cómo que no!

—¡Más de setenta veces no le preguntaste! ¡Exactamente cincuenta y nueve, las contó el chaneque, y por eso te decía que ni cuando tomé los hongos subió el termómetro de tu interés por mí! ¡Sólo cincuenta y nueve veces! ¡Preguntar por una persona como yo sólo cincuenta y nueve veces! Bromas aparte, «¿le informaste, Cayeta, que había probado los hongos deformantes?», interrogué esta vez al viejo. «Sí, señorita, le informé». «¿Y qué hizo al saberlo?», inquirí ansiosa. Te quedaste callado, según Cayetano; te quedaste callado y sólo después de un buen rato de no saber qué hacer ni qué decir, exclamaste resmolido: «¡Y si yo tomara veneno...!, es una barbaridad que le hayan dado a probar esos hongos..., se puede quedar deforme...»

—¡Es claro que me alarmé! —interrumpió Juan Pablo.

—Y tú..., ¿te habías quedado deforme? —alzó ella la voz, toda ojos sobre su cara.

—¡No sabía si me iba a quedar la cara como la tenía, aún estaba tomando los hongos, y en todo caso, en mí era distinto, un hombre puede ser feo, horrible, y, además yo no lo hacía por...

—¡Por..., amor..., ya lo sé!

—¡Yo podía quedarme deforme, como estaba, pero tú!

—¡Ni deforme ni muerto sin correr yo la misma suerte!, y por eso a partir de ese momento empezó mi ronda a los viejos, a Duende y a Popoloca, con la cantaleta de: ¡Júrenme, júrenme que si Juan Pablo les manda pedir veneno, me lo dicen, primero me lo dicen y luego dejan un poquito para mí! Noches y noches no dormí, pensando que te envenenarías al ser descubierto, y en ese caso, qué haría yo, porque si llegaban a saber quién eras, no te quedaba más camino, y hasta pensé ir a verte, pero me disuadieron los viejos, porque eso sí habría sido revelar tu identidad. Fue entonces que como si hubieras adivinado el estado en que yo me encontraba, escribiste aquella carta tan llena de esperanzas en el futuro. Hundido en la babazón podrida de los esteros, entre el agua salada, como una de las raíces de ese gran manglar humano que son los trabajadores de la Platanera, te sentías contento, porque habías tocado en el fondo y a través de una red infinita de sufrimientos humanos, en la plantación bananera, la raíz más profunda de la dictadura. Dictadura se te hizo evidente que era inseparable de frutera, consustanciales. Derrocar a la fiera militar de turno dejando la frutera intacta, era engañarse, y atacar a la compañía con el dictadorzuelo encima, era imposible. Había que acabar con las dos al mismo tiempo...

Un hombre que escribe así, me dije, en lo que menos está pensando es en suicidarse. Limpié mis ideas. Duende empezó a traer, no sólo las cartas para... —titubeó intencionalmente—, Rosa Gavidia...

—¡No, mi amor, también para Malena Tabay!

—¡Cómo, también!

—¡Bueno, para Rosa Tabay..., digo Malena Tabay!

—¡No digas nada, mi amor, que Rosa y Malena son tuyas en una sola persona, y como la ilusión es permitida, puedes hacerte la ilusión de tener dos amores! Pero te voy a seguir contando. Vino la reanudación de las clases y esos fueron días trágicos para mí: primero, la noticia de que la *fiera* en su periplo presidencial por la República, pensaba detenerse de visita en Cerropom y luego, una escueta información de que tú habías desaparecido. Duende iba y volvía de Cerropom a Tiquisate, de Tiquisate a Cerropom..., yo me ahogaba. Preso o muerto..., qué horrible síntesis..., qué horrible síntesis..., qué horrible sentirse encerrada y sin salida entre esas dos palabras, preso o muerto..., preso o muerto... Y hasta llegué a verme ante la *fiera*, uniformada de tigre, largas y delgadas rayas doradas en el uniforme, repitiéndole, muerta de miedo, con la voz carcomida: preso o muerto..., preso o muerto...

Pero nada decían los periódicos, nada decía la gente, nada decía la radio de que te hubieran capturado, aplicado la ley fuga, y esa falta de noticias, que al principio me ahogaba, llegó a ser al final como un respiradero para mí, un respiradero que me permitía vivir pintando o despintando las mejores y las peores suposiciones...

—La vigilancia desplegada en Cerropom —habló Juan Pablo— ante el anuncio de la posible visita de la *fiera*, que para esos recorridos no va vestido de tigre, el uniforme de tigre queda para las grandes ceremonias, sino de lobo, impidió que llegara la persona que iba a buscarte con noticias de que yo había logrado colarme en un tren frutero hacia Bananera, de donde pensaba pasar a la costa norte de Honduras. La consigna en ese momento era desaparecer por un tiempo, trabajar desde allá en una sublevación campesina, aún no pensaba yo en la huelga, y volver al estar las cosas maduras...

—Y, podemos decir el nombre, Florindo te contaría el estado en que me encontró. Fue providencial su llegada con noticias tuyas, si no, esa mañana no sé lo que hubiera sido de mí, pues a las penas reales se sumaban las de un sueño que tuve la víspera, una pesadilla horrible a la que no podía sustraerme. Las lágrimas se agolpaban y fluían de mis párpados corriendo, como si al final el llanto con ser llanto también huyera apuradamente de los ojos de los que sufren. Todo fue tan patente en mi sueño que aún me estremezco. Nos habían capturado juntos en tu guarida subterránea de la Caverna Viva. Un tribunal militar, en consejo de guerra, nos sentenció a morir ahorcados en Cerropom. Nos colgarían juntos, pero a mí, ya colgada, me quedaría la posibilidad de salvarte, de evitar que murieras. Una humorada de la *fiera* que se presentó al lugar de la ejecución montado en una motocicleta, provisto de una máquina filmadora, dispuesto a filmar lo que también tenía de escena cinematográfica. ¿Cómo, me decía yo mientras tanto, atada al lado tuyo de pies y manos, podré salvarlo, si a mí también me van a colgar?... Levantaron las horcas tan pegadas una de la otra que nuestros cuerpos iban a tocarse. Manos de sombras enloquecidas por el movimiento de extrañas luces, te alzaron y no tardó en cercar tu cuello el anillo de la soga, sin cerrarse, porque uno de los verdugos quedó

sosteniéndote de los pies, mientras los otros me arrojaban violentamente por tierra, ataban no a mi cuello, sino a mis pies, la cuerda que me correspondía, y me izaban cabeza abajo, con los brazos libres, hasta la altura en que tú tenías los pies. El verdugo que te mantenía en vilo, me dijo: «¡Voy a soltarlo y en sus manos está que este hombre viva o muera. Si usted logra sostenerle de los pies, no se ahorcará, si no pronto será cadáver!..» Antes que el nudo corredizo te hiciera daño, me lancé a tus pies para tratar de levantarte y lo logré, en el primer momento, doblándome hacia arriba lo logré; pero las fuerzas empezaron a fallarme, se agolpaba la sangre en mi cabeza, la cuerda atada a mis pies me cortaba los tobillos, llenaba mi boca un vómito amarillo y sentí tu estertor..., tus pies se balanceaban lejos de mis manos en el vacío...

Se escondió en el pecho de Juan Pablo, como si todavía la persiguieran las imágenes de aquella pesadilla, guardándose de contar que al final, en el sacudimiento, ya cuando ella no le pudo sostener los pies, la había pringado en el estertor de la muerte, con sustancia seminal.

—Juntos... —murmuró él a su oído, ella se sacudió como si su palabra fuera también parte de aquella sustancia viva, de aquel líquido de incandescencia dormida —, juntos, no para la muerte, para la lucha!

Afuera, en los cenizales, el sol, la luz implacable, los gallos ahondando más el silencio con su canto a deshoras, perros desorientados, en la ceniza perdían la huella de sus amos, y zopilotes que vomitaban la carroña de que venían hinchados sus buches.

Más entrada la tarde, ya oscureciendo, empezaría el desfile de los bultos pegajosos que volvían de la ciudad con su helada mercancía de polvo blanco a hacer tiempo en las puertas de las jabonerías cercanas, para entregar y que les pagaran, previo peso de lo que traían en una romana costrosa de herrumbre blanca y ya casi sin números. Bostezaban, se rascaban, trataban de arrancarse la sequedad de la garganta gargajeando, nauseados algunas veces por el tufo de las lejías hervorosas, humeantes, alcanzados otras por los alacranes que venían prendidos a la leña rajada comprada para los hornos, y otras resbalando hasta caer en el cascabillo de café betunoso y hediondo que también se quemaba.

—Florindo —dijo él, después de besarla quedamente— no me contó nada de ese sueño...

—¡Qué importancia tenía, ni debe haber puesto atención! Pero su visita me curó de sueños y pesadillas. Ido tú a la costa norte de Honduras, la organización del movimiento campesino necesitaba de mis servicios y me puse en primera fila con los viejos Cayetano Duende y Popoluca que, más que a mí, todo lo que se hizo, se debe a ellos.

—La organización llegó a ser perfecta...

—Perfecta, tienes razón. En un lugar de la costa, en Tiquisate, se recibían tus pliegos con instrucciones, directivas y demás, y de allí, por el camino que bajo los

cerros abrió la serpiente de lava, los traía Cayetano Duende hasta donde Popoluca. Quiero contarte. Pliego que llegaba, Popoluca lo metía en una pequeña caja de metal, y sin perder tiempo echaba a esculpir con barro la cabeza de algún ídolo, sacerdote o guerrero, cuidando que la cajita quedara adentro. En esa forma la policía se habría vuelto loca antes de dar con tus mensajes. Cuando yo llegaba a recoger el recado, deshacía la cabeza que había mantenido bajo trapos húmedos, y listo.

—Pero las instrucciones han seguido llegando...

—Sí, sí, desde un lugar de la costa, por el camino subterráneo y la cabeza de algún ídolo, hasta mis manos, y de mis manos a los otros centros de enlace. Algunos no se conforman con el cambio que se introdujo a última hora. Les convencía más la organización de un movimiento campesino, que lo de la huelga general.

Un ruido y la voz de Judasita desde la cocina:

—No se asuste. Se me cayó el machucador con que estaba pasando los frijoles...

—Rosa Malena... —así te llamaba yo en mis sueños.

—Y yo Juan Pablo. No me acostumbro ni me acotumbraré a Tabío San...

—Sigues siendo romántica...

—Sigo siendo romántica. Pero no se trata de eso. Debo consultarle algunos asuntos pendientes.

—Antes tenemos que hablar de nosotros...

—¿Nosotros?

—¡Sí, nosotros! —afirmó Juan Pablo con la voz del que desafiaba al infinito desde su corazón.

—Hay una comunicación muy urgente —palabreó ella—, sobre los sondeos que se han estado haciendo, a través de ciertas personas amigas, en lo que toca a la pregunta formulada por los ferrocarrileros en cuanto a saber cuál será la actitud de los efectivos acantonados en las bases norteamericanas, cedidas por el país, en concepto de país aliado, frente a una huelga general revolucionaria...

—Lo trataremos después...

—Y hay pedidos de fondos, y se reclaman impresos, y de Tiquisate anuncian que se está gestando un pequeño paro de jaladores de fruta que servirá para sondear la situación...

—Después...

—Preguntan de Tiquisate cuándo llegará la persona que tendrá fácil acceso a las oficinas del gerente...

—Después... —repitió casi sin mover sus labios de asceta.

—¿Por hablar de *nosotros* —subrayó ella con violencia— vamos a posponer...?

—No lo tomes a mal. Por unos minutos, aunque haya cosas que nos queman las manos, esperando solución. Pero nosotros también somos angustia..., angustia como ellos y necesitamos saber, yo necesito saber, sin apartarme de la lucha, qué va a ser de nosotros...

—¿De nosotros?... —fluctuó la voz de ella teñida de extrañeza.

—Nos batimos todos los días por ellos, con esos hombres y esas mujeres de la masa estamos en la misma fila, y nos batimos por algo más que por esta huelga, por salvar la vida, la vida es lo que está en peligro en nuestro país, y esta voluntad, Malen, este impulso, debe tener algún fin —y con la voz tan adentro que apenas se le oía hablar—: ¿quieres ser mi compañera?...

—Después de triunfar.

—¿Por qué posponerlo si podemos ir a un pueblecito de indios y casarnos por lo civil?

—Esperemos el triunfo, Juan Pablo... —y ante el gesto de éste, sintió ella que se le helaba la sangre.

—¿Qué?... ¿Dudas del triunfo?...

—¡No, no..., de ninguna manera..., pero, amor, no puedo jugar lo que siento por ti, a nada que no seas tú!

Ella se arrebató:

—¿Y los demás?... ¿Los demás no lo juegan todo, todo..., sus puestos, sus empleos, sus trabajos, el pan de sus hijos, su bienestar, el pellejo...?

—¡Sí, sí..., todos lo jugamos todo, pero yo no quiero jugarte a ti al triunfo o la derrota!

—Juan Pablo, tal vez no me supe explicar..., óyeme..., tal vez no me supe explicar o me interpretaste mal! ¡No hay nada en juego! ¡No te ofusques! ¡Todo lo que tocas lo agotas y el mar en tus manos no pasaría de ser un sorbo de agua!...

Y con más calma siguió Malena, mientras él se abandonaba en una de las sillas:

—¡No hay nada en juego! Si dije que aplazaríamos lo nuestro para el día de la victoria, fue porque estoy segura del triunfo; pero en la derrota, en la huida, en la cárcel, en el destierro, será igual y hablaremos de lo nuestro, de lo que ya es nuestro sin palabras, nuestro..., así no más..., nuestro...

—No son muchas las cosas pendientes... —dijo él después de un rato.

—Lo más urgente es la consulta de los ferrocarriles. Preguntan cuál sería la probable actitud de las tropas norteamericanas acantonadas en el país, al declararse la huelga general, y al respecto hay ya un informe urgente sobre sondeos que se han hecho, a través de ciertas personas. No se logró avanzar mucho, pero existen fundadas esperanzas de que se mantendrán al margen del problema, aun cuando se tocan los intereses de la frutera, pues sería contradictorio que mientras sus mejores hombres mueren en los frentes de batalla de Europa, Asia y Africa, por la libertad y la democracia, fueran a prestar en un país de América, abierto apoyo con sus armas a un gobierno que es la negación de todo lo que ellos defienden.

—Hay que comunicarlo así a los ferrocarrileros. Siempre me opuse a esos contactos, pues no sólo no se saca nada en limpio, sino se corre el riesgo de mostrar lo que se tiene en favor de la causa que se defiende; pero, en fin, los del riel quieren ir con todas las de ganar en la mano.

—Y también es urgente —interrumpió Malena— lo de la persona que tendrá fácil

acceso a las oficinas del gerente de la División del Pacífico.

—Comunica simplemente que saldrá en seguida y por separado tendremos que dar instrucciones a Florindo para que no lo deje engancharse de jalador de fruta. Es un mulato testarudo que se llama Juambo.

—Y también hay varias consultas sobre la división que se hizo de la República en zonas donde nuestras gentes tienen que ofrecer pan, zonas en las que debe hablarse de libertad, y esa zona en que no hay que ofrecer nada...

—La de los indios, a los que hay que devolverles la tierra, pero ése es otro problema. Ahora se trata de movilizar a la gente para la huelga, y unos irán por el pan y otros por la libertad...

—¿Algún día —entró diciendo Judasita— se come en este nido de taltuzas?, ¿verdad, señorita, que esto no es una casa, sino un nido de taltuzas en medio de un cenicero?... —y siempre dirigiéndose a Malena—, no me va a despreciar un bocadito, café con pan y frijolitos acabados de hacer, que sea así como refacción, ¿no le parece?...

—Le diremos a la señorita que venga a refaccionar todos los días, porque cuando estoy solo me tocan frijoles fríos y cenizos...

—Los deja enfriar en la mesa, cómo quiere que estén calientes, y cenizos, pues hay de todo, a veces el frijol sale tan malo. Por fortuna ahora conseguí del mejorcito. Negros y de buen sabor que es como a mí me gusta. Los dejo solos y no me vayan a hacer aquello de que de dos que se quieren bien con uno que coma basta. Hágalo comer, señorita, porque este señor se ha vuelto que nada le apetece, le huye a la comida.

Al salir Judasita hubo una breve lucha entre ellos. Quién servía a quién. Ella hubo de inclinarse, pues, en aquella casa, sin pasar por la alcaldía, no era más que una persona de visita y a él le correspondía hacer los honores.

Judasita volvió ya vestida, calzada con los zapatos de ir al centro y un manto de seda negra que usaba cruzado desde la muerte de su hijo, dispuesta a acompañar a la señorita y que no fuera a quedar perdida en los cenizales. Pasó por el comedor y adelantóse hasta la puerta de calle a espiar y asegurarse que nadie venía, mientras ellos se despedían, pero más ojos tenía para el patiecito que para la calle, volvía y volvía a ver, no para de reojo participar del larguísimo y silencioso beso que aquéllos se daban —ver besar es besar una un poco y por eso le gustaba a ella, cuando vivía su hijo, ir a las vistas—, sino porque le parecía que de repente al volver la cabeza iba a encontrar de nuevo al perro que se les acababa de morir de viejo.

—¡Tabío San...! —se detuvo ella, a despedirse; ya para salir del comedor, volvía a ser Tabío San.

—¡Rosa Gavidia!... —respondió él, ya cuando ella cruzaba el patiecito, comiéndosela con los ojos.

—¡Hasta la vista!... —alcanzó a decir ella.

El asomó a cerrar la puerta, pero casi la deja abierta por si regresaba aquella que

se le perdía como un sueño, vestida de novia, vestida de blanco, vestida de ceniza.

XIX

—Toba fue lejos, madre, pero Juambo volvió. Cambio de Juambo por Toba. Anastasia no. Anastasia no vino.

—¿Y qué hace Anastasia?

—Pide limosna allá, allá donde hay casas, y casas, y casas...

—Donde hay casas, y casas, y casas, y de allí viene hijo...

—De allí, madre, de allí viene Juambo. Toba lejos, señores llevarla...

—Toba lejos, lo sé. No verla más, mi perla, ella, Toba, mi hija. Padre enterrado aquí.

—Padre enterrado aquí, madre viva, hijo volver por los dos, por enterrado y por viva.

El mulato se esforzaba por frasear como la madre; hablando así le parecía fusionarse más íntimamente con la cáscara vieja del ser en que fuera creado y al que por culpa del patrón que inventó lo del tigre, tuvo olvidado tantos, tantísimos años.

—Patrón malo dejarte venir por fin...

—Patrón lejos, mismo lugar que Toba, mayordomo dio licencia. Soñar yo que madre estaba muy mala... —y tras un corto silencio en el que la centenaria mulata se oía vivir despacio, vivir de migas de aire, ya no respiraba muy bien, de migajas de luz, ya casi no veía, y migas de sonido, estaba un poco dura de oreja, exclamó Juambo hablando rápidamente—: ¡Sambito no volver más donde patrón! ¡Sambito servirle toda la vida y Sambito pobre, pobre, donde patrón todo de Sambito y nada de Sambito, porque todo tener y nada ser propio!

—Hombre ese maldito, quitar nuestras tierras allá, allá en la otra costa, donde nació hijo y nació Tacha...

—Y después decir que padres dejaron Sambito en el monte para que se lo comiera el tigre... Más de veinte años, más de veinticinco, más de treinta y un años, Sambito no querer ver padres... Pero Sambito vengarse, pagar misma moneda, pobre niño Bobby, niño Bobby alto, alto, pelo de fuego ponerse muy triste... El oír, yo hablar y su pelo triste... ¡Abuelo mató tu padre, niño Bobby!... Triste su pelo y callada su boca abierta al oír por segunda vez: ¡Abuelo mató tu padre, niño Bobby, en la «Vuelta del Mico», yo iba niño Bobby, echar velocidad, y velocidad, y velocidad al carrito y dar vuelta de gato en el barranco, fondo quedar padre cabeza destrozada, padre tuyo, niño Bobby...

—Padre tuyo enterrado aquí...

—Pero, madre viva... —la interrumpió Juambo con la voz alegre.

—Y yo poder morir —siguió la vieja mulata— después regreso Sambito, morir y explicar padre que Juambo de nuevo con él, de nuevo con él —sollozaba silenciosamente—, de nuevo con nosotros, padres nosotros de Sambito... ¡Y padre va agradecer, va agradecer bajo la tierra! ¡Padre, Sambito, va a llorar, va a llorar bajo la tierra de alegría, de gusto, de mucha su alegría y mucho su gusto!

Juambo le apretaba las manos frías, de dedos largos y uñas de semilla de fruta antigua.

—Padre llamarse de su nombre Agapito Luisa, y tener como Sambito pelo rizo, espumita de mar negro... Toba hija buena, Anastasia hija mala, hija de allá donde nos fue mal, la mala costa... Agapito decir siempre: lo peor hay, pero hija mala ser el colmo de lo más peor... Anastasia no traerme nieto, yo morir sin ver nieto...

Juambo dejó la valija en casa de su madre y volvió al pueblo. Le zumbaban las orejas. El zumbido de la costa al bajar de las alturas. Una y otra vez el dedo en los oídos, atornillándolo, como para sacarse aquella piececita de reloj que allí le zumbaba dormida. El pueblo estaba igual o peor. Los pueblos de la costa, lejos de mejorar, empeoran. Calles de tierra, cercas de chichicaste, no sólo el fuego del sol, sino el fuego de la ortiga, y una que otra casa, la tienda y cantina de don Higinio Piedrasanta, la peluquería «Los Equinoccios» y la iglesia en construcción de donde Dios salía despetacado todas las mañanas con sus barbas de algodón y su fustán de lino blanco, a poner paz entre las seis o siete gentes que allí la iban pasando gobernados por don Pascualito Díaz, alcalde tan renombrado que lo nombraban siempre, y tan progresista que terminado el parque inglés en la plaza de armas, frente a la alcaldía, hablaba de construir el matadero de ganado mayor.

Juambo se encontró las pocas paredes del poblado con unos letreros que decían: «¡Si rastro, ni días ni rastro!». Lo que el alcalde interpretaba en el sentido de que si construía el rastro, para obligar a los destazadores a ir a matar su ganado allí, éstos lo destazarían a él.

Don Pascualito, diminutivo que le lucía por ser hombre de poca estatura, sabía que el autor de aquellas insolencias no era otro que Piedrasanta, su enemigo gratuito, porque hay enemigos que cuestan, personas a las que se les ha hecho un favor o se les ha dado dinero prestado. Y por eso mismo. A Piedra, como llamaban a don Higinio, no pensando en la piedra de ara ni en una piedra preciosa, sino en la piedra de moler o en cualquiera de los tetuntes que se acomiden junto al fuego, a Piedra le dio don Pascualito trabajo en la contabilidad de la alcaldía y le pagaba bonito, pero un día dijo que renunciaba y renunció. ¿Cómo iba a seguir?, explicaba Piedrasanta a sus amigos de tresillo y conquián, recién pasado el incidente, si todos los días a la misma hora, en el mismo hombro, me tocaba don Pascualito al entrar al despacho, y me decía con la mejor de sus sonrisas de hombre que ha dormido bien y piensa seguir durmiendo en la oficina: «Debe... Haber..., pero no hay...», y me señalaba en el libro en que yo dejaba los riñones trabajando, las columnas del «Debe» y el «Haber».

El maestro de escuela, profesor Juventino Rodríguez, señalaba con la voz gangosa, pastosa, pegajosa de tanto beber por la Toba, bebía y bebía desde que se fue; señalaba las ventajas que traería la construcción del matadero de ganado mayor, enumerándolas: control del ganado que se sacrifica, están matando mucha vaca tuberculosa, y control fiscal para el pago del impuesto, fuera de la limpieza por parte de los que manipulan la carne, el fácil acceso al producto de los carniceros

revendedores...

El pueblo se encendía de jocotes. Cientos, miles de miles de jocotes en los palos, y todos comían, y todos botaban las pepitas en el suelo, y las pepitas, doradas y húmedas, se iban secando y secando, hasta reducirse a polvo y nada más. Qué tristeza ver huesos de lo que fue dulzura. Igual con todas las frutas. Los mangos de brea, los mangos de mico. Pero había pepitas que no eran sometidas a tanta angustia. Las de las anonas, negras, brillantes, que duras y filosas se hundían en la tierra, igual que perdidas cuentas de un rosario, sin contar las de las paternas, más verdes que negras, que también resistían el tiempo y la intemperie, y las del durísimo metal rojo oscuro de los guapinoles...

¿A dónde iba Juambo?

¿Cómo a dónde iba? Tenía que dirigirse hacia «Semirames», según instrucciones. Caso que le preguntaran qué hacía por allí, responder que iba a ver al niño Bobby que estaba de temporada donde los Lucero.

Divisó la fastuosa residencia de los millonarios Lucero. Si viviera Adelaido, el abuelo, y viera aquel palacete, se volvía a morir del susto.

Donde él construyó con sus manos, ladrillo sobre ladrillo, domingo y día festivo la casita del amor, levantaron los hijos un palacio, donde pintó las paredes de rosado y amarillo, los colores que vestía Roselia cuando la conoció, blusa rosada, enagua amarilla, o al revés, quién sabe, ya eso se olvidó, llevaron los hijos maderas preciosas y todo el confort norteamericano, desde aquello que los más altos empleados de la compañía poseen en sus casas, hasta lo que les hace falta: flores y fuentes y cascadas que reparten el rumor del agua espolvoreada en búcaros, conchas y piletas de mosaicos de talavera de colores sumergidos en la soledad de agua que canta, que sueña, que es agua, porque el agua que no sueña ni canta, no es agua, es sólo un líquido que tiene muchos usos en la vida del nombre.

—¡Pobre niño Bobby, alto, alto, pelo de fuego triste sobre su cabeza, pensando su cabeza abuelo mató..., no ser verdad que abuelo mató..., pero tampoco verdad que padres abandonaron Juambo para devorarlo tigre!

Juambo mentalmente seguía fraseando como si estuviera hablando con su anciana madre, mientras ganaba terreno hacia «Semirames», por una gran avenida de árboles en flor.

—¡Sambito alma baja, pero también patrón alma baja!

No pudo seguir adelante. Un perro color canela clara, patas blancas, nevadas, y hocico muy negro terminado en punta, se le acercó fiestero, buscándole las manos para lamérselas con pequeños besos, enredándosele entre las piernas, jugueteando, recitándole algo así como versos de amistad repentina con sus ladridos sonoros, rimados, atrayentes.

Lo tomó de la manga, suavemente, casi sin morder la tela, y lo volvió hacia el pueblo.

—Si de tanto vivir con el Júper, ya tendré olor a chucho... —se dijo y el recuerdo

de su Júper le entristeció la fiesta de aquel hermoso animal amable, amaestrado como el mejor, pues al sentirse obedecido, al mirar que Juambo volvía sobre sus pasos, le soltó la manga y fuese como dirigiéndolo, unos pasos adelante.

Su Júper... Le puso Júper, por «Jú... jú... per..., rro...»

Le hacía mucha falta. Se lo encargó a la cocinera. La cocinera se lo llevó al mercado la mañana que él salió para la estación del ferrocarril. No quiso que lo sintiera irse, como él sabía que se iba, para siempre... Para el mayordomo y la cocinera iba a regresar al mejorarse o morir su señora madre; Júper habría oído la verdad, habría sabido que se iba definitivamente de aquella casa en que pasó su vida.

¡Alma de perro!, le gritaba el patrón, y de tanto hacer el perro talvecito ya tenía el olor del Júper, y de este otro que se lo iba llevando, y llevando por un camino desconocido.

Dejaron atrás el pueblo perdiéndose por entre cañadas sumergidas' en maraña de bejucos, casi sin respiración, bajo sombras de guayabos que antojaban últimas descargas de un rayo, tan tremantes, tan rojizos, tan paralizadas y desnudas y retorcidas sus ramas y el desgajado de sus hojas, alejadas del pedúnculo y más duras que cartílagos.

A Juambo se le iban los ojos tras las guayabas, pero de viejo uno pierde sus agilidades y era peligroso perder pie y embarrancarse. Escupió, la boca hecha agua, y siguió tras el perro que, más adelante, en medio de llanos secos, donde veíanse huesos de animales, costillares, cráneos, cuernos, perseguía a los zopilotes y quebrantahuesos de pescuezo colorado, obligándolos a huir a saltos o levantar vuelo.

Lejos del pueblo, lejos de las plantaciones, cerca del océano Pacífico que se veía abajo, sustraído a todos y a todo, menos al sol y a las masas del viento, golpeándolas de ola en ola.

Se enjugó el sudor con el pañuelo ya empapado, la frente, la nuca, lacabeza, los cachetes, la boca, la nariz, el cuello.

Un gran arenal se dibujaba en lo más alto de la roca a donde no acababan de subir nunca. Mediodía. La temperatura era asfixia. Juambo se detuvo. No podía más. Lo ahorcaba el cuello de la camisa, las bocamangas húmedas se pegaban y despegaban del hombro, los brazos, los sobacos.^J

—¡Fregada me dio este chucho y yo de bruto que lo seguí! Pero, por qué le voy a echar la culpa al chucho, si la cosa viene de lejos. La que me fregó fue la Anastasia. La, Anastasia que me fue a sacar de mi casa, sí, porque aunque es del patrón, era mi casa, donde yo vivía y me hizo visitar a ese hombre de hablar ronroneante, aunque la culpa, la culpa de verdad la tiene el *chos, chos, moyon, con...* Madre muy golpeada, padre herido cuando nos sacaron de allá..., Atlántico... Bananera... La costa amarga...

El perro se lanzó a todo correr por el arenal y en el extremo opuesto se detuvo, como si hubiera encontrado a alguien. Y era sí. A su encuentro vino un hombre de complexión fornida, sin camisa, sólo el pantalón y los caites, l_a cabeza bajo un

sombrero de paja de ala grande, colorado y con abundantes dientes, tan blancos que parecía tener varias filas de dientes y morder su propia risa cuando se carcajeaba.

Al ir a cruzarse, el desconocido le preguntó:

—¿Va para San Benito, señor?

—No, voy para Sanjón Grande...

—Entonces santigüese...

Se abrazaron. Es decir, el hombre aquel lo abrazó. Sambito no sabía de mayores efusiones. Sus brazos eran tiesos, sin expresión, qué culpa tenía de ser así, si a él jamás lo habían abrazado.

Y como se habían cumplido todos los requisitos, lo del encuentro con un sanguíneo que se reía constantemente, y lo de «San Benito» y «Sanjón Grande» procedió en caliente:

—Me encargaron entregarle esto... —sacó Juambo una carta de su bolsa de pecho que traía costureada con tres ganchos de nodriza.

Aquél echó mano al sobre, lo abrió y extrajo un pliego escrito de los dos lados...

—Con permiso... —dijo, y más que leerlo, se lo bebió, le entraba por los ojos lo que le salía por los dientes luminosos en forma de una gran sonrisa de satisfacción.

—Me llamo Florindo Key, y da la coincidencia, mi amigo, que no me puedo perder, porque aquí al lado de la recontradespegada oreja —se levantó el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice— tengo un lunar en forma de llave.

—Mucho gusto, yo me llamo Juambo el Sambito, mi apellido de familia era Luisa, pero nunca lo usé por odio a mi padre.

—¿No le dijo Sansur si vendría por aquí?

—No, no me dijo... Ni siquiera me dijo que iba a venir...

—Tal vez va a bajar a la otra costa...

—Tampoco me dijo...

—¿Dónde vive usted?

—En casa de mi madre que está muy ancianita. Lo que sí me advirtió don Octavio es que me quedara en la costa trabajando.

—¿Y se va a quedar?

—Si soy útil en algo.

—Nuestro plan de ataque se atrasaría mucho sin usted —acercóse Key a decirle, la mano en el hombro y la cara en la cara— por falta de información: necesitamos acceso a las oficinas de la compañía, y esto sólo es posible con usted.

—Tengo la ventaja de ser el más antiguo de los sirvientes del Presidente de la Compañía.

—Sí, de usted no podrán sospechar nunca. Maker Thompson lo dejó viviendo en su casa y si ahora está aquí es por acompañar en sus últimos años a la que le dio el ser y lógico es que se acomoda a hacer algo en las oficinas, aunque sea cuidarlas.

—Pero antes quiero buscarme un trabajo más duro...

—No me explico...

—La faena más penosa me va a parecer suave...

—No es posible. ¿Sabe usted que aquí hay trabajos que pueden matar a una persona en medio día, en una hora?

—No me quiero suicidar, pero necesito un trabajo que me sepa a castigo, y ya he pensado engancharme como jalador de fruta.

—¿Y si lo reconocen?

—Mejor. ¿Qué ejemplo más elocuente del destino de un trabajador que ha pasado toda la vida al servicio del multimillonario Presidente de la Compañía y que sale de su casa con una mano atrás y otra adelante?

—Trabajar de cargador, no puede ser, no va aguantar, y usted no se pertenece, es nuestro...

—Después de mi castigo, antes no...

El perro permanecía inmóvil o daba vueltas y vueltas y vueltas queriéndose alcanzar la cola. Ni una brizna de aire a todo lo largo y ancho del arenal.

—Después de mi penitencia, iré a ver al niño Bobby a «Semirames», y él me franqueará las puertas de las oficinas.

Key le ofreció un cigarrillo. Juambo agradeció. No fumaba. Ni vicios tuvo para no molestar con el humo y la ceniza a su patrón. Y la calavera cobriza era lo que quedaba de él. No se le miraba, pero se la sentía bajo la piel y porque disimuladamente se pasó los dedos por sus pobres facciones sometidas a una pena muy grande.

Si es así tendremos que cambiar el plan —masculló Key de mal talante y casi se va sin tenderle la mano—. Contábamos con que usted iría a la oficina del Gerente. De todas maneras, pronto nos veremos.

Seguido del perro desapareció. Largas filas de pájaros negros cruzaban el horizonte. El Sambito volvió siguiendo las huellas de sus zapatos marcadas en el arenal, aunque varió un poco marchando en dirección a un árbol de flores rosadas que se veía cerca. Nada más engañoso que la vista. Le costó trabajo llegar a la sombra del hermoso matiliguete. Moscones, mariposas, arañas, hormigas. Se sacó los zapatos pata botarse la arena.

Trabajar de cargador, sí, sumar su dolor al de todos para que no tarde el día, el día que esperan los enterrados para cerrar los ojos... los ojos de su padre, abiertos bajo la tierra, están esperando ese día, para poder dormirse y reposar...

¡Ah, ese día, el día de la victoria sobre la compañía bananera, bajo la tierra se oirá como un retumbo al caer los párpados sobre las pupilas desnudas y fijas de los enterrados que están esperando con los ojos abiertos!

¡Ah, ese día!

El pueblo vacío. Calles. Cocales. Algún jinete a caballo arreando bestias cargadas con redes de aguacates o mangos. Las casas entreabiertas y adentro, en las habitaciones en sombra, el ruido de las hamacas. Un guacal de agua regado por una mujer que mostraba el busto desnudo, se volatilizó casi en el aire, sin llegar al suelo.

En la cabeza, la mujer tenía envuelta una toalla. Por la nariz afilada le caían gotas. Las pestañas y las cejas también perladas. Se levantó una mecha de pelo con el envés de la mano y dijo, hablándose ella misma, al palparse la frente: «¡Es horrible, no se ha secado el agua y ya esto es sudor!»... Al sentir que alguien la veía, arrebató un trapo del lazo y se cubrió los senos.

—¿Oiga, señor, qué se le ofrecía? —preguntó un poco golpeado, pero en reconociendo al mulato cambió el tono de voz—: ¿Desde cuando por aquí? Creimos que ya no lo íbamos a volver a tener entre nosotros, mucho gusto... Si me espera un ratito lo salgo a saludar...

No le digo que entre, porque está la pieza sin hacer... Con esta calor no dan ganas de nada...

Juambo repasaba todos los nombres posibles, sin acordarse quien era aquella señora. Alguna vez la había visto.

—Con seguridad que no se acuerda de mí... En la cara se lo conozco... Soy Victoreana, ¿no se acuerda?...

El Sambito hizo un gesto vago. Nada le decía ese nombre. Victoreana... Victoreana...

—Yo fui de las que tenté a su patrón y a los abogados, aquellos cuaches blancos, el día que vinieron a repartir la herencia. ¿Y ahora que anda haciendo? No me vaya a decir que en otra repartidera. Eso solo se ve una vez en la vida.

—Ando paseando...

—¡Muy temprano, chicoles! A la noche es el paseo en el pueblo aquí por estas calles... Era, porque ahora ya ni paseo hay, la gente se encueva al oscurecer y quien los saca de sus casas. Por eso digo yo que la fiesta este año no va a resultar. Las bullas han sido muchas en el Norte y repercuten en esta costa. Mas que se suena que aquí también habra bulla, porque la huelga la quieren hacer general...

—Yo la confundía a usted con la Sara Jobalda...

—¡Lagarto!... Esa bruja se murió de cancer en la alacena de tener hijos. Aunque ella no tuvo, se le puso la matriz como una gran postemilla. Se murió y de buen corazón me hice cargo de un su briago empedernido. Me heredó un *bolo*. Entre los pobres don... cómo se llama usted?... es la herencia que mas se ve, los *bolos*...

—Juambo, me dicen, mi nombre es Juambo el Sambito...

—Heredé mi *bolo*, como le iba contando, señor Juambo, con tan mala suerte que es de lo más *bolo* que hay. Cuando esta en su juicio se llama Macario Rascón y cuando se ajuma dice que se llama Braulio. Heredé de la Sarajobalda el hombre este y por eso quizás tenga algo de ella. Ser yo la suple... faltas casada con la herencia, hágame favor... Ella no fue casada. El hombre posaba allí con ella, y con ella, y con ella... en fin, para que hacer malos juicios si ya esta juzgada por Dios... ¿usted no huma?...

—No, viera que no fumo...

—Con licencia voy a encender esta mi chenca, yo humo puro. En la costa todos

humamos. Hay que espantarse los zancudos y el aburrimiento.

Paladeó el humo, ya sin el puro en los labios y luego lo soltó por las narices, igual que las escopetas de dos cañones pasado el disparo. Suavemente dijo después, empozando los ojos en una mirada dulce, entre pestañas de sueño:

—Me casé con él a lo bravo, por la Santa Madre Iglesia Evangélica, esperanzada con que Dios, salidos del amancebamiento, me hiciera el milagro de que dejara la botella, pero no se logró. Es de naturaleza. Es bolo... bolo... bolo... bolo...

—Y vean quién me lo imputa... puta... puta... puta... puta... —se oyó la voz aguardentosa en el fondo de la casa—, puta... puta... puta...

—Ya me está insultando... Si despierta es para insultarme...

—¿Quién está allí? —gritó—. ¿Con quién me estás desacreditando más de lo que estoy? Hasta los evangelistas querían cargar conmigo, cómo estaré de desacreditado.

—¡Lengua de hombre, lo que los evangélicos querían es curarte!

—¡Son babosadas! ¡Ya me casaron... peor jodida que ésa no hay!, y ahora andan viendo quién les ayuda con el tenamastero de Biblias que cargan.

—¡Calla, blasfemo! ¡Sé siquiera honrado de la boca!

—Quién está allí, no me has dicho. Décele que si quiere entrarse a tomar un trago...

—No, el señor no toma...

—Entonces que siga su camino, que vaya a beber agua a la pila pública, como las bestias...

—Perdónelo, pero los que toman no sólo beben el aguardiente maldito, sino la malcrianza.

—¡Un carajo!... —asomó a la puerta con una camiseta a rayas que trataba de llevarse con la mano temblorosa de uñas largas, dedos diarreicos de nicotina, a la entrepierna, para cubrirse el sexo, lo que no siempre lograba.

—Entráte, caramba, qué hombre; no es manera de recibir las visitas!

—¿Y eso es visita?

—¡No ofendás por puro gusto a la gente...! ¿Qué tal que el señor fuera autoridad y te mandara preso?

—Pero como no es, ¿verda-usté?...

—El señor iba pasando y se paró a saludarme, lo conocí la vez que hicieron el reparto de los millones, él vino...

—Vine con el patrón...

—¿Y quién es su patrón?... —acercóse a preguntarle el borracho, ya sin cuidarse de sus partes, echándosele encima, no sólo él, sino su pestilencia de pellejo tostado al guaro lento, su cara enjaezada de risas ambulatorias y su cuello apergaminado con la gran manzana ociosa que se tragaba y no se tragaba al hipar entre el hormiguero de la barba de varios días.

—Lo que enseña la Biblia... Ustedes no saben nada... Son unos ignorantes, pero

yo se los voy a explicar... Enseñar al que no sabe...

—Eso es de la doctrina, no de la Biblia... —cortó la Victoreana.

—¡Sho!... Oigan lo que enseña la Biblia de la manzana de Adán: Dios dijo al hombre: ¡Se la traga o la escupe!... Y el hombre le contestó: ¡Ñequis, Nuestro Señor, ni me la trago ni la escupo!... Y se quedó la manzana aquí donde la tenemos, entre el cielo y la tierra, como prenda del libre albedrío que el Creador le daba al hombre, no a la mujer, la mujer se la tragó, no tiene manzana...

La Victoreana lo empujó hacia adentro, temerosa de que pasara gente, algún vecino o conocido, y no fue poco el susto que tuvo hace un momento: oyó que alguien venía, pero era un cerdo, una marrana con sus marranitos. Lo reprohibido que tiene el alcalde que dejen los coches sueltos, pero el vecindario es dejado de la mano de Dios...

Y pensando en todo esto, a empujón vivo lo devolvió a la hamaca de donde con gran trabajo se había levantado Rascón.

—Será otro día, señor Juambo, ya sabe que aquí nos tiene a sus órdenes para todo lo que se le ofrezca.

Al escuchar el nombre de Juambo, Rascón reaccionó, alzóse del tinglado de pitas sonámbulas, como en la canción llaman a la hamaca, y de no sostenerlo la fortachona de su mujer, se cae.

—Si querés hablar con el señor, invítalo a entrar... Pase adelante, aquí le quiere decir algo mi marido, perdone el desorden en que encuentra la pieza...

—Juambo!... —le gritó Rascón, efusivo, pegosteándose en un abrazo en que el mulato tuvo sobre su naturaleza cálida de hombre vivo, el frior de la muerte—. Juambo, Juambo, el hermano de Toba!

—¡Ah!, ¿usted es el hermano de esa otra?... Pues debe ser muy mayor, porque lo que es ella era muy patoja...

—El mal de ustedes, cuando se casan por la Iglesia —dijo Rascón— es que todas las demás se vuelven ¡ésas!... ¡Ni la Toba es de ésas, ni es de nadie, es de Dios... entró en un convento!

Juambo, que trataba de evitar al principio el frígido contacto con Rascón, helado por el tóxico en medio del calor de infierno de la costa, se lo apretó al pecho, cara con cara, para requerir ansioso otros detalles de lo que acababa de escuchar: que se lo repitiera cerca del oído (la Toba es de Dios... entró en un convento...) y le dijera cómo lo había sabido.

—Toba dejó aquí a su novio, Juventino Rodríguez, maestro de escuela y habitante del planeta tierra... —iba a quedarse como dormido en el aire, en los brazos de Juambo.

—¿Y el novio tuvo la noticia? —lo sacudió el mulato para que despertara del enjume, de esas como nebulosas que de tiempo en tiempo envuelven a los que han bebido, y los ausentan del mundo, del demonio y de la Carmen, como decía Rascón, con gran disgusto de su mujer que tenía celos de esa tal por cual.

—Tuve noticias... Mejor dicho, tuvo noticias él... Una carta que yo leí...

—Toba... —silabeó Juambo.

—Ese nombre nunca se ha dicho entre hombres, sino seguido de un trago. ¿Dónde está mi botella? ¿Dónde me pusiste mi botella?...

—Ya parecés araña de corpus, esas que hacen de resortes y que tiemblan y tiemblan al menor movimiento... Toma... bebétela toda...

Rascón levantó la botella del pescuezo y se la llevó a los labios, Entre el *gutocluc*, *gutocluc* del licor al bajarle por la garganta, los sollozos la Victoreana y el silencio expectante del mulato, al quedar todos callados, pasó un Ángel.

Toba...

El Ángel que pasó fue Toba...

—Voy a buscar a Juventino... Necesito leer esa carta... Madre no sabe nada...

Y salió. Pero, ¿a dónde iba?...

—Vuelvo a molestarlos, perdónenme, pero no sé dónde vive Juventino...

—A mi no me pregunte dónde vive ese desgraciado, ése es el que tiene a mi marido en este estado...

—¡Otra vez sho!... Me dan otro trago y les digo dónde vive...

—Bueno, aquí está el trago...

Se empinó la botella, sudando. La Victoreana se la arrebató de los labios, para que no se la acabara.

—Vive atrasito de la escuela, frente a un desvío de la línea del tren, a mano derecha...

—De dónde vive ése, sí te acordás, pero de trabajar...

—Mañana empiezo...

—Mañana hago mi casa, dijo el zope...

—Hablando del Rey de Roma y él que se asoma... —iba a decir itascón, pero no pudo, una bocanada de visceras y caña soltó por boca y narices.

—Creí que por el zope decía lo del Rey de Roma, pero es por esta bestia energúmena...

—Toba... Toba... —asomó diciendo Rodríguez.

—Allí lo tiene usted —indicó la Victoreana al Sambito, señalando con los ojos llenos de ira a Juventino que sin cruzar la puerta, repetía:

—Toba... Toba... Toba...

Cambando de tono, agotadas sus fuerzas, Victoreana murmuró, la i .na empedrada de lágrimas:

De monja enterrada me meto yo, de haber sabido lo que me esperaba...

—Toba... Toba... —repetía Juventino, moviendo las manos en redor suyo, como si la buscara y el licor lo tuviera ciego.

—¡Lléveselo, Señor Juambo, lléveselo, por vida suya, porque de sólo verlo se me corta el cuerpo y le puedo pegar!

Rascón, embadurnado de babas y de vómito, pataleante, soplabla y resoplaba entre

las pitas de la hamaca, a donde había caído de boca... ay, ay, ay... se quejaba, las lágrimas corriéndole por las mejillas rojizas,. ay, ay, ay... Dios tan grande y yo tan chiquito...

Juambo sacó a Juventino del brazo, como se lleva a un ciego, a un ciego con los ojos abiertos, que por todo decir, repetía:

—Toba... Toba... Toba...

Lo llevó hasta su casa, donde fondeó al acostarlo. Sobre una mesa cubierta de libros de escuela y el inmenso avechuchu de la Biblia, estaba la carta de su hermana. Muy breve. Un lacónico adiós:

«Muertos todos, de madre no volví a saber y debe ser que murió, ya sólo a mí me resta morir, morir para el mundo que es revivir en el Señor. Toba.»

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Enterrada viva, con los ojos abiertos como padre! —le repicaba el pensamiento a Juambo—. ¡Padre enterrado muerto con los ojos abiertos! ¡Hermana enterrada viva con los ojos abiertos... Toba... Toba!

En el fondo de la noche sin párpados, oscurece, pero la noche siempre ve. No ven las estrellas ni la luna. La noche es la que ve.

—Hijo no, hijo no ir a trabajar por penitencia...

—¡Chos, chos, madre, nos están pegando, manos extrañas nos están pegando y padre aquí enterrado con los ojos abiertos, sin poder hacer nada!

—No los cerrará. Sólo él no los cerrará. Los ojos de los enterrados se cerrarán todos juntos el día de la justicia, o no los cerrarán...

—¡Padre golpeado, padre flagelado, y por eso hijo trabajar en lo más ruin... en lo peor para pagar a padre lo que le debe!

—Hija Toba enterrada viva...

—¡Sí, madre, también enterrada viva, como religiosa, con los ojos abiertos!...

XX

Los cuadrilleros, ciegos de alba y sueño, topeteábanse en los bananales. Las nieblas bajas, igual que monaguillos de roquetes tenues y empapados en la humedad latente del suelo, llevaban en procesión de ciriales verdes aquel mundo de pesadilla que empezaba a encontrarse y a perderse al amanecer. ¿Dónde? ¿Dónde empezaba la fatiga? Hay cosas que el hombre encuentra donde su fatiga empieza. Allí mismo, en ese sitio, en ese lugar indeterminado en que el músculo se contrae, se entristece el ojo y se retrae la sangre. Por las sombras llorosas escabullíanse las bestiezuas de baba, los alacranes dorados, el quiebrapalito cimarrón, cadáver de insecto imagen de la muerte que ocasiona al que le clava el dardo, los murciélagos que al volar iban repartiendo misterio, y las sombras de los cargadores de fruta.

El golpe se oyó desde muy lejos y fue a dar a la espalda del Indostánico, como apodaban a un indio cobrizo, color de sol de cobre,

postudo de los tobillos, ágil como un lince y con los grandes pepitones negros en lugar de pupilas.

El Indostánico dio un pisotón a Juambo, para trasmitir su dolor y su rabia, y el mulato con el racimo que cargaba golpeó al zurdo que le quedaba cerca, y el zurdo al tuerto Benigno, Rey Benigno le llamaban.

—¡Rey y cargando banano, vos sí que la jodiste con ese tu apellido!

Y Rey Benigno, tras aclarar que no era apelativo sino nombre, resbalaba para poderle encajar el tronco del racimo en la mejilla a «Tortón».

Y a cadena del mal corazón se cortaba, cuando bajo el claror del día ya no podían disimularse aquellos desquites hijos de la leche envenenada de ser hombres que les mordía las entrañas.

—Hay que saber, Tortón, lo que es que en kilómetros de tripas te anden millares de lombrices...

—Jajá... de lo que éste se queja... —chanceaba Tortón Porras— y yo con un riñón que no me junciona. Uno solo me anda y dice la enfermera que ya no filtro el meie. Meo sin filtrar. ¿Qué tal que te diera sed y yo tuviera ganas de filtrar?

Los golpes en la semioscuridad del alba, del alba sin alma, de alba de luz manzanarosa y pajareros cantos de cerrojillos, realejos, carpinteros, se convertían en insultos. No se ocultaban sus defectos. Al «Pajuión» Morales, hombre tallado en un tronco, le afeaban su poco seso.

—«Pajuilón», sos una bestiona tan bestia...

—No hay derecho de insultar a las bestias... —reclamaba otro de los» cargadores, un raquíico que no acababa de restregarse el mango que se había comido en los dientes, para sacarle hasta la última gota de jugo a la pepita.

—Para lo que no hay derecho es para que vos, lombriz de tierra, después de que te hartás el mango, te estés limpiando los dientes con la pepita. Vé qué cepillo de dientes el que usa éste...

—¡Animal, mula, fíjese cómo trabaja, de altiro me embrocó bajo el racimo!

Un joven de poca alzada había quedado con la cara aplastada entre la pestaña férrea del vagón, esas pestañas en que ruedan las puertas al correrse para cerrarlas, y el racimo de doscientas libras que portaba sobre la espalda, parte del cual le sobrepasaba de la cabeza.

—Ya se cagaron en uno... —gritó alguien.

El herido se desplomó. Cayó al borde de la vía. Lo que no ininterrumpió, sin embargo, el ritmo de la carga, los pies chasqueteantes, el jadeo ambulatorio y la imperturbable dureza del «time-keeper».

Las espaldas, bajo el sol, ya no quemadas, con la costra del sudor y la babosidad que sueltan los troncos de los racimos, se les iban poniendo insensibles.

—¿Te sentís la espalda, vos?

—Quién se la va andar sintiendo. Yo tengo dormida hasta la nuca. Y aquí bajo el cráneo también me duele...

—Y el herido, pobre, se sigue yendo en sangre. Parece que van a poner más gente. Somos pocos para matear este trabajo. Matear el trabajo es siempre la misma mica, salir de un acarreo para empezar otro. Aquí se matea un volcanote de racimos, que uno cree que no se va a acabar nunca, y hay que empezar otro más grande.

—Y el Chulique se trajo al mono...

—Con ese coludo anda por todas partes, y como es medio loco dice que lo adoptó, que es su hijo.

—Le voy a rempujar esta pepita de mamey en la pura cabeza, ya vas a oír como chilla, pero hacéte el desentendido que Chulique es bravo y si ve que fuimos nosotros jesusmarisantísima...

—No seas malo...

—Aquí no somos malos ni buenos... Somos perros...

El inmenso mar de hojas que se besan y expanden, que se cierran y besan al soplar el aire, techumbre de la que cae en tenue vaho un resplandor de luz verde limón, líquida por su transparencia y luz porque es luz; el inmenso mar de los banales alimenta por ríos de racimos los mercados del mundo. Pero, ¿cómo salen esos ríos de fruta prodigiosa? ¿por dónde cruzan sus aguas?... Corren sobre cauces humanos, jadeantes, desnutridos, con el cabello sin cortar pegoteado a la frente, a la nuca, a las orejas. El tiempo no se completa nunca. Los «time-keepers» impasibles. El que se cansa se desploma. Nadie habla. Un seco vacío de cueva les aísla de todo. Sólo de la carga, no. La carga los pega a lo que son, bestias de carga.

A Juambo se le reventó un oído. Ese primer día de su paga grande para que no le pegaran a su padre. El oído del lado de la muela podrida. Pero siguió cargando sin dejarse aplastar por el racimo enemigo, más allá del límite del crujido y el ensangrentamiento de las córneas y sin tomar como sus compañeros del verde de la carga, la esperanza de libertarse alguna vez, huir de aquel infierno y volverse a su rincón.

Sí, los compañeros se abrazaban a su esperanza, al levantar los racimos y echárselos a la espalda, inclinada la cabeza, para que el golpe crudo fuera en los omóplatos, sobre los que llevaban mantillones de bestias, costales con los que algunos hacíanse cucuruchos para taparse la cabeza.

Juambo se abrazaba a su castigo, con la desesperación del que sabe que no tiene salvación, dientes, sudor y lágrimas mordiéndolo. Sudaba, lagrimeaba y se mordía los labios del dolor de la oreja. Sola se le reventó y sola se le tendrá que curar. Que se des-reviente, ya que se reventó. Le dolía hasta el pelo. Juambo aguanta. Padre enterrado aquí. Juambo pagar. No se lo comió el tigre. Se lo comió la vida.

El «time-keeper», sí que parecía el tigre, bajo su casco de corcho,

los ojos de gato, y el embrocado felino que agarraba, cuando se cansaba de estar sentado y se ponía en pie, subía una pata en el asiento, y sobre la rodilla, apoyándose en el codo, inclinaba el cuerpo.

No era gringo o era gringo. Debía ser o no debía ser. Pero si lo mismo son todos los «time-keepers», lo de que fuera o no yanqui, nada tenía que ver con el trabajo de ellos, de aquellos para quienes la carga no era ni esperanza ni castigo, ni porvenir ni pasado, sino simplemente carga, carga, carga, carga...

Y entre éstos, los bestializados, los que ya no sentían lo que eran, los que no dejaban de reír con risa de ahorcados.

—¡Menos risas y más trabajo!... —protestaban los capataces, segundos de los «time-keepers».

—¡Anda cuidá a tu madre!... —le refunfuñaban por lo bajo, para que lo de la madre no sonara mucho.

El sol, el sol de perol de perolero, sol de metal con fuego de ortiga, tostaba las hojas de los bananales, al sólo faltarles la savia. Era cuestión de un segundo y ya el sol le había podido al verde de las sustancias profundas, convertido en savia, tostándole un pedazo de la hoja, la punta, las orillas o la vecindad del tronco. Un segundo y la hoja se tostaba toda. Cartucho ruin era la flamante lámina de carne verde, amarilla foja de pergamino seco en el que los insectos trazaban incunables.

El ruido de los trenes, los pitazos, los enganches y desenganches, las cuadrillas de los limpiadores, con rastrillos, escobas, y unos aparatos que al extremo de un larguísimo remo llevaban un avechicho de metal, mitad pico, mitad tijera, para cortar las hojas secas que había podido más el sol que las fuerzas profundas de la tierra. El sol contra el profundo silencio verde donde nadan los ecos de todas las dulzuras, las dulzuras de la sabiduría, las dulzuras de la hembra que da la dicha ciega que es la dicha verdadera. El sol contra el profundo espesor de las canteras del humus en que el mineral se va tornando vegetal y el vegetal animal y donde la revuelta tropa de los sueños se mezcla en los que van a nacer y en los que acaban de morir. El sol contra el cristalizado vaho de la aceitosa capa en que la vida separa las menudas geometrías para dar su forma a cada vegetación y a cada ser. Y contra todo esto puede el sol al secar la hoja, al convertirla en un amarillo brazo triste, en un quebradizo cristal de

polvo ciego, ciega y compacta llama amarilla que consume todo lo que es. Los cuadrilleros van cortando las hojas secas, un quirúrgico tras, tras, tras...

El «time-keeper» ha vuelto a sentarse. Alarga las piernas y apoya la parte de atrás de sus talones, en el suelo, con los zapatos de punta para arriba. El suelo quema y es mejor así con los pies de punta, sólo apoyando en el filo de sus talones, quema para él, pero no quema para los otros, para los descalzos, la planta del tamal desnudo que van y vienen tostándose, mientras cargan los carros de banano.

Otro cargamento. No pasa el tiempo. No pasan las horas. Viene bajo un palio de sombra formado con un tapexco de hojas frescas. Hay que defender la fruta de los rayos del sol. La maduran en un dos por tres. Los cargadores que han terminado una plataforma, se ponen en fila, en espera de la que va entrando, rodandito.

¡Allí no más!

Y tan pronto como se queda quieta, la frenan con trozos sobre la vía, fuera de los breques, vuelven los brazos a prenderse de los racimos, para echárselos a la espalda, y con ellos correr al trote hasta el carro que están cargando. No se llena nunca. No se llena nunca. El tiempo no pasa. El «time-keeper» se ha vuelto a parar.

Menos mal que los racimos traídos bajo palio de hojas no queman, refrescan y hasta se antojan besables. El capataz vocifera cuando alguien se detiene a echarse un buche de agua, se interrumpe la cadena, y por no perder la costumbre pega con el látigo en el suelo.

La cadena, el cordón de hombres que sube y baja y que por momento se queda sin alcanzar respiración, con algunos de los engranajes sin poderse enderezar, las palmas de las manos en las rodillas, el sudor bañándolos por cataratas, los labios secos, las pestañas pegadas. Las cejas no bastan a defender sus ojos y mejillas de los ríos calientes que les chorrean. Sambito paga. Sambito sin esperanza. Paga para padre enterrado aquí. Toba viva, enterrada con los ojos abiertos. Padre muerto, enterrado con los ojos abiertos. Madre necesitar Juambo...

Terminado el cargamento, una nueva plataforma se deslizaba por las vías rodandito, se les ponía en frente, más repleta de racimos y menos defendida la fruta. El tiempo no pasa. El «time-keeper» se ha vuelto a sentar, a parar, a sentar. No le halla postura al cuerpo. Ni a su sombrero de corcho. |Se quita y se pone el casco. Da unos pasos, pero el suelo quema. Para él quema, no para los que con los desnudos ladrillos de carne patalean el fuego de la tierra caliente, calcinante, horno de sol. Y peor es para ellos cuando por descuido ponen los pies en un riel o en uno de los clavos de los durmientes. Sambito paga. Con todo y los zapatos salta como en el baile de los chompipes, porque a través de la suela, la tierra quema. Paga. Paga para que no pague su padre, enterrado bajo la tierra.

—¡Ah, la puta!, si este baboso riel está peor que asador... —se queja «Tortón» Porres, alzando el pie para agarrárselo y querérselo soplar.

Ni se lo agarra ni se lo sopla, sólo tiene tiempo para hacer los gestos. Sigue, sigue en la fila de cargadores. Jalen, jalen, la fruta no espera! El sol la madura. Jalen, jalen!

El tiempo no pasa. El sol fijo. El «time-keeper» ha consultado el reloj. Falta, falta, falta, todavía falta.

En el interior penumbroso de los carros de ferrocarril se luce el trabajo. Se luce y se aprecia. La luz entra por las rendijas y por la parte abierta del vagón, por donde entran y salen los que van cargando, se precipita una cortina de fuego que ciega a los que van para afuera y a veces los hace caer.

Otros carros llegaban en forma de jaulas. Aquí la visión cambiaba. Sobre el verdoso cobalto de los racimos regábanse las sombras del techo y los costados, en forma de rayas, y los que cargaban, cuando estaban dentro, parecían vestidos con uniformes de presos.

Y cómo tragaban fruta esos vagones que eran como grandes jaulas. Larguísimos. Para que se viera el jateo de los racimos tenían que sudar muchos hombres, muchas horas, y casi siempre los mismos, porque la gente estaba escasa. ¿Escasa? No hay tal. Lo que ocurría es que a menos gente, más rendimiento de los que cargaban por el mismo salario.

El sol es sólo una bocanada de fuego en todo lo de la costa. Ha dejado de ser el astro, arriba, y se ha vuelto, fuera de la sartén achicharrante del cielo, una enorme masa incandescente en que se funden todos.

El tiempo no pasa. El «time-keepers» ha vuelto a levantar las puntas de los pies. Los zapatos sobre los fillos de los talones. El suelo quema.

XXI

Los primeros pesos que ganó Juambo por jalar fruta a puro lomo (¡hay!, cómo hubiera querido faumentarse ese domingo con almidón y vinagre la carne amelcochada desde los hombros hasta la colita!), le sirvieron para reponer las cosas que hacían más falta en el bohío de la madre y halagarla con algunos trapos nuevos. Le mercó una blusa blanca con encaje de piquito negro, guardaba medio luto por su señor marido después de tantos años de luto riguroso, una falda vueluda de color rosa con floronas verdes y unos listones amarillos doble ancho que no se pudo poner enteros, los partió en dos, triste de ver que de su mata de pelo de los buenos tiempos, sólo le quedaba una colita de rata en la cabeza pelona. También le trajo una gallina que de tan gorda olía a caldo y un vino malagueño más espeso que sangre.

La anciana lo probó y dijo:

—Así tenía Agapito Luisa, la colorada, dulce... Agapito Luisa nacido lado atlántico y enterrado aquí... Dos costas... Dos mares... Enterrado Pacífico después de jalar mucha fruta, trabajo fiero y sin aliciente...

Juambo mosqueaba los ojos parpadeantes para borrarle la visión del padre cargador, cargador como él, y no verlo entre el gruñido de los capataces que vigilaban el ir y venir de las bestias humanas que cargaban la fruta, la presencia insultante de los «time-keepers», y la cara deshabitada de los cargadores con ojos de bagazo de vidrio al final de la jornada.

—Padre enterrado sin esperanza...

La conclusión de la madre sacudió al Sambito. Ella puso los ojos en paciencia, más neblina que ojos, para que el hijo no le leyera, entre el nublado de los años y la lluvia goteante de su llanto de vieja, su reproche por haberse enganchado a jalar fruta.

—Padre revivirá si hijo tiene esperanza, verá si hijo ve, oirá si hijo oye... Por algo dicen que los hijos son los ojos de los enterrados...

—Madre, yo tengo esperanza...

—Toba lejos, enterrada viva...

—Sí, sí, lejos, enterrada para el mundo...

—Padre verá y Toba verá...

—Toba verá en Dios, padre verá en los hombres la resurrección de la vida, no de esta vida que hacemos, porque ésta es la muerte, sino de la vida que harán los hombres esperanzados del mañana...

—Padre reír, decir Agapito: mulato habla, habla, habla, no entiende lo que dice, pero buena seña mulato, porque así mulato poder escribir su Biblia. Padre reír, Agapito decir: Luz terrible. Blanco no veía. Hijo del sol, blanco no veía. Dios dijo hágase luz negra para que blanco vea. Y luz blanca, divina, desapareció para blanco. Sólo mulato la ve...

El poblado abría los ojos cuando regresaban los trabajadores de las plantaciones a sus casas, sus posadas o simplemente en busca de un lugar en poblado donde echar

las costras de su cansancio, porque ya ni el cansancio lo traían entero.

Entre gente que se juntaba en la plaza a vagar, a fumar, a ver las estrellas, jugar de manos, tratar objetos, oír música en las ventas de licor, las luces de las puertas regábanse en la calle como escupidas, cruzaban los trabajadores como los restos de un ejército derrotado. Juambo entre ellos, la chaqueta al hombro, la camiseta desgarrada, sin mangas, las guarachas al puro arrastre, casi olvidando el pie que dejaba a la espalda y sin avance el que ponía delante, paso de inercia, molido de la espalda, tieso de la cintura, despellejado, hinchado, doliente. Ni el calor sentía con la fiebre de la majadura y si lo sentía se guisaba toda la noche en su sudor y su sanguaza, las manos agrietadas, la muela a todo dolerle.

Jalar, jalar fruta, el golpe al echarse al hombro las ciento treinta libras del racimo, el cirnión de la cintura, las rodillas dobladas para resistir, los pies sembrados, bien puestos en tierra, y este trote a cada viaje, hasta no poder más y no por no poder más dejar, sino seguir, seguir en la cadena de bestias tambaleantes, jipantes, magras, y peor cuando el acarreo se hacía con el racimo en los brazos o trabajando de noche a la luz resbaladiza de los reflectores.

—¡Menos maldiciones y más rebeldía!... —le soltó Juambo a un jaladorazo, jalaba fruta y jalaba aguardiente, que braviaba y maldecía a todas horas y que ahora marchaba a su lado, el cuerpo echado hacia atrás, tanto le pesaba la cabeza grande. Lo apodaban «Sholón».

A «Sholón» y a todos les entraba por hablar de eso que se iba hacer a base de puros ellos.

—Si es de puros nosotros, marchó —decía «Sholón»— y vos, «Bucul, marchás conmigo.

«Bucul», un prieto con los ojos de puntas de alicate que le apretaban la nariz filuda, sumaba su silencio, más elocuente que cualquier palabra.

—Sí, hay que organizarse —concluía Juambo—; si los animales se organizan cuando los amenaza un peligro...

—¡Ya vas a contar lo del tigre!

—¡No jodan, déjenlo hablar!

—Yo decía que si los animales se organizan, por instinto de conservación, cuando los amenaza un peligro, con mayor razón el ser racional...

—¿Más líos? ¡No, mejor seguir como estamos!...

—¿Sos capado, vos, «Torton»?

—¡Sólo que me hayan capado con el caite de la que te envolvió!

—¿Lo decís por mi madre?

—¡No seas bruto, de la que te envolvió en sus brazos la noche aquella en que no hubo más que mi arbolito de la noche triste!

—¡Otra vez fijáte cómo hablas!

—¡Siempre arma pleito este «Sonto»! —protestó «Sholón», moviendo la gran cabeza sobre sus hombros con el gesto de no se puede hablar.

—Véanse en mí... sería como la de yo, después de servir toda la vida donde el Presidente de la Compañía...

Todos se interesaban por el caso de Juambo.

—Y el de éste sí que es un ejemplo bien categórico... —asentaba un zacapa, al tiempo de escupir y dar un codazo a un tarugo que marchaba a su lado—. Proferí algo, vos...

El aludido soltaba la respuesta:

—Lo que yo les pido, muchachos, es que esta vez si se hace algo vaya de adeveras...

—¿Y qué entendés, vos, por de adeveras?... —abrió la boca «Bucul», el silencioso.

—¿Por de veras? Muy sencillo, el que una vez acordado el plan se lleve hasta el final.

—Estoy de acuerdo. Estas cosas para que resulten tienen que ser como el «cordón de San Francisco»... Primero la chachalaca de los truenos de ya va a llover... y en éstas andamos nosotros ahora, todo esto que hablamos es la chachalaca de la tempestad que viene, y en seguida ya los riendazos de agua, rayos y culebrinas...

—¡Se apercoyó la palabra este Sacualpia y ahora quién le pone sho!

—Me pidieron mi opinión, ¿verdad, compas?

—«Motejute» tiene la palabra... Habla, pero cosa tuya, porque este «Motejute» es medio leído y nos viene a repetir libros aquí...

—Si la huelga se hace general, no hay generales que valgan...

Juambo se llenó con la lengua el agujero de la muela podrida, tratando de reventarse el dolor que allí sentía escondido. De día lo dejaba en paz y de noche lo atenazaba. Apenas se acostaba en el catre caliente, la muela le crecía, igual que si en la encía le hubieran puesto una maceta, maceta de la que iba saliendo la gran planta del dolor a enraizarsele como yedra en el cuello, la cara, y a florecerle en saltadera de sangre en los ojos palpitantes.

¿Por qué se la urgó yendo a través del pueblo, al oír decir a Motejute: «Si la huelga se hace general no hay generales que valgan»?

Un piquetazo, y otro, y otro, y otro le encogieron la mandíbula, obligándolo a llevarse la mano al maxilar.

Llegó a su casa con dolor de muela y con aquel: «Si la huelga se hace general no hay generales que valgan...»

Se tocó la cara dura, caliente, la apretó contra la almohada.

¿Por qué no se la sacaba?

No se la sacaba porque formaba parte de quién sabe qué oscura realeza. La madre la adormecía con ese tema, mientras lo curaba con tripas de cochinito o sebo morado y clavos de olor.

—Padre de sangre real, padre venir de las islas de Roatan, donde Turunimbo, el

gran Rey Turunimbo, dio a tu progenitor titilación de príncipe. Titilación-cacumen... —afirmaba la anciana fijando su dedo negro en la sien rugosa.

Y eso tal vez tenía él, pero en él era titilación de muela.

Se volvía al rincón, mientras la anciana le acercaba la luz con los ojos para ver si se había aliviado.

«¡Si la huelga se hace general no hay generales que valgan!»

En un mar de saliva, la lengua enterrada como culebra contra el nervio, en el hoyo de la muela que acababa de libertarse de una cabeza de clavo con la misma lengua, se fue aliviando y se quedó dormido, perdido en el mar del sueño de donde lo arrebató la luz ufana del día, trágicamente ufana, ya que con ella, el noble de Roatan se arrancaba de la corte del Rey Turunimbo, rey de turrón y espumas, convertido en un pobre jalador de racimos.

*...En las inmensas llanuras del mar, del mar,
los submarinos miramos pasar, pasar...*

Canto, cantaleta, cantido. Canto para los que estaban en el ajo y sabían lo que significaban aquellas palabras, con la música de «La Marina», (submarinos japoneses, alemanes, rusos, que ponían en peligro el Canal de Panamá, cada vez que se hablaba de mejorar los salarios ni las plantaciones bananeras, exigir trato humano para los trabajadores o trato soberano para los países). Cantaleta, para los que les molestaba oír personas adultas aporrear como idiotas o chiquillos todo el día el mismo sonsonete. Y cantido, para los que lo comparaban al simple y animal desparramarse del kikirikí del gallo, del rebuzno del burro, del relincho del caballo, del balar de la oveja...

*...En las inmensas llanuras del mar, del mar,
los submarinos miramos pasar, pasar...*

Desde el tiempo de Polo Camey, el telegrafista que se quitó la vida, cuando la cuestión de límites, acusado de estar en comunicación con submarinos japoneses, no se oía en la costa aquel aire trágico y burlesco.

*...En las inmensas llanuras del mar, del mar,
los submarinos miramos pasar, pasar...*

—El tiro se está atrasando y el periódico va a salir tarde, mejor sacan ese grabado y ponen un anuncio... —dijo el compaginador al jefe de talleres, antes de aflojarle las cuñas a la primera plana, al tiempo de canturrear—: ¡Ni te aflojes ni te aflijas!...

—¡Sos duro del ayote!... —lo calló el jefe de talleres con voz de señorita gangosa—. ¿No estás viendo que la cabeza del periódico dice..., leelo allí a toda página... «Submarinos alemanes en aguas de Centroamérica»?

—Entonces que no se vaya el Fakir, ya sólo él está de los linotipistas para hacer la corrección...

—¿Y qué es lo que tengo en la mano, mis dientes? Aflojá la página volando, metida de pata hubiéramos dado si no nos fijamos a tiempo... ¡Quitá de allí, lo voy a hacer yo, qué cholla de hombre, dame permiso!... —y en diciendo así, el jefe de

talleres tomó la llave para aflojar las cuñas laterales, ya las hacía saltar a martillo, tan duras estaban, y en soltándolas embrocóse totalmente sobre la plana de letras metálicas, medio entintadas, hasta encontrar, más con los dedos que con los ojos, el pie del grabado que había que enmendar.

—Sub... ma... ri... no... ni... pón... —leyó—, aquí es donde hay que corregir —retiró las líneas y puso las que traía en la mano para luego releer—: Sub... ma... ri... no... a... le... mán... pone en peligro el canal de Panamá.

El compaginador, con un trozo de madera y un mazo, empezó a golpear la primera plana y tan pronto como la emparejó, se dispuso a apretarla de nuevo, medio purito apagado entre los dientes fritos en saliva pastosa, los anteojos colgándole de la nariz a la boca.

Todavía dijo flemático:

—Si no se corrige a saber qué pasa...

—Pasa que me voy a ir a dar una repasada en los correctores. ¡Pretenciosos!...

El jefe de talleres metióse la mano derecha en la bolsa del pantalón de gabacha para buscarse un pitillo, en la izquierda llevaba el cuerpo del delito, un pliego de papel húmedo, doblado en cuatro, y no se detuvo hasta encontrar, a lo largo de un corredor de bóveda, entrebobinas de papel y chivaletes viejos, el rótulo que decía: «Corrección».

—Si no se fijan en el taller, nos carga Judas... —tiró la prueba sobre la mesa de los correctores—. ¿Quién de ustedes corrigió hoy la primera página?

—Cholula... —contestó uno de los interpelados, hasta la voz se le oía peluda, tal cantidad de pelo tenía a la vista: bigotes, barbas, cejas, pestañas, patillas, mechas en la frente, mechas tras las orejas.

—¡Cuándo no, usted, hombre! —encaró el jefe de talleres a un pequeño ganapán con un ojo fijo como de vidrio y otro que movía rápidamente en busca de la persona que le hablaba—. El chivado soy yo, por cada minuto que el periódico se atrasa pago cinco dólares de multa...

—El grabado lo sacaron del archivo con todo y el pie —explicó Cholula—, y a saber quién baboso lo dio al linotipo sin que lo viéramos nosotros, por eso copiaron el pie como estaba: «Submarino nipón pone en peligro el canal de Panamá».

—¡Qué bruto es usted! ¿No ve que estamos en guerra con Alemania? ¿Y no decía arriba la cabeza del periódico, «submarino alemán», y no leyó el editorial?

—¡El editorial...!, lo que sucede es que con este Peludo, como es anarquista, no se puede trabajar. No tiene paz ni sosiego. Parece mono enjaulado. Con todo el que quiso venir a discutir con él estuvo alega que alega sobre el bendito editorial.

—No discutía. Explicaba, que es distinto. Explicaba que la tesis del editorialista es falsa. Sostener que porque estamos en guerra, los trabajadores bananeros que se han declarado en huelga, deben ser tratados como enemigos, vigilar los mares del Sur y del Caribe y alertar a los aliados, es ir muy lejos. Y en cuanto al submarino alemán, es el mismo submarino nipón, sólo que se le cambió el pie del grabado. Si la

compañía bananera está en peligro, por alguna exigencia laboral, tiembla el canal de Panamá, y sacan el submarino...

—Yo me pregunto —pesó Cholula lo que iba a decir tratando de buscar el nivel de sus palabras con la pupila que como burbuja le corría por la córnea, en el ojo móvil, acuoso, en tanto el otro lo mantenía fijo—, yo me pregunto ¿no será que la bananera tiene un submarino que saca el periscopio cerca de las costas de Centroamérica, cada vez que les conviene?

No me extrañaría, son capaces de todo...

Quién me da un cigarro, a mí se me acabaron... —interrumpió al Peludo, el jefe de talleres.

—Este Cholula debe tener, yo fumo pipa...

—La conversación está de lo más interesante, pero yo tengo que hacer —dijo el jefe, llevándose a los labios el cigarrillo que le brindaba Cholula—, ¡gracias, fósforos sí tengo! —encendió y con el humo en la cara, ya para marcharse, añadió un poco golpeado—: Lo que sí les, recomiendo es que tengan más cuidado, sale cada barbaridad que un día de éstos van a poner el grito en el cielo los anunciantes...

—¿Los anunciantes?... —encendió el ojo fijo Cholula, mientras movilizaba el otro—. Este Peludo sostiene que la publicidad es el estiércol más hediondo de la era moderna, y por nada de este mundo quiere corregir un anuncio, toda esa publicidad me la soplo yo, y eso tampoco es justo.

—Estiércol, pero abona... —se detuvo el jefe de talleres—, el cigarrillo que me dio estaba roto, deme otro volviéndose hasta Cholula, y al apagar el fósforo, después de un buen chupón, ya para irse, terminó el pensamiento que había interrumpido—: Sin estiércol no hay flores en los jardines y sin publicidad, no hay flores literarias en los periódicos...

—¡Alto allí, si por mí lo dice —protestó el Peludo—, yo no soy ni poeta ni literato, y en esta época en que los submarinos ponen en peligro el canal de Panamá —todos rieron— ellos contribuyen con sus versos y prosas a dar cuerpo a lo que debía ser el anunciote de la compañía, y nada más! Poetas y literatos lo que publican son anuncios de sus productos de belleza. La poesía, ja, ja..., a falta de ponerle, además de la firma, la dirección, el sello notarial, la impronta digital,

el árbol genealógico, el retrato del «*Who is Who*» —todos los pelos vibraban en su cara de orangután ladino—. ¡Ah, tiempos, tiempos en que las obras de arte eran hijas del esfuerzo anónimo... Dios hizo el mundo, pero no se dice cuál... Dios y ya está..., ser Dios es una forma de ser anónimo...! ¡Catedrales, cantos de gesta, monumentos, melodías, pinturas, esculturas!... —echaba manos a las barbas, bigotes, cabellos, se los refregaba en la cara como espuma de un jabón muy negro y repantigándose preguntaba al pacífico Cholula y al jefe de talleres que se había detenido a escucharlo y lo observaba con ojos verdes de gato—: ¿Existiría tanto mal artista, tanto poeta trasnochado, tanto crítico de los mil y un plagio, sin este sentido humillante de la publicidad en torno al nombrecito del autor?

El retumbar de la rotativa los ensordecía por momentos, esfumáronse de la puerta los ojos de gato del jefe de talleres, y, como todos los días al final de la jornada, entregóse el Peludo a sus abluciones en la pileta donde el fotograbador lavaba sus placas, y Cholula a extraer los pies de los zapatos, pasarse las manos varias veces por la planta del calcetín empapado en sudor viejo, no sin llevarse los dedos a la nariz, hedor a muerto caliente, rápidamente, varias veces, antes que volviera el Peludo.

Los primeros ejemplares del periódico. Silbando entraba Jerónimo y los tiraba sobre la mesa de los correctores. La tinta fresca. Se palpaban con la misma emoción todos los días. Era todos los días lo mismo, pero todos los días distinto.

La primera página. Cholula le pasó la vista rápidamente. Sobre el nombre del periódico, tipografía de guerra móvil, se desplegaba con grandes caracteres la noticia del submarino alemán. Abajo, el grabado del submarino con la pequeña leyenda al pie, estaba corregida: «alemán» en lugar de «nipón». Cholula se olió la mano con un lejano resplandor de hedentina a calcañal, la pupila móvil en el ojo acuoso, las pestañas secas en el ojo fijo. Intencionalmente había dejado pasar lo de «nipón». Pero se fijaron. Hubiera sido lindo que saliera equivocado.

En la tercera página, el «Editorial», en cursiva, pidiendo a los poderes públicos mano de hierro con los agitadores que menoscaban el esfuerzo aliado con una política de sabotaje encubierta por la tan sobada necesidad de resolver prontamente algunos problemas nacionales.

—«Imitemos a Rusia... —leyó Cholula en voz alta la parte final del «Editorial»—, donde el frío tiene ahora tiritar de ametralladora, país socialista que está dando el ejemplo más grande de valor y sacrificio, y no hagamos y dejemos que hagan el juego a los totalitarios, con párvulas reivindicaciones nacionales, como pasa en los campos bananeros donde el agitador ha sembrado el descontento entre los que hasta ayer eran abnegados soldados de la gran victoria...»

Cholula admiraba a Rusia por Dostoievski, padrecito de los empleados de poco sueldo, le llamaba, mas a esta adhesión intelectual hacia la patria de Fedor, uníasele ahora el sentimiento de que Rusia se estaba haciendo carne de la carne de los pueblos del mundo...

Le dio vuelta a la página editorial en busca de la «Cartelera cinematográfica». Seguía en el mejor teatro, la película aquella en que Robert Taylor, en el papel de un joven soldado norteamericano herido, se enamora en Rusia de una estudiante de piano que en su último examen ejecuta el concierto de Tchaikovsky. El joven militar se mejora y es desmovilizado. Su novia no lo puede seguir, porque se debe a su país que necesita ser reconstruido. Pero triunfan los sentimientos, se unen dos mundos en la más feliz de las coexistencias.

Los correctores se dieron la espalda al retirarse. Cada quien por su lado y hasta mañana, aunque ambos siguieron, como dos desconocidos por la misma acera, hasta la fresquería situada a pocos pasos, en la esquina del periódico. El odio helado que se profesan los que trabajan uncidos al mismo yugo, cuando entre ellos no hay otro

nexo que la deformante camisa de la faena diaria. Una camisa de fuerza, pensaba el Peludo, porque eso es el trabajo. Una camisa de fuerza, Y qué camisa para los que como él padecían de ocio furioso. Dejó que Cholula le tomara la delantera. Este, sintiendo que le pisaba los talones la enemiga del compañero, apresuró el paso hasta la refresquería, donde se detuvo a comprar un barrilete para un chico hijo de una mulata que se llamaba Anastasia. Cholula vivía en una de las casitas del potrero de Corona, frente al campo en que los seminaristas jugaban al fútbol recogándose las sotanas, para patear la pelota.

El Peludo, mientras aquél pagaba el barrilete y salía, pidió un refresco de tamarindo. Ajeno a los compañeros con su aire de ninguno, alguien era. Si lo sabría el caballero de rostro anguloso, ojos humildes, y poco labio que vaciaba frente a él un vaso de horchata de arroz. Salieron juntos.

—¿Qué te hacés, viejo Peludo? —dijo el que apuró el vaso de horchata, no otro que Octavio Sansur en persona.

—¿Qué tal, Tabío San? ¿Qué tal seré yo de cumplido que juntos nos bebimos vos la horchata y yo el tamarindo? ¿Leiste el periódico?

—No lo he visto... Atrasito tuyo entré a la fresquería y como lo trías bajo el brazo, para qué lo iba a comprar, para hacerles la bolsa a esos vendidos, aunque mejor lo voy a comprar, porque vos no hacés caso, no entendés de traerlo o echártelo en el bolsillo, lo traes prensado bajo el sobaco y toma mal olor.

—Peor olor del que tiene, imposible, hermano..., hiede que apesta a periódico frutero, premio Mors-Cabot, tiraje certificado por la no sé cuantas «in».

—¿Hay novedad?

—Sí, encontramos una pieza cerca del edificio de la Lotería...

—Eso es muy céntrico...

—La única parte en que había una pieza cerca de un repaso de marimba Allí repasa la marimba «Ideal-club». La prensa trabajará, mientras ellos repasan...

—¿Y cubrirá...?

—De sobra, en la proporción de uno a diez, no sólo porque la marimba tocada por todos sus componentes, ya es una catarata de sonidos...

—Parar la prensa a cada momento...

—¿Por qué no, si es una prensa de pie? Además, si se interrumpen y siguen en ese lapso no hay oído que perciba así de pronto otro sonido que no sea el de la marimba.

—«HUELGA GENERAL», con letra grande, lleva esa primera hoja. Es la que más nos precisa. Un llamamiento a los trabajadores de la costa Sur.

—El texto ya está formado. Sólo faltaba el titular, pero ya lo llevo aquí en la bolsa. No se pudo componer en la «luló», porque es mucha la vigilancia, pero me robé las letras y las pondremos en maderitas.

—Habrás que avisarle a *Ratampuro* y a *Pellejo* Salinas. A vos, Peludo, te es fácil verlos. Avísales, por vida tuya.

—Si los veo, seguro que les aviso. Por de pronto yo ya compuse lo que se necesitaba de urgencia. Un anarquista que no sabe de imprenta, todo será, menos anarquista. ¿Y vos andás siempre a las escabullidas?

—Como para que no, con las ganas que me lleva tu patrón.

—¿Venís de la costa?

—Bueno —cortó en seco Tabío San—, avísale a los muchachos, como te dije, y mándenme pronto los volantes que es lo que más precisa.

Juambo se despidió de sus compañeros y encaminóse por la calzada que seguía hacia «Semirames». Árboles de sombra a los lados juntando sus ramazones para formar bóveda, estrellas y luceros en los claros del ramaje caliente, achicharrándose en el chirrido de las chicharras. Aves nocturnas con paso de estrellas apagadas. Al adormecerse las chicharras; los grillos transformaban en sonido, el relente, entre el croar de los sapos y las ranas.

Vio por entre la tiniebla calurosa avanzar un bulto acompañado de un perro y ya más cerca pudo distinguir quién era.

—¿Cómo está, señor Key?

—Necesitamos urgentemente que con el pretexto de saludar a Bobby Thompson vaya a «Semirames» y nos averigüe a qué persona, a qué persona importante que está por llegar de Estados Unidos, esperan esta noche o mañana. Vendrá directamente hasta aquí. Aterrizará de un momento a otro en el aeródromo de la compañía.

—Lo único que estoy vestido así... —la camisa deshilachada, en andrajos, sucia, con el sudor verdoso de las pencas de banano que cargaba a brazos y lomo, un pantalón viejo de perneras enrolladas a la rodilla, y zapatos, para qué menos suela y más cuero achicharronado y desteñido.

—Va a su casa y se cambia...

—¡Me zafo si es el patrón!

—No, Bobby Thompson no se mueve de Chicago. Todo esto lo sabríamos, estaríamos informados al día, si en lugar de jalador de fruta hubiera usted entrado a una de las oficinas de la gerencia, o a la gerencia misma...

—Cuando acabe de apagarle la deuda a padre —suspiró el mulato—. las deudas con los muertos se apagan, no se pagan. Las oficinas de la gerencia de la compañía, la gerencia misma... —estaba tan dolorido, un deshecho de cargar la fruta que casi lo deseó y tal vez que se decía a no apagarle a padre—; pero, será fácil... —se preguntó, ya no estaba como antes tan seguro de su acceso a esos lugares en que se trabajaba con aire acondicionado que lo único que faltaba era que lo perfumaran, la luz tamizada por ventanas especiales, tragaluces que parecían no tragar luz, sino tragar sueño, y transportar aquellos ambientes, del furor del trópico, de la brasa tórrida, a paraísos de primavera.

—¿Con Bobby Thompson de por medio? ¡Usted no sabe lo que significa el nombre de Bobby Thompson en la compañía...! Dé por pagada la deuda con su padre y métase a las oficinas. Estando usted adentro nos tendrá al día de lo que preparan

para contrarrestar la huelga, lo que traman contra nosotros. Y por usted mismo debe hacerlo, y por su madre, si la quiere. No es cosa de jugarse la vida, como si no la tuviera a ella. Le advertí la vez pasada y se lo repito. Se va a morir, se va a volver loco o se va a quedar paralítico si no me hace caso. No son pocos los golpes que reciben en la cabeza los jaladores de fruta. Algunas veces, usted lo ha visto, hasta pierden el sentido. Pero esos son los golpes fuertes, y los pequeños golpes, esos que sólo nos hacen cerrar los ojos, soltar un chorro de malas palabras y morderse.

—Voy a mi casa, me cambio y ya estoy de regreso. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Averiguar con Bobby, a quién esperan, qué personaje, qué persona importante está por llegar. Le puede preguntar usted si no es su abuelo el que viene y hasta mostrarse alegre de que fuera el viejo Maker Thompson. El muchacho le contestará que no...

—Si me dice que es el patrón salgo corriendo...

Ya le dije que ese hijo de la gran... puerta abierta... no se mueve de Chicago. Bobby le contestará que no es su abuelo, usted puede lamentarse de que no sea él, el muchacho sin sentir dirá quién es el que viene, y allí mismo, a propósito de una falta de apoyo, puede usted quejarse de que está trabajando de jalador de fruta, y que quisiera entrar a las oficinas. Matamos dos pájaros de un tiro. Saber si es un senador el que llega, que es lo que suponemos, y que Bobby lo apoye para entrar a las oficinas. Mañana mismo amanece usted nombrado en la del gerente, si el muchacho quiere. Nadie imagina el poder de un Maker Thompson. En este cochino sistema hasta eso se hereda. No lo dude, Juambo —ya éste iba hacia su casa a cambiarse—, Bobby es todopoderoso...

—¿De quién es ese campo..., ese llano que se ve allí? —retuvo a un peón que pasaba, Bobby Thompson, altanero, levantando uno de los brazos larguísimos que movía desgarbadamente al andar.

—La pregunta es la que me gusta —contestó el peón, casi sin detenerse—; bien se conoce que usted no es de aquí, si no, no me preguntaba...

—Me quiere decir, por favor, de quién es... —repitió Bobby, entre los ojos azules, el mechón de pelo rubio, como el zigzag atirabuzonado de un rayo.

—¡De la compañía, joven! ¡De la compañía!...

Siguió andando Bobby, acompañado de uno de los Lucero, hasta enfrentar otro campo más amplio.

—Ve, vos —se acercaron a decir a un chicuelo, pálido como papel amarillo de fumar—, quién es el dueño de aquí..., el propietario..., el que les alquila a los dueños de esos ranchos...

—La compañía... —se le oyó decir al chico, tímidamente, y echó a correr despavorido.

—¡All right! —dijo Bobby—, si es así arreglaremos el asunto en veinticuatro minutos...

En un caballo que les prestaron fueron hasta las «oficinas». La entrada fue poco

triumfal. Al cruzar la puerta grande, color de aluminio sin brillo, Lucero se cayó del caballo. Iba al anca, agarrado de Bobby, y no supo cómo se soltó.

Bobby, sin detener el caballo, entre la sorpresa y el escándalo de los moradores de las preciosas casas de los altos empleados de la compañía, donde jamás nadie osó ir por la grama y sólo se permitía circular por las franjas cementadas, cruzó en diagonal, hacia donde se veían las oficinas.

A un hombre de barbas de fuego, vestido de blanco, con sombrero de cazador de tigres, que se movía, como un muñeco loco, alrededor de un teodolito, le preguntó en inglés cuál de todas era la oficina del gerente.

El del teodolito, horrorizado por el abuso, escupió una parte del puño de tabaco que le llenaba la boca, y le señaló dónde.

Bobby avanzó hacia allí taconeando el caballo que también parecía sorprendido de ir por donde era prohibido. Lucero le siguió corriendo a pie por las franjas de cemento.

—¡Vení y te subís! —le gritó Bobby.

—¡No, no, ya llegamos!

Enfrentar las oficinas del gerente, abiertas a la fresca lluvia artificial, ruido de agua y frescor de brisa, a esa hora matinal en que todas las máquinas de escribir tecleaban a velocidades increíbles: enfrentar las oficinas del gerente, donde el que cruzaba lo hacía con timidez, aquel jamelgo viejo con un muchacho encima, hizo que el propio jefe de la División del Pacífico saliera a recibirle indignado:

—¿Quién eres tú? —preguntó furioso desde la puerta de su despacho.

—¡Bobby Maker Thompson!

El gesto del gerente se cambió.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Has entrado a caballo y es prohibido!

—¡Para los Maker Thompson oí decir a mi abuelo que no hay nada prohibido en la compañía!

—¡Apéate y sepamos qué es lo que quieres!

—¡Un terreno!

—¿Tú quieres un terreno?

Por la mollera del gerente recubierta de abundante pelusa de calvo pasaron cinematográficamente las figuras de Lester Mead y Leland Foster, pensando que el terreno que aquel muchacho le pedía era para rasembrar banano fuera del control de la bananera. Y hasta mentalmente redactó el cablegrama que le pondría al presidente de la compañía, para que mandara a recoger al vástago antes que le fuera entrar el delirio de la ayuda a los trabajadores y la fundación de cooperativas. Era peligroso. Lo que un Maker Thompson quiere lo quiere Wall Street.

—¿Tú lo que quieres es un terreno? —repitió sin salir de su asombro, nervioso, diríase que le quedaba estrecha la camisa de seda blanca impecable.

Bobby confió el cuidado del caballo a su acompañante y entró a las oficinas. El gerente lo hizo pasar a su despacho. Salió un momento después. Aquél vino a dejarlo

hasta la puerta y mientras se alejaba el caballo con los dos muchachos, se volvió y dijo:

—¡Menos mal que es para un campo de *baseball* para lo que quiere el terreno, este hijo de su abuelo!

Interrumpió el dictado de sus cartas y se puso él mismo a llamar por teléfono a varias oficinas. Anunciaba a todos que se acercaba la gran temporada de *base*. Como ésta ya había terminado en las Grandes Ligas, los que le escuchaban creían que bromeaba. Pero todo se aclaraba cuando les decía que se trataba de la temporada de *baseball* allí con ellos. Ha llegado, explicaba, el nieto del viejo Maker Thompson. Entró a caballo hasta mis oficinas, me pidió que le cediera un campo que está cerca de la plaza para trazar el *diamante* y convenimos que él formaría un equipo de jóvenes y nosotros el de veteranos con empleados de las oficinas.

Ve, vos, Bobby —reclamó Lucero, ya cuando habían dejado el caballo e iban a pie—, no me has contado lo que hablaste con el gerente, cuando se encerraron en el despacho...

—¡Oh, *boy*!

Lo que sí te digo, gringo, es que cuando te le enfrentaste desde el caballo, tenías en la cara algo que nunca te vi antes, algo así como yo aquí soy el dueño y a obedecer todo el mundo. ¡Sí, vos, gringo!

—Bueno, pues para que lo sepas, me regaló el campo...

—¿Regalado sólo a vos?

—No, *boy*, a todo lo que sea *baseball*...

Y mientras los dos muchachos recorrían a pasos largos bajo el sol calcinante, su dominio, Lucerito con las manos en los bolsillos y Bobby con los brazos colgados balanceándose como aldabas de huesos: discutían el lugar más apropiado para orientar el campo de juego de acuerdo con el sol, el gerente seguía discutiendo por teléfono el nombre que le darían al equipo de los veteranos.

Tenían que limpiar el terreno, nivelarlo como una mesa de billar, pero las cuadrillas de trabajadores, a la orden del hombre del teodolito, iban y venían y cada vez eran más las raíces y piedras que sacaban. Por fin apareció la aplanadora con su gran ubre rodante dando de mamar planicie al terreno desigual. Un gigante de lanoso pelo de chivo negro, piel color de ébano y los dientes tan blancos que simulaban la córnea de un tercer ojo en la boca, saludó a Bobby:

—*Hello, boy*.

Detuvo la aplanadora y Bobby aproximóse a preguntarle cuántos días tardaría en apisonar aquel terreno.

Era más negro visto de cerca, con sus ojos de agujeros de mangas de chaleco, la nariz aplastada, los labios carnosos y al final de las mangueras interminables de los brazos, manos con dedos cortos y gruesos como guineos morados.

—¿Cuántos días?... —repitió el negro—. ¿Emparejar todo esto? —giró la cabeza con movimiento de pájaro—. ¡*My God!* Dos días, si no llueve...

Boby refugióse en una choza cercana, donde al entrar se le atravesó un chico sucio, espectral, casi lombriz de tierra que se arrastraba por el suelo. Ni lástima ni asco. Miedo. Miedo de haberle puesto el pie encima. El chico se fue en gritos. No se veía. Sólo se oía. Berreaba en algún rincón. El negro entró destilando agua. Orientóse, exclamó algo así como «*just a minute!*» y fue hacia el llorón.

—¡Nuniño!... ¡Nuniño!... —se anió él también y le hizo una cuna honda con las manos—. ¡Nuniño, nuniño, nu llora, nu llora, nu llora, nuniño!

El pequeñuelo ahogóse hasta calmarse y quedar sus ojillos de bestiecita asombrados, tratando de explicarse lo que ocurría en torno suyo.

—Papá conozco —articuló con dificultad en español el negro—, mamá conozco..., papá trabaja corte de banana, mamá fue a llevar comida, niñito solo, pero nu llora, ya nu llora, nuniño ya nu llora...

—¡Please one moment!... —dijo Bobby al negro que arrullaba al pequeñín en brazos y salió bajo los aguaceros, entre relámpagos y truenos.

En el club de los Hermanos Cristianos, igual que palomas azules por el color celeste de sus uniformes, esperaban masticando chicle o fumando, las propagandistas de la Buena Nueva, que pasara la lluvia, para seguir en el reparto gratuito de papeles impresos en papel biblia.

Boby irrumpió como un galgo mojado, somatando los zapatos lodosos en el piso de madera mal ajustada; de las mangas del saco y de los pantalones le escurría el agua.

Sin tomar aliento, salido como un náufrago de un río borrascoso, empezó a gritar.

Las palomas azules se sorprendieron. De no conocerlo creen que es la aparición de un profeta disfrazado de niño.

Después de algunas consultas, una de ellas, la más joven, se dedicó a seguirle bajo una capa impermeable y un paraguas amplísimo, propiedad del pastor que en ese momento, aprovechando que los operarios que tenía no podían trabajar por la lluvia, les aleccionaba sobre la vida eterna.

Cuando el pastor preguntó con quién se había ido miss Cherry, éstase perdía bajo la jiba de su paraguas acompañada de Bobby, y las compañeras le informaban que con el pequeño Maker Thompson, el terrible nieto del terrible abuelo.

—*Greatly honored, to be sure...* —exclamó el pastor.

En la choza, la madre ya estaba de regreso y conversaba con el negro, grávida, ojerosa, trenzada, las naguas subidas de adelante y arrastradas como cola de pato por detrás, la camisa pesada de rosarios, cruces y medallas benditas y el niño en el regazo.

Bobby entró explicando a miss Cherry las condiciones en que había encontrado al niño, solo, completamente abandonado, gateando sobre el suelo de tierra, y la madre, sin comprender lo que decía en inglés aquel pequeño intruso, pero suponiendo que se trataba de acusarla y de ponerle alguna multa, explicaba que no tenía con quién dejarlo, mientras llevaba el qué comer a su hombre que trabajaba en las plantaciones.

El campo, después del aguacero tropical, recibía la postrera luz del sol de rayos oblicuos, resplandecientes, en un como ocaso total. En los lugares montañosos, se pone el sol, pero no da, como en la costa, esa sensación de hundirse para siempre. Se dijera que cae para no levantarse más, que es su último día, que abandona la tierra para siempre.

El padre del pequeñín que la madre arrullaba, entró como ebrio, borracho de cansancio, y negóse a contestar las preguntas del Bobby que se dirigía a él y luego hablaba con miss Cherry. Hasta que le cargó y volvióse contra el muchacho:

—Y en ultimadas cuentas, qué jodido le importa a usted, mocoso de porquería, que vivamos así. Para usted que no le entendía lo que hablaba en inglés con esa perra gringa, su compañera. Lo único que le pido es que no nos haga favores. Yo de la raza de ustedes prefiero recibir lo que no dan, la muerte, porque trabajar aquí en las condiciones en que trabajamos...

—¡*Shut up!* —gritó Bobby.

El negro se interpuso entre los dos y sacó a Bobby del brazo.

—¡Vamos —le dijo—, aplanadora esperar!

—Pero si ya está oscuro —se quejó Bobby rabioso.

—Mi, no importa...

Y empezó la aplanadora, cargada de estrellas, a rodar contra las sombras, apisonándolas, nivelándolas, como si el negro, al lado del terrible nieto, intentara aplanar la curva de la noche, sideral y profunda.

XXII

—¡Piedrasanta moscas espanta!...

—Sí, amigo, no hay gente... —contestó don Higineo arrodillado detrás del mostrador de su gran almacén «La bola de oro», almacén y expendio de licores y cerveza; estaba buscando una botella de vinagre, más bien el corcho para ponérselo a la botella y tajarla; mas al sacar media frente, asomar un ojo y ver de quién se trataba, se levantó, no tan apuradamente por los reumas, como hubiera querido, sacudiéndose las manos y diciendo:

—¡Qué lejos yo de pensar que era el señor Comandante el que honraba mi casa! ¡Como no sabe visitar a los pobres!...

—Por usted ni preguntarle, siempre tan galanote.

—La del marrano, señor Comandante, la del marrano que engordan para matarlo, pero así la vamos pasando. El negocio bien malo, vea. De abrir y cerrar sin vender nada. Pésimo. Fiado piden todos, pero no se puede, se van y no pagan. Casas tendría yo con todo lo que en el negocio me han quedado debiendo las gentes. Espero que se beba alguna cosita... Aquí hay desde chocolate hasta sanchomo...

El Comandante bostezó y con el cuenco de la mano hacia la boca, haciéndole ruido de tren al túnel del bostezo, paseó los ojos por las estanterías repletas de botellas.

—La cantina, como usted ve, es lo único que se mantiene surtido..., sólo guaro se vende, guaro y más guaro...

—Y, ¿qué quiere usted, mi amigo, que haga la gente que trabaja como animal todo el día, cuando ha dejado de trabajar?, beber...

—¡Ay, Comandante, pero usted no se imagina cómo beben! ¡Beben en cantidades que sólo uno que está en el negocio este, aquilata! Es la desesperada. La pura desesperación. Sin una chispa de alegría, sin gusto...

—Por aniquilarse...

—Exactamente, se quedan que dan lástima, como ver estropajos...

—¡Toba!... ¡Toba!...

—Allí viene este pobre profesor. Quince días en fuerza y sólo eso dice ¡Toba!... ¡Toba!... La Victoreana debe haberle quitado el compañero de briaga, andaba amancornado con un fulano que posa allí donde ella, un tal Rascón. ¿Qué me acepta, Comandante?

—Aceptar nada, Piedrasanta. Lo que me voy a beber es una cervecita de la más helada que tenga, pago anticipado.

—¡Déjese de cuentos, ya yo cobrándole una cerveza a la primera autoridad del pueblo!

—No, señor, no es la primera autoridad la que va a beber, no confunda las cosas, sino un particular.

El militar aproximóse al extremo del mostrador, la parte que daba a una puerta de

esquina, donde sobre un metro y medio de zinc servía Piedrasanta todo lo que eran bebidas espirituosas y cerveza.

—A mí me gusta con espuma —dijo el Comandante dejando caer el líquido desde muy alto—, y con sal de la gruesa...

—Como le parezca, aquí tiene la sal... Yo lo voy a acompañar con mi brandy.

—Qué apurado anda...

—Anoche vinieron unos amigos y me cargaron la mano..., unos de la compañía..., parece ser..., no sé si se lo han contado, que las cosas en la costa Norte andan muy mal, no hay entendimiento ni por las buenas ni por las peores y aquí mesmo, Comandante, aquí mesmo se está moviendo la cosa...

—¿La qué...?

—La cosa...

—Se acabó la botellita, y yo digo que la vamos a empujar con otra...

Con otras, diría yo, que a usted, Comandante, sí que le cabe, tiene espacio...

—La plaza de toros, a Dios gracias... —chanceó pasando la mano con un gran anillo de granate que echaba chispas de sangre, por sobre el abultado mundo que la guerrera, más nagua que guerrera, disimulaba bien—. La cosa se está moviendo —dijo palabra por palabra e hizo girar sobre el zinc el vaso de cerveza otra vez lleno.

Piedrasanta sacó en un plato trocitos de queso y aceitunas, sin perder de vista al chichipate que entró preguntando por la Toba y se había quedado dormido en una mesa cubierta de moscas.

Muchas novedades siempre, usted debía venir a dar sus vueltas de vez en cuando. Pero la noticia de hoy es sensacional. Esperaban a un senador todos estos días, pero fue un alto jefe de la compañía el que se descolgó y dicen que por poco echa al gerente y a un montón de empleados. Bueno, el gerente a saber cómo va a salir.

—¿Algún desfalco?

—¡Qué desfalco! Entre ellos los desfalcos no se notan porque manejan millones. El juego...

—¡Cómo es eso del juego si la ley no lo permite!

—No, Comandante, no se trata de ningún juego prohibido, sino de ese juego de pelota que llaman *baseball* y que los hace perder la cabeza, tanto que el gerente, sin darse cuenta que la cosa está que arde, dispuso que se formara un equipo entre los empleados, que se aplanara ese campo que está junto a la plaza y qué sé yo cuántas cosas más. Porque la cosa está que arde. ¿Leyó la hoja?... Aquí bajo la puerta de mi negocio la pasaron echando anoche...

El Comandante desdobló el impreso y no pudo leer entre dientes, como fue tal vez su intención, lo que allí se gritaba con unas letras negras y grandotas:

—HUELGA GENERAL... —en el trasfondo de su oído escucha aquel «¡Parte sin novedad, mi Comandante!», con que lo tenían adormecido sus subalternos.

—Nada cierto habrá, pero es mucho lo que se habla. ¿Otra cervecita?...

—¡Echele... maíz a la pava!

—Yo lo voy a acompañar con otro brandy... —y mientras servía la cerveza y el brandy, insinuó Piedrasanta—: Lo cierto es que todo esto da mucho en qué pensar...

—La próxima me la da negra, hostiga la cerveza rubia...

—Lo que pasa es que a mi Comandante le gusta variar y tiene muchísima razón porque en la variedad está el gusto en cervezas y hembras.

—Lo del hembraje se lo debo, no alcanza la candela para la procesión y tomo cerveza por no tirarme al brandy que es mi otra debilidad...

—Eso como usted guste...

—¿Y esta «hoja» ha circulado en el pueblo?

—En el pueblo, en las plantaciones, en todas partes, y parece ser que los de aquí...

—¿Quiénes? Vamos por partes. ¿Quiénes son éstos de aquí?

—Los trabajadores quieren unirse con los de la otra costa, para que la huelga sea general. Así lo dice en la «hoja».

—Con unos cuantos fusilados se arregla todo...

—Eso pensábamos, pero allá en Bananera, no sé si usted ha leído los periódicos, se han sentado a unos cuantos, y la cosa sigue igual, si no peor. Hay que vérselas con hombres decididos a morir.

—Sí, es serio, y por aquí deben ser estos Lucero los que encabezan.

—Todo lo contrario. Serán las primeras víctimas. Los acusan de haber traicionado a su clase, de querer, como buenos ricos, que las cosas se vayan arreglando poco a poco, que evolucionen, sin violencia, lo que es hacerle el juego a la compañía.

—Bueno, Piedrasanta, se cobra...

—Le cobro, pero se toma algo más, tras que no viene seguido por aquí, que se vaya sin que yo lo invite.

—Como dicen los muchachos, ya que insisten...

El insisten se le fue en un bostezo tan grande que se oyó apenas, más escuchóse el ruido de la gran boca abierta hasta el galillo, mostrando los dientes intactos y la lengua pegada abajo.

—Voy a darle su vuelto. Me dio cinco dólares, y son... Aquí tiene, cuentas claras conservan amistades, mi Comandante. —Brandy, écheme un brandy...

—¿Doble?

—Quién dijo miedo...

—La cerveza empanza, es mejor el trago.

—Pero en el calor de la costa, mi amigo, el trago es como alquilarse en el infierno.

El profesor, que se había dejado caer en una banca, dormía con la cara al resplandor del sol, el mosquero en la cara, los brazos sueltos,

desgreñado el pantalón sin abrochar, sin amarrar los zapatos, los calcetines caídos. De rato en rato, cuando algún moscón le picaba, medio agitaba la mano que

colgaba de su brazo, muy lejos, muy abajo, muy a plomo, removía la cabeza y susurraba:

—Toba...

—Voy a mandar por éste para meterlo en el calabozo unos días y que deje de beber...

—Pues será un gran favor, Comandante, porque de seguir así se muere. Ya no come, ya no duerme. Anda de aquí para allá, da lástima, de aquí para allá en su misma letanía: Toba, Toba...

Juambo entró como buscando a alguien y en seguida se dirigió a la banca en que había fondeado el profesor.

—Juventino... Juventino... —lo zangoloteaba para despertarlo.

—¡Toba!... —entrealcanzaba a soplar el borracho.

—Vengo por vos, Juventino... Juambo llevarte... Madre, allá... Madre tiene tu cura... Definitivo te va a curar... Juventino... Juventino...

Lo despegó de la banca y se lo fue llevando casi a rastras con ayuda de uno de los jaladores.

—Madre curarlo de la bebida, tiene lodo bien podrido. Le va dar lodo bien podrido para tapiarle el vicio. Madre sabe. Es sombra de mujer que no pesa sobre el suelo, que está detenida en el aire, en las flores, en la luz. Hijos raíces irse, padre irse, enterrado aquí. Madre mujer sola...

Cruzaron la plaza con el profesor casi a cuestas.

—¡Toba!... ¡Toba!...

La plaza se llenó de lloro de bautisterio. Por el atrio de la iglesia, triste de que nadie lo cruzara, los atrios son para que mucha gente pase por ellos, se detenga en ellos, desde los príncipes cristianos hasta las ánimas del Purgatorio, aquéllos con sus calzas de oro y éstas pobrecitas con sus pies de ranas asustadas. Por el atrio de la iglesia se apelotonaban, momentáneamente, nubes de madres con los recién nacidos en brazos, hediondos a chiche, a ropa de mujer aplanchada, a trenzas y cariño de palabra no dicha, sino lamida al oído del pequeñuelo, rojizo, supurante.

—El cura debe haber bajado —exclamó Piedrasanta—, porque como que va haber bautizos.

—¿Cómo es que se llama el cura?

—Ferrusigfrido Fejú...

—Y, de dónde sale con ese nombre...

—De Comitán de las Flores, es mejicano...

—¿Mejicano?... ¡Preciosa recomendación en víspera de una huelga general!...

—Señor Comandante, antes que se vaya quisiera pedirle un favor, una mi licencita. El domingo que viene quiero dejar bailar aquí, recomiéndele a la escolta, al que haga de jefe, que no me pida el permiso municipal. Estoy de punta con el alcalde y aunque se lo pagara no me lo daría. A la brava voy a dejar que bailen, pero usted me podría ayudar.

—Faltan días para el domingo, ya veremos eso —dijo como si hablara por un embudo al bostezar—. Me voy... Si a usted no le sírvela «hoja», me la llevo: «HUELGA GENERAL»...

—Llévela, Comandante, a usted le sirve más que a mí.

La primera autoridad se despidió de Piedrasanta y marchóse buscando la acera en que la sombra era mínimo filo de pestaña negra, saludo aquí, saludo allá, pues sin ser muchas las personas que encontraba, conocidas y no conocidas, todas le botaban el sombrero.

El tendero, contento de haberle dicho lo de la licencia, el que no llora no mama, se dijo, oyendo llorar a los crios en la iglesia, el baílele hace mucho bien al negocio, se pasó a la barbería, donde los de la tertulia le estaban echando a los naipes.

Al entrar Piedrasanta, alguien le dijo:

—Viste, Piedra, qué saludador iba «Bostezo»...

—No vi...

—Estás ciego, entonces, saliste a dejarlo a la puerta con grandes zalamerías y te quedaste allí.

En la peluquería «Los Equinoccios», la tertulia andaba algo desmochada. La fiebre le subía al maestro barbero a la hora en que asomaban los contertulios y sólo llegaban a verlo clavar el pico en el sillón, frente al espejo, sobre una alfombra de pelo que daba miedo pisar por los piojos, liendres y demás seres del «condominio capilar», como se expresaba el juez cuando venía a dejar su navaja de barba papa que se la afilara el maestro.

Y del juez hablaban y lo hubieran seguido rapando con herramienta tan ordiñaría como la máquina que casi sacaba el pellejo de la nuca en virutas de cliente, si no dan la voz de «moros en la costa» y asoma Piedrasanta. Delicadeza, no desconfianza. Piedra era uña y carne del togado y si la vez que se lo aviejaron tuvo tanto disgusto, qué habría sido ahora que le llamaban «corchero», por su oratorio sin peso, que flotaba como el corcho, y por la frecuencia con que metía las extremidades inferiores tan a fondo que, para muchos, sus zapatos no guardaban pies, sino plumadas.

Corchero y pavo real, su vanidad era el por fin aislado perfume de la tontería. No ignoraba nada, todo lo sabía y así, cuando le pidieron opinión en la peluquería «Los Equinoccios», sobre la «huelga general», después de una serie de explicaciones en probanza de que «huelga» no venía de «huelgo», como sospechaban algunos de sus colegas de rabo entero, definiéndola como el tiempo que se tomaba el trabajador para respirar libremente, exclamó:

—Hojitas sueltas y huelga general en un país, de analfabetos?... ¡No me hagan reír, y déjenme contarles! Un chapiador y un cuzuco, cada quien hoja en mano, parecían atentos lectores, cuando acertó a pasar alguien cerca de ellos y al ver que las estaban queriendo leer al revés se los hizo ver. ¡Qué ingratitud, protestaron aquéllos, porque somos pobres no nos dieron de las que se leen al derecho!... Y eso no es nada, déjenme contarles... Un queque, cansado de pasar los ojos por el texto sin entender

nada, se decidió a lamer el papel, no faltó quien le dijera que el encabezamiento, con grandes letras decía

«HUELGA GENERAL», y por allí pasó la lengua, hasta deshacer el volante... Y eso no es nada, déjenme contarles... Tres jaladores de fruta,

analfabetos puros, desesperados de no poder tragarse con los ojos lo que decía la tal hoja suelta, se la comieron, tranquilamente, mascada y tragada como alimento... Y eso no es nada, déjenme contarles...

«Cholla», el médico militar, no es analfabeto, pero no le gusta leer: metió la hoja bajo la almohada y dijo: ¡Qué aburrido, otro general!...

—¡No, si el asunto es molesto!... —fue todo lo que contestaron los contertulios, pero al salir, al sólo salir y borrarse sus pasos de la calle, le aplicaron la cero sin hueso, más negra de intenciones que como de tinta le quedó al queque que, por no saber leer, lamió el impreso.

Y en eso llegó Piedrasanta y dieron la voz de «moros en la costa».

—Si el maistro no se apea del cuerpo ese paludismo —entró diciendo Piedra a «Los Equinoccios»—, no le aseguro las ganancias... Va a tener que irse una temporada, cambiar de clima, si no es así se queda aquí cargando ripio en el cementerio.

El barbero se removió en el sillón. La somnolencia de la calentura le daba del mundo una imagen semejante a la copiada por el espejo borroso de su taller. El también sentía que se le estaba yendo el azogue de los ojos. Fiebre y sobre la fiebre un frío aguajiento, ralo.

—Sus buenos días hace que le aconsejé al maestro que le pusieran mercurio en la sangre —insistió Piedrasanta—, sólo así se retira el paludismo una vez por todas; yo me curé con dos cajas de esas intradiablosas que arden como si le echaran a uno chile en la vena...

—Sífilis tendría el señor Higineo... —terció uno que Piedra vio como si no hubiera sido su semejante.

—No tuve, pero el médico me advirtió que si me apretaba más la malaria, me ponía la... esa...

—¿El médico?

—El médico, en el servicio externo.

—Entonces el paludismo es mal, mal, mal...

—Para que la sífilis sea mejor; bueno, no es que sea mejor, es que es curable, y por eso para atacar cierto paludismo remanente que se apega a los huesos, al tuétano y al cerebro, te contagian la sífilis, enfermedad hembra que no deja rastro del pobre paludismo y después, muy sencillo, muerto el mal macho, la hembra se deja curar.

Callaron. No prosperaba la platicona sobre la enfermedad del maistro barbero. Algunos arrancaban el sombrero de la capotera para marcharse. Se lo ponían y no se iban. Se quedaban por quedarse hojeando periódicos y revistas atrasadísimos, amarillos de tan viejos, o por asomarse a la puerta de la calle desierta, caliente, o por

seguir desde una silla, el ataque y contraataque de dos grillos feroces, el vuelo de las moscas, los paseos de las cucarachas.

—Vonos, ya este abrió el periódico y los periódicos parece que bostezaran cuando uno los abre de mala gana, señal de que se vayan las visitas.

—Es un diario muy viejo. Oigan lo que dice: «Submarino nipón pone en peligro el Canal de Panamá... Es avistado en las costas de Centro América...»

—Exactamente lo que dice el periódico de hoy. Acabo de leerlo donde el chino Lam. Sólo que el submarino ahora no es japonés, sino alemán.

—Embustes de estos gringos de la bananera, que ya no hallan qué inventar, es todo eso —ronroneó el barbero con voz de vahído—, lo del submarino japonés le costó la vida a un pobre telegrafista que se llamaba Camey, de apellido, y que resultó embarrado, culpable de un mensaje transmitido al submarino japonés. Fue cuando iba haber guerra entre nosotros y los del otro Estado. Y ahora, ante el anuncio de una huelga general, ya sacaron de nuevo el submarino fotografiado con la cruz svástica.

—¡Buena memoria la del maistro, se acuerda bien de todo!

El barbero se medio enderezó en el sillón, decidido a apuntalar la tertulia con algo de actualidad.

—La huelga como que se va a extender a las dos costas y eso que allá en el Atlántico han hecho grandezas en matazones y heridos...

—¿Grandezas?

—La palabra es exacta. Son grandezas cuando las hacen los militares en servicio activo, pues con sólo que no esté de fatiga o en la reserva el militar que hace lo mismo, se llama criminal.

Se frotó pantalones flojos a las piernas escuálidas, el consuelo de pegarse con las manos como planchas frías, el trapo del pantalón a los huesos y se quedó callado, paladeándose el amargor seco de sus labios roto de la cintura, quebrado de los tobillos, la nuca y las muñecas.

—El señor Higineo opinará... —dijo aquel a quien Piedrasanta miraba como si no fuera su semejante.

—Hay mucha tela que cortar, entiendo que lo mejor es estar a la expectativa.

—La de Juan Cristiano, ¿verdad, señor Higineo?, que no mete al fuego la mano...

—Linda definición de los cristianos de este tiempo! —exclamó el maestro—. Piedra opina que hay que estar a la expectativa. Pero los tiempos han cambiado. No hay estar a la expectativa que valga, cuando son guerras de conciencia. Antes podía ser uno ajeno a lo que papasaba, quedarse en su casa, no participar. En los días que corren, eso no es posible, el conflicto es general.

—La huelga general, no el conflicto...

—Y qué más conflicto que la huelga, señor Higineo?

—Yo hablo por los que no somos ni trabajadores ni ricos, por los que de veras vamos a salir perdiendo.

—Eso ya me lo tragué —dijo el maestro—; y ya también tomé mi determinación;

hay que ponerse de parte...

—De la compañía para ir sobre seguro —saltó Piedrasanta—, de parte del capital, de los que algo tienen que perder y que defender...

El maestro pujó.

—No opino como Piedra, ¿cómo nos vamos a poner de parte de la compañía, de los ricos, del capital?...

—Son los que nos sostienen, ¿qué sería de mi comercio, del comercio del chino Lam, de la pulpería de los hermanos esos que no sé cómo se llaman, de la barbería, aquí con usted, si la Compañía no paga los jornales que paga?...

—Estoy de acuerdo, pero como el problema no es sólo de nosotros tres o cuatro gatos, sino de la mayoría, ni es sólo del presente, sino del futuro, nuestro sacrificio es necesario, lo tenemos que aceptar, y es mejor caer del lado de los nuestros, que son los trabajadores, que del lado de los otros, que son extranjeros...

—Deje, deje, maestro, que hable el señor Higineo!

—Una complicidad que yo no acepto —se impuso la voz de Piedrasanta—, una complicidad criminal...

—No, no, permítame la palabra, no se trata de complicidades, yo no he hablado de eso. Al decir que nuestro sitio en esta lucha está entre los trabajadores significaba el abandono de nuestra situacioncita económicamente más o menos buena, con todos los sacrificios y pérdidas que implica, y la adopción de un papel inequívoco entre ellos, entre las clases trabajadoras, que nos devuelve a lo que somos, gente del pueblo con mejores medios de vida, y nos evita caer en la tentación de engrosar las filas de los poderosos, como simples comparsas.

—La clase media...

—Yo le llamaría la clase cómplice...

—¿Cómplice por qué? ¡Me está cayendo mal, maestro, esa su manera de discutir! No deja hablar...

—Cómplice porque se mantiene a la expectativa y luego se pone de parte del que gana, del grupo de gente rica que gana, el pobre no gana jamás, y hasta la fecha el juego ha salido bien, nosotros los llamados clase media aquí, siempre hemos flotado a favor de la resaca de los grandes intereses y las armas, artesanos, comerciantes, profesionales, pero esta vez se acabó nuestra ventaja de traficantes.

—Los tiempos han cambiado, maestro... —intervino un ojos saltados como almendrones, saltados y luminosos, interrumpiendo el barajar de un naipe que todo el tiempo había tenido en movimiento entre las manos, las cartas con la flexibilidad que les da el sudor.

Piedrasanta corroboró:

—¡Ya lo creo, los tiempos han cambiado!

—¡En favor de lo que yo digo!

—¡No, señor, en favor de lo que yo le he venido sosteniendo! ¿o acaso ignora usted que don Juancho Lucero pidió a la Comandancia un piquete de gente para

guardar su casa desde anoche?

—¡Ah, pero es que anoche le iban a volar la casa con dinamita! —dijo el que barajaba.

—Si el maestro tiene buena memoria, sabrá lo que esto significa... ¡Don Juancho Lucero!...

—Sí, parece increíble... Pero no fue don Juancho, fue el que se llama Lino, y hubo el cabe que por sus antecedentes, fue el enamorado de las Sirenas, dijeron que estaba medio loco, si no es eso lo procesan por desacato.

—Don Lino o don Juancho, para el caso es igual, porque lo que yo trato de probar es que los tiempos han cambiado, y los de ayer, como los Lucero, se daban el lujo de gritarle en su cara al Comandante que no necesitaban de su protección, porque eran solidarios con el pueblo, corren ahora que les mande soldados para que les cuiden la casa que ya no es una casa, sino un palacio de las mil y una noches.

—No vamos a ponernos de acuerdo, Piedra, pero yo creo que eso lo que viene a probar es mi punto de vista: los Lucero, que no eran ni siquiera clase media, sino pueblo-pueblo, se olvidan de su origen y lo que es peor, de los ideales del que les dejó su fortuna, para sumarse a los de arriba. Al final de cuentas ellos están haciendo lo mismo que los Ayuc Gaitán y Cojubul, sólo que éstos perdieron su fortuna...

—¡Camarón que se duerme se lo lleva la corriente! Se los llevó entre las patas del Papa Verde, que no tiene por signo la paloma del Espíritu Santo, sino el Aguila, diz que les compró por nada las acciones cuando el pánico de que iban a pasar a ser del otro Estado nuestras tierras fruteras.

—¿Nuestras? No te vayas a ir de boca que los resbalones duelen mucho y te podés quebrar un hueso...

Esto lo dijo uno de los que seguían la discusión en silencio, muy amigo de Piedrasanta, al que se levantó a golpear en la espalda para hacerle sentir que le hablaba cariñosamente y en broma.

—Si dejara la baraja en paz y nos dijera cómo estuvo eso de que anoche iban a volar la casa de los Lucero con dinamita... —murmuró el maestro, la transpiración lo tenía pegado con todo y trapos al asiento.

—No tengo detalles pero parece ser que les llegó el soplo, y el tal atestado tenía relación con un senador o personaje de la fruterputer que iba a venir en visita de buen vecino...

—Y vino... —acotó el que barajaba.

—¡Mentiras!... —sonaron los dientes del maestro como un tecleo.

Son ellos los que echan a rodar esas mentiras, para tener pretexto de pedir al gobierno que emplee las armas, antes que se declare la huelga general este lado del Pacífico, porque en el Atlántico ya se lucieron. Los huelguistas no son dinamiteros. Es un movimiento pacífico y la prueba que no había tal atentado es que el Gerente y los otros empleados estaban entrenándose para jugar *base* en ese campo que dejaron a medio aplanar.

—Pero así fue la gritada que les metió el fruterputer que vino como a inspeccionar —insistió el que barajaba.

—Lo que yo sé es que están seriamente preocupados por lo de la huelga y quieren ver si los Lucero intervienen para apaciguar los ánimos, como andarán de mal informados.

Una mula puntera con una campana de metal de azadón resonándole en el pescuezo, seguida de diez, veinte, treinta, cuarenta mulas, se precipitó sobre la plaza y lejos de orillarse al llegar a las alfombras de grama del parque inglés, orgullo del alcalde, la cruzaron de parte a parte, causando el escándalo del siglo en la alcaldía. Los alguaciles que estaban de turno, se dispararon con sus varas para espantarlas, los empleados salieron a protestar a las oficinas, don Pascualito, por poco se desmaya, enfermo como había estado de los asientos.

El río de bestias orejonas, ojudas, lustrosas, chisporroteantes, se arremolinó un momento, sin saber para dónde tomar, entre los gritos de los alguaciles que las espantaban con sus varas y sombreros, secundados por algunos vecinos y muchachos que salían de todos lados.

El cura asomó precipitadamente. ¿Qué ocurría, qué pasa en la plaza?... Enroquetado y aún con la estola al cuello se encontró al lado de Piedrasanta y de los demás amigos de la tertulia de «Los Equinoccios» que se lanzaron a la calle, como todo el mundo, a ver qué pasaba.

—Ya ve, padre, cómo ¡estamos en el pueblo... —comentó Piedrasanta—. El menor ruido nos sobresalta. No sólo usted, todos salimos a ver qué pasaba con el «Santo Dios» en la boca.

—¿No será, mi buen Higineo, que estamos sobre un volcán?

—¿Por la competencia evangélica lo dice, padrecito?

—¡De retro con éstos! No hay competencia con el que prevalece y prevalecerá.

—Supo que compraron un solar allá atrás, para levantar la capilla, y como aquí el que nos conquista nos trae a su Dios...

—¡Piedrasanta te llamas y debías saber que Dios hay sólo uno, las demás son blasfemias!

—Han estado activos en su ausencia, padre: han estado repartiendo folletos y lo que es más convincente, pisto...

—Pues ya verán que también en San Juan hace aire... —dijo y entróse a rajasotanas a seguir sus bautismos.

Salió creyendo que... y lo mismo salieron todos a sus puertas, creyendo que... que la cosa había empezado.

XXIII

Entre el andar de los pies descalzos, sobado, rascado en el suelo de tierra apelmazada, el paso duro de los con zapatos. Muchos descalzos, pocos calzados. Y mucha oscuridad con estrellas y calor y muy poca claridad de luz amarilla de lámparas de querosén, de luces blancas, cegantes de acetileno, fuera de los faroles con candela, anunciando ventas, y de otros faroles de color rojo, triangulares, dando el santo y seña de tamales.

El calor se prendía y desprendía de los trapos, pocos y muy delgados sobre el pellejo caliente, prieto, de los que con sus mujeres y sus hijos curioseaban las zarabandas. Silencio terroso de río de tierra que se desplaza. Más hombres que mujeres. Los niños izados a la espalda. Sombreros blancos, trenzas negras. Más sombreros blancos que trenzas negras, visible por lo negro del pelo sobre las camisas de géneros espejeantes. Trenzas, cabelleras sueltas, sombreros blancos. Donde terminaba el sombrero empezaba el oscuro.

Dos zarabandas que diferenciaba el precio, en la más cara bailar una pieza costaba veinticinco, en la más barata diez centavos, se abrían donde la calle principal entroncaba con la plaza, con el parque inglés de don Pascualito, el Primer Vecino, como se hacía llamar, y el cual encendía en el edificio municipal un reflector de ferrocarril, de esas que las locomotoras llevan adelante, y que daba a los invitados del Primer Vecino, sentados al lado de la puerta en sillones de mimbre, el aspecto de viajeros que fuesen en un tren de sueño, sin rieles, por medio del pueblo.

«Brisas del Sur», la zarabanda de lo más mejorcito, exigía a los que ocupaban la pista de baile de tablas no muy juntas ni muy parejas, dejar el sombrero en el control, cuando el sombrero era de fieltro, y con palitos de fósforos metidos en el listón de la copa, se iba anotando el número de piezas que debía el dueño, el cual pagaba al retirar su sombrero. convertido, cuando había bailado mucho, en una especie de corona de fósforos. En las «Brisas del Sur», las mesas tenían manteles, los criados trataban de usted a los clientes, se podía arrojar al piso las colillas, porque allí no bailaban descalzos, y tenía servicios sanitarios que no todos usaban, porque había que ser un poco equilibrista, y porque era mejor la inmensa noche.

La otra zarabanda «Azules Horizontes» era un calabozo, al que se entraba por una especie de burladero. Las parejas, mientras bailaban, iban siendo llevadas a un extremo de la pista de baile, por medio de una cuerda extendida diametralmente, de donde escapaban los que sin dejar de bailar pagaban sus centavos. No había mesas, muy pocas, bancas y sillas en torno de la entrada y rótulos grandes en que se leía: «Prohibido botar las chencas en el suelo, porque se queman los pies las señoritas».

Tres veces más gente que dentro de las zarabandas, se reunía en los accesos de las mismas, a ver bailar. El espectáculo de las parejas empapadas en sudor, silenciosas, saltando por saltar algunas y otras averiadas hasta lo más íntimo por el ritmo. Los

aindiados bailaban severos, la cara igual que en la iglesia, más bien andaban a brincos con la pareja que abrazaban sin verla, sin sentirla. Bailaban por sociabilidad extrema con personas de su conocimiento. La María Joshtapac, el Lucas Tiburón, la Andrea Zurza, el Luis Gertrudiz, la Juana Santos...

Los mestizos bailaban con los desplantes del enjaezado por el demonio como decía el Padre Fejú. El cura se quedaba el sábado en el pueblo para decir la misa el domingo, algunos sábados, no siempre, y cuando se quedaba salía a dar una vuelta por las zarabandas.

El mestizo apretaba a la mujer hasta lo último y le hablaba a la oreja, piropo, lisonja y lengua. En las «Brisas del Sur», donde bailaban los criollos, se oía el habladero antes, durante y después de cada fox, de cada vals, de cada tango, son o paso doble, no así en la otra zarabanda «'Azules Horizontes», donde bailaba el pueblo. El sentido religioso de la danza ancestral en el indio, exigía callar mientras se bailaba.

Aúllos de borrachos, disparos al aire, sueltas de cohetes, vacas y caballos extraviados que ambulaban por la fiesta como sonámbulos...

Piedrasanta se animó a dar más luz a su negocio de venta de víveres y licores, arregló mesas en rueda, para dejar pista de baile, y le dio cuerda al fonógrafo, si la cosa iba bien compraría una vitrola, y si mejoraba impondríase la marimba, como en las zarabandas. Por ahora, con poca gente y en pequeño, bastaba el fonógrafo. Y hasta era atractivo oír música como hablada en idioma extranjero entre el dialecto de las marimbas.

El Alcalde llamó al más enérgico de los alguaciles y mandó preguntar a Piedrasanta, con qué permiso tenía baile en su establecimiento. Volvió el alguacil, caitado y oloroso a ropa húmeda, se puso la ropa sin estar bien seca, a informar a don Pascualito que decía don Higineo que de palabra lo había autorizado el señor Comandante.

—Veremos —dijo el Alcalde—, veremos cuando venga la escolta que por lo que sé, va a ser escoltón de padre y señor mío.

Y no tardó en asomar en dos filas, hombres tras hombres, un verdadero ejército. Entre los «mirones», como llamaban a los que se divertían viendo bailar fuera de las zarabandas, corrió la voz de «sálvese el que pueda», y antes que el escoltón pusiera manos a la obra, como se desaparecen los animales del gallinero a la vista del gavilán, desapareció toda la gente, y sólo quedaron o los muy gallos o los que tenían pacto con el diablo.

Grupos de soldados se desprendían como los granos de una mazorca, mano en la cartuchera, fusil al brazo, tras los más tardos en huir y no menos rápidos para desaparecer en los matorrales, barrancas y sembradíos.

...En las inmensas llanuras del mar, del mar...

los submarinos miramos pasar, pasar...

Las luces de los fogonazos y el eco de los disparos señalaban en la oscuridad

profunda, marina, el sitio por donde la escolta andaba disparando contra los que cantaban aquella canción prohibida.

...En las inmensas llanuras del mar, del mar...

los submarinos miramos pasar, pasar...

—¡Esto sí que estuvo crudo, padrecito!... —entró diciendo Piedrasanta al Padre Fejú, el cual, disimulado en una habitación, atrás del mostrador, sorbía una taza de chocolate caliente.

—Muy bueno está, lo cocieron bien...

—No le hablo del chocolate, sino de una escolta tremenda que está disparando...

—Pero a usted, Higineo, no le van a decir nada...

—¡Ay, Padre Ferrusigfrido, lo menos es que acarrear conmigo preso y me saquean el negocio. Voy a despertar a mi mujer. La pobre está dormida. Tiene que levantarse a vigilar el amasijo de pan. Aquí los sábados hacemos de todo: baile, trago, pan...

El ayudante de don Higineo que fue a indagarse quién venía al mando de la escolta, volvió a informar. Jadeaba y no le salía el nombre o los nombres. Venían los dos oficiales, Cárcamo y Salomé.

Salomé se quedó con parte de la escolta en el pueblo y Cárcamo anda persiguiendo en el monte a los revoltosos.

Una sensación de alivio experimentó Piedrasanta que creía tener «amistad con el capitán Salomé, el oficialito que se fue subteniente, cuando iba a declararse la guerra por la cuestión de límites, y regresó, capitán.

El Alcalde, dejando su ambiente de reflector de locomotora con las pocas y escogidas personas que había invitado a gozar desde la puerta de la alcaldía, del parque inglés, ciegos de luz frente al pueblo que los admiraba ciego de sombra, fue en busca del que comandaba el pelotón. Bien, bien no sabía don Pascualito la diferencia entre escuadra y pelotón. Todo lo que olía a uniforme, para él era pelotón, por tener el Ejército Nacional a su cargo el último sacramento, peor que matrimonio, peor que orden sacerdotal, peor que extremaunción, el sacramento del fusilamiento. Esta medida de los sacramentos de peor a mejor, desesperaba al Padre Fejú.

Don Pascualito se enfrentó al Capitán Salomé con todas las de la ley, la vara edilicia y el hábito de mando que le daba un timbre de voz autoritario. Conversaron, cambiáronse cigarrillos, parpadearon muchas veces ante el reflector de la alcaldía y se quedó con la palabra el Alcalde.

—Muy bien, no me opongo a lo dispuesto por el señor Comandante, pero con una advertencia: prevéngale usted a ese picaro que se abstenga de tocar el paso doble «Machaquito», y otra más, que pase por la tesorería de propios a pagar el impuesto que le corresponde como salón de baile, además de los impuestos que no paga, como panadería, tienda y cantina.

Los pasos de los soldados y el ruido de las armas, que sin que las trasteen suenan

como suenan los llaveros de la muerte, resonaron trágicamente en el negocio de Piedrasanta. Pasos, armas... Armas,

pasos...

—¡San Buenaventura! —gritó Piedrasanta al oír que se detenían frente a sus puertas.

—¡Amigo —lo calmó el Padre Fejú—, vamos agarrándolas, como en México, calientes, que el plomo frío duele más, lo que ha de ser tarde, mejor antes!

El Capitán Salomé asomó la cara a la puerta del lado de la cantina, y saludó a Piedrasanta con un «Buenas noches, ¿cómo vamos?», palabras que mágicamente acabaron con el pánico del tendero.

Piedra contestó y vino hasta la puerta a saludar al capitán, ansioso de saber las órdenes que traía. Este, apoyando las dos manos triguieñas en el puño de la espada, le comunicó que estaba autorizado por el señor Comandante, que las parejas podían seguir bailando, con tal que no se tocara el paso doble que se llama «Machaquito», y que pasara a pagar el impuesto.

El Padre Ferrusigfrido, jugando con sus pulgares, el mejor ejerció para digerir el chocolate, esperó la vuelta del tendero. Un largo rato, porque Piedrasanta no se pudo despegar de la puerta, hasta que el Capitán Salomé se fue a seguir con sus hombres silenciosos la ronda por las zarabandas.

—¡Por fortuna, todo pasó sin que pasara nada, Padrecito, puedo seguir con esto —e hizo como que bailaba—, con tal de no tocar «Ma chaquito»!

—¿Y por qué será, por qué será, Piedrasanta?

—No lo va usted a creer. Ese pasodoble se canta con una letra que empieza así: «A dónde va, Machaquito, con esa capa de gala...», y los muchachos le cantan al Alcalde: «¿A dónde va, Pascualito, con esa pu ta tan mala?»...

—¡Esa lengua! ¡Esa lengua!

—Y ahora que la cosa se arregló por las buenas, debía usted tomarse otro chocolate. Chocolate con penas no sabe a chocolate. Para que sepa a cacao debe ser tomado a gusto. Por mí, me paladeo un anís con agua.

—Nada más uno es el chocolate...

—Es como Dios...

—Piedrasanta, ya sabes que ante mí no se tienta a Dios con las manos sucias...

—Lo he visto medio preocupado, Padrecito; y vea qué ojo el mío, yo estaba con mi pena, pero también la veía en el ojo ajeno; usted anda con una viga a costas que no lo va a dejar dormir. ¿Qué le pasa? Ya sabe que en cuestión de amistad soy, como dicen ustedes los mexicanos, puritita acha.

—Hijo, las noches más oscuras son aquellas en que sentimos dentro de nosotros que el alma ha quedado en tinieblas y en que nos sabemos tanteando con las manos la oscuridad, para ver si hay una salida, y no la encontramos.

—Padre Ferrusigfrido, todo tiene remedio, menos la muerte...

—Y quién está pidiendo que nos curen de lo que es nuestra salvación...

—Y todo tiene salida, menos el infierno...

—Por eso que has dicho tiemblo esta noche, como si me anduvieran buscando para azotarme, para descuartizarme. El infierno es un lago con afluentes conocidos, pero sin salida...

—Pero a usted, qué le importa, si es Padre y se va a ir al cielo...

—Eso crees tú...

—Yo creí que estaba preocupado por lo de la huelga. —Por ahí va la cosa. Esta es una de las noches más oscuras de mi alma, Piedrasanta, y mis manos tantean entre tinieblas buscando la salida y no la encuentran.

—Pero usted no es de aquí...

—No hace falta cuando se es la sal de la tierra, y si esa sal se hace insípida, ¿con qué se volverá el sabor?, ¿qué pasará si nosotros los clérigos nos seguimos cruzando de brazos ante los conflictos que plantean los problemas de trabajo, y qué si nos ponemos de parte de los patronos?

Calló para aflojarse el cuello de la sotana. Le hería la barba sin destroncar, negro dogal de trapo húmedo que materializaba el calor de la atmósfera quemante, el caldoso sonar del fonógrafo y la congoja que le producía, hasta romperle el ritmo de la pulsación, la infinita orfandad que hubiera del hombre.

—La huelga general nos meterá a todos en un callejón sin salida —murmuró casi soliloqueando, tan ajeno estaba el tendero a lo que le decía por seguir con los ojos atentos, lo que pasaba en su negocio.

No era malo el personal que lo atendía, pero a los ojos del patrón engorda el ganado. A ese negro, por ejemplo, no le debían servir más. Es un abusivo cuando se emborracha. Y aquel cara de candado, nariz de llave hundida, sólo viene a ver a quién trastea. Ya el otro día la mujer de mi fogonero le dio un sopapo que lo dejó viendo lucitas.

Buena hembra se trajo el tuerto, bebe y bebe cerveza porque quiere llegar a tener olor de alemán. A lo que hiede es a pus...

—Sí, la huelga general nos meterá a todos en un callejón sin salida —siguió el Padre Fejú, más hablando a solas que con Piedrasanta—. Lo primero que plantea es un conflicto de conciencia muy grave. Por el peligro que encarnan estos movimientos sociales para el orden establecido, ¿debemos juzgar mal a los trabajadores?, ¿comprendemos acaso los que no somos obreros, lo que significa renunciar voluntariamente al producto de su trabajo y enfrentar el despido y la violencia. El que ha estado en una reunión de hombres que acuerdan por su libre voluntad ir a la huelga, como yo estuve en México, sólo ve los cuerpos, las caras, las cabezas erguidas, oye las voces de los discursos, siente el empuje de esa masa vidente que parece ciega, pero no advierte que detrás están las vidas, el pan diario, la diaria necesidad de comer de la esposa y de los hijos, el vestido, el calzado, las medicinas... No soy el llamado a decirle esto, Piedrasanta, pero creo que en toda huelga hay un rescoldo del cristianismo heroico...

—Hable, Padrecito, y así se desahoga...

—No es a mí al que le toca hablar, corresponde a la curia y cuanto antes mejor será. Está enraizando en los trabajadores la convicción de que la iglesia les es hostil, y eso no puede ser.

—Por fortuna que a usted lo quieren todos...

—Hablo de la iglesia, no de mi humildísima persona, que, al fin y al cabo, conmigo no habría problema, pues soy hijo de artesanos de aldea, crecí entre gente puros pobres, lo mexicano me repica adentro y me está haciendo mucha falta mi Madrecita de Guadalupe... Si a eso vine.

El calor era sofocante, ardía, quemaba. Chombo, el negro panameño, y una negra de hablado de llorona, sacaban movimientos de la pereza de un como danzón calado de silencios, no para bailar, sino para rumiarse uno a otro frotándose, frotándose... La negra reía... Por momentos no bailaba sobre la punta de sus pies en el suelo, sino sobre las puntas de sus tetas en el pecho del negro. El Chombo iba juntando saliva blanca, de leche de coco, para tragársela o escupirla.

—¡Isкупí, isкупí más al cielo y en la jeta te va a cair!... —le chorreó al oído, la negra.

Chombo erizado sin vello, sólo los poros de fuera, puso los ojos en blanco. Se reía también con los ojos. A la negra no le gustaba aquella mueca.

—Chombo no baile como muerto...

Desde la trastienda arreglada como salita con muebles de mimbre, retratos de familia en medallones, la hora fija en un reloj de bronce, flores de papel, abanicos y plumas de pavo real, donde conversaba el Padre Ferrusigfrido con Piedrasanta, éste seguía atento a lo que pasaba en su negocio, del mostrador para afuera, porque del mostrador para adentro fuera del pedazo de la cantina, hasta las moscas estaban dormidas.

—No me acuerdo si desperté al fin a mi mujer, tiene que estar en el amasijo, y ésa es otra, el panadero notificó hace días que si se declaraba la huelga aquí, él no amasaba más pan por solidaridad con los trabajadores de las plantaciones. Hay un montón de palabras que antes no se oían y ahora se oyen a cada rato... So... li... da... ri.. dad...

—Me voy Piedrasanta...

—¿Se va, Padrecito? Vale que usted ya dijo su sermón sobre la huelga con acompañamiento de fox. Hizo como los evangelistas que se baten a pura melopea.

—Pero contra éstos tengo mi aliada, y a eso había venido, no para hablar de la huelga. Quiero una imagen de la Virgen de Guadalupe de regular tamaño, la vamos a entronizar en el altar mayor.

—¡Buena aliada se ha buscado usted contra los Evangelistas, los Protestantes, los Pentecostales y los... huelguistas!

¡En manera alguna contra los huelguistas!, no revuelvas el sebo con la manteca, ella es india, descalcita y trigueña, y no puede estar contra los que son como ella.

El negro Chombo alloronando la voz para imitar el hablado de la mujer que lo acompañaba, una calavera sacada de un incendio que se le pegó al vestido amarillo, y le canturreó:

«En una mesa pobre,

¡ay, qué dirán, qué dirán, qué dirán!, un verde limón con hojas, si me acerco te retiras, si me retiro te enojas, óyeme, linda de amor...»

«Dicen que ya no me quieres,

¡ay, qué dirán, qué dirán, qué dirán!, porque no tengo calzones, tú tampoco tienes naguas, sólo tienes pantalones, óyeme, linda de amor...»

El Padre Ferrusigfrido quiso frotarse las manos, pero empapadas de sudor como las tenía, no era fácil deslizar una con otra, y contentose con sonreír. Salió. Olía a cosmético ranciado por el calor y a sotana sudada.

Las zarabandas vacías. La poca gente que había la espantó la escolta. Don Pascualito disolvió la existencia de todo lo que su resplandeciente reflector locomotivo iluminaba en la plaza, despidió a los amigos y se marchó con su mujer del brazo, terriblemente enojado contra el Comandante.

—¡No hay fracmasón bueno —le decía a su mujer—, autorizar a ese pícaro para que se pudiera bailar en «La Bola de Oro»! ¡Bueno estuvo que vino la escolta y no hubo gente! Después de todo cumplió con no tocar «Machaquito», sin duda porque allí estaba el Padre. ¡No, no vayamos del brazo...! es que oigo, oigo... oigo la música y la letra... ¿A dónde va Pascualito con esa puta del brazo?

—¡Ah!, ¿y así dicen? ¡No me lo habías dicho, Pascual! ¡Ya van a ver quién soy yo! ¡Ya los voy a hacer cantar!: «¿A dónde va Pascualito con la Alcaldesa del brazo? ...»

En la tiniebla, después de arboledas compactas, entre unas casas, unas calles con baches, unos puentes sobre tomas de agua de regadío brillaba una barraca pintada de blanco iluminada con luz eléctrica. Al frente se leían en un gran rótulo, estas palabras: «La Buena Nueva». Dentro, un hombre peroraba en un como púlpito y un centenar de personas repartidas en escaños, sillas y bancas, le escuchaban.

—...No es que pase un camello por el ojo de una aguja —predicaba—, sino por la Puerta de la Aguja, que era la puerta más estrecha de Jerusalem. Primero pasa un camello por la Puerta de la Aguja, que el rico por la Puerta del Cielo... Jesús no podía ser exagerado... Era objetivo... Y allí está la Puerta de la Aguja, por donde no pasa un camello, y allá está la Puerta del Cielo, por donde no pasará un solo rico...

—¡Ay, ay... —se alzó gritando enloquecido Good-die, uno de los asistentes—, ay, ay de aquella ciudad de Nueva York, de aquella ciudad poderosa! ¡Ay, en un instante ha llegado tu juicio! Y los negociantes de la tierra prorrumpían en llantos y lamentos sobre la misma: porque nadie comprará ya sus mercaderías. Mercaderías de oro y de plata, y de pedrería, y de perlas, y de lino delicado, y de púrpura, y de seda, y de escarlata, y de toda madera olorosa, y de toda suerte de muebles de marfil y de piedras preciosas, y de bronce, y de hierro, y de mármol, y de cinamomo o canela, y

de perfumes, y de ungüentos olorosos, y de incienso, y de vino, y de aceite, y de flor de harina, y de trigo y de bestias de carga, y de ovejas y de caballos, y de carrozas, y de esclavos, y de vidas de hombres o gladiadores... ¡Oh, Nueva York!... Los traficantes de estas cosas que se hicieron ricos, se pondrán lejos de ti; por miedo y gimiendo y llorando dirán: ¡Ay, ay de la ciudad grande que andaba vestida de lino delicadísimo, y de púrpura, y de grana, y cubierta de oro, y de piedras preciosas, y de perlas... cómo en un instante se redujeron a nada tantas riquezas... cómo fue asolada en un momento... y todo piloto y todo navegante del mar se parará a lo lejos, viendo en el lugar en que estaba Nueva York, el humo!...

Un grupo de oyentes se levantó para asistirlo, Good-die estaba en pleno delirio apocalíptico, mientras una banca de viejas con caras de banqueros biblia en la mano, batuqueaban con la cabeza signos de aprobación.

—¡Gudeycito...! —le hablaba con la voz tierna del hombre débil que sabe que habla en español, medio desnudo, la piel olor de banano verde—, Gudeycito, Gudeycito, sos un gringo santo, miserable como nosotros, sin más almohada que tu biblia ni más cama que la tierra...

—Amados hermanos míos —se alzó una voz potente, al restablecerse el silencio respetuoso en que estaban, antes de los gritos de Good-die, era el reverendo Cassey, pastor de la Iglesia Congregacionista de Los Angeles—, mis amados hermanos, vamos a examinar esta noche el peligro de los que desfiguran las enseñanzas de Cristo, por temor a la verdad. Repiten, elocuentemente, desde sus cátedras, otrora sagradas, que Jesús echó a los mercaderes del templo, pero lo dicen con los ojos cerrados para no ver a los mercaderes y tenerlos que arrojar de sus templos y congregaciones. Son mercaderes, os dirán luego, excusándose o tratando de excusarse, pero sólo Dios ve en los corazones, como si los mercaderes tuvieran corazón y como si el

Señor hubiera esperado a que su Padre Santo, echara los ojos en el pecho de los cartagineses. Los lanzó fuera y fue la única vez que se nos muestra colérico y airado. El mercader no debe estar en el templo sino fuera.

El padre Fejú se había detenido a escuchar la mala prédica, el rosario en las manos, la cabeza tonsurada sobre el cuello de filo blanco y la oscuridad de la noche, como una inmensa sotana. ¿Por qué no nos será permitido a los sacerdotes, se preguntaba, entrar a discutir con estas encarnaciones del demonio? ¿Por la libertad de cultos? ¡Valiente libertad! Si nos fuera permitido, le enrostraría... ¿qué?... ¿qué le enrostrarías... ¿Has echado tú a los mercaderes del templo?... Se mordió la lengua intencionalmente. Hasta los ganglios le dolieron, tal mascón se dio.

Un guardavías, enrojecido por el rubor que le causaba hablar en público, se arrancó a decir, cuando ya no le fue posible callar más:

—¡Basta reverendo Cassey, basta...!, ¿hasta cuándo se va a acabar la Edad Media? Se predica la palabra de Dios, como si Dios fuera ajeno a lo que está pasando en el mundo en esta hora. Ustedes, sus representantes, serán ajenos, porque son

ciegos, sordos, mudos y mancos, pero Dios no, no... Sus historias del camello por el ojo de la aguja, de la expulsión de los mercaderes, no significan nada, en este siglo en que ni Sansón podría derribar el templo construido sobre columnas de dolares... ¿Cómo va a hacer, reverendo Cassey, para echar de su templo a los bananeros que manejan mil quinientos millones de dolares?... Ja, ja, ja, el camello, los mercaderes, historietas, ya la historia sagrada ustedes la volvieron historieta!... ¿Por qué no se plantean en las iglesias y congregaciones los problemas actuales: la mortalidad infantil, el salario mínimo, la jornada humana de trabajo, el seguro para la vejez?...

El Padre Ferrusigfrido Fejú no oyó más. Internóse en lo más negro de la oscuridad, con el pañuelo en la mano para enjugarse el sudor que le bañaba por duchas. Todo olía a flores y frutos candentes. El retumbo del mar se oía como si existiera una segunda naturaleza para adivinar las cosas profundas. El llanto le indigestaba los ojos.

—¡Salid, salid lágrimas —se dijo—, sois el excremento de los cobardes.

Mordió el pañuelo, lo rasgó con los dientes y con los pedazos enjugose el llanto.

Iba igual que perdido por las calles del pueblo, por las pocas calles del pueblo. Le llamaban. Sentía que le llamaban. No eran sino moribundos todos sus feligreses. ¡Confesión!, ¡confesión!, le pedían. No eran moribundos sino combatientes. Levantar el estandarte con la divina imagen de la Virgen de Guadalupe. ¿No era como él, un simple cura el Padre Hidalgo?... ¿Qué esperaba? ¿Qué esperaban para empezar el combate?...

En el silencio, ya más acolchado, de la noche, parte de la escolta arrastraba hacia la Comandancia, su sueño, su calor y su cansancio. El capitán Salomé al pasar por la capilla de los que predicaban la «Buena Nueva», se detuvo con sus hombres a escuchar:

El reverendo Cassey contestaba al guardavías:

—No veo por qué duda este querido hermano nuestro que se puedan combinar los negocios con la religión en beneficio de los trabajadores...

—¡Protesto! —levantó la mano, como en clase para pedir hablar, una dama de aspecto joven por la frescura de su piel blanca, rosada, en contraste con su cabello cano—. El reverendo Cassey no puede insinuar como solución válida al problema, lo que fue denunciado por «The Witness», nuestra publicación episcopal, sobre el objetivo de este pretendido entendimiento entre el clero y los hombres de negocios, esclavizar a la clase obrera, privándola de la quinta libertad o sea la libertad de iniciativa.

—No insinúo nada —argumentó Cassey con la voz más amable— y si no estoy mal informado, la protesta de «The Witness» iba dirigida más que todo contra la invasión del campo religioso por los grandes consorcios.

—¡Nosotros resistimos y resistiremos —alzó la voz bien timbrada la dama y se puso en pie—; nuestras iglesias y congregaciones demostraron que son poseedores de grandes fuerzas morales, pero los grandes consorcios parecen dirigir sus miradas

hacia la religión católica!...

—Amados hermanos —cortó Cassey—, vamos a dar por terminada nuestra reunión, entonando el versículo segundo del breviario.

Y todos se pusieron de pie para cantar:

«Dios trajo sus manos,

que son las manos de los hombres que trabajan y les dijo: ¡Construir la ciudad! y la construyeron...»

«Dios trajo sus manos,

que son las manos de los hombres que trabajan y les dijo: ¡Destruid la ciudad! y la destruyeron...»

Salomé al frente de sus hombres siguió su camino. La paz del domingo empezaba en los campos. El cabo Rancún le tiró del brazo para detenerlo al pasar por un sitio emboscado, donde la ruta de tierra que ellos llevaban saltaba sobre la vía férrea, y le señaló en lo alto de un amate, un tecolote.

El capitán y la escolta se desviaron para no pasar cerca del ave de mal agüero y como se junta una culebra macheteada, la mitad de la escuadra al mando del capitán Cárcamo uniéndose a la columna que siguió adelante en un solo cuerpo.

—Ni por casualidad se asomó a mi pabellón, ayer, ¿verdad mi capitán? —dijo Cárcamo al aparear el paso al de Salomé.

—Y no vio que el jefe me tuvo bien trabado con el informe sobre el material que hay que pedir, por si estalla la famosa huelga.

—De eso quería yo hablar, capitán; hay que pedir bastante parque, un buen lote de ametralladoras y fusiles...

—Lo que dicen que van a mandar son bombas de mano...

+++ —inmejorable, ¿no le parece?

—Lo malo es que usted, capitán Cárcamo, está malgastando mucho cartucho. Ahora en la noche, por lo menos se rempujó mil tiros.

—No sea exagerado, amigo, no creo que tenga tan mala oreja para los fuegos de fusilería...

—¿Capturó o mató a alguno?

—Orden hay, pero se dispara al aire...

—Mejor...

—Echose el perro después de dar tres vueltas para un lado y tres para otro, con usted, capitán Salomé, veo que se puede parlamentar.

—¿De qué se trata?

—Voy a irlo a ver a su pabellón. ¿Quién fue su centenario en la escuela?, se puede saber...

—Agustín Yáñez...

—No lo conocí...

—Extraño, porque estuvo mucho tiempo de alta en la capital... —¿Se escriben con él?

—Nos felicitamos para nuestros cumpleaños. Es un tipo muy bragado.

—Mi centenario es Timoteo Benavides, pero estuvimos un poco distanciados: en una fiesta del Casino, me quiso soplar una dama y le salió el garañón Cárcamo. El muy bandido sólo así me dice.

—Lo conozco mucho —dijo Salomé—, iba a ser padrino de matrimonio de un primo hermano mío, pero en eso lo mandaron en comi sión y...

—¿Y por eso conoce como sus manos la frontera del lado de México. Nos aventajó, porque ya es Mayor.

—No hay ascensos, ¿verdad usted?

—No

XXIV

—Es india, es india, es india —se decía el padre Fejú—, no vino de ningún Sinaí ni pasó por ninguna Biblia. Salió, como la rosa de la morena América, de las rosas del Tepeyac.

Vio llegar la mañana, en oro rosa desvanecerse los luceros, el techado de luceros parpadeantes con diferente fuego, desde el rojizo hasta el de María...

—¡María, estrella de la mañana!

Ya estaba sobre sus pies, empapado en la caliente sopa del sudor de las sábanas, que un baño con guacal y agua tomada de una improvisada tina, se llevó al refrescarlo de la cabeza a los pies. Jabón y agua. Más jabón y más agua.

Se vistió a la luz de una candela, aunque ya el claror celeste del día dejaba ver los objetos, repartidos en una mesa, al centro el Cristo de madera, escultura antigua que trajo de su tierra y que se decía anduvo leguas con fray Bartolomé de las Casas.

Le contrariaba no tener una imagen de la virgen de Guadalupe y volvía a ver a uno y otro lado, como si, allí donde no había nada más que las paredes sin repellar, por milagro pudiese aparecer la soberana que no quiso seguir solamente en el cielo, para alegría de los ángeles, y se pegó en pétalos de rosa al pelo hirsuto del poncho de Juan Diego.

Se frotó las manos. No tenía su divina imagen, pero algo sabía de dibujo y pintura. Trazarla y colorearla con los colores de la mañana Pero dónde y con qué. Y, ¿por qué no pensar en las rosas?... Si para pintarse ella misma no necesitó de colores ni de artífice, sino de rosas y de la fe del indio, con tal que hubiese por allí algunas de esas preciosas flores, podría tenerla. Juntaría los pétalos rosados, blancos, amarillos y la vería patente con sólo mirar reunidas las rosas.

Pero no, no había rosas. Las flores de los altares eran de papel y lo más aparente eran unos gladiolos ya marchitos y unos jazmines oxidados por el calor.

Se apresuró a salir de la habitación a la sacristía a prepararse para la misa, pensando qué limitado es el hombre cuando sólo quiere hacer uso de sus recursos materiales. Porque, ¿por qué, Señora de Guadalupe, este tu humilde clérigo del montón, no os pinta como es debido, no con rosas, no con pinceles, no con colores, sino con palabras? ¿No es sencillo entender esto, mi Señora? ¿Por qué entonces confundirnos?... Por torpe que sea mi palabra, si tú me iluminas, quedarás viva en el ambiente de la iglesia, en el universo de la costa, si tú me iluminas, si tú mueves mi lengua con tu inspiración de indita.

+++de indita que va a la fuente a llenar su cántaro, que al mercado va por las comidas, que vuelve a casa y ayuda a todos, que no hay pena que no mitigue. ni gusto ni alegría que no participe... ¡India!... ¡India!...

¡India!...

Y se complacía en tal forma en llamarla india, allí donde todo hedía a yanqui, que se dio cuenta que estaba diciendo la misa, cuando inclinado empezó a rezar el

«*Confiteor-Deo*».

El clima suavizó un poco. Vio la iglesia llena, cuando se volvió al «*Dominus vobiscum*». Vientos benéficos soplaban del mar barriendo un poco la abochornada atmósfera de los últimos días.

Y pasado el Evangelio, se trepó al pulpito, y empezó como dirigiéndose a alguien allí presente:

—¡India, India, India de América...!

—Al curita ese le gusta el pescado sin espina —comentó el Alcalde en la peluquería—, casi nada, quiere una Virgen hecha de rosas, sin espinas.

El maistro barbero, atolondrado por el paludismo, le volvió la espalda. Hubiera querido mostrarle a don Pascualito, más abajo de la espalda por imbécil. Y le contestó:

—No es eso amigo, es que para espinas, la tuna, y los hombres se la comen, aunque se espinen la mano.

Pero tan mal estaba de físico el rapabarbas que don Pascualito le tomó la respuesta golpeada a la biliosidad e impaciencia que provoca el paludismo cuando ya va tocando los centros nerviosos.

—Maistro, lo que debía es curarse esa vaina que tiene, antes tan sociable y ahora nada se puede hablar con usted, antes nos leía el «Oráculo», le echábamos al «tute», al «dominó». «Los Equinoccios» era nuestro club social, y ahora como no sea oírlo pujar y saborear el fiambre de la fiebre en la boca.

Al irse el Alcalde y quedar a solas, el barbero llamó a la Mincha, su tercera legítima, a quien por eso llamaba «*Tercerola*» nalgona y fea y por pequeña, y le pidió que se corriera hasta la iglesia, a llamar al padre Fejú. La mujer al oír aquello se echó a llorar amargamente.

+++ alarido tras alarido. Y no se calma, si el pobre hombre no se endereza en el sillón en que se clavaba días enteros, para decir:

—No seas tonta, no seas tontita, no lo mando a llamar porque me esté muriendo, sino porque le quiero regalar esa imagen que tenemos en el cuarto.

La Mincha, al saber aquello, voló hasta la sacristía a llamar al Padre. Y como su marido le advirtió, apretó los dientes antes de contarle para que lo llamaban, porque su viejo, pobrecito, quería tener el gusto darle la sorpresa con el regalo.

Le comía la lengua por decirle al Padrecito el motivo del llamado, para que no fuera a creer que por algo de gravedad del enfermo, pero no soltó prenda. Volvióse. Había que sacudir un poco el cuadro y la santa imagen, tan entelarañados y empolvados estaban.

El Padre Ferrusigfrido no le preguntó para qué lo llamaban. Un cristiano que arregla cuentas con Dios a la hora de la muerte, supuso. Y no tardó en presentarse en «Los Equinoccios».

—Buenos y santos días... —asomó diciendo por el espejo.

Para el barbero, clavado en el sillón, asomó por el espejo que estaba colgado

frente a la puerta de la calle.

—Se le saluda, Padre... —le contestó don Yemo.

—¿Cómo sigue?... Supe que estaba muy enfermo... Su esposa estuvo a pedirme que viniera a verle, y aquí me tiene a sus órdenes.

—Gracias por haber venido. Supe que hablando de la Virgen de Guadalupe, esta mañana, en el sermón, se lamentó de no tener su imagen en la iglesia... Esta mañana, en el sermón...

La fatiga no dejaba hablar al barbero. Se quedó callado, fijos los ojos en el piso, helado el cuerpo, cristalizado el pelo como de hielo, los cartílagos de las orejas, transparentes. La esposa vino a restregarle en los labios resecos un poquito de manteca de cacao.

—Allí... —trató de señalar con el brazo, la Mincha se lo detuvo para darle el gusto y que señalara dónde, ¿por qué iba a privarse de su ademán preferido, copiado de Napoleón?—, allí en ese cuarto tenemos una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, llévela, llévela, en la iglesia quiero que esté...

El Padre Fejú sustrayéndose al cuadro doloroso del enfermo que miraba fijamente al suelo, frotóse las manos, aplaudió y prorrumpió en un grandioso ¡viva!...

Y al solo cruzar el umbral de la pieza, cayó de rodillas ante la imagen que la esposa había descolgado para sacudirla y estaba en el suelo, recostada en la pared.

Salió abrazado a ella. No vio al enfermo. La proximidad de la muerte no podía empañar su alegría. Que los muertos entierren a los, muertos. Entronizaría a la India americana en su templo, él, él, Ferrusigfrido Fejú, y enseñaría a todos a decir:

¡Tú naciste de las rosas, nadie lo puede dudar, como nacen las naranjas de las flores de azahar!

¡El humo del braserío que le quemaba los pies, quedó convertido en rosas y tú naciste después!

¡En el poncho de Juan Diego la Libertad se adivina, con Hidalgo a sangre y fuego, te bates, Cuauhtemocina!

Hombres de todas las edades, acostados en el suelo, sin más indumentaria que el taparrabo, seguían callados. No era fácil contestar.

+++ seguían callados, como el domingo, desde que se propuso lo de no trabajar si no les mejoraban la paga.

Lo propuso un hombre recién llegado a las plantaciones, que traía en la voz el fuego de la tierra y el fuego del aire, un tal Andrés Medina.

—¿Hay mucha fruta cortada? —preguntó alguien.

—Algo hay —contestó el recién llegado— y están cortando plebe porque los cortadores no tuvieron domingo.

—Debe haber vapor esperando en el puerto...

—Mejoi todavía...

—Nadie carga, pues, muchá, si no nos pagan más...

—¿Y si nos hacemos de delito?

—¿Por qué va a ser delito ponerle precio a tu trabajo? Les advertimos antes de empezar a cargar, queremos que nos paguen tanto más,

y ellos dirán. Pagan eso, trabajamos. No pagan eso, no trabajamos.

—¡Muy bien!... Como no pueden dejar perder la fruta y como tampoco pueden dejar al vapor esperando la carga, seguro que conseguimos que nos aumenten esos centavos más en el jornal.

—Bueno —dijo otro— ha terminado esta reunión del «Arenal de los Gambusos», y de mi parte, primero me rajan que levantar un racimo, si no pagan lo que se ha dicho. Jurado queda!... —Todos vamos a jurar, y se llamará éste: el juramento de los «Gambusos».

Se levantaron para jurar. Los más viejos quedamente, ya eran terrones para la tierra. Los de cuarenta, con la voz seca. Los más jóvenes con la voz desbordada.

En seguida acordaron recorrer los otros campamentos, volverse a reunir el próximo domingo, en el «Arenal de los Gambusos» a la hora en que murió Cristo, las tres de la tarde, y no decir una palabra. El paro si no les aumentaban el jornal, debía surgir como asunto del momento. La suerte señalaría al que primero debía negarse, el cual tamsería el llamado para imponer las condiciones de mejor paga. Pasaron de largo por el campamento de los «huataleros». Descansaban embrutecidos de fatiga, sobre la tierra plana, sin cerrar los ojos, para darse cuenta que vivían o apretando los párpados para borrar la existencia. Estaban allí de domingo para trabajar mañana. No era domingo el suyo, sino espera de trabajo. No dormían. La modorra les rellenaba el hondón de la conciencia.

Frente a un grupo de estos animales humanos, apenas unos trapos sobre las vergüenzas, se detuvo una tropilla de muchachas de vestido azul, cuellos y puños blancos, zapatos blancos, y cofia también azul de reborde blanco sobre la frente.

—¡Atalaya!... ¡Atalaya!... ¡Atalaya!... —anunciaban una revista impresa en papel porcelana.

Uno de los «huataleros» se sentó a escuchar el mensaje de la «Buena Nueva» que una de ellas leía en mal español de colegio de castellano. Caras de porcelana, ojos de porcelana, manos de porcelana, y el Evangelio con figuras de porcelana.

El respirar de los hombres, indiferentes a todo, quedaba tras ellas, narices de bestias que husmeaban, al final del domingo, lo que les esperaba el lunes. Tocaba botar huatal en lo más ínfimo, donde el empanzamiento del humus en brote de agua, continúa bajo el terreno móvil. Primero botar el huatal para darle entrada al solcito. Luego dejar que enjute, ya emparejando, no sea que enjute mal y por último sembrar las hijuelas de las nuevas plantaciones. Ya era «bruto» lo que tenían, pero querían más y ese más había que buscarlo hacia el mar, hacia el paludismo, hacia la serpiente, hacia la muerte.

Las propagandistas de la «Buena Nueva», se encaminaron hacia las casas de los trabajadores.

—¡Atalaya!... ¡Atalaya!... ¡Atalaya!...

Los peones tendidos en hamacas, sin hamacas no hay domingo, en la parte bajo de las casas, junto a las pilas y las cocinas, las saboreaban con los ojos codiciosos, sonrientes, mientras ellas explicaban en rueda de mujeres y niños desnudos, palomitas los varoncitos, rendijas de alcancía las hembritas, el Evangelio del día. Luego regalaban las revistas.

Los «Gambusos», repartidos cada quien por su lado, cual estuvo en los campamentos, cual fue al pueblo, cual asomó por las «yardas», cual anduvo entre la gente suelta, se reunieron más noche, alrededor de las cocinas, para darse al pálpito.

—¡Favorable!... —dijo el que venía de inspeccionar el corte—. Están cortando en grande y mejor que les ande la mano, como hay luna van a cortar hasta tarde; ansina hay más cabe de que nos aumenten; preferirán pagar a que se les pierda toda la fruta.

Menos optimista fue el informe del que anduvo entre la gente suelta.

—Hay mucho hombre esperando ser «lunes con trabajo»... Si nos otros nos negamos, echarán mano de todos ellos.

—Si meten a éstos vamos a tener que trabajar forzados...

—¡Yo no, juré no trabajar si no me pagan más, y no cargo un solo racimo así me partan en dos! Por otra parte, quién les dice, muchachos, que esos que quieren ser «lunes con trabajo» se nieguen a ocupar nuestros puestos, al vernos echados por reclamar mejor paga...

El que venía de hablar con los jaladores de fruta del grupo del Indostánico, Rey Benigno, Pajuilón, Tortón, Porras, Sholon, Bucul, Motejute, informó que mostrábanse resentidos por no haberles consultado, pero que apoyaban la idea decididamente.

Mucha fruta cortada y muchos hombres desocupados para tomar el trabajo, si ellos se negaban a cargar, eran los extremos del asunto, y como posibilidad remota, el que la gente suelta se negara a sustituirlos, al ver que los echaban por exigir mejor jornal.

Y no acababa de hablar el que sacaba la conclusión cuando asomó entre estornudos, el que venía del pueblo.

—Estuve donde ustedes no saben... estuve en la iglesia... el Padrecito se ha vuelto loco... grita que los trabajadores debemos decirle a los racimos: ¡algún día valdrán para nosotros, lo que hoy valen para otros!... Dice, además, que ya no estamos solos en las plantaciones,

porque está con nosotros una Virgen que es como nosotros, pura india... ¡Nada de extranjeros! La Madre de Dios es india, y está de nuestra parte, si le pedimos auxilio. India, descalza, de pelo negro y ojos achinaditos.

—El informe de éste no cambia la conclusión: mucha fruta cortada y mucha gente sin trabajo esperando engancharse mañana lunes... —repitió el que los encabezaba y apartóse para leer un mensaje que le acababa de entregar el que venía de la estación de Río Bravo. «resultado mañana influirá decisión acelerar huelga general. Ni un un

paso atrás» firmado con una llave.

Dobló el papelito en dos, en cuatro, en seis, en ocho, lo hizo una píldora y se lo tragó.

—Dios nos cría y la huelga nos junta —se dijo—, volvemos a estar juntos con Octavio Sansur; la otra noche lo reconocí, pero se me perdió; el amigo Key, que en español debía traducirse ganzúa porque sirve para abrir todas las puertas, me contó que había estado de paso, qué grave responsabilidad la de este movimiento y pues se amplía al Pacífico, por qué no a la Costa Norte de Honduras?, si ellos son varias compañías y un solo consorcio verdadero, ¿por qué no les oponemos nosotros un solo frente?... Y a propósito de la Costa Norte, la Clara María Suay no me reconoció... Anda de muy tortolita con uno de los oficiales de la guarnición... Sería útil hablar con ella, recordarle sus tiempos en la cantina «Dichosofuí»...

En el campamento se apagaban los pasos. Un aullido. Tal vez un coyote. El pitazo de un tren. Más tarde las escoltas. Y la voz de algún chusco:

—¿Por qué no se llevan preso al calor? Voces gritos, culatazos...

—¿Qué pasa?

—¡Nada, siga su camino!

—Yo vivo aquí...

—Pues métase a su casa...

—¡Cárcamo si sos vos... no te había reconocido... yo soy Andrés Medina... mi hermano!

—¿Y de dónde asomas, vos, Andresito?

—Venía para el campamento...

—Andas trabajando...

—Ando de cortador de fruta, ¿y vos?, ya veo, en la guarnición, ¿desde cuándo estás de alta por aquí?

—Hace sus cuatro meses...

—¿Y estás contento?

—No muy...

—Te voy a ir a ver un día que estés franco...

—Veníte cuando querrás...

—Te voy a llevar unos tus jocotes, ¿te acordás cuando te llevaba jocotes a la escuela?...

—Te dejo, Andresito, porque tengo que ir por este lado en busca de un compañero, y el jalón es largo. De paso inspecciono los otros campamentos. ¿Qué me contás de la huelga?

—No sé nada... Te voy acompañar...

—¿Y por dónde te has estado?

—Por la Costa Norte...

—De por allí es la mujer de ese compañero que te digo que voy a buscar. Es de apellido Suay.

—¡Ah, sí!

Marchaban en silencio, Andrés insinuó:

—Con que no estás muy contento, y eso que has de tener muchas ventajas: el tiempo de servicio te lo cuentan doble, mejor sueldo, sin duda, y las facilidades de comprar tus cosas en el comisariato y de aprovechar tus francos para jugar billar, chupar, echarle al boliche, al baile y a todo allí con los gringos.

—Los detesto...

—¿Hablás inglés?

—Lo aprendí, pero no lo hablo...

—Es curioso, yo creí que los oficiales eran muy amigotes con ellos...

—Las apariencias engañan, Andresito... y hablando de otra cosa, hasta hablar de ellos me cae mal, ¿te acordás de la Malena Tabay?, sigue de directora de la escuela de Cerropom...

—Hace muchos años que está allí... ¿No se casó?...

—No...

—Tu primer amor, Cárcamo...

—Así dicen las malas lenguas...

—Pero déjame recordar cómo te decíamos: «Torasno».

—Lo primero no me daba cólera porque era un toro, para pelear, pero lo segundo sí, era un positivo asno para que se me quedaran las lecciones...

—Estás igual... pero no por lo asno, ja, ja, ja, ja...

—Vamos a avisarle a mi amigo que ya llegamos... Cabo Rancún...

—A la orden, mi capitán... —cuadróse el cabo, terciaba la escopeta y la mano izquierda pasando sobre su pecho, hasta tocar el arma.

—Haga funcionar el despertador...

El cabo se retiró y un momento después se oía la descarga...

—Estamos aprendiendo a que nos fusilen —dijo con la voz enigmática, y mientras el cabo Rancún le daba parte de haber cumplido la orden, en una puerta que cubría una enramada, a la luz de una linterna se dibujaba la figura del Capitán Salomé.

—Andrés Medina... —lo presentó Cárcamo.

—José Domingo Salomé... —dijo el oficial, al estrechar la mano de Medina.

—Mucho gusto... —murmuró éste.

—Un compañero que es como mi hermano —explicó Cárcamo— somos del mismo pueblo, barrigas verdes, crecimos juntos...

—Los dejo, señores capitanes, porque ustedes siguen hacia el cuartel, por aquí, y yo vuelvo a mi campamento.

Se despidieron. Medina se achaparró detrás de unos tunales gigantes entre cañas y matorrales. Al perderse las pisadas de la escolta, sin hacer el menor ruido, aproximóse hasta la casa, por detrás, andando casi con las manos y los pies, igual que un mono. Por las rendijas de la pared tablas mal ajustadas pudo ver la habitación

iluminada y yendo y viniendo desnuda a Clara María, alta, tetuda, potrancona. Indecisa daba vueltas de un lado a otro. Su espalda estuvo tan pegada a la rendija que a las narices de Medina casi llegó el olor a su carne trigueña sudorosa, y pudo verle de cerca en la cintura, un lunar en forma de crucesita, hacia atrás y hacia adelante, la cicatriz de una operación quirúrgica. No la gozaba. La memorizaba. La luz se apagó. El viento. Ella la volvió a encender. Se levantó un seno para verse la punta. Se rascó un muslo. ¡Eh! ¡Eh! Hacia la rodilla los haces de las venas azules. Los mosquitos no lo dejaban en paz. Manoteó. Por instinto. Ella percibió el ruido. Puso los ojos en juego y de un solo paso aproximose a la mesa que estaba junto a su cama, y se apoderó de un revolver.

—¿Quién está allí?... Hable o dispare... Nadie. El viento. El ruido de las maderas que se quejan de calor. Al salir a la puerta, envuelta en un batón solferino, vio caer una estrella. Apresuróse a hacer un voto para que se le cumpliera. ¿Qué pidió. Pidió algo que todo su ser estaba reclamando.

XXV

Seguía siendo de noche. Seguía siendo domingo en la noche. Un pedazo de luna metida en agua, lengua muerta de la que caía frío en el horizonte caliente. No amanecía. No. Ni señas del alto amanecer. Ni señas. No amanecía para los que esperaban ver aparecer la luz de espejo de la madrugada que en la costa sale del mar. ¿Por qué cantan los gallos? ¿Por qué amanece? Pero no amanece. Otros gallos cantan. Otros ruidos barren el silencio que vuelve a quedar como basura del domingo, después del canto de los gallos y del paseo soterrado de sombras encadenadas.

Día lluvioso. Este llover ya es del lunes. Lluvia contra las carnes de los que van al trabajo, casi desnudos y trotando. Caites, taparrabos y sombreros. Tienen diez y ocho años, tienen veinte años, tienen veintidós años. A menos que al salir el sol escampe, será día de agua. Si sale, porque no amanece. Y jalar fruta por entre la lluvia, bajo los aguaceros, no tiene gracia. De ninguna manera tiene gracia. Pero es peor con lluvia. Todo resbaladizo. Los racimos, el suelo. El suelo como cáscara de plátano. No amanece. El que no entierra bien las uñas se va con todo y carga. Otros gallos. Otros ruidos. Pero no amanece. Llueve. No a lo macho. A lo tonto. Al tiempo de pasar uno al lado del otro, como amenaza duró la palabrota que aquél dijo y éste dijo y aquél oyó. ¿Quién de los dos la dijo? ¿Quién de los dos la oyó? ¿El que iba? ¿El que venía? Porque a veces pasa eso, mientras amanece el lunes, entre los que van al trabajo casi desnudos y trotando. Ahora no amanece y trotan bajo la lluvia. Tienen diez y ocho años, tienen veinte años, tienen veintidós años. Se defienden con los sombreros, inclinada la cabeza, para no recibir el agua caliente de la lluvia tropical en la cara. Los que van adelante, adelante se detienen. Los que van en medio, al medio se detienen. Los que van atrás, atrás se detienen. Rodean a un hombre cubierto por una capa de hule, el sombrero de corcho bajo el capuchón, los zapatos de hule bajo el capuchón. Lo embebe de luz amarilla un farol que se le mueve en las manos. Otros faroles. Iban apareciendo otros faroles. Los más lejanos agitados tan violentamente que más que faroles de luces amarillas parecían avispa picándoles las manos a los encapuchados. Otros faroles y otros. De chapotear el agua alrededor del hombre, sólo sacan cansancio. Pero más, entre ruidos de cadenas flojas y rozaderas chirriantes, trajo la fruta acompañado de capataces y del «time-keeper». Se detuvo tremando, aun del fondo de la noche. Montones, volcanes de fruta. Retemblaba el terreno bajo el peso de las ruedas, en las trochas formadas con durmientes puestos como palos de fósforos. A medida que se iban aproximando al punto de carga se agitaban los faroles más próximos al jefe de caporales, acompañado de capataces y del «time-keeper». De detuvo tremando, aun frenado se arrastró en los rieles enarenados entre la primera fila doble de cargadores. Los borraba un aguacero torrencial, caliente, de tejido de hoja de bananal, de la que solo quedaba las fibras cuereando. Detrás de ellos, el aguaje ciego, ligoso, y frente a ellos, los vagones de carga por llenar, paredes y techos de zinc tronando bajo el chubasco.

El farol del hombre de la capa de hule, la capa le quedaba como un carruaje, se alzó lentamente hasta la cara del trabajador que sentía escurrirse por el pellejo el goteadero del sombrero de palma, su única defensa. Levantó el farol, se lo plantó frente a la cara, en la pura cara, no parecía quererlo alumbrar para ver quién era, sino quererlo quemar, sin saber su nombre, y tanto tiempo estuvo sin decidirse a tomar una resolución, con el trasto del metal que se le balanceaba en el agarrador cerrado en su puño, que aquél tuvo tiempo de parpadear muchas veces. Y el ademán de alzar el farol y bajarlo se repitió muchas veces de una en otra cara de las dos filas de hombres medio vestidos o desnudos, con sólo el taparrabo, no sin cambios de palabras vio.lentas que el tronar del agua en los sombreros apenas dejaba oír.

Requirio el silbato. Lo apretó entre los dientes, ya mordió. Pitó. Pito. Pito. De los pitazos estridentes, ya eco lejano, quedaba cerca, como un pedacito de ruido que alguien se hubiera tragado, el hipo de los trabajadores, de Juambo, para más señas. Cada vez que el jefe de los caporales pitaba, llamando a la gente que buscaba enganche, se oía el hipo. Se deshizo del farol, sin apagarlo. Aclaraba y escampaba el aguacero. Lo puso en el suelo. Una pupila guardada en una bomba de vidrio con bozal de perro, bajo mil hilitos tristes. Y ya sin el farol pasó golpeando con su pellejoso capote de hule, los cuerpos de los jaladores que se negaban a cargar la fruta, si no les mejoraban el jornal y a no dejar el sitio, provocación que mantenía inquietos a los capataces que arrastraban lujosamente los látigos de trenza de cuero crudo, manatí, o verga de toro. ¿Por qué aceptar el desafío? Sin necesidad de pegarles, a empujones los echaría de allí. Y si había que echar riata, pues también. Para eso estaban ellos. Para que los superiores no se ensuciaran las manos pegándoles a aquella punta de babosos. Disturbio. Ya lo creo que iba a haber disturbio. Disturbio iba haber. Salvo que les dieran gusto y les mejoraran el jornal. Pero, zafado eso, solo quedaba el látigo. Eso sí, que con tanta fruta cortada tal vez no convenía empezar. Un disturbio así se sabe dónde empieza, pero no dónde acaba. Acaban siempre en que de la Comandancia mandan tropas armadas y se llevan a culatazos a unos cuantos. Pero, con la espera, sufre la fruta. La que sufre es la fruta. Estos holgazanes que peligran. Nada. Más pálidos que manteca quemada, lo mismo les da una caricia que un golpe. El hipo del Sambito agudizaba las cosas. Hipaba por todos con hipo de hambre.

—¡Sho!... —lo enfrentó el jefe de caporales.

Pero Juambo, por miedo, lejos de callar, hipó más seguido, mientras sus compañeros esperaban en dos filas, con los brazos caídos, frente al cargamento de bananos que de las plataformas debían transportar a brazo y lomo a los vagones del ferrocarril para ser transportados al puerto, donde barcos fruteros los llevarían a tierras en que no hay tierra, sino todo es de acero, de vidrio, de cemento, y hasta la gente es como producto en conserva. Manos sin misterio, pulidas, desinfectadas, llevarían la fruta tropical a bocas de dentaduras cepilladas con dentífricos espumosos y de la boca, por gargantas sin amígdalas, a estómagos de animales casi vegetales.

El silbato conmovió a la gente suelta en los campamentos. Engancharse. Nadie

quería quedar atrás. Engancharse. Al acecho estaban y al asalto venían. Al que tropezaba y caía le pasaban encima. Engancharse. Ser los primeros. Por entre las luces de los caporales que les marcaban el camino, asomaron por grupos, sin librar la cara de las agujas del agua que arreciaba a ratos y a ratos escampaba.

—¡Aumento de pago cuando hay sobrados brazos... si serán brutos! —exclamó el jefe de los caporales, en tono conciliador, al ver venir tanta gente ansiosa por trabajar, pues su intención, dada la cantidad de fruta por cargar y las dificultades que se estaban presentando y el mal tiempo, era no perder brazos, sumar a los ya enganchados, los que venían a engancharse.

La luz acabó de encalar el cielo, una azulosa claridad disuelta en lluvia, y a su favor, mientras los caporales dejaban de balanar sus faroles, se encontraron los ojos de unos hombres curtidos por el fuego de la costa, ojos desorbitados, sin límites en los párpados ni en el mar ni en ninguna parte, y los ojos de los recién llegados, envueltos en recodos de montaña.

El primero de la fila de los enganchados que se negó a cargar, situándose a la cabeza de todos y en guardia junto al cargamento, alzó la voz para que oyeran lo que iba a decir, los hombres sin trabajo que venían a engancharse y que ya los estaban desalojando a empujones.

—¡No cargamos ni dejamos jalar fruta, si no se aumenta la paga, aumento para todos, porque lo que nos están dando es muy poco, no alcanza para vivir! ¡Ni un solo racimo se mueve aquí si no hay aumento! ¡Ni un solo racimo, si no hay aumento!... —gritó más recio—. ¡Ni un solo racimo, si no hay. aumento! —gritó con todos los pulmones—. ¡Aumento para todos!... ¡Para todos! ¡Aumento para todos!

El clamor se hizo general:

—¡Aumento para todos! ¡Para todos! ¡Para todos!

El jefe de caporales se le fue para encima al que los arengaba, pero éste que veía mejor con el rabo de ojo, que con el ojo, esquivó el golpe.

—¡Retírense! ¡Retírense...! —gritaba el jefe de caporales—. ¡Den lugar a la demás gente! ¡Los nuevos a sus puestos!... ¡Retírense los que no quieren trabajar!...

En el grupo de hombres sueltos, apiñados bajo la lluvia, hubo un primer impulso, pero no dieron el paso que los separaba del puesto, de los compañeros que los capataces trataban de sacar a empujones y cuerazos, en luchas cuerpo a cuerpo.

—¡Sin violencia!... ¡Sin violencia!... —gritaba el jefe de caporales, y enseguida redoblando sus gritos instaba a los otros a ocupar los sitios que iban dejando vacíos los que caían, los que luchaban con los capataces a brazo partido—: ¡A cargar muchachos! ¡Están frescos! ¡Entrenle! ¡Entrenle! ¡Todos, todos, a cargar! ¡Vamos! ¿Qué esperan?

—¡La fruta se echa a perder!...

Ninguno de los hombres sin trabajo se movió. Todos quedaron a la negativa mientras sus capataces seguían luchando con los rebeldes.

—¡Infelices!... ¡Porquería!... ¡Aprovecharse que la fruta no se puede quedar en

las plataformas!...

La voz del jefe se tornó súplica:

—¿Cargan o no cargan? ¡Se les está dando trabajo! ¡Manos a la obra! ¡Vamos! ¡Manos a la obra! ¡Carguen! ¡Carguen!...

—¡No cargamos! ¡Ansina no cargamos, patrón!... —exclamó con voz temerosa pero firme, el más alto de la fila.

—¡No le hables con miedo, vos!... —le gritaron por detrás—. ¡Venimos a buscar trabajo, pero ansina, no!

—¡No discutamos, se pierde la fruta!

—¿Por qué entonces no pagan más?... Los capataces se apaciguaron. El jefe de caporales fue a consultar el aumento a las oficinas de vidrios en los que la lluvia lloraba, oficinas con empleados rubios en camisa de lino blanquísimo, aplanchadas esa mañana, y donde refrescaba la atmósfera el aroma del insecticida perfumado que se usaba y el tiempo era un pasar eléctrico por relojes de esferas alumbradas con luz indirecta.

Se fruncieron las frentes, más por mover el pellejo endurecido, era pésima la calidad del agua con que se lavaba la cara, que por alguna preocupación, que no fuera la burocrática de ordenar a las dactilógrafas mover las cifras de los totales y cambiar las de los aumentos.

El Gerente de Zona se encontraba en la oficina próxima, pero se le llamaba teléfono y se le hablaba como si estuviera a larga distancia. Un dibujito en el block de notas del Gerente, un *cow-boy* tirando un lazo para atrapar un búfalo, fue todo lo que quedó. Lo hizo mientras concedía el aumento.

El jefe de caporales vino con la noticia.

—¡Concedido el aumento!... ¡Concedido el aumento!... —repitió a diestra y siniestra entre los enganchados—. Y ustedes, gente mugre —dirigióse a los otros de mal humor, al fin y al cabo eran los que le habían fallado—, engánchense, engánchense, incorpórense a los cuadrilleros, vamos, carguen, la fruta tiene que llegar a tiempo...

Los «Gambusos» se cruzaban al ir y venir de las plataformas a los vagones con la fruta en los lomos, sin mirarse, ya antes habían cruzado ojos inteligentes para decirse: hay que cuidar a dos hombres, luv que cuidar a dos hombres: al Andrés Medina, el que se echó la arenga y al canillón que se opuso a que los no enganchados trabajaran.

Juambo fue de las plantaciones al pueblo, del pueblo a su casa y de su casa regresó al pueblo, sin poder contar nada. No lo dejaba el hipo. Ni a madre le contó. Contar así era como ir de visita después de haberse tragado un rorró. Y ya eran muchas las horas. Ya no hipaba, sino lloraba. Un lloridito. ¿A qué niño se tragó? ¿Qué niño le lloraba en la barriga? ¿Un hermanito? Madre lo sabe. Le puso un lienzo de ceniza caliente en el estómago y estuvo cantando para adormecerlo... a él no, al hermanito, al hermanito que se tragó. Y unos traguitos de flor de anís. También unos traguitos de flor de anís. Madre sabe lo que es bueno y lo que es malo. Sólo ella sabe

lo que es bueno y lo que es malo, para su hijito y para el hermanito que hijo se tragó, y que llora y llora. El hipo es el lloro de su hermanito. Y ¿a qué vino a la barbería? Adolorido del esternón, de las costillas, de las quijadas, pandeado, los ojos como tubérculos de raicillas pestañosas, vino a que el muerto lo asustara. No se asustó. El maistro barbero muerto y no se asustó. Siguió hipando. La gente no se acostumbra a la muerte, dicen, pero se queda junto al muerto. Cuando debía salir de estampida, pavorizada, aullando. Hipaba. Turbaba a los que velaban, robaba solemnidad al cadáver en su único día de muerto fuera de la sepultura, tendido en su cama, con la familia y los amigos, entre cuatro cirios y coronas de simples ramas de cocal enrolladas y un ramito de jazmines. De qué le sirve hacer cara de circunstancias, si con el hipo les está arruinando la reunión, no tanto a ellos, sino al maistro que ya no tendrá otra igual en su casa. Pero mejor no pensar en tono de pregunta, porque el hipogástrico le andaba más ligero.

—Si se saliera un tantito al patio, porque Dios se lo pague, ya lo vio... —vino a decirle a Juambo una mujer enlutada, para sacarlo del cuarto en que el maistro estaba tendido, el cuarto vecino al taller. El espejo y los cuadros del taller se tendieron con lienzos blancos.

El Padre Fejú estuvo en el velatorio hasta cerca de las once de la noche. Por la tarde le ayudó a bien morir. Desde el momento que hizo donación del cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe, a la iglesia, no recobró el conocimiento. Sólo eso esperaba la Reina de los Cielos, para llevárselo.

El cura salió con Piedrasanta, Juambo fue tras ellos. Los alcanzó a media plaza.

—¡Señor cura, señor cura, quiero confesarle que lo que tengo no es hipo! ¡Es un revólver de viento!...

Hipaba... Hipaba...

—¡Me lo tragué para disparar todo mi odio al jefe de caporales...! en el disturbio... nos negaba el aumento... nos negamos a trabajar... y le pedía a Dios poderlo matar con mis disparos, fusilarlo, acribillararlo a hipo, a hipo...

—No te fatigues, hijo, quedas absuelto... ¿Hubo disturbios?...

—Sí padre...

—¿Graves?

—No pasó a más, pero... Hay que defender a Andrés Medina y a un canillón jefe de los sin trabajo...

—No le haga caso —intervino Piedrasanta—, dice lo que se le pone, como todos los mulatos. Qué disturbios... Hay que ver el armamento que están almacenando en el cuartel...

—Que Dios vaya contigo... —le puso el Padre Fejú la mano en el hombro a Juambo, el Sambito, sacó los labios, como si fuera a silbar, y con el soplo le hizo una cruz en la cara.

En el hueco de la mano izquierda deshacía la esposa de Piedrasanta unas hojitas de ruda, en el momento en que entraban de regreso al velatorio, el Padrecito y su

señor marido. Ahondó el cuenco y con los dedos de la mano derecha las molió en seguida. Luego aplicó esa masita verde a las narices y aspiró el aroma dormido de la ruda.

Ya en las sienes tenía dos rodajas de papa cruda y ya se había bebido una tisana de pericón y manzanilla, con su pizca de bicarbonato, algo le dolía la boca del estómago. Y ya podía hablar, sin que le agarrara la saltadera de los nervios, después del susto que se llevó en la peluquería

Pasó a indagarse cómo seguía el enfermo y a pedirle que le regalara un chorrito de agua de olor, alcohol perfumado o colonia, en un frasco que ella llevaba con aceite de parafina. Se mezcla, se agita y se aplica a los cabellos. El pelo queda brillante, seboso y fácil de ondular.

Como el peluquero no le contestara el saludo, saludó desde la la puerta como manda la buena educación, acercóse al sillón creyendo que dormía. Sí, dormía, pero tan profundamente que más parecía estar privado. Giraba sobre su cara un paraguas de moscas y mosquitos.

Un moscardón verde, igual que una esmeralda, le andaba por la frente, por los párpados.

Se le enredó la palpitación con la respiración, a la esposa de Piedrasanta, el aire con la sangre, el parpadeo del llanto con los labios parpadeantes de risa, al palparlo, al querer juntar las sílabas de la palabra que gritó después... ¡Muer... to!...

La Señora Mincha, su mujer, a saber si legítima o arrebiatada, igual sienten las arrebiatadas que las legítimas, vino con las manos y los brazos enjabonados. Estaba acabando de lavar una sábana. Sería un ataque, un desmayo. Mientras se medio secaba las manos, repetía las palabras desmayo y ataque y costó que se tragara, y se lo tragó a la fuerza pasándoselo con agua de llanto, el que su marido no estaba privado por la calentura fría del paludismo, sino muerto.

Le desabrochó la camisa, más bien fue el rasgón el que oyó, aprontando su oreja con un gran arito de oro al pecho del maistro Mugre, pelos y costillas. Chorreaban de sus ojos largos lagrimones, silenciosamente, sin encontrar lo que buscaba, el corazón, el corazón vivo, porque ya muerto no es el corazón. De uno de los pequeños escaparates de la peluquería sacaron un frasco con agua de colonia y la rociaron en la cabeza, la frente, los trapos, mientras la despegaben, la arrancaban del gélido despojo. Aire, aire... Pero no era falta de aire, al volver los amigos que habían salido para que la viuda respirara, la encontraron en la misma asfixia sollozante, quebrada de la nuca, el rictus de la boca del que no sabe qué decir, casi con la intención de llevarse las manos a las orejas, cubrírselas y no seguir oyendo a los que la abrazaban o le daban la mano. Pésame... pésame... pésame... Las moscas pegadas al espejo que se hallaba frente al sillón, parecían seguirse comiendo la imagen del muerto.

En los velatorios, la luz de los cirios y de las lámparas que se encienden, no sube, se resbala y cae. Cae de las paredes, de los techos, de los muebles, de las cosas, y se estanca en el piso. A falta de sitio para los veladores, adentro más señoras que

hombres, la casa se componía del saloncito de la peluquería, un medio comedor y una cocina de apaxte, se fueron saliendo los varones y en sillas y bancas colocadas en la calle, frente a la casa, acomodáronse para charlar, abanica que te abanica con el sombrero, los que sufrían de ahogamiento; manotazo aquí y manotazo allá los perseguidos de los insectos; pañuelo tras pañuelo, entre cataratas de sudor, los que mantenían la ropa transpirada pegada al pellejo; de cigarrito en cigarrito, los fumadores; los bebedores de trago en trago, sin faltar los que más tarde, al «Suplicote» del rosario de medianoche que se rezaba ante el muerto, se entregarían a la Rifa de Animas, a los juegos de prendas, a la baraja, a los dados, a contar chistes picantes o a enamorar.

Don Lino Lucero se dejó venir al velatorio fumando un puro habano que daba lástima que se quemara en la boca de un prójimo y no en la propia, el cadenaje de oro sobre la barriga de hombre cincuentón, y un bastón que simulaba una raíz atormentada.

La viuda le agradeció la deferencia y cuando ésta se fue a saludar a otras visitas, llegaba y llegaba gente, se acercó a don Lino, un veterano de la primera guerra europea, venido a menos y a la costa como representante de productos farmacéuticos y de droguería, Florindo Key.

Su odisea de hace treinta años quedó consagrada en un poema que le dedicó un poeta festivo que por esta sola vez se puso en serio.

*«Voluntario ^{ri}chapín ” marchó a la guerra
enamorado ciego de la gloria.
para él lo más hermoso de la tierra...»*

Así arrancaba el poema. Durante la guerra vuelve a la patria, viste uniforme de «poilu» y da conferencias para fortalecer la moral aliada

«par mi les indiens». El hoy Florindo, veterano de la primera guerra mundial y lo de veterano le sirvió más que el haber sido héroe de Verdún, muchas veces lo llamaron como veterinario, era entonces un

galán joven que se aparecía en el escenario, devorado por los ojos de de las mujeres, saludaba, le contestaban las cabezas de los hombres, en: su mayoría calvos, y al oscurecerse la sala, se transformaba en una voz misteriosa que iba explicando la película.

—«Voila Verdun!...» —gritaba cuando en la sábana de plata asomaban hacinamientos de despojos humanos, montañas de cadáveres, y los hombres con bigotes y otros con cascos, y cañones de todos calibres y del suelo saltaban como sifonazos, tierra y piedras a cada explosión de las bombas.

—«Voila les taxis de la Marne!» —anunciaba Florindo, y en las calles de París (él decía la Capital), aparecían aquellos armatostes acarrujados que determinaron la victoria.

—«Voila les berthas!» —cañones con los que los «boches» pensaban acabar con París...

Florindo Key volvió al frente. Terminada la guerra, fue desmovilizado y se quedó en Francia. Amigo y discípulo de Barbusse, integró el grupo «Claridad» y tradujo del maestro «Le couteau entre les dents», publicado en español con el título de «Con el cuchillo en los dientes».

Treinta años... Qué ligero se dice... Qué rápidamente evocados Florindo al estrechar la mano de don Lino Lucero, tan parecido a su padre en el físico y en lo bonachón. Y al sólo saludarlo, le preguntó fingiéndose preocupado:

—Ya en su casa están más tranquilos? Indudablemente, para que usted se haya resuelto a venir. El peligro ha sido grande, según dicen... ¡Qué barbaridad!...

—No se encontraron las candelas de dinamita con que pensaban hacer volar la casa, pero parece que contaban pulverizarnos.

—Esto se está poniendo color de hormiga... ¿Quiere sentarse?...

—Gracias, ocupe usted esa silla, yo me siento en ésta, —Supongo que ya tendrá usted la noticia del día —Key bajó la voz—, Hubo un conato de huelga entre los jaladores de fruta,+++ —Sí, sí, se habla de la huelga general... —dijo Lucero con la voz vagamente cansada, arrancándose el habano de la boca para llevárselo nuevamente a los labios y saborearlo con más fruición.

—Y el conato de hoy puede haber sido un globo de ensayo con el objeto de probar el ánimo de los trabajadores y la reacción de la Compañía y de las autoridades. Plantearon el aumento de salario o el paro y la Platanera accedió a conceder el aumento. Pero no es esto lo más grave, en toda lucha es peligroso ceder terreno. Lo que para mí reviste caracteres alarmantes es la actitud de los hombres que venían a buscar trabajo y se negaron a reemplazar a los huelguistas que reclamaban el alza de salario.

—¡Ah, ah, eso no sabía, cuénteme, cuénteme!

Lucero se manchaba las solapas del saco con la ceniza del puuro, sumergido en una especie de ceguera o de sopor, pero lo dicho por Key le sacudió y animósele el rostro por lejanos relámpagos de simpatía hacia esos hombres anónimos, sufridos, miserables, que por solidaridad con sus compañeros negáronse a cargar un solo racimo.

—No hay mucho más que contar —dijo Key cautelosamente—, lo que yo quería es comentar con usted...

—Sí, sí, lo sucedido ya tiene otro significado, ya hay una conciencia de clase que los instigadores de la huelga general sabrán aprovechar, si los animales por instinto se juntan para defenderse, cuando se ven amenazados, ¿por qué no se van a juntar los hombres?

Mientras la ceniza del habano seguía marmoleando las solapas de Lucero, Key levantó los ojos para buscarle en la mirada, si lo de los «instigadores» lo decía por él.

—Lo peor, don Lino, es que todos los negocios andan mal. El mío de mal en peor. Nadie busca medicinas para curarse. Todos esperan, están pendientes de la gran panacea: la huelga general. ¿Se ríe usted?

Pues no es broma lo que le estoy contando. El maistro mismo murio creyendo que la huelga lo curaría.

Y ya bien a cubierto de toda sospecha, después de la pintura que hizo de su negocio, atacó a fondo.

—Si la Tropicaltanera, como la llamaban ustedes en su tiempo, no conjura la huelga general, accediendo a lo que piden los trabajadores será el comienzo del fin, a los conflictos seguirán los conflictos, cada vez en mayores proporciones, seguirá corriendo sangre como en Bananera y...

—No hay duda que el panorama es sombrío —adujo Lucero.

—Y eso es lo que habría que hacer ver al senador Clapp que se rumoreaba vendría a pasar dos o tres días a casa de ustedes. ¿Vendrá o ha sido simplemente un rumor?

—Le hemos estado esperando. Hay cosas que si se cuentan no parecen ciertas. A la espera del senador, gran expectativa en casa, iluminación de las escaleras, de los salones, de los jardines... De pronto, alguien que sube la escalinata... ¡El senador!... ¡El senador! Ja, ja... ¿Quién cree usted que era?... El sirviente mulato de la casa del presidente Maker Thompson, hecho una desgracia.

—¿Y qué andaría haciendo?

—SE ha venido a la costa a cuidar a la madre que ya está muy anciana y se ha quedado sola. Eso es lo que él cuenta. Pero yo creo tener la clave del asunto.

—Me gustaría saber en lo que anda. Sería el colmo que fuera huelguista, el colmo, el colmo...

—No don Florindo, no. Se ha venido porque no se halla sin el Bobby, el nieto de Maker Thompson que está de temporada en casa.

—Tiene razón, la clave es ésa... —respiró a sus anchas Key—. Los sirvientes viejos, como los perros, le pasan el huzmo del afecto por los abuelos y los padres, a los hijos y los nietos.

—¡Bostezo a la vista!... —murmuró Lucero viendo llegar al Comandante, acompañado de su hermano Juan.

La Viuda de suyo chata, se había borrado las narices de tanto sonarse. Una mancha rojiza era todo lo que le quedaba, y allí se frotaba y se frotaba el pañuelo, moqueando, llorando.

—No saben cuánto les agradezco que lo hayan venido a acompañar en su última noche —y soltó de nuevo el llanto—, se lo agradezco mucho, señor Comandante, y también a usted, don Juan, todos tan bondadosos. Todavía ayer el pobrecito, desesperado de que en la costa no encontraba alivio, dispuso poner en la puerta de la peluquería, no sé si lo han quitado, un cartón escrito de su puño y letra en que decía: «Se vende por motivo de viaje». Y estaba tan animado con lo del viaje, que me decía: «Voy a ir a la “Fraternal de barberos”, al solo llegar a la capital, a pedirle a los compañeros que nos hagamos solidarios con los trabajadores de la bananera, si se declara la huelga general.

—Eso decía... —se pellizcó el Comandante el labio superior, como si no le bastaran los tirones de cerdas que se había dado del bigote—, pues si eso decía...

—Delirios de la fiebre, señor Comandante —intervino uno de los contertulios de «Los Equinoccios»—, en los últimos días desvariaba a toda hora y como le metieran la hoja esa de la «Huelga general» bajo la puerta, para qué quiso más, le quedó en la sesera... ¡Pobre don Yemo!

—Preso se iba ya si no estuviera muerto! —amenazó el Comandante... ¡Bonito estaba, que cada quién saliera a ver qué alborota, ir alborotar la Fraternal de barberos!

—Si era socio, mi señorón, era socio! —aclaró la Mincha, entre llorosa y disgustada—. ¡Allí, entre los papeles, está su «diploma» y pagábamos las cuotas y los llamamientos religiosamente!... —sollozó, sollozó, se ahogaba—. ¡Ahora que él es fallecido tendrán los de la Fraternal que responder al llamamiento!...

—¡Todo está muy bien, menos lo de querer ir a proponer huelgas y pamplinadas!

—Eso yo ya no sé...

—Pero lo que sí sabe es que le hizo donación al curita mejicano de la estampa de la virgen de Guadalupe...

—Casi fue su última voluntad...

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque no era aparente que la tuviéramos aquí en el cuarto arrinconado, si el Padre estaba pidiendo una imagen de esa devoción para la iglesia. Así digo yo...

—¡La Virgen de América..., la del estandarte de Hidalgo..., la patroncita de los indios!

Todo esto lo dijo el Comandante muy golpeado, yendo hacia la puerta seguido de don Juan Lucero. Los asistentes, al sólo asomar a la calle, corrieron a poner dos sillas en lo más ancho del andén. La noche era clara, profunda, sideral, pero al tocar la tierra se convertía en una plancha candente.

—No hagamos ceremonias don Juan; siéntese usted en ésa y yo aquí.

Se sentaron. A prudente distancia, el capitán Cárcamo, que sin perder de vista al jefe, conversaba con Andresito Medina:

—Esa mujer sí me quería, Andrei...

—Vaya si te quería...

—No la volví a ver. Hasta creí que se había muerto.

—Pues como muerta. Quedarse de directora de escuela en un pueblo así, es como enterrarse viva.

—Me gustaría escribirle, Andrei.

—¿Para qué le vas hacer el daño, si no la querés? A los muertos hay que dejarlos en paz...

—Y si la quisiera todavía...

—La revivirías..., sólo el amor revive.

Pasaron un azafate con copas frente a ellos y en menos de lo que canta un gallo, y ya estaban cantando algunos gallos engañados por la luz del velorio, y otros en el

velorio soltando gallos diz que por falta de guitarra, Cárcamoapuró de seguido tres copas de coñac y más sí hubiera habido.

—Ya debe estar vieja —dijo el capitán después de sonajear la lengua y los labios con el sabor a fuego de uva del coñac.

—Dealtiro me llevaba muchos años...

—¿Te acordás por qué te decíamos Andrei?

—¡Cómo no me he de acordar! Tu hermanito siempre me decía

Andrei.

Tras un silencio de velatorio, suspiró el capitán.

—Malena Tabay!... —envolvió el nombre en el suspiro—, Capitán Cárcamo!... —lo llamó el Comandante.

—Mi-co mandante a la orden!... —se voló aquél,

—Lo de Mico Mandante, lo vamos a arreglar después, ¡insolente!... Sobre la marcha va usted y me recoge todos los papeles del peluésté, todos los papeles que encuentre en la casa, sean de él o de la señora, los va a dejar a mi escritorio, echa llave en mi despacho y se presenta de nuevo. Aquí está la llave.

Cárcamo saludó militarmente, giró sobre sus talones y dirigióse al interior de la casa a cumplir la orden.

De los cajones y gavetas de unos pocos muebles, el capitán, ayudado por los asistentes, extrajo cartas, facturas, recetas, apuntes, recortes de periódicos, retratos, participaciones, esquelas mortuorias, y el famoso diploma que lo acreditaba como socio fundador de la «Sociedad Fraternal de Barberos», acompañado de un sobre casi del mismo tamaño, en el que se veía pintada una calavera entre dos huesos cruzados.

Andrés Medina deslizóse igual que una sombra al oír la orden recibida por Cárcamo y se puso cerca de Florindo Key. Con don Lino Lucas discutía Key en ese momento, el papel de la prensa en el asunto de la huelga.

—Los periódicos que hoy hablan contra la huelga, don Lino, y que justifican por razones de orden público las matanzas de trabajadores en las plantaciones del Caribe, son los mismos que en tiempo de Lester Mead, cuando se los llevaron presos a ustedes, por lo de la cooperativa, pedían sus cabezas por conspirar contra la seguridad del Estado. Que me va a contar usted a mí... Y perdone que lo deje, no me despido, lo dejo porque tengo que hablar con este amigo que es también distribuidor de mis medicamentos.

—Que talle va?... No sabía que andaba usted por aquí... ¿Cómo fueron esas ventas? ¿Trajo algunos pedidos?...

Se apartaron conversando en voz alta de quinina, urodonal, zarzaparrilla. A Medina le quemaba la boca la noticia.

—El Comandante ordenó registrar la casa y llevarse todos los papeles.

—¿A que hora? —preguntó Florindo, vivamente alterado.

—Ahorita...

—¿A quien le ordenó?

—A Cárcamo..., y mandó que el mismo Cárcamo los llevara a su despacho...

—No debemos dejar que llegue...

—¿Y cómo, la gente está de fiesta en el Arenal...

—No sé cómo, pero no podemos cruzarnos de brazos, aceptar el sacrificio de compañeros de enlace que van a ser capturados, antes que nosotros podamos avisarles.

—La esperanza es que el viejo hubiera quemado todo lo que era comprometedor...

—Medinita, no hay que confundir la cobardía con la esperanza; yo tengo mis armas y el momento para escapar sin que nos noten es éste, van a llevar a la viuda a que se despida de su marido, antes de encajonarlo.

La esposa de Piedrasanta y, otras señoras, a empujoncitos y suspiros hondos, condujeron a la Mincha, vestida con un traje negro, más camisón que túnica, el pesar la hacía arrastrar los pies, al cuarto en que estaba tendido don Yemo, para que se despidiera de él, antes de que lo encajonaran. Menos mal que lo tenían peinado con agua de quina. Olía a madera de santo vestido con ropa guardada. Lo vistieron con la mudada nueva, poco se la puso, casi nueva se la llevó. Vestir una gente helada se siente tan raro y eso que el maistro tardó en atiesarse. Como que no quería. Hasta que se pone rígido empieza el muerto a ser cadáver. Es como una seriedad de muerto que le sale de los huesos.

—El pobre, tan bueno que era, pero no le gustó el clima —comentaba el alcalde — y echó viaje a tierra fría, sin esperar a vender el negocio. No sé si ustedes leyeron el aviso que puso en la puerta: «Se vende por motivo de viaje...», con puntos suspensivos, como si presintiera, hay puntos suspensivos que son puro presentimiento.

—Se-se-se fue a-aa-a «Topaledo»... —tartamudeó el músico que le acompañaba las misas canturreadas al cura; cantaba tan lamentoso como más era latineadera a gritos.

—Y eso de «Topaledo», ¿dónde queda? —inquirió el alcalde.

—En-en-en su ju-ju-jurisdicción, don Pas..., Pascualito...

—No conozco. Las personas que no son del lugar conocen más que uno.

—Po-po-por el contrario, el «Topa-pa-paledo», lo-lo-lo conocen me-mejor los lugareños, sa-sa-salvo el de Ge-Genova, por-por-por, porque es suntuo-tuo-tuosísimo...

—Sin ísimos ni Genovas, qué es el «Topaledo»...

—El ce... ce... cemen... cemen... terio... lu... lu... lugar... doon... onde se... se... seseca to... totodo... do... el ce... ce... cemen...

Una mujerona con hablado de salvadoreña se adelantó riendo:

—¡Qué ce... ce... cemen..., don Yerno es ahora algo más que un polvo... — todos soltaron la carcajada, aquélla prosiguió haciéndose la inocente de lo que en

doble sentido decía—, un polvo de huesos echado en el hoyo de la muerte!... — carcajadas sobre carcajadas se sucedieron—; don Yerno es ahora polvo de oro para los espiritistas, pues si es verdad que los barberos hablan hasta por los codos con los clientes que pelan, ahora lo pueden llamar esos mismos clientes y le pueden hablar, sin que se las... las pele... la carcajada fue general y estruendosa...

—¡Aquí está tu espiritista, con resplandor de yuca! —le dijo al oído con vozarrón de macho, uno de sus amores más traidores.

—¿De donde saliste, Niño-Dios? —De la más negra noche...

—Pues se mira por lo tizado y con seguridad que andás como siempre desesperado por un trago. Sólo que aquí se acabó, ya no dan ni agua.

—Nos lo hartamos en otra parte, Lichona, y si el maistro por quizás revive y pregunta por mí...

—No te conoció jamás te trasquiló, repeludo!... —y sacó los labios para darle un hocicazo.

—Si pregunta por mí, díganle que me fuide con la guanaca y que ya nos vemos en el Día del Juicio o el Día de Finados, en el «Topaledo». ¿Aguantan ustedes con lo de «Topaledo»? Encontrón es el que da uno cuando mete a fondo el acelerador, al estirar la pata, para irse de esta cochina vida.

Le pasó el brazo desnudo, prieto, de puro acero, por el pescuezo cobrizo de la guanaca y se fueron, entre las protestas de los jugadores de dado, entre los que ya había varios muertos, y necesitaban silencio. Chupón y chupón a sus tabacos, alrededor de un farol, encucillados, veían rodar los dados por el suelo. La suerte es como el chiflón, puta corriente de aire, tuerce a unos y endereza a otros. Un dientudo con manos de muerto negro acababa de perder hasta la camisa y había logrado reponerse en un par de envites encarnizados.

—¿Que son las nubes, sino distancia? ¿Qué es la noche, entre los pies de las palmeras que caminan, pies con mil dedos sobre millones de estrellas? —se preguntaba Juambo, ya sin hipo, camino a su casa.

El camposanto a la luz de las estrellas blanqueaba de tumbas y cruces que parecían bañadas con carne de anona. El Sambito pasaba por allí para ir a su casa, y sin detenerse, gritaba:

—¡Padre!... ¡Agapito Luisa!...

XXVI

Medina avanzaba maquinalmente con los ojos puestos en las ramas bamboleantes de los bambúes, hace un momento tan lejos y ahora sin una de su cabeza. Seguía de cerca, de muy cerca, a Florindo Key. Treparon, bajaron, deslizándose como cazadores entre la maleza tupipida hasta enfilar por un atajo de arena movediza, piedras y hojas secas resbalaban detrás de sus pasos, buscando el lugar en que se domina, desde muy alto, el camino de la comandancia que por allí formaba en herradura muy cerrada, la curva de los bambuales.

Poco se veía, más relente que claridad, un relente con brillo de agua vieja, lo necesario, sin embargo, para que Andrés Medina se diera cuenta por sus propios ojos de la seguridad con que actuaba Florindo Key. No mostraba ni el titubeo del asesino ni la odiosa insensibilidad del verdugo. Ja, ja..., se le había reído en las narices, cuando salieron del velatorio a buscar las armas, la guerra enseña que se debe matar al enemigo sin sentir el más mínimo remordimiento como un deber! Por ganar veinte metros de terreno, vi sacrificar mil, dos mil, cinco mil hombres, caer, quedar detrás de las alambradas entre los cráteres humeantes que abrían las bombas, en las trincheras babosas de sangre, tanta sangre que uno creía que no se iban a secar nunca..., los vi, los vi destrozados, gimientes, convertidos en una masa que revuelta con el lodo se aquietaba por fin, ¡ay, sí, por fin! Después de una batalla, al cesar el fuego, rescatados los heridos y los más abandonados a su suerte, sentía uno amalgamarse con el cansancio y el asco de la lucha, el sufrimiento de todos los que morían sin auxilio, sin consuelo, y sólo cuando ya todos ellos habían terminado, horas de agonía, se regaba en la noche el bienestar de la muerte. La muerte es el único bienestar que da la guerra. ¿Asesinos? ¿Homicidas?... Palabras que no tienen significado después de la guerra. O que tienen otro significado. Por eso, vamos por Cárcamo sin ser asesinos ni homicidas, como soldados de un pelotón de fusilamiento. En nombre de su ley, ellos ejecutan a los trabajadores que reclaman mejor sueldo, mejor trato, menos horas de trabajo, en las plantaciones del Caribe. Mucho juez, mucho defensor, mucha bambalina de códigos y militares, cuando el infeliz ya está sentenciado a muerte en la Secretaría de la Presidencia de la República. Si todos los que participan en esos fusilamientos, no son asesinos ni homicidas, tampoco nosotros que vamos a ejecutar... chit..., chit...

Se detuvieron creyendo escuchar pasos. El viento parece echar andar los árboles, cambiarse con ellos, quedar convertido en masa estática y éstos, ya sin raíces, avanzar en forma fluida por el fondo de la noche, igual que pulpos con los brazos en movimiento.

Medina se restregó las orejas, la oreja izquierda, la del corazón, I.» del amigo. Se la hubiera querido arrancar con todo y la voz de Cárcamo. Lo último que le oyó decir, antes que lo llamara el Comandante, fue el nombre de la directora de la Escuela de Niñas de Cerropom, Malena Tabay... Se le desató la correa del zapato. Se detuvo

para atarsela. Entre los dedos, mientras se hacía el nudo, sintió que la mano del compañero de infancia, esa mano soplo que le pedía a su mano derecha que no disparara el arma. Al levantarse echó la cabeza hacia atrás. Algún refugio, alguna señal en el cielo. Oscuridad y silencio. Desertar, abandonar la lucha. Lo bañaba un sudor pegajoso con olor a sangre. Se detuvo. No, no llegó a detenerse. Pero, ¿por qué no se detuvo, si cada uno de sus pasos, al avanzar detrás de Florindo, lo acercaba a lo que no era posible?...

Se le volvió a desatar la correa del zapato. Al inclinarse, para atárselo, tuvo tan cerca de la nariz el olor de la arena caliente, que pensó no anudarse los extremos de los cordones que con el calor húmedo no llegaba a atar bien, sino alzar un puño de ese fuego seco, pulverizado, hechárselo en la boca y terminar de una vez. El sudor le saltaba por los párpados, por los labios. Escupió. El camino seguía y él seguía a la saga de Florindo, pisándole los talones, como un miserable que no oye, porque ya no quiere oír, la súplica del amigo que va a morir, que él con su paso acerca al imposible, y que le dice: «¡Andrei...

Andrei... no tan ligero!...»

Un nudo ciego, sí, un nudo ciego tenía que hacerse en la correa, para que no se le desatara más. Ahora llevaba prisa. Andar, andar ligero y que todo acabara de una vez. Frente a Cárcamo otros amigos se alineaban, con las caras dolientes de facinerosos, tal y como los fotografía la policía al ficharlos. Estos tenían más derecho a la vida que Cárcamo. Un caballo dio media vuelta cuando ellos pasaron. Dormía y siguió durmiendo. Ya estaban en lo alto. Se dominaba en la planicie el panorama informe, oscuridad del mar, polvo de las noches tropicales, azucaradas y salobres.

¿Por qué Florindo no aceptó el que él por su cuenta y riesgo, se le apareara a Cárcamo, le hablara como amigo de infancia de entregar los papeles y caso de no obtenerlo, lo retara para siquiera darle la oportunidad de morir combatiendo?

Florindo tenía razón. ¿Acaso han dejado a nuestra gente en Bananera morir combatiendo? ¿No los han acibillado a balazos, algunos con las manos atadas, esposados otros, y no pocos en las cárceles, sin siquiera abris las puertas de los calabozos?

Otra vez la correa del zapato. No se detuvo. Siguió avanzando así, como el que se hubiera aflojado un pie. Maldita sea. No era la del nudo, sino la del otro zapato. Pues a hacerse otro nudo. Se inclinó. La sangre se le fue a la cabeza. Le llenó los tímpanos. «¡Andrei...

Andrei...!», la voz de Cárcamo alternaba con las voces de los amigos que, sin saber Cárcamo, llevaría a la comandancia, entre los papeles y documentos del peluquero. Sí, había que sacrificarlo...

El terreno de zacatal hosco fue domándose bajo el peso de sus cuerpos, al tenderse, alargar los brazos y afianzar los fusiles con las lascas listas para abrir fuego sobre el camino que unía el pueblo a la comandancia y que allí, en el punto que ellos dominaban, formaba una herradura bastante cerrada, entre bosquecitos de bambú.

Florindo disparó primero. No, señor. Los dos al mismo tiempo para cogerlo entre los fuegos cruzados de las dos descargas cerradas y descolgarse, más rápido que gamos, a rescatar los papeles y documentos del cadáver.

Estaban en guardia. El paredón de la noche y el sentenciado por llegar de un momento a otro, sin más alternativa que la de morir. El ruido gastado del mar. No lo oían. Escuchaban el silencio, cada vez más vasto. Una hoja que cayera. Un pájaro que volara. Una gota de agua. El más leve ruido los erizaba. ¿Era un preaviso? Instintivamente contenían la respiración, acomodaban mejor el cuerpo, apretaban el arma y tornábanse todo ojos sobre el camino, abajo.

El Comandante seguía en el velatorio de palique con don Juan Lucero. Vio salir a Cárcamo y lo llamó.

—¿Cumplida la orden?

—Llevo conmigo todo lo que se encontró...

—Queda usted perdonado por su falta de respeto, pero que no se vuelva a repetir. Vaya pronto, deje esos papeles en mi despacho, eche llave y regrese en seguida. ¿Va armado?...

—Mi pistola...

—Sobra y basta.

—Con su permiso, me retiro.

—Puede retirarse...

—¡Cómo han cambiado los tiempos! —exclamó Lucero al ver alejarse a Cárcamo —, antes era otra cosa, no era cuestión de vida o muerte, de armas y más armas... ¿Fuma, Comandante?...

—Yo, ya sabe, sólo quemo tabaco del país; pero no por hacerle el feo voy a aceptar uno de los suyos... —e introdujo los dedos cabezones, pulgar e índice, en la cigarrera de don Juancho, toda de oro con monograma de brillantes y rubíes—. ¿Qué marca son éstos? —preguntó el jefe militar llevándose el cigarrillo doble ancho a la nariz, para olerlo antes de ponérselo en la boca, y de la nariz se lo llevó a los ojos para indagar la marca.

—Pues, Comandante, como le venía diciendo, nos ha tocado vivir tiempos muy difíciles.

—Y si lo echan de ver ustedes que están podridos en plata, qué diremos nosotros, los que vivimos atenedos al sueldito, colgados del pescuezo todo el mes, menos el santo día de pago.

—Y por todo, Comandante, por todo, esto se está poniendo muy trabajoso. Si no ahí tiene usted el cariz que han tomado los acontecimientos de Bananera, la huelga general con que amenazan...

—¡Estamos como quien dice en la zona de Belice!... —exclamó el cebolludo bostezador entre autoritario y sonriente.

—Que es como decir, estamos en lo peor, y no porque hasta ahora se le esté haciendo la lucha a la Tropicaltanera para que cambien de modo de ser, en mi tiempo

también se peleó bastante, tanto que con mi hermano Lino estuvimos presos. Amarrados nos mandaron a la capital y nos pusieron incomunicados. Si no es Lester Mead nos podríamos en la cárcel.

—Era gringo, entre nosotros, gringo quiere decir poderoso.

—Gringo, pero de los buenos... —Para ustedes, ni qué hablar, fue la lotería...— Un idealista, un idealista práctico. Recuerdo que de entrada nos dijo, cuando nos organizamos para hacerle frente a la Platanera, ésta no es una lucha a machetazos, muchachos, sino una lucha económica y hay que ganarla creando fuente de riqueza, implantando industrias derivadas, él lo dijo, pues... ¡Ah, si ese hombre no se muere, malhaya el viento fuerte que se lo llevó, hubiera organizado una empresa de hombres libres, trabajadores y sin tanto rencor!

—Pero así pasa: los buenos al hoyo y los malos al cogollo...

—Vio venir todo lo que está pasando: el choque armado, la lucha a muerte... el lo dijo, pues... Y tan desinteresado no era cuando buscaba la formación de una compañía bananera que lejos de comprometer a la larga los intereses de los inversionistas, los fortificara con un trato justo para el país y los trabajadores. Si Lester Mead vive, o cambia la política bananera y no se plantean los conflictos actuales que cada vez más agudos, o funda una compañía aparte...

—Que la compañía grande se habría tragado después, como en Hibueras.

—Se plantearon dos concepciones, dos sistemas, de la explotación bananera: la del Papa Verde y la de Lester Mead, y triunfó la del pirata y pontifice con ayuda de una fuerza ciega de la naturaleza, el viento fuerte que pegó en las plantaciones del sur y segó la vida de Lester

Mead, ¿pero a la larga ese triunfo es definitivo?, no previó el mismo Lester Mead que vendría otro viento fuerte, el viento fuerte de los trabajadores reclamando justicia, y barrería con todo, y ya ese tiempo se está presentando...

—A la que le hubiera querido conocer yo es a la hembra... —atisbó con los ojos vidriosos de cocodrilo viejo la cara de Lucero, resoplando por la nariz y la boca parecía salirle todo el calor del cuerpo, y agregó—, parece que valía la pena, como mujer y como hembra.

—Nunca la miré, Comandante, a decir verdad sino como la más alta encarnación del ideal de su marido...

Lucero aproximó su silla a la del Comandante, y éste, creyendo que iba a hacerle alguna confidencia sobre Leland, le ladeó el cuerpo para acercarle la oreja, mas al oír que seguía hablando de la Platanera, le bostezó en la cara.

—Y en este caso, como siempre, la violencia partió de la compañía.

El Comandante, sin poder interrumpir su gran bostezo, con el hueco de la boca que no le cabía en la mano, protestó como pudo.

—¡En gran parte! ¡En gran parte!... —trató de explicar Lucero—. Los trabajadores, al verse atacados, trataron de defenderse en la punta del muelle. ¿Por qué disparó la tropa contra ellos?...

—¡El ejército, mi amigo, para que usted lo sepa, cumple órdenes, y las órdenes son órdenes!

—Nadie ha dicho que el ejército sea el culpable. Estamos hablando de la compañía. El ejército es verdad que cumple órdenes; pero han puesto a pensar los miembros de nuestra institución armada, mi estimado Comandante, cómo se dan esas órdenes. Fúmesse otro pitillo...

—Voy a fumar de los míos, si usted gusta, le ofrezco...

—Le acepto, aunque parece que son fuertecitos...

Encendieron las trancotas que fumaba el jefe militar y tras algunas tosidas y ruidos de carraspera, era un tabaco picante como chile, Lucero continuó en tono confidencial:

—Sí, desde luego, el ejército obedece órdenes y no tiene más que cumplirlas. Pero esas órdenes, cómo se obtienen... Esta es la pregunta que se deben hacer los militares... Cómo se obtienen esas órdenes... La llave son los periódicos, verdaderas ganzúas para la compañía, por que abren todas las puertas. La dificultad más insignificante, el más pequeño reclamo obrero, se transforma, por arte de la prensa, en un problema nacional...

—Pero eso todo el mundo lo sabe, lo hacen por llenar, como no tienen qué decir, cuando algo sucede, arman el gran escándalo...

—La cosa no es tan inofensiva, como parece... Al principio, agrandan el asunto, le dan proporciones que no tiene, con el fin de ahogar en su origen la más elemental iniciativa de los trabajadores, en pro de su mejoramiento; pero qué resulta: lanzados en ese plan de la información mentirosa con algo de verdad, al ver que no mueren en embrión reclamos que nacen del mal trato y el hambre, empiezan a subir el tono de sus noticias, la letra impresa da viso de verdad a la fantasía, se aumentan las tiradas, los voceadores gritan más alto, el público se arrebató las ediciones y como punto final se aconseja, se clama, se exige la intervención del gobierno, y los poderes públicos, actúan, emplean al ejército, recurren a la fuerza. ¿Quién paga esos periódicos?... ¿Se han tomado los militares el trabajo de investigar quién paga esos periódicos?... La «Tropical Platanera, S. A.», como usted lo oye.

—Los debe pagar a precio de oro...

—No, señor, y eso es lo más triste. Ni para eso sirven los paisanos, ni para venderse caro.

—Arman cada bochinche...

—Y los que cargan el muerto son ustedes...

—Sí, creo que se abusa de nosotros, pero como las órdenes son órdenes, se cumplen... —y un momento después, añadió—: ¿Qué pa sería, señor Lucero, si no se cumplieran?

—¿Qué pasaría?... La compañía, a falta de ejecutores ciegos de sus órdenes trasegadas al través de una publicidad vergonzante, entraría por el aro, daría un trato humano a sus peones, aceptaría lo que un buen número de accionistas hemos

propuesto...

—¿Entonces usted acusa al ejército?

—Hasta cierto punto. Una cosa es cuidar el orden público y otra cuidar el orden público que conviene a los fruteros. Esto es claro y ¡ las cosas hay que decirlas.

—El cuerpo armado no puede deliberar...

—Si nadie está pidiendo que delibere, lo que yo digo es que no debe dejarse manejar por esa sarta de gringos, para darnos oportunidad a los accionistas de buena fe...

—Sí, son sus socios...

—Por desgracia, sí; pero eso no quiere decir que no hayamos tratado de seguir las huellas de aquellos que antes de nosotros, se opusieron abiertamente a los sistemas que emplea la compañía.

—No deben ser muchos...

—Se conocen algunos casos. El viejito manco Ginger King murió protestando por los métodos que se emplearon para formar las plantacio

+++

que dan al mar Caribe: sobornos, despojos, incendios, muertes...

—Lástima que una golondrina no haga verano...

—Y después Lester Mead. Aquello fue terrible. Les vomitó a los accionistas tal cantidad de verdades que deben haber creído que estaloco. Probó con números que empleando sistemas honestos, la compañía obtendría iguales ganancias, sin crear, como lo está haciendo, una fuente de odio permanente para todo lo que es norteamericano. —¿Pero ustedes los Lucero no andan tan bien que se diga con los trabajadores: la amenaza de la dinamita la otra noche, la guardia que pidió su hermano Lino para «Semirames», ¿en qué quedamos?...

—Quedamos en lo único cierto, don Juancho, que no hay rico que no sea ingrato. Nos sacrificamos jefes y soldados por defender sus intereses, sus propiedades, sus bienes, todo lo que tienen; peligramos el pellejo para que ustedes duerman tranquilos; el mismo capitán Cárcamo que acabamos de ver salir, ¿no cree usted que puede estar siendo acribillado a balazos?

—No lo niego, el ejército es de los ricos, defiende a los ricos, pero mañana cuando el ejército sea de los trabajadores, qué va a pasar...

—El ejército, mi amigo, para su saber y gobierno, no es de los ricos ni de los pobres. Es nuestro. Así como los ricos tienen sus propiedades, sus fincas, sus haciendas, nosotros tenemos el ejército. ¿No, no sé si me explico?

—Sí, sí, el ejército es una propiedad privada que se llama nacional y pertenece a los militares.

—Y el despertar de ustedes sería muy desagradable, si no estuviéramos nosotros...

—¿Desagradable?... Permítame que me ría. ¡Horroroso!. Despertaríamos como el que se cae de la cama a un barranco.

La esposa de Piedrasanta se acercó con una bandeja llena de copas a ofrecerles un traguito de comiteco.

—Primero las autoridades... —dijo, sonriente, al acercarse a ellos.

—La autoridad... —corrigió Lucero.

—Nada, que también usted, don Juancho, es autoridad. Donde hay plata hay mando, ¿verdad, Comandante?

—Por supuesto, por supuesto...

—Y aquí la otra autoridad... ¿Una copita de comiteco, señor juez?

El juez recibió la copa y quedóse conversando con don Juan Lucero y el Comandante.

—Hubo un conato de huelga entre los jaladores de fruta, no sé si de eso conversaban ustedes...

—De todo un poco, señor juez —contestó don Juancho—, comentábamos con el señor Comandante de cómo han cambiado los tiempos. En nuestra época, le contaba yo, nos guiábamos por ideales, éramos idealistas...

—Si no estoy equivocado, usted y sus hermanos formaron parte del grupo de Lester Mead...

—Efectivamente...

—Pues esa época tan hermosa, hay que darla por enterrada. El idealismo, a nosotros mismos que fuimos idealistas, nos da ahora una sensación de vaguedad, de vacío del alma.

—Perdonen, pero ahora que el señor juez se refirió al conato de huelga de los jaladores, he vuelto a pensar en el capitán Cárcamo...

—¿Y qué pasa con el capitán Cárcamo, señor Comandante?

—Ha ido en comisión hasta la comandancia y no regresa. Estoy inquieto y molesto.

La esposa de Piedrasanta volvió a ofrecerles otro comiteco.

—¡No hay como estar bajo su santa protección!, ¿verdad, mi señora? —dijo el juez, y en tono de indagatoria—: Al que no hemos visto es a su marido...

—Se quedó cuidando la tienda, pero ya va a venir... Con permiso, voy a ofrecerles a aquellos otros señores que ya deben estar con el galillo seco, y entre un rato les traigo café. Si aquí viene don Lino. Cuatro cafés les voy a mandar.

Don Lino, después de saludar a la esposa de Piedrasanta y tomar una copa de comiteco, agregóse al grupo del Comandante, el juez y su hermano.

—A tiempo llega, don Lino —le golpeó el juez la mano en la espalda—, aquí se habla de ideales, y usted es el romántico de la familia...

—¿De ideales?... Velorio más extraño... Si revive el maistro, se vuelve al cajón y se muere voluntariamente: velorio en que no se cuenta chistes, en que no hay chismes, no es velorio..., y..., de peluquero, ¡háganme favor!...

+++ XXVII

El viento empezó a levantarse. Un viento bajo, ramoneador. Momentos más tarde todas las cañas de bambú agitadas por el ventarrón producían un ruido efervescente. Hubo que aguzar los oídos, afilar las orejas, para no perder los pasos de Cárcamo desde que se oyeran, hasta que apareciera entre los hamacones de las ramas y el interminable sacudirse de miríadas de hojitas. Key escupió a la oscuridad, más bien la intención, no tenía ni saliva, y maldijo del viento. La guardia había que redoblarla con los ojos. Tratar de percibir el bulto, tan pronto como apareciera en la curva del camino, ya que no se oirían sus pasos, y asegurarlo antes que fuera tarde. Movi6 las manos en el arma. Andrés Medina sacudió la cabeza. No soportaba oír andar los dedos de su compañero por el fusil. Le daba la impresión de que no estaba muy seguro. Pues si fuera así, se cambiaron los papeles. Ahora, él, él era el seguro. Tenía el convencimiento de que aquel hombre, con todo y ser su amigo de infancia, debía morir esa noche. Las descargas cruzadas de dos fusiles y Cárcamo muerto a pepitazos.

En medio de la baraúnda del viento, no alcanzaban a oír nada. No previeron el inconveniente del bambú que al sacudirse los ensordecía ansiosos de ampararse bajo su follaje que los ocultaba y permitía atisbar el camino con las armas fijas o mampuesteadas en las ramas. A las bocas de sus fusiles se agregaban igual que dos cañones de acero aún más frío sus pupilas redondas clavadas allí donde debía asomar y zozobrar Cárcamo de un momento a otro.

—Si *Bostezo* hubiera dado contraorden... —dijo Florindo en voz baja, ya era mucha la tardanza o a él le tardaba eternidades el que se apareciera aquél con los papeles comprometedores por el recodo del camino.

—No, no, debe venir...

Key ponía en duda, como posible evasión de lo que tenía que hacer, el paso de Cárcamo; Medina, no, para Medina debía pasar de cualquiera manera y ellos ultimarlos. Es una ejecución, se repetía, es una ejecución, y por mucho que la noche se prolongue, siempre amanece el alba de las ejecuciones.

Volvió Florindo a jugar las manos en el arma. Andrei, por el contrario, las mantenía firmes en el mecanismo del fusil, los ojos al camino, resoplando como si se dijera con la respiración: es una ejecución..., es una ejecución...

—¿Qué tanto manipulear el fusil, tienes miedo?

Se oyó una risita contenida y luego en voz baja a Florindo que decía:

—Me sudan las manos y se pega el fusil en los dedos, y me sudan de calor, no de miedo... El miedo no lo conocí ni en Verdún... Ya vas a ver cómo va a saltar igual que una rata uniformada tu capitancito...

No dijo más. Ni respiraron. Ojos y fusiles... Ojos y fusiles...

El camino se llenó de soldados que avanzaban en fila, y al par de los soldados, marchaban Cárcamo y el capitán Salomé, aquél con los papeles y documentos, éste a

rendir con su escolta después de la ronda de las plantaciones y de cambiar la guardia en «Semirames».

Key dobló la cabeza, el peso del fusil le hizo bajar los brazos. ¿Qué trituraba entre sus mandíbulas? El aire caliente de la costa que sabe a purgante. Sin pensar en nada, cerró los ojos. No ver, no ver alejarse los papeles en que iban los nombres de algunos compañeros de enlace...

Andrei, con la docilidad de los soldados que retiran del paredón de fusilamiento, por haber sido indultado el que ya estaba de pie, para ser pasado por las armas, frotó la mejilla en el fusil. «Enjugarse el sudor con los fusiles», había dicho aquel orador en Puerto Barrios, en la punta del muelle, mientras batallaban con la muerte entre las tropas y los tiburones, los huelguistas del campamento T-23.

Florindo saltó del español al francés para maldecir. Medina no comprendía, pero era terrible escuchar aquel idioma ronroneante, acompañado de gesticulaciones y golpes en la cabeza. Para calmarlo insinuó:

—La esperanza es que el maistro haya quemado los papeles comprometedores antes de morir.

—¡Merde!... ¡Merde!... ¡*Sacre couyemoll!*... Si en lugar de estas infelices babosadas, tenemos una ametralladora, no se nos va... Y ésta es la imagen de nuestro movimiento... Sin armas, sin violencias, mientras los otros están armados hasta los dientes... ¡No es una guerra!... ¡Ya sabemos que no es una guerra!... Siquiera fuera... Es peor que una guerra, porque a ellos, no les gustan los prisioneros, les aplican la ley fuga... ¿El sabotaje?... Muy bien. Pero como el único sabotaje efectivo sería acabarles las plantaciones con la enfermedad de Panamá, aparecen los economistas y dictaminan que no conviene, que eso sería herir de muerte la economía del país. Y qué recontra nos importa la economía del país, si no hay tal país...

La escolta se detuvo en las goteras de la comandancia y el cabo Rancún avanzó hasta la guardia a pedir permiso para avanzar. Volvió con la autorización y la escolta hizo los últimos pasos hacia la puerta del cuartel.

—Me entretuve donde aquélla... —dijo Salomé al encontrarse con Cárcamo, antes de llegar a la curva de los bambuales.

—Susto llevó al verme, capitán...

—La verdad que me asusté... Me entretuve donde aquélla...

—Me agarró el sueño, se dice —le rectificó Cárcamo—, y es juego, ya le dije, compañero, que es peligroso por dos razones: se entera el jefe, lo castiga, ¿qué, lo castiga?, lo procesa; recuerde que están suspensas las garantías y que eso para *Bostezo* virtualmente es estado de guerra; o bien se enteran los que dirigen el movimiento de huelga y le dan una soberana sorpresa cayendo sobre la patrulla que, mientras usted duerme con la hembra, también debe descabezar algunos sueños.

—El cabo Rancún es de absoluta confianza y...

—En esto de la milicia, dice *Bostezo*, no hay subalterno de confianza, menos de absoluta confianza, y todo jefe debe desconfiar de su segundo.

—Sí, la verdad, es que me cuajé, me puse a volar pestaña y desperté de repente con el corazón que se me salía por la boca: vi, vi materialmente, que muchas manos empujaban a un oficial hacia un campo cubierto de cruces, y que yo llegaba a tiempo con mi escolta y rompía aquella telaraña de manos que ya tenían rodeado al oficial, igual que una mosca, eran manos de una multitud que avanzaba, manos como arañas, como grandes arañas...

—Una pesadilla...

—Sí, una pesadilla, y el oficial que iban empujando al campo de las cruces, se parecía a usted..., capitán Cárcamo...

—¡Ah, puchis, ya también yo salí a bailar!

—Y por eso fue, no sé si se dio cuenta, que no pude ocultar mi sorpresa cuando nos encontramos...

—¡Déjese de cuentos, le molestó que lo choteara viniendo a rendir tan tarde! Pobre su gente, es una desconsideración. Por usted, muy bien, dándole gusto al cuerpo en blando colchón, pero los soldados durmiendo a la intemperie y de fatiga..., no hay derecho...

Salomé guardó silencio. Cárcamo, como él, era capitán, pero, por razones de antigüedad, podía hacerle aquellas observaciones, aunque no era pago reconvenirle cuando acababa de salvarle la vida, en sueños, pero se la había salvado y, además, le cayó mal porque venía molesto por haber buruqueado con aquélla...; hasta lo amenazó con «quemarle la canilla»... ¡Jodarría la de las mujeres!... Al entrar a la comandancia, cada quien se fue por su lado. Salomé a su pabellón, donde le esperaba la guitarra sobre la cama, más coqueta que una mujer, con su moño azul y blanco. Y Cárcamo hacia el despacho del Comandante. Encendió la luz; fue hacia el escritorio, depositó los papeles que se hallaron en casa del barbero y... aquí quedóse como petrificado. En uno de los sobres se leía: *Rosa Gavidia*...

Rápidamente lo retiró, como si el foco de la lámpara del escritorio fuera a quemarlo; pero, más rápido, apartó de sus ojos los pliegos que contenía. ¿Qué hacer? ¿Dejarlo? ¿Guardárselo? Ya estaba en su bolsillo... Febrilmente, buscaba, entre los demás papeles, si había otros con el mismo nombre: Rosa Gavidia...

Apresuradamente los ordenó. Se le quedaban pegados en los dedos, con las manos sudorosas. No sólo el calor, que a pesar de ser cerca de las tres de la mañana quemaba como a mediodía, sino el sudor de la pena.

En su guerrera llevaba escondidos los papeles de Rosa Gavidia, cuando volvió al velorio y presentóse ante el Comandante a informarle:

—¡Cumplida la orden, mi jefe!

—Quédese por aquí cerca, capitán, que nos vamos a ir pronto.

Sin perder de vista al jefe, fue en busca de una copa y de Andrés Medina. Andrei, a quien hubiera querido encontrar en el velorio, por ser su amigo de la infancia y «hombre rebelde, de ideas raras y atravesadas», a quien le hubiera podido contar todo, a lo macho. No lo encontró; y no le quedaba sino quemarse en los labios, con

aguardiente, el nombre de Rosa Gavidia: volverlo humo, como el tabaco.

XXVIII

Se les tuerteaban los ojos de reírse, más con los ojos que con los labios que también abrían bajo los bigotes de crin mal recortados, mostrando las dentaduras y mordiendo con la carcajada aquel pedazo de alegría palpitante, única forma para ellos de celebrar el triunfo reunidos, como estaban, en el «Arenal del Gambuso», o «Arenal de los Gambusos», indistintamente le llamaban en plural y en singular.

—¡Al abrazo y desabrazo!, ¿verdad, hermano?

—¡Sí, porque si no como matapalo, que palo que abraza lo mata!

Y abrazos y más abrazos y apretones y más apretones de mano por el gusto, por la alegría, por el triunfo. Pero un festejo así no se hace sólo con abrazos. Claro que no. Hay que pescuecearse unas cuantas cervezas y echarle al ron a vaso lleno, acompañando el beber con panes, con sardina, tortillas de maíz con queso rebanadas de lengua fingida y jocotes y guayabas y nances. ¡Fiesta! ¡Qué se entiende, fiesta!

—El fulano toca la ocarina...

—¡A darle, amigo, para que se oiga algo más que el chanchalajeo de esta rifa de prietos!

Ocarinas, violinetas, guitarrillas, bandurrias y guitarras en manos de los Samueles.

—¿Que se habían hecho ustedes, oooo?

—¿Qué nos habíamos hecho que nos habíamos deshecho, verdá compadre?

Los tres Samueles, Samuelón, Samuel y Samuelito, asomaron con sus instrumentos.

—¡Pero qué bien les resultó el volado —dijo Samuelón—, qué bien les resultó! Entuavía estoy pensando que las circunstancias los favorecieron. No eran para menos los pencazos de agua que caían. Unos pencazos de agua que a la gran san bomba. Y poco marino el jefe de caporales...

—Tiene almorranas...

—Algo se rascaba atrás, es cierto...

—Pero no le llegaban los dedos por lo grueso de la capa —terció otro de los Samueles—. La capa diz que lo maniataba, ja, ja... Parecía un pescador de ballenas.

—De hoy en adelante —echó las palabras primero y después empezó a reírse Samuelón—, de hoy en adelante, hay que prevenirle a la compañía que cuando llueva ponga de esa gente que trabaja en sus submarinos, porque los aguaceros por aquí todo lo vuelven submarino.

—La peleamos bajo el agua. Y el bueno fue aquel canillón mi compañero que llevó la voz cantante, cuando quisieron meter a los pobres esos que buscaban trabajo.

—Y el del hijo, ¿dónde me dejan al mulato ese?

—Ninguna confianza...

—Claro...

—Primero vino con aquel gringo gigantón...

—¡Casi nada, el presidente de la compañía!

—Primero vino con ése, cuando repartieron la herencia de Cosí, merienda de negros la de esos millones, y ahora ha vuelto con el pretexto de cuidar a su madre que está vieja. Porque para mí que es un pretexto...

—¡Mejor contáte otra película, vos, porque nos vas a poner tristes!

—Cierto que pura película, vos, y es que los naturales de ese gran país del Norte, y aquí abran la boca, muchá, ante esa nación el saludo es abrir la boca, como abren la boca los pescaditos pequeños antes que se los trague el tiburón; los naturales de por allá todo lo arreglan con el baboseo sentimental y algo de eso se le pegó al mulato, llora por el padre enterrado y chinea a la nana...

—¡Poné punto y aparte, vos, si querés un trago!

—¡Viniendo y pasando por mi garguero que para beber se hizo el hombre!, ¿verdá, Samuelito? ¡Callado este Samuelito! ¡Charrangueá la guitarra y cantáme!...

Allá van, allá van, allá van los que van a morir, sin amor, sin amor, sin amor nadie puede vivir...

—El canillón ese que se opuso a que trabajaran los otros, yo lo conozco. Es de mero abajo, de la otra costa. De «Tenedores» o de «Los Amates» de por allí es, o por allí lo encontré una vez, no sé bien si en los «Los Amates» o en «Tenedores».

—Entonces *sabia*, no era nuevo en el negocio.

—¡*Sabia!* ¡*Sabia!* ¡Hijo de la tostada para hablar éste! Sabía, se dice.

—¿Hijo de la tostada para hablar yo? ¡*Sabia* mejor que sabía!

—¡Qué sabés vos!

—¡Savia, sangre del árbol; saber, engaño de hombre!

El viento de la tarde, rumoroso, repique de hojas en el silencio, se turbaba con los retumbos lejanos del mar, el eco lejano de las trituradoras de piedra, el mugido de las reses que se sabían condenadas a muerte, los perros ladrones alrededor de las casas y los navegares de los alcatraces, aguacalando el aire que el vuelo de las garzas dejaba tenso y sonoro.

—Arreunidos somos bastantes...

La voz del que hablaba quedó sepultada bajo el charrangueo riendoso de las guitarras que eran como yeguas finas que hunden los ijares vibrantes al galope de los dedos que las espoleaban picadito, para que saliera el son con retobos, y la lástima es que no hubiera hembras para poder bailar, haciendo con los pies, lo que los guitarristas con las manos, en los puentes y en las cuerdas.

Polvareda alzó un color de viruta de palo de naranjo que se levantó a bailar solo. Palmeaban algunos, para marcarle el compás. Otros no tenían tiempo, las manos ocupadas con bebidas y comidas, pobres manos de cargadores de fruta, duras y alacranadas.

Al terminar el son, entre aplausos y vivas, los más bebidos se lanzaron a abrazar a los Samueles, que a duras penas salvaban las guitarras de abrazos y machucones...

—Arreunidos somos bastantes —insistió aquel que se había quedado con lo que

pensaba decir, en la boca—, y no porque seamos muchos sino porque arreunidos en una sola voluntad, como estamos aquí, nos volvemos más. El señor Lino Lucero...

—¡No hables de ese rico traidor, traicionero, todos los millones que le dejaron para que favoreciera a los trabajadores, creando cooperativas, porque con esa condición le dejaron la plata, para poderle a la compañía, y qué fue lo que hizo, él y sus hermanos, qué fue lo que hicieron!

—Iba a contar lo que Rito Perraj, el gran Chamá, les dijo como profecía a propósito de lo que nosotros logramos al negarnos a cargar fruta, si no nos pagaban más.

—Oigan...

—Es a propósito de que juntos somos muy mases...

—Juntos, pero no revueltos!, ¿verdá, vos?...; éste parece que no se bebiera el guaro, sino los tirabuzones, miren cómo tiene las canillas...

—Dejen hablar...

—Lucero diz que el Chamá le preguntó un día: «¿Ves allá?» «Sí, le contestó don Lino, allá veo el mar.» «¿Grande, muy grande?», le preguntó el Chamá. «Sí, más que grande, inmenso, y más que inmenso del tamaño de Dios.» «Pues así como lo ves de inmenso, del tamaño de Dios, está hecho de gotas de rocío.» «La gota de rocío que ni siquiera miras, menos que la cabeza de un alfiler, acaso como la punta de una aguja, es temible, dijo el Chama, si se suma a sus hermanas y forma ríos, lagos y mares...»

—Y ni por eso aprendió la lección. Caro le va a costar. Ultimamente le fueron a pedir para ayudar con algo a las familias de los huelguistas de Bananera y se negó. Dijo que no daba porque los huelguistas eran gente que peleaba por la panza, no por el ideal.

El cielo escamoso de nubecillas de plata y oro cerraba el horizonte detrás de filas y filas de palmeras sometidas a la constante del viento y a los golpes de los aires huracanados. Elásticas, divinas, en el bravear del huracán tornábanse algo así como el zumbido del viento entre los espadaños de sus altísimas ramas, y en la tempestad, bajo el chubasco, se volvían como vegetales eléctricos, oro en el relámpago, retumbo en el trueno y rayos que se destrozaban con el rayo. Pero aquella tarde, vistas desde el «Arenal de los Gambusos» más parecían hechas de hilos y cabellos.

Los hombres saludaban, después de la tempestad, la resistencia de las palmeras y se tragaban la enseñanza, sin sentir.

—Juntarnos muchos, muchísimos, incontables, como las gotas que forman el mar, está bien, pero también hay que ser resistentes, como las palmeras que allí como las ven, tan delgaditas, tan quebrables, aguantan más que los árboles gigantes.

—Quién de todos sabe dónde vive, y a saber si estará ahora, el grandote aquel que se negó a trabajar y se opuso a que trabajara la gente suelta. Convendría traerlo aquí, antes de seguir guitarreando, y hablar con él. Eso de la huelga necesita mucha gente, muchas anuencias. Le diremos que estamos festejando el aumento y que a él también le toca parte de la fiesta por lo que hizo, negarse a trabajar y a que los otros jalaran la

fruta que había cortada. ¿No les parece, muchá...?

Se aprobó y fueron en su busca.

—¿Al bien me traían y por qué como preso? —dijo el gran grandote al desembocar en el arenal con los compañeros que habían ido a buscarlo.

—¡Fiesta tienen —siguió hablando— y lo mejor es que no son egoístas, invitan! ¡Se lo agradezco porque yo andaba algo de tronco solo, desde que se fue un compañero que vino conmigo!... No le gustó la costa ni tantito y alzó el volido... Sólo yo me quedé haciéndole fijo al tormento...

—¡Pues, amigo, aquí nos tiene a nosotros, si compañía le falta! Estamos de festejo. Los muchachos querían guitarrear lo del aumento, con canciones y polcas. Es la primera vez que la Compañía accede, por estos rumbos, a un pedido de los trabajadores.

—¡Hacen bien en festejarlo!

—¿Nos luce, verdad? ¡Pero a usted también! ¡Usted, amigo, tuvo su parte principal! Les deshizo la treta de querer encuadrillar a la gente que andaba suelta. Muy a tiempo le cantó la negativa al marrano del jefe de caporales. Si no es así quizás no se consigue.

—Si todavía me persigno —saltó otro—, y eso que me hacen burlá los que no son crédulos, pero yo tengo mi fe en la virgen que el cura dice que es india pura y que nos va a dar una mano para jo... jo... jo a estos gringos evangelistas... jo... jo... jo...

—¡Ya éste se ahogó con el jodido en la boca!

—¡No hay que exagerar, a la Compañía en nada le afectará el pinche aumento que nos hizo; lo importante no es lo que nos aumentaron, sino el haberlo conseguido en la forma que lo conseguimos!

—Si no hubiera estado lloviendo con toda esa fruta cortada, cualquier día que lo conceden...

—Y si no tienen barco en el muelle...

—¡Será por todo lo que ustedes quieran, pero no por esas causas: porque llovía, porque había mucha fruta cortada, porque tenían en el puerto vapor esperando para cargar, porque no quisieron apelar a la escolta para que nos rompiera a culatazos, porque al jefe le comiera la almorrana y no se la pudiera rascar por lo grueso de la capa, porque no estaban los capataces del *Gancho*; no por esas causas, vamos a despreciar la nuestra! ¡Nos aumentaron porque nos negamos a trabajar y porque nos negamos a trabajar a la brava, a lo macho, si no se nos mejoraba de unos centavitos de paga, y la lección es que sin nuestros brazos, ellos ya pueden ser dueños de todo el oro del mundo y producir estas tierras las más lindas pencas de guineo, que de nada les serviría! ¡Es la confluencia de ellos y nosotros lo que hace hasta ahora la riqueza de ellos y la pobreza nuestra, pero eso es lo que va a cambiar, compañeros, porque tiene que ser parejo para todos y por lo mismo me cae mal que se eche al desperdicio nuestro triunfo por invocar pendejadas!

—Si me dejan hablar —creyó prudente pedir permiso el gran grandote—, si me

dejan hablar a mí...

—¡Claro, que hable!

—¡Ya habló allá, compañero, cuando se puso de nuestra parte, y ahora es de los nuestros, tiene la palabra!

—Pues, para que ustedes todos lo sepan: así como habló el amigo se habla en la otra costa. Allá se averiguaron y no propiamente sólo en las plantaciones, sino con los muellers del puerto, gente de lo último, de lo más ruin, gente que llega a ese trabajo como perseguida, en la desesperada de encontrar en su tierra nada más que aquella forma miserable de trabajo en que enferman, se envician, se corrompen, se pudren... el hombre es inacabable... y lo hemos visto... de esos seres... de esos cargadores del muelle que eran como basuras humanas salió lo increíble... De estos muellers animalizados por lo bestial del trabajo, la falta de vivienda y el poco alimento, más el paludismo, mugrientos y haraposos, salió un remolino de voluntad y rebeldía que no se supo cómo, ni dónde, ni a qué horas comenzó y que fue tomando y tomando proporciones hasta paralizar el puerto. Así como de repente, en lo más apacible del día, en un lugar cualquiera, se forma un remolino, escuece el polvo del suelo, se alza como ombligo de tirabuzones y ciega cuanto encuentra, así se formó aquel remolino de rebeldes. ¡No trabajaremos, no cargaremos ni un racimo más de banano, si no nos aumentan el jornal!, fue que dijeron. Y no trabajaron, y la fruta se pasaba, y el vapor quemaba máquina y los carros del ferrocarril se sumaban en el muelle sin descargar, inmovilizados e inmovilizándolo todo, hasta que empezó la pelea...

—La pelearon...

—¡Ya ven, muchachos, que la pelearon!... —se oyeron varias voces.

—Capataces, policías, escoltas, y nada, no les podían, pues por todos lados asomaban aquellas miserables basuras humanas convertidas en fieras, no a la defensiva, sino al ataque. Atacaban con palos, fierros, palas, picas, pedazos de rieles, durmientes, cuanto podían arrancar de las vías y del muelle para arrojar contra las fuerzas que los cercaban. Del casco blanco de la nave, uno de los vapores de la maldita Flota Blanca, igual que diablos, se precipitaron negros armados de mangueras, a repelerlos con potentes chorros de agua. Agua, tiros de fusil, explosiones sordas, vagones rodados como catapultas que al chocar con otros en las vías o saltar fuera de los rieles hacían retemblar las bases del muelle y los edificios... Se oyeron entonces las primeras ráfagas de ametralladora... la orden era terminante... acabar con ellos... El silbar de los proyectiles y el «chiche» de plomo de las «tartajas» perforaban el gran silencio que igual que campana de humo cubrió todo, salvo el mar embravecido, que, como peleando, se oía abajo... La muerte se impone... Manos en alto se fueron entregando algunos grupos. Por las coladeras del silencio y el humo hediondo de la refriega asomaban los hombres que policías y soldados recibían, al parecer, pacíficamente, pero al estar detrás de sus filas, brutalmente, con la brutalidad de siempre, con la brutalidad de quererse desquitar en

ellos lo que hicieron todos, al ser atacados por pedir aumento de jornal. Todos se entregaron, menos unos pocos que fueron reculando y reculando hacia el extremo volante del muelle. El tiempo empezó a medirse por los pasos de aquellos trabajadores, sombras de fuego bajo el sol que calcinaba, cercados a boca de fusil por sus perseguidores, de espaldas al mar, de espaldas al mar que era un caldo de tiburones...

—¿Y en qué trabaja el amigo?, porque se ve que habla floreado...

—De hondureño...

—¿Cómo, de hondureño?

—Sí, trabajaba de poeta hondureño, en un hotel; la propietaria, Cleotilde Benavides, era de Tela, y le gustaban los versos. Medio mi paisana...

—¿Por qué medio mi paisana? No dice que es de Honduras...

—De la frontera y no sé ni cómo quedó el lugar donde nací, con eso de los límites, si de este lado o de aquél. Lo cierto es que de cualquier lado que haya nacido, fue en dominios de la frutera, porque todo se volvió Merendón para la Compañía...

—¡Pero sígale contando —intervino uno de los Samueles con la voz ahogada, ansiosa—, díganos si al fin se entregaron aquéllos de los nuestros que se quedaron peleando en la punta del muelle entre los tiburones y los policías. ¿Se entregaron? ¡No les quedaba otra cosa! ¡Para dónde agarraban!

—Ese es un error, amigo. El hombre tiene para dónde agarrar. Y cuando se le cierran todas las puertas, agarra para la muerte... —y tras una larga pausa en la que la respiración de los hombres que le escuchaban se oía temblar, continuó—: ¡Agarraron para la muerte, pero se vendieron caro... —todos respiraron—, caro se vendieron...! Uno de todos en la desesperada le arrebató el arma a un soldado, otro la pistola a un policía, ya heridos, ya mal heridos... En otro lugar un oficial detuvo al que lo atacaba, de un tiro en la boca, pero un cuerpo cayó y como si se hubiera levantado, otro se le vino encima y le manoteó el revólver al militar que allí quedó tendido... No duró la refriega... No podía durar... Sobre los cuerpos de sus compañeros, el del fusil se parapetó tendido en el suelo y echó bala hasta el último cartucho... Tambaleándose, heridos y sangrantes cayeron algunos al mar en que se retorcían los tiburones como inmensas lenguas voraces...

Guardaron silencio. El grandonón siguió:

—Pero allí no termina la cosa. De la capital llegó, en el término de la distancia, un tren militar al mando de un general que hablaba inglés. Lo vi de lejos: nariz de gancho, bigotes y ojos verdes. Y empezó la molienda de nuevo. No hubo más muertos, porque no hubo más gente a quien aplicar la ley fuga. El General con ayuda de sus anteojos de campaña seguía los detalles desde un coche-salón, convertido en su cuartel general, con hembras en cueros. Seguía atentamente el humo o los humitos que entre las arboledas y los ranchos señalaban los sitios en que sus fuerzas acababan con la población en señal de castigo, mientras sus dedos desensortijaban el vello de los pubis...

Esa noche hubo banquete en Bananera. El General llegó en un pedazo de tren militar revolcándose con las mujeres bañadas en champán helado que saltaba de las botellas y que sorbía más delicioso, en medio del calor enervante de la costa, bebido a sorbos o lengüetazos de los senos, de los muslos, de los sexos.

Al aproximarse a Bananera se detuvo el tren para que el General se bañara. Y bajó a recibir el homenaje del banquete que se le ofrecía, por su papel de gran pacificador, de guerrera blanca, impecable, pantalón verde oscuro, botas de relumbre metálico, espuelas con ruidos de aritos de mujer, en la boca una cachimba larga con un cigarrillo de tabaco rubio, cuya colita de humo le obligaba a medio cerrar un párpado, mengua que hacía que su otro ojo abierto, luciera mejor con su gran pupila de cristal verde.

Al final del banquete, al que asistían el vicepresidente y otros jefes fruteros, pidieron que dijera algunas palabras el General Victorioso, y lo hizo con voz de matraca vieja, retórica de momificado, atusamiento constante de los bigotes kaiserianos y frote y palmoteo de una mano con otra, como enjabonándose de gusto, por lo que decía y por lo que iba a decir. Alzó su copa en una especie de brindis y exclamó: «¡Señores míos, concluida la pacificación, quiero recordarles, con la franqueza con que se habla a los *Businessmen*, que un General de la República, no se desplaza sólo por cambiar de clima...»

—Al menos ese fue franco para pedir que le untaran la mano —acotó uno de los Samueles.

—Y esa misma noche —siguió contando el que le hacía de poeta—, en el pedazo de tren militar en que llegó al banquete, volvióse al puerto, adonde fue llegando de madrugada, sin las hembras... Ordenó a los ayudantes que las arrojaran de lado y lado de la vía, borrachas, medio desnudas, mientras él, desabrochada la guerrera blanca bañada de oro, sorbía con ayuda de una pajilla, de una copa, pepermint con hielo martajado, como si con aquel licor alimentara sus ojos, o el único ojo verde que mantenía abierto. La inmensidad se tragaba los gritos de aquellas infelices que medio desnudas, del pelo, de los brazos, de las piernas, de donde las agarraban, sacaban los ayudantes del interior del vagón a la plataforma, y las arrojaban al vacío, sin importarles que el tren fuera a toda velocidad. La noche se llenó de gritos de mujeres que enmudecían al caer y quedar junto a los durmientes, abandonadas, golpeadas, sangrantes, como inertes sacos de carne...

Y después de un corto silencio, añadió aquél:

—Al salir de los *cueros* y quedar solo, avivó la brasa verde de su ojo al acercarse a su nariz ganchuda los anteojos de pinzas, fijarlos allí con ademán elegante y leer en un cheque, hasta dónde habían sido sensibles los jefes de la frutera que le agasajaron por el triunfo contra la plebealzada en demanda de mejores jornales, hasta dónde habían interpretado su indirecta muy directa sobre el cambio de clima. Y en verdad que no pudo quejarse. Una serie de ceros temblaban en el pentagrama de un cheque que le pagaba el que se hubiera dignado bajar, un general, de la primavera eterna al

fuego de la costa.

Samuelón interrumpió:

—¿Y usted, amigo cómo supo todo eso? Nos ha dejado como las guitarras, con la boca abierta.

—Todo tiene su explicación. En el hotel donde yo trabajaba de poeta hondureño, se hospedó otro poeta, feo como caballo y misterioso. Tomó la habitación más grande, necesitaba espacio para pasearse, porque andaba toda la noche, según explicó, y porque sólo en un cuarto grande había campo para tres roperos que exigió, pagando lo que fuera, y en los que yo le ayudé a colgar más de cuarenta trajes. Sastre o vendedor de ropa americana, me dije y eso mismo doña Cleotilde, la dueña del hotel. Pero los días pasaban sin que se le viera la punta al negocio. El tipo empezó a beber coñac por botellas y a regalar los trajes. Como todo el que está bebido regala su ropa, no nos extrañó. Mas, días después nos dimos cuenta que los que lucían sus flamantes trajes, todos eran negros, y se descubrió el misterio. Era *pliro*, de esos que le gustan los hombres, y daba los trajes a cambio de mercancía-placer. Y no así a las calladas. En las madrugadas, mientras el negro favorito se ocultaba como un bulto bajo las sábanas, o huía despavorido por el balcón, él bramaba con un retumbo ronco, como si la garganta se le hubiera vuelto de madera, transfigurado, la quijada hasta el pecho, el pelo enredado en las orejas, como si fueran las bridas de un imposible freno, los dientes granudos mojados con mucha saliva que le caía en babas o se tragaba, pausando así lo que decía en versos largos. Sus pupilas subían entonces desde abajo, hasta lo más alto de los grandes huevos blancos de sus ojos, igual que si caído en un pozo fuera tanteando con los ojos dónde quedaba la salida. Y entonces, lloraba y gritaba: —¡Ea, sacadme, que he caído muy hondo, muy hondo!... Lamentación que concluía en el ámbito de su boca, enronquecida como paladeo de «De Profundis» hasta cansarse de repetir: «¡muy hondo... muy hondo!», momento en que saltaba a la cama y se aferraba al negro, levantándole, el gran sexo de ébano, con una mano ensortijada de esmeraldas, en medio de una carcajada siniestra...

Pero el misterio sigue. ¿Qué hacía aquel individuo allí? La dueña del hotel tuvo el soplo. Era editorialista y redactor principal de un diario capitalino que, por temor al gobierno y para ganarse del todo el favor de la frutera, tergiversaba las noticias del conflicto de los muellersos. Cuando éste que había escrito varios editoriales contra los trabajadores, basado en las noticias falsas que publicaba el diario, se dio cuenta, viósele enfurecer, tomar la máquina en que escribía, lanzarla a la calle, correr, ocultarse y desaparecer. Quiso llegar al puerto a defender a los muellersos, pero ya era tarde y no encontró sino los pozos de sangre a medio secarse sobre el luto de los maderámenes y fierros alquitranados. Y por él supe la verdad que es lo que les he contado.

—¿Y lo del General?... —interrogó alguien.

—Lo del General trajo cola. Si no se les han cansado las orejas...

—La cola del cheque —dijo otro—, porque el hombre fue franco, no había ido a

cambiar de clima.

—Déjenme contarles, pero antes quiero un buen trago de ese alambique.

—Es entrador...

—¡Salú, por ustedes y por lo del aumento y los aumentos que seguirán!

Se tiró el trago de aguardiente blanco hasta el galillo, mientras todos le contestaban, ¡salud!, y tras escupir ralo, la saliva, saltó como un plumoncito en el arenal, se pasó el brazo velludo por la cara para enjugarse un poco el sudor, y continuó:

—Lo del General trajo cola, porque una de las mujeres que tiró del tren era norteamericana...

—¡Putá!

—¡No se le contradice al compañero! Y por esa mujer, que vivía en el hotel, supe lo de la orgía del tren y del trágico final. Un grito llenó mis oídos. Salí con un zapato puesto y otro en la mano y corrí medio despierto, medio dormido hasta la puerta del poeta maldito, así le gustaba que le llamaran, y en lugar del negro de cada noche, me encontré en su cama a la huésped que más parecía una colegiala rubia, hundida en nubarrones de carne amoratada su preciosa carne, roto el brazo, rotas algunas costillas, sangrante la boca, temblorosa, con unas ojeras que le colgaban hasta debajo de los senos. Pedía un médico, un faumento, un alivio, un trago de whisky, y el poeta juntaba y separaba los cucharones de sus labios tratando de convencerla de que se curaría tomándose una de sus esmeraldas cada media hora. «¡Esmeralda no!», gritaba la gringa, «¡Ojo verde!», «¡General no!», «¡Nerón no!»... Salí sin calzarme del todo, sonando un solo zapato, igual que si me faltara un pie o me sobrara otro, como les pasa a los cojos que no saben si tienen una pierna de más o una pierna de menos, y fui a despertar a la patrona que era amiga del vicecónsul *americano*. Doña Clótil, en un camisón que era un mostrador, pór lo espacioso y porque no ocultaba nada, me acompañó hasta el cuarto del poeta que al vernos entrar se tomó las esmeraldas, una por una, con ayuda de grandes tragos de coñac, mientras doña Clótil atendía a la gringa golpeada que lloraba con llanto de mujer, que de repente se ha vuelto buena. La llevamos a su cuarto y allí nos contó lo ocurrido, mientras el poeta, con un lazo en que había ropa tendida, saltaba a la cuerda por la terraza del hotel cantando: «¡Soy un mariguano, soy dos mariguanos, soy tres mariguanos...!»

—¡La indemnización que habrá cobrado la tipa esa, por los golpes y para que se callara, porque nada de eso salió en los periódicos! —dijo Samuel.

—¡Y qué bien predica el amigo! ¡Mejor que evangélico! ¡Predica como el curita ese de la Virgen de Guadalupe!

—¡Predica y traga el compañero!

—¡Para eso es poeta, verdá usted... y no nos ha dicho su nombre!

—¿Mi nombre?

—¡Ahora dirá que no se acuerda...!

Todos soltaron la carcajada...

—Me dicen el Loro Rámila...

Las carcajadas se redoblaron...

Entre los guitarristas discutían. Samuel con Samuelito y Samuelón con Samuel. Así pasaba siempre.

—¿Verdad, compañero Rámila —se adelantó Samuelito— que el famoso Tabío San estuvo en esa balaceadera? Mi hermano Samuel dice que no y yo digo que sí y Samuelón, como siempre, se lava las manos. ¿Estuvo o no estuvo? ¡Usted nos lo va a decir!

—Allí, en la balaceadera del muelle, no; pero estuvo en la de Bananera que también fue brava, acuérdense que el General no había ido a cambiar de clima, y escapó de chiripa en un tren que iba para la capital. Se tiró antes de llegar al Puente de las Vacas; donde el tren empieza a andar despacio, y por veredas y extravíos fue a dar por las Caleras del Norte, donde estuvo escondido mucho tiempo.

—¡Ya ven ustedes! —se volvió Samuelito a sus hermanos.

—Pero ya ves que estuvo en la balaceadera de Bananera —arguyó Samuel, pronto a decir después, dirigiéndose a Rámila—: Y se suena que ahora viene para Tiquisate, ¿será cierto?... Nosotros todos queremos hablar con él... ¡Tabío San... es famoso y pocos le conocen!

—Queremos hablar con él lo de la huelga —intervino Samuelón—, que eso de quedarse entre los tiburones y las balas a mí no me convence. A mí, qué quieren que les diga, me gusta más el papel de taltuza. Eso tenemos que ser o aprender a ser; taltuzas. Cavarles el edificio, sin que se den cuenta, hasta que se les venga encima y que el golpe les avise. Paciencia y trabajo ciego de uñas y dientes, comer con las uñas y rascar con los dientes, como dicen que hacen las taltuzas. Y cavando el edificio se van a quedar bajo sus escombros, con todo y sus policías, y sus bancos, y sus jueces, y su presidente, y sus comandantes, y sus generales...

—Y en eso despertaste...

—¡Despertaste... ustedes son los que están dormidos, soñando que los valientes sirven para algo! Los valientes así sirven para morir. Yo no digo que llegado el caso. Pero a mí me gusta el valiente para vivir. ¡Entre nosotros, no sólo debe haber valientes para el rato de la muerte, sino para el gran rato de la vida!

—¡El compañero me hace la competencia... muy bien... —se levantó Rámila a darle la mano a Samuelón—, qué bien habla!

—¿Y aquí, Rámila, cómo ve la cosa? —preguntó Samuelito.

—¡Sí, sí, que nos diga cómo ve la cosa! —se sumó Samuel al dicho de su hermano.

—Lo que ustedes hicieron para lograr el aumento —se dirigió Rámila a los Samueles, pero lo rodearon todos para oírlo mejor—, demuestra que sí se le va a poder a la Compañía, pero hay que organizarse y cómo organizar a los jaladores de fruta que no son estables en su trabajo. Allí está el problema...

—De eso nos encargamos nosotros...

—¿Y ustedes saben la fuerza que representan? El puente humano por el que el banano pasa de las plantaciones a los mercados. Sin las manos de ustedes, la Compañía se queda con las manos vacías, con sus trenes y barcos sin fruta...

—La idea que nosotros tenemos —habló uno de los Samueles—, no sabemos si está bien, es llamarnos «Los Gambusos» o «Gambusos» a secas por esto del arenal, ya nos reconocemos con ese nombre, ¿verdá, muchachos?...

—No me parece mal. Pueden llamarse como les cuadre, pero antes de buscar este o aquel nombre para el grupo, lo primero que deben hacer es adherirse formalmente al movimiento...

Muchas voces saltaron al mismo tiempo:

—¿Dónde?... ¡Desde luego!... ¡Ahora mismo, si quiere!...

—De eso yo me encargo —dijo Rámila—, si todos están de acuerdo...

La respuesta fue unánime:

—¡Todos!

—Hay que secundar, mantener y sostener la huelga general una vez que se declare.

—¡Como un solo hombre! —gritaron a uno.

Luego, cada quien por su lado, para no salir todos juntos del «Arenal de los Gambusos», se fueron despidiendo y desparramándose por entre los matorrales. Huellas sobre huellas, sombras sobre sombras y a la distancia, las voces de los Samueles que por distintos rumbos se alejaban cantando, en son de burla:

En las inmensas llanuras del mar... del mar...

los submarinos miramos pasar... pasar...

XXIX

A la puerta del despacho del Comandante se detuvo el capitán León Cárcamo acompañado del Padre Fejú. Uno de los soldados quedóse atrás apagando el farol a soplidos. Los había acompañado para alumbrarles el camino. Los soldados de la guardia, dormidos despiertos, pálidos, bronceados bajo la luz eléctrica de la Comandancia, al darse cuenta del paso de algunos seres vivos, se enderezaron en sus bancas de respaldos echados hacia atrás. El subteniente de la guardia tosió. La cara envuelta en una toalla blanca le daba aspecto de moro. Sin decir palabra acompañó unos pasos a los que llegaban y se volvió a la guardia poco a poco.

—Permiso, mi Comandante...

Se oyó la voz de Cárcamo. Despertó todas las cosas dormidas en aquella habitación con olor a hoja de coco, a tabaco, a zapatos sudados, a ropa húmeda y al metal de las armas, angustiosamente impersonal, como la muerte. Un sonido de bostezo que ahogó palabras, significó que el jefe autorizaba el paso.

—Cumplida la orden, mi Comandante...

Otro sonido gutural despidió al capitán Cárcamo, a cuya espalda estaba parado el Padre Ferrusigfrido, delgado y pequeño como un acólito.

—Padrecito, tengo orden de mandarlo a la frontera, antes que empiecen a cantar los gallos —expresó el Comandante, sin dureza, pero sin amabilidad—, lo acusan de estar organizando aquí eso que llaman la huelga general.

Las palabras de aquel que ahogó su mano en el guacalón de un bostezo, desconcertaron al sacerdote. Perdió color su rostro tostado por el sol de la costa. Se le juntó el agua en los ojos. Amago de llanto que el Comandante no pudo notar, porque, en rápida sucesión de emociones, superado el momento de la sorpresa, aquél reaccionó, sin amilanarse.

—Es inconstitucional proceder a expulsarme con una simple orden...

—Hay decreto de expulsión...

—...y luego tendrá que saberlo mi cónsul; yo soy extranjero...

—Hay decreto de expulsión, y en cuanto a su cónsul, aunque lo hubiera, se haría de la vista gorda, porque sabe dónde le aprieta el... consulado, y además, ¿para qué tantos brincos, si el suelo está parejo, Padrecito?...

—¡A usted se le fue la sin hueso... —abrió la boca, pero no para bostezar, sino para tocarse la lengua con un dedo—, andaba queriendo hacer de Cura Hidalgo! ¡Casi na... ranjas! Pero esas cosas por aquí no pegan... Aquí no... ches son todas... ¡Cómo se le pudo ocurrir, es lo que yo me pregunto, poner en la iglesia una Virgen que es india, aquí donde hasta los santos deben ser gringos canches y con ojos azules... santos de pasta blanca que venden por docena, no nuestras imágenes antiguas, aquellas de madera de aquí mismo, porque la cuña para que apriete, aunque sea en el cielo, debe ser del mismo palo... Mejor bostezo, ya también a mí se me está yendo la lengua!...

Y tras callar y acallar un bostezo:

—¡Capitán Cárcamo!... —alzó la voz y al presentarse aquél le hizo saber que debía acompañar al Padre Fejú, con unos soldados a la milla más próxima a la estación de Tiquisate, donde se detendría el tren de pasajeros que iba hacia la frontera de México, el tiempo necesario para entregar al Padre Fejú, a la persona que lo reclamara, previa identificación como autoridad.

—Padrecito —continuó después de dar aquellas instrucciones al subalterno—, vamos a disponer de un par de caballos para que usted y el capitán Cárcamo vayan montados. No es mucha la distancia, pero así irá usted más cómodo.

Lo interrumpió el Padre Fejú:

—¿La orden dice de mandarme a caballo?

—No expresa la forma de remitirlo vivo a la milla en que usted abordará el tren de pasajeros que va a la frontera; pero, por lo mismo que no dice «remítase a pie», o «remítase amarrado», puedo darme el lujo de remitirlo a caballo. El menos tiempo que estén por aquí, capitán —dirigióse a Cárcamo— y no permita que se comunique ni hable con nadie el señor Cura, quien aceptará enmudecer por su voluntad, pues de otra suerte se expondría a vejaciones innecesarias. Y si alguna persona, nunca faltan las viejas iglesieras, se acercara a preguntarle a dónde va, dígales que va allí nomás a confesar a un enfermo, aunque éstos de por aquí, con la penetración evangelista, ya ni confesión buscan, mueren en gracia del dólar...

Poco chistosas resultaban al Padre Ferrusigfrido las palabras del Comandante, pero le pareció que en aquella forma, el hombre que no hacía sino cumplir órdenes superiores, trataban de hacerle menos amargo el trago, y en verdad que en aquellos tiempos ya eso era bastante...

Se despidió. La mano sudada del militar, sudada a panza, porque allí la mantenía, retuvo un momento la mano delicada del sacerdote, delicada como una hoja de misal que no supo ni siquiera del trabajo de la huerta en su Seminario de Chiapas, porque desde estudiante lo atrajeron la paleta y los pinceles. Se despidió, pero no se decidía a salir del despacho.

—¡Señor Comandante! —se detuvo a decir a la puerta, sudoroso, colérico— ¿voy en calidad de preso... o en calidad de qué voy? ¡No se me ha mostrado ninguna orden ni tampoco el decreto de expulsión; es un atropello incalificable!

—Va en calidad de conducido. El conducido ni va preso ni va libre. No va preso, porque va libre y no va libre, porque va preso... ah, pero eso sí, el conducido, si hace la menor resistencia o intenta fugarse, sigue viaje, pero no sobre, sino bajo la tierra. Miles de conducidos andan sepultados caminando en frío a saber para dónde... usted se iría al cielo, ya lo sabemos, derecho al cielo; pero para qué se va a ir tan luego... y, en cuanto a la orden y al decreto de expulsión —bostezó con toda la boca—, que tanto... —bostezó con media boca—, que tanto le preocupan... —bostezó de nuevo—, el capitán Cárcamo los llevará...

—No se me ha notificado...

—¡Padrecito, en el camino se arreglan las cargas y no me saque de mis bostezos con eso de querer venir a hacer aquí como el sudacaca del juez que todo lo quiere escrito en papel sellado. Mi consejo es que se vaya yendo, que sólo pase por la iglesia a traer sus cosas y que esté lejos de aquí, antes que canten los gallos...

Se oyó cantar un gallo.

El Comandante añadió:

—¡Ay, baboso, si ya hay uno cantando; pero ése es de los gallos civilizados que creen que la luz eléctrica es el sol!

Fuera de la Comandancia, alumbrada con algunos focos, el Padre Fejú, el capitán Cárcamo y los dos soldados que los acompañaban cayeron en el pozo de la oscuridad profunda, calurosa, irritante, nadie hablaba. Caminaban. El compás del paso militar del capitán y los soldados por el lomo de un camino recubierto con una costra de piedrín y petróleo crudo, contrastaba con el andar desigual del sacerdote, cuyos pies sonaban como golpes en la campana de su sotana, golpes de la campana de Hidalgo que sólo él oía... ¡ah, si arrebatara del altar el cuadro de la Virgen de Guadalupe y subiera al improvisado campanario a tocar las campanas!...

Las luciérnagas, las estrellas, las luces de los postes que alumbraban las vías férreas al aproximarse a las edificaciones de la Compañía donde todo dormía iluminado, atestiguaron el paso de las cuatro sombras que venían de la comandancia con destino al pueblo totalmente oscuro. Un alfiler que se extraviara en el área de los edificios de la Compañía, podía recogerse; pero en la población el que se aventuraba de noche no se veía ni las manos.

Al tanteo, Cárcamo no permitió encender luz alguna, alzaron el picaporte de la puerta de la casa conventual, a medio construir, para que el Padre Fejú recogiera sus cosas.

Cárcamo se detuvo a la puerta, entre la espada y el pañuelo con que se enjugaba el sudor y en el que dejaba a medias palabras, hablando a solas, yendo y viniendo, lo que ya lo desbordaba, ya se le salía de adentro: comunicar a alguien el peligro que corría Rosa Gavidia. Por más que hizo no pudo dar con Andrés Medina, su compañero de infancia. Pero, cómo le iba a hablar de eso al Padrecito... Sin embargo, la oportunidad era ésa...

—¡Tómese su tiempo, señor —le dijo el joven oficial—, que los gallos empezarán a cantar cuando nosotros oigamos! Los soldados fueron a traer los caballos por aquí cerca...

El Padre Ferrusigfrido, sin detenerse en su pieza, asomó al buque vacío del templo, donde el olor de la cera y el incienso persistía, no obstante el penetrante aroma de las flores de corozo, los jazmines, las rosas y frutas también fragantes, limas, naranjas, toronjas, piñuelas,

nances que sobre el pequeño tapiz deshilachado que servía de alfombra del altar mayor, regaba el fervor popular a los pies de la Virgen de Guadalupe.

Encajó las rodillas en el suelo con todo el peso de su pobre cuerpo, y lo único que

pudo decir fue: «¡Antes que empiecen a cantar los gallos..., debo abandonarte..., no tengo nada..., ni dejo nada..., ni llevo nada..., mi patria es cualquier parte, mientras no esté en el cielo...»

Se estremeció como si oyera la voz de *Bostezo*, que ya no era *Bostezo*, como lo apodaban, sino racimo de bostezos: «...usted se iría al cielo, ya lo sabemos, derecho al cielo; pero para qué se va a ir tan luego...» ¡Salvaje, que más podía pedir un hijo, sino volver al lado de su madre..., pero no, por qué ocultártelo a ti..., tengo miedo..., miedo..., y pasó su mano temblorosa por el vidrio puerta de salida, alguna puerta de escape...

¡Antes que empiecen a cantar los gallos!, murmuró con voz de autómatas, sin darse cuenta que ya estaban cantando, que sobre los campos todo era rosicler de aurora que cubría la sagrada imagen, como si tanteara alguna la atmósfera ardiente, las perlas rosadas del manto que brillaba como sudor sobre las yerbas y los árboles, las nubes somnolentes, lo que la esfera inmensa iba mostrando al ocultarse las estrellas y desnudarse los colores de la tierra.

Del caballo emergía su cuerpo y a su lado el del oficial montado en un caballito más alto, y a ras de sus rodillas, muy echadas hacia arriba por el apoyo que se daba con los pies en los estribos cortos, se desdoblaba el franjón celeste oscuro en que empezaba de ese lado la luz del amanecer. No había dormido, pero al asomar a las barrancas verdes que en sucesivas hondonadas desafiaban el equilibrio del camino, tuvo la sensación de despertar de un sueño que seguía siendo pesadilla, una pesadilla que lejos de terminar, al abrir los ojos, seguía en la realidad, con los ojos de par en par, con todos sus sentidos despiertos.

Se dejaba llevar por el caballo al paso del que montaba el capitán, Los soldados trotaban atrás, cada vez más atrás, pero siempre a la vista, el fusil a la espalda, atravesado, arriba del hombro asomado el caño y bajo la cintura, la culata, en la que a veces apoyaban las manos, para ayudarse.

Se les metió por los poros la alegría del día. Gallos, vuelos, trinos, ladridos, pitazos de trenes fruteros, voces de vaqueros, balidos. Se sintieron como lavados de la mala noche, predisuestos a conversar alegremente, a comunicarse algo más que palabras, un estado de su sangre en contacto del renacer del día. El capitán acondicionóse mejor en la montura y como hablando con un desconocido que marchase en la misma dirección, al cabo eso era para él el Padre Fejú, señaló las plantaciones de banano regadas por el sueño de la noche todavía candente.

—Allá, del otro lado de estos bananales, no se ve desde aquí, hay un llano donde los soldados deben estar haciendo a estas horas, ejercicios militares. Se aprovecha el fresco de la mañana, porque después ya con el sol alto, se derretirían hasta los fusiles.

El oficial se quitó el quepí (gesto que en lenguaje cuartelario quería decir: «¡qué pisado!») y rascóse la cabeza de pelo que tiraba a castaño.

—Marchas y contramarchas —siguió explicando—, movimientos, formaciones, manejo del arma, ataques, repliegues, rodilla en tierra, tendidos, a la bayoneta, al

asalto... Es muy vistoso todo y al soldado hay que mezclarle la sangre con el tambor desde muy temprano...

—Sí porque a la puritita hora, cada quien le hace como puede —canturreó el cura con su dejo mejicano—, así es, cada quien le hace como puede...

—Y le iba a preguntar, ¿le hizo saber el jefe por qué lo tomaron como extranjero pernicioso?

—El capitán Cárcamo, me dijo, llevará el decreto de expulsión.

—Pues lo que yo recibí fue una simple orden verbal de entregarlo a la policía en el tren de pasajeros que pasará por la milla...

—Ya me lo figuraba...

—Entonces no sabe por qué lo sacan...

—Me dijo algo de una huelga...

Callaron. A Cárcamo se le desplomó dentro del pecho, el nombre de Rosa Gavidia, como parte de esa palabra. ¡Huelga..., ruido de palabra entre papeles y sensación de vacío!... Pero, ¿sería ella?... ¿Sería la misma?... Aquella maestra que conoció en un baile del Casino Militar, hace tantos años... Primero le dijo que se llamaba Rosa Gavidia, eso lo tenía presente, luego resultó que no se llamaba así, que su verdadero nombre era Malena Tabay... ¿Sería ella?... ¿Sería la misma?... Rosa Gavidia... Cerropom... No cabía duda..., y el curita aquel medio calvo era su oportunidad...

El viento retozaba entre las hojas de los platanos. Cruzaban un recodo de potreros hondos de pastos y altos matorrales. Las reses asomaban como náufragas. Apenas se les miraban los lomos negros, pardos, blancuzcos, bermejos y las cornamentas que brillaban al sol.

—Por fortuna no hace mucho calor —dijo el sacerdote, ordenando el andar de su caballería que cojeaba de una pata cuando se le soltaba el freno.

Cárcamo, intencionalmente, insistió:

—Sacarlo a usted del país, como si fuera un malvado, no tiene nombre.

—Tiene nombre, capitán, tiene nombre! Es una iniquidad por el desamparo en que queda tanta pobre gente: niños sin bautizo, almas sin confesión a la hora de la muerte, hombres y mujeres viviendo como animales, sin sacramento, caldo propicio para la mala doctrina y no me dieron lugar a nada, ya ve usted que hasta anoche, a la hora en que usted me llegó a buscar al convento, no tenía noticia y fue el Comandante el que a quemarropa me comunicó que debía salir del país. —La orden llegó por cifra, y en descargo del jefe debo decirle que se molestó mucho, y, desde luego, si tiene usted familia, algunos amigos o conocidos, a quienes quiera que les avise yo, o les dé algún recado de su parte, estoy completamente a su disposición.

—Gracias por su buen corazón. Lo que hubiera querido es despedirme del pueblo y encargarle a la Patrona que sobre el escabel del Ángel alza su ser de virgen americana hecha de flores..., es dulce pensar en ella... no hay espina que hiera..., estampada en el ayate del indio... , morena..., achinadita..., sus manos juntas como

dos palomas que se dan un beso..., el cabello en rizos negros..., negros los ojos rechulos y la sonrisa en el temblor de los hoyuelos...

Y cada vez más exaltado:

—¿Sabe cómo le llamo yo?... Cuauhtemocina... ¿Y sabe por qué?... Por Cuauhtémoc el héroe... ¡Dios me perdone, pero, para mí, el humo que despedían los braseros en que le quemaban los pies a Cuauhtémoc fue al cielo, se convirtió en nube, nube que después cayó a la tierra transformada en lluvia o en rocío..., a la tierra en que estaban sembrados los rosales de donde le dijo Nuestra Señora al indio Juan Diego que tomara las rosas que debía llevar en el ayate en prueba y testimonio de quién era la que se le aparecía!... En lugar de las rosas, ya usted lo sabe, apareció la Virgen de Guadalupe, la Cuauhtemocina vivito y coleando el serafín bajo sus pies. Pero, le voy a contar algo más. En el seminario, siendo estudiante, me las daba de poeta, después me dediqué a la pintura que es el arte más neutro e inofensivo que hay, y compuse varios cantos, incluso compuse una loa para un

12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, en la que la llamaba la Cuautemocina. Por poco me expulsan y creo que mi caso llegó hasta el obispado de México, porque en la loa, uno de mis personajes se dirigía a Cuauhtémoc en esta forma: «¡Padre Nuestro que no estás en un lecho de rosas, santificadas sean las plantas de tus pies y hágase, Señor, tui voluntad de lava!»

El sol apachurraba todo, el cielo, la tierra, la vegetación sometida al peso del calor, de la evaporación, al aire sin más movimiento que el de la reverberación.

Se respiraban chispas, se escupía sed, se sudaba, se sudaba sin interrupción, en sopas la ropa y los asientos de las monturas a las que sentarse como adheridos, los pies hinchados en los zapatos calcinantes, la piel y la crin de las bestias, húmeda y retostada, imposible de palparlas, quemaban como planchas.

—Y por la Virgen de Guadalupe sufre ahora el contradestierro, es decir que lo destierran a su tierra —siguió el capitán el hilo de la conversación cada vez más decidido a contar al Padre Fejú, lo de los papeles que se encontraron en casa del barbero, la noche del velorio.

El clérigo se había calado unos anteojos negros para no enloquecer en la claridad cegante y ardorosa del mediodía.

El camino pedregoso, al salir de la gran mesa de la costa, caía por escarpados peñascos desnudos, recodos de pinos de cuyos troncos veíanse resbalar las iguanas y las resinas derretidas por el sol de fuego, para luego retrepar a las primeras mesetas.

Recuas de mulas con cargamentos de frutas, redes de aguacates, mangos, matazanos, seguían a la mula que llevaba la campana, y que más que con el tintineo metálico, parecía marcar el compás con las orejas. No era camino para carretas. Patachos, gente de a caballo, gente de a pie que se detenía, con el sombrero en la mano, a saludar al Padrecito.

Luego los cañaverales. Grupos de mozos sesteando a la orilla de ríos de andar precipitado, o a las puertas de sus ranchos, bajo sombras de cicales, al lado del

machete y la mujer y los hijos, todos desnudos.

Antes de las dos de la tarde llegaron a la milla en que el Padre Ferrusigfrido debía abordar el tren, camino a la frontera.

Los soldados se tumbaron bajo un amate, sobre la hierba, sin más almohada que sus brazos y los jinetes se fueron retirando en busca de una sombra, el capitán adelante, tratando de llevarse al cura lo más lejos posible de donde aquéllos pudieran escucharlos.

Apeáronse y se dejaron caer al pie de altos bambúes, largo a largo el oficial y el clérigo echado de lado sobre uno de sus brazos. Las moscas y los mosquitos se les pegaban a la cara con el sudor, cuando no lograban espantárselos. Ruido de lagartijas entre las hojas secas.

—Ratos siente uno que se le acaba el resuello... —exclamó Cárcamo, el pañuelo hecho una esponja de sudor en la mano, ya se había abierto la guerrera y la camisa—, aire..., aire..., aire...

—¿Entonces cree usted, capitán, que mi expulsión se debe realmente a eso de la huelga, que no andan de por medio los evangelistas, como yo creía?

—Da la coincidencia, Padrecito, que sus prédicas sobre la Virgen de Guadalupe parecían encadenadas a ciertos hechos, ajenos, desde luego, a la intención de usted por levantar el ánimo a los trabajadores. No sé si usted supo de un aumento de jornal que obtuvieron los jaladores de fruta, negándose a cargar, si no les aumentaban. Fue en estos días. Nosotros nos enteramos en la comandancia, porque se nos ordenó preparar un piquete de tropa y hasta se habló de llevar ametralladoras. Más tarde vino la contraorden, y es lo que a mí me tiene disgusto, no pasó esta contraorden por el conducto regular que son las autoridades de nuestro país, sino vino directamente de los Estados Unidos, a la gerencia de la compañía, que fue la que nos comunicó a nosotros ¿Qué cuento es ése? ¿A quién obedecemos? ¿Qué somos?...

Cárcam, que estaba tendido, se sentó antes de seguir:

—Peto, volviendo al caso de usted, le quería preguntar una cosa:

¿que relaciones tenía usted con el propietario de la peluquería «Los Equinoccios»?

—¿El que se murió?...

—El mismo...

—Relación, ninguna, salvo que un día me mandó a buscar con su mujer, yo creí que para confesarlo en artículo de muerte, sabía que estaba muy grave, pero no, me llamaba para hacerme el santo obsequio de un cuadro de la Virgen de Guadalupe que les dejé en el altar mayor.

—¿Nada más? ¿No le habló de que él tenía escondido en su casa, material de propaganda, hojas sueltas y volantes incitando a la huelga?

—Si apenas tuvo tiempo de señalarme dónde estaba el cuadro y salí con la imagen, tan feliz que no sabía si estaba ya en el cielo...

—Pero por allí va la cosa...

El cura guardó silencio esperando que el oficial dijera algo más. Luegotimidamente, insinuó:

—¿Qué es lo que va por allí, capitán? No quisiera marcharme sin saber por qué me ponen de patitas en la frontera, es como si me devolvieran ciego a mi tierra...

—Y de mi parte quisiera hablarle, sí quisiera hablarle, pero..., códecírselo... De hombre a hombre, no...

—¿Qué?... —alzó las cejas, la voz, y casi se levanta el clérigo—, ¿duda de mi hombría? ¡No se lo permito!...

Entre los dientes masticó un «a lo macho, yo también soy mejicano...»

—¡No, Padre, no se ofenda!... Lo que pasa es que no quiero hablar con usted de hombre a hombre, sino como se habla a un sacerdote en el momento de la confesión, bajo secreto. Es tan grave lo que le tengo que decir que... Es el nudo de una gran conspiración... —se quedó oyendo—, el nudo de una gran conspiración... —se quedó oyendo sus palabras, sonaban a palabras, a simples palabras..., y retorciöse los dedos sudorosos, calientes y por dentro recorridos por un temblor frío... ¡No, no podía ser..., movió la cabeza de un lado a otro, pensando que aquellas palabras que él estaba pronunciando, que aquellos sonidos de sus noches de desvelo sonámbulo, de sus días de desvelo dormido, pusieran en peligro de desaparecer su cuerpo, su espíritu, su existencia!

El cura volvió la cara sin rasurar hacia donde estaban los soldados, bajo un amate, y al darse cuenta que dormitaban tendidos, con los cascos sobre los ojos, alargó la mano para ponérsela en la rodilla al capitán, y animarlo a que hablara.

—Es el nudo de una gran conspiración... —arrancó de nuevo Cárcamo, respirando con dificultad y como hablándose a sí mismo—, y no me importaría, qué más da, si no fuera porque tengo que salvar a una persona que está sumamente comprometida...

—Entonces es una conspiración que ya ha sido descubierta... —alargó el Padre las últimas letras hasta hacerlas interrogación en tono confidencial, de confesionario, olvidándose de momento de que toda aquella confesión del capitán Cárcamo venía a cuenta de que él, Ferrusigfrido Fejú, también estaba comprometido en esa trama que arrancaba del maestro barbero.

—En mi condición de militar, me corresponde la pena de muerte, por el solo hecho de no dar parte a mi superior jerárquico de lo que sé... Pero ¡qué dar parte!, si lo que yo he hecho es peor, Padre, es peor...

Se llevó el pañuelo empapado en sudor, hecho un torzal, a la boca con el ademán no del que va a limpiarse los labios, sino a clavárselo hasta el galillo para ahogarse y no seguir hablando, o para sacarse con aquel tirabuzón de trapo blanco, las palabras.

—Cálmese y hable, capitán, el tren puede asomar de un momento a otro y bastante será que se alivie de su pena contándome a mí. Es peor, decía usted...

—¡Sí, sí, es peor lo que yo hice!; sustraje, así como suena, sustraje del conocimiento del Comandante algunos de los documentos que se descubrieron en

casa del barbero, la noche del velorio... ¡qué hombre más bestia..., conservar en su poder esos papeles!... (se desasosegó al decir esto, porque, qué otra cosa hacía él imprudentemente, sino conservar, para qué, los papeles de Rosa Gavidia, para que, para entregárselos a ella, para volverla a ver, para reanudar quizás...).

—¿Y en esos papeles vio usted mi nombre? —inquirió el cura alarmado.

—No, su nombre no —movió la mano negando con el índice, el capitán—, pero sí el nombre de la persona a quien, sin identificarme porque no puedo por mi condición de militar en servicio, quiero hacerle saber que debe escapar. Lo que pasa, Padre, es que no pude leer todos los documentos, yo sustraje una parte, en los que estaba el nombre de esa persona muy a la vista, pero entre los que deje, eran un montón, me temo que también se mencione el nombre de esa persona...

—¿Y el mío?...

—¡Y el suyo..., nadie sabe!

—Entonces, capitán, es de caridad que me diga pronto, antes que vaya a venir el tren, de qué persona se trata y qué debo hacer a fin de prevenirle que corre grave peligro y que se escape, todo esto sin comprometerlo a usted por su condición de militar en servicio.

El cura recapitó en ese momento en lo que su corazón le dictara, y si hubiera podido retragarse las palabras, recogerlas del aire con sólo aspirar hondo, se bebe el mundo, temeroso de que el capitán estuviera jugándole aquella comedia con el fin de hacerlo caer en el papel de cómplice del paro total que preparaban y entonces sí, regresarlo preso, con la prueba al canto.

Y mientras el Padre Fejú recapitaba metido en los tormentos que siguen al que habla y se arrepiente de lo que ha dicho, Cárcamo explicaba con más detalles, cómo, por la lengua suelta de la mujer del barbero, el Comandante, allí mismo en el velorio, sobre la marcha, le había ordenado que se incautara de todos los papeles que aquél tenía y los depositara en su despacho, lejos de imaginar, por supuesto, que aquel hombre que acababa de pelar rata y que velaban entre cuatro cirios delgados como dedos, flores del monte, rezos y llantos, fuera el agente de enlace «Número 1» del movimiento huelguístico de Tiquisate.

De la tierra aplastada bajo el rumor de la vegetación subía el fuego vivo de la costa, húmedo y quemante como costra infectada. De cuando en vez pataleaban los caballos, como si paladearan la sed del suelo a cuatro lenguas y alguna ave pesada se desprendía, sin mover las alas, planeando, de los más altos árboles a la curva del horizonte donde en alguna parte retumbaba el mar.

Tantos detalles le dio el capitán y tales confidencias le hizo sobre la huelga que se preparaba, a la hora 0 que de un día no fijado todavía se paralizaría todo el país, según el documento que obraba en sus manos, que el Padre Fejú, a pesar del bochorno de la hora, empezó a respirar confiado.

—No más que me suelten del otro lado de la frontera, en mi tierra lo voy a ayudar. Alguien que se meta por los lugares fronterizos en que no hay autoridades,

vaya y le avise...

—¡Padre, ustedes los mejicanos tienen fama de ser puros ofrecedores!

—¡Cómo quiere que le haga, si no le ofrezco! ¡A las veces cumplimos, y esta vez le doy mi palabra! Me faltan el nombre y la dirección.

—La dirección la tengo, en cuanto el nombre, deje que le explique. El nombre que aparece en esos papeles no es el de ella...

—Entonces se trata de una mujer...

—Sí, de una profesora... Tengo la dirección, pero el dato principal, que sería el nombre, está apenas prendido a un recuerdo muy viejo. Hace años, en un baile de máscaras en el Casino Militar, me aboné, como se dice en jerga de parranda, con una guapísima campesina que me dijo llamarse Rosa Gavidia. Bailamos toda la noche juntos, cenamos solos, me le declaré, casi me aceptó y su nombre no se me caía de los labios, hasta el momento de despedirnos que me dije que no se llamaba así, sino Malena, y que su apellido no era Gavidia, sino Tabay. Malena Tabay es su verdadero nombre...

Y ya en plena confidencia, el capitán continuó, después de consultar su reloj de pulsera. No tardaría en llegar el tren.

—Nos escribimos muchas cartas, yo estaba cada vez más enamorado, pero ella resolvió cortar, era yo demasiado joven. Los años han pasado, jamás volví a oír o vi escrito el nombre de Rosa Gavidia hasta esa noche, en el momento que depositaba sobre el escritorio del jefe, los papeles encontrados en casa del barbero. Y todo se me iluminó. La vi de nuevo. La vi de nuevo como cuando la saqué a bailar en el Casino, sólo que ahora, al sustraer ahora, al sustraer fatales documentos, le daba el brazo, como un voluntario de la muerte, no a una máscara, sino a una sombra, a una sombra adorada ¿por qué no decirlo? invitándola a bailar la más espantosa de las danzas, la de las torturas y los fusilamientos.

—Y si no fuera la misma... —cortó el cura.

—Lo he pensado mucho, le he dado muchas vueltas, pero no cabe duda. Malena Tabay era en aquel tiempo directora de la Escuela de Niñas de Cerropom, y Rosa Gavidia, según esos documentos, aparece residiendo en el mismo lugar. Es un pueblecito montañoso, apartado, casi inaccesible.

—Dios ha de ayudarnos —dijo el sacerdote, y se desabrochó algunos botones de la sotana, luego quitóse el cuello que usaba vuelto hacia atrás, lo desdobló y en la parte de adentro, con letra temblorosa escribió Rosa Gavidia, Malena Tabay, Cerropom...

Terminada la anotación, vuelto el cuello a su sitio, después de luchar con las mancuernillas, con el calor, con el sudor, uñas y yemas de los dedos doloridos, más valdría que le cortaran a uno el cuello de una vez, y no sufrir aquella guillotina permanente, y vueltos los botones de la sotana fácilmente a sus ojales, pudo hablar.

—Casi no tengo ahora necesidad de preguntarle, capitán, por qué me sacan de su país. El maestro barbero, que de Dios haya, era..., eso que usted dice, y cuando yo

clamaba en el púlpito por una imagen de la sacrosanta madre guadalupana, resultó siendo él quien la ofrecía a la iglesia...

—Sí, fue muy sospechoso, porque ese hombre era o tenía fama de ateo, y si no creía en nada, ¿cómo resultó regalándole ese cuadro de la Virgen?... Lo cierto es que en su poder se encontraron muchos volantes impresos incitando a la huelga general y periódicos subversivos...

—Y antes que venga el tren quiero explicarle algo: no vaya a creer que mi insistencia por tener el decreto de expulsión o la orden de echarme, las palabras fuertes hay que usarlas también en algunos casos, fuera simple apego al formalismo, a los papeles, a la escritura; mi insistencia se debía a que en ese documento se establecería la causa por lo que me declaraban no grato, adelantándole que pensaba rechazarlo si se decía en él que por incendiario; usted sabe que les quemaron una capilla a los evangelistas y más de una lengua perversa insinuó que yo era el instigador, y hasta hubo quien me vio con la tea, a punto de caer, por haber tropezado en la sotana.

El tren empezó a doler sobre los rieles y antes que apareciera la locomotora ya estaban los soldados de pie, al lado de los caballos, con las armas colgando al hombro.

—Entonces —sonrió amargamente el clérigo, al levantarse del lugar en que estaba sentado—, me echaron... de ver por mejicano... —Cárcamo también sonrió —, y por la Virgencita de Guadalupe...

El tren empezó a frenar desde muy lejos. Una amplia curva permitía ver la cadena de vagones que arrastraba y a los pasajeros curiosos asomados a las ventanillas, indagando, dicharacheros y medio ahogados de calor, por qué se detenían allí donde no había estación.

—Es una delicadeza de su parte —agradeció Fejú al capitán, estaba intensamente pálido, cuando éste ordenó a los soldados que se ocuparan de los caballos, evitando que los pasajeros, ansiosos de novedades se enteraran de que aquel sacerdote llegaba custodiado militarmente. El oficial trató de aparecer como un amigo que llegaba a despedirlo.

La locomotora fue deteniendo lentamente sus émbolos hasta quedar inmóvil sobre el chirrido de los rieles en que la arena regada de sus tanques evitaba el resbalar de las ruedas; pero, tan pronto como el presbítero Ferrusigfrido Fejú trepó con su valija al primer tramo del estribo, donde lo recibió un hombre color de azafrán viejo que parpadeaba sin cesar, el convoy recobró la elasticidad de su marcha,

entre el retemblar del terreno y las manos de viajeros desconocidos que salían a decir adiós al capitán.

Cárcamo saltó a su caballo. En el otro tomaron asiento los dos soldados. El de adelante, con los pies en los estribos y las riendas en la mano. El de atrás, con los pies colgando y agarrado al abrazo al cuerpo del compañero. Volvieron a todo lo que daban las bestias por el camino real, madeja de tierra abetunada de negro, por entre

árboles que cruzaban sus follajes dando sombra. Adelante apartaron por entre matorrales al encuentro de una selva o retazo de selva que era como una fiera domada y opulenta de hojas que parecían flores, hojas-flores de pringas corales sobre fondo amarillo, de rayas de sangre sobre fondo plumizo, de estrellas en forma de gotas de fuego naranja sobre fondo negro, de moscas violetas sobre fondos blancos, y hojas largas teñidas de rosa y ámbar, y hojas caracoles jaspeadas de nácar, y hojas con pelo y hojas agujereadas...

—¿Dónde les dieron prestados esos caballos? —preguntó el oficial.

El soldado que iba en el anca, contestó:

—El evangelista los prestó. Parte del señor Comandante, le dijimos, y parte del señor Comandante los prestó Llévenlos, dijo, parte del señor Comandante el evangelista, y los ensillamos y sacamos, parte del señor Comandante.

—Si el cura lo sabe no se monta...

—Y si el evangelista quizás que no los presta si sabe que es pa'l pague —dijo el soldado que llevaba la rienda.

—Parte del señor Comandante, le dijimos nosotros —repitió el que iba en el anca —, y parte del señor Comandante los prestó...

Cárcamo taconeó el caballo urgido por ir más ligero. Grandes tragos de camino. Sólo a grandes tragos de camino podía creer lo que había visto. *Parpaditos*, el más feroz de los agentes de la policía secreta encargado de conducir al Padre Fejú hasta la frontera. ¿Intentarían suprimirlo?... ¿Cómo?... ¿De un pistoletazo?... ¿Arrojándolo del tren?... ¿Capturándolo y regresándolo a encerrar o enterrar en una mazmorra de por vida, mientras alguien que se le pareciese, fingiéndose cura, cruzara la frontera, a fin de que en las oficinas de inmigración quedara constancia que se había ausentado del país?... *Parpaditos* no era hombre que se desplazara sin víctima segura y..., un mejicano menos, y con la prueba en el cuello donde llevaba escritos los nombres de Rosa Gavidia, Malena Tabay, Cerropom...

Se detuvieron frente a las casas sin aceras de las afueras del pueblo. Los soldados se apearon al salto, pie desnudo en tierra, y el jefe descabalgó con todas las del estribo.

—Devuelven esas bestias donde se las prestaron —ordenó Cárcamo a sus hombres—, sin decir a dónde fuimos ni quién fue con nosotros, y después se van a la Comandancia y se presentan con el oficial de guardia...

Empezaba a oscurecer. Los soldados se alejaron uno tras otro tirando de los caballos. Cárcamo volvió a ver a todos lados. Desde que encontró y escondió los papeles de Rosa Gavidia, era raro, pero tenía la sensación que le seguían y muchas veces se equivocó con el eco de sus pasos y su sombra. Se detuvo a encender un cigarrillo y al fulgor del fósforo, entre la jaula de sus dedos, que juntó para que el viento no fustigara la llamita, sin cerrarlos tanto que le faltase oxígeno y se apagara, pensó que eso mismo podía hacer con aquellos documentos que ponían en peligro su vida, acercarlos un fósforo...

XXX

Enfundado en el túnel de su sotana, sudando de calor, sudando de angustia, sudando la gota gorda de la valija en la mano, asomó el

Pudre Fejú al coche de primera, sin poderse tener en pie por el topetearse de los vagones, entre el detenerse el tren y reanudar su marcha. Le pesaba el disgusto de ser conducido contra su voluntad, tanto como el cansancio, y si levantaba los pies era porque los mismos pasos que lo llevaban hacia uno de los asientos desocupados, lo hacían huir de sus sentidos, escapar de la realidad, no darse cuenta, sino a medias, que lo devolvían a su país como extranjero pernicioso, como indeseable, custodiado por un polizonte vestido de civil que parpadeaba con ruidito de llovizna, única señal de vida de su cara de momia de labios descoloridos, nariz rabona, altos pómulos, grandes orejas y colmillos orificados por coquetería gendarmeril, como sus manos recubiertas de sortijas, entre las que sobresalía un anillote con un rubí de sangre. Lejos estaba el Padre Fejú de saber quién era aquel siniestro verdugo al que apodaban *Parpaditos*.

Los pasajeros, satisfecha su curiosidad, se despegaron de las ventanillas y al empotrarse en sus asientos, ya el tren en marcha, mientras saludaban al curita, de palabra o con inclinaciones de cabeza, sin faltar los descreídos que tomaron a mal agüero viajar con un ave negra, ni los creyentes que en presencia del sacerdote sintieron más cerca de las verdades eternas, diéronse a cavilar de dónde vendría el Padrecito a esas horas. Para unos, volvía de celebrar misa en alguna festividad local, para otros, de dar la extremaunción a un rico de por allí.

No, de fiesta no tenía cara, más bien traía el nublado que se les prende en las facciones a los que ayudan a bien morir.

¿Y el oficial que lo vino a encaminar? Esa era otra. Lo acompañó hasta dejarlo en el tren. Sin duda por los rumores de huelga o por la inseguridad de los caminos.

Parpaditos, que traía instrucciones precisas de ocultar su identidad y la condición de reo político del cura, al que se describía como mejicano peligroso, gastó el más disecado de sus ademanes, al ofrecerle el sitio que fuera de su agrado en el asiento que les tocaba ocupar juntos. El Padre Ferrusigfrido escogió el lado de la ventanilla por el aire, por la luz y porque yendo al rincón, el policía lo llevaba más seguro, bien que paradójicamente, en aquel lugar, oprimido y preso, sentíase más libre con sólo contemplar el cielo.

Apartó los ojos de la ventanilla. Se le juntaba el cielo con la tierra. Si se decidiera a leer el «Oficio divino» que llevaba apoyado en su rodilla con la diestra. Levantó la mano izquierda para desabrocharse el cuello de la sotana antes de empezar a rezar. Tal vez así era menos su ahogo, su desazón por el contacto físico del policía. Pero se le paralizaron los dedos al tocar el primer broche y se le cortó el cuerpo y enfrió la sangre de pensar que tras aquella brochadura, en el cuello blanco llevaba escrito el nombre de Rosa Gavidia, una de las personas más comprometidas en el movimiento

de huelga que estaba por desencadenarse, Rosa Gavidia, que también se llamaba Malena Tabay, y el de un pueblecito, Cerropom, que él jamás había oído mentar.

Disimuló su gesto palpándose esa mitad de manzana que no se tragó nuestro padre Adán, sin perder de reojo a *Parpaditos*. ¡Qué terrible que adivinara su secreto! Lo ahorcaría. Lo ahorcaría allí mismo con su cuello convertido en dogal. Paseó el desvelo de sus ojos por las caras y bultos de las pocas gentes que ocupaban aquella cárcel rodante —¿pasajeros de primera o prisioneros de calidad?—, todos magullados, pegajosos, rascándose sobre la ropa, bajo la ropa, medio dormidos, rascándose la cabeza, la nuca, los sobacos pantanosos de sudor, las mujeres a todo abanico valiéndose de hojas de diarios releídos, los peinados en desorden, en mal estado los afeites, vejadas por el calor intenso, y los hombres con la molestia de la sordera del descenso que los hacía encoger los labios igual que belfos, rictus de risa y dolor, sonarse con escándalo de castañuelas o mover las cabezas igual que si nadaran bajo del agua, a caza de ruidos, más allá del rodar del tren, temerosos de estarse quedando sordos.

Al extremo del coche viajaban dos chinos. El más joven color de cera y ámbar, pelo negro de hilo de carrizo y el más viejo, gordo, con la cara picada de viruelas y anteojos oscuros.

Inmóviles y sin párpados, no parecían formar parte de aquella masa de pasajeros desaguados con sudor que cambiaban de postura a cada instante, sin encontrar acomodo al cuerpo ni a nada, desesperados del rodar monótono de un tren aplastado por el sol como un insecto de hierro contra la vía de fuego derretido, del escamoso subir de la evaporación lechosa, irrespirable, y del reloj que no avanzaba.

Un matrimonio joven con la renuncia a todo lo creado en los ojos, seguía el ir y venir de sus pequeños hijos por entre los asientos hasta el *water*. Iban a cada ratito por el gusto de orinar, de orinar andando el tren. Encerrados en la penumbra de aquel cuartito maloliente a mohó, desinfectante, colilla mojada con la saliva y metal herrumbrado, los paralizaba ver pasar por el fondo del inodoro la cinta de la vía que cinematográficamente el tren iba dejando atrás, mientras sus orines apenas desprendidos de sus palomitas encapotadas caían amarillos, enloquecidos por el choque de la columna de aire que soplaba bajo el convoy. Orinaban por poquitos, una vez uno y otra vez otro, pero los dos asomaban con ojos de animalitos caídos en una trampa, a la taza metálica para contemplar el salto y dispersión de los orines antes de caer reducidos a goterones y gotas finas sobre la faja de tierra que se movía al par de los durmientes entrevistados como palotes de cuadernos escolares.

A la vuelta de una de estas incursiones los llamó el Padre Fejú. Se detuvieron a mirarle temerosos. No querían acercarse. No se atrevían. El policía encogió las piernas para dejarlos pasar. ¿Qué le contestarían al Padrecito si les preguntaba por qué iban a cada rato al inodoro?

A orinar, no. Ya de último sólo a escupir, a mirar cómo caían a la tierra que fugaba bajo las ruedas del tren aquellos alfilerazos de cabecitas de espuma, con la

ventaja de que la saliva se juntaba a voluntad, máxime que, sin saber por qué, salivaban abundantemente al sentirse a solas encerrados en aquel cuartito oscuro.

El clérigo les dio la mano como a personas mayores. Luego les preguntó cómo se llamaban, de dónde eran, qué edad tenían. A todo contestaron y como acababan de hacer la primera comunión, les fue fácil responder a las preguntas de doctrina que les hizo. La tenían, como la leche materna, todavía fresca en los dientes. El mayorcito, más atrevido, le pidió que les regalara unas estampitas.

¿Estampitas?

Llevaba, pero en la valija que venía bajo el asiento y era mucha molestia... Sin embargo, pidió permiso a *Parpaditos* para sacarla y tiraba de las cinchas del dormido animal, una valija le dio siempre la sensación de un animal dormido, cuando uno de los pasajeros del asiento vecino se acercó en su ayuda.

—No se moleste, Padre; si permite, la saco yo...

—Dios lo premie. Es para buscarles unas estampitas a estas criaturas... —y sin abrir del todo la valija, tanteó a ciegas en uno de los rincones hasta encontrar—. Niños, aquí tienen dos estampitas con la imagen de la Virgen de Guadalupe, la Virgen americana que se le apareció al indio Juan Diego.

El pasajero que se acomodó a sacar de bajo el asiento la valija del cura, se detuvo a ofrecerle un cigarrillo a *Parpaditos*, pero éste rechazó indeciso con la mano temblorosa el paquete que le acercaba aquél, con un cigarrillo casi de fuera, y sin decir palabra aquietó los párpados sobre sus ojos al tiempo de botar la cabeza hacia atrás contra el respaldo. Respiraba con dificultad, sudaba a grandes gotas y sintió un retortijón como un relámpago de tripas.

Los chicos se alejaron por indicación del sacerdote, saltando en un pie, felices de llevar las estampitas en la mano, cada quien quería llegar antes a mostrarlas a sus papás, que poco caso les hicieron por asomarse a ver pasar un río bajo un puente, mientras a *Parpaditos* se le llenaba la boca de un vacío ácido que luego fue líquido y en seguida sólido, incontenible bocanada de agua y encajes de comida que alcanzó a llevar hasta la portezuela, la mano en cuenco apretada contra los labios, antes de encerrarse en el *water* donde apoyándose de frente con el brazo doblado a la altura de la cabeza, desflecó por narices y boca, interminablemente, el para él antes succulento almuerzo de caldo de cangrejos, aguacates, carne, papas en colorado, frijoles, platanitos, mantecado y agua de coco...

—¡Padre... Padre!... —apresuróse a decir al Padre Fejú el pasajero que acababa de acercarse por lo de la valija; hasta entonces se dio cuenta el cura de que era un hombre muy alto y que hablaba con pereza de hondureño, como dejando las palabras atrás de la voz—.

¡Padre, me llamo Rámila, el Loro Rámila, y le traigo estas cositas que olvidó en su cuarto!...

—¡Ah, sí...! —contestó Fejú sin saber lo que hacía ni lo que decía, los ojos, los oídos, todo él atento a lo que pasaba con *Parpadnos* por temor a que se le contuviera

la deposición, regresara y lo encontrara hablando con aquel sujeto; pero se recobró y pudo decir—: Salí tan aturdido que hasta que estábamos a medio camino me di cuenta de que había olvidado todos estos mis recuerditos de Jerusalem... ¡Dios se lo pague!...

Callóse Rámila para que el cura oyera que *Parpaditos* seguía echando las tripas, mientras el tren se deslizaba como dormido sobre las ruedas. Luego continuó:

—Pero lo que yo le quería contar es cómo cayeron en mis manos esos objetos que usted vio en su cuarto...

Él clérigo pareció interesarse, pero más atento estaba a la vomitadera del policía.

—Desde que ese militar Cárcamo vino a buscarlo para llevárselo a la Comandancia, hasta que regresaron, montamos guardia con los compañeros; yo dentro de la iglesia. Me escondí en el púlpito y por eso, sin querer, oí cuando usted se quejaba con la Virgen de Guadalupe. Oyéndolo a usted me di cuenta que la fe es linda, porque devuelve a uno a una madre que no se muere, y madre, para mí, quiere decir alguien con quien uno puede quejarse a sabiendas de que lo oye. Usted se quejaba como un niño con la Virgen de Guadalupe. Luego salieron ustedes montados en los caballos que proporcionaron los evangelistas... —el cura estuvo a punto de levantarse y sacudir los fondillos de su pantalón a manotazos, ya les echaría agua bendita..., por fortuna que fue su trasero el que estuvo junto a un galápago de esos y que de viaje reventó encima sus buenos cuescos...

—Al salir ustedes —siguió él— corrí a su habitación pensando que tal vez había dejado alguna carta, algún papel, y me encontré con las cositas que le traje. Por fortuna, diga, llegué a tiempo de tomar el tren en Tiquisate y aparecí sentado estratégicamente aquí, porque uno de los compañeros, la mayoría de los que trabajaban en el ferrocarril están con nosotros, me informó que venía *Parpaditos*, y me dije: «ese policía debe viajar en algo relacionado con el Padre», y así fue, aquí vamos...

El cura le agradecía, pero al mismo tiempo le rogaba, le imploraba con los ojos que se retirara.

—Lo comprometo... —le dijo por fin, como rogándole diplomáticamente que se volviera a su lugar.

—No veo por qué. Al venir *Parpaditos*...

—¿Así le dicen?

—Y es el policía más amargo de toda la secreta, y quién sabe si lo escogieron, no para que lo llevara hasta la frontera, sino para que saliera de usted antes de llegar a su patria, Pero le decía, que no se compromete usted, ni me compromete a mí, con que yo esté aquí a su lado conversando. Nadie está a saber que esa mala bestia es policía y que usted va preso.

La inquietud del Padre Ferrusigfrido crecía ahora, no sólo por el inminente regreso de *Parpaditos*, sino por los informes que Rámila le daba.

—¡Quédese tranquilo, Padre, que no va solo! Va seguro, vamos muchachos con

usted y yo voy también armado. Cualquier cosa, se muere ese desgraciado. Si sólo por no comprometerlo a usted. Ahora que está echando las tripas, sería la oportunidad de sacarlo del pelo hasta la plataforma y como ayudándolo a seguir «amarrando zope» tirarlo del tren para que se matara y cayera al infierno y allí mismo lo empezaran a atormentar.

El sacerdote no oía ni tenía paz y Rámila lo comprometió.

—¡Cálmese, Padre! ¡Cálmese, ya me voy a mi asiento! Pero antes quería decirle que si desea dar aviso a algunas personas, parientes, amigos, a la curia o al consulado mejicano, me lo dice y yo me encargo...

—Dar aviso a alguien... —repitió el cura recordando la recomendación del capitán Cárcamo, pero su voz y su pensamiento se diluyeron. (Sí, sí, prevenir a Rosa Gavidia o Malena Tabay en Cerropdm...), en el ruido de la puerta del *water* que se abría para dejar paso a *Parpaditos*, que venía que no encontraba el lugar por apretarse el vacío del vientre, nublados todavía los ojos lacrimosos, zambas las orejas, el pelo en desorden y no por eso desentendido de las puntas de sus zapatos y los ruedos de su pantalón pringados de comidas devueltas, que allí mismo se hubiera querido detener a limpiar con el pañuelo, que también traía pegosteadado como las uñas, y las mangas, y la corbata, y las solapas.

Fejú intentó rezar, pero las pastas de cuero de su «Oficio», húmedas de sudor, y las páginas de papel biblia, pegajosas, inseparables, lo hicieron cerrar el libro; sin embargo rezaba, rezaba desde el fondo de su corazón a todos los santos en demanda de ayuda, que alguno de todos se apartara un momentito de su eterna felicidad celestial y con la pluma de ave bajara a paseársela por el galillo al infeliz que llevaba a su lado para que se levantara de nuevo a devolver.

Y como si efectivamente alguno de los santos doctores hubiera apartado su pluma del libro sagrado para introducirla en la garganta de *Parpaditos*, éste, tras uno, dos y tres envites, sin sustancia, tras tornar la cabeza apoyada en el respaldo de un lado a otro, y quejarse con rencor animal, levantóse tambaleante igual que borracho y se encerró nuevamente en el *water*.

El cura fue el que ahora, por señas, pidió a Rámila que se acercara pronto. Le quemaba la lengua el encargo del capitán Cárcamo. Avisar a Rosa Gavidia o Malena Tabay, en Cerropom, que en la peluquería «Los Equinoccios», había descubierto papeles muy comprometedores para ella...

Al decir «Los Equinoccios», apretó entre ambas manos el «Oficio», que luego puso en la bolsa de su sotana, evocando a don Yerno que, moribundo y todo, lo hizo feliz hasta lo indecible al obsequiarle para la iglesia el cuadro de Cuauhtemocina que luce en el altar mayor...

—¡Ah, pero me quedé con mi gusto de entronizarla!

—Creo que la quitaron al salir usted.

El Padre se alteró todo, aquello era peor, juntaba y separaba las cejas tratando de comprender.

—Diga..., hable...

—Y si no la han quitado, la van a quitar, porque la compañía dispuso que se entronizara a San Patricio...

—¿A San Patricio?...

—Sí, porque es el patrono de Nueva York, según dicen, y porque es natural que donde ellos ponen las pa... tricias, esté San Patricio en los altares...

Rió Rámila que casi se ahoga con risa cavernosa de loro que no se ríe de verdad, sino imitativamente, aunque más que reír se tragó la carcajada intempestiva ante el abatimiento del Padre Fejú, que algo dijo del mal uso que hacían de San Patricio, como amparo de piratas, cuando nada tenía que ver con los ingleses y menos con sus descendientes americanos, pues más bien estaba contra todos ellos, como apóstol de Irlanda; y mientras el cura hablaba y parpadeaba para atajar las lágrimas, sonrió sin querer pensando que imitaba a *Parpaditos*, Rámila alargaba la oreja para saber lo que ocurría con éste en el *water*, ya no se oía nada, silencioso... Se levantó. Era mejor ir a ver. Fue y volvió.

—No hay cuidado, Padrecito, podemos seguir hablando. El desgraciado ese está sentado en el inodoro, insensible, ni ve ni oye... me acerqué a palparlo y más frío sólo un muerto...

—Habrás que asistirlo..., tal vez se quiera confesar...

—¡Ah, no, Padre! ¡Tanto como eso, no! ¡Que usted le quiere abrir las puertas del cielo a ese criminal!

—Pero no ve usted que es mi obligación, que se puede condenar...

—¡Oírse! ¡Oírse decir ya me consuela!... ¡Eso es lo que quiero, que se condene!

—¡No puede ser! ¡Es el fuego eterno! ¡Es la vida eterna en el infierno!

—¡Poco! ¡Muy poco para todo lo que tiene que pagar esa bestia sanguinaria! ¡Ah, que lo vean mis ojos muerto sin confesión, porque de aquí usted no se mueve! ¡Ah, si es verdad que hay infierno!...

—¡Blasfemas!

—¡Blasfemo!... ¡Si es verdad que hay infierno!..., ¡maldita duda que me impide gozar... revolearme en la venganza!..., esa bestia sanguinaria no se salva. Fue de los que acorralaron a los huelguistas del muelle entre el fuego de sus armas y los tiburones...; y vi, vi a aquellos hombres tiritando de muerte segura, compañeros vestidos de harapos, ir reculando hasta donde se les acababa el muelle, heridos, destrozados, sangrantes, y los vi caer al mar que se tiñó de rojo...; después los tiburones y el silencio... ¡Ah, si ese bandido va vivo es por usted, si no, ya lo hubiera acabado a balazos, y vea mi mala suerte, es la primera vez que se me pone a tiro..., va vivo por usted, porque sería complicarlo, pero de eso a dejar que usted vaya y le rece y le haga musarañas con la mano para que Dios lo perdone...!

—Y si son musarañas, ¿por qué no me deja ir? —suplicó el cura.

La respuesta de Rámila fue espontánea y rápida:

—¡Por aquello de las dudas!... ¡Por la duda de que pueda ser cierto todo eso y se pueda salvar...!

Se oyó abrir la puerta del *water*. La discusión era inútil. Allí venía *Parpaditos* apeado de un caballo que le cabalgó en los intestinos y del que no traía sino el peso de algo así como el galápago pegado a las nalgas. Al darse cuenta de que en la aflicción de la vomitadera se había sentado en el inodoro sin bajarse los pantalones y sentir que aquel emplasto que le pareció galápago empezaba a colársele por muslos y pantorrillas, se encerró de nuevo apresuradamente en el *water*.

Estaba lúcido. Esa limpieza de pensamiento que deja el aligerarse de alimentos por boca, nariz y...

Tendría que bañarse, mudarse de ropa, los zapatos, pero, cómo salir de allí, cómo salir de allí...

Hasta que se asomaran los agentes que venían a sus órdenes en segunda clase, desuniformados, vestidos de civil, como cualquier hijo de vecino, tercios de prieto que olvidándose de su obligación de estar siempre a la vista del jefe, por si algo se le ofrecía, dormitaban, mientras el tren corría, olvidándose de lo que eran y de lo que llevaban en los bolsillos, cinchos y cartucheras: tiros, pistolas, bastones de goma que golpeaban sin dejar huella, silbatos y argollas de esposas. (¡Ah, pero así es la limpieza de traste que me voy a dar con ellos!, se decía *Parpaditos* palpándose con cuidado, a través del pantalón, sin hacer muchos movimientos, la plasta que batía en caliente el trepidar del tren.)

—No hay necesidad de excusas, si usted está arrepentido, con ésta que llamó musaraña borro sus palabras que fueron pecados...

—¡Pecados buenos, Padre!...

—¿Pecados buenos?... ¡Ave María Purísima!...

—Y vea lo que son las cosas —siguió aquél, hondo y reflexivo—, el militar que le pidió a usted que avisara a esa profesora de Cerropom, el descubrimiento de los papeles de la barbería, estuvo a punto de ser muerto esa misma noche, cuando el Comandante le ordenó que llevara todo lo que se había encontrado en poder del barbero, a dejar bajo llave en la Comandancia. Por supuesto que ni el mismo Comandante sabía de qué se trataba. Si se da cuenta, él personalmente se los lleva y allí mismo telegrafía por cifra a las autoridades de la capital, informando que se acababa de descubrir uno de los agentes de enlace más importante de nuestro movimiento...

De tiempo en tiempo se oía que *Parpaditos* abría la puerta del *water*, Rámila y el clérigo callaban; pero más pronto escuchábase que la cerraba con violencia; Rámila y Fejú seguían hablando.

—Pues esa noche, quién le dice a usted, dos compañeros estuvieron apostados, esperando el paso del capitán...

—¿Y cómo supieron que él llevaba esos papeles?

—Uno de esos mismos compañeros, compañero de infancia de Cárcamo, lo oyó

en el velorio...

—¿Compañero de infancia y..., lo denunció?

—Su obligación allí era salvar a sus compañeros de lucha, y por eso no sólo denunció el hecho, sino corrió a apostarse con otro buen tirador en un sitio aparente, por donde el capitán tenía que pasar para ir a la Comandancia, para acabar allí con él y arrebatarle los papeles que había de evitar a toda costa que llegaran al despacho del Comandante...

Y tras una pausa, en la que oyeron abrir y cerrar a *Parpaditos* la puerta de la que no podía pasar, y en la que atisbaba el paso de alguno de los subalternos que tenían que venir a pedirle órdenes, Rámila continuó:

—Desgraciadamente, no se puede evitar... los papeles llegaron a manos de las autoridades y se ha tenido que cambiar todo el plan, y acelerar el movimiento... Un oficial que rinde tarde por pasárselas con una mujer de la vida, de paso que es medio mi paisana, hondureña, volvía con su escolta después de la ronda nocturna, y encontróse con el compañero de armas, pasos antes de donde lo esperaban dos fusiles y muchas balas, y así fue como, sin querer, le salvó la vida, pues los que esperaban a Cárcamo ya no dispararon, viendo que era inferior su capacidad de fuego...

—Les faltó valor... —precisó el cura dejándose ir, a lo mexicano.

—Capacidad de fuego les faltó... Eso de valientes y cobardes está bueno como terminología, cuando se trata de un duelo, pero en luchas como la nuestra no cuenta...

—¡Pero, Dios del cielo!... —saltó el cura, llevándose la mano abierta para abarcarse la frente de una sien a otra y cubrirse los ojos—. He hecho muy mal las cosas... estoy ofuscado... he dicho el nombre del que me pidió... y es militar en servicio activo... lo fusilarán... usted olvídese... prométame... ante Dios se lo pido... que no se escapará de sus labios que el capitán Cárcamo... pero cómo pedirle silencio, si es su enemigo... Denúncieme a mí si quiere... diga que yo conocí el secreto de esos papeles, cuando el barbero me llamó para regalarme el cuadro de Nuestra Señora, que algunos de esos documentos quedaron en mi poder y por eso ha podido prevenir a esa profesora que se escape...

—¡Cárcamo ya no es enemigo, Padrecito, cálmese, y el más interesado en que no se conozca lo que él y el gran servicio que él ha hecho a la causa de nuestro pueblo, reservándose los papeles más comprometedores, soy yo! ¡Ahora el importante es Cárcamo!...

—¡Perdón, no querría que por conocer usted el secreto... qué infidencia, qué infidencia la mía...

—...Que por conocer yo el secreto lo obligara a entregarme los documentos... Eso sería chantaje y a nosotros no nos interesa ni comprar ni chantajear militares que a la hora de la hora, por salvar el pellejo o sus bienes, se ponen a favor del pueblo, para luego cambiar y volver a ser sus verdugos... Cárcamo es ahora el importante, le decía, porque por su conducta sabemos su modo de pensar, y aunque alguien ahora lo

acusara nosotros lo salvaríamos, nos jugaríamos por él...

—¡Gracias, amigo Rámila! ¡Gracias! ¡Me quita usted un gran peso de encima!... sus palabras... sus argumentos... Ello no implica que me golpee el pecho con la piedra más dura por no haber sabido guardar el secreto de un hombre que quién sabe por qué se sacrificó hasta poner en peligro su vida, por esa profesora!

—¡Cárcamo es lo que importa! —repetía Rámila casi maquinalmente— ¡Rosa Gavidia o Malena Tabay, lo mismo da, caerá si tiene que caer, si quedó su nombre entre los papeles que el capitán ya no tuvo tiempo de leer o si no alcanzamos a llegar antes con este aviso que usted me da, para salvarla... Pero el que importa hoy por hoy es Cárcamo, ¿me comprende?, es al que tenemos que salvar del uniforme que lo aísla para que dé el gran paso...

—Le agradezco su insistencia al señalar el valor que asigna usted a la actitud, a la conducta de ese oficial. Siento como si sus palabras aliviaran mi responsabilidad...

—A ratos tengo la impresión de que estamos todos encerrados en un cuarto oscuro buscándonos, sin encontrarnos...

—Y si en algo les puedo ayudar, allá conmigo...

—Ese chino, el joven no, el más viejo... —señaló Rámila a los dos pasajeros que al extremo del salón seguían inmóviles, como metidos en su estrecha y pálida piel oriental. Ya casi eran los únicos viajeros en aquel vagón desierto, propicio para que *Parpaditos* fuera a deshacerse del cura, sin testigos.

Pero, aunque señaló con el dedo al chino más viejo, no pudo decir más. Pasos y voces a la puerta del *water*. Ropa, zapatos, agua, jabón,

para bañarse, para mudarse en seguida, reclamaba *Parpadnos* de sus subalternos que por fin se asomaron, uno tras otro, en fila india, preguntándole si se le ofrecía algo...

—¿Algo?... ¡Cara jo... didos... hijo... didos de puta!... —vociferó *Parpaditos* fuera de sí.

¡Preguntar si necesitaba algo cuando lo hallaban preso de su mierda, vomitado, cagado y podrido de estar allí encerrado...!

Los agentes se precipitaron en busca de lo necesario. Agua, jabón, ropa interior, un traje, zapatos...

—Es gente de él —dijo Rámila entre dientes, sin quitarse de los labios el cigarrillo que acababa de encender—, pero no hay cuidado, nosotros también llevamos la nuestra, armada y decidida...

Por el espinazo del cura corrió frío de plomo. La costa respiraba cada vez con más pulmones. Sólo él. ¡Dios mío! minúsculo, insignificante, sin poder respirar, sin poder hablar, retorciéndose los dedos...

Más con el gesto preguntó a Rámila qué era lo que le iba a decir del chino más viejo.

—Ah, sí, perdón, me olvidaba de decirle que los chinos siguen viaje con usted hasta el otro lado, y el más viejo lleva encargo de entregarle unos papeles...

—¿Unos papeles?... —logró juntar las palabras.

—No se alarme. Son las copias de los telegramas cruzados entre la Compañía y el Ministerio de Gobernación...

—¿Telegramas?

—Le digo que no se alarme. El chino se los entregará cuando hayan cruzado la frontera y ya esté usted seguro en su tierra. Esos telegramas prueban que usted ha sido expulsado del país, no a pedido, sino casi por orden de la bananera, por estar soliviantando los ánimos de la población católica a favor de los partidarios de la huelga general.

En el *water* se oía el teje y maneje de las abluciones y bañadas de *Parpaditos*. Lo bañaban y jabonaban dos agentes en mangas de camisa, mientras los otros esperaban a la puerta con las ropas y los zapatos.

—Los telegramas son tan explícitos —siguió Rámila— que con ellos probará usted a las autoridades de su país, a la prensa y a sus superiores eclesiásticos, la verdadera causa de su expulsión y de carambola nos ayudará a que se conozca fuera de aquí lo que silencian los cables...

—Y que no se me pueda acusar de incendiario..., no más con eso me les voy a crecer, que no saben...

—¿Por qué... por lo del incendio de la capilla de los evangelistas?

—Pues...

—Obra nuestra...

—¿De ustedes?... ¿De los de la huelga?...

—De nosotros...

—Cosas oye uno que no las cree. Eso era darles armas para que me corrieran más pronto, y para que me corrieran por incendiario, ni para ustedes ni para mí...

—Procedimos cuando ya teníamos en la mano las copias de los telegramas que el Chino le va a entregar...

—Menos entiendo, si para ustedes era mejor que me corrieran por lo de la huelga...

—¡No! Y por eso les incendiaron el barracón a los evangelistas, para que la expulsión de usted no sirviera a sus fines de amilantar a nuestra gente, de hacer ver a hombres sencillos y no siempre muy decididos, que si a un sacerdote, fíjese usted bien, a un sacerdote y extranjero, se le ponía de patitas en la frontera, ¿qué les esperaba a ellos?... —se levantó del asiento—, y me voy a mi lugar que ya viene *Parpaditos*... huele a... agua de colonia... como todos los vomitados, después del acto..., ¡buen viaje y no se olvide...!

—Déme la mano —le pidió Fejú.

—Las dos manos. Una no vale. Y la promesa de que si triunfamos, la Virgen de Guadalupe volverá a su altar mayor, y a usted lo invitaremos a celebrar la fiesta...

Y mientras Rámila volvía a su lugar, el cura se relamió en los labios, pálidos, tostados como hojuelas, la miel de la esperanza.

Bochorno. Cielo de arena. *Parpaditos* sentado a su lado, olfateándose él y olfateándose en torno suyo, sin dejar de parpadear. Los chinos inmóviles. Fejú se palpó las orejas. De tanto oír rodar el tren las sentía como ruedas. Una imprudencia. Una terrible imprudencia. A los policías secretos les llaman «orejas». Por fortuna *Parpaditos*, en el afán de husmear y husmearse, lo perseguía la hedentina del vómito, no se fijó. Rezar era lo indicado. Extrajo el «Oficio» de la bolsa de su sotana, pero más parecía que hubiera sido el tormentón que se les venía encima. Polvareda de humo que a sus ojos se convertía en lluvia caliente. Fusilazos. En contraste los bermellones de la tarde, mientras el sol se hundía, y los relámpagos lejanos. El Padre Ferrusigfrido cerró los ojos. El tren ya no era tren, sino distancia...

XXXI

Cárcamo escapó con los ojos chamuscados de velar de noche y no dormir la siesta, en busca de alguien con quien hablar. Personas, no fantasmas. Gente de carne y hueso y no los seres de sombra agujereada y puntitos de luz como las piezas de un juguete mecánico que montaba y desmontaba en combinaciones sin fin... si Rosa Gavidia..., si *Parpaditos*..., si el Padre Fejú..., si llegaría a tiempo el aviso..., si lograría escapar..., si los papeles comprometedores..., ¿quedaría su nombre entre los papeles que dejó sobre el escritorio del jefe, que no tuvo tiempo de revisar?...; pero antes había que pensar en *Parpaditos* y el Padre Fejú... ¿cruzaría la frontera?... ¿lo dejarían ir?...; matario, no... por el escándalo... lo más probable es que lo hayan golpeado hasta dejarlo sin conocimiento y llevarlo a la capital en un tren de carga a que se pudriera en una bartolina subterránea..., todo justificado para ellos al encontrarle en el cuello escritos los nombres de Rosa Gavidia... Malena Tabay... Cerropom... incógnitas... callejón sin salida.

Por fortuna estaba franco. Si se fuera al pueblo a tomar unas cervezas. Salir era lo que necesitaba. Irse de la Comandancia.

Se detuvo un momento a la puerta del pabellón del Capitán Salomé, a preguntarle si no se le ofrecía algo de la calle, pero éste, mientras con la cabeza le decía que no, canturriaba un tango al tiempo de ir adivinando los puntos de la melodía en la guitarra...

«*Rosa de fuego los hombres la llamaban, porque sus labios quemaban al besar y eran sus ojos dos llamas que abrasaban y era un peligro su amor ambicionar...*»

—¡Bye! ¡Bye!... —se despidió Cárcamo y se fue con la letra del tango en el oído, sólo que en lugar de «Rosa de fuego», su compañero de armas parecía decir: Rosa Gavidia...

¿Sabría algo el capitán Salomé?

¿Por qué cantaba o tarareaba ese tango cada vez que él asomaba a su pabellón?

«*Rosa de fuego feliz reía,*

Rosa de fuego se divertía y al ver sus víctimas caer, ja, ja, ja, ja, ja... reía la mujer...»

Se paró. Hubiera querido patear como los caballos... *ja, ja, ja, ja, ja...* oía el tango... levantar polvo hasta serenarse... *ja, ja, ja, ja...* *Parpaditos*... Los papeles... Los papeles comprometedores que anoche quemó en el lugar menos apropiado, mientras hacía como que hacía su necesidad en un pozo ciego... *ja, ja, ja...*, se divertía... *ja, ja, ja...* feliz reía...

Apuró el paso. Necesitaba huir, olvidarse, escapar de sus pensamientos. Si no, ¿a qué había salido de la Comandancia...? ¿a llevar sol?... ¡Mejor estaría en su hamaca...!

Arboles de sombra de follaje duro, cercas, platanares, guarumos, tunales, patios con lazos de ropa tendida, otros ocupados por pequeños hornos, obrajes, pozos

ciegos, en alguno un cuero de res estacado, secándose, sanguinolento y lleno de moscas de zumbido rabioso, ranchos de paja retostada, casas de adobe y techo de láminas acanaladas en las que el calor se afilaba las uñas, bestias somnolientas, plantíos de vegetales dulces, rábanos, lechuga. Un chico acababa de arrancar un rábano como un cascabel rojo, y lo agitaba, como para sonarlo, al botarle la tierra, antes de clavarle los dientes.

Oyó pasos. Alguien venía detrás.

—¿Anda franco?

La voz se le materializó en un bulto que le entró por el rabo del ojo. Le hizo la pregunta cuando venía a su espalda, ya casi apareándosele. Era el gangoso profesor Juventino Rodríguez. Desde que lo curaron del mal de la bebida ya no ambulaba en el pueblo perdido de borracho preguntando por la Toba.

—¿Anda franco?

Repitió aquél la pregunta marchando al paso del capitán.

—Lo dicho, profesor, y usted siempre de vacaciones. Esa atorada de licor que se dio lo dejó convaleciente para toda la vida...

—Cesante querrá usted decir...

En la plaza del pueblo, donde se talaron todos los árboles, amates, guarumos, pinos, cipreses, mángales, para dar cabida en vacío verde al parque inglés del alcalde, no se movía nada, ni el aire. Atmósfera sólida, vertical, a plomo.

—¿Y para dónde la tira, mi capitán, se puede saber?

—A donde Piedrasanta a beberme una cerveza —respondió Cárcamo tomando la delantera; sólo unos pocos pasos los separaban de las puertas del negocio de granos que, sabido de todos, también era medio fonda y cervecería.

El tendero, en camiseta, con todos los bofes de fuera, dormitaba en un rincón más oscuro que claro, entre perros viejos, pulgosos, un gato, dos palomas que escaparon asustadas al oír los pasos del capitán y el profesor.

—¿Quién... qué es... quién es...? —articuló Piedrasanta que hacía la siesta entre dormido y soñando.

—¡Gente de paz!... —gritó Cárcamo; venía encandilado por el sol y algo tardó en orientarse y encontrar una mesa con dos sillas.

—Piedrasanta —ordenó el capitán al sentarse—, nos va a dar un par de cervezas bien frías.

—Sólo una —alzó la voz el gangoso—, porque yo no bebo alcohol.

—Tiene tan poco —intervino Piedrasanta.

—Aunque sea. Para mí, ya que el capitán me obsequia, una buena granizada de limón.

—¿Ni cerveza bebe?

—Ni cerveza, se lo agradezco.

—Pero eso desde que lo curaron los evangelistas —dijo Piedrasanta y ya despejado del todo—: ¡Ah, es verdad que no fueron los evangélicos!

—¡Me curaran o no —paciento el profesor—, nadie se lo está preguntando! ¡Por metiche le fue mal la otra noche... no le chipotearon la cara porque le tuvieron lástima!

—¿Cuándo?... —inquirió Cárcamo, mientras el tendero iba por la cerveza y a raspar el hielo para la granizada de Rodríguez.

—¿Apretado quiere o granizada? —preguntó Piedrasanta.

—¡Granizada! —alzó la voz el gangoso.

—Sí, porque si fuera apretado, tendría que chupar, y lo de chupar le repugna...

Sin dar oídos a lo que decía el tendero, explicó Rodríguez:

—La otra noche, mientras un grupo de muchachos jugaban a la taba, pasó el fulano invitando para irle a pegar fuego al barracón de los evangelistas. Unos aceptaron, otros nos quedamos, yo soy quitado de ruidos, y ya cuando el grupo arrancaba apareció Piedrasanta gritando que no agarraran viaje, que ese fulano era comunista...

En ese momento acercóse el tendero con la cerveza y la granizada, y el profesor se interrumpió:

—Le estaba contando al capitán lo que le pasó por metiche con el finado que dijo usted que era comunista...

—¿Finado? —se interpuso Cárcamo con bigotes de cerveza saboreada.

—Bueno, es que comunista y finado con este gobierno casi son sinónimos.

—Y si me hubieran hecho caso —reaccionó Piedrasanta, lleno de razones— no quemar la tal capilla y el cura estaría allí en su iglesia. Al cura fue al que quemaron...

—Sería por eso —se precipitó a decir el gangoso, los labios helados por el hielo y al mismo tiempo como quemándosele por el encarnado color del jarabe de frambuesa — lo expulsaron porque siendo cura no lo podían matar por más que también lo acusaban de comunista... ¡Cura y extranjero... pun, a echar pulgas a otra parte!

—¿Y en qué iban a saber que era comunista?

—¿En qué? En que era partidario de la huelga, casi nada...

—¿El Padre?

—¡No se asuste, Piedrasanta, que usted lo sabe muy bien!

—¿Yo?

—¡Usted... era muy amigo suyo!

—Muy amigo, no. Aquí pasaba a tomar su chocolate antes de recogerse de noche, y nada más. Lo pagaba como ustedes pagan sus bebidas. Un cliente amigo, ¿verdad, capitán?

—Lo cierto es que nadie sabe por qué lo corrieron —alzó Cárcamo.

—Cada uno arregla las cosas a su manera —levantó los brazos y bajó la cabeza el tendero y colgado, en aquella actitud de crucificado—, ya hasta andan diciendo que lo mataron...

Aquí fue el capitán el que casi saltó de la silla:

—¿Qué dice usted, que lo mataron?

Y al darse cuenta que sin querer se había traicionado al mostrar tanto interés por la suerte del Padre, agregó:

—Me alarma la noticia, porque si lo mataron en nuestra jurisdicción, ya nos amolamos con la lengua de la gente, la prensa y hasta con los superiores jerárquicos, que sólo andan viendo cómo se sacuden responsabilidades. Acusarán a las autoridades militares de la zona de falta de vigilancia, y ya más no podemos abarcar nosotros, que cuidamos de las plantaciones y los jefes de la Compañía, gerentes, administradores, capataces, prostitutas, de las locuras del alcalde, de las locuras de los evangelistas, de las locuras de los curas... —creyó prudente aducir para despistar—, sin contar con la vigilancia específica de ferrocarriles, depósitos de combustible, troncales de agua potable, usinas eléctricas, telégrafos, correos, radio, hospital, pistas de aterrizaje, caminos, puentes... y, se me olvidaba, de las locuras de los espiritistas que arman cada zafarrancho.

—Eso es con el profesor... —dijo el tendero.

—Yo soy espiritualista, no espiritista...

—Y las locuras de esa pandilla de muchachotes que por ser hijos de casas ricas, hay orden de no hacerles nada...

Cárcamo amontonaba palabras para apartar de sus ojos la estampa repugnante de *Parpaditos* parado en el estribo del tren esperando a su víctima, que él, él, él, le entregó; imaginaba el cuerpo ensangrentado del sacerdote, arrojado desde el tren, era lo más probable, y las manos que al arrancarle la sotana, las ropas, el cuello, para desfigurarle se encontraban en esta prenda, escritos con letra temblorosa, los nombres de Rosa Gavidia, Malena Tabay y Cerropom.

—En eso tiene razón el capitán —asistió el tendero— en que las autoridades son las que, al fin de cuentas, cargan con la culpa de todo lo que sucede, porque las acusan de no tener cuidado, cuando no de alcahuetas o cómplices, pero en el caso del Padre Ferrusigfrido...

—¡Qué bien sabe el nombrecito! —recalcó el gangoso.

—Era mi vecino y mi cliente, ¿verdad?... Pero en el caso del Padre Ferrusigfrido Fejú, también le sé el apellido, aunque le pese al profesor no debe preocuparse, capitán, porque diz que fue por la frontera.

—Lo extraño —interrumpió Juventino— es que nada dijeran los periódicos ni la radio...

—¡Mejor me da risa!... —exclamó el tendero—, ¿los periódicos y la radio? ¡Bien se ve que el profesor es hombre joven, aunque parece viejo; lo envejeció el alcohol!

—¡La radio de México, Piedrasanta! ¡La radio de México!... —reaccionó fastidiado Rodríguez—; si no deja hablar...

—Esa si es una razón... —terció Cárcamo, amparándose en el dicho del profesor, como en una válida esperanza.

—¡Una poderosa razón! —cargó éste—, pues de ser cierto lo que afirma Piedra...

—Yo, señor, no afirmo, repito...

—Bueno, lo que repite, no sólo hubiesen dado la noticia las radios mexicanas, y yo las oigo casi todas las noches, sino, tratándose de un compatriota, de un sacerdote y de un crimen, ellos que de por sí son escandalosos y sensacionalistas... el plato servido...

Un cliente inesperado, pero que todos reconocieron al instante, asomó a la puerta.

El tendero que estaba de espaldas, al oír pasos y volverse, ocultó mal el disgusto que le causaba el recién llegado. En todo caso, mejor que el gusto del capitán que apenas pudo esconder su alegría al ver entrar a Andrés Medina, su compañero de infancia, a quien encontró, después de muchos años, en el velorio del barbero, y de allí se le esfumó, hasta ahora que lo topaba de nuevo.

Piedrasanta fue hacia el mostrador y, tratando de maniobrar hábilmente, le ofreció una copa al que consideraba su enemigo, una copa podía desarmarlo, pero el profesor echó por tierra su intento al pedir a Medina —mientras por lo bajo soplaba al capitán «¡es el comunista!» «¡es el comunista!»— que se acercara a la mesa, pues quería tener el gusto de presentarle...

Cárcamo estuvo a punto de gritarle:

—¡Andrei!

Pero se contuvo y bajó los ojos al estrecharle la mano como a un desconocido.

—Toma una copa con nosotros —invitó Cárcamo.

—No tomo nada, gracias... Venía simplemente a arreglar cuentas con este tendero de mierda...

Piedrasanta que se había colocado prudentemente dentro del mostrador hizo como que no oía, pero Medina insistió:

—¡Con usted hablo, mierda!

Y avanzó contra Piedrasanta, Juventino quiso tomarlo del brazo pidiéndole que se contuviera, pero por poco le deja la manga, en tal forma se arrancó con la silla en la mano, y si Piedrasanta no desaparece por la puerta de la trastienda, le parte la cabeza del sillazo.

—¡Nagüilón, siquiera fuera hombre!... —la palidez del rostro de Medina era tal que parecía atacado de ictericia.

Amarillo, amarillo, paseóse como fiera acorralada, hasta que se apareció un como empleado de la tienda.

Verlo y gritar Medina fue todo uno:

—¡Llame al cobarde ese, que no se meta bajo las naguas de su mujer, que tenga faroles, así como fue valiente para acusarme de comunista!

—¡Cálmate, Andrei!, ¿qué pasó? —acercóse a decirle en voz baja Cárcamo, en tanto el profesor hablaba con el empleado.

—Lo que pasó fue que a éste le ardió que se le pegara fuego a la zarabanda de los evangelistas, zarabanda donde no se bailaba, sino se predicaban babosadas, porque son babosadas estar hablando de Dios mientras nos morimos de disentería,

paludismo, miseria fisiológica, ciegos, tuberculosos, inválidos, y no sólo nosotros, nuestros hijos y mujeres...

—Ahora, ahuecá, no te expongás. Me urge mucho hablar con vos.

—Yo te busco... —alcanzó a decir Medina a Cárcamo, antes que el profesor se acercara apremiándole y ya casi empujándolo:

—¡Váyase, no pierda tiempo! ¡Váyase!... Le saqué al empleado que Piedrasanta salió a llamar policía...

Por la calle se oyeron carreras, silbatos y plomazos. El silencio siguió a la expectación.

El gangoso que se había apostado en la puerta, entró diciendo:

—Se les fue... No lo agarraron...

—Entonces que sea un motivo —alzó la voz el capitán—, para pasarse de la cerveza al ron. Dos rones —pidió al empleado, pero luego se rectificó—: Solo uno, porque el señor no toma, y algo de mascar, unos pedacitos de queso, o más de esas aceitunas.

El tendero entró acompañado del juez:

—Desde luego —decía éste—, hacemos lugar a su demanda, por incendiario o por comunista, una de dos, las dos cosas no pueden ser... —Piedrasanta abría los ojos sobre la pequeñez ratonil del letrado que se empinaba en sus afirmaciones—: Como lo oye, por comunista o por incendiario, escoja usted cuál de las dos acusaciones mantiene...

—Las dos, señor Licenciado...

—Las dos no pueden ser...

—¿Por qué no pueden ser, si yo lo acuso por las dos cosas?

—Porque siendo el cura el que mandó a quemar a los evangelistas, si el acusado fue de los incendiarios obedeciendo a sus creencias, a su fanatismo, ¿cómo acusarlo de comunista? ¡No puede ser, Piedrasanta, no puede ser!

—Si es así, mi acusación es por comunista...

—¿Y las pruebas?

—¡El incendio, Lic... el incendio!, ¿le parece poco?

—¡No, Piedrasanta, el incendio, ya lo he dicho, fue cosa de católicos azuzados por ese cura mexicano!

—Otros afirman que fue la Compañía la que la mandó a quemar —refunfuñó el tendero—, quién les entiende...

—Ese es un disparate...

—No tan disparate, como usted cree. Se necesitaba un pretexto para poder echar al curita ese, y el incendio...

—Caemos en lo mismo. Sin aceptarlo, y pareciéndome una barbaridad, demos por sentado que fue la Compañía. Lo habría hecho con sus empleados y no con comunistas.

—Bueno, ese hombre, entonces qué es...

—Eso es lo que yo le pregunto. Incendiario, desde luego. Usted lo oyó reclutar gente, usted se opuso y por eso ese individuo vino a insultarlo a su negocio. Todas estas cosas configuran, desde luego, un gravísimo delito. ¿Para qué más? ¿Para qué lo de comunista?

—Es que eso luce... y lo fusilan...

—También por incendiario...

—Entonces me da igual. Lo acuso por incendiario.

—¡Qué mal corazón!... —protestó Rodríguez, terciando—; si me llamaran de testigo declararía que lo que ese hombre dijo, y conste que yo estaba presente, sería testigo presencial, fue algo así como «¡Muchades, vonós a ver el incendio...!»

Y en tanto Piedrasanta discutía con el gangoso, el juez se llegó a Cárcamo:

—¡Tanto bueno por aquí, no lo había reconocido por eso no lo saludé, se ven ustedes los militares tan raros sin el uniforme!

Se estrecharon la mano y el juez aprovechó para soplar al oído del capitán:

—¿Y cómo estuvo la encaminadita que le dio al curita ese?

—Ordenes son órdenes... —cortó el oficial con la voz golpeada, molesto de que aquél le recordara su papel de verdugo, de brazo ejecutor al servicio de... de quién sabe quién...

—¡Muy bueno! ¡Muy bueno!... —exclamó el juez sobajándose las manos de palmas gordas como nalgas de criaturas, satisfecho y pronto a cortar la reyerta del profesor y el tendero con esta promesa—: En cuanto al prófugo, Piedrasanta, no tardaremos en darle pesca; creo que hoy o mañana se declarará el estado de sitio en la República, en todo el territorio de la República...

—Y así sucederá —empezaba a reponerse de sustos y disgustos el tendero—, porque el juez parece adivino y cuando él dice una cosa...

—Tiene noticias por la Compañía... —pinchó Juventino, a quien el altercado que tuvo con Piedrasanta había dejado más gangoso.

—Por los amigos que tengo en la Compañía... —rectificó ligeramente el juez—, que lo que saben me lo cuentan; y la huelga general dicen que es inevitable.

—¿Y no cree usted que todo se arreglará sin huelga? —preguntó el tendero cada vez más dueño de su persona y su negocio, bienes que por momentos creyó perdidos en manos de aquel energúmeno que venía a matarlo y sin duda a incendiarle la casa.

—Según la Compañía, y hablo porque he estado hasta hace un momento almorzando con uno de los gerentes, el todo está en que el gobierno reprima a sangre y fuego los focos insurreccionales como lo hizo en Bananera y en el puerto. Cortar cada cabeza que se levante. Y creo que aquí va a caer la primera. No sé si ustedes han oído hablar de un tal Tabío San, a quien estamos esperando. Mantengo llena de tinta la estilográfica que me obsequió Mister Ferrols, para firmar su sentencia de muerte.

—Pero no olvide, señor juez, que también lo está esperando el pueblo —precisó Rodríguez, gangoso, con aire de no decir nada—, y que no son uno ni dos, ni tres, ni cinco, ni cien, ni mil, sino miles de trabajadores los que irán a recibirlo a la

estación...

—Interrumpo —se dejó venir el tendero— para preguntarles si quieren tomar algo más. Mi esposa me mandó de la capital esta botella de anís español legítimo. ¿Qué les parece si la abrimos?

—Para mí es demasiado dulce. Son bebidas a las que uno ahora no muy le hacen... o las toma para el cólico...

—Al señor juez lo que le gusta es el legítimo *scotch* —habló el capitán Cárcamo que se había mantenido al margen y como distante de la conversación.

—Es lo que tomamos con los amigos de la Compañía ¡qué *bouquet* de whiskys!, pero eso no quiere decir que despreciemos al amigo Piedrasanta. Yo preferiría una cerveza helada.

Para nosotros —dijo Cárcamo—, también cerveza helada —sin recordar que el profesor no bebía.

—Para mí, nada... —enmendó Juventino el pedido del capitán, por lo que éste volvióse y se excusó:

—Sin querer le pongo y le pongo y le pongo la tentación, fue un olvido, no crea que lo quiero hacer caer; y con qué lo curaron, ¿puede saberse?...

—Con lodo...

—¿Cómo es eso? —se interesó el juez.

—Sí. Hacen un bebestido de lodo y agua, nada más, dividido en cuatro tomas, y luego lo dejan podrir hasta un punto en que el lodo se pone de un color raro, verdoso, café, oscuro...

—¿Y eso es lo que se bebe? —preguntó nervioso el capitán, casi se oyó que se restregaba en la silla.

—Sí, con la toma se llenan cuatro botellas, de ese lodo cremoso y se bebe durante veinte días...

—Y eso se lo hizo —aclaró Piedrasanta—, la madre de ese mulato que anda por allí medio trastornado, de Juambo...

—Una gran caridad... —exclamó Juventino.

—Caridad, no. Tenían obligación, porque usted, profesor, se dio a la bebida por la Toba. Pero ésa es historia antigua. Voy por las cervezas, cerveza para el juez, para el capitán y... para mí, yo también voy a tomar cerveza, a ver cómo me cae después de semejantes colerones, y seguimos conversando de la huelga, de la llegada de ese Tabío San que se me figura que es uno a quien yo conocí aquí en las plantaciones, hace mucho tiempo. Si es él, es un tipo con los ojos de fuera, saltados, hinchadísimo de los cachetes, labios gruesos, orejón, algo así como con elefantiasis... Será fácil reconocerlo...

—Con esos datos... —rió el gangoso...

—Sí, yo lo conocí... —se creció el tendero...

—Sí, ya lo sé —dijo el profesor—, pero serán inútiles las señas que está dando Piedrasanta para identificar a ese cabecilla. Por el contrario, dicen que es un hombre

más bien delgado, enjuto de cara, los ojos hundidos muy pegados a la nariz y los dientes blancos, como de tiza. Y después de todo, no habrá necesidad de identificarlo, porque esta vez viene con su nombre, Tabío San, y a cara descubierta...

La pandilla de muchachos encabezada por Bobby (Bobby Maker Thompson, nieto del Presidente de la Compañía, seguía de temporada en casa de los millonarios Lucero) asomó a lo alto de la iglesia, por entre los maderámenes del techo, a donde subieron escalando un abandonado y tambaleante andamio que más parecía adosado a los muros del templo como esqueleto de una vieja embarcación. Bobby metió la cabeza y quedóse viendo el interior de la iglesia, como a un tanque de natación vacío, donde la luz menguada por las pocas ventanas y la puerta mayor cerrada, tenía un tono de ángel muerto.

Los demás chicos aparecieron en seguida buscando dónde apoyar los ojos, contentos de encontrarse a la gente que se movía abajo con andar de hormiga. Bobby les habló de sostener los ojos en el vacío, sin fijarlos en nada. Soltarlos en el espacio.

Los que ensayaron la receta del *Gringo*, como le llamaban, no resistieron. La inmensidad los atraía, se los chupaba. Mejor era seguir a la gente que se movía abajo, que rezaba, que encendía candelas, que se paraba, que se arrodillaba, que entraba...; pero, ¿por dónde entraban si la puerta mayor estaba cerrada y los santos en los altares daban la impresión de presos a perpetuidad? Esas gentes entraban y salían por la sacristía.

Bobby lanzó un terrón de mezcla vieja que fue como dejando humo y se hizo pedazos contra un reclinatorio cerca del púlpito.

Alguien de la pandilla protestó:

—¡*Gringo*, no seas bruto!

Otro pedazo de mezcla seca fue a dar junto a una mujer que estaba arrodillada. ¿Quién osaba arrojar piedras contra la gente en la iglesia, cometer semejante desacato, semejante profanación?... Pronto corrió la voz: ¡los evangelistas!..., ¡los protestantes!...

Y mientras algunos huían o se amparaban a la sombra del púlpito, tras el cancel de la entrada o en la capillita bautismal, otros, sintiéndose mártires y preparándose a que los lapidaran los infieles, abrían los brazos para rezar el *Perdón*, arrodillados y en cruz...

—Yo, a esa vieja, le bajo el brazo de un *strike*... —dijo el *Gringo* y hecho, igual que un balazo...

La mujer mordióse el aullido de dolor en la lengua, allí, camal, entre sus labios y su dentadura, mientras cerraba los ojos que abrió, abrió, como si se le fueran a salir, antes de caer en zig-zag de rayo.

Del altar mayor habían quitado a la Virgen de Guadalupe. Los indios de la montaña que bajaban a trabajar a las plantaciones, entraban en grupos y al no encontrar a la Patrona, se santiguaban, diciéndose entre ellos, no sin aspavientos teatrales: «¡Milagro, vino... milagro, se fue...»

Los más fervorosos se arrodillaban, con una sola rodilla, la derecha mejor, a pegar velas encendidas en el suelo entre senderitos de flores que formaban dejando caer los pétalos desde las yemas temblorosas de sus dedos lisos.

Enamorados del fuego contemplaban largamente la llama de la vela. Dos pupilas de semillas sobre el titilante resplandor de carne de oro y mecha que en un soplo consumía el sebo amarillento.

Su ropa de manta de costal, camisa, calzón, blancos, limpios, su fe de rodillas, sus ojos en el fuego de la llama, esperaban que se les volviera a aparecer la Virgen, mansos de cuatrocientos años, la cara prieta de lonja enjuta, el pelo negro, duro y largo sobre las gruesas nuca.

Por apiñarse alrededor del Bobby, a leer unos papeles impresos que se encontraron escondidos en uno de los cruceros, cerca de sus cabezas el fuego del techo de lámina calentada al sol y abajo del fresco silencio de la iglesia en que ya nadie se movía, había quedado sola; eran tres paquetes de hojas en las que se repetían, impresas con letras grandes, las palabras «huelga general», «huelga justa», «libertad con pan, sí»; por apiñarse alrededor del Bobby se olvidaron de la batalla que éste comenzó a pedrada limpia contra los feligreses, gente que ahora pregonaba por calles y plazas: «¡Nos apedrearon, así como oyen, nos apedrearon!... los protestantes...» «Se subieron al techo de la iglesia y desde allí nos apedrearon...» «¡Una señora se puso en cruz dispuesta al martirio y le bajaron los brazos a pedradas!...» «¡No les bastó echar al párroco y robarse a la Virgen del altar mayor...; ahora están espantando a tetuntazos a los pocos que vamos a la iglesia, a donde entramos de escondidas, por la sacristía, como ladrones!»

—Estas babosadas hay que entregárselas a la policía... —opinó un languruto, pestañado, a quien apodaban *Pichugallo*.

—Estas babosadas se quedan aquí donde están —decidió Bobby—, aquí donde están —recalcó—, hasta mañana, y no las vamos a entregar a la policía, sino a donde yo sé. Ahora tenemos que juntarnos con los otros muchachos y no hay tiempo, bajemos ya, si queremos quitarnos la sed con un apretado.

—A condición de que antes nos fumemos un *cigarrema* —propuso *Picbugallo* Lucero.

—Vale —autorizó el Gringo y todos sacaron de sus bolsillos, maltrechos cigarrillos que llevaban escondidos, fósforos sueltos que encendían raspándolos en los muros o en las suelas de sus zapatos y no faltó el que llegaba a cachimba.

Descendieron trabajosamente por el andamio tambaleante, fue un laborioso jinetear travesarlos, abrazar mástiles al ir resbalando hacia abajo, por su propio peso, pies y rodillas sirviendo de rozaderas, hasta tentar suelo y correr a donde Piedrasanta, para ser los primeros en tener el apretado en la mano y darle carita a los compañeros.

—¿De qué querés, vos?

—¿Y vos, de qué querés?

—¡Yo, de fresa!

—¡Yo, de naranja!

—¡De limón, para mí!

El tendero los hubiera querido aniquilar y en lugar de hielo con jarabe, venderles hielo con veneno, pidiéndoles que escogieran si querían de estricnina, de láudano, de cianuro... Interrumpir con su gran alharaca las referencias que hacía el juez de sus conversaciones con los gerentes de la Compañía sobre la huelga, en caso que se declarara. Pero quién la declaraba. Quién se atrevía a ponerle el cascabel de una huelga general a la *fiera*...

—Voy a salir de estos diablos —se levantó Piedrasanta de la mesa en que seguían menudeando cervezas el juez, el capitán y, sin tomar nada, el profesor, aludiendo a los chicos que empujándose desde una de las paredes, desde las puertas o desde el mostrador, agarraban aviada, corrían menudito y se dejaban ir por el piso de cemento, deslizándose en patinadas que los otros imitaban o saludaban con aplausos, manotadas, gritos, saltos, risas y más risas.

—Nosotros, Piedrasanta, nos despedimos... —avanzaron aquéllos hacia el sitio en que el tendero con el cepillo de raspar hielo en la mano y el molde metálico con forma de vaso sin fondo, preparábase a alistar los apretados; el juez, como siempre, había llevado la voz cantante.

—Lo dejamos con la pandilla y acuérdesse que a estos pichones de millonarios, no los puede mandar al paredón... —le somató Cárcamo, que estaba resentido por sus acusaciones contra Andrés Medina.

—¡Muchachos!... —saludó a los chicos el profesor; parecía envidiarles la movilidad y la alegría y salió detrás de Cárcamo y el juez, que se despidió de ellos dos en la puerta del negocio. Se marchaba en otra dirección.

—Noté, capitán —dijo el gangoso, tomando y soltando familiarmente el brazo del oficial en el momento en que echaban a andar—, que le impresionó lo del lodo podrido con que me curaron del vicio de la bebida; pero, verá usted, no me curé sólo por eso, sino por una feliz coincidencia; saliendo yo de ese último colapso encontré algo que le dio razón de ser a mi vida... Pero ya conversaremos otro día, ahora parece que lleva prisa...

—Nada de eso, profesor, lo que quiero es que crucemos rápido ese baldío porque el sol está que pela.

Cojeando, el enjaezado juanete castigador del pie izquierdo y unos zapatones de charol que le regalaron, aparentemente ateridos por fuera de polvo color de nieve y por dentro hirvientes como sinapismos calentados con plancha, fue el profesor más sobre los talones que sobre las puntas, tratando de seguir al capitán por el baldío cubierto de pedruscos.

—Es lo que yo siempre he sostenido —reanudó Cárcamo el palique al llegar a un refrescante alero, al lado de un muro medio derruido—. Un hombre deja de beber cuando se indigesta de aguardiente o cuando, como usted, halla en la vida una ilusión.

—Y por eso, capitán, hay que diferenciar entre los que beben por la tripa, el

gusanito o la sangre se los pide, y los que toman porque les abunda, porque les sobra el alma en el pecho, sobrante que no es hartura, sino vacío, pues al revés de lo material, a más alma, mayor satisfacción, mayor abismo.

Ahora fue el militar el que tomó del brazo al profesor, como invitándolo a que siguiera hablando.

—Los que beben porque la tripa se los pide —siguió éste— se curan con un purgante fuerte, con lodo podrido, con lo que sea; pero los briagos del paraíso perdido, que sería mi caso, no se curan con nada, salvo que encuentren una razón superior de vivir, pues, además de su insaciable sed de alcohol llevan escondidos en ellos al jugador o al suicida. Si al jugador, ya no beben sólo por el placer de la copa y la embriaguez, sino por ganar una imaginaria partida, y si es al suicida, apuran el licor como veneno, sintiéndose infinitamente solos.

—¡Qué bien clasificaditos se los tiene, profesor! —exclamó Cárcamo, y le palmeó la espalda afectuosamente.

—¡Como para que no, si fui del arma y creo que del batallón suicida!

—Pero, profesor, ya que me contó el milagro, no me oculte el santo o mejor dicho, la santa que lo hizo, pues se ve que no fue sólo el lodito podrido... ¿Alguna real hembra después de la Toba?

El gangoso suspiró. Caracol adentro de su corazón oyó como en un mar de pulsaciones perdidas, el nombre que más había dicho en su vida, despierto, dormido, ebrio, en su juicio, acompañado, solo: Toba... Toba... Toba...

En la claridad del sol qué extraño y qué triste se oía el chirriiii, chirriiii de los grillos.

—¿Alguna real hembra? —insistió el militar, no porque le importara mucho saberlo, sino porque le divertía contraponer, entre sonrisa y burla, lo de la «real hembra» a la figura del escuálido maestro, tan escaso en sus ropas que parecían ajenas, y su ganguear que lo hacía poco atractivo—. ¿O una hembra o un negociación de miles de dólares?... —añadió aquél ya con la risa desenvainada de sólo calcular la distancia astronómica que separaba al profesor, no de miles de dólares, de un dólar.

Y como éste lo dejara sin respuesta, adujo para no darse por vencido:

—¿Algún viaje, profesor?

—¡De joven la boca se me llenó de sa... lidas de barcos..., de..., barcos, sí, de barcos! —dio la impresión de perder y encontrar el pensamiento; luego, dejando aparentemente sin respuesta las preguntas del oficial, inquirió—: Capitán, ¿cuáles de los libros que usted ha leído, le han gustado más?

—No crea que he leído mucho. Todo «Rocamble» y «Quo Vadis»...

—Entonces, si ha leído «Quo Vadis», me será fácil explicarle por qué me aparté de la copa, le fui infiel a Baco, dejé el divino néctar. Sencillamente porque me volví cristiano de ésos de las catacumbas, de esos que saben que van a ser entregados a las fieras en el circo imperial y aceptan el martirio con tal que se instale en la tierra el reino de Dios...

—¡Vamos! ¡Vamos!..., ¡profesor, en estos tiempos quién va a estar creyendo en eso!

—¡Me basta creerlo yo! ¡Es por donde tengo que empezar, por creerlo yo! ¡Y usted, capitán, estará con nosotros!

—Lo que tiene que hacer, profesor, es empezar a dar sus vueltas para que la compañía abra la escuela...

—De eso se trata, pero no como dádiva, y no una escuela, sino muchas escuelas. ¡Y usted, capitán, estará con nosotros!

—¡No más me dice cuándo!... —respondió el militar, entre serio y burlón.

—¡Cuando se declare la huelga general! —le soltó el profesor a quemarropa.

Cárcamo palideció. Hasta los pies deben habersele puesto color de muerto dentro de los zapatos. Y se alejó después de un tartamudeo o despedida. Más valía hacerse el que no había oído. ¡Qué atrevimiento! ¡Qué inconsciencia de borrachín! Era como para regresar y pegarle. Sabiendo que estaba en servicio activo hacerle semejante proposición, venir con lo de la hue..., hue..., qué sensación de hueco, de vacío, de tumba amarga dejó en su boca la palabra huelga al comprobar que no tenía razón de hacer toda aquella comedia, de reaccionar en esa forma ante el profesor, a quien dejó con la palabra en la boca, cuando él estaba metido hasta la coronilla y tal vez más que el profesorcito en esa cochinada, desde que escondió los papeles de Rosa Gavidia y se valió de un cura para hacerle saber a esa otra profesorcita que escapara...

La grito de los de la pandilla en el negocio de Piedrasanta tocaba extremos infernales. Empezaron por cambiar de parecer sobre los sabores de los apretados. El que pedía de fresa, saltando como si no le bastara saborearlo con los ojos y la boca, rectificaba y prefería de limón, de limón o de uva..., sí, mejor de uva... Horchata y frambuesa, reclamaba otro, o mejor sólo horchata... Y a mí de naranja, reclamaba un goloso gordo y altanero, con doble medida de jarabe...

Pacientemente apelmazó el tendero con los dedos las virutas de hielo que salían del cepillo, en el molde de hojalata y enfrentando en seguida directamente a cada interesado sobre el sabor que prefería, con ayuda de una copa que utilizaba de medida, fue derramando jarabe rojo como sangre en los apretados de fresa o frambuesa, amarillo de oro como los cabellos de Bobby, en los de limón, jarabe lechoso en los de horchata y violeta en los de uva...

Servidos todos, Piedrasanta secóse las manos en un trapo que colgaba de un clavo detrás del mostrador. Sentía los dedos largos, largos del frío contacto del hielo, las uñas blancuzcas y palidonas como pellejos y las yemas arrugaditas como de viejo.

—¿Quién paga? —preguntó casi sin verlos.

Todos se acercaron a pagar, chupeteando, sin mover los ojos, gozando del frío del hielo y el dulzor del jarabe, los pies a rastras como moviéndose al tanteo, y con la mano izquierda maniobrándose las bolsas hasta sacar el dinero que para desesperación del tendero llegaba a sus manos enmielado.

Los chupidos, como decía el tendero por decir chupetones, chupidos y rechupidos

de la pandilla lo exasperaban. Y siempre era la misma cosa, pero ahora no estaba dispuesto a soportar. El disgusto del picaro ese que lo vino a insultar, lo mal que andaba el negocio con la gente del campo que no venía al pueblo, temerosa de ese asunto de la huelga, la prolongada estancia de su mujer en la capital, todo se colmaba con aquellos chupetones inacabables a pulmón y jeta de músico que toca instrumento de viento con succión y ruido de ventosa.

—¡Se van a comer ese apretado afuera! —les gritó.

—Hace mucho sol, no vamos —le contestó Bobby, enterrándole los ojos como dos puñales azules, chupa que te chupa su piloncito de hielo bañado en jarabe rojo, de frambuesa, para refrescarse y endulzarse al mismo tiempo los labios.

—¿Cómo es eso de no vamos?

—¡No vamos!

—Pues los saco...

La pandilla se replegó instantáneamente hacia donde estaba el *gringo* Thompson, frente al tendero.

—Pruebe... —dejó caer el *Gringo* una sonrisa.

Piedrasanta optó por pasar a la trastienda, tembloroso, frenético, helado de la cólera, como si todo él fuera un apresado del que aquellos bárbaros sorbieran a chupido y chupido, y quedarse allí, entrecerrados los ojos, los párpados calientes sobre las pepitas rabiosas...

¡Lo hacen por amolar, se dijo, porque saben que con sus chuuuuup... chuuuup me ponen los nervios de punta, pero no les doy gusto, no salgo a repetirles por la cuarenta vez que se vayan con la música a otra parte!... ¡Ah, si no fueran hijos de..., de quienes son, ya les habría deshecho la tranca encima!

¡Chuuuuuppp!... ¡Chuuuuuppp!

Seguía la orquesta afuera y..., ¡al carajo!, quebrantó su propósito de no echarlos, ya era escandaloso e insultante la forma como aquellos pequeños bandidos succionaban el poco jarabe que les quedaba, tratando de tragarse también el agua goteante del hielo que se les deshacía en la mano, por lo que ahora cada ¡chuuuup!..., ¡chuuuuuppp!..., ¡chuuuuuuuppp! del infernal chupeteo era más largo, más sonoro, ya que había que chupar el jarabe de más hondo, extraer de entre los poros del agua congelada aquel resto de cadáver dulce pálido y licuado, mientras el piloncito del apretado que terminaba en forma redonda les cabía en la boca, para metérselo, masticarlo y tragar hasta la última gota de hielo y dulzor.

—¡Se van, hijos de...!

No terminó. Una bala helada se le deshizo en el ojo y el poco de jarabe de frambuesa que le quedaba al Bobby en el apretado, derramósele como sangre por la mejilla,

Y antes de reponerse del impacto, muchos otros restos de apretados se le despedazaron en la cara, igual que si se hubiera expuesto a una lluvia de granizo de sabores y colores.

Lo habían dejado en la oscuridad. Al salir le cerraron las puertas. Oyó los golpes, sin explicarse lo que hacían, pero al abrir los ojos y encontrarse a oscuras, corrió a abrirlas de nuevo.

¡Las puertas de su negocio cerradas de día por manos extrañas, mal agüero para él!

¡Agüero de muerte!

Una tras otra las fue abriendo que pedazos se hacía. Si alguien pasa por la calle en ese momento o regresan el juez, el capitán o el profesor, habrían creído que estaba bañado en sangre, que el fulano ese comunista había regresado a pegarle unas cuantas cuchilladas para marcarle la cara y... era sólo jarabe rojo, escandaloso, pegajoso, vivísimo y espeso como la sangre... ¡No, no estoy herido!... ¡No, no estoy herido!... se repetía rabioso, contento, agarrado a las moscas que se le pegaban y despegaban volanderas, hasta dar con un tonel de agua llovida que tenía en el patio donde se lavó la cara, el pelo, las orejas, el cuello, los brazos, tuvo que quitarse la camisa para lavarse el pecho.

Hasta el ombligo le enmielaron. De un lazo arrebató una toalla. Secóse rápidamente y volvió al negocio. Nadie. Las moscas. Las moscas buscando a ese personaje que pasó bajo sus patas, sus alas y ventositas chupeteantes bañado en jarabe.

¡Ay, Dios mío... —se le salió de lo hondo, después de meditar que no podría vengarse de aquellos muchachones hijos de gente rica—, manda la huelga, yo era contra, pero ahora te la pido!... ¡La huelga!... ¡La huelga! ¡Eso que es como el trabajo echo bagazo para que a ellos, y a nosotros, y a todos, la riqueza o lo que tenemos, se nos vuelva bagazo!

XXXII

La movilidad de la patrulla juvenil comandada por Bobby, no encontraba par sino en el viento. La temperatura siempre caliginosa que se hacía insecto, reptil, miasma, pantano; el desamparo del ser ante la desproporcionada grandeza de los árboles, todo lo exacerbaba a medida que se acercaban a la costa, al oleante palmoteo del gigantesco océano Pacífico, hartos de engullir sin hambre, por voracidad, frutos cortados de las ramas, calientes como panes retirados de un horno por ansia de apurar todos los goces de la creación, a la carrera. Nada los detenía. Un apetito de vivir y de vivir rápidamente. Ser machos. Lucirse machos. Ser dueños, por íntima ferocidad, no sólo instintiva, sino un poco razonada, de lo que caía en sus manos, y aprovecharlo o destruirlo sobre la marcha. Aquí un pájaro, allá un nido, más allá una bestezuela, un hormiguero.

Avanzaban en todas direcciones, por donde querían, con el resuelto empuje de avasallar. ¿Qué espíritu indómito despertaba en ellos el hervor del trópico? ¿Qué conocimientos pretéritos sobre las materias, las esencias, las sustancias de la vida?...

Locos de azul, ebrios de luz, trasegados de un mundo de familias dormidas en la opulencia a un mundo de problemas torrenciales, avanzaban en desorden, sin obedecer leyes humanas. Rebeldía juvenil contra todo lo que fuera límite o medida.

Atrás quedó la población migosa de sol y sueño de siesta. Debían llegar a los repechos de las palmeras más altas, donde se juntarían con la pandilla de muchachos formada por los hijos de los empleados del país que ocupaban altos cargos en la compañía. Más numerosos y menos decididos, jamás fueron puntuales. Bobby y los de su banda se tumbaron a esperarlos, haciéndoles tiempo con humo y saliva, cigarrillos y chicles, sin faltar el que llevaba en una pacha de metal, media botella de whisky.

Pasos. Volvieron las cabezas. Pero no eran los de la otra pandilla. Vendrían como siempre gritando y macheteando. Por eso los esperaban. Traían los machetes y sólo abriéndose paso a filo de guarisama se podía llegar por allá abajo, a la desembocadura de un río caudaloso, al lugar de las «visiones metálicas».

Los pasos sonaron más cerca y más cerca, hasta asomar de los matorrales un indio desnudo, apenas un taparrabo, greñado esqueleto, dientes de fuera de tan flaco y ojos como pompas iluminadas de jabón oscuro.

—¡Nadie... —ronroneó al verlos— podrá jamás contra el fuego verde! ¡Nadie le disputará jamás el dominio de la tierra al fuego verde, que es el fuego rojo del interior que se torna verde afuera! ¡Luz aniquiladora! ¡Luz revuelta con sal! ¡Luz revuelta en el mar! ¡La máquina se cansará alguna vez! ¡Alguna vez asaltará al extranjero el deseo de dormir, y en ese instante, al sólo cerrar los ojos, al sólo frenar sus máquinas, quedará sepultado él y lo suyo, convertido en esqueleto y fierro viejo lo que fue belleza humana y metal fulgente de aceite y movimiento!

—¡La más oscura ceguera, la ceguera verde —siguió el indio de pelo espinudo—, la ceguera de la vegetación que avanza, emborracha y esponja, se apoderará de todo

lo vivo y todo lo muerto y las raíces asomando por debajo de la tierra, perforarán, taladrarán, alzarán en pedazos casas y edificaciones, destruirán cimientos, paredes, techos, los muros de contención de las represas, forzarán templos deshabitados, violentándolos, y sin dejar de sus sillares sino aberturas, boquetes, resquicios de terrazas sólo para que el viento los sacuda y los derribe!

—¡Rito Perraj habla por mi boca! ¡Por él doy testimonio del que fue, del que es, del que será dueño final de estas extensiones, hoy en manos de otros hombres! ¡La violencia, no del hombre, sino de los elementos! ¡La violencia de los elementos y la espera del que sabe que en un tiempo impreciso, pero seguro, llegará el triunfo y la expulsión de ios extraños! ¡Ay del que no vigile de noche! ¡Ay del que no cierre su casa! ¡Ay del que no sepa que los ojos de los enterrados, abiertos de par en par en espera del día de la justicia, sólo entonces botarán sus párpados y dormirán en paz!

—¡Todo está en movimiento! ¡Todo está en erupción! ¡Todo está en la serpiente! ¡Los árboles no son árboles, sino partes de esa serpiente vegetal que sale de la tierra, cae del cielo con la lluvia y cubre de ponzoña candente lo que debe destruir!

Uno de los de la pandilla largó al indio tres moneditas de *five cents* para que acabara con sus sermones de ronrón y le preguntó si sabía algo de las «visiones metálicas».

El indio, negándose a recibir las monedas, volvió la cabeza hacia donde caía el sol, y dijo:

—¡Marea de fuego! ¡Marea fulgor! ¡Marea metal!... Rito Perraj lee los enigmas del tiempo en esas visiones..., chayes de sangre y espuma de oscuridad bajo lluvias de fuegos preciosos que se fragmentan en más pequeñas gotas y más pequeñas gotas...

Abraham Lincoln Suárez, jefe de la otra pandilla, asomó al frente sus huestes. Explicaba que no los querían dejar salir de sus casas y menos con machetes. Algunos tuvieron que saltar por las ventanas. Por eso llegaban tarde y no venían todos. Cunde la noticia de un grupo de anarquistas que se juntó anoche y juró volar con dinamita todas las instalaciones de la compañía: usina eléctrica, depósitos de agua, tanques de petróleo, puentes, diques, la estación ferroviaria, el pueblo...

Boby enjutó la boca y puso en vacío sus ojos azules. La palabra huelga le devolvía a las escenas pasadas junto al terrible abuelo, la última vez que estuvo en Chicago. Si el indio amenazaba que toda aquella riqueza portentosa acabaría cubierta por el fuego verde de la tierra, la vegetación inapagable, y los anarquistas se preparaban a ilestruirla y soterrarla con dinamita, peor eran los huelguistas que pacíficamente iban en camino de sustraer de las manos de sus dueños, el imperio de Maker Thompson, de quien conservaba la imagen de un hombre enflaquecido hasta los huesos que se pandeaba al andar sobre sus altas piernas, de piel amarillenta, terrosa, cabellos canos revueltos bajo la tormenta de su mano que los despeinaba a cada momento, áfono, babeante, una tela de huevo enturbiándole las pupilas, desesperado por un cigarrillo.

Era todo lo que en un tórax aún fuerte, pero ya con las costillas muy pintadas bajo el pijama de seda de china, quedaba del Papa Verde.

Su madre se opuso a que él se permaneciera con ellos. Entre Pearl Harbor e Hiroshima, aquélla arrancó a su hijo de las manos del abuelo moribundo, de cuya garganta, cada vez más obstruida por el cáncer, salían babosidades espesas que enfermeros de manos enguantadas recogían en madejas de hilos interminables.

—¡Aquí con nosotros no se queda! —su madre era terminante—. ¡Lejos, en las plantaciones, allí no llegaría la guerra, allí estaría seguro!

El abuelo perdió el habla. Se asfixiaba. Ante Bobby le metieron a martillazos un tubo de platino por la tráquea. Tanta era la angustia de la asfixia, que ni se inmutó al partirle la carne la afilada boca del tubo. Su pelo, sus orejas, sus mandíbulas, que ya apretaba poco, retemblaban a cada martillazo del médico. Por último, por fin, vio Bobby al viejo volver los ojos agradecidos hacia alguien, hacia algo, hacia la vida que entraba a sus pulmones por aquel mínimo agujero...

Le fue permitido una copa de champán bebida a sorbos. Lo alargaron en un catre. Mientras durara, quería que el nieto estuviera a su lado, pero los médicos esperaban deshacerle el tumor, reducirselo al menos, con aplicaciones de terapia profunda, y mientras tanto, Bobby peligraba, Bobby que por disposición del viejo sería el heredero de su fabulosa riqueza...

¡Pearl Harbor!... ¡Hiroshima!... Estas palabras las repetía su madre enloquecida... ¿Para qué más argumentos?... ¡Pearl Harbor!... ¡Hiroshima!...

El Papa Verde se inclinó... Sus manos frías, el frío del hueso que esponja bajo piel su helor y silencio, oprimieron las del nieto... ¡Que no muriera el nieto, que muriera él!...

Pidió papel y pluma, ya no podía hablar y escribió: «Déjalo aquí conmigo..., allá es donde corre peligro su vida..., hazme caso..., no lo mandes a las plantaciones..., apártalo..., apártalo... la huelga...»

La mano temblona no pudo escribir más. No le obedecieron los dedos. Por el tubo de la tráquea oyóse un aire gorgoriteante, salivoso, como si quisiera repetir a gritos lo que había escrito, y su hija no estaba dispuesta a obedecer. Bobby partiría en el primer avión para Centroamérica y que el viejo se aguantara...

La algarada de las pandillas al encontrarse, más golpes que saludos, devolvió a Bobby a la realidad. Se pusieron en marcha. Urgía llegar a los manglares antes que cayera el sol. Bobby y su grupo marchaban a la zaga de Lincoln Suárez y sus macheteros que iban adelante abriendo paso con sus guarisamas en la vegetación cerrada que parecía moverse, andar a la par de ellos, como el agua del río. El pasar de los cuerpos y los machetazos entre las hojas era todo lo que se oía. Poco a poco, a medida que descendían hacia el mar, la vegetación se iba achaparrando y los árboles se tornaban puras raíces azulencas de barro y sal, petrificados.

Alguien dio la voz de alarma y los que cantaban, y los que silbaban, y los que hablaban, enmudecieron. Iban sobre un tembladeral. Lianas y raíces tejían sobre

aquella trampa de lodo, un piso flexible, colgante, mullido. Los más temerarios, los de Bobby, rompiendo el expectante avanzar de la tropilla, empezaron a dar saltos por el gusto de sentirse al caer nuevamente lanzados hacia arriba...

Se impuso Lincoln Suárez. Si seguían saltando los macheteaba. Marchaban sobre una ciénaga que se los tragaría irremediablemente, si el enrejado de bejucos llegaba a ceder...

Morir ahogado es espantoso, pero ahogado en lodo...

El avance se fue volviendo fantasmal, sin respirar, sin parpadear, sin apoyar los pies enteros, sabiendo que cada paso podía ser el último, hasta tocar tierra firme en una ribera arenosa y lanzarse por ella a todo correr, como si hubieran quedado repentinamente tullidos y de golpe recobraban sus movimientos.

Subieron y bajaron a lo largo de inmensos bancos de arena rojiza, desde donde se contemplaba el río como una extensa llanura que al acercarse al mar fuera licuándose.

Los bodocazos de sus hondas de pita y hondas de cuatro hules, postas de barro duras como el plomo, resonaban a larga distancia entre follajes y troncos, a cada disparo y por todos lados se oían caer las víctimas. Un turpiai. Pero qué era matar un turpial entre miles de turpiales. Una ardilla. Pero qué era matar una ardilla entre cientos de roedores. Pobres cazadores. El concierto de cuatrocientas gargantas de cristal en la garganta de un solo ceniztonle les daba la bienvenida. Y traían la muerte en sus manos de niños. Pero, ¡la muerte!..., qué ridícula fantasía la muerte de un pájaro, de muchos pájaros al golpe de sus hondas, allí donde la muerte era global como la vida.

Bajaron hasta las riberas envueltos en una masa de humedad candente, donde de no ser sus hondas, se quedan inactivos, parados, en suspenso seguir por el cielo islotes de flores, que no eran flores, sino aves, mientras en el agua peces eléctricos chapoteaban el instante.

Orgía. Ebriedad de calor. De haber masticado el calor como bagazo de caña. Bochorno de la tarde que iba cerrando su abanico de caimanes de luciérnagas, de afelpados silbos y deslizamientos de aguas y terrenos. Ellos también se deslizaban hasta donde las aguas del río quedábanse tan quietas, que tuvieron la sensación de ir sobre una selva de sueño reflejada a sus pies y una selva viva sobre sus hombros, viva de pájaros, de monos, de pericos, loros, guacamayas, pájaros escarlata, pájaros negros, garzas, desde la del plumaje rosa, hasta la de blancura inmaculada. No, ya no era río. Era una cauda estelar que se hundía en la tiniebla marina cargada de nubes de algodón o de sueño. Se detuvieron. Pulsación de abandono. Alguien gritó. Entre los manglares verdeazules, hidrópicos, letárgicos, corría fuego. Estrecharon filas, se apretaron. Por la superficie del agua, como si debajo hubiera encendidas fogatas de colores, en medio de un silencio sobrecogedor, la luminosidad del líquido encendido fue aumentando de brillo, hasta cegarlos. Las paredes del aire se tornaban traslúcidas, incandescentes.

Y a esta visión sucedió otra y otra, cada vez con tintas más violentas y formas al

infinito caprichosas, hasta apagarse de pronto el último lingote del día con ruido de metal al rojo sumergido en el agua.

Cerca de aquellos sitios donde a la tierra se le descarnan las encías y duelen los manglares como dientes con las raíces de fuera, ocultas a las miradas de los de las pandillas de Bobby y Lincoln Suárez, quienes parecían presentir que alguien había allí escondido, ardían otros ojos extasiados en la contemplación de las «visiones metálicas», pretexto que puso el capitán Cárcamo para alejarse unos pasos del área hasta donde les era permitido ir ahora que estaban virtualmente movilizadas.

—Andrei, dicen que sos comunista...

—Dicen, pero no soy... —oíase como que chapoteaban al hablar—, y para decirme eso me hiciste venir aquí...

—Sí, porque yo quiero que te salgás, que dejés de ser comunista...

—Ya te dije que no soy...

—Pero el tuerce es que todo el mundo lo cree y como ya te pusieron la puntería, sin mucho averiguar, te vas a ir al paredón y no sé por qué se me ha metido que a mí, Andrei, me va a tocar mandar el pelotón... Qué duro... Sos mi compañero de infancia...

—Querés que te diga una cosa... —titubeó la voz de Andrés Medina, martajada en su pecho por las palpitations; no se esperó a que aquél lo autorizara, debía decírselo, gritárselo allí mismo...—. Querés que te diga una cosa —repitió—, achále no más, hermano, si te toca mandar el pelotón que me fusile, porque yo no te fusilé a vos...

—¿A mí?

—Cuando llevabas los papeles que se descubrieron en poder del barbero.

—Por eso te desapareciste del velorio...

—Salí corriendo en busca de un rifle y otro compañero se vino conmigo, resueltos a que esos papeles no llegaran a la Comandancia... —se le ahogó la voz—, ¡perdóname!

—¿Y por eso me ibas a matar?

—En otra forma, ¿cómo quitarte esos papeles?

—Sí, sólo muerto...

—Y no estarías hablando aquí conmigo —se le acercó a palparlo afectuosamente, a magullarle los brazos como formándolo de nuevo, con ternura áspera de hombre que se siente volver de una larga pesadilla—, no estarías hablando aquí conmigo, si pasás solo por donde te esperábamos, pero tu buena estrella, hermano, te salvó la compañía del capitán Salomé y su escolta de trasnochadores.

—¡Mi buena estrella o la cobardía de dos valientes!

—¿Cobardía?... ¡está bien! Nosotros no estábamos allí emboscados, atalayándote, por valor o por miedo, sino para realizar un golpe necesario a nuestros planes. ¿Qué nos hubiéramos sacado con matarte, yendo la escolta? ¿Nos habríamos podido apropiarnos de los papeles que tú habrías entregado, aún herido de muerte, al otro

oficial? Cuando a ti te toca fusilar a alguien, ¿eres cobarde o valiente...? Ninguna de las dos cosas...

—¿Te pesa, Andrei?

Andrés Medina tenía la cabeza botada sobre el pecho, como si le pesara.

—En aquel momento me pesó, sí, me pesó, te debo ser franco, pero ahora no me lo perdonaría...

—¿Por qué no te lo perdonarías?

—Vos debés de saberlo...

—¿Y vos tal vez ignorás por qué no te lo perdonarías?

—Vos debés de saberlo...

—Y vos tal vez ignorás por qué lo hice, por qué traicioné la confianza depositada en mí. En esos papeles iba el nombre de..., vos sabés quién, de Rosa Gavidia, escrito en un sobre. No sé ni a qué horas me lo apropié y escondí en la guerrera, apretándolo contra mi corazón que en aquellos momentos me dominaba. Luego, rápidamente, barajé todos los papeles con las manos y los ojos no me alcanzaban, buscando si figuraba su nombre en otra parte...

—Nos hiciste un gran servicio...

—Andrei, ¿por quién juran ustedes los comunistas?

—Ya te dije que no soy comunista...

—Poco te falta. Eso de poder matar a una persona que no nos ha hecho nada...

—¡Y ustedes, cuando los mandan a fusilar a alguien, qué es lo que hacen!, ¡y no son comunistas!

—¡Juráme, Andrei, que no vas a decir nunca nada de lo que estamos hablando!

—Si mi palabra te basta...

—Por cierto conducto traté de hacer saber a Rosa Gavidia que se escondiera, que se enterrara, que se desapareciera, porque la buscarían viva o muerta. Entre los papeles que no logré revisar, ya te contaba que eran muchos, pudo haber quedado su nombre, y más tardarían en leerlo que en capturarla. Pero no sé si ese aviso le llegó a tiempo, y vos me lo podés averiguar...

—No sé cómo, pero te lo prometo y al tener noticia nos juntamos...

—Andrei, no tendré paz hasta que no sepa que a ella no le ha pasado nada, que no fue inútil que yo, con peligro de mi vida, escondiera esos papeles...

Los de las pandillas emprendieron el regreso al empezar la noche. Callados por haberse distanciado en rivalidades tontas del manejo del machete, de la puntería con la honda, y por ir cruzando una nube de zancudos, mosquitos, jejenes que al que hablaba se le metían en la boca, hasta el galillo y tenía que escupirlos como borra o chingaste de café. Se empujaban unos a otros, a lo mudo, se lanzaban pedruscos, se echaban cangrejos pequeños en los bolsillos o se deslizaban ranas heladas o insectos cascarudos entre la camisa. Pero lo que acabó por enemistarlos fue algo que dijo Lincoln Suárez.

—¡Antes de contar charadas aprendé tu nombre... —le gritó *Pichugallo* Lucero

en son de broma—, no te vaya a pasar aquí, cuando se declare la huelga...

—¡Ya mero! —interrumpió alguien, no se supo de qué pandilla, tropezó y se quedó atrás, ni se supo si lo había dicho en el sentido de que la huelga era inminente o era algo que no verán los ojos de *Pichugallo*.

—¡Bueno jo... venes, aunque no se declare la huelga —siguió *Pichugallo*—, lo que no quiero es que a *Federico* —todos soltaron la carcajada, algunos sabían por qué le llamaba *Federico* a Lincoln

Suárez, otros creyendo que lo decía por feo—, lo que no quiero es que a *Federico* le vaya a pasar aquí lo que le pasó en Bananera...

—¿Y qué le pasó a Lico?... —oyóse preguntar entre risas contenidas a un muchacho de poca estatura, cabezón, que marchaba adelante, las manos en los bolsillos, en la cara el pelo negro y fino, como el viento de la noche.

—¡Que se los cuente él! —se hizo el desentendido *Pichugallo* sin dejar de codear a los que marchaban a su lado, instándolos a seguir la broma.

—¡Sí, sí, que lo cuente..., que lo cuente!... —se alzaron varias voces del grupo que seguía a Bobby, no porque no lo supieran, sino por chotear a Lincoln Suárez—. ¡Que cuente, que cuente *Federico* qué le pasó en Bananera!

—¡Lico, contá!... —se oyó una voz desperdigada.

—Si no cuenta él, cuento yo... —dijo *Pichugallo*.

—¡Lico, contá!... —insistió la misma voz en tono sarcástico.

—¡Contá —siguió *Pichugallo*—, contá, Lico, que no te abrían la puerta por más que decías Abran... Abran... Abran Lincoln Suárez!

Gritos... Carcajadas...

—Pero al fin abrieron... —se alzó una voz que más era risa...

—Sí. Cuando le entendieron el nombre, abrió una viejita que le dijo: pase, don Lico...

—Ja, ja, ja!... —echaron a reír todos—. ¡Don Lico! ¡Don Lico!... Ja! Ja!... ¡No nos había dicho que se llamaba *Federico*!

Pero la risa se les enfrió en los dientes ahora que asomaban a sus labios, descarnados como costillares de una cólera blanca, animal, infantil a pesar de las penumbrosas amenazas del bozo que en algunos de ellos ya era bigotito palpable.

Lincoln Suárez, sin importarle risas ni burlas, insistió:

—¡No es charada! ¡Es verdad! En las plantaciones todos están alebrestados, gerentes, superintendentes, administradores, mandadores, caporales, con el rumor de la llegada a Tiquisate de uno de los cabecillas de la huelga general, un tal Tabío San. ¡Ahora sí que se va a fregar la cosa!...

En la oscuridad, sin verse las caras, se miraban mejor a través de lo que... hablaban. Sus palabras reproducían en sonidos sus rostros y sus cuerpos transparentes hacia adentro y hacia afuera en clara relación de gesto, pensamiento, además y sentimiento con la porosa sonoridad de la noche candente, constelada de sudor de oro, entre el mar lejano, incansable reventar de las olas y el silencio tejido por arañas

que succionaban al eco hasta la última gota de ruido, sin agotar la música del universo.

Mejor que en sus caras cubiertas de lombrices de sudor, se pintó en las voces y respuestas de los de Bobby, la furia de sus familias contra los huelguistas, a quienes había que colgar...

—¿Han visto en el cine? —se oyó la voz de Bobby, como reflejo de su cabeza rubia en un claro del follaje—. ¿Han visto en el cine cómo los cuerpos de los que mueren ametrallados parecen colgar del humo? ¡Eso hay que hacer con los huelguistas..., *teque, teque, teque, teque...* colgarlos del humo de las ametralladoras..., *teque, teque, teque, teque...*, como en el cine... *Teque, teque, teque, teque...*

Los que seguían a Bobby, niños de familias que respiraban por los pulmones verdes de sus plantaciones y sus dólares, sentían materializarse el tableteo de las ametralladoras, manejadas por ellos..., *teque, teque, teque, teque, teque...*, frente a los huelguistas que caían colgados del humo..., *teque, teque, teque, teque, teque, teque...*

Lincoln Suárez y los suyos respiraban por los pulmones artificiales, pero jugosos, de los sueldos de sus padres, altos empleados en la compañía, y aunque drásticos opinaban que antes de colgar a los huelguistas del humo de las ametralladoras, había que oírlos, saber qué era lo que pedían y fusilarlos conforme a la ley, en caso de no ser sólo huelguistas, sino algo así como comunistas...

Tras mucho discutir, qué atropello en las palabras, qué belicosidad en los gestos, qué enfado en los ademanes, los de Bobby aceptaron que se oyera a los huelguistas, siempre que se tratara de pedigüños y no de huelguistas, pedigüños a los que se les podía regalar más sueldo, siempre que trabajaran más y mejor.

Los de Lincoln Suárez aclararon que no se trataba de pedigüños, ni de regalar sueldo, ni de aumentar la jornada de trabajo. Por el contrario, lo que los huelguistas reclamaban era más jornal por menos tiempo de faena...

—¡Empezando por eso —recalaron agresivos los de los machetes—, porque, además, los huelguistas exigen!

Pichugallo Lucero se le apareó a Bobby, lo codeó y le dijo muy bajo:

—¡Montémosles verga! ¿Qué es eso de exigen?...

—Al llegar a la luz eléctrica —le contestó Bobby entre dientes.

—Porque, además, los huelguistas exigen... —quedó en los oídos de los millonarios lo dicho por la palomilla de los de Lincoln Suárez.

¡Exigen! ¡Exigen! ¡Exigen! ¡Exigen! ¡Exigen!

Teque, teque, teque, teque..., ¡*exigen!*... ¡*exigen!*..., *teque, teque, teque, teque...*, ¡*exigen!*..., *teque, teque, teque...*, ¡*exi...* *teque, teque, teque!* ¡*ex...!*, ¡*ex...!*, *teque, teque, teque, teque, teque, teque...* nada... no exigían nada ya colgados del humo de las ametralladoras...

—¡Montémosle verga a estos babosos! —insistió *Pichugallo* ya casi en voz alta.

El *Gringo* no le contestó, pero sus ojos azules, perseguidos por los dos ojos negros de *Pichugallo*, planearon en vuelo bajo sobre las hojas de los machetes que a la luz de la luna brillaban en las manos de los de Lincoln Suárez, al ir abriendo camino en el monte oscuro, como relámpagos de plata.

La luz eléctrica les devolvió las caras y apagó las palabras. Bobby adelantóse a lo macho hacia Lincoln Suárez y plantándosele enfrente a medio paso, muy cerca, le espetó golpeado:

—¿Qué es lo que exigen los huelguistas?... —ya lista su famosa zurda dispuesto a sentarlo de un golpe en la mandíbula.

Lincoln Suárez echó pie atrás para darle lugar al machete que trajo hacia adelante y que de punta apoyó en el suelo.

—¿Qué es lo que exigen? —repitió el *Gringo* con las palabras más golpeadas.

—Entre otras cosas —semblanteó Lincoln Suárez a su rival, apoyado en el machete, quieto, dueño del lugar en que estaba parado a plomo de los hombros a los pies—, entre otras cosas exigen que en las plantaciones se hable español y no inglés, que corra la moneda del país y no el dólar, que para eso valen lo mismo, y que se enarbole la bandera nacional y no el pabellón yanqui...

—¡Esas son babosadas! —le escupió en la cara el *Gringo*.

—¡Para vos son babosadas! —levantó el machete Lincoln Suárez, sin retroceder y se lo puso al hombro—, porque vos no sos de aquí ni de allá y... por algo te tienen escondido aquí en las plantaciones!... ¡Contá!... ¡No te quedés callado!...

—¿Por no ir a la guerra decís?... ¡Bestia, no sabés mi edad!

—¡Todo se sabe, estás escondido aquí porque tenés miedo a que te maten en un bombardeo!

—¿Miedo, yo?

Los ojos desorbitados del *Gringo* brillaban como dos llamas azules en un lago de palidez de aceite.

—¡Deja el machete y verás si soy hombre! —gritó rabioso.

Lincoln Suárez, sobre la frente estrecha el pelo parado como cola de gallo, arrojó la hoja filosa al campo de su pandilla, dio un salto atrás y se puso en guardia...

Una ráfaga de ametralladora los paralizó... *teque, teque, teque, te~ que...* Algunos se tiraron al suelo. Otros hasta su casa... *teque, teque, teque...* Ahora era verdad, el tableteo de las ametralladoras era verdad... *teque, teque, teque, teque, teque, teque...*

XXXIII

Las luces verdes daban vía libre al ir y venir de la máquina que llegaba y traía arrastrados los furgones de carga. A veces la locomotora estaba de frente y entonces se contentaba con dar un pechazo, un tentón, a la fila de vagones vacíos o cargados que debía mover, Más ligero los vacíos, más despacio los cargados, después del golpe de la locomotora, por inercia, se desparramaban en las vías, yendo unos hacia un lado, otros hacia otro, y quedando sólo unos cuantos en el tren de carga que estaba formado y que debía partir a primera hora.

De desvío en desvío, entre el balanceo de luces rojas, hamaqueadas en las manos de los encargados de dirigir al maquinista en estas operaciones de patio, un grupo de tres furgones fue rodando solo hasta una trocha arrinconada entre matorrales y charcas de agua cegadas con petróleo crudo. Y allí se quedó como olvidado de las luces que seguían balanceándose.

Palmeras y cicales. El alto y apretado mundo de las estrellas. El calor parásito viviendo del sudor humano, pegado al cuerpo, unido al cuerpo, suprimiendo al ser vivo, sustituyéndolo por una masa amorfa, sin voluntad, una como esponja de mundos invisibles que busca el fresco de la noche, para soñar con un clima mejor, más llevadero, menos ahogante.

Así pensaba Florindo Key perdido en el oleaje de los sapos que hinchaban la vegetación húmeda, lechosa, postrada, de árboles que no levantaban cabeza, cargados de familia de ramas y matochos.

Al detenerse los tres furgones en el desvío enmontado, asomó Paulino Vélez. Un hombre cachaciento, porronudo, con un colmillo de oro que le brillaba en la boca negra de mascar tabaco, como una luciérnaga, cada vez que su mano subía en hamaca el farol de señales.

—Ya está allí —acercóse a decir a Key—, pero vamos a esperar...

—¿Quiere echar humo? —le ofreció Florindo un cigarrillo...

—No, gracias. Ya usted sabe que para mí, el tabaco no es humo, sino saliva... — y cambiando de tono, añadió—. Anoche como que se estuvieron dando gusto. No sé si oyó las ametralladoras. Diz que probándolas o mostrándoles el manejo a los de aquí que no muy le saben el manipuleo.

—Eso, quién lo va a creer...

—Eso digo yo...

—Lo hacen por meterle miedo a la gente —añadió Key—, ya tan luego de noche iban a andar dando instrucción de manejo de armas. Regar el pánico es lo que quieren.

—Regar el pánico dice usted, ya ni que fuera el sulfato que se riega sobre los bananales para matar las plagas; pero tal y como andan las cosas, simulacros como el de anoche lo único que hacen es enardecer a la gente. Y por fortuna, diga, que la luna no trae agua. Eso nos favorece, visto que aquí, cuando llueve, la gente desanda

mucho y no sirve para nada si se le moja el ánimo. ¿Qué horas tiene en su reloj?... Estoy haciéndole tiempo a los muchachos, pues quieren verlo y hablar con él. Hay que saber a qué atenerse. Corren tantos rumores, tantas noticias. Parece ser que en la capital los estudiantes se le pararon a la policía.

—Lo que no conviene es perder tiempo, hay más ojos ocultos que estrellas visibles, y si los que vienen a hablar con él son muchos, qué duda cabe que es una imprudencia...

—Vamos a sacarlo entonces —encaminóse Paulino hacia el último de los tres furgones que orillaron en aquel escondido ramal—, después le explicaré yo a la gente que hubo que ahuecar rápido.

—Y también porque el compañero se debe estar asando vivo —dijo Key siguiendo de cerca a Vélez, hombre que, además de ser bajo de cuerpo, tenía la cabeza muy pegada a los hombros, por falta de cuello, todo lo que para él se remediaba con sus brazos largos, largos—. No hay derecho a tenerlo allí encerrado, si en nuestra mano está sacarlo —siguió Key detrás de Vélez, entre chiriviscos y alambres de púa que el viento iracundo arrancó de las cercas—. ¡Y lo que estará imaginando, ya me lo figuro lo menos, que se descubrió todo y que tendrá que seguir en el mismo furgón hacia la frontera mexicana y expatriarse!

Se deslizó la puerta del vagón de carga empujada por Paulino, después de hacer saltar el marchamo, abrir candado y correr cadenas. La noche entera parecía callar con ellos, callar, quedarse oyendo si no venían, si esos ruidos como de pasos eran los golpecitos de las gotas del relente al andar entre las hojas. Nadie. El bufar de la locomotora que continuaba en su ir y venir, como la cabeza de una culebra de fuego que fuera y volviera recogiendo sus pedazos, formando de nuevo su cuerpo, para arrastrarlo después. Y el contraste de grillos de agudísimo chirrido con el croar de los sapos.

Florindo asomó al vano abierto sobre la oscuridad interior del furgón y dijo:

—¡Chos, chos, moyón con!

—¡Key!... —se oyó desde adentro la voz de Tabío San y sus pasos titubeantes en la oscuridad.

—¡Octavio Sansur!... —le dijo todo su nombre Florindo al abrazarlo.

—¡Y ve quién le anda aquí... —cortó Tabío San—, Paulino Vélez, siempre con el saco vuelto al revés y echado sobre los hombros!

—¡Ya sabe, compañero —le contestó Vélez, repantigándose al estrecharle la mano—, que el saco al revés es mi bandera!

—¿Y qué tal viaje? —preguntó Key; su voz se confundió con la de San:

—Muchachos, lo que tengo es sed. Se me acabó el agua hace rato y pasé unas penas con el calor que hacía y el tren que no llegaba...

—¡Y agua es lo que no hay —exclamó Paulino desolado—, porque lo que yo traía era un tra... bajo.

—¡Pues vénganos en tu reino! ¿verdad Florindo?, con tal que sea líquido! —

aceptó San y ya fue tirándose de un salto desde el furgón a recibir el favor de la botella, feliz de verse libre de aquel encierro de horas interminables desde la Capital a Tiquisate. De nada le sirvió dormirse, acortar el viaje con su sueño, pues mientras dormía, aquella procesión de furgones estuvo parada en un desvío, hasta que pasó lo que sin duda era un tren de pasajeros.

—Lo peor —explicó Tabío San, sudando—, es que viajé entre planchas de vidrio puestas así al desnudo en bastidores de madera, lo que no hacía sino aumentar mi sed, pues ratos me parecían enormes témpanos de hielo allí encerrados conmigo, y ratos superficies de pozas de agua en las que llegué a ver ondulaciones, burbujas...

—¿Y Malena? —apresuróse a preguntar Florindo, mientras Paulino cerraba el furgón.

—En la capital escondida —le informó San—, logró escaparse y...

—Ya habrá tiempo para que me cuentes —Florindo conservaba el «tu» de su clase—, basta saber que se escapó...

—Se les fue de las manos...

—A sus órdenes —se acercó a decir Paulino, luego dirigiéndose a Key—: Creo que lo que conviene es que yo me adelante y eche a andar el motor, así arrancamos al no más subirse ustedes...

—Me parece que es una buena idea —le respondió Florindo, dándole las llaves del furgoncito de repartir medicinas, los específicos que él vendía a las farmacias de la zona—, pero hay que arrancarlo, sin darle mucho gas para que no haga escándalo; un estartazo suave y poquita gasolina...

—Y antes de que se me olvide —se detuvo Paulino—, dicen que el compañero —dirigiéndose a Tabío San— la pasaba en la capital de cenicero y no lo desmiente, de cuando yo lo conocía ahora se le ha blanqueado el cabello como si se le hubiera pegado la ceniza al pelo de las sienes.

—Ya estamos viejos, pero no nos pesa, si hemos de ver realizadas las cosas con que soñamos...

—Aquí va todo —dijo Key al sentarse y arrancar la pequeña camioneta manejada por Paulino, entre los dos ellos sentaron a Tabío San—, medicinas, armas, comida, bebidas y los últimos volantes que nos mandaron y teníamos escondidos en el techo de la iglesia. Pauli no fue el encargado de bajarlos...

—Sí, los bajé anoche —contestó Paulino, mientras *modelaba* la ruta con el timón, como él decía— y el texto de las tres hojas está muy bueno, pero el que más me gustó a mí es el que se titula: «Libertad con pan».

Se escuchaba el hervor del caldo de frijol negro, borbollante, en que se cocía la costa, más inmensa en la noche.

—¿Dónde planearon el mitin? —preguntó San.

—El primero en el «Arenal de los Gambusos» —contestó Key—, porque pensamos hacer varios...

—«Arenal del Gambuso» —rectificó Paulino, modelando siempre la ruta con el

timón—. No puede ser que por el capricho de unos tontos se cambie el nombre a lo que así se llamó siempre por estar cerca de la Cueva del Gambusino, donde, según dícereis, se hubieran podido salvar aquellos gringos millonarios que se llevó el viento fuerte; si se quedan allí se salvan.

—Son los jaladores de fruta —explicó Florindo, molesto con Paulino que metía y metía su cuchara, interviniendo en lo que no le importaba—, los que exigen que se le denomine así, fue allí donde prepararon su primer paro, y ellos mismos se llaman «Gambusos».

—¡Lindo nombre para una sociedad secreta! —exclamó Tabío San; luego dijo—: Ahora que hablaban de jaladores de fruta, en qué paró Juambo, ¿se acuerdan?, aquel mulato cabeza dura que yo me jugué entero para que bajara a la costa, seguro de que nos iba a ser muy útil y de nada nos sirvió.

—Se ha vuelto medio loco —adelantóse a contestar Paulino, a quien Key en su ira por no poderlo callar, miraba como un monstruo sentado frente al timón sin cuerpo, con sólo la cabeza grande y dos brazos larguísimos, velludos, interminables.

—Lo que yo les preguntaba es si llegó a trabajar de jalador, ya era muy viejo para eso.

—Sí, y no hizo mal papel cuando lo del paro —respondió Florindo—; después se ha quedado por ahí. Reparte su tiempo entre la madre centenaria y el padre al que desentierra y entierra para ver cómo tiene los ojos. Tomó en serio lo de los ojos de los enterrados...

—No hizo mal papel y le desconfiaban... —pujó Paulino al decir así.

—Puse todo lo que estuvo de mi parte —siguió Florindo— por inducirlo a que entrara, según nuestros planes, a la oficina de la gerencia, lo que hubiera sido sumamente fácil, dado que aquí anda de temporada, donde los millonarios Lucero, Bobby Thompson, el nieto del Presidente de la compañía. ¿Qué mejor recomendación? ¿Qué mejor cuña?

—¡Eso sí, qué mejor cuña! —terció Paulino—, con decirle, compañero, que un día, muy recién llegado, Bobby se metió a caballo hasta la oficina del Gerente...

—¿Y qué hace aquí ese muchacho? —indagó San, fijos los ojos en la franja oscura del camino que devoraban las ruedas del vehículo a regular velocidad.

—Primero dijeron que estaba de temporada —dijo Key, quien, casi sin tomar aliento, siguió hablando para que Paulino Vélez no le quitara la palabra— después se ha ido quedando...

—¿Y no se sabe qué pito toca? —alcanzó Paulino a exclamar.

—Parece ser —continuó Florindo— que entre la madre y el abuelo del muchacho hubo un gran altercado en Chicago. La madre, temerosa de que los alemanes bombardeen Chicago, no quiso que su hijo se quedara allí con ellos, y lo remitió a las plantaciones. En eso tiene razón. Aquí está más seguro. Será tal vez lo último que bombardeen los alemanes o los japoneses. Pero el viejo, que está moribundo con el cáncer de garganta, cree que su nieto corre aquí más peligro que allá, por lo de las

huelgas. ¡Chochera de hombre, quién se va a estar metiendo con ese muchacho!

—¡Nada de chochera! —resolvióse San en el asiento al decir así—. Como buen gángster pensará que lo vamos a raptar y a pedirle como rescate, las mejoras que exigimos.

—Sería una idea —dijo Paulino.

—Una idea yanqui —le cortó San en seco, al detenerse la pequeña camioneta.

San seguiría a pie con Florindo, y Paulino se volvería con el vehículo a guardarlo en el garaje.

Se despidieron. Paulino sacó la inmensa cabeza y el brazo larguísimo, al final tenía una mano pequeña para estrechar la de Tabío, e insistió en lo que le había dicho en la estación, de la ceniza de las sienes. Ya estaba viejo, el cuerpo siempre endeble, de operario que sólo excepcionalmente tuvo que hacer trabajos duros, los ojos pegados a la nariz, afectuosos y encendidos, algunos pliegues en los labios y en la frente.

Todo, al perderse el eco del motor y la luz de los faros, quedó oscuro y en silencio. Hubo que rehabilitar los ojos y los oídos a la ceniza fosforescente de las estrellas, brasas colgadas de la inmensa hornilla, y a los ruidos de la noche.

A los primeros pasos, los primeros manotazos. El ataque del veneno alado audible en el zumbido, pugnaz, imposible de repeler. Se los comían vivos los zancudos. Apurar la marcha. Igual. Desentenderse, mejor. Tantos eran que por momentos, en lugar de espantárselos, se los despegaban como «costras», adheridos al sudor, chispas del trópico, pensó Key, mientras San explicaba:

—Malena pudo escapar por el aviso de Rámila que llegó muy a tiempo, pero estuvo en un tris que la pescaran. No se encontraba en la escuela cuando llegaron por ella. Esa fue su suerte. Había ido a una escuelita de cerámica que fundó cerca de Cerropom. Y ya no regresó. Pero no registraron; saquearon no sólo las cosas, no sólo sus cosas, sino la escuela. A falta de golpear al personal. Se trajeron a la capital en carro celular al Director de la Escuela de Varones, al Director de la Escuela de Cerámica, un viejo magnífico, Popoluca, Indalecio Popoluca, y a una profesorcita de apellido... de apellido... Ana María... Ana María qué es esta niña...

—Aquí —dijo Key— capturaron ayer al profesor Juventino Rodríguez por el delito de vagancia, pero lo que tememos es que alguien lo haya denunciado por sus actividades en favor de la huelga.

—¡Bueno, esto de los maestros alzados, es algo nunca visto! —exclamó Tabío—. Ha sido siempre el gremio más sufrido. Porque los estudiantes se explica, siempre fueron, por el contrario los de la chispa rebelde. ¡Pero los maestros!...

Callaron. Hasta en los dientes sentían el destiempo de los chiquirines que en chorros chirreantes les entraban por los oídos; y en los párpados colgados de sueño, calor y cansancio, les pesaba el abodocado deletrear de las mismas letras por los mismos sapos... *ae... ae... ao... ao... ae... ao...*

Oíanse tan claros y distintos los sonidos de las vocales y sus variaciones que

ambos pensaron en el santo y seña de una inmensa conjura de los batracios contra las estrellas.

Y pensaron más: ¿qué eran ellos, sino sapos asomados a las charcas de la miseria, modulando ante la constelación frutera, el *chos, chos, moyon con* de los mulatos?

Esa misma noche, muy al comienzo de la noche, repetía Juambo aquellos sonidos, invisible, acurrucado, soterrado...

No se supo. ¿Eran cocuyos?... ¿Eran luciérnagas?...

Eran luces que subieron por aquel andamio adosado a la iglesia y que a manera de gusanos luminosos anduvieron en lo alto, bajo los maderámenes del techo, alumbrando aquí y allá y que al no encontrar lo que buscaban, descendieron a saltos parpadeantes.

—¿Sabes una cosa? —dijo *Pichugallo* Lucero, al estar todos en tierra, perplejos, con las linternas eléctricas apagadas— ¿sabes a dónde creo yo que se llevaron a esconder esos paquetes? Al cementerio...

Soltó una carcajada ruidosa la pandilla, y uno de todos gritó:

—¿A repartirlos entre los muertos, vos *Pichugallo*?... ja, ja, ja... cada muerto con su hoja suelta en las manos leyendo: «¡Huelga general!», «¡Huelga Justa!», qué más decían...

—«¡Libertad con pan!» —le apuntó otro el otro título de los tres que sellaban los paquetes de hojas sueltas que un día antes, por la mañana, descubrieron ocultos en los altos de la iglesia.

Boby ni parpadeó:

—Al cementerio —dijo, era una inspiración y una aventura y ya en marcha preguntó—: ¿Está cerca?... ¿No está lejos?... ¿Quién conoce?...

—Yo sé por dónde ir, sin pasar por el pueblo, pero hay que saltar plebe de cercos...

—¡Adelante, boys! —ordenó el *Gringo*.

Saltaban unos, otros metíanse bajo los hilos de alambre espigado de las cercas, a rastras, de rodillas y codos, todos al asalto del cementerio en el que ya estaban, entre papayales cargados, diosas de muchos senos, palmeras de sonido metálico en el viento. Nada indicaba que aquel lugar fuera el cementerio, salvo las cruces, cuando se veían, no por la oscuridad, por todos lados cruzábanse los haces de los faros eléctricos que llevaban en las manos los de la palomilla, sino por la vegetación rabiosa que las ocultaba, que se tragaba cruz y muerto.

Los insectos y las sabandijas enloquecían por los luzazos de los invasores; despertaban las lechuzas, aves de corral de los muertos; los haces eléctricos agujereaban en todas direcciones las tumbas sumergidas en la hierba. Y el grupo juvenil quedaba de repente paralizado alrededor de una fosa en la que escuchábanse ruidos y voces.

Boby, por su estatura, su capacidad de alargarse y estirar el pescuezo, dominó desde lo alto lo que ocurría al fondo saeteado por las luces —allí, allí, allí, pensaron

todos están escondiendo los volantes—, y contempló a alguien que enterraba el cuerpo de una persona, más huesos que carne, piel de cáscara de fruta, restos de pelo en la cabeza, y los dientes fuera de la boca sin labios.

El *Gringo* retrocedió más pálido que el muerto, sin poder hablar, bañado en agua fría, sudor helado sobre el sudor caliente, y huye despavorido si no se da cuenta que el que manipulaba el cadáver, no se sabía si enterrándolo o desenterrándolo, era Juambo.

El mulato, perseguido por las luces de las linternas, acorralado en el reducto de la fosa, se quedó quieto al reconocer, entre las caras que dejaban caer sobre él una lluvia de ojos alucinados, al nieto de su patrón.

Pichugallo, que estaba a la par de Bobby, le preguntó qué hacía, por qué profanaba aquellos restos humanos.

—¡Hablo con muertos! ¡Padre habla conmigo!

—¡Salvaje! —le gritó Bobby horrorizado.

—¡Padre no dejarme a mí perdido en el monte, no! ¡Yo preguntarle aquí y él contestarme que no! ¡Padre regalarme con abuelo de Bobby, eso sí, no dejarme perdido en el monte para que me comiera el tigre, eso no!... ¿Qué quién me dijo eso?... —oía voces y seguía hablando—, abuelo Bobby me lo dijo una vez, dos veces, tres veces, cien veces, mil veces... (Se lo diría jugando...). ¿Me lo diría jugando?... ¡Padre, no, padre no me dejó en el monte para que me comiera el tigre! Y yo, desenterrarlo, hablar con él, pedirle perdón, cerrarle los ojos, sus ojos de enterrado con los ojos abiertos, como todos los pobres que mueren y aún después de muertos esperan... esperan... yo desenterrarlo y pedirle perdón, por mí, por el tigre que no me comió, por la Anastasia que lo abandonó... (Y sacudía el cadáver.) ¡Perdón, padre, perdón, porque te maldije, porque escupí de asco cada vez que escuché tu nombre! ¡Soy tu sangre y seré tus huesos! ¡Auuuuu... auuuuu... auuu... —aullaba— auuuuu... auu... auuu!

Y, mientras aullaba, fue deslizándose el cadáver en un agujero, cuidadosamente, para evitar que se golpeará al caer. Sin embargo, qué duro pegó en el fondo. Se oyó el trueno de los huesos en el espacio ciego de la muerte. Al desaparecer, se acurrucó en silencio, susurrando para sus oídos: *¡chos, chos, moyon con!... ¡chos, chos, moyon con!*, tan bajito que no alcanzaba a oírse lo que decía.

Aquéllos creyeron que rezaba. Más tarde intentaron apedrearle.

Pero Bobby no sólo se opuso, sino que saltó al lugar en que el mulato, sin dejar de repetir su queja, fue golpeado por las primeras piedras en los brazos y los lomos. En la humedad pegajosa de la tierra cavada por Juambo, tierra caliente que soltaba humo de vaho hediondo a cocimiento de hierbas, entre raíces recién arrancadas y troncos de árboles viejos destrozados, Bobby tropezó con otros cadáveres.

—¡No me saquen de aquí! —protestaba el mulato— ¡Entiérrenme! ¡Entiérrenme! ¡Bobby, no! ¡No me saque Bobby!...

La pandilla escapó aterrorizada, cada quien por su lado y después todos juntos, al

darse cuenta que Bobby sacaba a la fuerza a un loco que se creía muerto y que le pedía que lo dejara allí enterrado...

Pichugallo, el más fiel, titubeó, pero no pudo, más fuerte que él fue el miedo de sus piernas.

Y hasta su casa, hasta «Semirames». Se metió en la cama, bajo la sábana, temblando de pies a cabeza, sacudiéndose de pensar que el *Gringo* dormía allí con él, en esa cama que ahora estaba vacía, y que de un momento a otro entraría, llegaría acompañado por... por... por... no se atrevía a decir por el loco que jugaba con un muerto...

Cuando Bobby llegó, *Pichugallo* dormía, empapado en sudor, desnudo sobre el catre, la sábana que lo cubría por tierra igual que un perro blanco, en esa forma quedó la sábana al caer al piso, un perro fiel, vigilante con una oreja doblada y el hocico tendido sobre las patas, largo a largo.

Despertó a *Pichugallo* y le dijo:

—¡Se acabó la pandilla! ¡Me abandonaron, partida de miedosos! ¡Mañana les decís a todos que se acabó la pandilla!

Pichugallo no contestó. Con los ojos apenas abiertos comprendió que Bobby tenía razón y se volvió a quedar dormido.

El salmodiar de los sapos ae... ae... ao... áe..., más que santo y seña de batracios, como creyeron oír Tabío San y Florindo Key, al descender del vehículo que los dejó en pleno campo, era un contar con sonidos el paso del tiempo, un transformar el fluir del agua, tan semejante a la vida que se va, en vocalizaciones rítmicas de reloj... ae... ae... ao... ao... ae...

—Después de todo —dijo Key—, no tuvimos necesidad de Juambo en las oficinas. Un alto empleado con acceso a la gerencia, a la superintendencia, a todos lados, nos ha suministrado informaciones muy buenas.

—¿Es del país? —indagó San.

—Sí, de la capital —contestó Florindo—, uno de esos capitalinos desterrados del círculo de sus amigos, de su club, a los que sólo les quedan el apellido, el inglés, algunas nociones de contabilidad y las cuñas, además de la buena letra y la conversación amodorrada. Al principio yo le tenía una desconfianza bárbara. Me contó que nos habíamos conocido en la capital, donde las francesas. No era una recomendación que digamos. Me explicó que él no iba de juerga, sino por aquello de no olvidar el francés. También yo iba por hacer práctica de francés, le contesté, de cínico a cínico. Luego, hablando, hablando empezó a quejarse de la Compañía. No le di importancia. Es lo que hacen todos los empleados del país y no sé si los yanquis desde el más encumbrado hasta el último: quejarse de la Compañía en confianza, entre amigos, sólo para usted, pero usted no lo repita...

—¡Bandoleros!

—Pero éste no se quedó sólo en las quejas. Un día de primas a primeras, resultó hablándome de la huelga, comentando que los que la planeaban se conformarían con

lo que normalmente se reclama en un movimiento de éstos, cuando había que ir más allá y obligar a la Compañía a entrar por el aro. Un provocador, me dije, y me hice el que no entendía ni me interesaba su charla. Me visitaba a menudo porque era coleccionista de... qué crees tú...

—De preservativos...

—Por lo de las francesas, ja, ja... —soltó a reír Key—, pues le anduviste cerca. Coleccionaba envases de medicamentos.

—¿Llenos o vacíos?

—No sé, pero me arrebató con hambre de maniático, las muestras de envases caprichosos, los tubos de píldoras que parecían gotas de sangre...

—¿Y cuáles eran las ideas de ese taranvaina sobre la huelga? —planteó San.

—Las nuestras...

—¡Puchis!

—Buen cuidado tuve de callarme, por supuesto...

—Un espía más que un provocador...

—Eso creí. Hasta el último momento creía que era un espía. Pero déjeme, voy a orientarme, no sea que por ir hablando nos perdamos.

Levantó la cabeza al cielo estrellado, caluroso. De la tierra también se sentía subir el vaho quemante. La atmósfera de la noche oprimía por su fuerte aroma de flores candentes y el aceitoso olor de bananas maduras.

—Sigamos, vamos bien —dijo Key y reanudó la marcha y el palique—: El documento me comprobó que nos ayudaba de buena fe. Tú lo tuviste en la mano. Más tardó él en dármelo, que yo en comunicártelo.

—¿El te lo confió?

—Muy valioso, ¿no te parece?

—Desde luego que sí, sobre todo en estos momentos, porque aunque no es la opinión del Departamento de Estado, nos permitió conocer el modo de pensar del Presidente Roosevelt, el cual, a mi juicio, y con perdón sea dicho, habló de este asunto, sin conocimiento de causa.

Y ante el silencio y gesto de sorpresa de Key aquél continuó:

—Hay en todo esto, mi querido Florindo, un equívoco que nos favorece y que nosotros podemos aprovechar. Al referirse el Presidente Roosevelt a nuestra huelga, juzgó con el criterio de un estadista en cuyo país la huelga es un derecho, no un delito, como entre nosotros. Y eso poniéndonos en el caso de que lo nuestro —separó palabra por palabra— fuera-sólo-una-huelga. Pero es el diluvio. ¡Vamos a sumergir al país, no sólo a la compañía, en un mar de reformas sociales, bajo aguaceros de leyes de trabajo! ¡Vamos a liberar nuestra economía!... —San se detuvo a estornudar.

—¡Salud!

—¡Gracias!

—Y lo que no sé si sabes —siguió Key— es que la Compañía hizo la consulta a Washington por una sugerencia-ultimatum de nuestro gobierno con el manido pretexto

de que la huelga debilitaría el frente aliado. Pues si es así, contestaron de Washington, hay que negociar con los trabajadores. Y cómo van a negociar los de la Compañía, si la *fiera* presidencial sabe que el más mínimo desliz en este terreno es su derrumbe y, por otra parte, cómo van a deshacer el movimiento a sangre y fuego, si la palabra de Washington es negociar...

—Eso prueba que la dictadura y la Compañía, que los trusts y las tiranías para hacerlo más amplio, son inseparables, y si el plagio fuera permitido podría decirse que así como la nube lleva en su seno la tempestad, la frutera lleva la dictadura.

Se detuvo el cabecilla, cambió el tono de la voz y añadió:

—El hospedaje como que no está muy cerca que digamos... ¡Al diablo con la costa, cansa! ¿Tienes un cigarrillo, Key?

Y después de las primeras pitadas, habló como con lo de adentro de la voz en son de confidencia, de descargar interioridades:

—Fumar, para mí, es echar humo. Soltar, ver, oír el humo. Para mí y supongo que para todos los que fumamos y no tenemos el vicio del tabaco, sino el vicio de la inestabilidad...

Y más adelante:

—El humo traduce, compañero Key, en el caso concreto de nuestro movimiento, la inestabilidad, la fantasía con que operamos. No jugamos con fuego. Eso lo hacen los que en estos casos cuentan con organizaciones sindicales, espíritu de lucha, conciencia de clase... ¡Nosotros, Key, jugamos con humo, sí con humo, con lo que existe como una emanación de nuestra rebeldía y de nuestras aspiraciones revolucionarias...

—Entonces quiere decir...

—¡No quiere decir nada y quiere decir todo! Sigamos andando. Los que rodean a la *fiera* presidencial, ministros vitalicios, secretarios de hablado de ventrílocuo, cazadores áulicos, le hacen ver que no debe preocuparse en lo más mínimo por eso díceres de posibles huelgas, dado que en el país no existen otras organizaciones que las fraternales obreras que sólo sirven para enterrar a sus socios fallecidos y que en último caso, si alguien osara, no tiene sino tomarse la molestia de alargar uno de sus preciosos dedos, apoyarlo en uno de los preciosos timbres de su despacho y ordenar el degüello...

—¡Eso es lo que no va a poder hacer! —exclamó Key, clavándose las manos en los bolsillos, moviendo la cabeza de un lado a otro y echando a andar adelante, para luego quedarse parado, volver a mirar a San y decir—: Hasta aquí han llegado las noticias de que está como acorralado...

—Cierto, pero los últimos zarpazos de la *fiera* acorralada son los más terribles.

—Pero contra eso, San, no valen organizaciones, sino faroles. Como te decía, hasta aquí ha llegado la noticia de que está acorralada y los de la Compañía, que saben dónde les aprieta el banano han empezado a despachar a sus familias a Norteamérica, y los millonarios Lucero se preparan a marcharse de vacaciones

también a Estados Unidos, con sus hijos y su huésped, el nieto de Maker Thompson. Hay algo más: anoche estuvieron disparando con ametralladora, demostración de fuerza que se contradice con lo compadronas que están las autoridades, haciéndose la vista gorda con periódicos y hojas sueltas que antes no se podían leer ni a escondidas, y hoy dejan circular, fuera de la casi anuencia de la policía que parece ignorar nuestras reuniones, cada vez más anunciadas y más públicas.

Key bajó la voz, volvió a mirar y acercóse a Tabío:

—Compañero, se ha logrado conversar con algunos oficiales que están de alta. Y a este respecto, no sé si lo sabes, hay algo que pudo pasar. Cuando se descubrieron los dichosos papeles en casa del barbero, el Comandante ordenó a uno de los oficiales, al oficial que lo había acompañado al velorio, que los llevara a la Comandancia. Como eso no podía ser, con Andrés Medina nos apostamos armados de sendos rifles a esperarlo. O lo matábamos o muchos de nuestros compañeros caían en manos de la policía. Pero el tal capitán, que debía pasar solo, pasó acompañado de otro oficial y una escolta que andaba por allí de ronda, o que iba a rendir a la Comandancia, después de su servicio, y lo que es el destino se salvó y se salvó para nosotros.

—Es el famoso Capitán Cárcamo... —interrumpió San.

—¿Famoso, por qué?

—Por lo de los papeles... —apresuróse a decir Tabío, turbado porque lo de *famoso* se le salió pensando en otros papeles, en las páginas de un libro, en aquella última hoja del «Diario» de Malena...

Para él sí que era famoso y el ruido del viento en las hojosas ramas de los árboles a cuya sombra se escurría el camino por donde iban, recordó la noche de Cerropom en que a la sombra de un sauce casi se enloquece con aquella maldita «y» que no cerraba, sino dejaba abierto el capítulo que Malena dedicaba al amor imposible de su vida.

—Y, dime, Florindo, ¿cómo es que el capitán ese sabía que Malena era Rosa Gavidia?

—La misma pregunta nos hicimos nosotros, pero Andrés Medina, que es el que ha estado en contacto con él, son amigos de infancia, nos aclaró el misterio que no es tal misterio. Parece ser que Cárcamo, siendo subteniente, la conoció en un baile de disfraces en el Casino Militar.

—¡Ah, sí, en un baile de disfraces!

Al parecer Tabío San insistió en aquel detalle para quitarle importancia a lo que le contaba Florindo, pero en verdad había repetido lo del «baile de disfraces», recordando que Malena no lo decía en su «Diario».

—Después de todo es algo cómico. Malena iba disfrazada de campesina joven y Cárcamo de húsar con mostachos. Ella aflautaba la voz para parecer más joven y él la enronquecía para parecer más viejo. Al presentarse el húsar ante la campesina, ésta le dijo llamarse Rosa Gavidia. Bailaron. Se abonaron. Y a la hora de quitarse las caretas,

la campesina resultó madura y el húsar un infante. No me llamo Rosa Gavidia, le aclaró ella, sino Malena Tabay. Pero él le pidió poderla seguir llamando Rosa Gavidia. Eso quiere decir, rió ella para disimular su despecho, que me prefiere jovencita.

Florindo acortó el paso, ya sin duda iban llegando y quería darse tiempo para contestar la pregunta de San, sobre la razón que tuvo Cárcamo para interesarse por Malena, después de tantísimos años.

—¡Camarada... —rió de muy buen grado, pero sin escándalo, una risa aterronada entre los dientes—, me extraña la pregunta! ¡donde hubo fuego! A mí se me figura que el capitancito ése, al leer en los papeles que depositaba en el despacho del Comandante el nombre de Rosa Gavidia, recordó a la jovencita campesina, que es de la que está enamorado, a la Rosa Gavidia de su baile de máscaras y no a la Rosa Gavidia, revolucionaria, que nosotros conocemos.

—¿Crees tú?... —tartamudeó San dubitativo, como pensando en otra cosa y luego preguntó—: ¿Y los papeles?

—Los quemó, pero con ese oficial se ha ido más lejos. Con ése y con otro oficial que también es capitán y que se llama José Domingo Salomé. Lo han estado trabajando unos guitarristas que aquí son conocidos con el nombre de los Samueles. Son tres hermanos. Samuelón, el mayor, un mastodonte bueno como el pan, Samuel, el de en medio, vivo, ladino, prudente, y Samuelito, el menor, bajo de cuerpo pero más valiente que un chucho enano.

—¿Y cómo es que lo trabajan esos Samueles?

—Le dan clase de guitarra y...

—Le cantarán canciones revolucionarias...

Florindo soltó una ruidosa carcajada que quiso apagar con su mano, mientras articulaba:

—¡Canciones revolucionarias... ja... ja... ja...! ¿Y en la Comandancia?...

—Eso —dijo San, mientras Florindo reía a dientes sueltos—, sin acompañamiento de guitarra, se llama «Curso de preparación revolucionaria a domicilio, en la Comandancia de Armas»... —Key seguía riendo—, y algún día, si no somos nosotros, lo verán los hijos de ustedes: en los cuarteles, nuestros soldados cantarán canciones revolucionarias, con acompañamientos no de ametralladoras, sino de arados...

—Que dejarán de ser revolucionarias, si las cantan ellos...

—¡No, no, seguirán siendo revolucionarias, porque el ejército también será revolucionario!

Estaban a la puerta de un rancho metido en lo oscuro de una arboleda. No se miraban ni las manos. Los últimos pasos fueron al tanteo resbalando los pies sobre granitos de arena. El silencio. El ruido de la arboleda. La respiración de muchos hombres que esperaban. La puerta se abrió y detrás de Florindo entró Tabío San a lo que sería su escondite y su hospedaje. Manos duras, callosas. Voces roncadas, lejanas.

Todo en la tiniebla, menos los corazones.

XXXIV

Tabío San salió de madrugada, sin más equipaje que lo que llevaba en los bolsillos, como el que va hasta la esquina y se iba para siempre. Ni el equipaje de sus pies o ruido de sus pasos que se tragaban los cenizales. Estuvo con Malena hasta muy de noche quemando papeles, documentos, impresos, todo lo que a la postre no fue sino un puñado de polvo pegajoso a sumar a los mares de ceniza que sumergían calles y casuchas en aquellos desburrumbaderos fantasmales donde el mundo que se hundía antojaba resurgir ahora, al calor de las noticias.

Intencionalmente retuvo a Malena hasta muy tarde para que la agarrara el sueño al amanecer y que no lo sintiera irse. Pero ella tampoco dormía. Ni siquiera se desvistió. Rígida, despierta, esperaba en la cama y habitación de Judasita, al fondo de la casa. La vieja improvisaba con sillas y un colchón su dormitorio en el comedor, para quedar en medio de ellos, no fuera el diablo antes que se amarraran, y él hasta no ver el triunfo no se podía casar, sólo que lo hiciera con nombre ajeno, y aún así podían identificarlo y despachárselo a la otra vida, porque seguía con la cabeza a precio. Mientras tanto, mejor así, de lejos, que con abrazos y besitos no se hacen muchachitos. El olfato femenino de Judasita, su instinto de viuda-soltera, así como sonaba, pues tenía tanto tiempo de fallecido y enterrado su marido y de fusilado su único hijo, que sentía como si no hubiera conocido varón y hasta le gustaba que la llamaran «señorita», la hacían alcanzativa en tejimanejes así y por eso le cedió a Malena su cuarto, en lo que era el segundo patiecito, cuando llegó de Cerropom a esconderse allí con ellos. Y también porque arrinconada en aquel sumidero quedaba como si dejáramos más oculta, aunque quién iba a encontrarla en aquel barrio desbaratado y blanco, adonde ahora llegaban más a menudo los amigos del movimiento con las últimas informaciones, como brasas sin apagarse en el rescoldo de la voz...

Algo va a pasar... acuartelaron a las tropas... les dieron fusiles a la policía... hay algunos maestros presos... en las salidas de la ciudad exigen el nombre y la documentación a los que salen o entran, y registran los vehículos... buscan armas... bombas... dinamita... y no encuentran nada... nada... papeles... caricaturas... rumores... rumores... dicen que dicen que dicen... rumores... rumores...

Judasita arrimó la jarrilla de café al fuego que tenía enterrado. Soplidos y soplador. Hasta revivirlo y poder tostar unas rodajas de pan. Cómo se iba a ir con el estómago vacío. Algo caliente, siquiera...

Pero Tabío sólo aceptó el café, trago Malena y trago él en la misma taza el café bebido sin pan, y salió del comedor, mientras Judasita apretaba los párpados panzones de lágrimas para no verlo irse y como mareada apoyaba su cabeza blanca, del color sucio de la cal, en la pared descascarada.

Malena fue con él hasta el patiecito, los últimos pasos juntos y allí se quedó como perdida, al final de un largo beso, pegada a la puerta de herrajes fríos, húmedos por el

relente del amanecer, sin oír sus pasos que se tragaba el cenizal, como si no se hubiera ido andando, sino arrebatado por una voluntad superior, obedeciendo a un mandato que le daba razón de ser a la vida de ellos dos.

San marchaba cada vez más de prisa, sin volver a ver, para no hacerse sospechoso, aunque hubo un momento en que le flaquearon las piernas, al oír que le seguían y que le seguían de cerca, cada vez de más cerca, y echa a correr, si no se da cuenta que era el ruido de sus pasos recobrado al salir de los cenizales a las calles más céntricas. Se enderezó, le trabajaba la idea de que sus espaldas empezaban a curvarse por los años, las manos en los bolsillos, una gorra de visera pequeña echada sobre la frente, el cuello del saco levantado, tratando de llegar, antes que rayara el día, a las cercanías de la Estación Central, un barracón que ostenta el rimbombante nombre de «International Railways of Central America».

Las calles se animaban, despertaba la ciudad, ir y venir de gente, automóviles, carretas, camiones, ciclistas, andenes ocupados por viajeros, tropas que pasaban hacia el campo de Marte, los jefes a caballo, bigotudos y dormidos, los cañones a lomo de mula, los infantes al paso del tambor o de las bandas militares.

Sin perder tiempo, sobre la marcha, San se agregó a los obreros y peones que cruzaban una de las puertas laterales de la Estación, todavía alumbrada con pequeños focos de luz eléctrica, y al encaminarse, doblando a la derecha, hacia los talleres del ferrocarril, no tardó en encontrar, lo divisó de lejos, al hombre que buscaba. Un mastodonte enfermo de mal de cobre que en viéndolo venir, encendió un cigarrillo y se puso en marcha paso a paso dejando atrás ruido de lluvia, el ruido de la capa de hule que llevaba colgada de los hombros.

San le siguió por andenes, rieles, durmientes, cruzadillas, andando, saltando, tropezando, tenso, ansioso, con la boca seca temeroso de todos y de todo, hasta una fila de furgones alineados en un desvío. *Chos, chos, moyon, con...* fue todo lo que oyó decir al ferrocarrilero. Un instante después estaba dentro de un vagón de carga, tanteando en la oscuridad hasta dar con el sitio que le tenían preparado. Sacó un pañuelo para secarse el sudor de las manos, de la cara, el sudor que le humedecía el pelo. Ruido de máquinas, y más lejos, el despertar de la ciudad. De pronto se oía cerca el tantaneo llamando a misa, tan distinto del sonido de las campanas de las locomotoras que llegaban o salían raudas. Una sirena ronca perforó el cielo. La de «El Zapote». Las siete de la mañana. Adentro los trabajadores de la cervecería. Y las sirenas agudas de los aserraderos. Las siete. Adentro los trabajadores a mover las trozas de madera hacia los dientes de las sierras. Bocinas. Congestión de tráfico. En esa esquina de la estación, siempre. Siempre. Timbres, pitazos y cascos de caballos, ecos en forma de cáscara de naranja sacada intacta, al resbalar y reafirmarse en las piedras de los patios de la estación, tirando de carromatos que van a cargar o descargar en las plataformas de los almacenes que entregan y reciben mercaderías y bultos.

Desentendióse de los ruidos y se repitió todo lo que le había dicho a Malena al

despedirse, no para consolarla, sino porque como era lo que él creía firmemente, le reconfortaba volverlo a pensar, ahora que estaba solo, oculto en un furgón que lo llevaría a Tiquisate, junto a las vituallas que los compañeros le habían puesto: sandwiches, fruta, cigarrillos y una cantimplora con agua.

¡Nosotros, le dijo a Malena, creamos el ambiente favorable para la huelga general, pero la chispa tenía que venir de otra parte, y ya está! Estudiantes universitarios y maestros —ella le vio con sus ojos hondos, fijamente, como recordándole que él dudó de la posible acción del magisterio—, le han perdido el miedo a la *fiera* y no tardará en producirse el estallido. Mi lugar no es en la ciudad, sino donde hay mayor número de trabajadores del campo, en las plantaciones de la costa Sur; otro compañero cubre las de Bananera. En la costa Sur ha habido siempre una cierta renuencia a secundar los movimientos de la costa Norte, más que todo por falta de organización. En la capital y otras ciudades se libraré la batalla política, nosotros, en el Sur y en el

Norte, en nuestros puestos de lucha, vamos a exigir mejor salario, seguros sociales, leyes de trabajo y repartición de las tierras incultas...

Pero otro hablar guardaba el envés de su pensamiento. El de sus sentires, balbuceo del que no encuentra cómo expresar cosas tan sencillas como las que se tejían entre Malena y él. ¿Lo invalidaba el silencio natural en su raza, ese ancestral mudar de ideas, como de nubes, sin decir palabra? ¿No lo dejaba ser espontáneo su horror al fracaso hueco de la conveniencia amorosa? ¿Y no era feliz por no caer en la tentación de sentir que lo era a la manera de... el tendero de la esquina... el propietario de la fábrica... el rentista... el dueño de la finca de café...?

Dos puntitos de luz verde azulosa, infinitamente pequeños e intensamente vivos, le atrajeron. Brillaban más en la oscuridad del furgón. Un cocuyo. No lo tocó. Lo paralizaba su fosforescencia sagrada. Un par de cabecitas de alfiler de luna. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué se le aparecía aquel camafeo color tabaco? ¿Qué palabra, qué signo encerraba su presencia?...

El tren, de un topetazo que casi le derriba, enganchó inesperadamente el furgón en que él estaba y pronto se sintió en ese confuso no estar donde se está, mareo de ruedas que acababa de concluir con aquel viaje que por momentos creyó interminable, hasta asaltarle la sospecha, en plena desesperación, calor y sed, que los rieles, a más correr el tren, más se estiraban. Pero ahora ya no se movería de allí, hasta la victoria... Se lo dijo a los hombres que lo esperaban en aquel rancho, después de vaciar primero a grandes tragos con apuro y después más lento, un jarro de agua a la temperatura del cuerpo de las tinajas, y les pidió que le permitieran tenderse en un catre, así conversaría mejor con ellos, a la temperatura de la realidad y del sueño. Algunos se encucillaron, otros permanecieron de pie, otros se sentaron en el suelo. Toses, carraspeos, preguntas, chapoteo de los párpados sobre los ojos hasta distinguir mejor el bulto tendido sobre el lienzo de lona que les hablaba.

¿Era el mismo Tabío San? A veces se oía llamar por su nombre completo, Octavio

Sansur. Era el mismo que en esas tierras de Tiquisate años atrás, mientras trabajaba como peón, la cara como hecha de albóndigas por las deformaciones de los hongos, soñó lo que ahora refería, no como sueño, sino porque en realidad estaba pensando.

...Ae... ae... ao... ao... como entonces, seguían los sapos contando el andar del tiempo.

Repetidas veces se interrumpió a ensalivar los hechos, a mascarlos, tanto sabor de irrealdad tenían, antes de soltarlos en el silencio abismal de sus compañeros, duros, humildes, tallados en material de canto rodado. ¿No tomaba sus sueños por realidades? ¿Su dialéctica no era pura fantasía, alucinación del hongo deformante?

Debía aceptar que no. ¿Aceptar? ¡Palabra espantosa! ¡Espantosa! La realidad iba más allá de todo lo imaginado y más antojaba un cuento aquel gran salón de la Universidad, donde como lanzas desnudas se alzaban los brazos de los estudiantes exigiendo a la *fiera* presidencial, ante quien se prosternaban los cielos y la tierra, que en el término de 24 horas, bajo la amenaza de declararse en huelga, contestara a sus demandas consignadas en un pliego que era algo así como el acta de una nueva independencia.

Era el comienzo de un *tiempo de ficción*.

Hubiera querido no decir aquella frase literaria. Pero, ¿cómo designar de otra manera el paréntesis de luz que se abría en el cotidiano vivir de gentes de pan y sueño, sino como un tiempo de ficción democrática, si los trabajadores organizados *no* le daban un contenido que fuera más allá del arrebató estrujador y embriagante de la libertad altibelisona, haciendo bajar la cabeza a la Compañía, obligándola a aceptar sus demandas y dando permanencia de futuro a la marcha de campesinos y obreros hacia el poder...

Su idioma era ya el de la arenga...

Por eso estaba allí, reencarnación de Juan Pablo Marat, libertador de pájaros en su juventud, lector de cuanta literatura revolucionaria cayó bajo sus ojos, conspirador nato, el primero en todos los complots favorables al pueblo y al último, después de tanto jugar con fuego, acarreador de lo que quedaba de las llamas y las brasas, el residuo estéril y sin vida.

Pero volvía a la visión de los estudiantes y de los maestros. Su temor era que Malena, al sentirse sola, desesperada por no poder actuar, abandonara a Judasita, que era un muro ambulante de lamentaciones, en busca del amparo de gente heroica, de esa gente que se estaba jugando la vida...

—¡Amigo —se acercó un hombre al catre en que estaba tendido Tabío San—, usted no sabe lo que es trabajar en las salinas! ¡Mejor que no lo sepa nunca! ¡Mejor que no le crezca la barba sobre la sal!

—Y sí, amigo... —le acogió el cabecilla, a quien la voz de aquel hombre chamuscado por el sol y el mar, lo obligó a sentarse, respetuoso.

—Por eso es cuestión nueva que allá con nosotros que somos naidés, también haiga prendido la idea de no trabajar si no dan mejor paga, mejor rancho para tu vivir,

mejor todo, porque ahora somos miserables, señor, de lo que no hay más miserable, pobrecitos todos somos, porque nada es bueno allí, donde nosotros estamos batuqueando el caldo de la marea, ¿ves? ¡Y sólo pensá que la sal corroe el hierro, le saca escama y lo vuelve polvo! ¡Y pensá, también, que nosotros trabajamos desnudos, con sólo un sombrero en la cabeza y el taparrabo! ¡Sólo nosotros sabemos lo que es la sed que da la sal!

—Pues a no trabajar, si no les mejoran el jornal y las condiciones en que viven...

—Eso es lo que pensamos exigir cuando se declare la general...

¿Sabían los estudiantes que al enfrentarse a la *fiera* por sus reivindicaciones, luchaban por la suerte de estos hombres de las salinas, desnudos, sedientos como hidrópicos y devorados por la evaporación de sus carnes?

Florindo Key intervino. Pidió al salinero, Toyo Montoya, y a los compañeros que se reunieron a esperar a Tabío San, que lo dejaran dormir un rato, ya tendrían tiempo de volver y hablar con él pasado mañana, en el «Arenal de los Gambusos», antes o después del gran mitin en que era muy probable que se diera la primera alerta para la huelga general.

Se fueron como agua a la que se le abre la compuerta y el mismo Florindo evitó hablar. Tendido en el catre, el cabecilla empezó a dar vueltas en busca del sueño, a poner distancia entre las manos que acababa de juntar o a reunir las piernas que venía de alargar abiertas. El calor, el cansancio y el hombre de las salinas que no podía separar de su pensamiento. Sí, el día de la justicia resucitarán los muertos, pero no los que están bajo la tierra, sino los enterrados en vida, estos hombres que son como esqueletos de carnes transparentes como las alas de las moscas, y hablarán, como lo acaba de hacer allí al borde del catre, Toyo Montoya, que se fue diciendo:

—Me voy, amigo, déme la mano me voy para no seguir hablando de yo...

Ae... ae... ao... ao... seguía el inmenso reloj de los sapos a ritmo de tiempo sin consonantes, el alado tiempo de las vocales...

—No puedo dormir... —quejóse San a Florindo, sin saber si éste le oía; habíase quedado a su lado inmóvil en una silla perezosa.

Ae... ae... ae... ae...

Cambió el tono de su voz, hablando a solas, no obstante estar acompañado por Florindo, al repetirse que no podía dormir.

Le preocupaba Malena. Rosa Gavidia para los compañeros y el capitanejo. Impulsiva, no. Decidida. No habrá quien la detenga si resuelve abandonar el escondite y unirse a los maestros en la lucha. ¿Judasita?... ¿La promesa que le hizo? ... Le complacía pensar que si las cosas apremiaban, no valdrían Judasitas ni promesa. Abandonaría aquel sepulcro entre cenizas y avanzaría hacia la ciudad, como arrancada de un bajorrelieve maya: la nariz ligeramente curva, la frente en fuga y en las comisuras de los labios, la dulzura riente de una hegemonía triste...

Se pasaría y... ¡chitón, corazón!, se pasaría de los *ceniceros* a los *escuilaches*, el otro famoso grupo clandestino.

Hasta ahora *ceniceros* y *escuilaches* habían logrado burlar la acción de la policía secreta, cuerpo de muchas cabezas: militar, judicial, palaciega, que nada tenía de ciega, femenina, partidista, voluntaria, de hacienda.

Universitarios y maestros formaban el grupo de los *escuilaches*. Revolucionarios y bohemios que sin meterse al principio con la *fiera*, descabezaban títeres con birrete y toga, coronaban reinas estudiantiles, pretexto para el discurso incendiario, celebraban fastos patrios con parlamentos a dos voces, *al alimón*, diálogos cívicos que ampliáronse a teatros y plazas en forma de comedia demoledora. Trama, bambalinas, vestuario, luces y fabla de trotasueños disimulaban mal lo que golpe tras golpe terminó en tragedia. Los actores se quitaron las máscaras y como suicidas avanzaron a desafiar a la *fiera*, a quien ya sin embozo llamaban: «Napoleón de piano», «Tigre de alfombra».

Buen número de agitadores formaban el grupo de los *ceniceros*. No muchos. Amparados en el comercio de la ceniza entraban y salían a casas de políticos desplazados, militares de baja y sobrevivientes de los últimos complots, sin despertar el celo policial, llevando en sus costales, además de aquel residuo tan imagen de la muerte, impresos subversivos, dinero, armas pequeñas, tipos de imprenta, consignas.

Sin ponerse de acuerdo, *escuilaches* y *ceniceros* sincronizaron la acción conspirativa apañándola en acciones que nada tenían de «molesto para el Señor»...

Pero, ¿a qué repasar aquellos mismos pensamientos?...

Respiró profundamente, sin poder dormirse, buscando su pañuelo. En sus bolsillos... bajo la almohada...

El sueño es inmenso como toda la tierra, pero sólo por una puerta estrecha, como la puerta del cielo, se llega a su dichoso reino.

—¡No te vas con los *escuilaches*, sólo los comprometerías!... —se oyó hablando con Malena, como si estuviera allí con él, entre estrellas y sapos, fantasmas de aparejos colgados del techo y un *tapexco* en el que empezó a forzar los ojos tratando de saber si era simple alacena de comestibles o botiquín donde alguna hierba o raíz masticados le hiciera sentir que el sueño le chorreaba.

—¡A ti te buscan Málen! ¡Piensa, reflexiona que si te vas con los *escuilaches*...! ¡Ah, pero es verdad, a ellos también los busca la policía... entonces... entonces... tienes tiempo de llegar, mientras corren las 24 horas del ultimátum o sean mil cuatrocientos cuarenta minutos u ochenta y seis mil cuatrocientos segundos y en el reloj de los sapos... ae... ae... ae... ao... ao... ao... ocho millones, sesenta y dos mil vocales claras... ae... ae... ao... ao..., mientras corre el tiempo del ultimátum...

Tuvo la sensación de su gemido al sentir que se marchaba, que la herían de muerte, que no la volvería a ver...

¿Por qué no se la trajo?... ¿De qué serviría el triunfo sin ella?...

—¡Malen!... ¡Málen!...

El corazón le golpeaba en las costillas y tuvo que embrocarse.

Ae... ae... ae...

El tiempo del ultimátum contado por los sapos...

Ao... ao... ao...

Veinticuatro... veinticuatro horas fatales...

—¡Malen!... ¡Malen!...

¿Por qué no se la trajo? ¿De qué serviría el triunfo sin ella? ¿De qué ir en la carroza como un teatro rodante sobre ruedas de fuego llena de hombres y mujeres con fusiles, arados y banderas, como lo soñó aquel don Juan Nepomuceno Rojas? ¡Pobrecito, murió al salir de su trabajo! Un pedalazo lo llevó a estrellarse, con la bicicleta, contra uno de los gigantescos camiones de la armada. Una de las doce ruedas le pasó encima.

¿De qué le serviría ir en la carroza de la victoria, sin Malena?

«¡Adelante, pueblo!... ¡Adelante, pueblo!...», oyó don Juan Nepo Rojas que gritaba él.

Sólo que ahora, sin Malena, sentía que el grito se le quedaba en la garganta, como una estrella de mar apagada...

Pero, ya no sólo la fiera, todo el mundo se preguntaba quiénes eran ellos, quiénes eran los estudiantes para ponerle un ultimátum...

Veinticuatro... veinticuatrooooo... oooa... oooa... ae... ae... ae... ae... veinticuatroooo ooooohoras, fatales...

¿Permanecerían así, desnudos uno al lado del otro?... ¿Permanecerían así, desnudos uno al lado del otro?...

Malena desnuda y él desnudo sumergidos en un baño...

Caricias, burbujas y... de pronto el agua que se solidifica y ellos que logran quedar con las cabezas fuera de aquella camisa de fuerza que atrapaba sus cuerpos convertida en un témpano de espejos...

¡No era posible! Haber ido a la alcaldía a casarse, después del triunfo, a cara descubierta, con su nombre —Juan Pablo Mondragón... Octavio Sansur... Tabío San... ¿cuál de sus nombres?— y terminar en el cepo de las pobres imágenes pornográficas, las que se compran en postales y más tarde aprisionados en la insensibilidad inmensa de aquella inmensa cola de piano de cristal de roca...

¡El diluvio! ¡El diluvio!

Pero si se acababan de casar, aunque, en verdad, uno jamás se acaba de casar, siempre está casándose, cómo verse unidos al coro de las parejas que pedían el diluvio... ¡el diluvio!... ¡el diluvio!... como única solución, el diluvio, el diluvio, con tal de verse libres, de ver licuado en ríos, en lagos, en mares, en océanos, el espejo que los atrapabaaa... ae... ae... ae... ae...

Sus cabezas... (al licuarse el espejo en el diluvio, se quedaron sin cuerpos, sólo sus cabezas, sus cabezas buscando otros cuerpos...

¡Este, ése y aquél... señalando el cuerpo de un húsar mostachudo para el capitán de infantería León Cárcamo!

¿Y él?... (¡Este, ése y... él...).

El, sin su cuerpo, sólo su cabeza, entre ellos dos, entre la campesina y el capitán, hacerlo de referee, pero no era un cuerpo a cuerpo boxístico» sino un cuerpo a cuerpo amoroso y había que separarlos, ¡horror!, para que no siguiera la reproducción del mismo tiempo de hombres y mujeres nacidas para carne de bombardeo o carne de fábricas...

De un tirón arrebató a la campesina de los brazos del capitán. Era campesina, maestra y revolucionaria y junto a ella proclamaron en el umbral de un nuevo día, la «huelga de los lechos», en los hogares en que la solución fuera el diluvio y no la vida.

Alguien lo despertaba. Apresuradamente apagó el sueño que le quedaba en los párpados sobre los muñones de las visiones que truncaba, como los campesinos cuando cubren de tierra las ramas de los árboles frutales, recién cortadas, para que éstos no sientan rubor.

Florindo lo movía, lo despertaba. Dejó el catre, entre asueñado y sin saber si había dormido, bostezando, desperezándose, sobándose los ojos. Lo primero era lavarse. Fue hasta un estanque al pie de un aguacatal y hundió las manos en el agua como para descansarlas en el líquido, como si el líquido fuera mullido, los brazos y en seguida se trajo todo lo que pudo entre los dedos, para frotarse la cara, mientras hacía con los labios ruido de chico emberrinchado.

Olor a café. Olor a noticias en la toalla.

El día, con todo y ser temprano, quemaba como brasa. Ningún ruido, salvo el rumoroso silencio de los matorrales, bajo el añil intachable del cielo y las palmeras con ojos de tan altas.

Tomaron el desayuno contentos de estar uno frente a otro. Florindo preparó el café y la leche en polvo, disuelta en agua caliente, pan, mantequilla y jamón del diablo, y San puso la mesa, es decir dos tazas bolas y una sola cuchara y un solo cuchillo, el azúcar en un cartucho de papel, la sal en una tira de hoja de banano. San se miraba más envejecido, Florindo más gastado por el trópico. Aquél tabaleó como si buscara con los dedos de la mano Zurda, en la tabla en que comían, algún arpegio perdido en la madera. Nervioso, agitándose en el pequeño banco que le servía de asiento, confesó a Key su inquietud por Malena. La chispa saltó de donde menos se esperaba, de los estudiantes y los profesores, y por eso tuvo él que marcharse de la capital, obligado por la celeridad con que se desarrollaban los acontecimientos, sin poder antes sacar a Malena de aquel escondite. ¿Qué hacer?...

Cortó la pregunta en seco con sus dientes de tiza, el cigarrillo que fumaba más en sus dedos que en sus labios.

¿Todo iba a jugarse para él y para ella a una sola carta: la de la huelga?

Florindo opinó que se debía alertar a los compañeros de la capital. Darles a conocer las condiciones en que se encontraba Rosa Gavidia, aislada y en peligro de tomar una decisión dictada por su fervor revolucionario, que podía llevarla al extremo de arriesgar su vida. Pero,

cómo hacerlo si se decretaba el paro ferroviario. Otro conducto no era

aconsejable.

¡Cayetano Duende!...

Pensó Tabío San. Sin decirlo se le vino a los labios en aquel momento el nombre del viejo cochero y chaneque, seguido del nombre de Popoluca. Los evocaba como a seres todopoderosos. Pero ambos se habían quedado en Cerropom y ninguna noticia de ellos, como no se vuelve a saber de las piedras que se quedan atrás en el camino.

Al amparo de aquellos viejos, vistos a distancia le parecían divinidades, había dejado a Malena, cuando huyó por el subterráneo de lava, seguro de que la encontraría, pero ahora al lado de Judasita qué podía esperar si la pobre no pasaba de ser un mueble de la ciudad.

Florindo se cortaba las uñas, un poco por hacer tiempo a la gente que debía venir y sin darse cuenta que a Sansur le ponía nervioso, lo erizaba, el «clic» del cortauñas que como un insecto plateado comía juntando y separando las dos medias-lunas de sus mandíbulas filosas.

El croar de los sapos que amanecía y anochecía, por ahí andarían gateando, bañados en rocío, con los ojos de fuera, ampollados de sol, fue desvaneciéndose en la bulliciosidad de los pájaros, de las ramas llenas de viento, de los ecos distantes de las plantaciones.

El cabecilla se estrujó la mano contra el pecho igual que si algo material, externo, le quedara allí del batracio tundente que anoche sentía en carne viva, sobre las costillas bañado y desposeído de su sangre, en alternativas de vida y muerte, contando con los demás sapos las horas del ultimátum.

¡Clic!... ¡clic!... seguía Florindo cortándose las uñas, un cigarrillo en los labios, los ojos un poco en el vacío que produce la espera de acontecimientos que están por suceder. Cuando le quedaba algún pellejito desprendido, remataba la operación, arrancándoselo con los dientes, mordisqueándolo en seguida y escupiéndolo después.

Sansur opinaba, el pañuelo en la mano para golpeárselo de vez en vez como esponja en la cara sudorosa, que no había tal espera de acontecimientos. Lo que debía suceder ya estaba sucediendo después del ultimátum de los estudiantes y los maestros de escuela a la *fiera*, dándole 24 horas para acceder a sus exigencias, bajo la amenaza de desencadenar la huelga universitaria, caso de negarse o no contestarles... («¡Muchachadas!», pensó Key)... huelga que significa el abandono de los hospitales y dispensarios por los estudiantes de medicina, de los juzgados y tribunales por los estudiantes de derecho, de sus mesas de trabajo en Caminos y Obras Públicas, por los estudiantes de ingeniería, de los laboratorios de Sanidad, por los estudiantes de química y farmacia, de las salas de maternidad por los estudiantes de obstetricia y, lo más grave, el abandono de las escuelas por los maestros...

La cosa no era así no más y por eso se vino él de la capital a Tiquisate a ocupar su puesto de lucha. A la hora de la hora sincronizar el movimiento con Bananera.

—¡Chist! —hizo Florindo y se levantó precipitadamente, la mano cerca del bulto de la pistola, hasta cubrir la puerta, en cuyo marco luminoso su silueta quedó

firmente recortada.

Los pasos se aproximaron, pero hasta no saber quién venía, Key mantuvo su completo dominio de la puerta. Era Andrés Medina. Siempre espiritado y anuente a hacer todo lo que fuera en bien de sus compañeros. Traía noticias. la noticia-bomba. La fiera suspendió las garantías y se declaró el estado de sitio.

Sansur saltó de su asiento, mientras Key decía entre pregunta y pujido:

¿Suspendió qué?... ¿Las garantfas?... ¿Qué garantías, si nunca las hemos conocido ni por el forro?

Jo, jo, jo, jo...! —exclamó San—, ha principiado el último acto y los que éramos simples espectadores del quehacer político vamos a tener que entrar al escenario y entrar en acción.

Y dirigiéndose a Key. añadió:

—¡Hombre de poca fe, la juventud fue la chispa y hayamos o no gozado de garantías constitucionales, ahora se trata de algo tan excepcional como increíble, ya que la fiera ha echado mano por primera vez en diez años de gobierno, de un recurso que sólo usan los gobiernos débiles! ¿Por qué?... ¿Porque se siente perdida?...

—¡Compañero San —dijo Key al tiempo de abrazar al cabecilla, de estrujarlo, entusiasmado—, malo soy para la fe, pero para la acción, no, y menos ahora que no hay para dónde agarrar!

—¡Esa... ésa... ésa es la reacción de todo el mundo a estas horas: no hay dónde agarrar, hay que jugarse el todo por el todo!

—¡Y nos lo vamos a jugar! —alargó Florindo su mano hacia adelante, como haciendo un juramento, para luego empuñarla y dejarla caer machacante—: ¡Duro y a la cabeza!

—¡Va a ser fácil y no va a ser fácil —intervino Andrés Medina que había ido a lavar una taza y luego a servirse café de la jarrilla que hervía junto al fuego—; pero lo que sí les puedo asegurar es que no sólo la *fiera*, sino todas las fierecillas uniformadas están que no saben para dónde agarrar, entre el miedo a desobedecer las órdenes que les dan y el miedo a obedecerlas; en pocas palabras, entre el miedo al jefe y el miedo al pueblo!

—La esperanza —adujo Key dirigiéndose a Andrés Medina—, es que vos le hayas hablado a Cárcamo, tu compañero de infancia, y los Samueles a ese otro capitancito al que le dan clase de guitarra, sobre lo que tienen que hacer, si quieren salvar el pellejo...

—Bueno, creo que si se ponen de nuestra pane, no será por eso —contestó Medina—, sino porque piensan como nosotros, porque los hemos ganado a nuestra causa.

—¡Medinita, vas a morir engañado! —le soltó Florindo echándose a reír atento a lo que decía Sansur:

—Jamás imaginó la *fiera* preparada para reprimir los levantamientos populares napoleónicamente, que le iba a llegar su Waterloo...

—¡No adelantarse, *Water* va a ser, pero no loo! —restalló la voz de Florindo seguida de su carcajada cartaginesa, como calificaba San sus risotadas.

—Sí, porque cinchar es fácil —intervino Medina—, lo difícil es mantenerse en el potro y cabe la pregunta de si cumplirán esos muchachos y profesores que ya no son muchachos, con lo de la huelga de los hospitales, juzgados, escuelas, ahora que no hay garantías.

—Creo que sí...

—Creo que no...

Las voces de San y Florindo se oyeron al mismo tiempo y cada cual se guardó sus argumentos, más bien calló por cortesía.

—Lo único cierto —siguió Medina— es lo que se ve. Esos muchachos han sembrado la contradicción en todas partes. Donde no se discute, se pelea y en la Comandancia, sin ir muy lejos, el Comandante, hombre poltrón y pacífico, trapeó al capitán Salomé, penqueó a un soldado, potreó a un cabo, por poco petatea a Cárcamo y se quitó las ganas pataleando sobre su asistente. Hay que mortificarse, cómo están los ánimos...

—Y eso que Medina cuenta de la Comandancia —adujo el cabecilla paseándose inquieto—, debe repetirse en las altas esferas. Están desconcertados ante un enemigo que no ven, del que sólo oyen el rumor, el rumor, el rumor, ese desesperante idioma del vacío cuando se escuchan en el teléfono conversaciones cruzadas, y enemigo al que ya no se atreven a atacar, porque es esa abstracta masa de millones de pies sobre el asfalto. Ellos estaban listos, estaban organizados con sus tropas, sus policías, sus periódicos, con la fuerza, la represión y la propaganda, para repeler a los que alteraran el orden en las formas conocidas, golpes de Estado, revueltas, atentados, pero no en la forma en que ahora se les plantea: ¡dejando de hacer!..., eh..., eh..., que esto es muy importante, la máquina estaba aceitada hasta la última pieza para repeler al que hiciera, a los que hicieran, pero no a los que dejaran de hacer. ¿Ya se han preguntado ustedes —enfrentó a Medina y a Key cortando una breve pausa— qué va a hacer el gobierno, porque aquí es el gobierno el que tiene que hacer, si con todo y estado de sitio, se le desorganizan hospitales, escuelas, tribunales, por falta de practicantes, maestros y pasantes de derecho, y si, como se espera, médicos jefes de salas y abogados jueces y magistrados, secundan la huelga?... Amigos, es nuestra mentalidad la que tiene que cambiar en estas pocas horas que nos quedan antes de entrar en acción, si no queremos perder la oportunidad de la siembra, no de la cosecha. Lo que habría que saber es en qué están los de la Compañía...

—Esperando que el ejército haga funcionar las ametralladoras contra los huelguistas —clareó Florindo con estas palabras disparadas a quemarropa el silencio en que elegantemente se había envuelto para separar su personalidad de hombre frío de la cálida humanidad de San y no añadió—: que es lo que a la postre va a pasar realmente; siembra de muertitos es la que nos van a hacer —porque se le cruzó Medina con un como pugido de incrédulo, ya diciendo:

—Con las ganas se van a quedar los de la Compañía, si esperan que el ejército haga funcionar las ametralladoras contra los huelguistas, los tiempos han cambiado y los muchachos no tirarán aunque les den la orden...

—Pero, Andrés —lo tomó del brazo Florindo y no lo soltó mientras le hablaba—, lo que estás diciendo es muy serio, y hay que saber si son cosas que se te ocurren o las tenés apalabras con alguien de tu confianza...

—Las dos cosas, compañero. Se me ocurren y las tengo apalabradas. ¿Que por qué se me ocurren? Las razones las dio el compañero San. Todo ha cambiado. En horas hemos pasado a otra realidad. Se nos han materializado en las manos muchas cosas que nos parecían sueños. Y también, también porque las tengo apalabradas con Cárcamo. El me lo dijo en mucha confianza y hasta parece que en eso de no echar barniz contra los huelguistas está de acuerdo con el capitán Salomé...

—¿Salomé es al que enseñan guitarra los Samueles? —indagó Sansur vivamente intrigado.

—El mismo —aclaró Key...

—Y en cuanto a la Compañía, hay quienes afirman que sin hacerse la vertiginosa —siguió Medina— accederá a las demandas de los trabajadores y ustedes saben por qué... —San y Florindo pensaron en el informe que tenían de la opinión del presidente Roosevelt—, sencillamente porque el presidente de todas las fruterías se está muriendo en Chicago, el viejo Geo Maker Thompson, quien aconsejó seguir una política de aumentos masivos ante las amenazas de la huelga, tanto más cuanto que estos aumentos no significan merma ni pérdida para los accionistas, porque los pagaremos nosotros mismos con la cola..., ja, ja, ja, ja... —reía moviendo la cabeza de un lado a otro como una regadera de risa—, no pongan esa cara, bien se ve que no saben que la frutería donde come un trust no come otro, se quedó con la explotación de la Coca-cola en el país —y riéndose siempre—, no sólo el banano, sino el *pis* norteamericano.

—¡Canalla! —gritó Sansur refiriéndose a Maker Thompson—. Agónico, caquético...

—¡Se está muriendo de cáncer! —aclaró Key.

—¡Pobre el cáncer! —exclamó San, y siguió diciendo—: Agónico, caquético, pretende hacernos el último daño, decapitar el movimiento obrero-campesino con aumentos que tienen mucho de soborno.

—Y darán sin tasa ni medida —observó Medina—; en el orden gremial darán hasta que nos cansemos de pedir, porque saben que obtenidas las mejoras materiales que reclamamos para los trabajadores, ya cuando se trate de otros rumbos, esta gente nos dejará hablando solos. A la mayoría de ellos les importa poco que la Compañía sea la única gananciosa en este negocio, que esté abandonando los cultivos, cada vez siembra menos y no se sabe por qué, que pague en especie a los trabajadores y que ocupe tierras que no cultiva, fuera de la catizumba de delitos que comete, empezando por llevar una contabilidad falsa.

—Por eso decía yo que lo que se intenta, accediendo, sin lucha, a lo que reclamamos y exigimos en nuestro pliego de peticiones, es decapitar el movimiento obrero-campesino, quitarle su razón de ser, que es la lucha total contra el trust bananero —precisó el cabecilla.

—¡La suerte está echada! —recalcó Florindo.

—Será gallina...

—¡Medinita!

—¡Floripondio!

Y, mientras éstos enredábanse en las más intrincadas esgrimas verbales, trasunto de las «bombas» improvisadas que en los bailes se lanzaban las parejas rivalizando alternativamente en el gracejo y la difamación chispeante, Octavio Sansur fue hacia la puerta del rancho por donde entraba la claridad solar como humo cegante.

Suspensión de garantías... Estado de sitio... Ley marcial...

¿Retrocederá la muchachada?... ¿Retrocederán los maestros?... ¿Se hará efectiva la huelga en la universidad, los institutos de secundaria, las escuelas primarias?... ¿Cerrarán los colegios privados?... ¿Se hará efectiva la huelga en los hospitales, en los juzgados, en los tribunales?... ¿Tirará el ejército contra los huelguistas?... ¿Cederá la Compañía?... ¿Caerá el gobierno?...

En sus labios pálidos temblaron los dos últimos interrogantes:

¿Y Malena?... ¿Y la *fiera*?...

Luego, cegado por el sol, cerró los ojos entre pequeños mundos luminosos que giraban en sus párpados, mientras decía:

—Armas, propaganda, policía, eso es el poder...

XXXV

—Y ya empezó la avería... —se dejó ir Samuelón, pero no se oyó qué más dijo por la arceciada que le dio a la guitarra arrancándole un aire barranquero sobre el que se quedó tanteando tanteando, mientras el capitán Salomé repetía:

—Así debe ser. Oficialmente, nosotros sólo sabemos que el gobierno domina la situación. Estos puntos son los que no me salen —siguió diciendo el capitán, los ojos en los dedos del guitarrista que con andado de araña bajaban por los trastes de la guitarra, mientras con la otra mano hacía llorar las cuerdas, luego añadió desentendido—: Aunque hay otras noticias. Los estudiantes y los médicos abandonaron sus servicios en los hospitales. En los juzgados sólo quedaron los jueces, que no pueden declararse en huelga. Se suspendieron las clases por falta de maestros y de alumnos. Cada vez hay menos transporte. El comercio cierra las puertas...

Samuelón, todo oídos a las informaciones, parecía contestarle con la guitarra, aires marciales, dianas. Las cuerdas hablaban, gritaban, tempestuosas, multiplicadas, turbulentas en tanto el capitán Salomé, sudando a más no poder, los ojos rojos, un poco arisco el bigote, seguía en alta voz, ya sin apabullarse, como si se hubiera olvidado que estaba en la Comandancia:

—Y la última, la última noticia es que le han pedido la renuncia...

—¿A quién?... —aleteó sobre un gran estornudo de la guitarra, la voz de Samuelón; entendía a quién le habían pedido la renuncia, pero necesitaba precisiones, oírlo como posible y creerlo—. ¿A quién? —repitió—, ¿a quién le pidieron la renuncia?...

El militar se buscó la lengua en la enjutez de la boca.

—A quién había de ser... —dijo al final.

Sin sentir, Samuelón empezó a desgranar los acordes del himno nacional, pero el oficial le agarró la guitarra.

—¡Es prohibido! —le gritó.

Y quedaron en silencio, anhelosos, muy cerca uno del otro, como dos culpables, culpables de saber aquella noticia de la renuncia de la *fiera*; el sólo saberla era delito.

—Tocá para disimular... —despegó los labios Salomé.

Samuelón no sabía si llorar, si tocar, si dar saltos de gozo y estuvo trasteando la guitarra, como si la afinara. ¿Tendría fuerzas para llegar con ese notición hasta allá donde estaban reunidos, discutiendo si se declaraba o no la huelga en las plantaciones de la frutera, el cabecilla Tabío San, su segundo, Florindo Key, sus hermanos, Samuel y Samuelito, y los otros Gambusos?

—¿Y ustedes, los militares, qué van a hacer —atrevió Samuelón— de confirmarse la noticia de la renuncia de la *fiera*? *

—Nosotros... —dudó el capitán Salomé—, obedecer órdenes, mi amigo, y seguir estudiando guitarra.

—Endemás está decirle que a usted no le falta oído, pero es menester que ejercite los dedos, como el que saca piojos, porque ésta —y se apretó la guitarra a todo lo amplio del pecho—, lo que es una gran piojosa que si hablara, le pediría que repase más las lecciones, porque para eso tiene boca.

—Para lecciones estamos... —rechazó el capitán el instrumento, se puso de pie como para ir hasta la puerta del pabellón, pero se volvió a sentar—. Los pura boca son ustedes, pura boca y pura lata, mucho que se iban a declarar en huelga y les callaron el pico llenándoles el buche.

—Algo de eso hay —contestó Samuelón; las palabras de aquél le habían caído como rociada de agua helada y necesitaba moverse.

Se levantó a poner la guitarra en la cama del capitán.

—Todo el mundo temblaba aquí con la llegada del cabecilla de ustedes y no pasó nada, no se supo ni siquiera si vino.

—Propiamente... —dijo Samuelón, pero luego se arrepintió de lo que iba a soltar..., ¿prenda a un militar?..., ¡ni en el tormento!..., ¡y menos sobre el paradero de Tabío San!...

—¡Qué águilas los de la Compañía! —exclamó el capitán, los ojos de risa desafiando la cara inmóvil de Samuelón—. Accedieron a todo lo que los trabajadores les pedían y no se les movió nadie en Bananera ni aquí en Tiquisate.

—No se sabe todavía, jefe, mismito claro no está, porque se está hablando; hay muchos otros reclamos y la Compañía no ha contestado...

—¡Vaya si no ha contestado, qué más respuesta que desbaratarles la huelga!

—Mientras no haya desbandada —se fue saliendo Samuelón, le picaban los pies por correr, los labios por hablar, todo el cuerpo por poder volar con la notición—, mientras no haya desbandada entre nosotros, como va a haber entre ustedes, si se confirma la renuncia del que sabemos, y entonces sí le significo que la Compañía se va a quedar cortita...

—¡Qué tiene que ver!

—¿Qué tiene que ver, dice usted? ¡Ay, si supiera que los malos gobiernos y la Compañía son de la misma macolla! ¡Oportunidad como ésta no habrá otra! ¡Abatirlos juntos! ¡Si más parece sueño!... ¡Devolverles mal por mal!... ¡Desquitarse alguna vez con los dos juntos!

Al salir Samuelón que no sabía ni cómo se llamaba —cantar..., gritar..., reír..., llorar..., saltar..., abrazar el aire del anochecer..., abrazar a los soldados de la guardia pegados uno contra otro como gallinas...—, ni si era que le habían pedido la renuncia al señor presidente (¡imposible!..., ¿la renuncia al señor presidente?..), o que iba a renunciar de su fea gracia o que *estaba* renunciadísimo y ya sin mando, la *fiera* ya sin mando; al salir Samuelón, el capitán se volvió a levantar la guitarra de la cama, decidido a guardarla, pero ya con ella en las manos, cierta comezoncita en los dedos le hizo sentarse a rasgar sonidos que más que sonidos eran pensamientos...

¿Renunciaría?... ¿No renunciaría?... ¿Se daría a conocer en la orden general?

Servir a un gobierno que de veras tuviera al pueblo de su parte... En los años que llevaba de vestir el honroso uniforme, nunca supo lo que era eso..., no sentirse odiado..., odiado por los soldaditos traídos a la fuerza... odiado por los odiados y odiosos jefes y odiado por la gente...

Poco a poco, como las últimas chisqueteadas que salen de la ubre de una vaca ya muy ordeñada, sus dedos arrancaban sonidos dispares al cordaje del instrumento...

¿Qué hacer..., qué hacer alguna vez contra ese odio ladino, tiñoso, inconfesable? ... ¡Alguna vez, no! ¡Ahora que se anunciaba su renuncia, caso de confirmarse!

Se apretó el pantalón, se puso la guerrera y bajó a la guardia a echar un vistazo. Todos en sus puestos, tranquilos, inocentes de lo que pasaba en la capital, de esa posible renuncia del señor presidente, que andaba en el aire...

El centinela, el oficial, los soldados, todo en su lugar. Había oscurecido. De pronto, como cae la noche en la costa. A lo lejos el resplandor plateado de las luces que subían de las edificaciones de la Compañía, más visible en las noches muy negras. En vano buscó una estrella. Todo era alquitrán. ¡Y pensar en los millones de estrellas que brillarían en cielos más propicios! Allí, ni una. El resplandor lácteo de las luces de la frutera. Luz ajena. Luz llevada allí por otros. Luz de extraños. ¡Cuánto más dolorosa la negrura propia, la oscuridad del ciego! Fuera de la luz extranjera, todo lo demás, sombra, sombra, sombra...

Razón llevaban los Samueles cuando palabreaban medio cantando, medio riéndose, medio llorando:

**¡Hijos nacidos de la gran perra,
(cómo no Chon... cómo no, Chon...)*

¡Yo lo proclamo!

¡Ser ciudadano de esta nación, es nacer peón!

¡El extranjero es siempre el amo, es el patrón!

(cómo no Chon... cómo no, Chon...)

Se volvió a su cuarto y tendido en su cama, al lado de la guitarra, repasaba mentalmente:...es nacer peón..., es nacer peón..., es nacer peón...

Los pasos del Comandante al subir las gradas de la escalera, engranaron en su pensamiento..., ¿sabría?... ¿no sabría lo de la renuncia?...

A juzgar por el peso con que dejaba caer el cuerpo sobre sus pies, iba agobiado...

Debía saber que no eran puras bolas lo de la renuncia y que de ser así el país iba a cambiar de frente...

Y ya más alegre, repasó:

¡Ser ciudadano de esta nación. NO es nacer peón... No es nacer peón...

Los bostezos del *Gran Bostezo*, sus gargajeos, escupidas y el retumbo de sus botas en la madera...

Se pasó la vida en el servicio militar y qué era...

¿Peón? ¡No! ¿Amo? ¡No! ¿Patrón? ¡No!

Y, sin embargo, subía la escalera como si fuera el dueño del universo en uniforme

de coronel y no era nada..., ni amo, ni peón, ni patrón..., ¡capataz!...

Los trancos del militar se perdieron hacia su despacho. Oyóse el ruido de la llave de la luz al encenderla en el gran silencio lleno de tosidas, ronquidos y aburrimiento cuartelario.

El jefe no se quedó mucho tiempo en su despacho. Al ratito oyósele apagar la luz y alejarse hacia sus habitaciones. Paso a paso, mientras se perdía, el capitán Salomé pensaba en sus dichos de viejo trasnochado, hecho en el cuartel a pura baqueta.

—¡Yo ya pagué —repetía siempre que estaba de buen humor—, y ustedes los jóvenes deben pagar! La especie exige que se le pague en hijos, siempre que haya con quién hacer el quehacercito rico. Cumplí mi débito y retiré satisfacciones, agrados, sabrosuras. La sociedad exige que se le pague con una conducta ajustada a ciertas normas que para nosotros están en la obediencia al superior y el cumplimiento del deber de soldado. Cumplí y me quedaron alguna citación en la Orden del Día, mis ascensos y lo bailado...

Sin tenerlo en frente, casi articula lo que tendido en la cama pensaba el capitán.

En pelo, como él estaba, hacía un calor de fogarón nocturno, hijos, honores, placeres, citaciones, medallas, ascensos, no bastaban a llenar el vacío que encierra un uniforme sin pueblo, sí, porque un militar debe tener al pueblo dentro de su uniforme para no sentir el inllenable hueco que él sentía. Y el final de sus parrandas era ése, llorar, borracho de la rabia, al sentirse auténticamente él, aunque esos contactos con su verdadera persona, ya cuando estaba de goma, le dejaban el flato de haber tenido que taparle la boca a un subalterno insubordinado que trataba de evadirse del uniforme a cualquier precio y por cualquier puerta, bien que la única salida era la de la libertad y de los militares, sólo uno encontró esa puerta: ¡Bolívar!...

El nombre del Gran Capitán, capitán con pueblo adentro, capitán como él, le trajo otros recuerdos. Todos los que durante sus estudios, en la escuela militar, se apasionaron por la figura de Bolívar, no hicieron carrera, marcados a fuego por lo que, andando el tiempo y viendo ascender a sus compañeros de promoción que juraban por Gengis-Kan, Alejandro, César, Napoleón, fue para ellos como un estigma anulador.

—¿Y habrá alguna receta —le dijo en un examen, riéndose el general X— para llegar a ser Bolívar?

—¡Sí —le contestó él—, una sola... —en algún lugar lo había leído—, apurar una buena dosis de ese veneno enloquecedor que se llama «el pueblo»!...

Y nadie sabe si por su juvenil, romántico y desmedido entusiasmo por Bolívar, no fue el abanderado de la compañía de cadetes, cuando le tocaba. Lo cierto es que graduado con las mejores notas, no pasó de capitán, no hubo para él más ascenso que el invisible galón de moho de la antigüedad y eso que lo condenaron a prestar servicios en climas infernales, donde la tierra era cárcel, abrazo y tumba.

Durmió de un tirón hasta el amanecer, la sábana con que se tapaba pegada al cuerpo, como un lienzo mojado, la cabeza en la almohada de zacate de conejo y ni

por eso fresca, al lado de la guitarra que le hizo abrir los ojos, si no la charranguea con el codo, en una media vuelta que dio, todas las cuerdas sonaron alarmadas, la desquebraja. Medio dormido, al tanteo la puso bajo la caja, como en el fondo de un río en el que ya él no pudo sobrenadar, pensando, si se confirmaba lo de la renuncia, que se levantaba la aurora de los hombres, no ese estúpido amanecer del día sobre los campos para las bestias y los esclavos.

Pronto alzarían sus ecos tambores y clarines (¿serían de gloria?) y después del toque de diana, el trajín de la limpieza (¿para la fiesta?) y el ir y venir de los desayunos llevados por mujeres sin peinar, la mancha de la leche del seno en la camisa, los crios a miches, y más tarde, ya saliendo el sol, los disparos del Comandante que tiraba al blanco todas las mañanas.

Un salto y fuera de la cama. La prisa de saber si se confirmaba lo de la renuncia. Otras veces encontraba en las duchas a Cárcamo y a otros oficiales. Ahora nadie. No se habrían levantado. Sería él el primero. No era para menos. Tal vez había esa mañana confirmación oficial. Y..., ¡lo mágico!, era su día franco y pedía celebrarlo con una gran revolcada con su hembra y una buena papalina. Pero, no todos los laureles; si se confirmaba la noticia, acuartelarían a la tropa y no saldrían los que estaban ese día francos. Bueno, con tal que se confirmara, aunque no viera a su hembra. Se afeitó con el agua caliente del termo. Rápidamente, antes que se le endureciera más la barba de sólo pensar en la raspada. El asistente le trajo los zapatos lustrados.

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó.

—¡Ninguna, mi capitán!

Y no hubo más noticias de la tal renuncia, pero todos dentro de la Comandancia se miraban, se espían, sintiéndose incómodos en sus uniformes, en sus puestos, en sus movimientos. Algo esperaban, pero no se atrevían a decir qué..., al igual que la gente que pasaba frente a la Comandancia, alebrestada, viéndoles la cara.

No se confirmó la noticia, lo que también fue motivo para empujar copas y más copas donde los viejos Lucero, y llegar después a cumplir con su amor ya medio chichipate.

—¿«Dichosofuí» o... no fui dichoso? —entró preguntando, buscaba a la hembra con los ojos brillosos, y al salir ésta a su encuentro añadió, mientras la abrazaba tratando de hociquearla—: ¡Nos torcimos, ¿eh?, nos torcimos por habernos conocido en un lugar que se llamaba así! ¿Por qué la vétera esa no le puso a su fondín, «Dichoso soy»? ¡Yo no pasé de capitán y vos, perdidas por perdidas las cosas que tenías en tu tierra, te perdiste conmigo! ¡Capitán..., me duele, amor, me duele! Capitán, cuando yo debía ser, por lo menos, coronel efectivo o general de brigada! ¡Pero no podés decir, no pueden decir, que no lo presentí! ¡Allí está don Lino Lucero, que está vivo, y a él le dije que en esos días en que te conocí a vos, que pensaba pedir mi baja y comprar tierras aquí en la costa para sembrar banano! ¡Se lo acabo de reclamar y con él nos tronchamos, me tronché yo sólo una botella de whisky! ¡Ya no

me decís ni pasá adelante!

—Si no me has dejado hablar...

—¡Por eso, digo yo, que hay que seguir siempre lo que a uno le dicte el corazón! ¡Capitán..., bueno, además de don Lino que me desanimó en lo de la agricultura, me creí destinado a una gran carrera militar, acabó de encandilarme la dueña de ese «Dichosofuí», con decirme que todos los Salomé éramos valientazos y que ella había sido más que conocida de un tío mío que fusilaron! ¡Todo se juntó para que yo me quedara de capitán, hasta vos!

—¡Eso es..., ahora echáme las culpas!

—¡Sí, porque si no te hubiera tenido a vos, cualquier día que me hubiera conformado!

—¿Te pesa? ¿Me lo sacás en cara? ¡Te hubieran fusilado como a tu tío! —le echó los brazos al cuello, firmes, acariciadores, lamiéndole casi la oreja al suspirarle al oído—. Los Salomé terminan convertidos en sombras enamoradas de sus propios sueños, ¿te acuerdas que eso también decía esa mujer?...

El no contestó. Sentía el estrujón de sus senos duros, abultados bajo la camisa vaporosa y el juego de sus piernas por debajo al cambiar de punto de apoyo, ya en un pie, ya en otro.

Alguien gritó a la puerta:

—Permiso..., permiso... —pero ya estaba adentro y los sorprendió abrazados—.

Un telegrama para el capitán...

Y mientras éste le daba la propina, el chico repitió varias veces:

—*Un tele p'al capí...*

Escapó a toda máquina, relámpago de pies descalzos, con el recibito del mensaje firmado entregado al destinatario, mientras éste abría apresuradamente, lo leía, se lo guardaba en la bolsa del pantalón, junto a la billetera, y volvía después a cerrar la puerta con llave y tranca, se sentó a la orilla de la cama, al lado de Clara María, que le esperaba ansiosa, sin más prenda que una celeste hoja de parra hecha calzón, bajo cuya trama, no muy tupida, se adivinaba la sombra del pubis.

—¡Mi colchoncito! —susurró el capitán, palpándole el vello.

—¿Qué decía el telegrama? —indagó Clara María.

—Asunto del servicio...

—¿Asunto del servicio?... ¡Del servicio de la otra!

—¿De qué otra?

—¡De la otra! ¿Por qué te lo guardás? ¿Por qué no me lo mostrás, bandido?

—Es asunto del servicio, te digo...

—¡Mostrámelo! Si es asunto del servicio, qué tiene que yo lo lea. ¡Ah, pero como es de *tu* amor!... ¡Salado!... ¡Mucho que venís aquí con arrumacos de que me querés, de que sos mío, de que soy tu muchachita, de que sin mí no podrías vivir!... ¡Quitáte..., dejáme vestir..., pero, bueno está que me pase, por crédula..., por tonta..., y ándate..., ve..., andáte..., no te quiero tener enfrente ni quiero volverte a

ver... ¿Por qué no te conocí antes es lo que yo digo?... ¡Enseñá..., enseñá el telegrama!...

Salomé lo sacó, pero en lugar de dárselo para que lo leyera, lo rompió en dos, en cuatro, en ocho, hasta terminar en pedacitos ue papel.

Ella no intentó nada. Paralizada entre la cama y la pared de lodo, más parecía parte de aquella superficie sin repellar.

Descolgó del ropero un vestido amarillo, se lo puso, y atóse a la cabeza un listoncito naranja.

Ya estaba en la puerta de calle, de espaldas al interior, donde Salomé se abotonaba la camisa, botón por botón, en espera de un cambio en la actitud de ella. Nada. Al terminar, tomó su sombrero, tan acostumbrado estaba al kepis, que dudó si era suyo, el revólver, una cuarenta y cinco de cañón largo que había puesto sobre la mesa, extrajo un cigarrillo de un paquete, y lo encendió.

—Regaláme un cigarro... —dijo ella sin volverse.

—Con gusto... —se dejó venir él, contento de oírla hablar.

—El cigarro que se le da al fusilado antes... —lo tenía ya en la boca cuando dijo así, y dejó que el capitán se lo encendiera, pero éste bromeando, le aproximó la llama del fósforo a los ojos.

—¡No seas bruto, ve si me dejás sin pestañas!

—Sólo un chamuscón...

—¡A la otra chamúscales todos los pelos..., y eso si no va a ser en verso, porque la muy infeliz debe tener su buena ladrillera establecida en la avenida donde vos naciste!...

—Clara María, me voy...

—Adiós, Pedro Domingo...

—¿Quedamos de amigos?

—De amigos...

Y al estrecharse las manos, ella le dijo:

—Yo no recibo telegramas, porque mi amor está cerca.

—¿El asistente del gerente?

—Digo mi amor, no ese gringo colorado que cuando pasa por aquí, toca la puerta y me grita: «¡Entrégate a mí, me acaricias, te doy un auto y me voy!» Mi amor verdadero, un rubiecito joven...

Salomé la tomó de las muñecas.

—¿Quién?

—¿Qué te importa, si no me querés? ¡Cuida a la otra, a la que de veras querés! ¡Falso! ¡Comediante! ¡Embustero! ¡Y a mí dejáme con mi *patojón*!

Intentó soltarse de las manos del capitán, pero no pudo. La apretaba cada vez más rabioso.

—¡Eso no es verdad..., confesá que no es cierto!

—¿Qué no es verdad, que no es cierto?... ja, ja..., así como vos recibís

telegramas, yo recibo visitas. ¡Eso es lo que los hombres quisieran, tener ellos bastantes y que la mujer se quedara *milando*, como el chino! ¡Eso es lo que les gusta, y siquiera supieran hacerlo, pero con tierra y todo, hacéme tavor, con telegramas y todo! ¡Porque allí venía el nombróte de la puta esa..., lo presentía, si el corazón me avisaba y por eso acepté anoche a mi nuevo amor..., un joven rubio con los ojos de gringo, pero que no es gringo!

El capitán la soltó con gesto de asco, escupió la colilla del cigarrillo, apagado en su boca, y le dio la espalda.

—¡Adiós, Pedro Domingo! ¡Te llamás feo..., Pedro Domingo! ¡Mi nuevo amor se llama!...

Y dijo un nombre que aquél ya no oyó.

XXXVI

Boby y Juambo se perdieron en la noche. Al sólo penetrar ya era profunda. ¿Dónde asentar los pies? ¿En la tierra? ¿En la tierra o en la oscuridad? Poco a poco al hundir el paso, el piso no se sentía, pero tanteando mejor, estaba allí bajo sus pies. Lodo y tiniebla. Lodo hecho atmósfera, respirable, envolvente, con olor a lodazal, a hoja podrida, a lluvia, a pelo de animal. Boby no hablaba. Sudaba. Sudaba pegado al cuerpo estático. Cuerpo de antes. Cuerpo de ahora. Cuerpo de siempre. Aturdido, balbuciente. Lo arrancó de la calle. Gatuna. Mañana volvería. Amor con sesos de perfume. De perfume de huele-denoche. Nupcial. Cabalgando entre fibras de cabello de ángel decapitado. Los quilamules tejedores. El resuello después de la llanura. ¿Quién apretaba las ligaduras? Al fin, al fin, al fin. ¿Para qué más apretadas? Ahorcarse, la lengua, el pataleo y la enloquecida sangre que no ha salido de la vinajera, que es todavía vino, que no se ha vertido en el misterio carnal. Otra vez el reguero de la mano gatuna en las vértebras, tras las orejas, por el cuello, allí por donde pasaba la sangre hacia su cabeza, como tromba, y regresaba como sueño, el cerebro es el pulmón donde las realidades que arrastra la sangre se tornan sueños inexistencia, deleite y huida arrebatada, violenta, sin palabras... No fue sueño... Fue real esa sensación de irse por los pulsos, la garganta cerrada, sin poder respirar ni tragar saliva...

—¡Mi amito!... ¡Mi amito!... —le llamaba en voz alta el Juambo, desde la puerta —, ¿por qué se entró?... ¡no buena mujer esa!..., ¡es mejor que se apure!..., ¡tarda, mi amito, tarda!

De las manos se le fue el mulato a Clara María.

—¡Mala será tu madre, desgraciado!

No eran sino sombras, sombras vestidas, y entre el vestido el pellejo, el sudor.

El Juambo se escapó, asustado, enloquecido, hasta dar con su rancho.

—Madre, ¿no dormir?

—No...

—¿Madre despierta?

—Sí...

—¿Madre oír mujer podrida robó niño?

—¿A qué llevaste niño esa calle?

—¡No calle, huatal!

—¿Llevaste?

—Llevé...

—¡Sambito!

—¡Madre no llora! Lágrimas volverse avispas y picar Sambito. ¡Sambito no llevó niño, mujer! Llevó niño esconderse. No querer ser más jefe. Pandilla huir, pandilla abandonarlo entre los muertos...

La madre del mulato se levantó sostenida, como por resorte, por el temblor de sus

arrugas, y tanteando, tanteando, dedos largos de ciega, fue hacia la puerta del rancho.

—¡Vamos, Sambito, niño estar entre los muertos!

—¡No, madre, niño salió conmigo! La palomilla lo abandonó, pero salió conmigo...

—¡No, Juambo, niño estar entre los muertos!

—¡Niño estar en «Semírames», la casa de los Lucero!

—¡Entre los muertos, Juambo, entre los muertos! ¡Vamos! ¡Se queda, se queda entre los muertos, si lo dejan aquí!

—¡No, madre, aquí lo mandaron para salvarlo de la lluvia de fuego!

—¡Que se lo lleven! ¡Que se lo lleven!...

Mareada. La mareó la bocanada del calor al salir del rancho y no fue muy lejos, se detuvo cerquita de un tunal. Todas las espinas de las hojas de tuna y las tunas vellosas, lanudas, apuntando a sus manos que navegaban en el aire caliente. Era un puñito de huesos, silencio y geometría de trapos almidonados.

Juambo la regresó. Pero la vieja no se conformaba. Salvar a Bobby, sacarlo de entre los muertos. El mulato debía ir a «Semirames» a imponer a los millonarios Lucero de la amenaza que se cernía sobre el muchacho. Si todos los pistudos de por aquí se fueron ante el peligro de la huelga, qué esperaban ellos para liar maletas y salvar el pellejo. Que los huelguistas mataran a Bobby, para acabar con la familia Maker Thompson, no había otro descendiente varón, o para vengarse en el nieto de lo que el abuelo les hacía.

Y no supo Juambo con cuál de los hermanos habló. Todos eran viejos, panzones, con anteojos, canosos y desconfiados. No habría tal huelga. El *Papa Verde* ordenó desde su lecho de muerte, que se les concediera a los trabajadores todo lo que pedían, o pidieran, esto se lo soplamoqueó con las narices a presión de fuelle, el panzón, canoso, anteojado y desconfiado de los Lucero que le hablaba. No existía, pues, peligro alguno para Bobby. Le obsequió un puro y dio por terminada la visita.

Borracho de humo, Juambo tenía la sensación no de haberse fumado el puro, sino un incendio.

Anduvo distancias de humo con el puro encendido en busca de Bobby. No estaba en «Semirames». Se escurrió sin su pandilla y sin decir a dónde iba. El mulato sabía, pero no hubiera querido encontrarlo allí, pegado a un cerco de hojas calientes, en un vericuetto de tierra removida por el ir y venir de sus pasos. Cuánto había andado, sin estar borracho de humo, en el mismo sitio, en el mismo espacio, encarcelado al aire libre, bajo el cielo, como todos los enamorados, frente a una casa blanca trepada al final de un terraplén. Le castañeteaban los dientes al sorprendido muchacho en el bochorno rechinante del oscurecer, como si deseara en frío a la que le dijo que lo esperaba esa segunda noche para despedirse. Apretó los puños de sus manos escondidas en las bolsas del pantalón al asomar su cara de pan abizcochado, sin un pelo, poca ceja y poca pestaña, el mulato que arrastraba los pies, echado para atrás, como diciéndole agradezca que no lo dejó solo. Hubiera querido desaparecerlo.

Soplar y que se borrara de su presencia. Aunque luego le sonrió, contento de sentirse acompañado, no porque tuviera miedo, miedo a algo concreto, real, miedo a las cosas que se borraban en torno suyo, pues aunque sentíase turbado por el vacío de la tarde y la presencia ausente de los desconocidos que pasaban, lo que le atemorizaba era volverse loco en en aquel anhelar vago, olfateante y angustioso de la espera, no saber hasta dónde se expandería su pecho golpeado a reventar por su corazón sin salida, cada vez que se desmigajaba en su sangre el deseo, la imperiosa necesidad física de verla, de estar con ella.

Juambo podía quedarse —en el fondo le agradecía el cuidado, rauda velocidad cambiante de su pensamiento—, a condición de esconderse, de no aparecer, pues aquélla le hizo jurar que vendría solo.

Después de esta advertencia, Bobby lo calló con el dedo en los labios, no una vez, todas las veces que el mulato intentó hablar, comunicarle algo, y le amonestó al menor movimiento, obligándolo a permanecer quieto entre las hojas del cerco que por detrás daba a unos maizales y por delante a la casa, en el terraplén. Ruido de animales ligeros, entre las ramas, garrapateo de uñas en los troncos, deslizamientos de silencio a medida que los pájaros volvían a los nidos, y una que otra estrella primeriza en el cielo inalcanzable.

Rápidamente encegueció la tierra. Humedad de agua llorada. Alguien asomó a la puerta. Nadie. Ahora sí. Tampoco. Había que esperar. El mulato le instaba a marcharse. «Le dio cita por tomarle el pelo.» Bobby cerraba y abría los ojos. «Al abrirlos, sale», se decía. Los abría y nada. Todas las cosas en su lugar. Los últimos pasos de gente que parecía volver a la vida, regresaban del trabajo, o marcharse para siempre en camiones y autos que se detenían. Pero, para Bobby, nada existía, mientras no se abriera la puerta de aquella casa blanca, la última en el terraplén, con su techo de zinc que brillaba azuloso. No podía ser, reflexionaba, y le daban ganas de acercarse, de unos cuantos saltos llegaría, tocar y preguntar por ella. ¿Y si mandara al mulato? No, le juró que vendría solo ¿Y si arrojara una piedra al techo de la casa? Para eso tenía buen brazo. Cuestión de buscarla. Poco se veía en la oscuridad, pero buscando con el pie, la encontraría. ¿Y por qué al techo y no a la puerta? Una pedrada en la puerta. La señal, siquiera, de que la había estado esperando.

—¡Mala mujer!... ¡Mala mujer!... —rezongaba el mulato, sudoroso, feliz de volverse con el muchacho desencantado, y hasta le tocaba el hombro para írselo llevando.

Y ya se alejaban, Bobby adelante con la cabeza caída, de mal humor, y Juambo sin disimular su contento de perro de dos colas, tal parecía al hacer fiestas con los brazos. Pero un ruido cambió todo. La puerta y ella, vestida de amarillo, bamboleándose en una luz de pompa de jabón.

—¡La feroza! —gruñó el mulato, y hubiera querido retener a Bobby, ponerse frente a él, aunque lo atropellara, arrodillarse, gritar, abrir los brazos para que no pasara; pero titubeó, tal baño de felicidad iluminaba la cara del amito, y cuando vino a darse

cuenta ya éste se alejaba más de prisa que un ventarrón en zancos.

Candela..., candil..., luciérnaga..., estrella.., ¿qué tenía en la mano aquella visión de ánima dulce?, se decía Bobby, al acercarse a ella, mientras Juambo, pegado al cerco, con los ojos cascarudos de encono, preguntábase por qué la feroza no destiznaba la casa con luz eléctrica, qué cuenta era ésa de recibir a Bobby a oscuras, medio vestida, de incendiarle el pelo de seda de oro, no de gusano de seda, de gusano de oro, al levantar la lumbre para facilitarle los últimos pasos.

El la mira, la mira, la mira... La tiene agarrada y no se cansa de verla. Ella también lo mira, lo mira, lo mira, sin decir nada, entre curiosa y contenta de sentir la mano convulsa de Bobby sobre su pecho, entre sus senos, húmedos, sudorosos, anuentes, los pezones como tronquitos de begonias cortados a punto de dar flor.

Cerraron la puerta. Estiércol de vaca quemado en un brasero para ahuyentar a los zancudos y de estoraque para contrarrestar el humo hediondo con el perfume del liquidámbar.

Entraron a la casita. Nadie. Ellos y la radio.

Juambo se descalzó y con los zapatos en la mano fue desde el cerco hasta lo de atrás de la casa y en la primera rendija encajó el ojo, espiándolos. Ella desnuda, color café dorado, acostada bajo el cuerpo lácteo de Bobby, iluminados con luz de música, por la radio encendida junto a la cama, que tranqueaba como si fuera andando, bailando, saltando, al compás de los movimientos con que aquéllos parecían seguir la melodía cálida, inestable, que llegaba a sus oídos con volumen de morbo a contagiarlos de su epilepsia alegre.

—¡Amito amansa zumbadora! —se pisoteaba Juambo un pie con otro, espiándolos—. ¡Amito blanco y zumbadora no! ¡Y qué es eso! ¡Dónde se ha visto eso! ¿Con música eso? ¡Ya ni que fuera melopeya! ¡Ju, ju, ju..., es a dúo..., zum..., zum..., zum..., bésela bien amito..., zúmbesela..., catizúmbesela... —y el zumbido se le dormía al mulato en la bramadera de las narices, entre los dientes, con la cosquillosidad del estornudo que no llega a fraguarse, que se dispersa en pulverización efervescente de agua gaseosa. Pero el amito iba cada vez más ligero y el mulato ya no sabía si escupir o tragarse la saliva, la lengua en sopas espumosas, resoplando como un tren, pegado a la rendija, bajo lluvias de sudor que le caían de su poco pelo de hollín ensortijado, como si su respiración de vapor se volviera líquido en su cara lampiña.

—¡*Crazy!*... —gruñía Bobby, frenético, endemoniado, poseído, al compás del jazz que trasmitía la radio, loco como un loco, bailando de rodillas, de codos, de boca con boca pegadas, de vientre con vientre, de piernas abiertas, de piernas cerradas en el frenesí del *swing*, sintiendo y trasmitiendo, sintiendo y trasmitiendo, abarcando, abarcando, abarcando cada vez más, abarcándose cada vez más, cada vez más, cada vez más fuerte, abarcando, abarcando cada vez más, mientras de ellos iba quedando cada vez menos..., c... a... d... a... vez... me... nos, ¡*wa wa!*..., ¡*wa wa!*..., a desaparecer, ¡*wa!*, a no resistir..., ¡*wa!*... a no abarcarse..., ¡*wa!*..., a no encontrarse,

¡waaaaaAAAA!... Un GRUÑIDO de la misma trompeta, vigoroso, brutal, gruñido de jungla, reactivó sus cuerpos tremantes, tras un breve no ser música ni carne, para lanzarlos al desgonzamiento eléctrico, brazos y piernas flotando lejos de ellos, divididos y subdivididos en pedacitos sonoros hasta fundirse a temperatura de metales y resbalar desde allí, latigueantes besos, mordiscos sueltos, jadeos prensiles, por la durada del clarinetista, anudados en un solo desgarramiento, antes de caer en los pliegues aterciopelados de los saxofones que de pronto empezaban a cortar silenciosos ardorosos, hostigadores, entre las espuelas de los címbalos, el *paab-chink-ab-paab*... de la batería, la pena ambulante de las tripas del contrabajo, ya todo más ligero, en tiempo elástico, en tiempo de espera, el piano entrando y saliendo por sorpresa y ellos, entre el espasmo y el éxtasis, sin alcanzar al *jazz*, percutientes como si de sus cuerpos sólo quedara el latido cortado por compases de vacío, síncopa de síncope, sexos-saxos, saxos-sexos, síncopa de síncope, chocando, improvisando caricias, chocando, creando nuevas formas de besos, de besos-palabras, de besos-palabras-mordiscos, chocando, chocando como masas ciegas, inertes, llorosas de sudor...

+++...ella se abandonó con peso de culebra muerta y Bobby quedó sobre su hombro embrocado, los ojos bajo sus párpados, los dedos en el vacío, y sus oídos cerca y lejos de la canción que borbotaba de la radio...

«*Play that sing Jazz band!*

Play it for the lords and ladies,

For the dukes and counts,

For the whores and gigollll...»

La transmisión se cortó de pronto, en seco, pero la interrupción no había sido allí. Bobby levantó los ojos y se dio cuenta que la radio seguía encendida, llena de esos gusanitos del eco que parecen devorar el cadáver del sonido, y en lugar de la canción, oyóse una voz que en tono dramático anunciaba:

«¡Atención! ¡Atención! ¡Dentro de breves instantes se dará a conocer al país un comunicado de la presidencia de la República!»

La feroza sacó el brazo hasta la radio, la apagó y estrechóse en la oscuridad al cuerpo de Bobby.

Inútilmente apretó el mulato la cara a la rendija, a falta de sacarse el ojo y tirarlo rodandito como una bolita de cristal, por la tiniebla en que aquéllos se habían quedado hablando como dormidos. Pegó la oreja. ¿Qué diría el comunicado?... No se oía nada... Aquéllos no dormían, se besaban... ¿Qué diría el comunicado de la presidencia?... Debió ser algo importante... Interrumpir una transmisión y ya tan noche... Pegó más la oreja... No se oía nada, sólo el intraducible idioma de la cama, que, ya sin música, repetía el compás del movimiento de los cuerpos perdidos en la sombra: *quiji-din-güin-dije...*, *quiji-din-güin-dije...*

—¿Qué diría ese comunicado? —se rascaba Juambo la cabeza, las pupilas escondidas, como si buscara la respuesta, por adivinación, en los altos de sus ojos,

desnudas las blancas cáscaras de huevo de las córneas que le arrancaban desde los pómulos dándole aspecto de calavera.

Así lo miró y casi se persigna, la feroza, desde la oscuridad de la pieza, a través de las rendijas, en la luminosidad de la noche, exasperada por el calor, deprimida por haberle faltado a su hombre con aquel muchacho rubio que ahora dormía como un angelito. Se había levantado poco a poco a lavarse, sin prender luz, sin hacer ruido, y mientras estaba sobre la palangana, lavándose y refrescándose, pensó abrir la ventana y bañar con aquella agua al mulato; pero, mientras chagüiteaba el líquido, pensó en el escándalo. Haría bulla y despertaría al rubio. Mejor afuera. Salir de repente y darle unos sus palos con la escoba. Se echó un vestido encima, deslizándose hacia la puerta y poca resistencia ofreció Juambo, quien, tomado de sopetón, no pudo defenderse de los escobazos y arañazos de aquella que, para no perder la costumbre, al tiempo de pegarle y clavetearlo con las uñas, lo bolseaba, sin encontrar en los pobres huecos de trapo hediondo de los bolsillos de su chaqueta, otra cosa que algunos restos de huesos de muerto.

Se le enfrió el cuerpo, como si la hubieran sumergido en un baño de hielo en medio de aquella temperatura de fuego, sin saber dónde arrojar, cerca de su casa no, frente a su puerta, nunca, aquellos huesecillos aún enmantecados de grasa humana, y corrió tras el mulato que saltó el cerco y perdióse por el maizal, gritándole como una endemoniada:

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Decíle a la que te manda a echar huesos de muerto frente a mi casa, que no le ponga telegrama! ¡Que no gaste en ponerle telegramas! ¡Que así quién no, por telegrama! ¡Que le venga a poner el culo aquí en la costa! ¡Y como a vos te vuelva a pescar en esa cacha de echarme huesos de muerto frente a la puerta, no vas a salir vivo! ¡Oílo bien, desgraciado, oflo bien, no vas a salir vivo de aquí!

Arrojó los huesos lejos, lo más lejos que pudo, y limpióse las manos en las hojas húmedas, pero sentía los dedos como dormidos y en el cuerpo la congoja de su impotencia ante el polvo de difunto que, aquella maldita del telegrama le mandaba a botar frente a su puerta.

Iba a perder el padre de sus... mañas, de sus mañosidades, porque no tenía hijos, su Pedro Domingo, que, aunque se llamara feo, era el más viejo de sus amores, con el único que había jalado parejo, y por más viejo, el verdadero, del tiempo de la cantina «Dichosofuí», pues todos los demás, como el del canchito ése que tenía en la cama, no pasaban de ser encimismamientos, encimismamientos por aquello de que a una se le ponen encima un rato y nada más.

Juambo cruzó el poblado en sombras, sin poderse sonar con la mano empuñada, contentándose con restregarse de abajo arriba las narices mocosas, pues entre los dedos, duros como raíces, llevaba un mechón de pelo lacio y mantecoso que le logró arrancar a la mujer que lo atacó, la cual, para él no era alma de este mundo, sino un espíritu maligno que saltó del cuerpo de la feroza, se puso su vestido y salió a darle maque por estar espiando. Si al parar más adelante y abrir la mano, en lugar de

cabellos llevaba cuerdas de guitarra confirmaría que había tenido que vérselas con la Sigumonta en persona, la Sigumonta Verde que algunas noches asoma en los bananales a robar hombres machos que son los que le gustan.

Se detuvo, sin encontrar más luz que la de las estrellas, tantas en el cielo que se topeteaban, pues aquella noche, y quién sabe por qué, no encendieron los reflectores, grandes focos y rosarios de luces eléctricas de la Compañía. Pero ya no tuvo tiempo de saber si eran pelos o tripas de las que llevaba en la cabeza la Sigumonta Verde, fantasma hambriento de hombres, lo que él apretaba en la mano sudorosa, pues se le nublaron los ojos, borracho de sangre agolpada en su cerebro, al darse cuenta que la feroza le había robado algunos huesitos de la sagrada mano de su señor padre, que llevaba escondidos en una de las bolsas de la chaqueta.

Le costó creerlo, dos, tres veces seguidas, en un primer impulso, y muchas otras, después, en sucesivos arranques, registró el bolsillo, y todos los bolsillos con las manos tembleques, dejándolos fuera como nidos abandonados, escritos de animales muertos o almohadillas vacías. Y si los hubiera botado, si los hubiera perdido, mientras aquélla le pegaba con la escoba, o en los grandes aspavientos que hizo para no dejarse peinar la cara con las uñas de mujer mala, lo más enconoso que hay, o en la rispa que agarró, pies para qué te quiero, por el miedo de que lo alcanzara. Trató de sentarse, a saber cuánto tenía de estar parado, de encucillarse poco a poco, pero cayó enrollado sobre sus pies, como un bulto de ropa sucia. Imposible volver a buscarlos. En aquella oscuridad y sin una luz. Y dejarlos por perdidos, imposible, imposible. Se enjugó el sudor que le corría por la mejilla pegando la cara a la costra de la pared. Imposible perder huesitos de la mano amiga de Agapito Luisa, su padre, que con tanto gusto le tendió la diestra, desde donde estaba, con los ojos abiertos, ya eterno, qué comfortable, ya eterno. Tendría que esperar la madrugada, al sólo salir el sol. A gatas, rastreando, regresaría hasta allá y si la feroza se los hubiera robado, le sacaría trato para que se los devolviera, pero quién sabe cuánto iba a querer de paso.

La población despierta en la oscuridad. Las puertas abiertas. Las ventanas de par en par. Los vecinos paseándose como presos. Los vecinos principales. Y echando humo, cigarrillo tras cigarrillo, las manos a la culata de la espalda, trenzadas, destrenzadas. Las mujeres sin moverse, el chicle entre los dientes. Hablar es tragarse las cosas para afuera, mascar chicle tragárselas para adentro, tanteaban con sus pensamientos explicaciones sonámbulas a su inusitado silencio. Tragarse las cosas para afuera, lo que hacían al hablar, no podían explicárselo. Pero era así, mientras decían las cosas, se las tragaban. No se lo explicaban, pero era así; y en eso pensaban a lo zonzos balanceándose en las mecedoras o en las hamacas, ahogadas de calor, mientras sus hombres se paseaban en el límite de la oscuridad de sus casas. Las noticias no eran para pegar los ojos. Un lacónico comunicado de la Presidencia de la República, anunciando a la población que se tomarían medidas drásticas contra los grupos que intentaran realizar manifestaciones y contra todos aquellos que habían abandonado sus servicios en los hospitales, en los juzgados, en los tribunales; contra

los comerciantes que mantuvieran cerrados sus comercios, y contra los maestros que no asistieran a las escuelas; así como con los padres de familias que se negaran a mandar a sus hijos a las clases. Se reprimirían con la pena de muerte: actos de sabotaje, propagación de rumores, abandono de servicios de agua, electricidad, transporte ferroviario, ocultamiento de armas, bombas, explosivos, impresión y circulación de volantes concitando a la ciudadanía a sumarse a la huelga...

Otras noticias circulaban, pero sólo entre los muy conocidos. Viajeros que venían de la capital hacia el Sur, en el tren que pasó por Tiquisate, contaron que miles de manifestantes pacíficos, con las manos a la espalda, después de varias escaramuzas con la policía, desfilaron frente al Palacio Nacional, donde estaba reunida la *fiera* con algunos de sus ministros, secretarios, ayudantes. ¿Qué hacer?, ¿por qué no se evitó aquella procesión del silencio, aquella manifestación de hombres que no eran hombres, sino fantasmas, maniqués que emergían de catorce años de dictadura, mudos, y sin más movimiento que el de sus pies sonando en el asfalto con paso de protesta? ¿Dónde, dónde estaba el jefe de la policía? Con alguien de los suyos debía desahogarse la *fiera*. Lo abofeteó. Destituído. Un sustituto. Ordenes. La caballería. Bestias. Cascos. Herrajes. Borrar de la plaza desierta con el pataleo de los caballos que echaban chispas, jineteados por soldados de uniforme en llamas sobre pieles cobrizas, y oficiales con los sables desnudos, aquel pasar, pasar, pasar de la columna fantasma, que se oía, que seguía, que no dejaba de pasar. Sólo siendo fantasmas se explicaba el desafío de la *fiera* en su jaula en su palacio... «¡Sí, señor Presidente!»... «¡No, señor Presidente!»... se contradecían los ayudantes. «¿Pero —rugía la *fiera*—, son o no son fantasmas?... «¡No, señor Presidente!»... «¡Sí, señor Presidente!»... Retrocede. Arrastra un poco la pierna, retrocede hasta el fondo de su despacho fragante de caobas, acabado de estrenar, nuevecito. Sobre la mesa, al lado de su escritorio, también de caoba rojiza, carnosa, con entalladuras, una selva de teléfonos en fila, tan cerca uno de otro que las horquillas plateadas, dientes de dos puntas, simulaban la carcajada de una enorme calavera metálica. Uno de esos audífonos basta para desencadenar la matanza, Pero aquél se detiene, no se decide, titubea ante cada teléfono, y todos los que corren a palacio a ponerse a sus órdenes y le rodean en el despacho presidencial, se desasosiegan al sentirlo perplejo, dudando si dar o no la orden para acabar a sangre y fuego con los huelguistas y los bolcheviques, pues sólo gente de esa doctrina podía concebir y realizar aquellas manifestaciones, verdaderas fiestas suicidas, aparte de la técnica empleada, de corte netamente bolchevique, más o menos la que usó Lenin en su famoso golpe de Estado, según decía un hombrecito con voz de chicharra, el más temible de los secretarios; Simultaneidad de las manifestaciones en calles convergentes a la plaza central, de apariencia popular, espontánea a los ojos de los extranjeros pues se organizaban con hombres y mujeres que iban por las aceras, de paseo o en sus ocupaciones y que de pronto, cuando menos se esperaba, echábanse a la media calle y organizados en columnas de manifestantes, sin dar tiempo a la policía a contenerlos, tomada de sorpresa, ni a la

caballería que en aquellos momentos luchaba por impedir las avalanchas humanas que avanzaban por la plaza, hacia palacio.

«¡Ah!, ¿no son fantasmas?», volvióse la fiera, casi se sintió el manotazo en el aire, y se quedó como pensando. «¡No, señor Presidente, no son fantasmas, son bolcheviques!», achicharró sus oídos el siete, el seis, el cincomesino del secretario. Desde más lejos, el Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores insinuó, con nitidez diplomática, que no convenía acusarlos de tales, por estar el país en guerra y ser aliado de Rusia, que mejor si se les llama «nazifascistas», opinión que hizo tragarse los dientes a la *fiera*, en el rechinido con que los molió —a él le gustaban más los *nazis* que los *bolches* y guardársela al cancillerito, mientras a vuelamanos corrían los ayudantes a cerrar las ventanas, temerosos de que golpeará los oídos presidenciales, lo que ya no era mudo silencio y paso de fantasmas, sino el grito de estudiantes y maestros que le exigían la renuncia. «¡No, señor Presidente!» «¡Sí, señor Presidente!», se confundían los ayudantes, cuadrándose, taconeando, golpeándose mano y brazo en sus pistolones. «¿Pero, qué es lo que piden? ¿mi renuncia?», rugía la fiera. «¡Sí, señor Presidente!», «¡No, señor Presidente!». «¡Hay que sentarles la mano!», aconsejó el Ministro de Relaciones Exteriores. «¡Yo sé lo que debo hacer, hijo de puta!» rugió la fiera acorralada por el mar humano que desbordaba la plaza. No dijo qué... («¡Que renuncie!... ¡que renuncie!... ¡Que se vaya!... ¡que se vaya!»), pero en ese momento había tomado su resolución...

Los viajeros, que en Tiquisate contaban esto, no sabían cuál. Se hablaba de un cambio de política. Presos políticos que liberar no había. El señor se daba el lujo de tenerlos bajo tierra. Los desterrados no querían regresar, aunque él les abriera las puertas de la patria. Se hablaba de la renuncia de los ministros. Algunos jefes departamentales, con cementerio particular, serían removidos. La muchedumbre ya no sólo le pedía la renuncia, sino lo insultaba, caído en su trampa con la robustez de la malla que lo acorazaba a prueba de balas y le daba aterradora planta de muñeco, la pierna a rastras al salir de un lado a otro, gachones los párpados de collón, a la cintura la infalibilidad del revólver, en la mano, el fute. «¡No eran fantasmas, eran bolcheviques..., bolcheviques...!»», necesitaba repetírselo muchas veces, para creerlo y fortalecer su resolución ya tomada: dejar al país en manos de los bolches, seguro de que el descalabro sería tal, que lo llamarían a gobernar de nuevo, y por eso, contra las órdenes terminantes de exterminio en masa que sus secuaces esperaban, hubo un como debilitamiento de su instinto primario y ladinamente evitó que se ametrallara al pueblo, y decretó que se cancelara la deuda inglesa, para declarar que el país no le debía a nadie, y la nacionalización de la propiedad alemana, para anunciar el enriquecimiento del ciento por ciento del patrimonio nacional. Se iría para que lo llamaran; pero eso nadie más que él lo sabía, y todos estaban pendientes de sus gestos, admirados de su sangre fría, de su serenidad ante los insultos de la multitud, aterrorizados de saberse presentes en momentos en que reclamaban su cabeza a los gritos de «¡Muera!, ¡Muera!, ¡Muera!»», aire y luz paralizados en la atmósfera de

asalto, linchamiento, paredón, patíbulo y hoguera.

Pero los pasajeros que traían estas noticias de la capital, el tren nocturno se detuvo en Tiquisate y siguió hacia el sur, indagaban qué pasaba en las plantaciones bananeras, por qué no se declaraba la huelga, qué esperaban los campesinos que ya debían estar en las trincheras del paro general.

No amanecía. Lagunetas de agua llovida, estrellas como salpicaduras de oro, ganados recortados en felpas de sombra, inmóviles sobre los campos, raspaduras de luna, gallos desvelados, y el regreso doliente de Juambo que se amparó de una linterna eléctrica para buscar alrededor de la casa de la feroza, entre el cerco y el terraplén, los huesos de la mano de su padre.

Allí estaban. Los encontró y los pesaba, agradecido, babeante, para saber si no habían perdido su virtud de engendro y piedra imán, cuando por entre el cabello, como un aire, sintió venir el bulto oscuro de aquella, que látigo restallante en mano, avanzaba amenazándolo. No le dio cuerpo. Puso pies en el maizal con rapidez de gato de monte. Ella quedó en la tiniebla ya de color oliva, desdoblado a todo lo largo del silencio, sus amenazas de muerte:

—¡Si te llego a ver por aquí, echando tierra de muerto y huesos en mi puerta, frente a mi casa, no vas a contar el cuento! ¡Te lo juro! ¡Te lo juro que te voy a matar! ¡La que te pagó para que me hicieras el daño, la del telegrama pagó tu muerte! ¡Por Dios, oíme bien, por Dios que pagó tu muerte! ¡Si te vuelvo a ver por aquí no vas a salir vivo!...

Juambo corría sudoroso y húmedo de rocío, nunca más feliz, con los huesos de la mano de su padre, y se internó en las plantaciones, entre los bananales, a esa hora del alba en que el silencio tiene color.

XXXVII

Por momentos parecía no tener sentido lo que hablaban a esas horas de la madrugada, calurosa, macerante, pulpa de humedad y esponja de luceros y sereno. Toda la noche discutieron hasta el alba si se iba o no a la huelga en las plantaciones bananeras, amontonados uno sobre otro, eran muchos los delegados de las fincas y campamentos de trabajo y poco el espacio en aquel rancho mal alumbrado, sin verse las caras que desaparecían bajo los sombreros aludos, vidriosos de sudor los tórax de los que no tenían camisa, y otros con este lucimiento y chumpas de cuero o de gamuza con flecos en las mangas, para más lujo. Una lámpara de claror blanco bajo una pantalla aguacalada, daba luz a la mesa de la presidencia, cubierta de papeles, tintero, plumas, lápices, vasos con agua, cigarrillos quemándose, y con las manos de los que presidían la reunión, cuando cansados o nerviosos las posaban encima, juego del que eran ajenas las manos de Tabío San, puestas sobre la mesa como las de una estatua, hasta el momento en que empezó a encoger los meñiques, viva angustia que se comunicó a sus otros dedos ya en movimiento retráctil, como si instintivamente los apartara de ese ruido de crótalos de serpiente venenosa que tenían los billetes verdes, crocantes, que ya, sin duda, circulaban entre los que se oponían a que se declarara la huelga, echando galanas sobre los aumentos acordados por la Compañía en los jornales que pagaba, y su promesa de pagar cada vez más y mejorar las condiciones de trabajo.

—Es mi parencia —argumentó un nariz puntuda que por apoyarse demasiado en el envarillado de la pared del rancho que le quedaba a la espalda, se fue para atrás y llega al suelo, si un compa que le quedaba cerca no lo agarrara a tiempo.

—¡No se asuste, compañero! —aprovechó San—. Eso que le pasó, nos sucedería a todos si por seguir su parecer confiáramos en los aumentos de la Compañía, acordados así como así, sin el amarre sindical, puestos como esas cañas del rancho. Podridos los bejucos con que estaban sostenidas, que en este caso sería el interés de ellos para que no se declare la huelga, esos aumentos quedarían como estaban esas cañas, en el aire, y el golpe nos avisaría que el bienestar se había acabado. Por eso insisto en que no se pueden aceptar tales aumentos ni mejoras, si, como se ha dado a entender aquí, la compañía pone como condición que por ahora los trabajadores no se organicen, no se forme el sindicato que significa: contrato colectivo, seguros sociales, vacaciones pagadas, salario familiar...

—Su ponencia que sea así —insistió el de la nariz puntuda— recibámosles el favor de los aumentos —lo de favor fue rechazado con voces de desaprobación y airadas protestas—, bueno, pues, retiro lo de favor; recibamos los aumentos y después, pasadito un tiempo, organizaremos el sindicato.

—Es decir —argumentó San, vivamente, sin soltar la presa—, hagamos el rancho sin buenos amarres para que se nos caiga encima...

Todos corearon festivamente las palabras del cabecilla, risa en la que se deslizó el

rechinido de dientes de los «Gambusos», grupo formado por los jaladores de fruta, el más decidido partidario de la huelga, y el más belicoso, por aquello de que, como ellos mismos decían, entre más bajo se está, más alzado se debe ser.

—¡No, compañeros delegados —continuó Sansur—, aceptar esos aumentos antes de formar el sindicato, sería pan para hoy y hambre para mañana. La Compañía debe tratar lo de los aumentos que nos ofrece con los representantes legítimos del sindicato que vamos a formar, como cuestión previa. Desde el comienzo de esta reunión advertí, y ahora lo repito una vez más, que no está a discusión ni lo de la huelga ni lo de si se aceptan o no las propuestas que hace la compañía, sino la formación del sindicato que en adelante será nuestro representante legal. Una vez votado esto, discutiremos y votaremos lo referente a los aumentos, y si vamos o no a la huelga por las otras reivindicaciones contenidas en el pliego de nuestras demandas. Creo que todos estarán de acuerdo en proceder en el orden que aconsejo...

Hubo murmullos de aprobación, pero algunos se pararon a decir que no, que lo que se discutía era lo de la huelga y los aumentos. Hubo algunos que se movieron como queriéndose ir.

—¡Cálmense! ¡Cálmense! ¡Calma, señores! —intervinieron varios.

—¡Si me dejan hablar..., oigan..., óiganme lo que quiero decir!

—¡Echele al verde! ¡Echele, cuando empiece a hablar se callan! —animaba al que seguía con el brazo levantado, pidiendo la palabra, un campesino aladinado, de cuerpo ancho y cabeza pequeña, con boca de tortuga, que se levantó a gritar— ¡Silencio!... ¡Silencio compañeros, silencio... —y al empezar la calma, añadió—... que aquí tenemos una voz caliente de estar guardada en pecho joven!

Otro intervino ya cuando todos se callaban:

—¡Andele, compañero, eche su espiche!

—¡Puchis! —saltó otro—, escriturado se trae lo que va a decir.

—¡Compañero, este papel —mostró levantando en la mano un pliego escrito— les habla mejor que yo de lo que está pasando en la ciudad capital, donde se ha declarado la huelga completa. Me vino como carta. Me lo trajo un propio que aqúcito está conmigo —palmeó a un hombre de sombrero aludo y picudo, como de *cow-boy*—, que acababa de llegar. El recaudo es que nos piden solidaridad y firmeza con ellos, pero la Compañía nos está queriendo engatuzar con aumentitos...

—¡Eh! ¡Eh! ¡Que no son aumentitos! ¡Ofrece más de lo que le hemos pedido! —intervinieron varios.

—¡No serán aumentitos, pero es miel de dedo para callarnos el pico, y eso no puede ser, cuando allá en la capital, gente que vive bien, se ha declarado en huelga! Y ¿por qué, por qué se han declarado en huelga, por qué está todo cerrado: mercados, bancos, escuelas, hospitales?

—¡Por política! —gritó alguien, no se vio quién, en el fondo del rancho por donde se iba colando el día, entre las paredes de caña, como entre los barrotes de la eterna cárcel de la miseria campesina, pensaba Tabío San que había vuelto a quedarse

con las manos inmóviles sobre la mesa en que presidían con él varios delegados.

—¡Eso no dice aquí —esgrimió el otro su papel—. ¡Se declararon en huelga por unos maestros de escuela que dejaron en la calle y unas enfermeras que echaron injustamente del hospital!

—¡Pretextos quiere la... huelga!

—¿Quién es el que está jodiendo allí? —preguntó alguien aparte, con voz somatada.

—¡El mierdoso ese pagado por los gringos!

—¿Roso Contreras?

—Sabido...

—Pero el papel además dice...

—¡El papel aguanta todo, compañero! —insistió en sus interrupciones Roso Contreras.

—Dice el papel que la ciudad se ve como desvanecida, sin un auto, sin una gente, todo desierto, sin periódicos, con la amenaza de quedar a oscuras y sin agua...

—¡Todo por unas enfermeras y unos maestros... déjenme reír! —interrumpió un entrecañoso y pelado de jote que estaba al lado de Roso, muy a la vista del codazo que éste le dio como recordándole lo que tenía que hacer.

—¡No solamente por ésas! —adelantó un paso el que había traído la carta—. Yo vengo de allá mismo y ahora lo que se está exigiendo es que cambie el gobierno su modo de ser.

—Un viejo empezó a querer hablar, pero se le atrancó la saliva. Otro le dijo:

—¡Tuerza, primero, tío!

—Yo opino que hacer una huelga por eso que está pasando allá, sería meternos a sudar calenturas ajenas. Soy padre de familia con hijos y nietos y a todos les tengo que dar de monchar, y qué les doy si se declara la huelga y se para el trabajo y nos quedamos sin paga. ¡Juilinadas de muchacho son ésas —levantó la cabeza cana hacia el joven que tenía la carta en la mano, se había descubierto para hablar—, esas de queremos meter en huelgas que no tienen nada que ver con nosotros! Mi pura opinión última es que recibamos los aumentos y sanseaca.

—A mí me parece que se está haciendo tarde —intervino uno de los delegados que presidían.

—¿Tarde...? —se oyó decir a varios a la vez, entre risas—. ¡Temprano se está haciendo!

—¡Bueno —siguió aquél—, temprano o tarde, lo mismo da! Quería decirles que le pidiéramos su parecer a Chus Marín, que no ha dicho esta boca es mía, por prudencia, porque no está de acuerdo o por qué...

Todos se volvieron al lugar en que estaba el aludido, que se puso de pie.

—¡Compañeros —dijo, y se detuvo como a pensar lo que iba a decir, dándole vuelta al sombrero con unas enormes manos velludas, hasta el envés tenía vestido de pelambre carbonosa—, creo yo que se están olvidando de una cosa: que nosotros, los

de Tiquisate, les tenemos deuda a los de por'ái por Barrios y Bananera dende la vez pasada, cuando muchos de los muellersos cayeron muertos a tiros, en el propio muelle, los que en el mar, de alimento de los tiburones, y no quiero decir que por cobardía porque faltaría a la verdad, sino por carecer de organización, de alguien que moviera a los que aquí callábamos, porque no podíamos hacer otra cosa. Por eso, sencillamente pido que se nombre a los que presiden esta sesión, directiva provisional del Sindicato de Trabajadores de Tiquisate...

La propuesta fue recibida con un largo aplauso.

—Y pido, además, que se levante aquí ya mismo el acta declarando que, por voluntad nuestra, queda fundado en este momento el Sindicato de Trabajadores de Tiquisate, que los que estamos presentes la firmemos y se dejen tres días para que la firmen todos los más con carácter de socios fundadores...

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

—Y que la directiva de nuestro sindicato —todos se levantaron y los que estaban de pie, se adelantaron hacia la mesa de la presidencia— sea juramentada, preste juramento ante nosotros...

Hasta los que no eran partidarios de la huelga apoyaron a Chus Marín, ya en esa forma, unos por encargo, otros por temor al vacío que significaba para ellos y sus familias no ganar durante los días del pago, veían alejarse el peligro. Todo, menos discutir y aprobar lo de la huelga.

Después del juramento, se invitó a Chus Marín a redactar el acta que todos fueron firmando, y más tarde, ya con el sol encima, con esa como vergüenza que se siente al amanecer y encontrarse con el día sin haber dormido, acordaron reunirse después para tratar lo de la huelga.

—¿Cómo lo de la huelga? ¡No se me adelanten tanto con los faroles, compañeros! —se enfrentó Roso Contreras a Marín— ¡No se me adelanten, compañeros! —amplió lo dicho a los que después de firmar el acta quedábanse junto a Chusito, felicitándolo, golpeándole cariñosamente la espalda—. ¡Nada de discutir huelga, antes de resolver si se aceptan o no los aumentos que nos oferta la Compañía!

Tabío San no lo dejó seguir —¡traidor infeliz, se decía para sus adentros, nunca pensé que tan pronto iba a poder aplicarte la puntilla!...

—Fundado el Sindicato de Trabajadores de Tiquisate, no se puede hablar de esos aumentos, porque la condición que la Compañía fijaba para hacerlos, era que no nos organizáramos. Ellos y nosotros sabemos ahora a qué atenernos. Con el sol hemos nacido esta mañana a la vida sindical.

Roso Contreras se dio cuenta que la tenía perdida, pero reaccionó en caliente:

—Estimación hecha tiene razón el compañero —guardó silencio y tras una pausa, ladinamente añadió—, lo que no quita que podamos pedir a la Compañía que retire esa condición y que, sin ir a la huelga, nos haga los aumentos.

—Efectivamente —le contestó San— vamos a insistir en lo de los aumentos, es uno de los reclamos básicos de nuestro pliego de mejoras; pero no para que nos

otorguen en calidad de favor, a condición de... ¡A condición de... no queremos nada! Se nos deben conceder dichos aumentos, porque tenemos derecho a ellos, porque nos corresponde ganar más y no será la Compañía la que diga esta vez la última palabra, porque ahora tratará de igual a igual con nosotros que, a partir de este día bendito, ya no somos unos pobres hombres aislados, librados a su suerte, sino una poderosa unidad sindical, y el planteamiento será: o nos conceden lo que pedimos o vamos a la huelga.

Hubo revuelo. Lo de la huelga no les cuadraba. Píldora dura de tragar. Fresca tenían la memoria de cómo habían deshecho las huelgas anteriores en Bananera: ¡a balazos!... Y también por lo que significaba la huelga, de sacrificios para las inocentes criaturas y madres de familia, cuando empezaba a faltar el qué comer y los hombres ir y venir sin rumbo, sin encontrarle razón al día.

Los Samueles —Samuelón, Samuel y Samuelito— asomaron al montarrascal caliente. Movían los brazos y gritaban a los que salían del rancho, entre bostezos que eran aúllos y desperezadas que ni contorsiones. Les gritaban que no se fueran, que traían una comunicación muy importante.

—Compañeros —habló Samuelón—, venimos de lejos, toda la noche de andar; por eso no tuvimos el gusto de estar con ustedes aquí presentes. Fuimos en busca de un recado urgente donde un fulano. Ya hasta bien tarde se supo de qué se trataba. Comunican de Bananera esto que les vo'a decir. Nos proponen declarar pasado mañana, a las 0 horas, la huelga en todas las plantaciones de la frutera; paro de apoyo a nuestros reclamos y a la huelga máxima que declararon en la capital el comercio, los estudiantes, los profesores, los jueces, los médicos, los chóferes... Nada funciona allá, ni los cines, y apenas se ve gente en las calles...

Roso Contreras enfrió los ánimos que se caldeaban con aquella enumeración arrecha.

—¡Rebueno todo! En Bananera se ve que son riendosos, pero nosotros no tenemos pita para ese barrilete. Al menos yo, pues la condición que me impusieron los que me echaron para acá a que los representara, fue que no hiciera huelga por otro motivo que lo de los salarios, ya que en ese caso, ellos debían resolver.

—La advertencia es exactamente la misma que a mí me hicieron y por eso me dejo ir, antes que pase otra cosa —intervino Similiano Coy—. Al guiñón, así como lo pide Bananera y como se está queriendo maniobrar aquí, no se puede esa huelga, porque no va a resultar, vamos a meter las cuatro y no se conseguirá nada bueno. Hay que darle tiempo al tiempo...

—¡Esas son babosadas!

—¡Viejadas!

—¿Darle tiempo a la Compañía?, ¿verdá, compa?

—¡Darle tiempo a la sanguijuela p'a que nos chupe la sangre!

—¡Dejen explicación! —se esforzó por alzar la voz ya algo ruca, como si se le cerrara la garganta, Similiano Coy.

—¡Silencio, compañero, tiene derecho!

—¡Hay que oírlo! ¡Hay que oírlo hablar!

—¡Cállense! ¡Es una barbaridad! ¡Háblele! ¡Sígale!...

—Lo que yo quería decir no son babosadas, como me encararon por' ai —señaló Coy al grupo de los Gambusos, que cabalgaba sobre su indignación, ahora a la expectativa, después del silencio que les impusieron voces, pues no estaban dispuestos a dejarlo hablar—. Lo que yo quería decir, p'a que no nos vayamos' ir de boca, p'a que el tiro no sea por la culata... —calló, tragó saliva, parpadeó ligero, volvió a ver a todos lados, como buscando a alguien que le soplara, con las orejas calientes, hirviendo, y la cabeza vacía bajo el pelo helado. Por último, arrancó—: Lo que yo quería decir no es en contra, compañero, no es contrario a la huelga que nos propone Bananera... —entre los Gambusos, hubo una especie de alivio, se respiró mejor, y los gestos de «echémosle a la trifulca», se aplacaron—. Lo que yo quería decir, más bien aclarar, es que para que esa huelga resulte hay dos caminos: o nos dan un tiempito pa' que nosotros consultemos con la gente, o se arreúne a todos los trabajadores en una gran junta y que ellos mismos resuelvan lo que más conviene.

Muchas voces juntas:

—¡Bueno, en eso tal vez tiene razón!

—¡No, si tan atascado no es este sefelítico!

—¡Cara de papo tiene!

—¡Cara de pasmado!

—¡Lindo Dios cuando no se opone la huelga! —gritó un Gambuso.

—¡Asperáte que se declare en huelga él también!

—Jodás, se declaró en huelga denque acabó de hacer el mundo... ahora que la tierra y el cielo se quedaron trabajando por cuenta propia es distinto, pero también un día se van a declarar en huelga y ese va a ser el día del Juicio!

Tabío San golpeó con la mano abierta la mesa de la presidencia cuatro patas y una tabla de pino, reclamando que no se entrara a considerar lo propuesto por...

—Similiano Coy —gritó éste que estaba entre Roso Contreras y sus parciales, todos dispuestos a no votar la huelga, y los Gambusos que en su afán de ir al paro, desesperaban porque se declarara allí mismo, sin más ni más.

Uno de los Samueles pidió la palabra. Samuelito.

—Si como aquí el compañero Coy ha señalado, los delegados sólo traen licencia para hacer huelga por mejora de salarios...

—¡No todos! —advirtieron los Gambusos.

—Bueno, la mayoría —siguió Samuelito en el uso de la palabra—, creo que lo que más conviene es ganar tiempo...

—Eso mismo es lo que yo quería decir: ganar tiempo..., y dije darle tiempo al tiempo, perdonen...

No oyeron la declaración de Coy, Samuelito seguía hablando:

—Lo que más conviene es ganar tiempo, y que esta mañana, los delegados aquí

presentes hablen con los que los mandaron y se corra la voz de una reunión de todos los trabajadores, sin faltar uno, mañana antes de las 0 horas, porque es pasado hoy, ya se entró el día, que Bananera nos propone empezar la porfiada. La reunión puede ser en el «Arenal del Gambuso»...

—¡De los Gambusos! —se alzaron muchas voces, seguidas de súbitas discusiones entre los grupos...

—Malentendió no —se trabaron dos—, pero eso de querer la huelga a la pura riata...

—¿A riata dice éste, por no decir a lo macho?

—Lo que es, es que son ventajeros como la chingada!

—¡Ventajosos, pero no sinvergüenzas!

—¡Así jodido, por qué me decís sinvergüenza?

—¡Por lo que oíste, porque yo soy ventajoso!

—¡Por el plátano en seco o con saliva, como mejor te guste, y porque soy diez veces más de a huevo que vos!

—¡Falta probarlo!

—¡Dónde querrás! ¡Achis la mierda!

—¡Qué tenés en la boca!

—¡Saaal... gado.

—¡Salgado, Rubén Salgado!, ¿y qué hubo con eso?

Samuelito logró hacerse oír en medio de la baraúnda, cuando en algunos grupos ya se gritaban vivas a los trabajadores y a la huelga, vivas a los estudiantes, vivas a los maestros, y y ay acito, a los Gambusos, proponían declarar el paro, para adelantarse a los de Bananera.

—¡Nada de adelantarse —se impuso Samuelito—, porque no estamos echando parejas, aquí las cosas se hacen como son, o después no vamos a jalar el pelo por brutos!

Samuel vino en apoyo de Samuelito.

—Sí, como dijo mi hermano, no todos traen licencia para poder contestarles hoy mismo a los compañeros de Bananera —lo interrumpieron gritos exaltados que vivaban a los heroicos trabajadores de Bananera—, como no se trata de puñalada de picaro, nos podemos reunir mañana todos los trabajadores de Tiquisate, sin tanta turbulencia, y determinar si se va a la huelga con Bananera, o si no. Eso habrá que contestar mañana: ¡Sí o no!, pero a lo macho.

—¡Será sí!... ¡Será sí!... ¡Así será!... ¡Así será!... —chillaban los más exaltados, mientras se resolvía, en definitiva, celebrar una gran asamblea al día siguiente en el «Arenal de... el... los Gambusos», a todo señor todo honor y, los *Gambusos*, como alguien dijo allí, le hacían harto honor a su nombre. Pleiteros, insumisos, amantes de la dificultad... Uno de ellos se plantificó frente a la mesa, donde Tabío San, vuelto de espaldas, conversaba hacia atrás con Florindo Key.

Al volverse el cabecilla y enfrentarlo con sus ojos arrinconados a la nariz, el

Gambuso viejo le dijo:

—No se debe acordar cómo me apelo, Efraín Salvatierra, ni que estuvimos juntos la otra vez que vino a trabajar aquí. Sólo que entonces estaba hinchado, rugoso y no se parece a como le veo ahora. ¿Qué tal ha estado?...

—Bien, señor Efraín, aquí como usted me ve...

—Lo que le quería significar es que soy ínfimo, pero decidido, tanto que no muy me cuadra oírle llamar San, por aquello de que van a decir que nosotros también tenemos nuestro Tío San... —rióse, mostrando en la boca vieja, de labios amoratados, dientes magníficos—; mejor si le nombráramos Sansur, cabal, no le parece.

—De todas las maneras soy yo.

—Sí, pero el nombre hace al santo, y a mí el San, a secas, no me parece, mejor Sansur, ya le digo, por aquello de que va a ser usted el santo del Sur... Y tuve'ai que acallar a un fulano, un reciente, que andaba averiguando si usted era trabajador o agitador. ¡Jodido, le dije, si ese hombre trabajó aquí con nosotros, cuando se estaba abriendo ese monte de para allá, luego sembró hijuela, taraqeoó siembritas pa'su que comer, meiz y frijol, y desapareció, como todos, que se vuelven raíz de jengibre o se van como olor de tamarindo!

Tabío, pocas palabras bastaron a enajenar momentáneamente sus sentidos y retrotraerse a las épocas en que bajo la acción de los hongos deformantes anduvo por estas plantaciones, abrazó a Salvatierra que en su frescura de viejo, de pellejo negro de tanto estar al sol, y barbas blancas, en su rudeza suavizada por los años, huesos y tendones, escondía algo de Popoluca y Cayetano Duende.

Florindo Key lo sacó de estas evocaciones. El cabecilla no lo dejó hablar, urgido por lo que él tenía que decirle.

—Hay que mover a la gente nuestra, ya, sin perder un minuto. Estoy casi seguro de que la Compañía, con tal de decapitar el movimiento obrero-campesino, accederá a lo de los aumentos de salario y esas otras mejoras vagas de que hablan, a pesar de haberse constituido el sindicato. Si es así, Florindo, mi querido Florindo, estamos perdidos. No será fácil arrastrarlos a una huelga de solidaridad con los de Bananera, con los estudiantes, los maestros, ¡con el país entero que está en huelga!... —calló un instante, se alejaban del ranchón en que tuvo lugar la sesión que se prolongó hasta bien entrado el día, en busca de su albergue, otro rancho, no más pequeño, pero sí más pache, de esos ranchos que arrastran las barbas de sus techos por el suelo arenoso, cubierto de malezas, donde lo esperaba una hamaca—. ¡La libertad, Florindo, es más incitante que el pan! Jamás lo hubiera pensado! ¡Por la libertad se han alzado, en huelga, hasta las piedras, y por el pan, estos tales por cuales todavía lo están dudando!

—Estuvo por aquí —dijo Florindo que seguía a Sansur, al tiempo que éste agachaba la cabeza para colarse en el rancho—, estuvo por aquí a buscarte —San se precipitó a la hamaca como piedra en pozo—, el compañero Paulino Vélez con

noticias de Rosa Gavidia...

—¿De Malena? —frunció el cabecilla el ceño, como juntando en su frente, sobre sus ojos de par en par abiertos, los dos pedazos de hamaca de sus cejas. Tuvo la sensación de que, en verdad, la hamaca se había partido con su peso y que él, en lugar de caer en los dominios del sueño, rodaba en el vacío.

Tomó a Florindo por las manos —la sensación de caer y la urgencia de agarrarse de algo, y mientras paseaba sus ojos, inquisitivos, por la cara del amigo, repitió—: ¿noticias de Malena?...

—Sí...

—Y, ¿cómo pudo tenerlas, si era un secreto el lugar en que Malena estaba escondida?

—No, si ya no está escondida...

—¿La descubrieron?

—Ella...

—¿Ella se entregó?...

—¡No, salió y se incorporó a la lucha en las calles!

Sansur, después de bajar los párpados, alzó los ojos en busca de la mirada del amigo, que le estrechaba las manos animoso, reconfortándolo.

—Lo sabía... —y suspiró, como si se quitara un peso de encima—. El corazón no engaña...

—Cuenta Vélez que Malena pronunció un discurso buenísimo, valientazo, en un mitin estudiantil, y varias arengas reclamando la cabeza de la *fiera*...

—¿La cabeza o la renuncia? —planteó San, y Florindo estuvo presto a contestar:

—¡No, ella no se conforma con la renuncia..., la cabeza! —Y después de un segundo, ya sólo para él, mientras Tabío se desplomaba en la hamaca, se le enredó en los labios parte de la letanía del «Dios sabe...»— ¡Dios sabe por qué tiene a los sapos bajo las piedras...! ¡Dios sabe por qué tiene a las sirenas bajo la agüita del mar...! ¡Dios sabe por qué tiene a las mujeres bajo los hombres...!

Sudando, sentado en la hamaca, total abandono de su persona a su propio peso y al peso de sus pensamientos, los pies en el suelo, planicies en dos zapatos, el cuerpo echado, vertido hacia adelante, Tabío San trenzaba y destrenzaba los dedos, sin decir nada, como si hubiera perdido la voz después de un mazazo en la nuca. Parecía caído de alguna parte. «¡En fin!...», decía, respiraba, suspiraba, apabullado. Por momentos fijaba los ojos en las cosas que le rodeaban, por momentos en la imagen que se hacía de Malena, erguida en una barricada, gorro frigio, bandera azul y blanco, reclamando con la voz dura, ronca, de piedra de Cerropom, la cabeza del tirano. El corazón saltaba de su pecho abierto. La seguía, forjada por sus recuerdos, como la contempló aquella noche en que, de espaldas a la biblioteca de su escuela, llorando igual que un mascarón de proa bañado por el oleaje, le pidió que se fuera después de mostrarle, de darle a leer su «Diario». La misma postura en la barricada, sólo que en lugar de llanto, el gesto vindicativo, la cabellera en llamaradas de antorchas incendiarias, de

par en par la boca abierta al apoyar en la primera sílaba,

con larguísima abertura de aúllo el grito con que reclamaba la ¡caaa... beza! del tirano, ojos como agujeros de eternidad, túnica y manto de cascada cayendo hasta sus pies desnudos, apenas calzados con sandalias, como las diosas griegas. El corazón le golpeaba a ensordecer profundidades, y entre las grietas que el sudor abría en su cara de hombre que va en la multitud, perdían sus ojos la visión de aquella Malena vengadora, una especie de torpor se apoderaba de sus miembros, jadeo de aflicción podaba en sus narices los alientos de gloria, y empezaba a temer por la suerte de aquella profesorcita de Cerropom. Pedir la cabeza del tirano, cuando los otros sólo te reclamaban la renuncia. ¿Por qué la cabeza? ¿De dónde surgía con esa exigencia esta Salomé aldeana —traje sastre, rodete, zapatos de taco bajo, reloj de hombre en la muñeca, andado de institutriz—, reclamando una plebeya testa coronada? Sus dientes de tiza asomaron como queriendo sonreír a su cara asustada, y a esta imagen ridícula de Malena, opuso la suya, no menos lastimosa, ni risible, convertido en un pescado, preso en la hamaca que, como red, colgaba de los horcones del rancho, sin saber qué hacer, perdido en la sal dorada del día que empezaba a tostar la tierra y el cielo. Correr a la capital. Lo indicado. Protegerla. Sí, sí —lo menos que cabía hacer. Correr a la capital. Pero, ¿qué podría un hombre como él, con la cabeza no coronada, sino a precio, vivo sólo porque sus compañeros mantenían en torno suyo una vigilancia estricta, a quienes si les dijera que iba en auxilio de Rosa Gavidia, le responderían que esa compañera podía valerse por sí sola, y, si no, peor para ella... Se revolvió en la hamaca para no dejarse aplastar del todo, fraseando en voz baja, palabra por palabra: «¿Qué te crees, tú, Juan Pablo Marat de pacotilla, que porque sí, sin otra razón, Malena no se conforma con la renuncia de la *fiera* y exige su cabeza? ¿No es en pago de la tuya? ¿No pedía él que te decapitaran y le llevaran tu cabeza, ciega, sin ojos, llorando sangre, sobre un plato de oro que le regaló el Papa Verde? ¿No pedía que le sirvieran aparte, con sal, limón, pimienta y *ketchup*, tus ojos en un vaso para bebérselos como dos huevos crudos?

San se revolvió en la hamaca violentamente preguntándose cómo hacer para protegerla. «¿Protegerla tú...?...¿tú?...» Cayó en un largo silencio que cortó un lacónico «en fin»... «¡En fin... nada...!» No podía hacer nada, y además era imposible abandonar su puesto de lucha en momentos en que estaba en juego si se iba o no a la huelga general en las plantaciones de la frutera, si Tiquisate secundaba el paro que anunciaban los de Bananera a la 0 hora del día siguiente, lo que no se conseguiría con trabajadores sin organización, sin conciencia de clase, si la Compañía, a pesar de haberse formado el sindicato esa madrugada, mantenía sus ofertas de aumento de jornal y otras mejoras. Sólo quedaba maniobrar rápidamente. Plantear, de no lograrse la huelga general por tiempo indefinido, un paro simbólico de 12, 24 ó 48 horas, hasta donde les diera el pellejo, aunque eso también sería un triunfo de la Compañía, cuyo plan, al ofrecer mejor jornal, era anular en sus comienzos el movimiento sindical.

Y... ¿si se negaban?... ¿Si por no perder los aumentos se negaban al paro simbólico?...

Se levantó de la hamaca, momentáneamente olvidado de Malena, presa de una angustia horrible, y fue donde Key apagaba el café hervido con un chorrito de agua fría para que se asentara, listos los pocillos, el azúcar, el pan y unas rebanadas de queso fresco y jamón, ya para servir el desayuno. Sin encontrarse, por mucho que se sentían cerca, absortos en sus pensamientos, hablaron hasta después de dar los primeros sorbos.

—¡Diablo! —exclamó Key a punto de escupir el líquido quemante y resopló, la vibración de los labios le aliviaba el ardor de la lengua, mientras el cabecilla le expresaba sus temores respecto al paro general—. Fracasas sería lo peor que podía sucederles, y la conveniencia, en ese caso, de pedir a los trabajadores una huelga-relámpago, una huelga de horas.

—En este caso yo me podría ir —dijo mientras masticaba, como para tragarse con el pan con jamón algo de sus palabras; Key comprendió que lo hacía por Malena, pero no dijo esta boca es mía, este bocado que tengo en la boca es mío, hasta saborear y tragar, tiempo suficiente para medir la inutilidad de las excusas de su amigo y compañero, que trataba de encontrar una salida a su obligación de estar allí y a su amoroso querer volar, tener alas, para ir en auxilio de aquella que, en las barricadas de la capital, se estaba jugando el todo por el todo, como se lo estaban jugando todos, momentos de desembocadura de destino en los que cada cual queda librado a su suerte, sin que haya nada que hacer.

—Prever soluciones, estudiarlas, tenerlas listas antes de que se reviente la pita, me parece una gran cosa —habló Key, sin darse por aludido del conflicto sentimental de su amigo, después de tragarse el bocado que tenía en la boca, cuántos pensamientos se fueron al estómago con aquel poco de queso, el pan y un sorbo de café—, y ése sería el caso —añadió— de un paro simbólico, de una huelga de doce, de veinticuatro o cuarenta y ocho horas...

—Es lo que yo creo... —adujo San por aligerar su inquietud, la mente en Malena a quien veía abandonar la pequeña casa escondida en los cenizales, donde sólo quedaría como ser viviente, Judasita, y correr a las reuniones estudiantiles, a las manifestaciones, a las barricadas, pidiendo, gritando, exigiendo la cabeza del tirano.

—Sin embargo —se oyó la voz de Key, frenada por el miramiento que debía al luchador de todos los momentos, a Octavio Sansur, a Juan Pablo Mondragón, rebelde nato, primero en las conjuras, el de lugar de mayor riesgo en los atentados—, sin embargo, compañero,

nosotros ya no podemos hacer uso de esos compases de espera, ni emplear la táctica del paso atrás, que eso sería al final de cuentas, el paro simbólico; nosotros ya no tenemos más salida que la huelga general y entre hoy y mañana movilizaremos a todos los que pueden ayudarnos en este sentido.

San se levantó:

—¿Habrá posibilidad de tener noticias de Malena?... —todo el interrogante corazón en las últimas sílabas del nombre de ella.

—Directamente, no —p sose de pie Florindo, y fue hacia su amigo para golpearle la espalda cariñosamente—, y mejor que no haya... *pas de nouvelles*...  no te parece?...

Aquél no le contest . Hamaca, sudor, moscas y un escarbadientes. Mientras llegaban los compañeros con quienes tendría que celebrar algunas reuniones informales.

Ni el recurso de darse aire balanceándose en la hamaca. Le irritaba el rechinar de avisp n guitarrero de los lazos al rozar en los horcones. Y por momentos, la asqueante desazón de las moscas que con el sudor peg bansele a la piel.

—Lo urgente ser  conseguirse una radio —habl  el cabecilla, mientras se despegaba una mosca de la mojadura salobre del cuello.

—Se la encargué a Andrés Medina —contest  Key—, una radio con su batería; aparte de que en mi casa, un compañero que sabe taquigrafía, est  tomando, desde hace dos días, todos los boletines que transmiten las radios de la capital —y ante el gesto de Tabío, de para qué sirven esas informaciones todas controladas, Florindo añadió, luego de llevarse a la boca y encender el cigarrillo que aquél no le había aceptado—, también, también se toman las informaciones de las radiodifusoras de México, Panamá y Cuba...

El cabecilla acomod se en la hamaca lo mejor que pudo, había perdido la costumbre de dormir así, preparándose con todas las de la ley a descabezar un sueño, antes que llegara la gente.

—El golpe —dijo ya tendido, hamac ndose— ser  hacer coincidir la crisis política que se avecina con el mazazo de la huelga en las plantaciones... Ese será el golpe —repitió, sin cerrar los ojos, con la mirada fija, vacía, desnuda, como queriendo adivinar lo que iba a suceder.

Las moscas lo tatuaban al vuelo. La red de la hamaca se le encajaba en la carne sudorosa. Camisa, pantalones, zapatos, todo se lo quitó, para largarse sólo en calzoncillo en busca del sueño, pero qué altos los párpados y qué difícil cerrarlos, troncharlos, echárselos encima como un edificio de muchos pisos ocupado, en las partes áureas, por hombres rubios que masticaban chicles o tabaco, más abajo y en los sótanos, por hombres desnudos, tristes bagazos humanos, mujeres y niños sin esperanza, y resonando en todas sus puertas y ventanas, sobre los techos, en los patios, por los pasillos, la voz enloquecida de Malena, salida de los cenizales,, reclamando la cabeza del tirano, como si en verdad se cumpliera aquello de que iba a sacar fuego de la ceniza. Cerró los ojos, como dicen que los van a cerrar los muertos el día de la justicia. Había que dejar el milagro en marcha. Estaba renaciendo el pueblo.

Cuarta parte

XXXVIII

Crines, ojos, látigos, espuelas, cascos, estribos y polvazones, como si jinetes y caballos borrarán los caminos y sólo quedara en el pizarrón azul profundo del cielo, sobre las arboledas, el polvo de la tiza. Los vigiadores, escondidos en los matorrales del ranchón donde se hospedaba Tabío San, se vieron las caras, y no hubo más que consultarse. Rápidos, elásticos, mientras unos se desparramaban veloces como liebres por el matorral en la capitalespeso de escobilla, cola de zorro y zarzas de uñas huecas, adelantándose a ver quiénes venían, otros tornaron por una media cuesta hasta la casa donde estaba el cabecilla, con la voz de alarma, y unos cuantitos, los más bragados, quedáronse de guardia en sus atalayas, machetes y escopetas listos para echar plomo y filo.

Mediodía cegante, suspensos cielo y tierra, insufrible el calor y cada vez la polvareda pintando más cerca. Los que estaban reunidos con el cabecilla, gente que traía los primeros informes de la opinión de los peones en las plantaciones, en favor o en contra de una huelga, no sólo por los cochinos centavos de aumento de jornal, sino por no quedarse atrás de Bananera, salieron a la puerta apresuradamente, a ver de qué se trataba, prestos a volver humo a Tabío San por una vereda que se cortaba en un foso abierto de bejucales y monte.

—Esa es la rural o la montada —dijo uno de todos, al contemplar la nubazón de polvo que avanzaba.

—La o la, si son la misma cosa, tocayo, la rural y la montada; usted sí que me gusta, y no puje...

—¡Pujo porque no son la misma cosa! La rural es de la policía y la montada del ejército.

—La diferencia me gusta, lo seguro, seguro, es que es gente de a caballo —intervino un tercero, bajo de cuerpo, ancho de hombros, que se adelantó para quedar fuera del rancho y poner pies en polvorosa, caso necesario, no porque fuera cobarde, «sino porque tenía mucha familia».

Pero, no había por qué alarmarse. ¡Quién dijo miedo se murió la víspera y escarmentó cadáver! Era gente de a caballo que se declaró libre en las poblaciones cercanas, y viene haciendo de las suyas. Aldeas y caseríos quedaron sin autoridades,

al volatilizarse alcalde y alguaciles, con las primeras noticias de los desórdenes en la capital, y recibir, las guarniciones militares, órdenes de no moverse de los cuarteles y quemar allí hasta el último cartucho. ¡Qué silencio extraño! Silencio de haberse vaciado las plazas y las calles de la vida diaria y esperar otra vida. De los árboles colgaban extraños frutos humanos. Los policías que no alcanzaron a esconderse de su triste condición. Algunos se desuniformaron con tal premura, que hubo dos que huyeron como mellizos, con una pierna cada uno, metida en la misma pierna del pantalón del sargento gordo.

—Ji... jijos!...

Gritos y disparos para tostar el aire a balazos sonaban entre la polvareda que no pasó de los techos de las casas de Tiquisate, pues de allí se desviaron, temerosos de toparse con las trenzudas tartajas en la población y las plantaciones. ¡Ay, si hubieran sabido, que las ametralladoras estaban bien guardaditas, y que en lo pelado de las calles y en lo verde de los bananales, hombres de todo pelo se apiñaban a comentar lo de la huelga, jalón y jalón de saliva y mocos para tener qué escupir, la guarisama al canto, el resto de un octavo o cuarto de aguardiente, en un cristal con un tucán picudazo pintado en la etiqueta, y los que no hablaban de la huelga, tanteando si ya era tiempo de descabezar unos cuantos gringos, quemarles las casas y saquear los comisariatos!

Repetidas veces intentó el Gerente de la Compañía hablar por teléfono con el Comandante, pero las líneas estaban cortadas. En persona fue entonces el secretario Perkins, a pedir al Coronel que mandara efectivos militares para salvaguardar la vida e intereses del puñado de norteamericanos que no por el peligro dejaban de beber whisky (más bien aumentaban la dosis), mantener humeantes sus pipas y chasqueantes los chicles, mientras contemplaban el cielo bajo de sus casitas a temperatura de primavera artificial, desde divanes o perezosas, como si no ocurriera nada o a sabiendas de que nada podía ocurrir pues, antes que uno de aquellos mestizos se atreviera a tocarles un pelo, la flota estaría bombardeando las costas y los aviones de guerra oscureciendo el cielo de aquel paisecito.

Más tarde, la Gerencia ya no pidió, sino exigió la presencia de tropas en las plantaciones, dado que el gobierno estaba comprometido a garantizar no sólo la vida y las propiedades norteamericanas, sino la libertad de trabajo de las peonadas que, satisfechas con los aumentos que les habían acordado, se negarían a secundar el paro general planteado por un grupito de agitadores.

El coronel, cegado, en el despacho de la Comandancia, por el resplandor crudo del día, bostezo va y bostezo viene, algunos bostezos quedábanse a medio camino, otros se los apagaba en los labios haciendo ruido de embudo; no salía de sus trece: sin órdenes superiores él no movía un solo soldado, y esa orden no llegaba. Varias veces consultó en cifra, y la Secretaría de Guerra respondió siempre lo mismo: «Espere órdenes». Más tarde, hace un momento, le hicieron saber que recibiría instrucciones directas de la Casa Presidencial, mensaje que coincidió con un notición que acaba de

captar el radiotelegrafista en «La voz de La América Latina»... desde México.

El radiotelegrafista oyó, oyó, pero no se atrevía a repetirlo, a repetírselo ni a él mismo. ¿Cómo iba a hacer entonces para irlo a repetir ante el Comandante? Y, sin embargo, tendría que ir, cuadrarse y desembuchárselo en la cara. Se quitó los auriculares y rascóse la oreja, luego la cabeza, la nuca musgosa de pelo y sudor helado por lo que acababa de oír. Tenía como tortícolis. La fregada neuralgia que le andaba siempre por el cuerpo. Se puso de pie, echó hacia atrás la silla con ruiditos, no rueditas, tan chirriantes estaban las ruedas por falta de aceite, y preparóse a presentarse ante el Coronel, con el gesto compungido, pero rechazó la idea, era poco militar; ¿con el gesto alegre? Peor, revelaría sentimientos sediciosos; ¿con la cara indiferente? tal vez, aunque mostraría desafecto al Jefe Supremo...

Hizo la venia a la puerta del despacho, dijo como autómatas: «¡Permiso, jefe!» y tartamudeó, tartajeó algo que se tragó, una palabra que sus labios no formaron cabal:

—Su ré... ré... ré...\

—¿Zurré qué?^

—Nuncia...J

Bostezo enarcó las cejas. Sus ojos despedían chispas de preguntas, rojo de la nariz a las orejas, y los bigotes de coronelazo con caída de sauce llorón, entre sus dedos, de uñas sin cortar, como dedalotes transparentes de ala de cucaracha.

—¿Renuncia? ¿Mi renuncia? —repitió en tono de pregunta, como si dudara de lo que decía, y quedóse pensando: ¡me sobaron la varita! ¡me renunciaron para no destituirme y poderme dar otra chance! ¡la Compañía debe haber pedido mi destitución inmediata por no haberles mandado los efectivos militares que pedían para cuidar sus plantaciones.

El subalterno confirmó lo de la renuncia, y tras un largo silencio ahondado por el zumbido de las moscas, el ruido de un reloj y la chachalaca de la radio que carraspeaba a lo lejos, levantó los ojos turbados de miedo hasta el retrato del Señor Presidente, que lucía en alto, al centro de su despacho, y tartamudeó:

—¡Eeee... él! —atreviéndose a señalarlo con el dedo, uniformado de divisionario, con la mecha medio napoleónica en la frente.

El jefe se quedó lelo. Bajo el enrojecimiento de su piel, la lividez de la anónima persona en que se convierte el subalterno, subordinado, servidor incondicional y amigo del Jefe Supremo, cuando el poder de éste se eclipsa.

—¡Eeee... so lo andan diciendo desde hace muchos días y es lo que quisieran, pero ahora hasta en la radio!... ¡Bestia, quién lo mandó a oír México!... ¿No tenemos radio aquí? ¿no tenemos radiodifusoras mejores que las de México, nosotros?

Imposible decirle que las radios locales, en cadena con la Radiodifusora Nacional, sólo trasmitían marchas militares desde hacía muchas horas.

—¡Retírese si no quiere que lo rompa! ¡Mañana toma arresto! ¡Vaya a oír otras estaciones, pero no las de México! ¡No las de México!

El radiotelegrafista se encasquetó los auriculares conectados al aparato y con

temeroso cuidado, más por cumplir que por querer encontrar, fue girando el botón en busca de otras estaciones con boletines de noticias, y todas, Panamá, Cuba, la B.B.C., todas confirmaban las noticias de lo que volvió a decir a su jefe, ya no enjuagándose, sino enmudecido:

—Yuuuum... um... —no podía despegar los labios.

—¿Uuuuum..., qué...? —se levantó *Bostezo* amenazante, pronto a descargar su fuate contra el subalterno; pero no lo hizo por despegarse los pantalones que se le quedaron adheridos a las nalgas sudorosas, y ya que andaba por allí, aplicarse un par de dedos a la comezón del ano, y rascárselo en redor y profundidad; agrado que lo hizo olvidar su enojo.

El radiotelegrafista le confirmó que también en las estaciones de Panamá y Cuba *estaba* la noticia, desesperado de no poderse llevar las manos a las orejas que le picaban de tenerlas aplastadas bajo los auriculares.

El jefe lo devolvió a su puesto, urgiéndolo a que le comunicara cualquier novedad que hubiera, «creíble, ¿eh?, creíble»...

Y se derrumbó en el sillón. Su incredulidad ante el subalterno fue sólo aparente, pues, allí mismo, sin muchos parpadeos, se dio cuenta de lo que sucedía. Todos esperaban órdenes y ya nadie mandaba. Por eso la última comunicación que tuvo de la Secretaría de Guerra, fue que aguardara instrucciones directas de la Presidencia. Puso el fuate sobre el escritorio, echóse para atrás y encaramó las patas, a lo gringo, el que entre la mié... el anda algo se le pega...

—¡Menos mal —se dijo— que no me fui de trompa! ¡Más sabe el diablo por coronel! ¡Y para peor hubiera sido, si por sobagringos saco a la gente a cuidar las plantaciones! ¡Afuera, los soldados oyen las noticias, se amotan, y se unen a los de la huelga... ¡mejor aquí conmigo, encerraditos, así no se noticean de lo que está pasando!

Golpeó el fuate en el escritorio, y al asomar el asistente le dijo:

—¡Andá a ver si no se ha ido el capitán Salomé, y si no se ha ido, le decís que antes de salir, venga a hablar conmigo, que se presente a mi despacho!

El asistente fue y volvió a informarle que aquél ya se había ido.

—¿Y sabe a dónde?

El asistente fue a preguntar y volvió:

—No dejó dicho a dónde iba, pero como estaba con el frío del paludis, parece que a buscar a uno de los médicos del hospital de la Compañía.

—Sí, para eso me pidió permiso, pero creí que no se había ido. Podés retirarte...

Y más tardó el asistente en desaparecer de la puerta del despacho, que él en levantarse, bajar a inspeccionar la guardia, y ordenar que nadie, absolutamente nadie, podía salir sin su autorización expresa, y en cuanto a entrar, salvo el capitán Salomé y los soldados que vendrían con el rancho, persona alguna debía ser admitida.

Y no volvió a su despacho, fue a la oficinita del telegrafista, en la parte de atrás

de la Comandancia, y él mismo empezó a llamar por el manipulador: 25... 25... 25...

Por todas las líneas de todo el país llamaban al 25...

Y el 25... —cifra telegráfica secreta que correspondía a la persona del Señor Presidente—, no contestaba...

Noche interminable de junio. Cielo de pellejito nuevo, como el que aparece bajo las costras, después de los nubarrones de ayer y anteayer. Estrellas lavadas, borrosas, sin titilación. Algún cohete. Uno sólo, como culebra furiosa de cabeza de oro y cola de humo, en todo el firmamento. Otros años no se pasaba así no más la noche del 29 de Junio, fiestas, coheterías y San Pedro y San Pablo con sus barbas de agua llovida sobre el lacustre silencio de los bananales que se desafiaban, como en las loas, con los espadones de sus ramas verdes. Júbilo de fogatas, acompañado de bebidas calientes, acordeones, guitarras, marimbas, toritos de fuego, tamales sacados de la olla, guaros raspatodo, y una que otra hembra que se dejaba arrastrar el ala y arrastrar al *encimismamiento*, a pestañas de la concurrencia, tras los guineales.

Pero este año, mejor hubiera llovido a chorros. De nada sirvió que se cortara el invierno, que ya entablado, empezaba con sus temporales. No hubo celebraciones y la noche del 29 de junio —...25, 25, 25 seguía llamando el coronel cada vez más angustiado—, no se diferenció de las demás noches de por allí por la costa. Croar horadante de sapos y ranas de párpados panzones sobre ojitos de azufre. Uno que otro chiquirín, sobreviviente de los millones de chiquirines que mueren aserrando la tarde, para rellenar de serrines de silencio los colchones de la noche. Grillos chirriantes, como manteca al fogón en que freíanse atmósfera, tierra, conacastes, palos voladores, ceibas, guarumos, palerío de ramas chisporroteantes como altas hogueras, en las que relámpagos de tormenta sin truenos, lejana tempestad sobre el mar, regaban leche de oro entre las pausas de inmensos pájaros marinos, que dejaban con las alas en el aire nocturno, ruido de tragadores de oscuridad y obleas de distancia.

...29, 29, 29, el coronel, atolondrado, ya no sabía lo que hacía, llamaba con la fecha del mes pero rectificó... 25, 25, 25... No; no era posible que el jefe supremo los dejara en el arranque... 25, 25, 25, seguía llamando, llamando, 25, 25, 25... Se quitó la guerrera: aire, aire necesitaba en los brazos pellejudos que salían de los bostezos de su camiseta sin mangas, únicos bostezos que le quedaban, pues ya no le nacían aquellos bostezos de satisfacción con que se llenaba la boca hace un momento, y los bigotazos, presintiéndose descarchado, le pesaban como crestas de gallo muerto.

Tiquisate... Bananera... ¿Irían a la huelga al mismo tiempo?... Nada seguro esa noche del 29 de junio; todo incierto, fluctuante... Humedad lodosa. Masas humanas horneadas en lagrimales de fuego. Viento que no corría o corría apenas para aliviar a gente semiahogada por el calor. Hombres vestidos de lona de nubarrón de aguacero, sangre verdosa y respiración bronquial, altos como palmeras o acuclillados como batracios, debían decidir si Bananera y Tiquisate se unificaban en el empujón de una huelga que paralizaría las dos más importantes concentraciones de trabajadores del

país. Estudiantes, maestros, profesionales, periodistas, comerciantes, banqueros y hasta prestamistas, hambrientos de libertad, se habían lanzado a la huelga política y estaban a punto de concluir con el reinado de una fiera humana; pero si no se declaraba el paro general en las plantaciones de Tiquisate y Bananera, Tiquisate era el que estaba en veremos, no se extirparían las raíces de las dictaduras tropicales y sus venenos mantenedores. En todo esto pensaba Tabío, la cabeza empapada en sudor lacio como su pelo. ¡Tabío San! ¡Tabío Sansur!, se llamaba él mismo en voz alta, como si se hubiera perdido de su persona. Otro el sudor del júbilo, tirabuzones de gozo, no esta corredera de hilos de agua, quemantes, insoportables, que se alargaban sobre su cara y que ya él no se preocupaba en enjugar, más atento a soplar con el pensamiento la llaga de su corazón, para que no le ardiese, como le ardía, la indecisión de los trabajadores que seguían discutiendo si iban o no a la huelga. Tanta combatividad terminar en regateo, en momento en que llegaban graves informes de la capital, donde se temía lo peor, después de las manifestaciones estudiantiles, y de un desfile de mujeres que pasaron frente al palacio, vestidas de negro y en silencio. La caballería cargó sobre ellas varias veces, la policía las roció de bombas de fósforo, pero ni los cascos, ni las espadas, ni las bombas, lograron desbaratar aquella procesión de protesta que significaba, que encarnaba, el luto y la mudez del pueblo.

Algunas cayeron... ¿iría Malena?... ¿le ocurriría algo?... ¿estaría herida, golpeada, hospitalizada?... ¿la llevarían presa? o... o..., se le dormía el cuerpo al cabecilla de pensar que la hubieran dejado tendida en el pavimento...

Y no tener otras noticias, sino estas sueltas informaciones de viajeros que sabían o contaban poco, temerosos de que les fuera en mal la lengua, mientras no se confirmara la renuncia de la *fiera*; todo podía pasar; o las noticitas que en medio de la avalancha informativa de esos días —progresaba satisfactoriamente la invasión aliada de Europa—, trasmitían las difusoras extranjeras, en tanto que las locales, encadenadas a la Radio Nacional, estornudaban desde hacía muchas horas, marchas y marchas militares.

Ni noticias de Malena, ni una respuesta viril de las plantaciones. Qué noche interminable esa del 29 de junio... interminable, sin salida...

San dobló la cabeza buscando con la frente el sostén de sus manos, al tiempo de apoyarse de codos en la mesa rústica en que escribía, al lado de un quinqué que daba más oscuridad que luz por un tubo ahumado, del color de sus dedos sucios de nicotina. Cigarrillo tras cigarrillo, con el que consumía a chupetones ansiosos, encendía el otro, fumando a la par de los compañeros que regresaron que no daban paso.

—¡Un día que empezó glorioso, la fundación del sindicato, terminar con toda la gente desalentada, en algo tan parecido a una derrota!

Algunos de los que regresaban, arrancábanse los zapatos y sobábanse las plantas de los pies de donde salían, pegados a los dedos de sus manos, fideos de mugre y de calcetines deshechos por el andar y el sudar. Otros, patas arriba, fumaban, dormitaban

o canturreaban para espantarse el cansancio y la pensadera que no les dejaba paz, como si hubieran tenido los sesos destapados y el mosquero encima.

Después de un recorrido de leguas, por aquí, por allá, visitando o metiéndose en las viviendas, los ranchos, los campamentos, los fondines, los comedores, los corrales, y de hablar con la gente del trabajo nocturno, se les hacía difícil, sino imposible, que la mayoría se decidiera por la huelga, pues el que no era renuente, estaba en contra, después de haber obtenido por las buenas lo que les iba al bolsillo, unos centavos más de jornal, y al estómago de la familia, maíz, frijol, pan, carne, azúcar, arroz, papas, café, a bonito precio en los comisariatos de granos de la Compañía.

Si ésta mantenía su oferta de más jornal y víveres al costo, después de fundado el Sindicato de Trabajadores de Tiquisate, aquéllos se negaban a secundar lo que proponía Bananera: un huelgón que a partir de mañana a las 0 horas, paralizara el trabajo en el Atlántico y el Pacífico, en todas las plantaciones, solidarizándose con la huelga general decretada en la capital y cumplida en el resto del país, no sólo por los que trabajaban, sino hasta por los paseanderos, que dejaron las calles vacías, los creyentes que no fueron más a la iglesia, los marchantes que desertaron de los mercados; y como protesta tardía, pero protesta, por los caídos hace tiempo en el puerto, en los muelles del puerto, donde balas y tiburones dieron cuenta con los que cargaban los barcos de banano, muellersos que sin más coraza que el corazón y el taparrabo, se alzaron a gritar ¡basta! a los capataces del *trust* frutero, ¡basta!, ¡basta! ...; grito que aún resuena y que ahora deben recoger los trabajadores de todas las plantaciones, para enfrentarse a la Compañía en una huelga que signifique eso mismo: ¡basta!...

Era lo que proponían los de Bananera. Un huelgón que les quitara el huelgo a los gringos. Un ¡basta! Proponían, no imponían. Hasta eso hubo que aclarar. Ardilosos de mala fe, propalaban que era imposición, que los de por allá se les querían imponer y por eso hubo que repetir en todas partes que era simple propuesta y que la última palabra la tenían los de Tiquisate. Sin embargo, fuera de los Gambusos que por algo eran jaladores de fruta, como los héroes anónimos de la epopeya del puerto, no abundaba el entusiasmo, la mayoría no estaba de acuerdo y votaría contra la huelga, la gran mayoría de los eternos quitados de ruidos, enemigos de peligrar una uña y comprometerse en lo más mínimo; de los que sólo ven y se guían por el derecho de su nariz, interés cuanto vales, de los *pisteados* con los bolsillos llenos de dólares repartidos por los agentes de la empresa, que era siempre fiel a su política de soborno, y de los cobardes, arrinconados a su infelicidad, intimidación o pánico pelado, ante los pistoleros a sueldo de la Compañía que no repartía sólo *pisto*, sino balas.

—¡No hay, no existe en esta gente la menor idea de qué es lo que defendemos! — se tragaba San las palabras tan masticadas, tan dolorosamente martajadas, que ya no eran palabras, sino saliva de pensamientos contradictorios, pronto a condenar a los trabajadores, por su actitud negativa, como a defenderlos—. ¡Sí, sí —seguía en sus

cavilaciones—, la huelga por la libertad prendió como el fuego, y si la del campo se detuvo, fue porque no les explicamos a los campesinos, suficientemente, hasta formales conciencia del problema, que no se trataba del *Pan Nuestro*, sino del *País Nuestro*, de algo tan importante, de nuestro país que no tiene quién lo defienda. Los que rezan debían cambiar. No pedir pan, sino país. «El País Nuestro de cada día, dádnoslo hoy...».

Levantó la cabeza, y dijo a los que estaban de regreso de las plantaciones, mal alumbrados por la luz del quinqué:

—¿Notificaron a la Compañía en qué calidad iban ustedes, como delegados sindicales?

—Fue lo primero que hicimos —adelantóse Andrés Medina a Samuelito que se quedó con la palabra en boca—, darnos a conocer como personeros del Sindicato de Trabajadores de Tiquisate, recién fundado.

—¿Y aceptó la Gerencia? ¿No hubo inconveniente en que los recibieran como tales delegados? —trató de precisar el cabecilla.

—No sólo aceptó —esta vez Samuelito se adelantó a Medina—, sino mister Perkins, como delegado del Gerente, con mister Perkins se tratan todos estos asuntos, nos dijo que estaba contento de saber que formábamos una comisión del Sindicato de Trabajadores de Tiquisate.

—Se tragaron la píldora...

—Son muy vivos...

—Qué les quedaba...

—Eso se llama pujar p'adentro y hacer cara alegre...

Se enracimaron las voces y los gestos de los caras lavadas por la luz del quinqué amontonados alrededor del cabecilla.

—De inmediato, por supuesto —siguió Samuelito—. De inmediato le planteamos, en puerta para que no hubiera lugar a dudas, si la Compañía, a pesar de la organización de nuestro sindicato, mantenía los aumentos y mejoras que había ofrecido y que iban en nuestro pliego de reclamos.

—¡Por lo del sindicato no se iban a hacer atrás! ¡Gringos son!, ¡pobres, qué culpa tienen si así nacieron!, ¡pero no babosos!

—Efectivamente —intervino Medina, volviéndose hasta encontrar la cara del que acababa de hacer aquel comentario, un viejo gambuso que se había quemado entre dos fuegos, el sol y el ron—, no sólo ofreció mister Perkins mantener la palabra de la Compañía, sino aumentar los salarios más de lo que nosotros pedíamos, siempre que acabe la agitación en las plantaciones y no se oiga hablar más de huelgas.

—En otras palabras, comprar nuestro silencio —se apuró a decir el viejo, furioso, caliente, colorado, como una chinche, y ya no pudo hablar, porque era saliva lo que echaba.

—¿Sólo eso se les ofrecía? —gritó otro.

—¡Cómplices, es lo que buscan —otra voz—, y de paso que nosotros!

El cabecilla calmó a los más exaltados, que pasando de las palabras a los hechos, se disponían a blandir machetes y amenazas contra los que a esas horas estarían de fiesta que suenan a pedo, dijo el viejo chinche, celebrando que las cosas se hubieran arreglado sin la huelga, puta va y puta viene para las madrecitas de los agitadores, y loa va y loa viene para la Yunait en el español de «Selecciones» («Ventajas y progresos de la agremiación en la América Central» o «Un sindicato bananero al servicio de las buenas causas»), español tan estreñado por la falta de jugos, como por el orificio de salida, seco, obstruido y anglicano.

—¡No se trata de pelear, ya llegará a la hora! —se impuso Tabío San.

—Queda todo el día de mañana —saltó Medina—, ¿y quién dijo que hemos perdido la partida?

—¡Nadie ha dicho eso —logró hacerse oír Samuelito, mientras arreciaba la braveadera—, pero no hay que dejarse cegar por la cólera, si vamos con amenazas hoy, corremos más peligro de no tener mañana en la noche la mayoría que necesitamos para declarar la huelga!

—¡Mayoría de muertos es lo que va a haber hoy o mañana! ¡Traigan balanza para romanear los cadáveres!

—¿Idiay?... —Se les enfrentó Samuelón a los que ya salían machete en alto, dando saltos, el sombrero en la mano que arrastraban por el suelo para levantar polvo, igual que gallos de pelea, igual que bailarines de loa; y al grito del gigantón, bien alto era el Samuel ese, se calmaron, porque no querían oír razones, los guapos que escupían más que escupidor de fuegos artificiales, y los bragados que se llevaban la mano a la entrepierna, los dedos bien abiertos, dando a entender que ni así alcanzaban a agarrarse todo lo que tenían de machos, capaces de hacer esa noche una de las suyas, esa noche de estrellas amarillas como melcocha, reverberación que les aventaba, desde la pérvida negrura del cielo, el recuerdo de las luminarias y las fiestas de San Pedro y San Pablo. Este año se quedaron sin ellas.

Florindo Key turbó aquel suspenso abierto por el grito de Samuelón, llamando al orden. Traía las últimas informaciones. Sensacionales... Sensacionales...

—¡Los millonarios Lucero se van mañana! —anunció Key de entrada—. Vengo de «Semirames». En horas han dispuesto el viaje.

—¿Mañana? —juntó las cejas el cabecilla, como dos signos de interrogación de los que se desbordaban sus ojos ahuecados, inquiriendo de Florindo más información de lo que tenía toda la apariencia de huida.

—¡Mañana mismo! —confirmó el recién llegado.

—¡Eso significa que no están seguros! —exclamó el cabecilla, sin permitir hablar a Florindo—, ¿Y no era que la Compañía, según ellos, con las mejores acordadas, había decapitado la huelga?

Key levantó la mano agitando el índice de un lado a otro, mientras decía:

—¡No, no..., los llamaron de Chicago! Geo Maker Thompson, el famoso «Papa Verde», está muy grave y quiere ver a su nieto antes de morir.

—¡Que se muera sin verlo y que mal rayo los parta a los dos! —gritó Andrés Medina.

—¿Y no era que los señorones estaban muy seguros —metió su voz Samuelón, entre afirmando preguntandito—, de que no habría huelga, de que no habría nada, de que todo seguiría igual?...

—¡Muy seguros, no! —acotó Key.

—¡Pues entonces debe ser un pretexto! Se van para no dar su brazo a torcer..., ¡qué casualidad que por el nieto!...

—¡Muy seguros, no —insistió Florindo con la mano amistosamente puesta sobre el hombro de Samuelón—, pero tampoco creo que sea pretexto, y si lo es, hay pretexto que la vida nos proporciona tan a tiempo, que dejan de ser pretextos!

—¡Ya nos amolamos si don Flor empieza con sus juegos de palabras! —protestó Samuelón, entre serio y sonriente y luego adujo enfrentándose a Key en son de desafío—: ¡si afirma que no están *muy seguros*, debe decir por qué!

—Es la otra noticia bomba. El coronel se negó a mandar un solo soldado a cuidar las plantaciones...

—¡Qué pura reata el tipo ése!

—...por más requerimientos que le hizo la empresa, el gerente en persona; desde suplicar, llorar, hasta amenazarlo con la destitución inmediata y la cárcel, por complicidad con los huelguistas, emplearon todos los medios sin lograr sacarle un soldado. Se acuarteló en la Comandancia y puso centinelas con ametralladoras de mano que no dejan pasar por enfrente, ni acercarse, a nadie.

—¡Qué chichito! —celebró el viejo chinche desde su rincón, casi no se le veía, con los ojos puposos, entre alegres y desconfiados.

—¡Alto ahí, que no lo hace por nosotros!...

—¡La explicación me gusta!

—¡Ni por nosotros ni por nuestra linda cara!

—¡Se entiende, Medinita, se entiende, y por eso decía que la explicación me gusta —siguió Key—, pues de sobra sabemos todos que lo hace por él, por su seguridad, por salvar el pellejo; pero el resultado para nosotros es igual. Sin el apoyo militar el orgulloso *trust* se sentirá debilitado y los que con dinero o amenazas han logrado inclinar la balanza de la huelga contra nosotros, pensarán si lo siguen haciendo, o si ellos también se cambian. Esto lo veremos mañana en la noche; pero qué quieren que les diga, me siento optimista, obtendremos la mayoría...

—Yo no —dijo Samuelito—, y creo que más perjuicio nos causa la negativa del coronel, su negativa de mandar refuerzos a cuidar las plantaciones, que el pretendido debilitamiento de la Compañía, de que habla Fiorindo.

—Lo cierto es que él se ha parapetado en la Comandancia y de allí no lo saca nadie —adujo Samuelón, extrañado de que su hermano Samuel no dijera esta boca es mía. Qué iba a decir, si estaba con un dolorón de muelas que se lo cargaban los diablos. Le temblaba toda la carne del cachete, y hasta el ojo le daba saltitos.

—Sí —intervino Medina—, creo, como Samuelito, que más daño nos hace el coronel con su encierro, que si sale a las plantaciones y reparte a la tropa. Para nosotros hubiera habido hasta el cabe de que los soldados hicieran causa común con los trabajadores.

—Dejemos el esquema —interrumpió el cabecilla, que dio la impresión de seguir oyendo lo que hablaban, pero al margen, perdido en el mundo de sus pensamientos y meditaciones—. Dejemos el esquema —repitió—, los soldados no harían causa común con los trabajadores, pero el coronel no es ningún peje y sabe bien que en estos casos, lo que ocurre es que el soldado, por miedo o porque no quiere ser soldado, bota el arma, se quita el uniforme y huye a los lugares de donde lo trajeron a la fuerza por no decir amarrado.

Y después de un momento, añadió:

—Lo cierto es que la huida de los Luceros, no podemos llamarla de otra manera, y la negativa del coronel a mandar tropas a defender los intereses de la Compañía y la vida y seguridad de los altos empleados norteamericanos, exigen un estudio de la situación a través de estos nuevos enfoques.

—Repito que no es una huida...

—Es una huida, Key —insistió el cabecilla—, y si no lo es, mejor. La gravedad o la muerte del «Papa Verde» no hará sino debilitar, momentáneamente, mientras se reúnen los accionistas y nombran a un nuevo pontífice, la situación de la empresa.

—Yo he visto los cables —reaccionó Florindo con cierta violencia en la voz y en el gesto—. El viejo no se quiere morir sin ver al nieto...

—Pues que se lo lleven... —alcanzó a decir Samuel con la voz babosa, moviendo la lengua en medio de una boca que el dolor le hacía sentir inmensa, y que ya apenas podía cerrar—. Que se lo lleven... —y habría querido explicarles que un chico llamado Lincoln Suárez contaba que Bobby era enemigo a muerte de los huelguistas, a quienes llamaba despreciativamente pedigüños y decía que había que colgar del humo de las ametralladoras.

—Sí, que se lleven al nieto y a toda la parentela —adujo Medina—, y que no vayan a propalar las agencias de noticias en sus cables que cargaron con él para que nosotros no lo secuestráramos. Son capaces. ¿No lo dijeron la vez pasada? ¿No corría por ahí que lo íbamos a secuestrar para exigir a la Compañía, como rescate, la aceptación del pliego entero de nuestros reclamos? Es gente para la que no hay diferencia entregángster y huelguista...

—Y la tercera noticia bomba —gritó Florindo, esperando, para soltarla, que reinara el silencio espectacular que ahora le permitía desgranar palabra por palabra el notición.

—¡El presidente de la República convocó a los generales del ejército al Palacio, para entregarles su renuncia!

—¡El acabóse!

—¡El acabóse para ellos! Para nosotros, no, ¡nada de acabóse! ¡Em

pezón! ¡Hay que meter los dados en el cuchumbo y decirle a la vida: empezamos de nuevo!

XXXIX

La máquina de coser zumba que te zumba. Una toalla mojada envuelta en la cabeza, medio cuerpo desnudo y los pies en una palangana de agua. El calor la asfixiaba. Le evaporaba el pensamiento. No pensaba más que en lo que estaba haciendo. Meterle las costuras a su vestido crema. ¡Puchis, que estaba flaca! Se le durmió el brazo, hormigueros y cosquillas, le dolió la mano, la muñeca, el codo, pero no se detuvo. Por poco se respunta una teta. Allí sí que con ganas se hubiera metido costura. Una buena rducidita. Semejantes turumbas que de tanto flagclanuento amoroso se le cayeron en forma de pera, lo que no quitaba que con los auxilios mutuos del apretador, las mantuviera siempre bajo el vestido que parecían puntas de lanzas. Allí es donde empiezan los cuernos, en el atractivo, en el imán de esas dos puntas.

El zumbido de la máquina no la dejó oír quién entraba. ¡Mira quién! Y venía algo displicente. Chucho que ladra no duerme, le tuturuteó a Clara María el pensamiento al ver aparecer al capitano Pedro Domingo Salomé, más pálido que ánima en pena, contenta, orgullosa de que volviera por su voluntad, sin que ella lo llamara, como otras veces lo había hecho, frente a una estampita de San Antonio metida en aguardiente de sapo, fumándose un puro.

Pero el gozo se le fue al pozo y se le cayeron las lágrimas al darse cuenta cómo venía de enfermo, de trasijado. Ya no era hombre viviente, sino víspera de difunto. Los ojos sin el avispamiento del parpadeo, fijos, vidriosos, alcanzando respiración más con el estómago que con los pulmones, hediondo a un sudor fétido, como si lo bañaran en orines helados.

No la abrazó. Pobrrccito. Le pasó las manos por encima, tanteando como para cerciorarse que estaba allí su... todo, que no se le había ido. Venía tan dundo de la calentura, que a) tacto encontró la cama. Casi no abultaba cuando se acostó. Le pidió que le regalara un trago de agua. Ella fue y vino, pero se tardó un poquito. No le podía dar en uno de los vasos ordinarios que usaba todos los días. Sacó de su armario una garrafita celeste nomeolvides, con el vaso del mismo color.

—Te repitió el paludismo, mal más fregado... —suspiró ella oyéndolo tragar el agua.

Pedro Domingo asintió, con la mirada de calenturiento puesta en los ojos de Clara María, que se había sentado a la orilla de la cama y le acariciaba, más bien le apretaba, como haciéndole masaje, las coyunturas que con el paludismo siente uno como que se las estuvieran quebrando.

—Despuesito —le dijo ella— te voy a dar una tu frotada de alcohol con quinina.

El capitán le pidió que lo dejara descansar un rato. Después, bienvenido el remedio; pero ahora lo que necesitaba era estar tendido, con los ojos cerrados, la mano de ella entre sus manos arenosas y sudadas por el hervor de la fiebre que le iba subiendo.

—Menos mal que me tenés a mí..., aunque sea para suplefaltas —pensó decirlo esto último, pero se arrepintió, la mejor palabra es la que no se habla, y medio echóse sobre él para pegarle la mejilla a la mejilla abrasada por la calentura y rasposa por la barba a medio salir.

Los ruidos del día, camiones que pasaban, carretas, pitazos de locomotoras lejanas, desviaron el pensamiento de Clara María que, poco a poco, a medida que su amor se iba quedando dormido, le fue retirando la mano sin que sintiera, y corrió a preparar un plato hondo para hacer la mezcla del alcohol y el polvo blancuzco de la quinina. Con esa friega en la espalda, si no se le ahuyentaban los fríos del paludismo es, que ella no se llamaba Clara María, la de la cantina «Dichosofuí». Sí había sido dichosa con éste. Muy dichosa. Estaba postrado. Lo dejó dormir. Se acordó de algo. De bolsarlo. Era experta. Pero esta vez no en busca de dinero, sino de alguna carta o retrato de la del telegrama. ¡Salada! ¡Maldita! ¡Mal rayo la parta! No tenía nada. Le quitó la 45, un pistolón con incrustaciones de concha nácar en la cache, y larguísimo caño pavonado, y la puso al ladito de la cama, sobre la mesa de noche, donde tenía la radio.

La pregunta de por qué había venido a verla, no la dejaba en paz, ratos fija, detenida como chupamiel volando entre sus dos cejas, ratos vuelteándole en toda la cabeza. ¿Por qué había venido? ¿Buscando consuelo porque se moría?, ¿buscando amor porque la quería? ¿Pudo más el paludismo que las cenizas de muerto que la sometidota del telegrama mandaba a regar frente a su puerta con el mulato, para abrir un foso de indiferencia entre ellos, y si no conseguía separarlos y que se olvidaran, un foso de eternidad. El desamor o la muerte. Los tenía sentenciados. ¿Suposiciones? ¡Cómo va a ser, si ella sorprendió al mulato, le quitó los huesos de la mano! Y son sentencias que se cumplen. ¿No estaba allí su ¡hombre ya medio muerto? Se le nublaron los ojos con el llanto que detenía en las pestañas. La eternidad entre ellos, o el desamor. No había dónde escoger. ¿Por qué, Dios mío, debían separarse, olvidarse, o morir uno de los dos? No eran sus manos, era su corazón el que partido en dos, trataba de asirse con los latidos de sus dedos. ¿Por qué iba a poder más que ella esa arrastrada? ¿Por qué tenía a los muertos de su parte? ¿Por qué, como le dijo la Tonina Sansívar, no hay defensa cuando se saca la tierra del cementerio rascándola del fondo de los sepulcros, después de una misa negra?

Y la perra esa celebraría el maldito oficio diabólico, la luna en trasplante, de llena a menguante, acolitada por el mulato, desnuda, con el sexo untado de luciérnagas, apretando por detrás, entre las nalgas, un murciélago muerto, defecable, como el murciélago de oro que defecó el sol, las tetas chorreadas de leche de sapo, corrosiva, venenosa, y atado al vientre, sobre el ombligo, el retrato de Pedro Domingo Salomé?

...

Todo esto se lo sopló la Tonina Sansívar vieja comadre a la que le salía un vozarrón de hombre zángano del guacal del bocio. Y le dijo, además, que hay muy poca defensa contra el perjurio de la tierra de muerto regada a la puerta o frente a la

casa de una persona, pues el resultado era que uno de ellos dos tenía que morir, si no consentían en olvidarse, en separarse, en dejarse de querer.

Maternal y ojerosa, reteniendo lo más que podía el llanto, acercóse al oído del que hasta allí había sido su hombre, quemaba de la fiebre, a pedirle que la dejara, que la olvidara, que no pensara más en ella. Hundió y sacó las costillas al expeler sus sentimientos en un suspiro, vacía, con la tristeza de la que sabe que lo pierde todo, al separarse del ser con el que pasó los mejores años de su vida, sin poderlo retener, pues de intentarlo de todas maneras lo perdía, lo perdía en la muerte. ¡Mejor!... ¡Mejor muerto!... No llegó a pronunciar aquellas horribles palabras. Restregóse los labios violentamente, en la duda de haberlas dicho. Se tendió junto a él y le fue susurrando: «Amorcito, ¿me oye?, lo voy a perder —le hablaba de usted por coquetería—, ¿sabe que lo voy a perder?... piense, chulo, en la enormidad de mi sacrificio... —se contrajo asqueada de sí misma, de su labiosa mentira—. ¿Sacrificio?... ¡farsante!..., si de todas maneras lo tenés perdido, porque de ninguna manera podrá quedarse con su Clara María, la de la cantina «Dichosofuí», la de toda su vida... —sollozó, sollozó, sollozó—, con la otra o con la muerte... —sollozó—, no había para dónde agarrar, eran muchas casualidades a la vez como para no creerle a la Tonina; muchas casualidades juntas. A saber desde cuándo venía el mulato a regar tierra de muerto frente a su puerta, desde antes que se ausentara Pedro Domingo, que se ausentó por lo del telegrama; y el telegrama, ¿por qué no se lo llevaron al cuartel, sino dio la casualidad que se lo llevaran allí?, ¿cómo fue que ella, que siempre que Salomé se ausentaba, lo iba a buscar a la guardia, a preguntar por él, a mandarle recados verbales y papelitos, esta vez no lo hizo, la tierra de muerto la paralizó, y, por quitarse las ganas que no tenía en el cuerpo, sino en el alma, de vengar el engaño entusiasmóse con el gringuito rubio de los ojos azules, hasta darle lugar en su cama...?, ¡ja, ja!..., ¡jazz, jazz!...

Pero inútil pensar en lo que ya no tenía remedio ni remiendo. A lo hecho en el lecho, pecho que por algo quedó el cuerpo satisfecho. De huesito de cola de muerto deben haber sido las cenizas que le regaron frente a la puerta. ¡Calentarse ella, ella, con aquel canchito! ¡Ella que siempre fue frágil resultar frágil! Ja, ja, ja!, le reía el contento en el pecho, y en las narices sentía la comezón del estornudo, pensando en decir ¡jazz, jazz!...

—Perdoná —le dijo al último la Tonina Sansívar— que te haiga rajado en dos el corazón pero no podía ocultarte que tu caso no tiene chapuz, salvo que te destiñeras vos misma, con sangre o con fuego, el *tono* de fínaditos que te regaron encima. Con sangre tiene que ser, con sangre del que te hizo el daño, porque con fuego te tendrías que volver ceniza vos misma, meterte fuego y quemarte. Cuando a persona viva le cae ese *tono* es muy difícil de curar. ¡Sangre o fuego! En relación con lo que nosotros somos, el *tono*, aunque, como el alma, sólo se nos da prestado, es más nuestro por cuanto nos acompaña hasta después de la muerte.

La Tonina encendió un cigarrito de hoja de maíz tirando a morado, y mientras lo

chupeteaba, más parecía fumar con los movimientos de las pepitas de su huehuecho, trató de esconder los ojos saltados, bajo sus párpados que apenas los cubrían, y añadió sentenciosa, sin saberse si hablaba con palabras o con el humo del tabaco:

—Sólo dos cosas nos emprestan cuando nacemos: el alma y el *tono*, y de estas dos cosas, el *tono* es más nuestro que el alma y te voy a explicar por qué. El alma se acobarda al sentir llegar la muerte y se vuela, se va, se desaparece antes de enfriársenos la carne. El *tono*, en cambio, persiste, se queda con nosotros, porque el *tono*, para que lo sepás de una vez, es el olor de animal que tenemos; cada cristiano huele a un animal distinto, y ese olor es su *tono*, ¿entendés?... (Clara María lo único que entendía es que con su hombre lo perdía todo, el alma, el *tono*, todo...) ¡Y eso es, criatura, lo que te han echado a vos, *tono* de muerto con las cenizas que han regado abajo, en la rendija de la puerta, por donde ya no entraron, pobrecita, te considero, el aire, la luz, el sol sino lo podrido, lo engusanado, lo petrificado, la animalidad hecha polvo de los pobres difuntos.

Y con el de tuza apagado en los labios rascándose las manos secas, la Sansívar, agregó:

—¡Deducí, entonces, que estás como si te hubieran pintado el cuerpo con cal de muerto! ¡Comprendé que lo que te han untado encima es *tono* de finado y siquiera de uno, de muchos, de muchos finados! Si fuera de uno, tendrías cura; hay *contras* para el caso de saberse de qué difunto es el *tono*; pero así como te hicieron a vos el mal, sólo con sangre o con fuego, y evitá que te vayan a seguir regando tierra de cementerio frente a la puerta, porque si no, ni vos vas a contar el cuento; pues tras arrebatarle al hombre, te van a quitar la vida.

A quién se lo dijo. Al volver a su casa, arrastró la cama, la mesita de noche, la radio, una alfombrita de yute, la bacinica, la imagen de un San Joaquín con el niño, a un rincón de la pieza, cerca de la ventana, dispuesta a que esta vez, si el mulato regresaba, no se le fuera. Arañarlo, morderlo, acuchillarlo, machetearlo con una cuma que le servía en la cocina, hasta sacarle la colorada, y lavarse con su sangre el *tono* de los muertos, pues si la del telegrama insistía en seguirlo mandando, se iba a quedar, no con un hombre separado, sino con un *veudo*, y eso de viudo a costillas de su persona, estaba jodido...

Apagó la luz eléctrica y encendió un cabito de candela. Su amor dormía la borrachera del paludismo. Tendría que despertarlo para darle la friega de alcohol con quinina y después, aunque se durmiera otro rato, antes de irse a la Comandancia. Pobre negro tostado, se dejó venir con su mejor uniforme. ¿A qué horas se tendría que presentar? Si era al alba, no había pena. Pero con las noticias que estaba dando la radio, cómo fue que lo dejaron salir. ¿No se fugaría? ¿No estará metido en algo? Nunca pasó de capitán y ahora sería su oportunidad. Lo contempló profundamente triste. Su oportunidad para él y..., no para ella..., para la otra... Si anduviera metido en algo... Estos cuques siempre caen parados. Pero arriesgarse así, tan enfermo... Y qué le hace, si quizás fue la preocupación lo que hizo que le repitiera el paludismo.

La preocupación le patió el hígado y le reviró en los nervios. Sí, eso debe ser. Andará metido. Antes le contaba. ¡En amor!, ¡ay!, todo es antes, poco es ahora y nada mañana. ¡Antes hablaban, no era sólo la gordura con pelos, venir, desnudarse, chimar y a mear... bolito a la calle..., como animales o encoñados, pues, aunque le pesara el decirlo, en eso habían terminado..., o..., o..., o sería que ya no tenían de qué hablar, como condenados que se enseñan los dientes y creen que se ríen, que se agarran de por allí abajo y creen que se aman, que están juntos y creen que están juntos, cuando, ¡ay, Dios, Diosito!, están más lejos que la luna del sol. Antes sí, tratable, comunicativo le hablaba de su carrera, de los ascensos que, nequis, no pasó de capitán, y no se le caía de la boca el grito de orgullo: «¡Vivir, para un militar, es servir! ¡El único vicio que un militar debe tener, es el servicio!...»

Ella puuu... jó al echarse a cuestras aquello de «el único»... Y hace poco, por hablar de algo, ella se lo recordó y por toda respuesta, como si hablara a lo mudo o con bozal, le contestó: «¿Eso decía yo? ¡Debo haber estado ebrio de juventud o bien jáquima! ¿Vivir, para un militar, es servir? ¡Pues sí que tiene gracia, parar de sirviente uniformado o lacayo, que es igual!...»

Si le diera la friega sin despertarlo, levantándole la guerrera y la camisa. Los dientes le tastaban. Después de la calentura le estaba entrando el frío palúdico. Buscó algo para echarle encima. Lo tapó pensando que un sinapismo en los pies, sería lo mejor, cuidando de no quemarlo, porque si no empeoraba la necesidad, y lo urgente era cortar el ataque por si estaba metido en algo, ahora que todo el mundo hablaba de la caída del gobierno. Los galones no se consiguen de otra manera. ¿Postergado de capitán, de culumbrón ante *Bostezo* y estudiando guitarrita con esos Samueles que a ella, no sabía por qué, le caían como patada en la espinilla? Esta vez tenía que estar metido..., esta vez que no parara hasta coronel, por lo menos, y que lo..., los trasladaran a la capital..., por eso qué bien hizo en no reclamarle esta vez nada de lo del telegrama, no armarle pleito..., sí, sí, que los trasladaran a la capital con la otra y con ella, tal vez allá no la alcanzaba el *tono* de los muertos...

Si pusiera la radio bajita... La encendió y le fue dando volumen poco a poco..., tal vez había noticias..., buscó, buscó, buscó..., no se oían más que marchas militares...; extraño que a esas horas no estuvieran transmitiendo los programas habituales..., marchas..., marchas..., se iba diciendo. Marchas..., mar... chas..., mar... No se asustó, pero fue tanta su confusión que en lugar de pasar el dial rápidamente, aumentó, dio todo el volumen y un duchazo de *jazz* la bañó con la presencia latigueante de su gringuito. de ojos azules. Instantáneamente apagó la radio y quedóse con los ojos cerrados y el corazón que se le salía...

—¡Lindo nombre, Bobby Thompson!... —se dijo—. Debe haberse marchado. Sólo por eso accedí la segunda vez..., ¿sólo por eso?... ¡Hipo te debía dar por hipócrita; accediste porque te gustaba el muchacho!... ¡No, no... —hasta movió la cabeza negativamente, hablándose a solas—, juro por Dios que no! La primera vez sí, no lo voy a negar, fue locura, capricho, gana de encimismarme con él, encimismarme con

«ce», porque viene de encima, como me corrigió una vez aquel profesor «ronquillo» que se llevaron preso por agitador, como no hubiera sido de licor y de evangelismo, no sé de qué, porque era él el que estaba para que lo agitaran antes de usarlo y no lo usaran. Sí, la primera vez, sí; yo casi llamé al gringuito, pero la segunda fue porque se iba, para despedirnos como la gente moderna, con un *vanguard-jazz*...

¡Bye! ¡Bye!, ya iría lejos y ella allí recordándolo junto a su hombre que ya no era «su hombre», sino de la otra o de la pelona. Tenía que hacerse a la idea de perderlo, si no quería sufrir y sufrir, conformarse, untada como la dejó el mulato ese, por cuenta de la maldita del telegrama, de tonada de difunto. Las corriditas de sudor por el cuerpo. No sudaba, lloraba sudor, lloraba con todos sus poros igual que una regadera..., ¡ah, si pudiera lavarse con ese sudor que ya era llanto, la maldición del sarcófago egipcio que pesaba sobre ella. En una revista leyó la historia de la momia. Sí, sería eso; y la Sansívar, la Tonina Sansívar, no supo o no quiso explicarle, científicamente lo que estaban haciendo con ella, volviéndola momia..., momia... ¡Momia ella y la otra viva!... ¿Encimismándole muertos?... Porque eso sí le dijo la Tonina Sansívar, muy en secreto y tal vez en doble sentido, que con esos polvos sepulcrales, lo que hacían era ensimismar muertos sobre la mujer, para que el mero, mero, no se le ensimismara más por falta de lugar..., ¡ja, ja!..., lugar le sobraba a ella para todos los muertos y para todos los vivos. Pero no se trataba de eso, lo que debía evitar es que la momificaran.

Se levantó el cabello caído sobre la cara y se puso de pie. Lo primero era moverse, no quedarse como momia, frente a la radio apagada, sentadota en la orilla de la cama, como si se hubiera ido, no la onda, sino el pájaro, y tan la vida es movimiento que al sólo levantarse, la corazonada, el mulato debía andar por allí, sabiendo que su hombre había regresado, y estaría regando huesos de muerto. Avalanzóse y abrió la puerta de golpe. Nadie. El temblor de las estrellas. El temblor de las estrellas. El temblor de su cuerpo. La noche caliente, salitrosa, hinchada, húmeda. Si lo encuentra lo mata con la cuma, el pequeño machete que le servía en la cocina y que ahora hacía guardia en la puerta de calle, al lado del «¡Detente!» del Corazón de Jesús, una estampita de la Virgen de Guadalupe que le dejó el padrecito Fejú, una cruz de corazón de palo, y otra hecha con ramos benditos. Si lo encuentra lo mata, lava con sangre la maldición que pesaba sobre ella. Nadie. Nadie. Le costó creerlo. La evidencia de la corazonada, de esa realidad que la realidad niega, y que en el pecho se queda palpitando, es a veces tan real, tan verdadera. Puso el machete donde estaba, donde lo escondía, en un rinconcito, y se pasó la mano por la frente tratando de serenarse. Mejor estuvo. Mejor. Se habría hecho de delito por hacerse justicia, a falta de ley o código que los castigara a ellos... ¿Existe, acaso, la pena de muerte para la que le roba el amor a una, como para el que mata alevosamente, cuando el amor es muchas veces más, mucho más, que la vida? ¿Y no el amor de las comedias, ese que está en los libros, sino el amor menudo, diario, el amor en que se lava la vida triste, el de la costumbre, el de los pequeños ratitos de alegría? Y

alevosidad mayor que la que gastaban con ella, dónde se ha visto. Ni en el cine, que ya es decir. Aliarse con los muertos, con el polvo de los muertos, con la noche, porque de noche le hicieron el daño. Aliarse con la sombra, la oscuridad, la tiniebla, fiera ensangrentada de negro que dejó afuera, y que contenían apenas las débiles hojas de la puerta entornada, sin llave ni pasador, para abrir prontamente, rápidamente, sorprender al mulato, si venía a su quehacercito de brujería, y que no se le fuera a escapar. ¿Pero qué presentía?, ¿por qué la sospecha de que vendría aquella noche? Por toda respuesta pensó en su hombre. ¿Pasos? Pegó la oreja a la puerta, inmóvil, sudorosa, sin parpadear, sin respirar. Perfectamente claros. Dejaría que se acercaran y no se amparó del machete para salir y degollarlo, porque en eso se dio cuenta que era el enfermo que movía los pies en la cama para botarse la sábana, como si fuera andando, alejándose de allí con ella hacia la del telegrama, sin que se le entendieran las despedidas tras la lluvia de granizo de sus dientes tiritantes.

Clara María acercóse a oír las medias palabras que el capitán Salomé lograba salvar del castañeteo de sus dientes, que ella le vio como pedacitos de huesos blancos, sucios, medio astillados, obsesionada por los huesecillos que le encontró al mulato en el bolsillo, la noche en que lo descubrió haciéndole el mal, volviéndola momia. Pero, mareada, mareada por la luz rumiante de la candela que se comía su propia claridad, mareada como si fuera navegando a través de oscuridad y neblina, el cuerpo momificado, la cara verdosa, estirado el pellejo, rictus de máscara orejona, pómulos lustrosos, labios de bisel y risita disecada, poco entendió, al principio, de lo que aquél decía con el galillo atornillado a las narices, aunque después, por frases que se le escaparon, comprendió que aquél andaba metido en algo, y que no había salido uniformado con su mejor uniforme, esa noche del 29 de junio, sólo porque sí...

Las noticias de la radio en esos días hacían lógicas sus suposiciones. Si la pusiera de nuevo, pero más que su curiosidad, pudo su temor de encontrarse con el jazz, que era como caer en brazos de su gringuito, estando allí su mero, mero. Suspiró al mismo tiempo que la candela, sólo que las candelas suspiran por las ánimas, y ella porque echaba de menos a Bobby. La segunda vez que estuvo con él, fue la locura. La convirtió en un chicle mastica-ble, elástico, pegajoso. Y tras un ensimismamiento, otro y otro. ¿Momia? ¿Momia ella? Tal vez para el militarejo éste que no pasó de capitán, y que cada vez que ascendían sus compañeros de armas, él parecía descender, a tal punto que ahora ya no era capitán humano, sino capitán zoológico. ¡Para éste sí, momia, remomia, la momificación perfecta no necesita de ácidos especiales, basta lo cotidiano; pero no para el pasajero de ojos azules —jamás están cerca las personas de ojos azules, siempre se sienten como a distancia—, para el gringuito que la rejuveneció, que hizo de ella una masa sonora, brutal, viva, desgarrada, con el vientre de paloma tamborera, sus grandes senos en forma de pera saltando, entregolpeándose como Punching-bag y sus brazos abandonados alrededor de aquel cuerpo de arena blanca, como dos ríos morenos que van a la desembocadura...

—¡Suéltense!..., ¡Suéltense!...

Se dio cuenta que no tenía agarrado al gringuito, sino a su hombre, y lo soltó como una brasa ardiendo, y ahí sí que era verdad el dicho, porque el pobre quemaba del calenturón.

—¡Suéltense!..., ¡Suéltense!... —siguió aquél esforzándose, dormido, por desasirse de alguien, de algo que le pesaba encima y que no le dejaba moverse.

—...Colanzas, no..., mez., —seguía delirando—, colanzas, no..., sólo yo, pero suéltense... suéltense..., sólo yo..., la Compañía y el gobierno..., abatirlos juntos..., parece sueño... —se reconfortaba masticándose los carrillos y repetía—, parece sueño..., parece sueño...

—...¿el condenado?..., ¡ah, nos la va a pagar!..., él mismo fue a decir, ¿para qué ascensos si allá conmigo no se necesita?... —zafó, con infinitos esfuerzos y quejas, la mano izquierda del peso de su cuerpo echado boca abajo, y dedeó con pasos de araña en los piquitos de la tira bordada de la sobrefunda en que apoyaba la cabeza.

—...no..., no... Samuelón..., ese pase no lo sé

hacer... —movía los dedos en la funda—, y con la otra mano a mí me sale mejor charrangueado..., ¿punteado?..., punteado no lo oigo bien..., charrangueado..., untadito..., de las cuerdas hechas de fuego de antorchas, a las cuerdas de tripa... —y, hablando con voz de soplido en tono bajo, algo que no hubiera querido que se oyera, y que si se oía, sus propias palabras apagarán, añadió—, untadito, untadito, de los entorchados a las tripas ese día nos las va a pagar todas..., fresco..., nada de ascensos..., ni para él ni para nosotros..., con tal que no lo movieran, con tal que lo dejaran en su feudo frutero con sus dos capitanes y sus doscientos soldados...

—...pero ahora qué importa, Samuelón, qué importa que bajemos la puntería si va subiendo el tono..., semitonos..., semitonos son los que hemos bajado y ya se escucha subir la muchedumbre..., y el pueblo ascenderá a los últimos, no a los primeros..., el pueblo dará los ascensos...

Clara María despegó los labios sin decir palabra. Oyóse apenas el chasquido, como si hubiera roto una tela de saliva seca. La cosa es contra el coronel, pensaba, contra Bostezo. Se metió, sin saber si para rascarse, la mano abierta bajo el cabello caliente y pegajoso como sudadero. Ruido de bisagra que se despega hizo su sobaco, charquito de sudor con pelos, al levantar el brazo hasta la cabeza que le comía. Se rascó, si hubiera sido sólo esa picazón afuera, pero el desasosiego era adentro, y después de un rato de tener la mano en la mata negra y sudorienta, empezó a trenzarse...

La sacudió miedo oír a Pedro Domingo hablar como si estuviera muerto, con los ojos cerrados y la cara sin expresión, sin sangre, color de piedra pómez a la luz porosa de la candela, y en el aire detuvo el ademán de su mano que sólo fue un reburujo de sombra en las paredes... Despertarlo... Sacudirlo... La fiebre lo tenía privado y quizás debía ir a rendir, aunque andaba sin la escolta... Aguzó el oído en busca del reloj... Se había como parado... Diz que los relojes se paran o se

descomponen donde hay alguien que delira... No lo despertó... El ademán solamente... No lo movió... Palabras acolochadas y algo así como amorosas salían de su lengua abarquillada, como tenaza de hacerse los rizos, aunque ella no estaba para chongos..., más con lo que estaba oyendo ya en guardia, echada sobre aquél con celos de fiera miope que rascara con la brama de sus narices, salivosos los belfos, achinados los ojos, el rastro de la del telegrama; pero a tiempo recapacitó, la Rosa de que hablaba era la Rosa del tango, y hubo de conformarse con recibir la vaharada fétida de la fiebre palúdica del enfermo, el temblor de sus pestañas, el rechinar de sus dientes y el sufrimiento en que se debatía enloquecido...

El enfermo barajaba en su delirio, personajes reales: un capitán aprendiz de guitarra; Samuelón, su profesor guitarrista; «Gambuso», huelguista y revolucionario; y Cárcamo, el otro de los dos capitanes condenados a ser capitanes toda la vida con tal de que no se perturbara el feudo frutero del coronel Bostezo. El capitán aprendiz de guitarra, el retozo de repaso inacabable, desesperante o con aire y firmeza de presentación, somataba al paso de su compañero de armas, la letra de «Rosa de Fuego», sin que éste se diera por aludido. «*Rosa de Fuego los hombres la llamaban...*», o... «*Rosa de Fuego se divertía..., Rosa de Fuego feliz reía...ja..., ja..., ja...*».

—¡Pobre viejo —se dijo, y le tuvo lástima—, a saber Dios en qué anda metido! Esa risotada es de miedo; más bien para aturdirse..., peor si está con los huelguistas y no cae el gobierno, y peor también si está defendiendo al gobierno, que esa sería su obligación, y triunfan los de la huelga... —movió la cabeza de un lado a otro—, no si en este país, bueno no hay nada, todo es peor...

—Ja..., ja..., ja... —seguía aquél riendo en su delirio—, ja..., ja..., ja..., ja..., y..., ja..., ja..., ja..., ja...!

—...¡no Samuelón!..., ¡no, Samuelón!..., ¡ser ciudadano de este país no es nacer peón, y el extranjero ya no es paaa... trón. —dio tal vuelta al decir así, que si ella no está tan a tiempo y lo agarra, se cae de la cama.

Lo detuvo casi en el aire, cargó con su cabeza hasta la almohada, le enjugó el sudor de la frente, del filo de la nariz, de los globitos de los párpados, de la barbilla, con un pañuelo oloroso a perfume revuelto con drogas de cariño, y lo acuchuchó como a un niño para que se durmiera. Allí con ella estaba a salvo, pues de repente andaba metido en algo, con seguridad que sí, y en la calle lo podían matar.

Se desnudó. Ni el pellejo se aguanta con el calor. No tenía paz. Todo le andaba por encima, sin tocarla, como objetos y nubes oscuras que pasaran por un espejo, y hasta hizo el ademán de sacudir, de botarse el callado movimiento de los muebles sobre su persona, las patitas de las mesas y las sillas y los pasos de reloj con andado de mosca mecánica, regándole en el cuerpo tierra de tiempo muerto. Volvía a sus cavilaciones, pero ya sin poder con los párpados ni seguir sentada. Apagó la candela y se hizo un lugarcito al lado de su hombre, en el carruaje del sueño que la alejaba de todo mal, suspendida en los muelles resortes del adormecimiento, dejando los oídos

pegados a la puerta, por si regresaba el mulato. Sabiendo que su hombre había vuelto y que estaba allí con ella, era lo más probable. Pero no se iría vivo. En defensa de su amor y de su vida, estaba dispuesta a todo. No se iría vivo.

XL

—¡Buenas noches!... —se oyeron en «Semirames» las últimas voces—. ¡Buenas noches!... —las últimas voces de la servidumbre—. ¡Buenas noches!... —ya todos estaban acostados, había que madrugar, mañana saldrían hacia Chicago don Juan Lucero con Bobby Maker Thompson. Sólo don Juan lo acompañaría, el resto de la familia Lucero se quedaba en Tiquisate, no era cosa de salir huyendo, sino de llegar a tiempo de que el «Papa Verde», canceroso, semiparalizado y a última hora con pulmonía, fijara sus ojos de pirata que navegaba ya fuera de la fijara en mares de morfina, en la cara del nieto juvenil, blanco, rubio, de ojos azules, que hasta hace un momento se mecía dándose impulso con el pie en una silla de balancín olvidada en la terraza, la cabeza contra el respaldo, sudoroso, desesperado por una inquietud que le nacía, él sabía de dónde pero no quería confesárselo, y se agarraba a los brazos de la mecedora tratando de olvidar un olor que la noche le devolvía, entre la lejana ladradera de los perros y el aroma embriagante de las flores, de las maderas, de la hierba mojada por el rocío.

Ese olor. Ese olor de sufrimiento sin alivio. Se llenó el pecho con una bocanada de aire que momentáneamente suavizó el malestar de sus piernas tensas, hormigueantes, al compás de la mecedora que, por detrás, en el arranque de la nalga, le hacía con el filo del asiento una cosquilla tan agradable que allí sigue, si no desaparece la sensación y siente la necesidad, la urgencia de cruzar la pierna y oprimir aquella parte de su ser envalentonada y extraña que manipulaba, como con guantes, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. ¿Qué hacer?... ¿A dónde ir?... El sabía a dónde, pero...

Cerró y abrió los ojos, sin dejar de hamacarse en la silla, se daba impulso con el pie cada vez más ligero, cada vez más ligero, y cada vez echaba más hacia atrás la cabeza en el respaldo, como para dejar todo el cuello y la manzana sin opresión alguna. Sólo así se aliviaba, pues apenas se arrebujaba en la silla, tenía que manipularse, las uñas casi rasgando los bolsillos húmedos, sucios, de tela de envés de mapas, a través de cuya trama percibía el palpitar de su sangre, el correr de su sangre en ríos sin salida.

¿Qué le detenía?... ¿Que ella no lo esperaba?... Pues le daría la gran sorpresa... ¿Que le había dicho que se iba hoy 29, y se marchaba hasta mañana?... ¡Mejor!... ¿Qué mejor que otra despedida con *jazz* y *encimis-my-dear*, como él le tradujo, riéndose, lo del *encimismamiento*?

Se levantó como una llamarada, como si él mismo se hubiera pegado fuego con un fósforo, pero en el impulso dejó la decisión y volvió a la mecedora, maquinal, perturbado, razonando, a darse aire, las manos apretadas como garras a los brazos de la silla. Era temerario aventurarse por el hervor de la costa en la oscuridad. Penetrar con los ojos cerrados, a ciegas, a la fiebre negra de la noche caldeada, tórrida, vegetal, donde la crueldad de las espinas picotea con voracidad de estrella; orquídeas

rodeadas de heléchos y musgos, son como inmensos sexos poseídos y deshechos por ventarrones de espasmos huracanados, y donde la ferocidad animal, vuela, se arrastre o ande, no conoce límites.

Pero otros temores lo ataban a la silla en movimiento. Los que venían a despedirse de don Juan Lucero, familiares y amigos, los millonarios siempre tienen muchos familiares y amigos, referían en tono de cuento de espantos, que acababan por meter miedo, noticias y rumores del peligro en que estaba el país aquella noche en que no se sabía si el *hombre* renunciaba o no, y el peligro en que estaban ellos allí, librados a su perra suerte, porque el inconsciente de *Bostezo* acuarteló a la tropa para defenderse él, sin oír los reclamos de la Compañía ni del vecindario, importándole un pito que bandidos a caballo anduvieron haciendo de las suyas, asaltando, incendiando, violando y colgando gente de los árboles y postes del telégrafo. Los más allegados, los íntimos de don Juancho Lucero le soplaban a la oreja su envidia por el viajecito y lo felicitaban por llevarse a Bobby. Entre más lejos mejor. No era moco de chompipe la responsabilidad de tener allí al nieto del presidente de la Compañía. Sí, entre más lejos, mejor. Los huelguistas podían raptarlo al ver perdida su causa. El muchacho era voluntarioso y andaba de arriba abajo, sin ton ni son, dando camorra.

Y una vez raptado exigirían como rescate que se les concediera todo lo que reclamaban y mucho más. Con lo abusivos que se han vuelto. Pero eso no sería lo peor. ¡El abuelo! ¡El abuelo! Se ve en los ojos de su nieto y daría lo que le pidieran, todas sus acciones en la Compañía (los Lucero paraban la oreja), con tal que se lo devolvieran sano y salvo. Si es la madre la que lo mandó aquí. El viejo no quería. El temor de que fueran a bombardear Chicago, los japoneses o los alemanes, hizo que la madre lo largara a las plantaciones. Al menos así, pensaba la histérica señora, no muere, se salva la semilla de los *Maker Thompson*, del «Papa Verde», que, no obstante venir por la rama femenina, era tan auténtica que bastaba para probarlo, y sobraba, el flagrante parecido de Bobby con aquel pirata salobre, que fatigó las costas del mar Caribe y fatigó a los hombres, que son las costas del sudor humano.

Y hasta hubo, entre las visitas, quienes insinuaron que la Compañía estaba aflojando en su política firme contra los huelguistas, por temor a que le fuera a suceder algo al nieto. Sí, sí, que se lo llevaran. Entre más lejos, mejor. Mañana es la partida. Van en un bimotor. Si no estuviera tan oscuro, se vería el avión sentado sobre el campo de aterrizaje, apenas un claro en las plantaciones, como un inmenso chapulín entre los bananales.

Bobby clavó los ojos azules, ansiosos, en la noche profunda, destemplada por el paso de lechuzas tarabillas que cortaban el silencio con bramido de viento y, por falta de luces humanas, sólo estrellas y luciérnagas brillaban, luciérnagas y estrellas, como si todos los habitantes se hubieran ido y la tierra se hundiera en el sueño final. Se inquietó. Fue de un lado a otro de la terraza. Pero si la misma terraza estaba en tinieblas. A qué ir, a qué buscar de aquí para allá, el resplandor lechoso que se alzaba en el horizonte de las edificaciones y campos de la Compañía. Todo apagado. Y

apagada la Comandancia, y apagadas las calles del pueblo, y apagada la estación de ferrocarril. Mejor se iba a su cama. Cerró los ojos, porque, aunque estaba en la sombra, tuvo vergüenza. ¿A qué iba a su cama? ¿A satisfacerse solo? Rápidamente alzó los párpados y buscó, buscó en la tiniebla, insondable, entre el ruido de las hojas, las gotas de sudor que le caían de la frente, y la saliva que a pesar de escupir y escupir, le nublaba las pupilas, el cerco de chilcas y piñuelas, los maizales, y la casita encaramada en un terraplén, donde aquélla, si no lo esperaba, saldría a la puerta, feliz de que no se hubiera ido, al oírlo silbar un *jazz*.

Pero ya estaba a la orilla de su cama y se tendió vestido, sin saber qué hacer, si salir, o quedarse...

Se desvistió sin levantarse de la cama. Todo le oprimía. Le desesperaba. Le irritaba. Un botón que no saliera pronto escapaba de saltar arrancado. Qué difícil, Dios mío, quitarse la camisa acostado. Y sacarse el pantalón. Los movimientos más raros. Al fin, al fin liberó sus piernas, un poco en la actitud del niño al que atan pañales, de las perneras convertidas en acordeones. Todo volando, cayendo en una silla colocada entre su cama y la cama de *Pichugallo* Lucero que dormía al lado suyo. El turno a los zapatos. Uno. Otro. Los calcetines, luego. Y qué alegría los dedos de los pies sueltos en abanicos. Los encogió. Tuvo la sensación de que eran como puntas de imanes. Pero los encogió tarde. Un sacudón los paralizó. Compacto, de una pieza, sin vida, sin movimiento. Pero fue sólo un instante. La ropa de su cama guardaba el olor de la hembra, aquel olor que él se trajo adherido a la piel y en el que dispersó sus sentidos revolcándose, alucinado, convulso, caudaloso, las manos apretadas entre sus piernas desnudas, como queriéndose él mismo atenazar, inmovilizarse del todo para gozar sólo con el olfato, batientes las ventanas de la nariz, de aquel olor íntimo, y luego con las narices y la boca abierta, perseguir en aquel perfume de carne femenina, la forma de sus senos hermosos, su vientre abultado, sus ancas, sus muslos, los secretos pliegues de estanque en cuyo fondo brillaba la moneda que todo lo compra, que todo lo paga, que todo lo exige al que se lanzó de cabeza a sacarla. Pero se dio cuenta que nadaba en seco, entre las sábanas, sin ella materialmente, y con ella en su perfume, en su recuerdo, en el eco de su voz, en sus risas, en la manera de llevarse la mano al cabello, de ver, de parpadear...

En el dormitorio vecino tosían y conversaban los hermanos Lucero.

—No habrá huelga... —dijo uno de ellos con la voz ahuecada por el sueño, sin muchas ganas de hablar.

Vastas tres palabras: «No habrá huelga...», «No habrá huelga...», «¡NO HABRA HUELGA!»... , crecieron en la cabeza de Bobby, hasta ensordecerlo. «¿Los colgarían? ...», se preguntaba, «¿colgarían a los huelguistas del humo de las ametralladoras?...»

Al rato se oyó esta reflexión, ya cuando parecía que se habían quedado dormidos:

—No soy optimista... —¿sería don Juancho el que hablaba?—, por naturaleza soy humano y como humano digo que lo único seguro de las cosas de este mundo y... del otro, es la duda...

—Pero en esto —no tardó la respuesta— lo que te puedo asegurar es que no habrá huelga, ganamos la partida, y eso que los cabecillas precipitaron a la gente en lo del sindicato a sabiendas de que eso cerraba las puertas para cualquier otro arreglo. Pero el gerente se alzó de hombros, recibió a los representantes del famoso Sindicato de Trabajadores de Tiquisate y les hizo saber que accedía a todas sus peticiones y reclamos, con la sola condición de que ellos se negaran a secundar la huelga subversiva de Bananera que estallaría mañana a las 0 horas. Los de la comisión, unos de buen modo y otros refunfuñando, tomados de sorpresa, no tuvieron sino aceptar la oferta del gerente, como principio de solución al conflicto dejando la última palabra al pleno de los trabajadores que se reunirán mañana en la noche y al cual, según entiendo, asistirán dos delegados de la Compañía, con plenos poderes. Los gringos son prácticos, no se atorán con miguitas...

Boby remolía la cara en las almohadas como queriendo deshacer, volver polvo, olvidar las palabras que llegaban del cuarto vecino, para que nada lo apartara de pensar en aquella cuyo olor tenía allí —¡ah, si la tuviera a ella!—, y porque le causaba gusto, placer recóndito, restregar hasta hacerse daño en la finísima lija de lino almidonado, la frente, las narices, las mejillas, la barba con pelusita de oro. Sudaba copiosamente. Una laxitud extraña. Aquellos callaron, pero sus últimas palabras —«¡Bueno, por fortuna pasó el peligro, tan es así que se encendieron las luces!»— sonaban y sonaban en los oídos de Bobby que no dejaba de repetirse: «Si pasó el peligro, si encendieron las luces, qué hago yo aquí..., se dio vuelta, boca arriba se piensa mejor..., qué hago yo aquí..., ya los viejos se durmieron..., llego hasta la casita, en el terraplén, silbo un jazz..., sí, sí, los viejos ya se durmieron, los oía roncar..., qué hago yo aquí..., si me vistiera..., pero de hacerlo debe ser ya..., nadie me sentirá salir..., llego..., silbo..., ella abre las puertas..., qué sensación de piernas... Si le dijera a *Pichugallo* Lucero que lo acompañara... Sacó el brazo hasta alcanzar la mano del amigo dormido, no había mucho espacio entre sus camas, y qué bien le hizo el contacto de aquella mano semimuerta, caliente, sudorosa... Pero desistió de su intento..., sería dejarle la mesa puesta cuando él se fuera..., dejarle el secreto..., la dirección..., la casa..., las posibilidades de «*encimismydear*»...

Desnudo fue hasta la terraza y se sorprendió. No era la misma noche que sus ojos acababan de dejar. Era otra noche. No era la noche del 29 de junio. Era otra noche. De las instalaciones de la Compañía, de *su Compañía*, a ratos se le trepaba el Maker Thompson, subía el resplandor de la iluminación a lo más alto del horizonte, y desde allí caía espolvoreado en puntitos luminosos como el agua de la lluvia artificial que bañaba los bananales. El peligro había pasado. Evidentemente. Hasta el ladrar de los perros no era el mismo. Ladraban, pero no fustigantes y angustiados, como en plena oscuridad. Y se sentía el refrescón de la madrugada. Un como doblez en el clima ardiente. Esas horas en que se respira.

Vistióse que no eran manos, dos, sino todas las que brotan al ansioso y estuvo a punto de despertar a *Pichugallo*, pero no había tiempo y..., no había tiempo más que

para salir, hundirse en la neblina, en el verdor caliente de los pastos, patear la tierra húmeda, ir, ir, ir como liberándose de él mismo, como saliendo de una cárcel al encuentro de una dicha cierta...

Clara María también empezó a rasgar un sueño dichoso. Palpó a su hombre cerca, hacía tanto que no dormía con ella, y se le pegó como se pega el agua a los peñascos. Inconscientemente luchaba por no oír lo que tal vez sólo era ilusión auditiva. Y estaba tan sabrosita. Se arreburujó. El fresco de la madrugada. Es la única hora en que en la costa se puede dormir. Lo que se llama dormir. El resto de la noche se dormita. Pero era evidente que alguien andaba alrededor de la casa. No, esta vez no era su obsesión la que la llevaba a escuchar el teje y maneje del mulato frente a la puerta. Se diría que espían; pero no podía ser. Y en la oscuridad aunque espíaran. Se calmó, encogióse, tiró de la sábana para tapar..., no, no se tapó los pies, el movimiento de su mano, los dedos en el trapo tirandito, medio levantado el cuerpo, se deshizo en rápido sentarse a la orilla de la cama, más oídos que ojos, temblando, despierta completamente y dueña de la situación. Los pasos del mulato. Sus movimientos al agacharse a regar frente a la puerta, los huesos de muerto. Por fortuna la había dejado sólo entornada y descalza no la sentiría llegar. Se fue desprendiendo de la cama poco a poco. Al lado de la puerta estaba el machete. Le pegaría sus planazos y filazos, hasta sacarle sangre y lavarse el *tono* de los muertos que le venía a echar encima, ya no para que el hombre la dejara, sino para que enviudara. De pie. Consiguió ponerse de pie, sin más ruido que el de sus articulaciones. Pero algo la detuvo. En la mesita en que estaban los fósforos y la candela, tropezó su mano con algo que le serviría para vengarse de verdad de la tropelía del mulato, y, sin detenerse, fue hacia la puerta y vació la pistola que llevaba en la mano contra un bulto...

Las detonaciones hicieron saltar a Salomé de la cama y avanzar por la habitación llena de humo, hasta donde Clara María acababa de disparar su pistola contra una sombra que huía calle arriba tambaleándose...

—¿Qué has hecho?...

—¡El mulato!... ¡El mulato!...

—¿Qué mulato?...

—¡Ese que viene a la puerta a regarme huesos de muerto!

—¡Si no te lo despachaste, debe ir mal herido!...

Y, viendo a la calle, añadió el capitán, mientras el silencio iba creciendo...

—¡Allá cayó... vamos!

Ella no pudo dar paso. Sólo Salomé corrió hasta el lugar en que el bulto se había desplomado. Cómo saber quién era. Se ayudó con la llamita de su encendedor y no tardó en volver.

—¿Lo maté?... —preguntó Clara María con la voz helada y las quijadas rígidas, esperando que aquél le dijera que no.

—Sí, pero no fue al mulato...

—¿Y a quién?

—¡Al nieto del Presidente de la Compañía!

—¡No puede ser... si se había ido... —y fue a pasos que eran zancadas tropezando con las piedras, las raíces, seguida del capitán que se acercó a iluminarle la cara de Bobby con la minúscula llamita de su encendedor.

Tenía las manos y el vientre ensangrentados, quemados, ahumados, como el dorado cabello del que no se le acababa de desprender el humo hediondo de los disparos, los párpados medio levantados mostrando retazos de sus ojos azules, los labios entreabiertos...

Cuando Clara María, volvió en sí, botada en su cama, oyó que el capitán se lavaba las manos, se ponía la guerrera y se acercaba a decirle:

—Encendí la luz eléctrica y no te diste cuenta... —pero por qué le hablaba como si nada, como si todo fuera una pesadilla, un mal sueño—, tuve que alumbrarme bien para que no quedaran huellas de sangre de la puerta hasta donde cayó.

Clara María cerró los ojos, dos inmensos lagrimones le rodaron por las mejillas, no era un mal sueño, era verdad, la realidad no se borra, así laven toda la sangre, toda la sangre...

—Ahora —siguió aquél diciéndole, se abrochaba los últimos botones de la guerrera— me voy al cuartel y vos no salís de aquí. Nadie ha visto nada. Le echarán la culpa a los huelguistas o a los bandoleros que andan a caballo haciendo desmanes. Si te preguntan o interrogan, oíste los disparos y nada más.

—Alcanzáme un trago... —despegó los labios con la voz ruca.

El militar fue a la alacena y trajo una botella de coñac con dos vasos.

—Yo también voy a beber —dijo, y llenó los dos vasos hasta la mitad.

Ella levantóse, tomó la botella con la mano temblorosa, llenó su vaso al ras y lo apuró de tezón. Lo colmó de nuevo, hasta que el licor se derramaba por los bordes y lo bebió con la misma avidez ciega de homicida, de asesina. El alcohol la fulminó y quedóse blanda, fofa, las uñas enterradas en la carne de las manos, los dientes en los labios sin color, ratos convulsa, ratos aullando...

El capitán recogió el arma, puso llave por dentro a la puerta y saltó por la ventana.

No amanecía. No iba a terminar nunca esa noche.

XLI

—¡Reeenunció! ¡Reeenunció! ¡Reeenunció!

Voceaba, gritaba la multitud; metálicas, de bronce las humildes caras hasta ayer de barro; de espuma negra los cabellos, hasta ayer de hilo; de felino las uñas, hasta ayer de pan y como pezuñas brutales los descalzos pies, hasta ayer de esclavo...

—¡Reeenunció! ¡Reeenunció! ¡Reeenunció!

Voceaba, gritaba la multitud que iba llenando las ciudades, arrebatándoselas al sol bajo su paso de agua enloquecido y su clamor...

—¡Reeenunció! ¡Reeenunció! ¡Reeenunció!

Unos lloraban de alegría, otros reían, otros lloraban y reían al mismo tiempo, y otros, como Judasita, ¡ay no vería volver a su hijo fusilado!, callaban bajo el llanto...

—¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció!...

Creerlo. Creerlo. Primero, creerlo, acostumbrarse a que fuera cierto lo que parecía imposible. Saber que no se borraría con la voz, con el sueño al despertar, como pasaba a los pocos madrugadores que abandonaron las sábanas, escurridizos, el semblante espantado, vestidos con los trapos que tuvieron a mano, ansiosos por salir a la calle a confirmar, puertas, ventanas, pasos, abrazos, sobresaltos, carreras, lo que decía la radio de la renuncia presidencial, en el inmenso grito de la multitud:

—¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció!

Oírlo. No les bastaba oírlo. Decirlo. No les bastaba decirlo. Necesitaban gritarlo, gritarlo, gritarlo, en medio de aquella mañana de baldazos de sol y olor de trementina. La fiera se había resignado. Y no era una maniobra. La radio anunciaba la formación de un gobierno militar.

—¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció!

Todos necesitaban oírlo, decirlo, gritarlo. El muchacho que llegaba en pelo en un caballito parejero, el viejo que se las espantaba en un macho nervioso, el que se apeaba de un auto, el que subía a un camión, siguiendo o abandonando sus quehaceres, uníanse a la muchedumbre:

—¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció! ¡Reeeenunció!

Y los hermanos, hermano con hermano, y los padres con sus hijos y los hijos con sus padres, y los esposos, y los tíos, y los sobrinos, y los primos, y los cuñados, y los compadres, y los criados, se echaban un lambiscón con los ojos y tras mirarse las caras sin decir palabra, mudos de alegría, tontos de llanto y risa, se estrechaban, se abrazaban, formaban el nudo de los sobrevivientes que se encuentran sanos y salvos después de una agonía de meses y años en la misma casa, bajo el mismo techo, en el morir silencioso de todos los días, de todas las horas, de todos los minutos, tragándose lo que pensaban, lo que sentían, reducidos a cosas domésticas, o embriagándose para no pensar ni sentir...

Pero no sólo los parientes y amigos se estrechaban. Los desconocidos, los que nunca se habían visto, se abrazaban, se daban las manos celebrando encontrarse

vivos, libres y en la patria...

—¿Vivos, libres y en la patria?... ¡Venga otro trago!... ¡Venga otro par de abrazos!... ¡Vengan esas cinco azucenas!...

Saltaban de gusto, los ojos atomatados por el solazo, en chirmol de lágrimas, las bocas mojadas de aguardiente hediondo a curtiembre, las narices como cañones de echar humo de tabaco, los sombreros de palma rascándoles las orejas, y en chorros los bigotes...

—¡No hay babosadas, aquí el que no se junta se jode! ¡Coyoles son coyoles! ¡Arríbalos trabajadores!...

—¡Mueran los gringos!

—¡Viva Bananera! ¡Viva Tiquisate!

—¡Fuera gringos! ¡Fuera gringos!

—¡Renunció! ¡Renunció! ¡Renunció! ¡Renunció!

El centinela no dejó tendido de un balazo a don Juan Lucero, porque a última hora obedeció el alto. No se había dado cuenta, iba tan atormentado, tan dundo, tan sin idea de lo que hacía. El ruido del arma ya trasteada para tostarle el fogonazo casi encima, lo detuvo.

—¡En la policía no hay nadie —gritó don Juan al centinela, los labios en un temblor por la pena, la congoja, lo acoquinado que venía—, los alguaciles no están, sólo el Comandante queda como autoridad y necesito verlo de urgencia!

—¿Y p'a qué lo vas a querer? —voseó el soldado a don Juan, frío, autoritario, los ojos asiáticos saliendo apenas de ios tildes de eñes que dejaban sus párpados entrecerrados, el barbiquejo del casco ceñido bajo la barba.

Lucero le explicó con voz de súplica desesperada, sin importarle que el centinela siguiera apuntándole con el arma, pues éste no bajó la guardia por haberle visto de entrada algo así como la intención de echársele encima, que en la madrugada habían asesinado al nieto del Presidente de la Compañía y que no podían levantar el cadáver, sin orden de autoridad.

—Hoy no vas a ver al Comandante —cortó el centinela, al hablar se le movía el casco como a un muñeco—, y te vas a retirar, porque tengo orden de hacer fuego...

Lucero midió el camino de la bala a través de aquella voz amenazante, el cañón del fusil, su cuerpo y la eternidad, y despegóse de donde estaba parado, con movimientos de autómata, andando de espaldas, no se le fuera a ocurrir al centinela dispararle por detrás.

El cadáver de Bobby ya estaba en la Gerencia encajonado. Lo habían puesto sobre un escritorio de metal, entre un teléfono, una máquina de escribir, una máquina de calcular y una maquinita de sacarle punta a los lápices.

—La Compañía es previsora, como toda empresa nuestra que opera en los trópicos —dijo el Gerente a don Juan, que, con la mano apoyada en el hombro de *Pichugallo*, no se atrevía a mirar el cajón de madera color marfil— y ya ve usted Mr. Lucero, que mantenemos en bodega un stock de féretros *made in...*

—Si lo único que nos falta traer es la silla eléctrica —gruñó entre colérico y gracejo el Superintendente que machacaba tabaco con sus dientes de oro—, entonces ya verían los huelguistas si se puede matar sin castigo...

—Pero, para mí, qué quieren que yo les *diga* —habló otro de los empleados antiguos de la gerencia, masticaba chicle a más y mejor (chacla... chacla... chicle... chacla... chacla... chicle...), para mí no fueron los huelguistas... ¿qué interés tenían? ... (chacla... chacla... chicle...).

—¡Ahhh!... —levantó los hombros y abrió los brazos como un ave que se va a echar a volar, el Superintendente, mascón y mascón al tabaco.

—La culpa —intervino un empleado joven, nacido en Illinois, que comía cacahuets e iba juntando las cáscaras sobre el ataúd—, la tienen las autoridades. No estar en ninguna parte...

—Chacla... chacla... chacla... chicle... —se oyó al del chicle hablar y masticar; pero no se entendió lo que dijo, algo así como «míster Lucero tiene mucha culpa... —chicle... chacla... chicle... chacla...— saber míster Lucero Bobby corría peligro...» —chacla-chicle-cha-chi-chi...

—Peligro de que lo raptaran, muy bien —acercó el joven empleado nacido en Illinois la cara de ojos verdes, tan pálido como el marfil del ataúd, a tiempo que decía así y soplaba las cáscaras de cacahuete, soplido que se tornó silbido... «si te quieres con el pico divertir, cómprate un cucuruchito de maní...»

—Y por eso —choclochicleó el del chicle—, la culpa no es de los huelguistas, en lo tocante a su muerte. Lo hubieran raptado para exigir rescate, pero matarlo... no.

—¡No creo que el abuelo resista la noticia! ¡Es brutal! ¡Brutal!... —se volvió hacia ellos don Juan Lucero, como hablando a fantasmas, la verdad es que no veía ni oía bien, estaba como metido en otro Juan Lucero, en un Juan Lucero de vidrio opaco.

—Y la noticia le fue en un cable con todos los detalles —anticipó el Superintendente, las comisuras de los labios ligeramente teñidas de diarreíta de tabaco.

—¿Dirigido a?... —se precipitó Lucero, dejando el «a» de la pregunta aguardarse en su boca abierta, con sabor a lágrima seca.

—¡A la madre! ¡A la madre! —lo calmó el Superintendente, a sabiendas de que a Lucero se le había ido hasta la respiración no por sentimientos piadosos, sino por el temor de que si el viejo lo sabía, era capaz de anular en su testamento, unas acciones favorecidas que le tenía destinadas con tal que cuidase de Bobby, como de sus dos ojos.

Suspiró profundamente y sacó el pañuelo para enjugarse el sudor, en espera de *Picbugallo*, a quien había mandado a «Semirames» a preguntar si no sabían nada de la capital.

¡Chicle chacla... chicle... chacla!..., se oía por allí al del chicle que acompañaba al muerto con su infatigable tragar saliva de rumiante y al de los cacahuets, el joven

nacido en Illinois, que hacía ruido de roedor, un maní tras otro.

—A la madre se puso el cable, y buen cuidado tendrá de callárselo y evitar que lo sepa Maker Thompson...

—Cree usted —paladeó don Juan estas dos palabras sintiéndose reconfortado; siempre lo reconfortaban los gringos; aunque mal hablaran el español tenían tanto aplomo, tanta seguridad en las palabras, que no parecían hablar con sonido, sino con hechos.

—No es que lo crea, Mister Lucero, estoy seguro —y se quedó el Superintendente, vivos los ojillos tras sus gafas de aros de oro, haciendo saltar los músculos del encaje de la mandíbula, mientras por la garganta le resbalaba el extracto salivoso de su mascada de tabaco, ahora quieta sobre su lengua, como un bulto a dispersar entre sus dientes áureos, antes de seguir hablando—. Bien sabe usted que el viejo se oponía a que el muchacho saliera de Chicago.

Don Juan asintió con la cabeza pesada.

—Y fue la madre de Bobby la que lo mandó aquí, temerosa de que su hijo fuera a morir en Chicago, si los japoneses o los alemanes bombardeaban la ciudad...

—¡Y vea usted, vea usted lo que son las cosas —se le soltaron las palabras a Lucero—, venir sólo a que lo mataran!

Aguadó los brazos que le quedaron colgados de los hombros en un gesto de abandono y de incapacidad de remediar las cosas.

¡Chicle chacla... chicle chacla!... —se oía al del chicle.

—Esperemos que el abuelo se muera sin saberlo —añadió Lucero, y aquí su decir era sentido—, ¿para qué decírselo? ¡Mejor que se muera creyendo que deja su semilla, el nieto que a medida que echaba piernas y espaldas, se le parecía más a él! ¡Dios mío, lo que es la fatalidad, la sensación de que se está llegando al fin con todo eso de las huelgas y de las no huelgas!

¡Chicle... chacla... chicle... chacla!..., se oía al del chicle, rumiante junto al ataúd color marfil que encerraba los despojos de Bobby, y al joven roedor de ojos verdes, nacido en Illinois, que sobre el féretro iba juntando de cáscaras de cacahuets, mientras silbaba, muy bajito, casi con la respiración«*si te quieres con el pico divertir, compra*

te un cucuruchito de maní...»

Aurelia Maker Thompson, pestañas postizas muy separadas y como plumitas en los mástiles de los párpados, cabellera azulosa, cuello elástico, cuerpo que el masaje, la gimnasia, el ayuno y los baños de parafina mantenían esbelto, apagó su cigarrillo contra el cenicero, haciéndole lugar a ese nuevo polluelo de boquilla de paja, ligeramente ribeteado de rouge, entre las otras colillas, y fue hasta la puerta del salón, atisbaba al jardín desde una de sus ventanas, a recibir el cable que un mensajero acababa de entregar a uno de los sirvientes. Lo esperaba ansiosa. Era el cable en que, sin duda, le daban la hora exacta de la llegada de Bobby a Chicago. Arrebataría a su hijo del aeropuerto y lo traería a todo lo que diera el acelerador del automóvil, para

que el abuelo alcanzara a verlo. Ya esa mañana, entre el sopor de la droga, la asfixia y la agonía, lo había nombrado y reclamado varias veces con aulliditos de laringe, en los que se mezclaban chilliditos de ratón y craquidos de mueble viejo.

No supo cuánto tiempo estuvo con el cablegrama entre las manos, los ojos en las letras que saltaban y se hundían, saltaban y se hundían, como las teclas de un piano mecánico, petrificada, balanceándose en el vacío, tratando de encontrar las palabras que correspondían al juego de aquellos signos en fuga, mecanografía de cable, mecanografía de máquina de caracteres gigantes, que iba dejando atrás la imagen sonora de ese ser que ya no era el espléndido, el magnífico nieto de Maker Thompson... ya no, ya no, ya no... ya no... abreviaba insistente, glacial, hasta olvidar el «no» y quedar entre sus dientes como un frío nervioso el ya, ya, ya... aaallá... allá... allá...

Cerró los ojos, los apretó duro, duro, duro, y al abrirlos ya iba hacia la alcoba de su padre, gritando:

—¡Mataron a Bobby!... ¡Mataron a Bobby!... ¡Mataron a Bobby!...

El viejo incorporado, ojos de vidrio y niebla, pelo muerto pegajoso, calavera, esqueleto fuera de las sábanas de seda, no la dejó hablar. Le gorgoriteaba la saliva con gozoso hervor de risa líquida en las comisuras de los labios tratando de expresar la alegría que traducían sus gestos con palabras que, por las narices y el socavón entreabierto de la boca, logró que le saliera de las quijadas trabadas, entre aulliditos de llanto...

—¡Bobby... Bobby... Bobby... acaba... de estar... aquí... ¡Aquí conmigo! —logró pronunciar claramente.

Aurelia arrugó el cable con la mano sin tacto, el llanto contenido le quemaba los ojos, y llegóse al moribundo que gesticulaba feliz, feliz de haber tenido a Bobby sentado a la orilla de la cama, al lado suyo...

Acoquinada, arrebujó más el papel del cable entre sus dedos. No le podía dar la noticia, la horrible, la espantosa noticia. Se la tenía que tragar sola. Y aunque se la diera, no creería que habían matado a Bobby. En el borde del lecho se veía el lugar en que el muchacho estuvo sentado, el peso de su cuerpo sin peso, su presencia de sueño... ella alargó su mano convulsa... palpar el lugarcito... acercar las yemas de sus dedos... acercar la mejilla... los labios... los ojos cerrados... su cabeza... pero la voz de Maker Thompson interrumpió su gesto...

Lúcido, con los ojos de fuera, como buscando a alguien, gritó:

—¡Hállalo!... ¡Hállalo!... ¡Hállalo!...

Aurelia instintivamente volvió a ver a todos lados, pero no había nadie, estaba sola entre el cadáver ausente de su hijo y el despojo yerto del Papa Verde que acababa de morir...

—¡Reeenuncióóóó! ¡Reeenuncióóóó! ¡Reeenuncióóóó!

Sol de fuego. Sombreros de palma. Caras de barro trozadas por el sudor que les lloraba como vidrio líquido. Hechos de raíz de mangle, más chaparros que altos, más

nervio que tendón, más tendón que carne.

—¡Reeenuncióóóó! ¡Reeenuncióóóó! ¡Reeenuncióóóó!

Subía sin cesar la palabra que sacó a los habitantes de sus casas a saltar y abrazarse en las calles y las plazas, enloquecidos. Murgas improvisadas se aventajaban unas a otras, con sus aires marchosos, y no faltaban marimbas, pólvoras de fiesta y balazos al aire de guapos, de a caballo y de a pie, que por estirar el brazo apuntaban al cielo con el cohete en la mano, y disparaban para que el azul fuera testigo de sus juramentos, junto a borrachos que abrazados entre sí, tan abrazados que formaban nudos, se besuqueaban porque cada uno para cada uno, era la imagen de la Libertad...

—¡De la Libertad con «L» de liberal! —vocieructaba uno con el pelo en la cara y medio jorobado de tan bebido.

—¡No, jodido... —le contestaba el compañero—, con «L» de librepensador!

—No, señores —aproximóse el farmacéutico del pueblo, haciendo equilibrios de un pie al otro, la camisa fuera del pantalón asomándole detrás del saco, el sombrero atravesado a lo Napoleón y una botella en la mano—, con... con... con... eee... eel... —en el cielo de la boca se le quedó pegada la lengua—...eeeele de glicerofosfato...

Y se marchó riendo y repitiendo... —¡Renunció!... ¡Renunció!... mientras con la mano izquierda formaba un como cuenco, la botella ya vacía en el sobaco, y con la otra mano hacía el ademán de pulverizar algo en un mortero—: ¡Renunció!... ¡Renunció!...

Y el herrero le coreaba con vozarrón de viento encallejonado...

—¡Renunció!... ¡Renunció!... —y mazazo va y mazazo viene con sus puños de almadana dando en yunque, o martillandito, seguido, seguido, como clavándole herraduras de suerte a la gran noticia, a la formidable noticia...— ¡Renunció!... ¡Renunció!... —en tanto el remendón parecía ensuelar con chinches de bronce amarillo, casi invisibles, los botines de la vida nuevecita que iba a seguir a la renuncia áfono, jiboso, hediondo a cera negra y a betunes...

—¡Libertad! ¡Renunció! ¡Renunció!...

Lanzaba el carpintero la palabra mágica —¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!—, con voz de cepilladura, entre risas de virutas o estornudos de serrín cuando mostraba sus dientes de serrucho; y el albañil la repellaba al aire, en los muros del aire — ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!—, las manos abiertas, con los dedos juntos como cucharas, las babas de aguardiente y saliva, como mezcla de edificar sueños.

¡Libertad! ¡Libertad!—, y el tipógrafo la componía sacando las letras de las cajas de su corazón —¡Libertad! ¡Libertad!—, y el alfarero con el barro que al fuego se tornaba color de sangre... —¡Libertad! ¡Renunció! ¡Renunció! ¡Renunció! ¡Libertad! ¡Libertad!...

Una llamada, y otra, y otra...

Tiquisate llamaba a Bananera ininterrumpidamente...

Bananera... Bananera... Tiquisate llamando... Tiquisate llamando por radio a Bananera...

Aló... aló... Bananera, aló... aló... Bananera... Bananera... Tiquisate llamando por teléfono...

Te... te... te... te... te... Bananera... Bananera... te... te... te... Tiquisate llamando a Bananera por telégrafo...

Todas las comunicaciones estaban en manos del pueblo, pero nadie respondía. Manubrios, manipuladores, micrófonos, y la misma sensación de vacío, de oficinas desiertas, de aparatos abandonados por el personal unido al júbilo popular que, pasada la primera explosión de alegría, de inmensa, de infinita alegría, vivas y gritos que eran como mordidas de hambrientos de libertad arrancando al cielo pedazos de azul, se iba tornando cacofónico, triste, apenas reanimado y mantenido a rociadas de aguardiente y festivos disparos de pistola,

Por fin contestó Bananera.

Tiquisate proponía adelantar la huelga de las 0 horas a las 19 de ese mismo día. Sin la rápida intervención de las grandes masas de trabajadores concentrados en las plantaciones bananeras, aquel derrumbe político no pasaría de un cambio de figurones de esos que comen pueblo y eructan tiranía y la palabra Libertad, sólo sería flor de un viva.

Bananera aceptó. Se ganaban cinco horas y aprovechábase la agitación existente para impedir que el trust frutero quebrara la unidad de los trabajadores que ahora ya no sólo exigían jornal y mejoras, sino reclamaban la tierra...

—¡Tierra! ¡Tierra! ¡Devuél... vannos la tierra! ¡devuél... vannos la tierra!...

—¡Reeenuncióóóó! ¡Reeenuncióóóó!

—¡Libertad! ¡Libertad!... ¡Pan y Libertad!... ¡Tierra y Libertad!...

Florindo Key pensaba en la Comuna de París, pegada al oído la música del organillo y una canción... («*Mais il est bien court le temps de cerises...*») los cabellos en desorden, los ojos defendidos por el sol en gafas negras, las mangas de la camisa arremangadas, calcinándose en un fordcito en que se dejó venir al pueblo no por la fiesta, para fiestas estaban los organizadores del sindicato y cabecillas de la huelga, acusados de la muerte de Bobby Maker Thompson, sino para ver si era posible ponerse en contacto con el capitán Pedro Domingo Salomé, a través de Samuelón, su profesor de guitarra, y con el capitán León Cárcamo, valiéndose de Andrés Medina, su compañero de infancia. Ambos, Salomé y Cárcamo, se comprometieron a dar cuenta de *Bostezo*, apropiarse de la Comandancia y ponerse de parte del pueblo llegado el momento; y el momento como que había llegado...

Casi en seguida, regresaron al automóvil, Medina y Samuelón. Imposible llegar a la Comandancia. Imposible. Ni siquiera acercarse. Los centinelas no dejaban aproximarse a nadie. Algo pasaba allí dentro, pero no se sabía qué, y los teléfonos estaban cortados. Una bandera en un asta en la torrecita. En las terrazas, sobre trípodes, las ametralladoras con sus dotaciones completas. Abajo, las ventanas ciegas,

las puertas cerradas y el andar de los centinelas, que despegaban sus pasos del silencio, y el sopor del día que iba cayendo, sin que menguara por eso el fluir y refluir espejeante, con movimientos de agua, de miles y miles de sombreros de palma, aludos, guacaludos, de hombres y más hombres y más hombres, que se desplazaban por las calles gritando, ya no vivas, sino amenazas, agitando los sombreros, blandiendo los machetes; o se apiñaban en la plaza a pisotear la grama, qué lujo salvaje acabar con el parque inglés del alcalde, que ya debía estar colgado de un palo, darle viaje p'al suelo a la estatua del dictador y no dejar nada en el negocio de Piedrasanta, donde en el saqueo, detrás de unas tablas y petates de palmear chocolate y por eso, sin duda, olorosa a cacao, encontraron el cuadro de la imagen de la Virgen de Guadalupe que el barbero de «Los Quinoccios» (no decía «Equinoccios»), le presentó al curita mexicano, aquel que echaron por agitador, Ferrusigfrido Fejúi, para que la pusiera en el altar mayor. Historia esa, la Frutera se opuso a la entronización de la Virgen de Guadalupe en sus dominios, expulsaron al cura y la imagen vino a parar entre los tapalcates de Piedrasanta.

El hallazgo exaltó los sentimientos piadosos de los saqueadores que, mientras dispersaban la riqueza de aquel negoción de víveres, géneros, licores, molendería de chocolate, máquinas de tostar café y molino de maíz, felices con sus adquisiciones y de poder apurar sin más gastos que el ruido del garguero, vinos, cervezas, coñaques y whiskys, se encontraron con la bendición de la Virgen, que entregaron a un grupo de mujeres de alegría mansa, que andaban a la pepena. En un santiamén, a soplidos y con las barbas de sus rebozos, sacaron la divina imagen, no de las rosas sino del polvo y las telarañas y, ya limpita, la llevaron a la iglesia entre alabados y cánticos que se mezclaban a los gritos de la multitud...

—Deee... vuél... vannos la tierra! ¡La tierra! ¡La tierra!...

—¡Pan y libertad!...

—¡Tierra y Libertad!...

¡La tierra! ¡La tierra! ¡La tierra!...

... «¡Pues concebida fuiste sin mancha!...

—¡Libertad! ¡Libertad!...

... «¡ Ave María llena de gracia!

—¡Renunció! ¡Renunció! ¡Renunció!...

... «¡Mas que Tú, sólo Dios, sólo Dios!»

—¡La tierra! ¡La tierra!...

—¡Dee... vuél... vannos la tierra!... ¡La tierra!... ¡La tierra!...

Turbas oscuras, pegajosas, pacientes, hechas de sueño de árbol, se desplazaban desde las plantaciones hacia el pueblo, dejando a sus espaldas tierras sembradas que brillaban al fuego del Poniente, entre la evaporación del relente nocturno, como inmensos peroles de los que parecía derramarse la tarde líquida, verde, como baba de banales cubiertos de estrellas o arañitas doradas, de rígida pulsación de ángulos titilantes, sobrepuestos en cristalizaciones de sudor. Seguía y seguía aquella marcha

lenta de hormigueros humanos que iban estacionándose, sin llegar a detenerse del todo, en los alrededores de la plaza, por la estación, a la espera de trenes con noticias, por todas partes, menos por la Comandancia, donde la presencia de ametralladoras y centinelas mantenían el campo despejado.

De pronto, por entre la masa de sombrero de graneada de mujeres, que era una sola hasta la plaza, empezaron a formarse remolinos y culebreantes ríos de gente que en fila, hombre tras hombres, trataban de abrirse paso, de acercarse, de llegar a la esquina en que alguien se dirigía a la multitud...

Era su voz...

Key saltó del auto y se quedó oyendo.

Medina y Samuelón no tuvieron duda. Era su voz...

Se consultaron con los ojos, los tres, y sin decir palabra empezaron a luchar con la muchedumbre para abrirse paso; Samuelón de punta de lanza, por ser el más grande (El mismo avanzaba, reía y decía: «¡En adelante yo, por ser el más buey!...»), luego Florindo y a la cola, Andrés Medina, nervioso y pequeño.

—¡Es una imprudencia! —opinaba Key— ¡Una imprudencia —desesperado por la lentitud con que se movían entre la muchedumbre que, a medida que se aproximaba a la plaza, se iba haciendo más compacta, más cerrada, hasta bloquearles el paso, por momentos detenidos y, por momentos, aunque siguieran andando, atormentados por el espejismo de que no avanzaban, o avanzaban hacia atrás, cuando era la masa humana entera, nube de sombreros, hombres y cabezas, la que se desplazaba con ellos.

—¡Vaya una imprudencia! ¡Vaya una imprudencia!...

—¡Vea, Keycito, ya no repita! —se volvió a decirle Samuelón, entre acecidos de pugilista que va boxeando con la multitud, apartando a los débiles, chocando contra los más fuertes, irresistible, pugnaz. Imposible imaginar a este hombre con la guitarra en las manos, sólo imaginando a San Cristóbal con el niño Dios al hombro.

Tomó alientos para añadir:

—¡A mí me gustan los hombres que se juegan, y San se la está jugando! ¡Hi'jue tempestades!

—¡Tierra y libertad! ¡Tierra y Libertad!...

—¡Deeee... vuél... vannos la tierra!... ¡Deeee... vuél... vannos... la tierra!... ¡La tierra!...

Y con gritos redoblados que, luego, a medida que se acercaban a la esquina donde el orador hablaba, se apaciguaron hasta el silencio...

—¡LA TIERRA!... ¡LA TIERRA!... ¡La...aaa... a... a... a... a!...

—¡Fuera gringos! ¡Fuera gringos!...

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡A... fuera! ¡A... fuera! ¡A... fuera!...

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Fuera!...

La grito era feroz. Algo había pasado mientras ellos, Key, Medina y Samuelón,

trataban de ponerse en contacto, casi sin lograrlo, con los capitanes Cárcamo y Salomé.

Los acontecimientos se precipitaron tan vertiginosamente que Tabío San abandonó su escondite y se puso a la cabeza de las turbas electrizadas y revolucionarias, que se dirigían a la plaza a declarar la huelga («¡No hay tiempo que perder!»), exigiendo la devolución de la tierra y la expulsión de los gringos...

—¡Afuera! ¡Afuera! ¡Afuera!

Mister Perkins acababa de informar a los trabajadores que no corrían los aumentos y mejoras ofrecidos por la Compañía, aunque declararan la huelga, y que, por el contrario, habría despidos en masa, pues se pensaba abandonar zonas de cultivo y no sembrar ni una pulgada más de esa maldita tierra.

¡Arrancar el banano!, ordenaron desde Chicago; pero no lo arrancarían; lo dejarían enmontarse, que se perdieran las plantaciones, salvo que hubiera contraorden.

Lo que no creían por el tono exasperado, rencoroso, delirante con que Aurelia Maker Thompson dio esas órdenes al Gerente de la División del Pacífico, a quien destituyó por teléfono, después de gritarle: «¡La Frutera soy yo!»...

Y no mentía. Aparte de sus acciones, heredaba las de su padre y las de su hijo, a quien aquél había nombrado sucesor de todos sus bienes. Los diarios de Chicago, y del mundo entero, daban la noticia de la muerte del *Green Pope* y un avión llegaba con los despojos de Bobby Maker Thompson. Una tumba en el cielo, pensó ella, para su hijo, en su desvarío, una tumba sostenida por las dos cruces de las hélices girando.

Y realizó su sueño. Un mes estuvo un avión convertido en tumba, volando con el cuerpo de su hijo. Ella sí podía decir que su hijo estaba en el cielo. Otro avión lo abastecía de combustible, sin necesidad de que aterrizara. Hasta que un buen día cayó en el mar. Piadosa mentira. Cayó en manos de los accionistas que lo enterraron en secreto, al lado del abuelo o del *Pirata* como llamaban al viejo —otro nombre no le lucía—, temerosos de que tuviera que declararse en quiebra la más poderosa compañía del Caribe, si cada accionista fuerte, por no ser menos, disponía dar una tumba volante a sus seres queridos, máxime con el mandato de reducir los cultivos en la zona de Tiquisate, orden de muerte para aquellas tierras contra las que nada, o poco, podían, dado el peso de las acciones de Aurelia, empeñada en construir una catedral gótica que imitara la forma de los bananales, lo que vendría a ser el gótico americano: columnas delgadas abajo y gruesas arriba, casi aéreas, arco con caída de hojas, y rosetones de legítimas esmeraldas. Desvariaba y, tan pronto llamaba a un amigo influyente de la Secretaría de Estado, pidiendo que mandaran tropas a Tiquisate («¡Estúpidos, invadiendo Europa, cuando lo que debían invadir es Tiquisate!...») como contrataba la construcción de un *yate* para ir a buscar a su hijo en el mar...

+++

Al fin, mareados por el calor, ensordecidos por los gritos de la multitud, ratos

andando y ratos cargados en peso, lograron acercarse Key, Medina y Samuelón a la esquina donde Tabío San, rodeado de los «Gambusos», medio desnudos o vestidos de harapos, arengaba a las masas.

—...Esa clase de soluciones —decía San cuando aquéllos lograron asomar a la bocacalle, la ropa deshecha, el cuerpo molido, como si hubieran sido devorados por una inmensa serpiente, por un mar humano, y echados fuera tras larga digestión—, esa clase de soluciones, no nos conviene...

—¡Nooooo!... —se alzaba una tempestad de voces— ¡noo! ¡nooo!...

—¡Esperar, como es creencia aquí, que otro Hermenegildo Puac dé su cabeza al brujo, y que se desencadene un nuevo «viento fuerte», es dejar en manos sobrenaturales problemas que tenemos que resolver nosotros con una sola voluntad: la de la huelga!

Un aplauso prolongado ahogó su voz.

—¡Nada de esperar del cielo lo que el cielo no da! ¡Nada de esperar que llueva porque no somos sapos!

Una carcajada se regó entre nuevos aplausos.

—Y, además, compañeros, ¿ya se han preguntado ustedes qué ventaja sacaríamos de destruir estas riquezas que no son producto de su capital, sino del sudor de los trabajadores? y que por eso son nuestras... óiganlo bien: ¡NUESTRAS!... y repítanlo todos...

¡NUESTRAS!... ¡NUESTRAS!..., porque es así, son ¡NUESTRAS!... ¡NUESTRAS!...

—¡NUESTRAS!... ¡NUESTRAS!... ¡NUESTRAS!... —gritaron hasta enronquecer.

—¡Son nuestras riquezas y a tenerlo presente, muy presente, compañeros para que a nadie le dé por andar destruyendo por ahí, o dejando que otros lo hagan, porque es destruir lo propio! ¡El «viento fuerte» que ahora empieza aquí, aquí en esta plaza, que lo oigan los que deben oírlo, no viene a barrer las plantaciones, sino a hacer justicia...!

—¡Muy bien, compañero! ¡Muy bien!

—Lo que no quiere decir que desaprobemos, seríamos ingratos, y eso nunca, compañeros, ¡ingratos nunca!, el sacrificio de Hermenegildo Puac, héroe de la talla de los que cayeron en el puerto, sobre la tablazón alquitranada del muelle, o en el mar, entre los tiburones, en jornadas de lucha; ni la acción vengativa del *Chamá* Rito Perraj. ¡Ellos!... ¡Ellos no tenían otros medios para enfrentarse al poderoso, carecían de esta fuerza, incipiente, pero tremenda, que tenemos nosotros: la unión de los trabajadores organizados y el empuje de las masas revolucionarias! ¡Es aquí, es en esta plaza, es con nosotros, en estos momentos, por nuestra voluntad de lucha que nace una nueva política en nuestro país, la de las masas revolucionarias!

—¡Sííííí!... —subió la afirmación de todos los corazones.

—¡Pero otros se nos adelantaron en este empeño de unir voluntades. Mayarí y

Chipo-Chipó, héroes nuestros! ¡Héroes nuestros! ¡Mayarí prefirió el agua, el espejo del mar, a los brazos y riquezas del Pirata, y Chipo-Chipó se fue con ella, se fue por el río cantando... «yo sé los versos del agua, sólo yo... y sólo yo...» ¡También nosotros lo sabemos, Chipo-Chipó! ¡Sabemos que antes de pactar con los enemigos de los trabajadores, es mejor tirarse al río entre lagartos! ¡Alianza, sometimiento o condescendencia con los que nos explotan, no!

—¡Nooooo! ¡Nooooo!... —se oía la marea humana.

—¡Ni con los que nos explotan sin piedad ni con los que hablan de humanizar los métodos de trabajo de la Compañía, creando la falsa imagen del explotador bondadoso, imagen que el «viento fuerte» sepultó en la persona de Cosí, aquel millonario que engendró en nuestra gente la pernicioso creencia de esperar de los de arriba, lo que con sus manos no sabían, no podían o no querían forjar! ¡Ahora la lucha es diferente, porque nosotros nos hemos fortalecido frente a un enemigo que ha comenzado ya a calumniarnos, llamándonos asesinos, acusándonos de haber dado muerte al nieto del presidente de la Compañía, rechazando a nuestros delegados, anulando de una plumada las ofertas que había hecho de aumento de salario y abaratamiento de la vida; desconociendo a los delegados de nuestro sindicato, como tales, cuando ayer no más los recibió y trató con ellos, fuera de sus amenazas de suspender y no ampliar los cultivos, para provocar la desocupación. ¡Compañeros, la lucha no nos agarra desprevenidos ni desarmados! ¡Estamos juntos y la unidad nos dará el triunfo, hoy, mañana, no nos interesa cuándo, porque de lo que estamos seguros, absolutamente seguros, es de poder más que ellos con todos sus armamentos, sus millones y sus intrigas! ¡Lo importante es permanecer unidos, hombro con hombro, formando un solo frente de batalla, permanecer juntos como estamos ahora que vamos a responder con la huelga, sus provocaciones!

—¡Sííííí! ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo!...

—¡La huelga nos dará el triunfo!

—¡Sííííí! ¡Sííííí!

—¡Un viva por los trabajadores de Bananera! ¡Viva Bananera!...

—¡Vivaaaaaa!

—¡Un viva por los trabajadores de Tiquisate! ¡Viva Tiquisate!...

—¡Vivaaaaaa!

—¡Un viva que no se acabe nunca, por los trabajadores del mundo!

—¡Vivaaaaaa..., vivaaaa..., vivaaaaaa...!

Los «Gambusos» cerraron el paso de la multitud delirante que trataba de arrebatarles a Tabío San para pasearlo en hombros. Sombreros, caras, bigotes, machetes, venían como a estrellarse, saludaban al pasar y se perdían en el oleaje de los aplausos, mientras la noche regaba de cada estrella o reloj de arena de oro, su tiempo de eternidad.

—¡A la huelga! ¡A la huelga!

—¡A la huelga hoy! ¡A la huelga hoy!

—¡A la huelga ya! ¡A la huelga ya! ¡A la huelga ya!

Clamor que llenaba las calles, voz que barría la tierra como un viento arrasador, un viento con rostros, manos, cabezas, ojos, pies, hombros, brazos de gente unida en una sola voluntad, huracanado, cegador, implacable, mudo, sordo, mortal, polvo y residuo de otros vientos...

—¡La huelga! ¡La huelga! ¡La huelga!... —crecía el grito a medida que se acercaba la hora en que la misma voz se oiría en Bananera—. ¡La huelga! ¡La huelga! ¡La huelga!...

Los equipos de fumigación y trabajo nocturno que se preparaban a salir, abandonaban las ropas, los guantes, las máscaras, los cascos, los aparatos, seguidos de las cuadrillas encargadas de la limpieza, caza de sabandijas y destrucción de insectos, mientras se enfriaba la noche de lava negra, sin endurecerse, compacta y penetrable, pesada y ligera, sostén y agotamiento de la multitud en una como lucidez de sueño...

Por entre arboledas borrachas de cansancio y de calor humano, asomó, cruzó, desapareció el faro solar de una locomotora que arrastraba media docena de vagones de carga vacíos. Los del ferrocarril cumplirán. Allí estaba el tren listo para los compañeros que marcharían a Bananera. Un viaje largo y pesado, pero, para ellos, para los que les tocaría ir de delegados, un viaje que harían cantando. No tener que trabajar. Empezaban a sentirse extraños y sólo minutos hacía que de hecho se empezó a dejar el trabajo por los equipos nocturnos, entre las luciérnagas invernales que se encendían y apagaban como contando los segundos de esos primeros minutos, aunque a veces no eran luciérnagas, sino chisporroteos de antorchas. Todo se oía, un como cocimiento de insectos en una inmensa olla de grillos, menos lo que hablaban los delegados del sindicato, cuya actitud y gesticulaciones veíanse a través de las ventanas de la Municipalidad, que rodeaban los trabajadores en espera de la declaración oficial de la huelga, porque, de hecho, ya todos los que debían trabajar esa noche, abandonaban el trabajodido, como llamaban al trabajo los «Gambusos», encargados de contener la marea de fuego, que eso era ahora aquella masa de antorchas y teas de ocote.

—¡Re! ¡ee! ¡nunció! ¡Re! ¡ee! ¡nunció!...

—¡Tierra y libertad!...

—¡Libertad! ¡Libertad!...

—¡Tierra y libertad!...

El vocerío, el agitar de los sombreros, el blandir de los machetes, el subir y bajar de los fuegos de las antorchas y teas, que eran como muñones de brazos de diablos, aumentaban de segundo en segundo la agitación. O los delegados declaraban la huelga o la masa enfurecida asaltaba la alcaldía. Y eso que a cada momento salían personeros oficiosos a informar que no se discutía lo de la huelga, que eso ya estaba resuelto, ya era un hecho, sino las nuevas demandas a la Compañía, qué condiciones se le impondrían, qué se le exigiría...

Y fue el delirio, la locura, el acabóse, cuando, después de mucho pedir y pedir que hicieran silencio, Tabío San empezó a leer la declaración de huelga, que decía: «El Sindicato de Trabajadores de Tiquisate, reunido...». Los aplausos no lo dejaron continuar. Pero, además, había novedades del lado de la Comandancia y lo importante era ganar la estación para que se fueran los delegados. Pronto corrió la voz: «A la estación..., a la estación para ganar tiempo..., allá se leerá la declaración de huelga y el mensaje dirigido a los trabajadores de Bananera..., allá se leerá...»

Rompiendo la marcha, entre vítores y aplausos, se desplazó hacia la estación el torrente de sombreros blancos que relumbraban al fulgor de las antorchas por calles de tierra en sopa de recientes lluvias y mojadura de sereno.

Un locomotorón cortaba con sus bufidos la voz de Tabío San. Leía lo declarado por los trabajadores de Tiquisate, al resplandor del enorme faro de la máquina, al fulgor rojizo del braserío de sus calderas, subido en la parte de adelante, entre millares de antorchas que se agitaban para saludar cada párrafo, cada frase, cada palabra, como si las luces titulares del cielo hubieran bajado a las manos de estos hombres del pueblo para iniciar el incendio.

De pronto el tren apagó sus luces. San sintió que la oscuridad le había arrebatado el papel y sólo tuvo tiempo de saltar a tierra, pues el convoy se puso en movimiento. Del lado de la Comandancia había tiroteo. Primero nutridas descargas de fusilería, tiros dispersos después y, cortando el silencio, ráfagas de ametralladoras y algo así como explosiones de bombas y morteros.

Tabío San saltó del tren en marcha. Debía evitar la masacre. El tableteo de las ametralladoras se mezclaba a los vivas de aquella muchedumbre mansa que, al desaparecer el tren con sus delegados, se volvía con las teas incendiarias a enfrentar la muerte. Un momento después ardía la estación. Cesaban las ametralladoras y se oían descargas de fusilería. Pronto se dieron cuenta que la lucha era en el interior del cuartel y, por algunos soldados que escaparon, se supo que el capitán Cárcamo se había alzado. Samuelón y Medina trajeron noticias más precisas. El golpe militar les había fracasado. No llegó a tiempo el capitán Salomé, encargado de hacer volar los depósitos de municiones, y solos, Cárcamo y el grupo de soldados que le seguía, no resistieron mucho tiempo. Los trabajadores se dispersaron. No había por qué intervenir. Era «cuento de militares». Cada cual a su guarida, a su chinchero, al pedazo del tamaño de su persona que a veces no era de tierra, sino de aire, del aire en que colgaba la hamaca. Volver a casita. Era la orden. Permanecer inactivos y no perder contacto con los miembros del sindicato que a partir de ese momento se declararon en sesión permanente.

Tabío Sansur lo supo por uno de los «Gambusos»...

Pero ya estaba entrando el día y era peligroso moverse. El sol formado por los cantos de todos los gallos, subía emplumando en llamas de oro crudo, por un cielo verdoso, irreal, de cácteas, de palos voladores de altísimo tronco y apenas unas cuantas ramazones en la punta, palmeras y cicales no menos enhiestos y hojas

pintadas como tigres, y hojas como custodias, y hojas en forma de guitarras, y bejucos que eran cables de pesca submarina.

Tabío San supo por uno de los «Gambusos» que el capitán Cárcamo estaba herido en la cueva del «Gambusino», allá por el arenal.

No, entre los cadáveres que entraron al cementerio no iba Cárcamo. Once cuerpos con uniformes amarillentos de soldados y sus simples correaes, algunos manchados de sangre y otros con los mapas que la geografía del sudor de la muerte pinta en las ropas de los que se van vestidos. Cavaron una sola tumba —la muerte, a veces compra o vende al por mayor—, y les echaron tierra. Ni muy hondo, ni mucha tierra..., ¡soldados!... Y en ese menester estaban cuando entró Juambo llevando en una carretilla de mano convertida en coche fúnebre de última clase, el cuerpo de una mujer muerta o borracha. Los que enterraban a los soldados le salieron al paso y se opusieron a que la enterrara. Más parecía aletargada. «Pero es —dijo el mulato— que la quiero enterrar viva...» Uno de todos, dejó la pala y con la mano embadurnada de tierra negra, apartó la telaraña del pelo en que la mujer tenía enredada la cara. Y la reconoció. Era la mujer que trataba con el capitán Salomé. María Clara... Clara María... ¿Cómo se llamaba?... «¡Por mí que la entierren viva!», dijo el que la reconoció y, pasándose el envés de la mano por la nariz mocosa, añadió: «¡Ménade!, por ella nos chupamos noches enteras a la intemperie, mientras ella y el capitán Salomé...», y lo demás lo dijo clavando y moviendo el índice de la derecha en un agujero hecho con el pulgar y el índice de la mano izquierda. «¡No, no... —se opusieron otros—, cómo vamos a dejar que la entierren viva!...» «¡De todos modos la van a matar —dijo Juambo, perdida la voz en la boca, los ojos en las córneas—, y, ¿qué más da enterrarla ya como afusilada?...!» «¿Fusilada, por qué?», intervino otro, «al que fusilarán como dos y tres son cinco, si lo agarran vivo, es al capitán Salomé; pero, ¿a ésta, por qué?...». «¿Cómo por qué? ¡Extraño no sepan! —exclamó el mulato—, la tienen que fusilar, porque la tienen que fusilar..., mató a Bobby...» «¡A ése lo mataron los huelguistas, déjate de cuentos!», gritó el de la pala, bajo el sol que empezaba a pelar una nube de moscas verdes, rosadas, negras, que al olor de los cadáveres cayeron sobre el cementerio. «¡Lo mató ella!», dijo Juambo, señalando con, el dedo el cuerpo gélido de Clara María. «¡Confesarse ella a mí; ella pedirme acostarse entre los ojos de los enterrados!...»

Los improvisados enterradores, sin acordarse de los soldaditos que se cocinaban al sol y a las moscas, oyeron el relato de Juambo.

Al darse cuenta —palabras de ella— que había matado a Bobby, se puso a beber aguardiente..., a chupar, no para olvidar, sino para matarse..., no tenía valor para beber otro veneno y menos para quitarse la vida arrojándose bajo el tren..., chupar era lo que le quedaba..., el paso de la borrachera a la muerte tal vez no se siente..., y a medida que bebía empezó dulcemente a enfriarse y se le fueron volviendo de trapo los brazos, las piernas, los pies, de trapo por el que andaban hormigas, botó la cabeza a un lado del lugar donde cayó, en un rincón de la pieza, su cabeza que seguía

pensando, y por eso la botó para atrás, muy atrás, a un lado, hasta no sentir nada...

Y así la encontró el mulato, perdida, más allá de la vida, fría como de hielo, a tal punto que no dudó que estaba muerta. Pero acercóse y con cuidado le puso al descubierto un ojo, alzándole el párpado que pesaba, como si tuviera pestañas de plomo. Entrever a Juambo con aquel ojo único, vidrioso, con aquel resto de botella vacía, y levantarse, fue todo uno. Doblados los dedos de sus manos, como uñas de garras, trataba de romper la atmósfera que la separaba de lo que ella creyó al principio que era una visión de pesadilla alcohólica... «¡Yo, yo... —fue tartamudeando hacia el mulato—, yo maté a Bobby por matarte a vos...; yo....., por matarte a vos el de los huesos de muerto..., el de la tierra de muerto..., llévame..., ve, llévame al cementerio, allí de donde me trajiste toda mi desgracia!...» Y volvió a dormirse...

Pero los soldados que enterraban a los soldados, lo obligaron a devolverla a su casa, después de darle unos cuantos culatazos en la espalda. A peltre viejo le sonaron los omoplatos.

Una sola calle. Primera vez que se ve un entierro de regreso. Y en carretilla de mano. Varios perros le seguían. Primera vez que una persona vuelve del cementerio a su casa. Por poco rueda terraplén abajo, hasta el cerco donde aquella noche él esperó a Bobby, antes de subir a espiar lo que hacía: bailaba el último *jazz* con la feroza, y donde, después, perseguido por ésta, perdió los huesitos de la mano de su padre. Ya no echó el cuerpo de la mujer en la carretilla. Mucho trabajo. La arrastró de los brazos para adentro y al ir barriendo el suelo con ella, bajo la tierra sobrepuesta, regada, para ocultar las huellas del crimen, asomaron las manchas de la sangre de Bobby, la sangre que saltó de su corazón a volverse costra sobre la tierra.

El mulato cerró los párpados y se puso a llorar a gritos. Luego escapó, los ojos anegados, perdidos en una tiniebla de cristales temblorosos. Nadie. Sólo él en las calles. La huelga era completa. Corrió hacia las plantaciones. Nadie. Sólo él entre los bananales. Los trabajadores estaban en sus casas, en sus campamentos. Dormían. Otros sentados a las puertas miraban pasar el día, el primer día de huelga los delegados, reunidos en el sindicato, discutían, se acaloraban, por momentos parecía que iban a llegar a las manos, irascibles, irritados. El problema era quebrar la resistencia de la Compañía, considerando las pérdidas en millones de dólares que para ella significaba, no sólo el paro, sino la rápida invasión de la maleza a los cultivos, la avalancha de los insectos que en horas se comían todo, lo devoraban, lo destruían, lo pudrían. Esos eran sus mejores aliados y jamás pensaron en ellos, hasta ahora, pasados los primeros ocho días, la primera semana de dormir día y noche, oyendo como los perezosos, reptar el tiempo. Pero se reentabló el invierno y se desataron las lluvias torrenciales. Desbordarían los embalses, las tomas. Se anegarían los campos. ¡Qué mejor aliado! Despertaban de noche, y seguía lloviendo. Volvían a dormirse y a despertar de noche, y seguía lloviendo. Volvían a dormirse y a despertar de noche, y llovía con tempestad. Mejor. Rayos y más rayos. Zigzag de tenazas de

enormes cangrejos de oro. Relámpagos y más relámpagos. No habrá granero ni depósito que se salve. El ganado saltará corrales y puertas de trancas y adiós vacas lecheras, bueyadas y caballos. Truenos y más truenos, hondos, tartamudeantes. ¡Bien bueno que llueva, ahora que por la huelga no hay que salir al campo! Otra sería su suerte, si no fuera el paro. Cuadrillas de hombres semidesnudos, a la orden de capataces extranjeros, andarían ya en el trabajo. Llovía sobre la huelga. Las mujeres atemorizadas por esa inexplicable actitud de los hombres, los espían. Ellos, con sus manos ociosas, acabarían con la ley de los patrones arriba y los trabajadores pujando bien abajo. Podía ser. Querían otra ley. La nueva ley. La ley justa. También les daba qué pensar que salvo contados casos, los hombres estuvieran tan quietos, sin echarle mucho a la copa ni al machete. Algunos hasta habían puesto trampas o limpiaban sus escopetas para cazar. Otros andaban pescando. A punta de anzuelo, y con algo que cazaban, se ayudarían a pasar el mal rato. Diligentes, quietos, ensimismados, tolerantes. Nunca los habían visto así. Jamás. Si parecían otros. Seguía lloviendo. Llovía sobre la huelga. Llovía sobre la huelga y algunos empezaban a no tener paz, a sentir que las cosas ya no se arreglarían, a considerar la huelga perdida. ¿Volver al trabajo? Era lo que les quedaba. Tal vez podían arreglarse con el nuevo gerente. Pero no llegaba. Días después se dijo que el nuevo gobierno intervendría amistosamente. Pero sólo se dijo. En los ratitos que escampaba el agua, aprovechaban para intercambiar noticias, tabaco... ¡Sí, sí estaba herido, pero se lo llevaron a la capital! ... ¿Salomé?... ¡No, Cárcamo, que fue el que salió herido!... ¿Y Salomé?... ¡De ése sí que no se sabe nada!... ¡A *Bostezo* se lo llevaron a la subsecretaría del Ministerio de la Guerra!... ¿Mejoró?... ¡Claro que mejoró, bien valen los soldados muertos un tripón así! ¡Y ya hay otro Comandante!..., ¿otro?... ¡Sí, un coronelito!... ¡Y ya se presentó al sindicato!... ¿A que lo cerraran? ¡No, a presentar sus saludos, y a decir que esperaba que lo de la huelga se arreglara negociando con la Compañía, que estaba en la mejor disposición!... ¿Y qué le contestaran los muchachos?... ¡Que no, aunque parece que se va a tener que llegar a un arreglo!... ¿Y Bananera?... ¡Ese es el asunto; se está esperando que Bananera conteste si se aceptan o no los términos del nuevo convenio de trabajo!... ¿Quién vendrá de allá con la respuesta?... Diz que Rámila... ¿Qué Rámila? ¡No le sé el nombre, pero diz que él ha estado dirigiendo el movimiento en Bananera, y que él traerá la respuesta!... Llovía sobre la huelga. Llovía sobre la huelga y las pérdidas eran incontables. Mucho bananal caído, mucha hoja podrida, mucho racimo maduro, y todo monte y monte alteando, a punto de sumergir lo que dejaba descubierto el calzado líquido del agua anegadiza... ¿Cuál irá a ser la respuesta de Bananera?... La misma que la de Tiquisate: ¡No!... ¿Entonces no hay arreglo?... ¡Ninguno, si la Compañía no baja la cabeza¹... ¡No creo que se consiga, no la bajó ni cuando el «viento fuerte», y antes que mejorar a los cargadores de fruta del muelle, prefirió verlos ametrallados! ¡Compañía es compañía!... ¡Pues es lo que se va a ver!...

Empezó a limpiarse el cielo y apareció el sol chapoteando en las tierras

anegadizas, como un corcel de muchas patas con cascos de herraduras luminosas. Y la noticia del triunfo se regó como la luz. La poderosa empresa aceptaba las condiciones. Tabío San, seguido de Rámila, abandonó el edificio de la Compañía, en la capital. Acababan de firmarse los nuevos convenios de trabajo. Malena le esperaba a la puerta, un fusil al hombro, el cabello apenas recogido en un moño, todos los días de su lucha callejera pintados en su trigueña palidez, y fue hacia él a besarlo y abrazarlo entre las voces y el aplauso de amigos y conocidos que se habían estacionado allí cerca en busca de las últimas noticias. A la 0 hora se levantaría la huelga general. Sí, sí también en Bananera y Tiquisate. La Dictadura y la Frutera caían al mismo tiempo y ya podían cerrar los ojos los enterrados que esperaban el día de la justicia. No, todavía no, pues sólo estaban en el umbral esperanzado de ese gran día. La esperanza no empieza en las cosas hechas, sino en las cosas dichas y si dicho fue «otras mujeres y otros hombres cantarán en el futuro», ya estaban cantando, pero no eran otros, eran los mismos, era el pueblo, eran los... Tabío San, Malena Tabay, Cayetano Duende, Popoluca, el Loro Rámila, Andrés Medina, Florindo Key, Cárcamo y Salomé, los capitanes, los ceniceros, los maestros, los estudiantes, los tipógrafos, Judasita, los comerciantes, los peones, los artesanos, don Nepo Rojas, los Gambusos, los Samueles, Juambo el Sambito, sus padres, la Toba, la Anastasia, el gangoso, el Borracho, el Padre Fejú, Mayarí, Chipó Chipó, Hermenegildo Puac, Rito Perraj... unos vivos, otros muertos, otros ausentes, ya estaban cantando...

Buenos Aires, 1952

París, 1953; San Salvador, 1954

Buenos Aires, julio, 1959